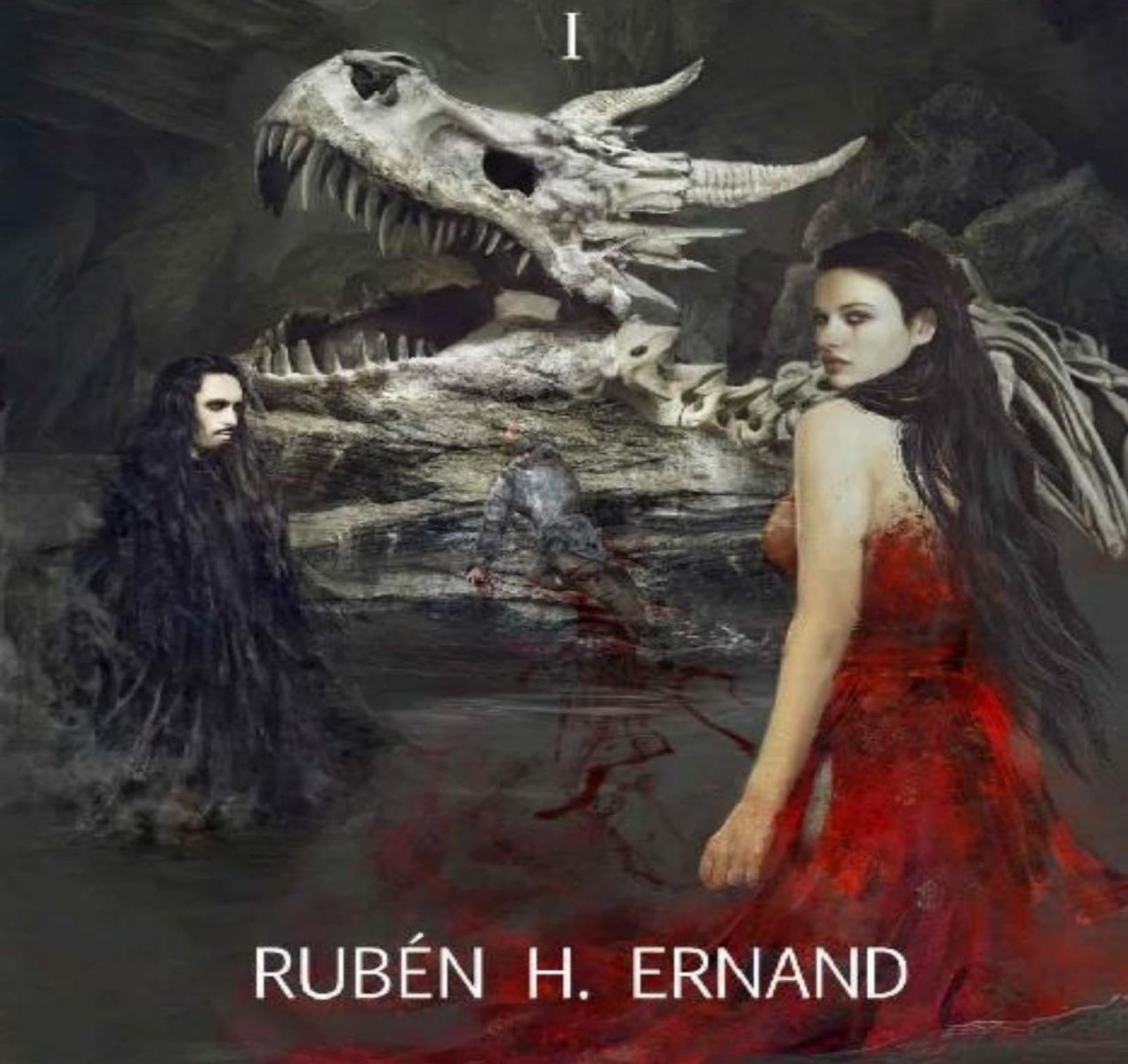


LA PRIMAVERA AUSENTE

EL TRASTORNO DE ELARANNE

I

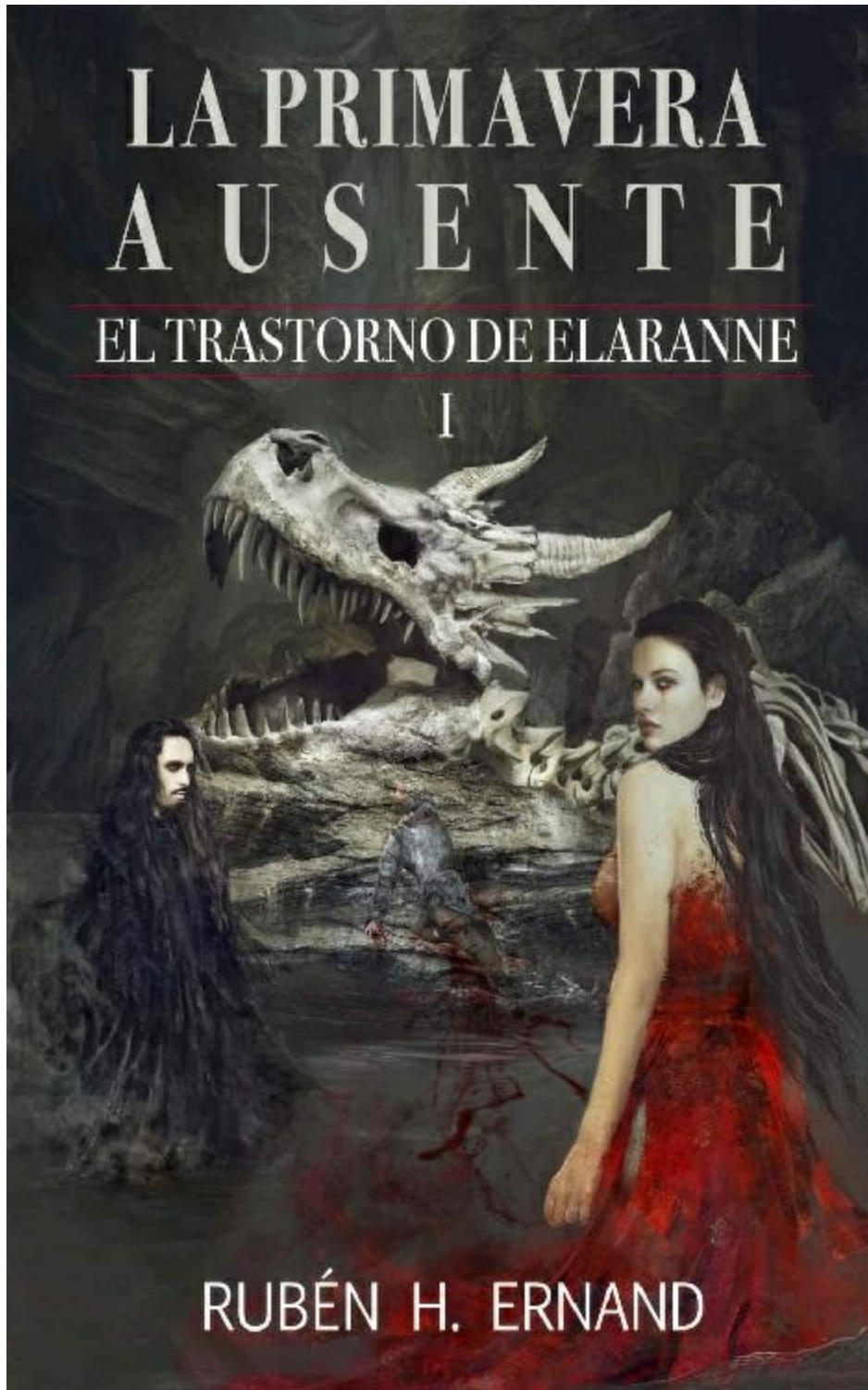


RUBÉN H. ERNAND

LA PRIMAVERA A U S E N T E

EL TRASTORNO DE ELARANNE

I



RUBÉN H. ERNAND

LA PRIMAVERA AUSENTE

El Trastorno de Elaranne

Vol. I

Rubén H. Ernand

© Rubén H. Ernand, 2018

1ª edición, abril de 2018

Diseño de cubierta: Yuly Alejo

ISBN: B07C1R8NTY

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

A Rebeca, para que nunca olvide que siempre hay un camino, una luz y una nueva maravilla de la que disfrutar.

A mi padre, que hizo lo que pudo con lo que tenía y no le podría pedir más. Quizá nunca encontró su primavera, pero nunca fue el invierno.

Hold it together, birds of a feather

Nothing but lies and crooked wings

I have the answer, spreading the cancer

You are the faith inside me

No, don't

Leave me to die here

Help me survive here

Alone, don't remember, remember

Breaking Benjamin – Evil Angel

Las almas humildes tienen miedo de su propia fuerza.

William Gurnall

PRIMERA PARTE: UNA VIEJA PROMESA

1. Nieblas del corazón
2. Sueños enterrados
3. La Puerta de la Revelación
4. Un nuevo comienzo
5. Las últimas nieves
6. Entre un millón de enemigos
7. Cambios
8. Un camino de cenizas
9. Uno de ellos
10. El extraño señor de Aldremhem
11. La tormenta sobre Balaeron

SEGUNDA PARTE: EL SIGNO DEL CUERVO

12. Fuego furtivo
13. Sangre bajo la lluvia
14. Sombras en la Ciudad del Mediodía
15. Palabras como espadas
16. Sesenta días de paz
17. Donde moran los cuervos
18. El peso de la verdad

[19. Cuando el mundo se tambalea](#)

[20. Decisiones](#)

[TERCERA PARTE: SANGRE, SOMBRA Y HUESO](#)

[21. Hospitalidad](#)

[22. La cima del invierno](#)

[23. Lo que se rompe para siempre](#)

[24. Dos mitades](#)

[25. Invisible](#)

[26. Por donde cae toda esperanza](#)

[27. Otra clase de dolor](#)

[28. Luz encadenada](#)

[29. En el filo del precipicio](#)

[30. Las máscaras caen](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Prólogo

Cinco mil hombres se extendían sobre un prado de hierba amarillenta cercano a

la orilla oriental de un río ancho y de aguas mansas. Los casi tres meses de verano habían reducido la capacidad del río Medis hasta menos de la mitad, pero

aun así seguía siendo imponente. Buena parte de los hombres, con relucientes cascos bronceos, cotas de malla y casacas rojas, formaban en cuatro divisiones

con forma de grandes rectángulos. Una hilera doble de arqueros estaba situada tras ellos. En ambos flancos de la formación aguardaba la caballería, con sus cascos alados, armaduras laminadas y capas blancas. Los lanceros y espaderos de reserva aguardaban a cierta distancia detrás de todos ellos, en sus posiciones

designadas.

El general Galthis gruñó con satisfacción, observándolo todo desde el puesto de mando situado en una colina, casi un kilómetro tras sus hombres. Merethia era un reino nuevo, con menos de veinte años de vida, pero su ejército ya empezaba a ser conocido en el mundo entero. No en vano, el rey Breol, él mismo

y la mayor parte de sus mandos provenía del mundo militar del desaparecido imperio de Bal Aeronis. Conocían las tácticas, la tradición y la forma más eficiente de conseguir que sus hombres aniquilasen al enemigo.

«Pero este enemigo no es como los demás —pensó Galthis frunciendo el ceño—. ¡Qué me aspen si sé qué esperar de ellos!».

Dirigió su mirada a la arbolada ribera opuesta del río. El bosque de Athael ocupaba buena parte del horizonte occidental, con la niebla matutina adherida a

grandes zonas de él. Allí, en algún lugar, se agazapaban los eliir. Se suponía que

durante el transcurso del día abandonarían el extenso bosque para entablar combate. Si rompían sus líneas, se internarían en Merethia, destruyendo y

maldiciendo a su paso; acabando con el reino cuando aún daba sus primeros pasos. En su mente se esbozó la imagen de un ser delgado, rodeado de un halo

de majestad y frialdad inhumana, asfixiando a un niño en su propia cuna.

Agitó la cabeza, molesto por lo absurdo de la imagen. Ellos no eran niños y tampoco tenía la menor idea de qué aspecto podía tener un eliir. Los relatos que

se contaban en la capital eran dispares y a menudo los representaban como seres

gráciles y luminosos, pero muchos otros susurraban que eran una raza fría, amargada y traicionera; seres de otro tiempo, ya casi extintos, que rumiaban su

rencor por los humanos ocultos en su bosque.

Ahora, tras la caída de Bal Aeronis, la desaparición de la familia imperial y

los más de veinte años de guerras y revueltas, habían visto debilidad entre los balaerianos y se disponían a aprovecharla. Según el relato de los magos,

lanzarían todo lo que tenían contra Merethia, el primero y más poderoso de los

reinos surgidos de las cenizas del imperio. Galthis miró a su ejército, todo lo que

habían podido movilizar en tres días sin comprometer sus otras campañas

bélicas, y se sintió orgulloso. El reino se expandía, conquistaba, acumulaba recursos y sofocaba revueltas y sediciones que aún se seguían produciendo. Sus

vecinos, Eralian y el Dominio de Moradh, hacían lo propio y tarde o temprano

habría una guerra entre ellos. Galthis suponía que sería tan larga y sangrienta como el gobierno de Creonus Eth Merik, el último emperador de Bal Aeronis.

Los mensajeros esperaban órdenes para llevarlas a sus comandantes y

capitanes, así que las transmitió con la atención puesta a su espalda. Allí estaban

las tiendas que conformaban el campamento que habían levantado la tarde

anterior. Un pequeño grupo subía sin prisas hasta la colina donde estaba situado

el puesto de mando. La veintena de guardias reales y el estandarte de los Unseir

anunciaban que el rey Breol se acercaba. Tras despachar sus órdenes, cuando el

grupo se acercó más, Galthis frunció el ceño al distinguir al siniestro grupo de los tres magos que habían llegado junto con el rey de la capital.

Escupió al suelo, pensando en lo raro que resultaba todo aquello. Habían

avanzado a marchas forzadas desde la ciudad de Ebedin durante nueve jornadas

para llegar a este lugar, en tierra de nadie, y apenas comprendía el motivo. El rey, junto a los magos, se había unido a ellos el día anterior y había sido muy parco en explicaciones, lo cual no aliviaba sus propios temores. No obstante, él

era militar y sabía bien cuál era su deber.

El galope de un caballo que se acercaba desde el sur le llamó la atención.

Cherdean Unseir, príncipe heredero del reino de Merethia, apareció subiendo la

colina vestido de acero en su alazán. Una expresión de desagrado era visible en

su orgulloso rostro. Dicha expresión se intensificó cuando descabalgó, tendió las

riendas de la montura a uno de los sirvientes que atendían a los oficiales del puesto de mando y se acercó a Galthis.

—Alteza —saludó el veterano oficial, cuadrándose y levantando el muñón del brazo derecho a la altura de la frente.

El príncipe hizo un gesto impaciente, reconociendo el saludo, y después

señaló con gesto adusto al séquito de su padre y los magos, que ya estaba a medio camino.

—Mi padre me ha echado —dijo con evidente incredulidad—. ¿Puedes creerlo, tío? Quería discutir con los magos ciertos asuntos. Creo que ha cerrado

un trato con ellos.

—¿Qué clase de trato? —inquirió Galthis, mirándolo de soslayo.

—Los magos quieren crear una orden de los suyos en no sé qué isla, no lejos de nuestras fronteras. Padre ha prometido que Merethia respetará su soberanía durante cinco siglos y que seremos aliados hoy contra esta amenaza común.

Además, facilitaremos el comercio con ellos y sus movimientos dentro de nuestras fronteras, y accederemos a crear academias en nuestras principales

ciudades para que los jóvenes que muestren aptitudes mágicas sean instruidos en

ellas —dijo en una burlona imitación del tono del rey Breol.

—¿Y qué recibiremos nosotros a cambio?

—Eso es lo mejor. Padre ha evitado contármelo, pero tengo mis propias fuentes de información. Los magos le jurarán lealtad desde mañana hasta el día de su muerte.

Galthis maldijo en voz baja, confundido. Desde luego no parecía un trato equilibrado.

—A mí no van a servirme —espetó Cherdean, haciendo aspavientos—.

Padre no se ha dignado a exigirles obediencia a esos retorcidos traidores cuando

yo sea rey. ¿Crees que querrán arrebatarme la corona creyéndome más débil que

padre?

Cherdean a veces era demasiado inseguro y paranoico. Aunque no compartiesen la misma sangre, el muchacho era como de su propia familia y prácticamente lo había criado junto a su padre, cuando vivieron los largos años

de tumultos y asedios en Ebedin durante la caída del imperio. Fue allí donde Cherdean perdió a su madre y a dos hermanos y Galthis el brazo derecho. No obstante, fue Breol el que más perdió de todos ellos.

¿Qué era un brazo comparado con la conciencia y el corazón de un hombre?

Galthis suspiró, intentando olvidar unos recuerdos que no le hacían ningún bien.

—No lo creo. Los magos cayeron en desgracia tras la muerte del emperador. Ya no tienen la misma fuerza que antaño.

Cherdean agitó la cabeza y rio con un cierto punto de histerismo.

—Siempre he confiado en tu consejo, tío Galthis, pero creo que ahora te equivocas. El líder de esos magos es el mismísimo Irnon Dei. Dicen que traicionó al emperador y que hundió su palacio, y al resto de la ciudad, bajo el

agua. Rompió sus juramentos.

Galthis miró a la comitiva del rey, que ya llegaba a la falda de la colina, y

frunció el ceño. Irnon Dei había sido consejero del emperador y líder de sus magos. Lo había conocido treinta años atrás, en la corte. Se decían muchas cosas

de ese hombre, algunas de ellas terribles, pero a Galthis nunca le había parecido

que fuese alguien tan excepcional como para darles verosimilitud. En todo caso,

la leyenda negra de aquel hombre se había extendido durante los últimos veinte

años. Los magos imperiales habían pasado de ser respetados a ser odiados durante la revuelta.

Que él supiera, siempre habían despertado el mismo temor entre los balaerianos.

—Ya sabéis cómo es la gente, alteza, siempre dispuesta a extender rumores y exageraciones. Nadie sabe si Irnon Dei apoyó a la familia imperial o a los sublevados, puesto que desapareció al poco de iniciarse la revuelta hasta que prácticamente hubo finalizado. Quizá de lo que habría que acusarlo es de cobardía. En cualquier caso, confiad en vuestro padre. Él sabe que los próximos

años son cruciales para Merethia y que contar con el apoyo de los magos, por pocos que sean, sería una ventaja inestimable. Si asegura un reino fuerte para vos a su muerte, no necesitareis ninguna alianza con ellos e incluso podréis forzarlos a acatar vuestra voluntad.

El joven lo miró durante unos segundos, abriendo y cerrando los puños a los costados. Al poco asintió, pensativo.

—Supongo que tienes razón, como siempre —dijo y sonrió—. ¡Por los Tres Radiantes! Lo cierto es que los magos nos vendrían bien para avanzar en nuestra

campana contra los hombres de Norebar. Esos salvajes nos están dando muchos problemas.

—Tengan sangre de bárbaros o no corriendo por sus venas, os aseguro que caerán antes de un año.

Permanecieron en silencio hasta que el rey y su séquito llegaron hasta la cima de la colina. El rey Breol Unseir, tan imponente como siempre, se

alzaba más de un palmo por encima de sus acompañantes. Llevaba puesta su corona de

oro, acero y rubíes. Rara vez se desprendía de ella, como si necesitara de aquel

trozo de metal para recordarles a todos que ya no era un general de familia humilde. De hecho, entre sus detractores corría el rumor de que en su noche de

bodas había fornicado con su mujer desnudo excepto por la corona. Otros decían

que se le había visto en las letrinas cagando con ella puesta. La mayoría de aquellos bocazas ahora languidecían en las mazmorras de Ebedin. Al menos, los

que aún seguían respirando.

Aparte de su acorazada guardia personal, lo acompañaban tres personas.

Irnon Dei era unos pocos años mayor que el rey y el propio Galthis, un hombre

en los últimos años de su madurez. Era bajo, de cabello y barba grises, aunque

más de la mitad de su cráneo se había quedado ya sin pelo, y ojos de un verde pálido. No había nada destacable en él e incluso sus andares lentos hablaban de

un hombre al que la edad empezaba a pasar factura. Tras él avanzaban dos

jóvenes encapuchados que, al igual que Irnon Dei, vestían con bastas túnicas de

un descolorido color negro. Galthis había oído sus nombres la noche anterior:

Varean y Kayla.

—Ponéosla y la magia de los eliir no podrá tocaros, majestad —le decía

Irnon Dei al rey en aquel momento.

Un colgante, una estrella de ocho puntas hecha de lo que parecía ser plata muy bruñida colgando de una fina cadena del mismo material, pasó del mago a

las manos de Breol, que se la abrochó de inmediato.

—Te lo agradezco, Irnon —le aseguró el monarca, tocando la estrella con la yema de los dedos. Por un instante titubeó, indeciso—. He creído ver algo, pero... no es nada. ¡Mierda, qué fría está!

—El acero-espejo se enfría al contacto con la magia, majestad. Hemos puesto poderosos conjuros de protección en ella para que os protejan.

—Magnífico. —El rey Breol miró a Galthis y a su hijo con una sonrisa triunfal. Sus ojos brillaban de emoción—. Con protecciones como esta podríamos incluso conquistar la Custodia de Athael sin temor a las maldiciones

de los eliir.

—Nadie se ha atrevido a tanto, majestad. —A pesar de los muchos años de amistad entre ambos, Galthis respetaba de forma escrupulosa las formalidades

para dirigirse al rey—. Quizá deberíamos...

—Se habla de incontables riquezas, artefactos sagrados y toneladas de

acero-espejo —interrumpió Cherdean con el mismo brillo en los ojos que su padre—. Imaginaos la ventaja que supondría para nosotros el poder llegar hasta

su ciudad invisible y saquearla.

—No os precipitéis, mis señores —intervino Irnon Dei, levantando una mano—. Primero debemos frenar a los eliir aquí y luego ya veremos de qué formas podemos colaborar para evitar que vuelvan a ser una amenaza.

—No te falta razón —prosiguió el rey, de buen humor—. No amasemos el pan antes de cosechar el grano, como se suele decir. Mago, ¿sabes ya a qué vamos a enfrentarnos?

—Me temo que sé lo mismo que hace trece días, cuando acudí a vos.

Supimos que los eliir atacaron hace un tiempo la nación de Teuril, en el lejano

sur. Los relatos son muy confusos, pero se dice que maldijeron las cosechas, los

ríos y a sus habitantes, y que están muriendo a millares por el hambre y las enfermedades. Por métodos... no mundanos, hemos sabido que su siguiente

objetivo sería Merethia.

—¿Por qué nosotros? —intervino Galthis, entrecerrando los ojos—. No

estamos tan cerca de sus fronteras y desde luego no les hemos ofendido de forma

alguna.

El mago lo miró como si la respuesta fuera evidente, pero fue el rey quien

contestó.

—Porque saben que somos su mayor amenaza y que en el futuro podremos crecer y ser tan poderosos como lo fue Bal Aeronis.

Irnon Dei asintió.

—En efecto, majestad. Además, es bien sabido que están furiosos porque los balaerianos ya no aceptamos su tutela y hemos encontrado nuestro propio camino para servir a los Tres Radiantes. Han perdido el favor de los dioses y nos

culpan a nosotros. Tarde o temprano se iba a producir el choque entre ambas civilizaciones. —El mago suspiró, mirando al bosque con ojos pensativos—.

Mejor que sea hoy y que podamos elegir dónde y cómo combatirlos.

—Pero ellos son pocos, ¿verdad? —apostilló Cherdean—. Dicen que están huyendo de nuestras tierras.

Galthis asintió, interesado. Recordaba que desde que era un niño los

ancianos ya decían lo mismo: los eliir de Athael se marchaban; los eliir de Athael no daban señales de vida; la Custodia ya nunca recibía a ningún

dignatario de Bal Aeronis. Desde que tenía uso de razón, y probablemente desde

mucho tiempo atrás, las gentes de plata permanecían enclaustradas en su bosque... hasta hoy.

Irnon Dei no respondió, sino que miró hacia el lugar donde se encontraba desplegado el ejército de Merethia mientras les hacía un gesto a los jóvenes

magos que lo escoltaban. Galthis siguió su mirada, pero fue incapaz de ver nada

nuevo.

—Es la hora —anunció Irnon Dei—. Varean, Kayla, trazad el perímetro.

Majestad, indicadles a vuestros hombres que esperen a cierta distancia, por si necesitamos de ellos.

Galthis enarcó una ceja, mirando a Breol mientras este daba la orden. ¿Por qué el mago le daba consejos al rey sobre cómo utilizar a su guardia personal, cuando era improbable que fueran a necesitarla? El rey vio su mirada y al instante supo, como tantas otras veces, en qué estaba pensando.

—Tranquilo, Galthis. Los magos creen que los eliiir intentarán asesinarme y han preparado una trampa para ellos. Irnon dice que, siendo pocos y unos pésimos combatientes, será la táctica que con toda probabilidad usarán. Por eso

me ha dado el colgante y está preparando otras defensas.

—¡Es demasiado peligroso! —intervino Cherdean, con voz nerviosa.

—¿Y crees que no podrían hacerme lo mismo dentro de una semana mientras duermo en mis habitaciones? No seas imbécil. Los magos tienen razón,

mejor afrontar los problemas aquí y ahora.

—Maestro, ¿lo has sentido? —dijo el mago llamado Varean.

Ambos jóvenes se encontraban a unos pasos, a derecha e izquierda del grupo, realizando una serie de gestos como si modelasen algo en el aire.

Detuvieron lo que demonios estuviesen haciendo, mirando hacia la linde del bosque. El viejo mago asintió.

—Seguid disponiendo la trampa.

Fue entonces cuando Galthis se percató de que algo ocurría en la vanguardia de las tropas. Primero fue una agitación en la segunda división de infantería. Los

hombres corrían, huyendo de algo. Galthis agudizó la vista, pero no había rastro

de ningún enemigo que cruzara el río. Después, empezaron a caer al suelo y sonó

el lejano estrépito de las espadas y los gritos de los moribundos.

El rey lo miró, con el semblante lívido.

—¿Qué coño está pasando?

—No lo... —se interrumpió, consciente de que no podía darle esa respuesta a Breol—. No diviso al enemigo, majestad. ¡Es imposible que hayan cruzado el

río sin que lo veamos desde aquí!

Ante sus ojos, las tres divisiones restantes de infantería convergieron sobre la segunda. El resto mantuvo la posición, pero aquí y allá se veía a algunos de los hombres romper la formación. Dos jinetes, sin duda correos de sus capitanes,

partieron desde la posición de la caballería en un veloz galope hacia ellos.

«Bien. Al menos sabremos qué demonios está pasando ahí abajo».

—¡Por los jodidos dioses! ¿Contra quienes pelean? —prosiguió el rey, fuera de sí—. Galthis, ¿les ordenaste aguantar hasta que los eliiir traspasaran el río?

Antes de que pudiera contestar, comprendió lo que estaba ocurriendo. El resto de la infantería se acercó al punto donde la segunda división estaba siendo

diezmada y comenzaron a luchar y caer a su vez. Pronto fue evidente, por increíble que pareciera, que sus hombres luchaban entre ellos. Amigos contra amigos, hermanos contra hermanos y soldados contra sus mandos. Aquello lo impresionó tanto que abrió la boca para contestarle al rey, pero no encontró palabras y se quedó así un buen rato.

Breol Unseir lo miró apretando los labios mientras su rostro se iba volviendo de un color rojizo. Galthis gimió de forma inaudible; aquello nunca presagiaba nada bueno.

—¡Haced algo, malditos estúpidos! —bramó el rey, escupiendo saliva y gesticulando en uno de sus ataques de ira.

Por suerte, o por desgracia, su furia iba dirigida contra los magos. Irnon Dei permaneció impasible, aguantándole la mirada al soberano.

—Os aseguro que no estamos de brazos cruzados —dijo con voz serena—.

Vuestros hombres nos dirán a qué nos enfrentamos.

Efectivamente, los jinetes que antes vieran partir llegaron en un alocado galope, casi al unísono, al puesto de mando. Las monturas esparcieron una

nube

de tierra y piedras al detenerse de forma abrupta y los hombres descabalaron ante ellos, faltos de respiración.

—¡Informad! —ordenó Galthis—. ¿Dónde está el enemigo? ¿Qué está ocurriendo?

—Sólo hay uno, mi señor, un único eliir —dijo el primero de los jinetes con voz temblorosa—. Un espíritu blanco que comenzó a caminar entre los nuestros

y les ordenó que se mataran entre sí. Fue horrible, mi señor. Fue...

—¡Silencio! —dijo Galthis, viendo como la expresión del rey se tornaba más borrascosa con cada palabra. Los magos, en cambio, no parecían sorprendidos.

Aquello no tenía ningún maldito sentido. Lanzó una mirada al otro jinete, pero ese estaba aún más asustado que su compañero y sólo fue capaz de asentir y

tragar saliva. Luego dirigió su atención al campo de batalla, donde la caballería

estaba barriendo a los arqueros, que disparaban a cualquier objetivo a su alcance.

Un nudo se le instaló en el estómago al ver aquella carnicería. Cuando iba a apartar la vista lo vio. Una lejana figura vestida de blanco que surgía de entre la

violenta carga de los jinetes con paso parsimonioso; ajeno al peligro, a la

muerte

y al caos que lo rodeaba.

Lo cierto era que parecía un espíritu, tal y como habían dicho sus hombres.

Un espíritu que presagiaba la muerte de todos ellos.

El rey observó la escena y después miró a Irnon Dei fuera de sí.

—¿Y tú querías que me enfrentara a eso? Me has intentado engañar, mago, tal y como dicen que hiciste con el emperador. Pero yo no lo voy a consentir.

—Majestad, no ha habido engaño alguno. Lo que os di os protegerá de su magia y nos dará tiempo a nosotros para...

—¡Basta! —rugió Breol—. Lo haremos a mi manera. ¡Guardias!

El rey se volvió hacia el joven mago que acababa de terminar su silencioso

ritual y lo agarró de la pechera, mientras su guardia personal se acercaba a la carrera hacia ellos. El rey miró a Irnon Dei mientras sujetaba por el cuello con

una sola mano al joven, que gemía falto de respiración.

—Haz algo, Irnon, o te juro que...

No le dio tiempo a acabar su amenaza. Con un gesto de sus manos, el

anciano lo lanzó por los aires hacia atrás. El rey cayó unos metros más allá y su

corona resbaló a un lado, a los pies del joven Varean, que boqueaba en busca de

aire. Galthis se sobresaltó al verlo sin capucha pues apenas era un niño.

—Creo que os dais demasiada importancia a vos mismo, majestad —dijo

Irnon Dei con desprecio mal disimulado—, cuando es evidente que no sois más

que otro estúpido carnicero con corona. Los magos os necesitamos, pero nos defenderemos de cualquier agresión, incluida la vuestra.

Breol Unseir se levantó y rugió de pura impotencia, desenvainando su

espada. Cherdean hizo lo propio y Galthis echó de menos los tiempos en que portaba la suya, cuando era un joven con dos brazos y no el general manco del

reino de Merethia. El príncipe enarboló su acero, dispuesto a lanzarse contra los

magos, pero un gesto de la maga joven lo detuvo en seco. Ante los atónitos ojos

de Galthis, la espada de Cherdean vibró y empezó a humear. El pomo se

deformó y la hoja se puso al rojo. Luego el metal se alabeó y se fundió cayendo

al suelo. Unas gotas entraron en contacto con la mano del joven que aulló de dolor y soltó lo que quedaba de su arma. Cuando tocó el suelo, el metal se había

enfriado otra vez y, de hecho, se había separado en lo que parecía un montón de

fragmentos de mineral de hierro, bronce, carbón y tiras de piel.

¿Era ese el verdadero poder de los magos? Habían deconstruido aquella

espada a sus materias primas básicas en tan sólo unos segundos. Galthis maldijo,

imaginando lo que le haría algo así a un ser humano. El rey intentaba caminar hacia los magos, aún más encolerizado que antes. De alguna manera, sus movimientos se volvieron lentos, como si caminara contra una fuerte corriente y apenas pudiese avanzar.

—¡Quiero la cabeza de esos magos! —ordenó el rey a sus hombres—.

Vuestros trucos no podrán protegeros para siempre.

Los veinte hombres, además de los sirvientes y oficiales presentes en la colina, se lanzaron contra ellos desde diferentes ángulos, pero todos parecían afectados por el mismo sortilegio que frenaba al rey. Galthis fue a ayudar al príncipe y le indicó que metiera la mano quemada en la tierra, para aliviarla.

Después se encaró con Irnon Dei.

—Tarde o temprano superarán vuestra barrera, mago. Haced con nosotros lo que queráis, pero no saldréis con vida de aquí.

Una sensación ominosa, parecida a cuando la luz desaparecía de repente en un día de pleno sol, lo golpeó. De repente se sintió pequeño e insignificante.

—Me temo que pocos lo harán —susurró Irnon Dei.

Galthis vio horrorizado como la guardia del rey, y los demás hombres presentes en la colina, tomaban sus aceros y los dirigían contra ellos mismos.

Pronto la sangre hizo acto de presencia. Algunos se dejaron caer sobre las espadas y otros tomaron sus dagas y se degollaron a sí mismos. Un sirviente que

no encontró ningún arma se atragantó con su propia lengua, después de

mordérsela y engullirla. Lo más terrible era que ninguno de ellos gritó.
Murieron

en silencio, sin miedo ni dolor. El viejo general buscó con la mirada al rey,
pero

él no parecía afectado por la locura que se había apoderado de sus hombres.

Breol era la viva imagen de la desolación mientras observaba al ejército del
que estaba tan orgulloso desaparecer en cuestión de segundos.

El rey levantó la vista cuando una figura emergió en un lugar que instantes
antes estaba vacío. Era el mismo que vieran antes andando entre sus hombres.

Tenía una altura similar a la de un hombre, pero muy delgado. Su pelo era de un
un

blanco sucio, como si hubiese perdido el color, al igual que los ojos, de un
desvaído tono acerado. Lo peor, sin embargo, era la piel. Era traslúcida y
dejaba

entrever los músculos y las venas que había debajo. El estómago de Galthis
se cerró al verlo ¿Eso era un eliir? Las leyendas no hacían justicia a lo terrible
de

aquella raza.

Un silencio sepulcral se adueñó de la colina, apenas turbado por el lejano
sonido de la batalla que proseguía junto al río. El eliir levantó una mano
huesuda

hacia ellos.

—¿Cómo es posible que podáis resistiros a mí? —Su voz sonaba impasible,
en correspondencia con la expresión de su pavoroso rostro—. Ese poder no
está

a vuestro alcance.

—No mentiste, mago. Me protege —dijo el rey sin perder de vista al eliiir.

—¿Magos? Imposible, no tienen ese poder. A no ser que el Maquinador esté ayudándoos, como siempre ha hecho —dijo el ser observándolos de costado, como un ave de presa—. ¿Dónde se esconde? A pesar de sus engaños, soy más

fuerte que él.

—Os lo dijimos, majestad —aseguró Irnon Dei, sin hacer caso a las extrañas palabras del eliiir—. Las salvaguardias que hemos levantado nos protegen contra

su magia. Vos sois el rey más poderoso de la humanidad. A vos os compete la tarea de acabar con esta amenaza y formar una alianza entre Merethia y nosotros,

los magos.

—Os lo prohíbo —dijo el eliiir.

El ser dibujó un intrincado símbolo entrelazando sus dedos y de alguna

forma pareció crecer. Su rostro se estilizó aún más, transformándose en una versión dura e inmisericorde del anterior. Sus ojos se volvieron dos discos dorados y su voz subió en intensidad, llenándolo todo.

—NO HABRÁ FUTURO PARA LOS MAGOS. LOS ANIQUILARÉ A

TODOS, LUEGO A SUS FAMILIAS, A QUIENES HAN TENIDO TRATOS

CON ELLOS Y POR ÚLTIMO A TODOS LOS DEMÁS HUMANOS. NO

MERECÉIS ESE DON.

Escuchar la voz de aquel ser era como escuchar al propio trueno hablar. No sólo se oía, sino que se sentía en los propios huesos. El rey lo miró, achicando

los ojos y enrojeciendo. Galthis retuvo el aire, seguro de lo que iba a pasar a continuación. Nadie amenazaba a Breol Unseir ni al reino que tanto esfuerzo le

había costado levantar.

—Por encima de mi cadáver, engendro. —Breol lo miró de arriba abajo.

Galthis sabía que estaba estudiándolo—. Voy a enseñarte de qué pasta estamos

hechos los hombres. Los Tres Radiantes serán testigos de que hoy se acaba vuestro tiempo.

—YO SOY TU DIOS. APÁRTATE DE MI VISTA —clamó el eliiir haciendo

un lánguido gesto con la mano como si despidiese a un sirviente.

El aire ante ellos formó unas extrañas ondas, haciendo que la imagen del rey se curvase y se retorciese, pero pronto recuperó la normalidad. Breol seguía en

pie, como si nada hubiese ocurrido. El monarca rio, como solía hacer antaño, antes de cada combate, y balanceó su espada en un círculo. El eliiir carecía de armas y su complexión era la de un mendigo tísico al lado del poderoso rey.

Breol miró a los magos esbozando una leve sonrisa.

—Me equivoqué con vosotros. Ambos cumpliremos nuestro acuerdo cuando

le demuestre a esta asquerosa abominación que sin su magia no es nada.

Galthis sabía que no sería así. El rey nunca perdonaba y no pasaría por alto las ofensivas palabras del mago. Irnon Dei iba a contestarle, pero se detuvo al ver un movimiento. El eliiir apareció de forma súbita tras el rey y cerró la mano

formando un puño huesudo dirigido hacia el rostro del sorprendido monarca.

—ERES MENOS QUE NADA.

La cabeza de Breol estalló en un baño de sangre, hueso y sesos al recibir un puñetazo demoledor en el cráneo. Galthis se quedó petrificado al ver los restos

de su viejo amigo salir despedidos por el aire y chocar con aquella barrera invisible que parecía protegerlos. La sangre y los sesos caían como a cámara lenta, mucho después de que el cuerpo decapitado se hubiese desplomado.

Cherdean, a su lado, casi se atraganta al vomitar ruidosamente a la vez que gritaba de puro pavor.

—¡BLASFEMOS! ¿OS ATREVEIS A USAR LA SEMILLA CONTRA MÍ?

—dijo el ser, mirando el puño con el que había golpeado al rey.

La cadena de plata pulida que el mago le había dado al rey envolvía su muñeca, con la estrella refulgiendo con una luz que iba en aumento. El ser tiró

de ella, pero toda la fuerza de la que había hecho gala segundos antes no parecía

suficiente para arrancársela.

—¡Ahora! —bramó Irnon Dei.

Los tres magos comenzaron a hacer gestos, como si moldeasen el propio aire. La sangre del rey se precipitó hacia el suelo, como si ya no encontrase resistencia alguna en su lánguida caída. De alguna manera el eliir comenzó a desaparecer, engullido por el colgante. Era como si lo estuviese devorando o como si estuviese cayendo a través de él hacia la nada. La aturdida mente de Galthis no fue capaz de procesar lo que veía.

—TUS ENGAÑOS SON VANOS, HERMANO. DE UNA FORMA U
OTRA LOS ERRADICARÉ A TODOS. ES LO CORRECTO.

El brazo derecho desapareció por entero, pero el colgante siguió unido al eliir por un torso que se licuaba y retorcía como si estuviese hecho de gelatina.

Su cuerpo siguió siendo engullido y pronto el rostro volvió a su estado original.

Los ojos perdieron la tonalidad dorada y el rostro se crispó cuando se acercó al

metal y empezó a ondularse.

—Eres un necio por confiar en ellos, Maquinador. Los humanos son los heraldos del fin de todas las cosas.

Por primera vez fue perceptible algún tipo de emoción en la voz y la mirada del eliir. Galthis la había visto muchas veces ya y no le costó identificarla: era el

crudo y desolador miedo. El ser desapareció por entero y la estrella encadenada

cayó al suelo, obedeciendo, por fin, las reglas de la física. Irnon Dei fue hasta ella y la recogió, manchada de la sangre del rey. La levantó para mirarla y suspiró. No parecía un hombre contento.

—Esto es vuestro, alteza.

Galthis dio un respingo, saliendo de su estupor. La joven llamada Kayla le tendía la corona al pálido Cherdean, que reculó y cayó sobre su trasero intentando alejarse de ella.

—No... ¡no! Habéis asesinado a mi padre. Habéis...

—Vuestro padre murió como un héroe luchando contra los eliir, alteza — intervino Irnon Dei. El colgante había desaparecido de sus manos—. Todos lo hemos visto.

—Lo teníais todo preparado, ¿verdad? —dijo Galthis, no tanto como una acusación sino como la constatación de un hecho.

Irnon Dei se encogió de hombros, tomó la corona de manos de la maga y se la arrojó al regazo a Cherdean, que fue incapaz de ahogar un grito de pavor.

—Las cosas rara vez suceden como uno espera que lo hagan, pero sabéis tan bien como yo que Breol Unseir no era un buen rey y que el tiempo tan sólo lo haría empeorar. Ya hemos tenido suficientes tiranos por un tiempo. Estoy seguro,

Cherdean, de que seréis mejor gobernante que vuestro padre.

El muchacho miró la corona, la cogió entre sus temblorosas manos y se incorporó.

—Controlado por vosotros, ¿no es así?

—No. Los magos tomaremos nuestro camino y Merethia el suyo. Siempre

que cumpláis el acuerdo que tenemos con vuestro padre, todos viviremos felices.

Por un tiempo, al menos.

—¿Es una amenaza?

—Es el futuro, os guste o no.

—Los eliiir, ¿volverán a atacarnos? —intervino Galthis—. ¿Hay otros como él?

—No queda nadie como él —dijo el mago con voz ronca—. No creo que debáis preocuparos nunca más por ellos, siempre que no intentéis entrar en sus

dominios.

—Pero hay alguna amenaza, ¿verdad? Noté miedo en sus palabras, al final.

—General, coged al príncipe y haced de él un buen rey. Reorganizad

vuestras tropas y conquistaos los unos a los otros, si es lo que queréis. O bien amad, reíd y morid en paz, si sois capaces de obtenerla. Ninguno de los que estamos aquí verá esos días.

—Pero llegarán —terminó Galthis por él.

El mago asintió con el rostro serio.

—Está en la naturaleza del propio mundo que las cosas tengan un principio y un final. Lo único que podemos hacer es intentar retrasar los finales un poco

más.

Sus dos jóvenes acompañantes y él les dieron la espalda, dirigiéndose al

solitario campamento tras la colina. A lo lejos, en el campo de batalla, el millar

escaso de supervivientes deambulaba entre los muertos con expresión aturdida, como si no supieran qué hacían allí o qué había ocurrido. Como si despertaran

de una terrible pesadilla y no pudieran asumir que había sido real.

Las brumas sobre el bosque ya se habían disipado. Entonces Galthis supo con seguridad que acaba de ser espectador de algo que había llegado a su final

de forma irremediable, dijera lo que dijese el mago. Algo mucho más importante

que la vida del primer rey mereciano o incluso que la caída del propio imperio.

El fin de una era.

PRIMERA PARTE: UNA VIEJA

PROMESA

Jariol lo miró con altivez, seguro de su triunfo. El resto de los riadeim presentes contuvo el aliento mientras el joven mago caminaba con lentitud alrededor de su

anciano líder, el magister de la orden.

—Vuestras mentiras son evidentes —le dijo con desdén— y han costado la vida a muchos de nuestros hermanos. ¡Los entregasteis! Sabíais que los hechiceros de Vodhan Kaar los querían con vida, para usarlos en sus terribles

rituales. ¿Y qué habéis hecho al respecto? Impedir que nos defendamos y que ayudemos a nuestro pueblo, cuando mayor era su necesidad.

—Sois un advenedizo, Jariol —le espetó el magister, con el miedo asomando en sus ojos—. No tenéis derecho a formular esas acusaciones contra mí y lo pagaréis.

—Tengo todo el derecho, porque ahora sé cuál es la verdad.

Jariol metió la mano derecha entre sus ropajes. Cuando la sacó, una luz azulada brillaba en ella, más brillante que la propia luz de la Torre del Sol a mediodía. Los magos exclamaron con asombro al verla. El joven mago extendió

su mano y acercó la luz al rostro del magister, que apartó la mirada, horrorizado.

—Vos lo sabíais, magister. Aun así, hicisteis lo posible para que la orden no se involucrara en la defensa de Balaeron, e incluso hicisteis tratos con nuestros

enemigos. ¡Contestad! —rugió Jariol, haciendo que el otrora digno y poderoso

magister se encogiera de miedo—. ¿Hay verdad en mis palabras?

—Es cierto —admitió para sorpresa y vergüenza de todos los magos—. Lo hice para salvarnos a todos. Irnon Dei profetizó que llegaría este tiempo de guerra y desgracias. Dejó escrito que el magister desaparecería y la orden quedaría diezmada, si combatíamos. Tan sólo pensaba en el bien de los riadeim.

Jariol volvió a esconder la luz entre sus ropas y miró a su superior con infinito desprecio.

—Habéis confundido los términos, pues sólo pensabais en vuestro bien. El

magister desaparecerá, sí, como Irnon Dei profetizó, pero la Orden de los Riadeim seguirá existiendo mucho después de vuestra muerte. ¡Guardianes!

Apresad al magister. Esta misma tarde asistiremos a su ejecución.

Nadie de los presentes puso ninguna objeción. Lo cierto es que, cuando el magister salía escoltado de la Sala de los Oradores, los magos se pusieron en pie y comenzaron a aclamar a Jariol como su nuevo y, a la postre, efímero líder.

«De los actos y proezas de Ethan Jariol», de Pelgor de Ebedin, Cap. 12

1. Nieblas del corazón

Un cuervo graznó, dio dos pequeños saltos sobre las almenas y se zambulló en el

aire cuando el muchacho llegó hasta lo alto de la vieja torre de guardia

abandonada. Al salir a la intemperie, el chico se ciñó sus ropas de abrigo mientras maldecía en voz baja; el tiempo no era bueno a finales de otoño en Merethia. Tras mirar a izquierda y derecha, como si buscara a alguien, se acercó

a las derruidas almenas de la torre y observó la ciudad ante sus ojos. El joven intentó divisar la plaza central, pero la fría niebla que sitiaba la ciudad desde la

mañana se lo impedía. La pesada bruma se movía con desgana sobre los

edificios, alimentada por la húmeda brisa que soplaba del este. En cierto modo,

se sentía como si estuviese contemplando el océano desde un promontorio.

Un mar triste, gris y opresivo, eso sí, pero él nunca había visto el océano, así que no

podía hacer otra cosa que intentar imaginarlo.

—El mar puede ser de muchos colores. —Escuchó que susurraba una voz frente a él. El muchacho dio un respingo, sobresaltado—. Azul, turquesa, negro

o rojo como el cielo sangrando mil atardeceres. Rojo... me gusta, sí.

Suspiró abrumado por una intensa y repentina sensación de pesar, pero, a la misma vez, su corazón latía frenético. Volvió a mirar a su alrededor, para cerciorarse de su absoluta soledad en la cima de la torre. El chico masculló algo

ininteligible y decidió concentrar su atención en el paisaje. Desde su atalaya sólo

alcanzaba a ver el río Faoral y la parte vieja de la ciudad, de la que formaba parte

la torre de guardia abandonada. Los restos de la antigua Rynad que habían

saqueado y destruido los sanguinarios tarkesios, largo tiempo atrás, durante su invasión. Aquí y allá se veía como una parte de las estructuras defensivas no habían sido nunca reparadas tras aquello, y ahora no eran más que ruinas repletas

de malas hierbas. Del viejo Castillo de la Pluma, ubicado cerca del río, no eran

visibles más que paredes derruidas, parte de una de las torres y la hiedra que lo

invadía, tan implacable en su empeño de tomar sus muros como los propios tarkesios, más de dos siglos atrás.

—Ruina sobre ruina —dijo la misma voz, alargando las palabras—. Nada permanece, todo se marchita y cae. Hubo algo, muy cerca de este lugar. Algo

tan

oscuro que hiela el alma. Gritó, llamándome por un nombre que no reconozco,

pero yo no lo escuché. ¿No oyes los ecos? Sé que me hizo sufrir, pero ahora me

susurra palabras dulces y me habla sobre mi destino. ¡No escuches su voz!

Deberíamos quebrarnos los huesos y desaparecer para siempre, escapar del dolor

y del miedo. Ah, sí, tú también caerás.

—No sé qué quieres decir —contestó el muchacho, distraído—. ¿Tú

también escuchas a personas que no existen? No deberías hacerle caso. Eso es lo

que dice mi abuelo sobre ti.

Absorto en la contemplación de la ciudad y en su disertación, no oyó como

un muchacho algo más bajo que él se acercaba a su espalda hasta que este gritó,

cortando en seco sus palabras:

—¡Qué demonios estás haciendo, Kir!

El muchacho se dio la vuelta, sobresaltado, y el brusco movimiento lo hizo

desequilibrarse. Con pavor se dio cuenta de que se había subido a las derruidas

almenas, aunque no recordaba haberlo hecho en ningún momento. El temor por

la caída hizo que intentara asirse a algo, pero así sólo consiguió
desequilibrarse

más. Gritó cuando sintió que empezaba a caer hacia atrás, pero pareció
quedarse

suspendido en el aire unos instantes. El otro chico que había subido hasta el
tejado alargó una mano, cogiéndolo del cinturón, y tiró con fuerza de él. Por
fortuna cayó del lado del tejado de la torre, junto con una parte del barro y la
piedra de las almenas. El chico, con el orgullo herido y las rodillas doloridas,
respiró profundamente, presa de temblores.

—¿Estás bien? —preguntó su amigo, tendiéndole una mano para ayudarlo a
incorporarse. Él tan sólo pudo asentir—. ¿Es que has perdido el maldito
juicio,

Kir?

El chico lo miró, con el rostro blanco como la leche y los labios apretados.

—No quería decir eso —se disculpó el recién llegado al ver su expresión—.

¿Querías demostrarme algo subiéndote ahí?

—Eso es, Arvand —dijo sin mirarle a los ojos—. Siempre dices que soy una
mierda de guardián, un cobarde. Quería que vieses que soy capaz de caminar
por

el borde, aunque has venido tan en silencio que me has asustado. Has usado
la

magia, ¿verdad?

—No me vengas con esas —se defendió Arvand con voz tensa, sorprendido
por el cambio de tema—. Sabes que no está permitido usarla fuera de la

academia y más tras lo ocurrido el año pasado. Eso, aunque pudiera hacerlo.

—Lo siento. He dicho una tontería.

—No pasa nada, Kirius —dijo usando su nombre completo, síntoma inequívoco de que daba el tema por zanjado—. Dejemos ya de disculparnos, por

favor. Dime, ¿con quién estabas hablando cuando he subido? ¿Ya vuelves a las

andadas?

Kirius miró a su amigo a los ojos y pudo ver como este le miraba con una inusual expresión de seriedad. Era evidente que se había preocupado al verlo subido a las almenas y que no acababa de creerse su explicación.

«¿Acaso puedes culparlo? —pensó con acritud—. Ni yo sé cómo demonios

he acabado ahí, pero no puedo decirle que cada día que pasa pierdo más la razón». Sin embargo, no estaba dispuesto a que el Ausente le estropease la conversación con Arvand, ni menos aún a admitir que lo oía cada vez con más

frecuencia.

—¿Estaba hablando en voz alta? Pues no me he dado cuenta —mintió, mientras desviaba la vista hacia las brumas sobre la cabeza de su amigo—, ya me conoces. Pero ya has visto lo que ha pasado. Como siempre dices, soy un guardián pésimo.

El otro chico lo miró entrecerrando sus ojos verde oscuros. Arvand era

demasiado inteligente para dejarse engañar con tanta facilidad, pero por suerte no insistió.

—Mira, sé que el viejo Olwen te dijo, antes de morir, que tenías porte y aptitudes para ser un buen soldado. Él fue un antiguo miembro de la Guardia Real de Merethia, así que sabía lo que se decía. Pero recuerdo que también te advirtió de que era una vida dura e ingrata. Dime, ¿cuántos guardias reales no cambiarían su vida por la tuya, Kir?

—Me da igual cuantos —contestó el joven, malhumorado—. Yo cambiaría los viejos pergaminos y libros por una espada y una librea roja.

—Aún no acierto a imaginar por qué prefieres sufrir la dura vida militar cuando podrías ser un erudito y has vivido toda tu vida entre libros, aprendiendo de los grandes cronistas, historiadores y poetas.

—Déjalo ya —demandó Kirius, resentido—. Ya hemos hablado de esto. Tú vas a ser un riadeim y no puedes ver las cosas con objetividad. Me alegro de la educación que me ha dado mi abuelo, pero me gustaría tanto ver mundo y hacer... cosas importantes. Como mis padres y los suyos anteriormente.

—¿Y por eso caminas sobre unas almenas viejas e inseguras con una niebla como esta? Así lo único que vas a ver es el empedrado de las calles, y muy de cerca. Creo que le das demasiada importancia a esa historia del dragón y tu antepasado que te contó Gaelon. —Arvand estalló en carcajadas—. Es imposible que te la creas.

—¡Ya sabes que no, idiota! Pero estoy seguro de que hacían cosas más importantes que desempolvar viejos pergaminos.

Arvand borró su expresión burlona, lo miró con seriedad y le apoyó una mano en el hombro mientras decía:

—Tranquilo, Kirius, sólo te tomaba el pelo. Entiendo que estés dolido porque Gaelon te prometió algo que quizá no pueda cumplir, pero él quiere lo mejor para ti. Los hermanos y tú tenéis una buena vida gracias a su trabajo como

bibliotecario de la ciudad. No lo pagues con él sólo porque su edad le impida llevarte a Almeron.

Kirius asintió con seriedad. Había pasado toda su vida con su «abuelo», un anciano amigo de sus padres que lo había tomado a su cargo cuando estos murieron y nadie más quiso hacerse cargo de él. Gaelon, ese era su nombre, se

había ocupado de él desde su más tierna infancia, así que no recordaba a su familia. Al parecer, los dos habían vivido en otros pueblos y villas de Merethia,

cuando Kirius era más pequeño, aunque tampoco guardaba recuerdos de aquella

época. Sin embargo, desde hacía poco más de siete años ambos vivían en Rynad.

Gaelon era el encargado de la biblioteca de la ciudad y en un reino como Merethia, que se jactaba de ser la residencia de los magos de Balaeron y por tanto de la sabiduría, esa era una posición de muchos privilegios.

Fue aquí en Rynad donde Kirius había conocido a Arvand, cinco años atrás.

Su amigo era un norvadoreano que había sido enviado a Merethia tras demostrar

que poseía aptitudes para la magia y, como él mismo, era huérfano. Aunque un

gran número de las personas con capacidades mágicas eran merecianos, no era raro encontrar a muchos que provenían de las otras naciones balaerianas dentro

de la respetada orden de magos de Merethia: los riadeim. Cuando llegó a Rynad,

el mentor de Arvand en la llamada academia de los riadeim, le impuso la tarea

de trabajar en la biblioteca «para que se acostumbrara al tacto de los libros».

Una vez que Arvand empezó a ayudar a su abuelo en la biblioteca, no pasó mucho tiempo antes de que ambos jóvenes se hiciesen amigos. Arvand tenía un

año más que él, y quizás por eso a veces sentía la necesidad de fanfarronear y tomarle el pelo, pero era un buen amigo. «El único que tengo», pensó Kirius con

amarga sinceridad.

—Lo sé y le estoy muy agradecido, pero mañana es mi cumpleaños y según la tradición me convertiré en adulto. Mi abuelo me prometió hace dos años que

entonces iríamos a la capital, a buscar mi herencia y conocer al resto de mi familia.

—¿Alguna vez has pensado en eso de tu herencia? Tal y como te dijo

Gaelon, tus padres no tenían nada cuando murieron, eran gente humilde.

—Me conformo con que sea la espada y el escudo de mi padre —respondió

tras meditarlo unos segundos—. No deseo nada más.

—Una espada sería una herencia muy preciada —respondió Arvand, de nuevo con la burla asomando en su mirada—. Así podrías buscar a otro dragón

como tus antepasados y matarlo. Con suerte, incluso habría alguna bella princesa

que te lo agradecería abriéndose de piernas y quizá luego su padre te concedería

su mano.

—Eres idiota. Su padre me cortaría la cabeza por deshonrarla —respondió

Kirius, esta vez sonriendo.

—Es probable, he oído que a los reyes les divierte cortar cabezas. Al margen de tu futura decapitación, tengo otra mala noticia que darte. —La voz y el gesto

de Arvand se tornaron graves—. Como ya te expliqué alguna vez, los aprendices

de las tres academias del reino deben viajar al final de su instrucción a la isla de

Varean, a la sede de los riadeim.

Kirius asintió mientras toda su alegría se desvanecía, creyendo saber lo que venía a continuación. Ahora comprendía por qué su amigo lo había citado en la

torre.

—Debo partir dentro de siete días hacia allí —continuó Arvand—. Estaré en

la isla unos años, no sé cuántos, eso dependerá de mi capacidad de aprendizaje.

Ya lo ves, te libraras de mí por un buen tiempo.

Kirius no respondió, sino que hundió su mirada en las callejas empedradas de abajo. ¿Librarse de él? Bien sabían los dioses que a veces Arvand y su constante jovialidad podían llegar a ser molestos, pero era su único amigo y no

deseaba perderlo. Aunque ambos sabían que ese momento llegaría, y lo habían

discutido en el pasado, ninguno creía que se fuese a producir tan pronto.

Dándose cuenta del conflicto interior de su amigo, Arvand le dijo:

—Puedo decirle a Vera que venga a verte, si quieres. Ahora que me voy no me importa, y apuesto lo que quieras a que en la isla tendré compañeras que estarán de buen ver. Dicen que las de Moradhair son puro fuego.

Ambos sonrieron. Vera era una chica de su misma edad, hija de un reputado miembro del gremio de tejedores, que había llamado la atención de ambos jóvenes. Arvand se había ganado las simpatías de la joven, además de sus besos,

y eso había significado una herida para Kirius mayor de lo que él mismo quería

admitir. Sin embargo, ya había pasado el tiempo suficiente como para que se hubiese dado cuenta de que Vera no le gustaba en realidad. No era la clase de persona que podía comprenderlo. «¿Cómo iba a comprenderte si fuiste incapaz

de hablarle con algo más que monosílabos?», le dijo una irónica vocecilla

interior.

—No, Arvand, prefiero que no lo hagas. Podré soportar la soledad estoicamente —concluyó con una débil sonrisa y un gesto melodramático.

—Ah, el señor sólo quiere cortejar a bellas princesas y a virginales doncellas. Kir, o espabilas o no quedará ni una sola doncella inocente y pura para que puedas desvirgarla.

—Ya... dejemos ese tema, ¿quieres? Cuéntame más de tu viaje a la isla.

Siguieron hablando durante un largo rato hasta que el sol, o lo poco que se intuía de él tras la cortina de la niebla, amenazó con desaparecer. La oscuridad

comenzó a reinar en la ciudad, ayudada por una fina llovizna que comenzaba a

caer.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —dijo su amigo mientras se frotaba las manos para entrar en calor—, o cogeremos unas fiebres.

—Tienes razón. Que ya no podamos hablar con tanta frecuencia, no quiere decir que tengamos que hacerlo hasta que se nos congele la lengua —comentó Kirius con una sonrisa.

—Es culpa mía. Pensé que este sería un buen lugar para nuestra... charla.

«Para nuestra despedida», pensó Kirius, pero asintió, intentando sonreír. La

vieja torre de guardia abandonada había sido durante casi cinco años el lugar donde él y su amigo se encontraban tarde tras tarde, el lugar donde habían

jugado, hablado y, a menudo, donde se habían pasado horas sin hacer nada; tan

sólo viendo el discurrir del río Faoral y el movimiento de los navíos fluviales.

Sin embargo, hacía ya meses, desde la inundación, que no venían hasta aquí. La

torre solía sumir a Kirius en un ánimo melancólico, pero eso hacía tiempo que había dejado de importarle.

—No vuelvas nunca —dijo la voz cuando empezaban a bajar las escaleras hacia la planta baja—. Este lugar apesta a muerte.

Kirius dio un respingo al escuchar las palabras a su espalda. Por suerte,

Arvand bajaba delante y no vio su reacción. Para cuando salieron al camino empedrado que comunicaba una de las calles con la loma en la que se elevaba la

torre, Kirius ya había conseguido calmarse, repitiéndose que la voz no era real. A

esa hora la actividad en la ciudad comenzaba a decrecer al mismo ritmo que las

sombras vespertinas se adueñaban de ella. Sólo había algunos transeúntes que andaban presurosos por las calles evitando, en la manera de lo posible, el aguacero en ciernes.

Kirius sintió la mano de Arvand en su espalda, mientras este le decía:

—Debo irme o me empaparé. Dudo que pueda verte mañana, mi mentor me

hace trabajar más horas que nunca, ya lo sabes. —Arvand le apretó el hombro mientras le sonreía—. En todo caso, felicidades por tu cumpleaños y por llegar a

la edad en la que eres un hombre. Ya no podré meterme contigo diciendo que aún eres un mocoso.

Kirius lo miró dubitativo.

—Supongo que debería alegrarme, ¿verdad?

Una mirada de disgusto cruzó por el rostro de Arvand, aunque Kirius no supo si era real o fingido.

—Nunca cambiaras, ¿eh? Te irá bien con Gaelon. Seguro que accede a ir a

Almeron o enviarte junto a alguno de los hermanos, ya lo verás. —Arvand le sonrió y, mientras daba media vuelta, le aseguró—: Nos veremos antes de mi partida, en cuanto pueda volver a escabullirme. Hasta entonces, que los Tres guíen tu camino, Kirius.

—Que los Tres guíen el tuyo también, Arvand —le respondió

mecánicamente, aunque no supo si lo había oído porque ya se había ido corriendo.

El chico comenzó a andar bajo la lluvia hacia la biblioteca, su hogar.

Mientras se apresuraba por las calles desiertas, empezó a pensar en lo que había

hablado con Arvand y en lo que pasaría mañana. Todo eso le producía una sensación mezcla de miedo y excitación. Mañana podría irse de la ciudad si quisiera, hasta Almeron, o simplemente viajar y ganarse la vida como pudiese.

Sabía que tenía esa posibilidad, pero no lo haría. Le debía demasiado al hombre

que llamaba abuelo como para abandonarlo, aparte de su temor a abandonar

su

vida conocida. Eso por no hablar de su falta de montura, espada y de entrenamiento con las armas.

El viejo Olwen, con quién había trabado amistad dos años atrás, le había dejado lanzar estocadas con su vieja espada contra unos fardos de lana. Esa había sido toda su relación con las armas hasta el momento. Era lo bastante inteligente para saber que esas torpes lecciones no le servirían de nada en un combate real. El viejo soldado, a cambio, esperaba de él que escuchase sus interminables relatos y supuestas hazañas. Le decía que, con su altura y su espíritu luchador, significara eso lo que significase, podría convertirse en un buen Guardia Real, algún día. «Te falta endurecerte, hijo. Ahora eres tan blando

como la arcilla y tan frágil como las flores de primavera», le había dicho en varias ocasiones. Kirius sabía que tenía razón; un Guardia Real debía ser valiente, no un muchacho que se asustaba hasta de su propia sombra. Por suerte,

Olwen también le había dicho que el carácter de un hombre se forjaba con el tiempo y la disciplina. Eso, de alguna manera, mantenía vivas sus esperanzas de

ser como su padre.

Siempre pensó que el anciano le dejaría su espada a su muerte, pues no tenía familiares ni a nadie más que se preocupara por él, mientras malvivía en la parte

vieja de la ciudad. Por desgracia, durante el desbordamiento del río Faoral y la

posterior inundación, la espada se perdió en el lodo y el anciano se ahogó en su

lecho.

Mientras entraba en la amplia y adoquinada plaza mayor, recordó las absurdas y siniestras palabras que le había escuchado al Ausente en la torre. Lo

peor era que, mientras atendía a la voz, había estado a punto de caer de la torre y

ni siquiera se había percatado de ello. No era la primera vez que hacía algo tan

estúpido y peligroso al escuchar al Ausente, sin querer. Una vez, casi dos años

atrás, se había lanzado al agua del río Medis en una zona de fuertes corrientes.

La rápida intervención de Leram había evitado que se ahogase. Lo peor eran las

ocasiones en las que la voz de su cabeza hablaba de sangre y de... matar. Kirius

era incapaz de soportarlo y más de una vez había chillado, intentando acallar a la voz con sus gritos. No lo había conseguido.

Pasó entre la columnata que rodeaba la vieja, aunque bien conservada,

biblioteca, y se dirigió al pequeño edificio anexo que era su vivienda. Entró sacudiéndose toda el agua y el barro que pudo de sus botas. Si Doiran le pillaba

ensuciando los suelos que tanto trabajo le costaban limpiar, se ganaría una buena.

Doiran y su hermano Leram eran huérfanos que, como en su propio caso,

Gaelon había tomado a su cargo. La diferencia estribaba en que Kirius llevaba viviendo con su abuelo desde que podía recordar, y los hermanos habían sido tomados bajo la protección del anciano meses después de llegar a la ciudad y hacerse cargo de la biblioteca, siete años atrás. Ahora Doiran contaba con

veintidós años y Leram con tres más. Ambos tenían una educación casi digna de

un noble, tras las pacientes lecciones de Gaelon para convertir en hombres de provecho a aquellos dos desharrapados ladronzuelos que había tomado a su

cargo. Lo había conseguido sorprendentemente bien, mejor que con él mismo,

creía Kirius. Al menos ellos no escuchaban voces inexistentes ni eran unos lunáticos incapaces de controlar sus actos.

El muchacho suspiró, intentando olvidar los sucesos de la tarde. Pronto llegó hasta la sala del hogar, donde se encontraba atareado Doiran, limpiando mientras

silbaba una vieja canción de cuna. El hombre era más bajo que el chico, de piel

clara, como la mayoría de los balaerianos, y pelo castaño claro. Su rostro era bastante ordinario, aunque a veces dejaba traslucir cierta malicia, quizá una reminiscencia de su pasado, de cuando sobrevivía junto a su hermano del pillaje

en las calles de la ciudad. Al oír sus pasos, Doiran se volvió con una mueca.

—¡Por la sangre de Jariol! Así que vuelves a estas horas y, además, empapado.

—Lo siento, Doiran. Se me hizo tarde, pero me he limpiado al entrar.

Doiran miró al suelo y, tras comprobar que todo seguía tal y como lo había dejado, se dio la vuelta y continuó con su tarea.

—Ahí tienes tu cena —dijo señalando hacia la mesa, donde le esperaba un humeante cuenco de cerámica que contenía un caldo de trigo, avena y carne —.

Cuando termines, ¿podrías ayudarme con esto? Se me acumula el trabajo.

—Es verdad, había olvidado que Leram aún no ha vuelto de su viaje. ¿Sabes si es un encargo del abuelo?

—Así es. Leram me comentó que debía entregarle un mensaje de Gaelon a un hombre en el sur, pero no quiso decirme nada más. Ya hace seis días que se

fue, pero espero que no se demore mucho. El polvo de la biblioteca y yo lo echamos de menos.

Siguieron hablando mientras el chico cenaba. De los dos hermanos, Doiran era con el que Kirus mejor se entendía, quizá porque era el menor. Al terminar,

lo ayudó a limpiar la cocina. Mientras frotaba con ahínco un puchero que se resistía a desprenderse de la capa de grasa que lo recubría, Kirus miró dubitativo

a Doiran, que hacía lo propio con una ennegrecida cacerola, y por fin le preguntó:

—Oye, Doiran, ¿no tienes...? ¿No tienes la impresión de que esta vida es más apropiada para las mujeres que para ti? Quiero decir que...

El hombre soltó una carcajada, interrumpiendo al muchacho.

—Mira, Kiriús, sé lo que quieres decir, pero ya hace tiempo que descubrí que el mundo está formado por líderes y seguidores, y yo no soy ningún líder.

Hay que aceptar lo que la vida te tiene reservado. Prefiero servir a tu abuelo que

estar en las calles, robando o haciendo cosas peores. Es una forma de agradecerle lo que hizo por mí.

—Pero debe de resultarte muy duro pasar toda tu vida aquí, sin saber lo que hay ahí fuera ni ver otros lugares. Tan sólo limpiando y cuidando de libros viejos.

—¿Seguro que hablamos de mí? —Doiran sonrió, comprensivo—. Ah, muchacho, sé lo que te pasa. Es lo que nos pasa a todos a tu edad. No debes preocuparte, estoy seguro de que tu abuelo no quiere que acabes tu vida entre fogones y cacerolas —dijo mientras le hacía un guiño.

—Debo tener paciencia, ¿verdad?

—Saber esperar es una virtud, una que aprendí hace años y que podía significar la diferencia entre comer o pasar hambre —se sinceró—. Gaelon quería que fueses a verlo antes de que te acostaras. Hazme un favor y no lo martirices demasiado con ese tema. Hoy no se sentía muy bien y se retiró temprano a su habitación. Hasta mañana, Kir.

Kiriús se despidió y salió de la cocina hacia la habitación de su abuelo, situada al lado de la suya propia. Al abrir la puerta y observar la pequeña estancia, distinguió en la oscuridad los familiares contornos de las estanterías repletas de libros y pergaminos. Dirigió la vista a la cama y pudo ver la

silueta

de su abuelo en ella y, al cabo de unos momentos, escuchó su respiración fuerte e

irregular. Aquello le preocupó. Su abuelo siempre había gozado de buena salud,

a pesar de tener casi setenta años, pero en estos últimos meses su avanzada edad

se había hecho patente.

—Kirus, ¿eres tú?

—Sí, abuelo. He venido a ver cómo estás.

—Como siempre, ya lo ves. —En ese momento tuvo un acceso de tos que hizo que levantase el torso de la cama. Kirus corrió a ayudarlo—. Estoy bien —

consiguió articular al cabo de unos momentos—, sólo es un maldito resfriado.

Kirus lo miró con suspicacia, pero Gaelon le ignoró y señaló una copa de cerámica en un aparador, a unos pasos de la cama.

—Esta tarde hice llamar a Ibros, el Sanador, y me bebí todos los asquerosos potingues que me dio. Sus palabras fueron: «Es una fiebre pasajera. Guarda cama durante un par de días y se te pasará».

Kirus tomó la delgada mano de su abuelo con la suya.

—Yo me ocuparé de que no te levantes hasta que te recuperes. Recuerda que pronto debemos emprender un viaje.

—No necesito que me traten como a un tullido, jovencito —protestó el anciano—. Y desde luego no me gusta esa obsesión tuya con ir a... la capital. En

vez de pensar tanto en el pasado, deberías concentrarte en aprender cuanto puedas para el futuro. —Kirus arrugó el gesto, en claro desacuerdo, y el anciano

suspiró—. Harás ese viaje, Kirus, aunque quizá tarde un poco más de lo que te gustaría.

—¿Más? Abuelo, lo prometiste. Mañana seré un hombre y sé que podría irme a Almeron a alistarme en la Guardia Real, como mi padre. Esa es su herencia, ¿verdad?

—¿Qué estupidez es esa? —dijo Gaelon levantando el tono de voz—. ¿De dónde has sacado esas ideas?

—Tú me dijiste que fue un luchador excepcional, de los mejores de la capital. Yo supuse...

—No supongas nada, jovencito. Tienes demasiada imaginación para tu propio bien.

—¿Imaginación? —Kirus miró al suelo, abatido—. Quieres decir que invento cosas, pero esto no lo ha dicho el Ausente. Esto es algo que sé en el fondo de mi corazón. Debo ser como él, seguir sus pasos, para dejar de sentirme

así y para que los demás no me...

—Kirius —lo interrumpió el anciano con voz tensa—, olvídate de esa

maldita voz. No existe ningún Ausente. Si eliges confiar en ti mismo, sé que tendrás la fuerza para hacer todo aquello que te propongas.

—Abuelo... no puedo. Hoy casi...

—Continúa.

—No es nada. —Kirius negó con la cabeza y suspiró—. Cuando hablas de mi padre tu voz suena diferente. Lo admirabas, lo sé. En cambio, conmigo...

—Tu padre fue como un hijo para mí. Él y tu madre me fueron muy queridos. No debes ser como él, debes ser mejor, pero eso no debe obsesionarte.

Algún día entenderás que, aunque rara vez los caminos son fáciles para nadie, no

todo el mundo debe atravesar un muro de zarzas como tú.

Kirius asintió con renuencia, no muy convencido.

—Tendré paciencia y no haré caso al Ausen... a la voz —prometió.

—Eso espero. Recuerda lo que siempre te he dicho: no esperes nada de nadie. Sólo puedes fiarte de ti mismo.

—Ojalá pudiera hacerlo... ¿Por qué me siento así? ¿Por qué oigo esa voz?

—La Plaga, hijo mío, ya lo sabes. A algunos les dejó terribles secuelas.

Recuerda que nada de eso es real. Aprenderás a ignorar todas esas cosas y entonces emergerá el verdadero Kirius que hay ahí dentro —le susurró su

abuelo

con ternura.

—Gracias. Creo que necesitaba oírte decir eso.

—Lo sé, pero de hecho quería hablarte de otro asunto.

—¿De qué se trata?

—Hace unos días mandé a Leram a Moradhair para que trajese a una persona aquí. —Un nuevo y violento ataque de tos impidió que el anciano siguiese hablando. Rechazó con un gesto la ayuda del muchacho y se rehízo —.

¡Déjame! Ya te he dicho que no es nada.

—Creo que te estoy cansando demasiado. —Kirus se incorporó y arropó al anciano—. Es mejor que me lo cuentes mañana.

—¡No! Esto no puede esperar —interrumpió su abuelo con la voz cargada de una determinación tal, que le hizo detenerse en seco—. Esa persona es un hombre llamado... Terion. Lo conocí hace mucho tiempo, pero hace años que no

le veo. Tan sólo he recibido dos cartas tuyas en dieciséis años.

Mientras su abuelo se perdía en viejos recuerdos, Kirus se preguntaba quién era el tal Terion. No se le escapaba el detalle de que hiciese dieciséis años que

ese hombre y su abuelo no se viesan, justo cuando él había nacido. ¿Era posible

que fuese alguien de su familia que no había querido ocuparse de él cuando quedó huérfano?

—Ese hombre, que espero esté aquí mañana, es una persona honorable. —

Kirius asintió, sin saber demasiado bien adonde quería llevarle su abuelo—.

Quiero que me prometas una cosa, Kirius: que lo obedecerás y confiarás en él,

porque quiere tu bien, como yo.

El chico miró al anciano con extrañeza. ¿A qué venía todo esto ahora? Su

abuelo se mostraba excéntrico a veces, pero este no parecía uno de sus

caprichos. En todo caso, sentía que todo esto tenía mucha importancia y un significado que se le escapaba.

—¿Lo harás, hijo mío? —lo apremió Gaelon.

—Si crees que debo hacerlo y confías en él, bueno... supongo que sí. Pero dime, ¿quién es ese hombre? ¿Vivirá aquí, en Rynad, con nosotros? ¿Por qué no

me habías hablado de él?

—Jovencito, deja de hacerme preguntas. Tú mismo lo dijiste, necesito descansar. Espero que mañana puedas preguntárselo a él mismo, si así lo deseas.

Ahora ve y descansa.

Aquello sonaba a excusa más que a otra cosa, pero lo dejó estar después de que otro ataque de tos volviese a dejar al anciano sin respiración.

—Tienes razón. Mañana hablaremos de todo esto. Buenas noches.

Cuando el chico iba a darse la vuelta, el anciano lo retuvo agarrando su mano. Sin mediar palabra se incorporó lo suficiente para darle un beso en la mejilla mientras lo abrazaba.

—Buenas noches, Kirius.

El muchacho salió de la habitación, perplejo. Ni su abuelo ni él solían ofrecer muestras de afecto, ni entre ellos ni con los demás. No obstante, el anciano, en los últimos tiempos, parecía estar cambiando su forma de ser y se mostraba más cercano a él, si bien de una forma tímida y torpe. A Kirius esas muestras de cariño le resultaban, a la vez, violentas y fascinantes. Tras cerrar la

puerta tras de sí, no pudo oír las palabras murmuradas del hombre que llamaba

abuelo, segundos después de su marcha.

—¡Qué ironía! Mi tarea termina cuando él se convierte en un hombre. He cuidado a tu hijo lo mejor que he podido, pero me temo que no ha sido suficiente. —El anciano no parecía dirigirse a nadie en particular, sino que miraba con ojos llorosos hacia el techo, como si pudiese ver el cielo que este escondía de su vista—. Él sufre, lo veo, pero no merece cargar con nuestros errores. Sólo pido un par de días más, hasta que Terion llegue y me dé su palabra

de que lo mantendrá alejado de ellos. Es lo único que pido.

El anciano se pasó una mano temblorosa por los ojos y se limpió las lágrimas.

—Lo peor ha sido tener que mentirle todos estos años, pero era lo mejor para él. Estoy seguro de que ambos lo aprobaríais. Eso quiero creer. —

Soltando

un largo suspiro, Gaelon se removió inquieto en su lecho—. Que la bendición de

los Tres esté contigo, Kiriús. Tú la necesitas más que nadie.

Pocos metros más allá, Kiriús se desnudaba y se metía en el lecho. Antes de apagar la única vela que alumbraba su espartana habitación, pensó en todos los

sucesos del día. Hoy había sido uno de esos días en que ocurrían multitud de cosas que no podía controlar, uno de esos días que a él no le gustaban. Su enajenación transitoria en la torre y la marcha de Arvand lo entristecían, pero la

desconcertante actitud de su abuelo y la llegada de aquel extraño a su hogar le preocupaban. ¿Cómo se llamaba? Terion, ese era su nombre. ¿Por qué su abuelo

le había pedido que confiara en él apenas unos minutos después de recordarle que sólo debía confiar en sí mismo? No tenía sentido. Gaelon siempre lo había

prevenido contra los extraños. Todo eso sumado a que mañana cumpliría los dieciséis años. Había algo en todo aquello que no le gustaba. «Es miedo a lo desconocido», pensó. Aún recordaba aquella vez que su abuelo le había

explicado que la humanidad temía a lo desconocido, era su capacidad para

controlar ese miedo lo que distinguía a los hombres mediocres y mezquinos de

los que no lo eran.

En la soledad de su habitación, Kiriús juró que sería capaz de afrontar lo que

le deparase su vida como adulto, y de aceptar lo que fuese que se encontrase

en

Almeron cuando fuese con su abuelo. Tras recitar una plegaria a los Tres para que el anciano se recuperase pronto, y pudieran hacer el viaje, Kirius apagó la vela de un soplado y se arrebujó entre sus mantas, intentando que el sueño llegase lo antes posible. No lo hizo. Pasó un buen tiempo en vela, intranquilo, y

cuando al fin empezaba a conciliar el sueño, le pareció escuchar una voz susurrante que surgía de al lado de su cama.

—La muerte se acerca, pero no siempre es un final. A veces no es más que un engaño.

Miró sobresaltado en aquella dirección, pero no había nadie allí. Sólo vio las densas sombras de su habitación, que parecían arremolinarse como la niebla que

había visto esa misma tarde. Cerró los ojos con fuerza y procuró no pensar en nada. Por fortuna consiguió dormirse unos minutos después, aunque soñó con cosas desagradables que no pudo recordar después.

2. Sueños enterrados

Fueron los ruidos de pasos y voces los que poco a poco lo despertaron. Pasó algunos segundos desorientado en el lecho, hasta que miró por la única ventana

de su habitación, que daba a la plaza mayor de Rynad, y comprobó que aún no

había salido el sol. Llovía con fuerza y los truenos retumbaban en la lejanía, como si una enorme bestia gruñera una advertencia. Pero ¿qué era todo ese jaleo

que lo había despertado cuando ni siquiera había amanecido? En ese momento

volvió a oír voces en el pasillo, al otro lado de la puerta. Las voces cuchichearon

un momento y luego callaron. Kirius se estaba levantando, decidido ya a investigar qué estaba pasando, cuando la puerta se abrió y Doiran apareció en la

entrada con una lámpara de aceite en la mano. Algo en su expresión puso sobre

aviso al joven.

Kirius, descalzo sobre el frío suelo y vestido sólo con la amplia camisola que le servía para dormir, formuló con miedo la pregunta:

—¿Va todo bien?

El otro apoyó su peso ora en un pie ora en el otro, como si reuniese fuerzas para hablar.

—No. Será mejor que vengas conmigo —dijo por fin—. Tu abuelo... Gaelon está muy enfermo. Ibros cree que no vivirá más allá de hoy.

Kirius jadeó y dio un paso atrás, consternado. ¿Era eso lo que había temido anoche y la causa de que su abuelo se hubiera mostrado tan extraño?

—¿Cómo es posible? Él dijo... me aseguró que no era grave.

—Nos mintió a los dos. Ibros me ha dicho que ambos sabían que le quedaba poco tiempo desde días atrás, pero Gaelon le pidió que no dijese nada. Al parecer no hay nada que pueda hacerse —finalizó con tristeza.

—¿Es... está consciente? —preguntó el chico con voz vacilante.

—Me temo que no. Cuando lo descubrí hace un rato casi no podía hablar y, tras la llegada de Ibros, cayó en la inconsciencia. Es lo mejor para él — añadió al

cabo de unos momentos—, no es una enfermedad indolora. Vamos, será mejor

que vayas a verle.

Con los labios apretados, Kirius siguió a Doiran hasta la habitación de su abuelo. Dentro estaban el viejo Ibros, a quien ya conocía, y su ayudante, un joven aprendiz de su misma edad. Sin embargo, Kirius los ignoró y se dirigió al

lecho del enfermo. Su abuelo parecía más vulnerable y pequeño que nunca. La

mata de pelo gris estaba pegada a la frente por el sudor y el rostro estaba muy pálido. Mantenía la boca entreabierta y los ojos cerrados. Lo peor era su dificultad para respirar. Cada vez que lo hacía emitía un ruido sibilante, como si

sus pulmones luchasen por cada bocanada de aire, que hacía que al chico se le

encogiese el corazón.

Kirius se volvió hacia el viejo Ibros, que en ese momento estaba mandando a su ayudante fuera con algún recado, y le rogó:

—¿No hay nada que podáis hacer por él? Es vuestro amigo.

Ibros sonrió con tristeza e intentó apoyar una mano en el hombro del chico.

Kirius rehuyó el contacto de forma instintiva. El sanador agitó la cabeza, apenado.

—Bien saben los dioses que haría cualquier cosa por salvar a un hombre tan bueno y sabio como Gaelon, pero sanar el mal que lo aqueja está más allá de mis

posibilidades. Lo único que puedo hacer ahora es aliviar su dolor hasta que el Creador lo reclame a su lado. Se fuerte, muchacho, Gaelon ha vivido mucho y no querría que te apenases por él.

Intentando contener el dolor y la pena, se sentó el resto del día junto al lecho, velando al enfermo. A lo largo de esa jornada pasaron muchas personas a

interesarse por la salud de su abuelo. Gaelon era una persona conocida y

respetada en Rynad, aunque cuando estaba sano no parecía suscitar tal interés, que Kirius supiese. Entre esas personas estuvieron Koannos, el mentor de

Arvand, y su propio amigo. El joven intentó consolar a un abatido Kirius, pero

no lo consiguió. Koannos besó las pálidas mejillas del enfermo y dijo que los riadeim echarían en falta a un buen amigo. Con promesas de que volvería al día

siguiente, Arvand se marchó junto a su mentor. A media mañana pasó también el

reverendo de Rynad, la máxima autoridad religiosa de la ciudad. El religioso velaría personalmente por el alma de Gaelon hasta que esta abandonase su

cuerpo para reunirse con el Creador. Era muy inusual que un religioso de ese rango asistiese la muerte de un simple plebeyo y no de un noble, como dictaba la

costumbre. El reverendo, cuyo nombre real nunca era usado, comentó que Gaelon y él habían sido buenos amigos, y que el anciano había hecho mucho por

Rynad y el saber. Se instaló junto a la cabecera, rezando por el alma del enfermo

a los Tres y para que el Creador lo acogiese cuando muriese. Así se pasó el resto

del día, recitando de forma esporádica pasajes del *Triridion*, el libro sagrado de la religión de Balaeron.

Kirius se sentía cada vez peor con todos esos extraños pululando por su casa

en un momento como este. ¿Es qué no podían entender su dolor? Se sintió

aliviado cuando, a media tarde, cesaron las visitas y sólo permanecieron en la habitación el reverendo, Ibros, Doiran y él mismo. Gaelon seguía igual,

durmiendo gracias a las pócimas que le suministraba Ibros. De vez en cuando

murmuraba algo ininteligible con voz ronca, pero nunca despertaba. El reverendo había dejado de recitar sus oraciones y ahora esperaba en silencio junto al enfermo. En su rostro se insinuaban, cada vez con más claridad, el pesar

y el cansancio.

Ibros comentó que la enfermedad de Gaelon parecía ser una de las derivadas

de la terrible Plaga, la que había assolado Balaeron más de siete años atrás.

Kirius

sabía, por palabras de su abuelo, que ambos habían sido los últimos viajeros en

ser admitidos en Rynad, antes de que la ciudad cerrase sus puertas para que la

enfermedad no se extendiese por ella. Habían tenido suerte, la Plaga no entró en

Rynad, pero había diezmado otros muchos núcleos de población, como la misma

capital. Él mismo había enfermado antes de llegar hasta la ciudad. Pudo

recuperarse, por fortuna, aunque seguía sufriendo graves secuelas. La Maldición

de la Sangre, como también se la llamaba, atacó especialmente a las mujeres, morían dos o tres por cada hombre, pero ahora no era más que un recuerdo; un

terrible y amargo recuerdo para las gentes de Balaeron. Respecto a su origen, se

habían oído las más descabelladas teorías, pero la mayoría aceptaba que era una

maldición enviada por los diabólicos hechiceros tarkesios del sur. Y ahora Kirius

se enteraba de que los médicos y físicos especulaban con que la Plaga se había

debilitado en docenas de nuevas enfermedades mucho menos virulentas y

contagiosas. Las teorías de que la enfermedad era una invención con vida propia

de los hechiceros del sur le parecieron más verosímiles que nunca.

Había anochecido ya cuando Kirius sintió como alguien le tocaba con

suavidad. Se despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que se había quedado

dormido en la silla, cerca del lecho del enfermo. Quién estaba junto a él era el reverendo, que lo miraba con simpatía en un rostro marcado por la preocupación.

—Joven Kirius —dijo su nombre con una entonación extraña, como si no acabase de sentirse a gusto al pronunciarlo—, será mejor que vayas a descansar.

El chico abrió la boca, dispuesto a protestar, pero el reverendo lo interrumpió alzando una mano.

—Llevas aquí todo el día y debes descansar o enfermarás tú también.

Nosotros nos quedaremos con él y si ocurre algún cambio te avisaremos.

El joven se dio cuenta de la sensatez de aquellas palabras y se incorporó, mientras todas sus articulaciones protestaban por ello.

—Tenéis razón, eminencia. Descansaré algunas horas.

Salió desorientado al pasillo, pensando en cuanto más tendría que sufrir su abuelo antes de que todo acabase. Estaba abriendo la puerta de su habitación cuando escuchó el grito de aviso de Doiran. Se dio la vuelta y corrió de vuelta

hacia la habitación del enfermo. Al entrar pudo verlos a todos mirando hacia el

anciano, que había abierto los ojos. Su mirada estaba empañada, como si no pudiese ver, y un hilo de sangre que le caía de la nariz comenzaba a resbalarle por la boca. Con un gran esfuerzo levantó la cabeza y barrió la habitación con la

mirada, sin reconocer a los allí presentes. Sin embargo, cuando sus ojos se

posaron en Kirius, una sonrisa ensangrentada se dibujó en su rostro.

—Dalien —dijo con una voz llena de ternura—. Acércate a tu viejo maestro.

Kirius titubeó, indeciso, pues Dalien era el nombre de su difunto padre. Sin duda, su abuelo deliraba. El reverendo, que miraba la escena con una expresión

indescifrable, hizo un gesto, animándole a obedecer. Kirius se acercó al enfermo

y le tomó la mano.

—Estoy aquí, abuelo —dijo el muchacho, aunque el anciano no pareció oírle.

—Ah, Dalien, mis días se acaban. Necesito que me perdones por fallarte, por haberte abandonado cuando más me necesitabas.

Kirius lo miró, sin saber qué decir. El anciano lo miraba sin verlo, esperando algo.

—No pude salvarla a ella ni he podido salvar a tu hijo de sus demonios.

Yo... —Un rictus de dolor pasó por el rostro del anciano y le impidió terminar.

Recostó la cabeza y empezó a sollozar, balbuciendo—. Da... lien, perdóname...

dejar... con él...

Un ataque de tos hizo que su abuelo se sacudiese como una marioneta rota.

Kirius vio como la sangre manaba de los labios e incluso de los ojos de su

abuelo, cuando este quedó exangüe en el lecho. Se desangraba y fue consciente,

con una claridad terrible, de que su pecho ya no se movía.

—¿Abuelo? —musitó con la voz rota.

La sangre dejó de manar justo cuando Ibros se adelantaba y cubría con una manta de pieles a su viejo amigo, mientras murmuraba una plegaria. El reverendo también rezó, mientras el brillo de las lágrimas era patente en sus ojos.

—Será mejor que vayas a descansar —le dijo Ibros—. Tu abuelo ya no sufre, va camino a Aelys, al amparo del Creador, y tú ya no puedes hacer nada

más por él. Nosotros nos encargaremos de su entierro.

—Era un mentiroso, estamos mejor sin él. —Pudo oír que decía la voz que hablaba en su cabeza en un tono implacable—. ¿Lo he matado yo? Es hermoso.

Quiero hacerlo una y otra vez, hasta ahogarlos a todos en un mar de sangre.

Una carcajada resonó en la habitación, llenándola de ecos. Kirius agitó la cabeza en un gesto de extraña confusión, aturdido por la situación. El dolor que

esperaba sentir se esfumaba como el humo para ser reemplazado por un júbilo irrefrenable. Las lágrimas que había empezado a derramar le surcaban el rostro

siguiendo el contorno de una sonrisa. Se sintió miserable por alegrarse de la

muerte de su abuelo, pero le fue tan imposible no hacerlo como de detener los latidos de su propio corazón. Los demás lo miraron con consternación y extrañeza, observando su reacción. Él, incapaz de soportar esas miradas acusadoras, se dio la vuelta y corrió hacia su habitación, mientras una risa triunfal pugnaba por escapársele de la garganta.

—Kirus... —empezó Doiran.

—¡Dejadlo! —intervino el reverendo—. Todos asimilamos la pérdida de un ser querido a nuestra manera.

Despertó por algún ruido proveniente de la plaza que llegaba hasta él a través de la ventana por la que se filtraban rayos de sol. Se sentó, aturdido, en el

camastro. Se había acostado con la ropa puesta. Recordó que tras la muerte de su

abuelo se había encerrado en su habitación, sin querer hablar con nadie, pero no

había podido conciliar el sueño en toda la noche. Fue casi al amanecer cuando el

cansancio lo llevó por fin al ansiado sueño. Kirus se dio cuenta de que era muy

tarde, más del mediodía, y agradeció que nadie hubiese intentado despertarlo antes. El sueño había aclarado sus ideas y ya no sentía la absurda alegría que lo

había embargado tras la muerte de su abuelo. Ahora sólo sentía tristeza y vergüenza.

En ese momento se percató de que seguía oyendo el ruido que lo había despertado. Parecían los cascos de un caballo al galope, resonando con fuerza en

el adoquinado suelo de la plaza. Eso le llamó la atención, no se solía cabalgar por la plaza mayor de Rynad y menos aún hacerlo al galope. La curiosidad lo impulsó a abandonar el lecho y acercarse a la ventana para abrir los postigos de

madera y espiar fuera. Dos jinetes cabalgaban por la plaza. No sin cierta sorpresa

reconoció al más bajo. Era Leram, tan parecido a su hermano, aunque más corpulento, que cabalgaba tras otro hombre. Fue este quien capturó la atención

del muchacho. Era alto, quizás un palmo más alto que él mismo, vestía con ropas

pardas, pantalones de cuero y con una capa de viaje parcheada en varios puntos.

Al llevar la capucha echada no pudo ver su rostro, pero la espada que portaba envainada atrajo su mirada al instante. Poco después salieron de su campo de visión, pero no había duda, se dirigían hacia su hogar.

Por un momento permaneció confuso, pensando en la identidad de aquel

extraño, pero entonces lo recordó. ¿Era este el hombre en el que su abuelo quería

que confiase? ¿Era el llamado Terion? Sus cavilaciones se vieron interrumpidas

cuando escuchó abrirse la puerta principal y ruido de voces y pasos presurosos.

Tras unos instantes de duda, Kirus abrió a su vez la puerta de la habitación y se

asomó al pasillo en silencio. En él se encontraban los hermanos y el extraño.

Pudo escuchar como Doiran les hablaba, explicándoles lo sucedido sin que ninguno se percatase aún de su presencia.

—... ayer cuando empeoró. Ibros no pudo hacer nada por él, pero sus medicinas le evitaron lo peor de la enfermedad. Murió poco antes de la medianoche.

El extraño, ahora con el rostro descubierto, se pasó la mano por la cara y por la corta barba, mientras una expresión de dolor surcaba sus rasgos. El hombre era alto, fuerte y bien parecido. Debía rondar los cuarenta años. Tenía el

cabello de un rubio casi blanquecino, largo, y pálidos ojos azules. Kirus tuvo dificultad

en situar sus orígenes; gran parte de los habitantes de las naciones de Balaeron se

parecían mucho entre sí.

El recién llegado pareció por fin aceptar la mala nueva y dijo con resignación:

—Cabalgamos lo más aprisa posible desde el sur. Gaelon me lo explicaba

todo en su mensaje y me rogaba que viniese cuanto antes, pero esa tormenta nos

cogió ayer en mitad del camino. Perdimos mucho tiempo intentando

guarecernos

de ella. —Una expresión de pesar se apoderó de él, aunque su voz era calmada y

no dejaba traslucir nada—. Me hubiese gustado hablar una última vez con él. Le

debía unas disculpas a vuestro apadrinado.

Dejó el último comentario sin explicar y los hermanos no quisieron indagar en la cuestión.

—Ahora su cuerpo está en el templo de la ciudad —explicó Doiran al cabo de un momento—. El reverendo insistió en que debía recibir los respetos de aquellos que quisieran despedirse de él. Al parecer, Gaelon fue alguien muy respetado en la ciudad largo tiempo atrás —añadió, dirigiéndose a su hermano.

—Así me lo ha explicado Terion —asintió Leram—, pero quisiera saber cómo se ha tomado todo esto...

Leram calló al percatarse por fin de la silenciosa presencia de Kirius en el pasillo. El extraño también lo vio y su reacción fue muy significativa, a juicio del chico. Abrió los ojos con sorpresa y luego lo miró con una expresión entre el

pesar y la alegría. Era como si ya le conociese. Esa expresión agridulce no duró

mucho y pronto fue reemplazada por una cauta sonrisa.

—Eres Kirius, ¿verdad? —preguntó con una voz que parecía vibrar con algún tipo de emoción contenida—. Tienes los mismos ojos que tu madre.

El chico se acercó a los tres hombres y volvió a preguntarse qué sabía aquel extraño, del que no acababa de decidir aún si le causaba o no buena impresión, de él.

—Soy Kiriús, en efecto. Mi abuelo me habló de... tu llegada —titubeó, inseguro, sin saber qué tratamiento darle a aquel hombre que, aunque no parecía

de ningún modo un noble, sí que poseía un cierto aire de majestuosidad.

La sonrisa del hombre desapareció y su rostro se volvió indescifrable.

—Sí, aunque en su mensaje me contó que los tres hablaríamos en profundidad cuando nos reuniésemos. Por desgracia, no he llegado a tiempo. Entonces se produjo un embarazoso silencio en el que Kiriús miró a aquel hombre y no supo qué decir. «¿Qué va a pasar ahora? —pensó el muchacho —.

¿Qué ha venido a hacer aquí este hombre?». Cuando iba a formular la pregunta,

el otro se le adelantó.

—Te preguntarás por mi relación contigo y con Gaelon, y por el motivo de mi presencia aquí —afirmó Terion mirándolo a los ojos, como si pudiera leer en

ellos sus mudas preguntas—. Hace muchos años nos conocimos, Gaelon y yo.

Aunque a veces tuvimos nuestras diferencias, siempre lo consideré un

hombre

respetable.

Hizo una pausa, mirando con fijeza a Kiriús, que empezó a sentirse incómodo bajo su escrutinio. Doiran y Leram se habían retrasado murmurando

entre ellos, Kiriús supuso, acerca de lo harían a partir de ahora. De pronto,

se sintió muy solo.

—Cuando naciste juré responsabilizarme de ti si llegaba el caso de que Gaelon ya no pudiera hacerlo —comentó en tono casual, aunque su mirada era

intensa—. Él cuidó bien de ti durante todos estos años, pero ahora yo debo completar su tarea.

Kiriús estaba confuso, pero tenía una cosa clara: Terion había conocido a sus padres y a su abuelo, muchos años atrás.

—¿Fuiste amigo de mis padres? —preguntó el chico con voz esperanzada.

—En efecto, los conocí —dijo con desgana, como si no le agradase hablar de ellos—, y yo le juré a él que cuidaría de ti.

—¿Murió mi padre en una batalla como me dijo el abuelo? ¿Tengo otros familiares? ¿Tú los conoces?

—Tu padre murió con una espada en la mano, como él siempre quiso morir

—reveló Terion antes de levantar las manos, pidiéndole calma—. ¿Eso quiere

decir que Gaelon no te contó nada más acerca de ellos?

—Apenas nada —contestó el muchacho con mal disimulado resentimiento —, sólo que mi madre se llamaba Elizheva y mi padre Dalien. Me dijo que ambos eran personas humildes, pero honradas. También que mi padre era un soldado de mucho prestigio... muy valorado por el señor al que servía. —
Kirus

no encontraba las palabras—. No me dio muchos detalles al respecto.

Una nueva expresión, determinada e inflexible, comenzó a formarse en el rostro del recién llegado.

—No hay mucho más que añadir a lo que él te dijo. Gaelon quería que me ocupase de ti y yo he hecho una promesa. Por tanto, mañana partiremos hacia Telbar, donde tengo una hacienda. Pasarás un buen tiempo allí, así que te sugiero que te despidas de tus amigos esta misma tarde.

Su voz sonó con autoridad, como si fuese un juez dictando sentencia sobre

Kirus, el reo. Y justo así era como se sentía, como un prisionero. ¿Acaso ese extraño lo había consultado sobre lo que quería él? Y su viaje a la capital, ¿debía

olvidarlo sin más?

—¿Por qué viene aquí este desconocido? —dijo entonces el Ausente, dándole más fuerza a sus dudas—. No me gusta, no es de fiar.

Kirus ladeó la cabeza para escucharlo y luego asintió, mientras sentía como le invadía una furia irracional. Le plantó cara a aquel hombre, más alto que

él,

mirándole a los ojos.

—¿Y si no quiero ir contigo? —El recién llegado lo miró, sorprendido—. De hecho, me niego a hacerle caso a un extraño que exige que abandone mi hogar

para ir con él a sólo los Tres saben dónde. Prefiero irme por mi cuenta y descubrir a mis otros familiares.

Su tono de voz llamó la atención de Leram y Doiran, que dejaron de hablar y lo miraron, una vez más, como si se hubiera vuelto loco. Esta vez no le importó. La ira no le permitía pensar con claridad. Sólo sabía que no quería ser

controlado y llevado de un lado a otro, como si de un trasto viejo se tratase. Al

cabo de unos instantes prosiguió con voz desafiante:

—No voy a vivir contigo. Después de tantos años, cualquier promesa que hicieras a mis padres ya ha perdido su importancia. —De pronto sus palabras le

parecieron una estupidez. La chispa de rebeldía que había sentido había desaparecido en un segundo, como si los fríos ojos de este hombre la hubieran

apagado—. Quedas liberado... de cualquier deuda que tuvieses con ellos. Yo...

ya soy un hombre y puedo cuidarme solo.

Terion lo miró con una expresión que parecía desdeñosa y decepcionada.

Kirius tragó saliva cuando el hombre puso su rostro a un palmo del suyo y le dijo

con engañosa suavidad:

—¿Crees que ya eres un hombre? Pues yo creo que aún debes madurar mucho para convertirte en algo más que en un idiota consentido. Y ten presente

una cosa: mi promesa a tu padre la mantendré mientras viva, pues yo siempre cumplo mi palabra. Así que mañana a primera hora partiremos hacia Telbar, sin

importar lo mucho que llores o patalees.

Tras esto, el hombre se dio media vuelta con gesto rígido y anduvo por el pasillo hasta salir de la casa. Doiran lo siguió tras lanzar una mirada de comprensión al joven. Kirius bajó la mirada, abatido y humillado por las palabras de Terion. Después miró a Leram, que a su vez le observaba con expresión reprobatoria.

—No vais a ayudarme, ¿verdad? —preguntó Kirius, dolido—. No vais a hacer nada después de todos estos años.

—Deberías ir con él. Nunca has querido esta vida y estoy seguro de que

Gaelon tenía otros planes para ti. —Leram lo miró con su seriedad habitual—.

Terion dice que tiene más derecho sobre ti que nosotros y le creo; parece un hombre de palabra.

El joven meditó en las palabras de Leram, pero no se le ocurrió nada que decir. Ahora que había pasado su arrebató de furia se sentía estúpido y

desgraciado. Él no era así, rara vez se enfurecía de esa manera. Sin embargo,

se

había formado tantos planes para este día y tenía tantas esperanzas, que no soportaba la idea de que todo se hubiese desvanecido ante sus ojos. ¿Qué debía

hacer? ¿Ir con él o marcharse y seguir la vida que tanto anhelaba tener? Y, sin embargo, le había prometido a su abuelo que confiaría en aquel hombre.

Esa misma tarde fue el momento escogido para dar sepultura al cuerpo de

Gaelon, enterrado a las afueras de la ciudad. Sobre el camposanto, las hinchadas

nubes grises se desplazaban perezosamente sobre sus cabezas, emulando el ritmo

de la comitiva fúnebre bajo ellas.

—No te envidio. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Arvand con voz

apagada cuando la comitiva se detuvo—. ¿Seguirás viviendo con los hermanos,

a pesar de todo?

—No lo sé. Nadie me ha preguntado mi opinión al respecto. —La voz de

Kirius denotaba la frustración que sentía. Señaló con la cabeza a Terion que se

encontraba, como ellos, entre la multitud en el cementerio al sur de Rynad—.

Ese hombre pretende que vaya a vivir con él, por una supuesta promesa que hizo

a mis padres, y no sé nada de él. ¡Ni siquiera sé de dónde viene!

Arvand fijó su mirada en Terion. El hombre permanecía algo apartado de los

demás, mirando hacia el profundo agujero cavado en la tierra que sería el lugar

de descanso eterno del cuerpo de Gaelon. La media melena que llevaba y su capa de viaje se agitaban al viento, lo que le daba un aspecto similar al de uno de

los antiguos y honorables guerreros que Kirius había visto tantas veces en ilustraciones o tallas en la biblioteca. En ese momento Arvand compuso una mueca y dijo:

—Alto, cabello muy rubio, ojos azules, porte orgulloso... Es de Isgarad. Su piel quizá es un poco más morena de lo habitual, pero creo que no me equivoco.

—¿Un isgario? —inquirió Kirius con escepticismo—. Siempre he oído que son gente dura, poco sociable y autoritaria. ¿Crees que ese hombre es así?

Los isgarios vivían en el extremo opuesto de Balaeron. Aunque mantenían buenas relaciones con Merethia, Kirius nunca había conocido a ninguno. Su abuelo le había hablado muy poco de ellos, a excepción de lo que acababa de relatarle a Arvand, y a veces añadía que eran gente falsa y traicionera. Sabía que

rara vez se aventuraban más allá de sus fronteras y que su país, Isgarad, era la mayor potencia de entre las naciones del pueblo de Balaeron. No obstante,

Leram había traído a Terion de Moradhair, y era conocido el resentimiento e incluso odio existente entre los habitantes del Dominio de Moradh e Isgarad.

Arvand estaba a punto de contestarle cuando una agitación entre la gente, que se apartaba para abrirle paso a alguien, le hizo enmudecer. Eran el

reverendo

y el sacerdote que iban a officiar el rito, además de varios diáconos que caminaban tras ellos en actitud respetuosa. Pronto las conversaciones y los murmullos cesaron al colocarse los recién llegados a la cabecera de la tumba del

viejo historiador y sabio. El reverendo ya había oficiado el funeral en el templo,

pero en esta ocasión se limitó a permanecer en un discreto segundo plano, como

un familiar, amigo o curioso más. Kiriús observaba al religioso, pensando en cual podría haber sido su relación con Gaelon en el pasado, cuando vio como el

reverendo desviaba su mirada hacia Terion, desconcertado. El otro al parecer también se dio cuenta del escrutinio del religioso, pues lo miró y negó con la cabeza. ¿Acaso se conocían o eran imaginaciones suyas?

El sacerdote empezó a pronunciar los salmos y las oraciones del libro

sagrado, rogando por el descanso eterno del alma de Gaelon. Poco después

alzaron el cuerpo de Gaelon envuelto en lino blanco y lo depositaron, tras recibir

la bendición del sacerdote, en la fosa. Cuando empezaron a echar paladas de tierra en la tumba, Terion se adelantó dos pasos, se llevó el puño derecho hasta el

corazón y puso los tres dedos centrales de la otra mano encima, inclinando la cabeza unos instantes. Fue un gesto que Kiriús encontró, a la vez, curioso y reconfortante. Pronto la tumba de su abuelo quedó cubierta de tierra por

completo, y fue colocada una losa de piedra en la cabecera con el símbolo de

su

religión: un círculo trenzado de color dorado, con un triángulo invertido de color

plata en su interior.

Kirius recordó la explicación que le había dado Gaelon sobre el símbolo

años atrás: «Kir, las cosas rara vez son sólo lo que parecen. A menudo guardan

un significado más profundo destinado a aquellos que puedan comprenderlo».

Casi podía ver a su abuelo sentado en aquella fría noche de invierno junto al hogar, entre innumerables rollos de pergamino que, con toda probabilidad,

estudiaría durante buena parte de la noche. «¿Ves el círculo?», le había

preguntado, señalando un pergamino desenrollado que mostraba el dibujo del

familiar símbolo. Kirius había asentido con la misma atención con la que solía tomarse las explicaciones de su abuelo, aunque a menudo no las entendiera. «El

círculo representa al Creador que rodea todo lo que existe y es la perfección

absoluta. El triángulo dentro del círculo representa cada una de las tres facetas dentro de Él. Representa a los Tres: Aramtael, Ethalael y Shezarel; cuerpo, mente y espíritu; templanza, voluntad y trascendencia. Todo es lo mismo, Kir, una misma cosa».

Con un pestañeo, Kirius volvió al cementerio de Rynad. Una fría brisa, que

recordaba a los presentes el inminente comienzo del invierno, soplaba mientras

acababa la ceremonia. Se le hacía duro aceptar que nunca más volvería a ver

a su

abuelo, pero tendría que hacerlo. «Ya eres un hombre, compórtate como tal». Por

alguna razón, eso no lo reconfortó ni detuvo las lágrimas que se le escapaban entre las pestañas.

Estaba con Arvand en el irregular camino de vuelta a Rynad, muy cerca ya de la muralla de la ciudad, cuando Terion los alcanzó. Kirius lo miró con cierta

aprehensión, sin saber cómo lo trataría tras su arrebato de esa mañana. Tras aquello no había vuelto a cruzar palabra con él en todo el día. Cruzaron miradas,

pero Kirius acabó bajando la suya intimidado por los ojos del otro.

—Quería hablar contigo, muchacho —dijo Terion con voz firme y a la vez cuidadosa. En ese momento reparó en el otro chico que lo miraba con mal disimulada curiosidad—. Ah, tú debes de ser su amigo... Arvand, ¿verdad?

—Sí, señor. Soy Arvand de Orthald.

—Entonces será mejor que te despidas de él, pues va a estar fuera durante mucho tiempo. Tengo entendido que tú también —dijo con voz conciliadora.

—En efecto. Voy a la isla de Varean, como sin duda sabréis, señor.

El tratamiento que le daba Arvand hizo que Terion esbozara una tenue sonrisa.

—No soy ningún noble para que me hables con tanta distinción —aseguró a la vez que su semblante se ensombrecía—. Espero que sepas bien lo que te

espera en la isla de Varean y en la orden. Aunque sospecho que, si te mandan allí

siendo tan joven, no necesitas de mi advertencia.

—No sé a qué os referís —respondió Arvand con cautela—. Soy consciente de que me espera la parte más dura de mi formación como riadeim, pero...

—Dominas ya la diplomacia —dijo Terion, interrumpiéndole—. No me equivocaba contigo. No necesitas de mis consejos, pues.

No se preocupó por explicar sus extrañas palabras, al menos lo eran para

Kirius. Arvand permaneció en un incómodo silencio. No era ningún secreto que

los riadeim sólo mostraban de ellos mismos lo que les convenía. Su abuelo lo había advertido en el pasado contra ellos. Sus palabras exactas habían sido que

eran manipuladores e impredecibles, y que era mejor no contrariarlos. No

obstante, él nunca había visto a Arvand de ese modo, quizá porque aún no era

uno de ellos. De alguna manera, las insinuaciones de aquel extraño sobre su amigo volvieron a enojarlo como esa misma mañana.

—Arvand sabe bien lo que hace —intervino Kirius con voz seca—. ¿O él también es un niño?

—Ambos lo sois, pero sólo tú eres mi responsabilidad.

—Nadie te ha pedido que vinieras —dijo, aunque sabía que eso no era cierto

—, ni tampoco que te hicieras responsable de mí. Por mí puedes volver a irte por

donde viniste.

El rostro de Terion se crispó y su mirada se volvió tan dura y fría, que Kirius temió que el hombre iba a golpearlo. Arvand dio un paso atrás, con un rostro que

expresaba perplejidad, como si se preguntase cómo demonios había cambiado

tanto la conversación para llegar hasta ese punto. La mirada de Terion se desvió,

mirando por encima del hombro del joven. Kirius creía que eran los últimos rezagados que volvían del rito, pero cuando miró hacia atrás vio que se

acercaban el reverendo y sus acompañantes, que se dirigían a la ciudad a pie. El

dignatario de la Iglesia los reconoció y caminó hasta ellos. Parecía a punto de decir algo, pero Terion se le adelantó, arrodillándose ante él.

—Eminencia, creo que no hemos sido presentados. Mi nombre es Terion y soy un viejo conocido de Gaelon.

El reverendo parecía tan sorprendido por la reacción de aquel hombre, como los dos jóvenes.

—Levántate, Terion. —Una sonrisa apareció en el rostro del religioso, como si el otro hubiese dicho algo gracioso, mientras su interlocutor se incorporaba —.

Esos formalismos para con la Iglesia no se usan desde hace siglos, al menos entre los seglares. ¿Puedo preguntarte qué te ha traído hasta aquí?

—Pienso ocuparme a partir de ahora del joven Kirius. —Después de una

pausa añadió—: Conocí bien a sus padres. Me gustaría que me dieseis vuestra bendición respecto a este asunto.

Kirius miró esperanzado al reverendo, negando con la cabeza cuando el religioso le devolvió la mirada, pensativo. «Él y el abuelo eran amigos. Intercederá por mí, seguro».

—La tienes, hijo mío —dijo mientras hacía la señal de los Tres. Trazó un círculo imaginario con su mano derecha, levantando los tres dedos centrales y uniendo el meñique y el pulgar—, pero me gustaría hablar contigo acerca de todo esto con más profundidad. Si no tienes inconveniente, claro.

Kirius frunció los labios, decepcionado. Como los demás, ni siquiera se había molestado en preguntarle su opinión al respecto. La expresión del religioso era indescifrable, tal y como lo era la de Terion. De nuevo Kirius se preguntó por

la relación entre aquellos dos hombres. De pronto se le ocurrió que ambos parecían estar representando una farsa. ¿Pero una mentira destinada a quién? ¿A él? ¿A Arvand? ¿O quizá a todo el séquito del reverendo que esperaba pocos metros más allá?

—Ninguno, eminencia —dijo Terion antes de volverse hacia Kirius—.

Recuerda, partiremos mañana al amanecer.

Sin más, se unió al reverendo y a su grupo y, tras llegar a la ciudad, se perdieron de vista por una de las calles. Ambos jóvenes pasaron la tarde

paseando y hablando de los viejos tiempos y de los que estaban por llegar, pero

Kirius se sentía tan humillado y preocupado por su situación que fue incapaz de

ser una buena compañía para su amigo.

—No me gusta ese Terion —le dijo Arvand justo antes de su despedida, cuando ya anochecía—. Parece albergar demasiados misterios y actúa como si

supiera... Da igual. Esos ojos suyos son los de alguien con un corazón frío... un

asesino. Espero que te vaya bien con él, pero no me gusta esto. Ojalá las cosas

no fueran así.

Kirius sintió un escalofrío ante las palabras de su amigo, pero intentó no mostrar su miedo. La despedida fue breve y Arvand prometió ir a verle en

cuanto volviese de la isla. Kirius caminó por la plaza mayor, flanqueando la estatua del rey Breol Unseir.

—A él se le recuerda, pero yo me he desvanecido. ¿Soy un rey? ¿un dios? ¿un demente? Quizá tan sólo sea un recuerdo.

Kirius miró hacia la estatua, dudando si esta le había hablado o era la voz de su cabeza la que lo había hecho.

—Al menos podrías decirme qué debo hacer en vez de hablar de... cosas sin sentido. Hay algo en Terion que me asusta. No es cosa sólo mía, Arvand también

lo ve.

Se detuvo poco después, y comprobó que Arvand ya se dirigía a la salida norte de la plaza, en dirección a la academia. Cuando Kiriús reanudó sus pasos,

no se dirigió hacia la biblioteca, sino hacia la salida este. No podía volver a casa

ahora. Necesitaba pensar, respirar, huir. Se dirigió hacia el río, buscando las calles más desiertas. El frío arreciaba mientras la ciudad se encogía bajo un inmisericorde cielo invernal sin estrellas. Kiriús empezó a tiritar, pero se empeñó

en ignorar al frío. Sólo podía pensar en la muerte de su abuelo, la vergüenza que

aún le provocaba aquel extraño momento de satisfacción ante ella y la mirada carente de calor de Terion. Arvand coincidía con él, aunque no lo hubiese dicho;

debía huir.

Mientras cruzaba el puente de Sever hacia la zona vieja de Rynad, no lejos

de la vetusta torre de vigilancia, tocó la bolsita anudada a su cinturón. Suspiró al

confirmar lo que ya sabía; apenas llevaba unas pocas monedas encima, menos de

doce marcos de cobre. No eran suficientes. En las historias de los libros que había leído, los protagonistas a menudo eran pobres, pero su honradez y la intervención de los hados hacían que consiguieran salir adelante. Dudaba que eso le fuese a pasar a él, pero todo parecía gritarle que huyese y se alejase de aquel hombre. Cerró los puños, tomando la que sin duda iba a ser la decisión más importante de su vida.

Sí, por una vez iba a tomar el camino difícil. Esta vez sería valiente.

Huiría a Almeron, pero primero iría a ver a Arvand. Él podría proporcionarle víveres y quizá algunas monedas extra para el camino. Era cuanto necesitaba para partir a primera hora hacia la capital y empezar una nueva vida.

«Puedes hacerlo», pensó. «Siempre has estado solo. No necesitas a nadie».

Pero, por algún motivo, sus argumentos le sonaron débiles y poco convincentes. Dio media vuelta para volver sobre sus pasos, pasando entre las oscuras formas de los edificios prácticamente en ruinas e invadidos por la hiedra

que abundaba en esa zona de la ciudad. Una súbita sensación lo invadió, como si

la oscuridad se cerrase sobre él y alguien lo espiese desde las sombras. De repente fue consciente de donde estaba. Rynad era una ciudad segura, pero no eran desconocidos los asaltos e incluso asesinatos entre sus muros. Y la mayoría

ocurrían de noche en la zona vieja. Kirus se maldijo por su estupidez y aceleró

el paso, buscando el río.

Cuando estaba llegando al final de la calle que llevaba hasta la corriente, vio

la silueta de un hombre que se acercaba a él desde allí. Kirus contuvo la respiración, vaciló y luego siguió caminando. Aunque le constaba que vivían

personas en este distrito, era el primero que veía en esta fría noche. Al acercarse,

suspiró con alivio al reconocer el uniforme de uno de los hombres de la guardia

de la ciudad.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, muchacho? —preguntó el guardia, mirándolo de arriba a abajo.

—Nada —contestó Kiriús, antes de darse cuenta de que esa era la peor respuesta que podía dar—. Crucé para ver el castillo, pero se me hizo demasiado tarde.

—Ven, te acompañaré hasta el puente. Hay maleantes por esta zona.

El hombre se acercó y le dio un suave empujón en dirección al río. La piel se le erizó ante el contacto, rechazándolo.

—¡Cuidado! Algo surgió de este lugar hace poco y sigue cerca. La oscuridad ha tejido una tela de araña y nota hasta la más mínima vibración en ella.

Kiriús dio un respingo ante las extrañas palabras del Ausente, pero la voz de su cabeza no se detuvo ahí, sino que siguió hablando, aunque le costó entender

las palabras. O quizá era que las que decía se alargaban como si las sílabas se estirasen hasta el infinito.

—No volveré a olvidarlo, no lo olvidaré nunca más. ¡Nunca! La sangre es mi destino. Quiero tocarla, beberla y bañarme en ella una vez más. ¡Suéltame!

Kiriús tomó una profunda bocanada de aire, como un nadador que sale a la

superficie. La confusión que se había apoderado de sus sentidos tardó unos segundos en disiparse. No sabía cómo era posible, pero de repente estaba al lado

del río, no lejos del puente iluminado por los fuegos contenidos en grandes braseros que siempre eran encendidos por las noches. Miró a su alrededor, pero

no había ni rastro del guardia. En el suelo empedrado se distinguía un líquido oscuro y denso. Se acuclilló y lo tocó con los dedos. Era sangre. Una cantidad ingente de ella que salpicaba la zona. El muchacho se irguió, mirando con desesperación a los lados. Ni rastro del guardia o de cualquier otro ser vivo.

Aquello sólo podía significar...

—No... —gimió, intentando encontrar una explicación a aquella locura.

Entonces fue cuando se fijó en la manga de su sobretodo de lana, rota como si alguien hubiese tirado de ella. Unas manchas de sangre oscura apenas eran visibles en la prenda. Al verlas una exclamación de horror surgió de su garganta.

Kirius separó las manos y dio unos pasos atrás. Su pie chocó con algo metálico.

Al volverse vio que sobre los adoquines había una daga ensangrentada.

—No. Yo no... Oh, dioses, ¿qué he hecho?

Se había vuelto a quedar en blanco, como en la torre. Había temido poder hacerse daño a si mismo durante esos episodios, pero no había contemplado la posibilidad de hacerle daño a los demás. Era un monstruo, un demente, un ser tocado y retorcido por la Plaga..., un peligro para él mismo y los demás.

«¿Qué puedo hacer? ¿Estará muerto, realmente? ¿Por qué...? Eso da igual,

debo huir. Yo no quería nada de esto, pero eso les dará igual si me cogen.
¿Me

habrá visto alguien? Debo huir... ¡Terion! Él me sacará mañana de la ciudad.

Eso es. Si huyo yo solo ahora pareceré culpable. Él me sacará».

Se alejó unos pasos, tambaleante, con las lágrimas surcándole el rostro.

Hasta que sorbió, apretó las mandíbulas y salió corriendo hacia el puente. Al llegar a uno de los braseros que iluminaban la noche miró en derredor, se quitó el

sobretodo con desesperación y lo lanzó al fuego. Luego se lanzó a correr por el

puente, aterido de frío.

Unos ojos azul pálido observaron el recorrido del muchacho desde su

escondite, tras la fachada de una de las casas abandonadas tras la riada del año

pasado. Cuando Kirius se perdió en la Rynad transitada e iluminada, el hombre

salió y se dirigió hasta donde estaba la sangre, buscando algo. Al cabo de un rato

se agachó para recoger una daga estilizada cuyo pomo representaba la cabeza de

un ave de color negro, un cuervo. El hombre la miró y estrechó los ojos, como si

de repente hubiese comprendido algo. Luego agitó la cabeza y miró al cielo que permanecía oscuro.

—¿Por qué? ¿No era ya suficiente con lo que les sucedió a sus padres?

Lanzó la daga hacia el río, con rabia contenida. El sonido que hizo al hundirse fue audible en la noche. Casi tanto como el que había hecho el cadáver del guardia al ser arrojado a las oscuras aguas, unos minutos antes.

3. La Puerta de la Revelación

Sólo empezó a ser consciente del cambio que se avecinaba cuando llegó el riadeim. Una cosa era saber que pasaría y otra muy distinta tenerlo ante las narices. No se había sentido tan inseguro ni al llegar a Merethia, cuando aún no

tenía los once años y no sabía nada de los magos ni de sus academias. El riadeim, llamado Colvir Medalym, ostentaba el cargo de Maestro de Iniciados y

era mucho más joven de lo que Arvand había esperado. Especialmente al compararlo con su antecesor, un viejo y mal encarado mago que había muerto meses atrás. El maestro viajaba una vez al año, coincidiendo con el fin del otoño,

a las tres academias de Merethia, para acompañar a los aprendices que estuviesen preparados a la sede de los riadeim, en la isla de Varean.

Colvir no parecía destacar por nada, empezando por sus ropas. Eran de buena calidad, aunque alejadas de las túnicas, vestiduras o amitos ceremoniales

que uno solía relacionar con los magos. Su rostro era inexpresivo y su voz suave

y calmada, con un timbre casi afeminado que sorprendió a Arvand. Se dio cuenta

de que, a pesar de llevar más de cinco años en una de sus academias, aún tenía

más prejuicios hacia los riadeim que información sobre ellos.

Acompañando a Colvir, llegó un chico de pelo cobrizo, piel pálida llena de

pecas y grandes orejas, llamado Anoraul Galbert. Era un aprendiz, natural de Isgarad, que había viajado junto al rideim desde la academia de Almeron. De momento era el único, junto a Arvand, que iría a la torre de los riadeim para convertirse en iniciado. Tras intercambiar unas frases con él comprendió que no

se llevarían bien. Era un idiota petulante y engreído que creía que descender de

una familia noble de Isgarad, los Galbert, aún era un privilegio. Si algo había aprendido Arvand era que la clase social, la riqueza e incluso el pasado de cada

uno, no significaban nada en la Orden de los Riadeim. Todo eso quedaba

olvidado y los aprendices e iniciados eran considerados iguales, al menos hasta

que cada uno demostrase su valía. ¿O quizá esa era otra de las ideas

preconcebidas que tenía acerca de los magos? Esperaba que no, puesto que en su

familia habían sido leñadores y pescadores desde hacía generaciones.

Arvand odiaba las despedidas. Mientras decía adiós a sus compañeros en la

academia, su cabeza estaba puesta en la noche en que Kirius y él se separaron,

dos días atrás. Había sido un momento extraño, como casi todo lo que tenía que

ver con aquel chico. En la plaza mayor de Rynad, poco después de dar sepultura

a Gaelon, Arvand había abrazado a su amigo mientras reprimía unas repentinas

gananas de llorar. Por suerte nada de eso se reflejó en su voz cuando dijo:

—No sé cómo ni cuándo, pero volveremos a vernos, te lo prometo. Y no te preocupes, Terion no es Gaelon, pero parece ser un buen luchador. Ya te habrás

fijado en su espada. Si vas con él puede que te enseñe a empuñar una, como siempre deseaste.

Kirius lo miró con expresión ausente. Desde el desencuentro con Terion, tras el entierro, había mantenido esa expresión y apenas había abierto la boca. Por un

momento, Arvand dudó que lo estuviese escuchando.

—Adiós, Arvand. A mí tampoco me gustan sus ojos. Debo pensar qué hacer.

—Por Ethalael, no seas estúpido y ve con él —dijo mirando al chico con extrañeza—. Y yo no he dicho nada acerca de sus...

Al ver la confusión en el rostro de su amigo se detuvo, suspirando.

—Oh, ven aquí —dijo y le dio un abrazo. El cuerpo de Kirius permaneció rígido y en tensión durante el contacto—. Prométeme que vas a cuidarte, ¿quieres?

—Lo haré, te lo prometo. —Los ojos esmeraldas y oro del muchacho

brillaron, perdiéndose en sus ensoñaciones—. Que los Tres guíen tu camino, Arvand.

—Que la Llama te ilumine con su luz, Kirius —se despidió Arvand, cabizbajo.

Estuvo un rato inmóvil, observando a su amigo mientras se dirigía flanqueando la estatua ecuestre del rey fundador de Merethia, Breol Unseir, hacia la biblioteca de la ciudad. Al pasar junto a la estatua el muchacho se volvió

hacia ella y masculló algo, pero Arvand ya no pudo oírlo. Agitó la cabeza con preocupación: últimamente lo hacía más a menudo. Más de una vez se había

quedado observándolo, sin que Kirius se diese cuenta, y el chico había

mantenido una extensa conversación consigo mismo, puesto que no había nadie

con él. A menudo lo había visto asustarse sin ningún motivo aparente y otras veces, como ese mismo día, parecía distraído y melancólico. Kirius era un chico

extraño, al que pocos de su edad querían acercarse y del que muchos se reían llamándole loco o estúpido. Arvand le había roto dos dientes de un puñetazo al

último que le había llamado idiota delante de él. Con eso no había solucionado

nada, claro, más allá de que ahora decían esas cosas a su espalda.

Kirius rara vez hablaba del tema, como si lo avergonzara. Unos años

después de conocerse le contó que escuchaba una voz que nadie más podía

oír, y

que se refería a ella como el Ausente. Meses atrás, Arvand se decidió a hablar del tema con Gaelon y el anciano zanjó el tema diciendo: «Son las secuelas que

la Plaga le dejó, pero Kirius es más inteligente y despierto que los ignorantes que

lo insultan». A lo que Arvand no pudo más que asentir y marcharse. La

enfermedad había dejado a muchos tullidos, enfermos y lunáticos por todo Balaeron, pero Kirius no encajaba del todo en ninguno de esos grupos. La mayor

parte del tiempo estaba bien, pero a veces su estado de ánimo cambiaba de forma

brusca, se sumía en herméticos silencios, en la melancolía o hacía cosas sin sentido, cómo lo de subirse a las almenas de la torre. Sea como fuere, la Plaga y

sus secuelas seguían siendo un misterio y los riadeim afirmaban que había tenido

un origen sobrenatural. Los hechiceros tarkesios, los kaari, la habían creado y lanzado al norte con la intención de diezmarlos. Lo que había sucedido en su pueblo natal, Orthald, atestiguaba que casi lo habían conseguido.

Ahora, tras despedirse de sus cinco compañeros en la academia, Arvand

recogió sus pertenencias y fue a reunirse con el Maestro de Iniciados y Anoraul,

que lo esperaban en las caballerizas de la ciudad. Cuando llegó su sorpresa fue

mayúscula al ver que Brandyl, su antiguo amigo y compañero aprendiz, estaba

con ellos, atado a la silla de montar de un semental zaino.

—¿Qué significa esto? —demandó saber—. Él ya nunca podrá ser un riadeim. ¿Por qué lo hacéis venir?

—Vendrá. —Fue la escueta respuesta de Colvir, y en su voz ya no había rastro de suavidad ni afectación—. Y ya que lo mencionas, pronto tendremos una conversación sobre tu relación con Brandyl y con el desbordamiento del río Faoral.

Arvand sólo pudo asentir mientras empezaba a sudar bajo sus ropas, a pesar del frío. Miró hacia Brandyl, pero el chico estaba como la última vez que lo había visto, antes de que se lo llevaran al hospital de los Hermanos Ocultos. Un

hilo de babas le caía por la comisura de los labios, su rostro mantenía la misma

palidez, su expresión era vacua y bobalicona y era incapaz de hablar. Su mente

seguía estando tan rota como cuando lo encontraron, mojado y aterido, en la parte vieja de la ciudad, una vez las aguas se retiraron dejando un rastro de destrucción y cadáveres.

Pero durante ese día no se produjo esa conversación, ni ninguna otra, entre Colvir Medalym y él. Mientras marchaban hacia el este en sus monturas, lo que

menos abundaba era la charla. Junto al riadeim y al insufrible Anoraul, cabalgaban además dos miembros de los Guardianes de la Luz, también

conocidos como la Compañía Blanca. Los guardianes eran un pequeño, pero muy capaz, ejército que defendían la isla de Varean y a los riadeim de cualquier

invasión o peligro. Además de eficientes, eran gente de pocas palabras, si es que

había que tomar a aquellos dos como ejemplo. No llegaron a presentarse, ni lo hizo Colvir por ellos. Los precedían durante la marcha en sus monturas, oteando

el horizonte con sus sables al costado y vestidos con una armadura de cuero endurecido con protecciones de metal y sus níveos jubones, por los cuales recibían su nombre de la Compañía Blanca.

Al tercer día llegaron a Calust, una gran población de pescadores que había crecido en las últimas décadas gracias al pujante comercio y al apoyo de los riadeim. La ciudad se extendía por el extremo norte de la bahía del mismo nombre, así como por una gran isla que se encontraba en la boca de la bahía.

Calust carecía de murallas, aunque una serie de torres defensivas la guarnecían

por el norte y el oeste. Además, contaba con buena parte de la flota de guerra de

Merethia amarrada en sus espigones, que la protegían de los infrecuentes ataques

de piratas. Cuando entraron en la ciudad todo el mundo se deshacía en

reverencias y muestras de deferencia hacia ellos. Sin duda, el ir acompañados de

dos Guardianes de la Luz los señalaba como riadeim.

A media tarde todos estaban instalados en *El Lecho del Sabio*, la posada donde, según se pudo enterar Arvand, era habitual que los magos pernoctasen cuando estaban de paso por la ciudad. Durante la cena, excepcional con pan blanco, vino rojizo de Noralis y carne de ternera, la conversación fue, por primera vez, más animada.

—Por fin una comida decente —comentó con satisfacción Anoraul tras apurar su vaso de vino—. No tanto como la que sale de las cocinas del castillo

Galbert, claro, pero ya empezaba a perder la fe en que en Merethia se pudiese comer bien.

Arvand miró a Colvir, pero este contemplaba, abstraído, una de las fuentes vacías donde les habían servido la carne salteada con apios, perdido en sus pensamientos. Los hombres de su escolta se habían marchado al poco de instalarse en la posada, y Brandyl ya se encontraba durmiendo en su habitación.

Al cabo de un rato, Arvand se vio compelido a hablar para romper el silencio.

—Desde luego se come mejor que en cualquier posada de Norvador que pueda recordar.

—¿De dónde dijiste que eras? —preguntó el aprendiz isgario, arrugando el gesto.

—De Orthald, una villa muy pequeña y más aún tras la Plaga. Dudo que hayas oído hablar de ella.

—Lo cierto es que no —contestó Anoraul con indiferencia—, pero sé que por esas tierras los siervos suelen comer raíces, nabos y, si tienen suerte,

algún

pez. Es natural que te impresione una comida como esta.

Su tono era coloquial. No lo decía para ofenderlo, sino como una simple observación de lo que para él era el orden natural de las cosas. Arvand sintió como crecía la rabia en su interior. ¿Cuándo aprendería este imbécil que en la Orden de los Riadeim sería un igual con los campesinos y siervos que tanto despreciaba?

—Me alegro de que sea de tu agrado, Anoraul. —Colvir habló de repente en tono despreocupado, pero en la mirada que le lanzó parecía haber desdén—.

Espero que las cocinas de la Torre del Sol también te gusten. Nunca se sabe cuánto tiempo van a pasar trabajando en ella nuestros iniciados más...

indisciplinados.

El rostro del joven se fue tornando granate a medida que comprendía las palabras de Colvir.

—Ahora déjanos, ve a tus aposentos y procura descansar. Recuerda que en la isla de Varean, Anoraul Galbert desaparecerá y sólo quedará Anoraul, el iniciado de la Orden de los Riadeim.

Arvand no pudo reprimir una mueca de satisfacción al ver el rostro desencajado del isgario al levantarse envarado de la mesa y marcharse con gesto

hosco. Se lo tenía merecido por fanfarrón.

—No quiero ver esa estúpida sonrisa en tu cara. —Las palabras de Colvir helaron el momento de triunfo de Arvand—. Sé que eres más inteligente que

él,

así que va siendo hora de que empieces a demostrármelo. Disponemos de algún

tiempo hasta que llegue el último aprendiz de este año desde Corak. Es un buen

momento para tener nuestra conversación pendiente acerca de Brandy y lo que

ocurrió hace casi un año en Rynad.

Arvand suspiró, sin ganas de hablar de nada de aquello. Sin embargo, al

cabo de unos momentos empezó a contárselo todo. Le dijo como había conocido

a Brandy cuatro años atrás, cuando el chico había sido llevado a la academia de

Rynad desde un poblado del sur de Merethia. Pronto se hicieron buenos amigos,

pero también, al mismo tiempo, rivales. Ambos eran competitivos y querían ser

los primeros en ir a la sede de los riadeim, la Torre del Sol, y para ello debían progresar en su aprendizaje. Él lo hizo a base de dedicación, esfuerzo y también,

admitió, intentando agradar y ser el favorito del maestro Koannos. Pero Brandy,

aunque poseía un gran potencial, era indisciplinado e impaciente y, a pesar de que estaba prohibido, practicaba la magia fuera de los muros de la academia.

—Solía quejarse de que apenas practicábamos, que sólo estudiábamos

autocontrol, teoría y a distinguir esencias, flujos y patrones. Además, no podíamos acceder al Eldantir sin ayudas. Todo eso lo frustraba mucho.

—Y tú, ¿qué pensabas al respecto? —preguntó Colvir, enarcando una ceja.

—Que, si la orden lo había dispuesto así, sería por un buen motivo. Que debíamos tener paciencia.

Arvand esperaba resultar convincente. La verdad es que en aquellos momentos había pensado todo lo contrario.

—¿Cómo consiguió Brandyl acceder a la talina y a las pócimas de conjuración?

—Sabíamos que Koannos siempre llevaba la llave colgada al cuello y por entonces empezó a tener problemas de sueño. Brandyl averiguó que tomaba unas

hierbas para poder dormir. Así que esa noche se coló en sus aposentos y le quitó

la llave. Cuando se llevó lo que buscaba, volvió a dejar la llave en su sitio, para

que no notase el robo.

—Una idea estúpida —sentenció Colvir—. Los mentores de las academias llevan un control exhaustivo de todas esas sustancias. A no ser, claro, que Koannos se esté volviendo tan senil y complaciente como empiezo a temer.

Continúa.

—Lo que pasó luego sólo lo sé por lo que me contaron.

Y era cierto, aunque no era menos cierto que, el mismo día del robo, él había ridiculizado a Brandyl ante los demás. Tras semanas de burlas había logrado sacarlo de sus casillas, que era su objetivo para desestabilizar al otro. El muchacho, de genio vivo, empezó a cometer errores en las sesiones de estudio y

prácticas junto a su mentor. Esto provocaba nuevas burlas de Arvand y los

demás, hasta ese día en el que Brandyl optó por tomar un atajo en su

aprendizaje. Eso no podía contárselo a Colvir, al menos no sin adornarlo un poco. Bastante mal se sentía ya por su parte de responsabilidad en el asunto.

—Brandyl fue a la ciudad vieja de Rynad, al otro lado del río Faoral. Allí se

ayudó de las hojas de talina y las pócimas para acceder a niveles más elevados

del Eldantir. No sé hasta dónde llegaría, pero su mente nunca se recuperó.

Los que trabajaban en los muelles a esas horas dijeron que fue como si algo aspirara

el agua del río hacia arriba durante unos segundos. Luego la enorme ola cayó sobre la orilla de la ciudad vieja con un estrépito increíble. El agua destruyó hogares e inundó buena parte de esa zona de la ciudad. Muchos murieron en sus

lechos. Más de doscientas cincuenta almas, según el recuento posterior.

—Así fue, en efecto, y sigue siendo inexplicable cómo sobrevivió a todo

aquello. Más importante aún, cómo consiguió hacer algo así él solo y sin

formación. Averiguarlo es uno de los motivos por los que se me ha

encomendado la tarea de llevarlo a la torre —comentó Colvir, recostándose en la

silla sin dejar de observarle—; la enfermedad de mi predecesor ha demorado demasiado este asunto. Dime, ¿te sientes culpable por lo ocurrido?

—No —mintió Arvand sin apartar la mirada de la del Maestro de Iniciados.

—¿Le contaste el origen de la inundación a alguien?

—A nadie —siguió mintiendo Arvand con la misma soltura.

—¿A quién se lo dijiste? —Colvir se levantó de su silla y se acercó.

—Pero... si he dicho que no... —protestó, pero luego calló, avergonzado—.

A un amigo, de confianza. Él jamás se lo contaría a nadie, pero, como dije, hay

otros testigos de lo que sucedió. Marineros y estibadores del puerto.

—Que estaban borrachos —completó Colvir por él— y son unos idiotas supersticiosos que temen a la orden, como todo el mundo sabe. Otros muchos han confirmado que el origen de la inundación fue la caída durante la noche del

puente del Molino, que hizo de dique ante un río que bajaba crecido por las tormentas en el este.

Colvir se plantó junto a él, mirándole a los ojos con dureza, pero con la voz aún sonando suave y comedida.

—Da gracias de que ese amigo tuyo sea tan discreto. Cometiste una

estupidez al contarle algo que tu mentor te prohibió que se divulgara. Ten presente otra cosa: esta será la última vez que me mientes. ¿Lo has entendido?

—Sí, maestro —dijo él, bajando la mirada.

Había sido un estúpido. Muchos pensaban que los riadeim podían oír los pensamientos de un hombre y saber si mentían o no. Que Arvand supiera, leer mentes estaba más allá de sus capacidades, pero saber si alguien decía la verdad

era posible si se sabía dónde mirar.

En ese momento entraron dos personas en la sala común de *El Lecho del Sabio*, lo que hizo que Colvir se volviera y dejase de atravesarle con la mirada.

Uno de los recién llegados era un nuevo miembro de la Compañía Blanca, a juzgar por su armadura y atuendo. La otra era una chica de su edad, de facciones

delicadas y llamativas, pero de mirada enérgica, con un pelo castaño recogido en

un elaborado peinado y ojos color miel. El mago se separó de Arvand y fue a recibirlos.

—Confío en que tuvierais un buen viaje.

—Ha sido un viaje plácido, Maestro de Iniciados —comentó el guardián, aunque Arvand notó una rápida y tensa mirada que compartieron el hombre y la muchacha.

—¿Es cierto eso, Leen? —preguntó Colvir dirigiéndose a la chica.

—Es como él dice, maestro —contestó ella con voz firme y mirada desafiante.

—Ya veo. Arvand, acompaña a vuestros aposentos. Mañana a primera hora

zarpamos a la isla de Varean. Brunin —le dijo al guardián con engañosa suavidad—, quédate. Tenemos un asunto que discutir.

Mientras salía de la sala, Arvand pensaba que, tal y como empezaba a conocer al Maestro de Iniciados, no le gustaría estar en el pellejo del tal Brunin

si lo había contrariado. Él y la chica subieron por unas estrechas escaleras dos plantas, hasta la habitación que habían tomado para los aprendices.

—Mi nombre es Arvand de Orthald —se presentó con amabilidad cuando apuraban los últimos peldaños.

—El mío es Leen Tavel —dijo ella sin sonreír—. Sólo iremos tres a la Torre del Sol, ¿verdad? Siempre pensé que seríamos más.

—Somos muchos menos en las academias de lo que se suele creer —confirmó Arvand—. Supongo que en la sede de la orden las cosas estarán igual.

Entraron en sus aposentos, donde Anoraul estaba tumbado en su lecho mirando enfurruñado al techo. Se levantó para saludar a la joven, de repente todo

cortesía y buenas maneras otra vez. Brandyl ya dormía, ajeno como siempre a lo

que sucedía a su alrededor. Arvand se dirigió a su lecho, tras las presentaciones,

dispuesto a apagar la lámpara de aceite que alumbraba la habitación.

—Al último que intentó meterse en el lecho conmigo aprovechando la

oscuridad —anunció Leen antes de acostarse—, aún le duelen las pelotas. Es tan

sólo una advertencia.

Anoraul bufó con desdén al escucharla y se dio la vuelta en el lecho, tapándose con las mantas de pieles. Arvand no dijo nada mientras sumía la habitación en la oscuridad. Algo le decía que la chica se refería a Brunin, su escolta. Había que reconocer que la joven era valiente; el guardián era un hombre alto y fuerte. Sea como fuere, se suponía que ese tipo de cosas no tenían

que pasar en la respetable orden de los magos de Balaeron. Con ese pensamiento

se durmió.

Al día siguiente embarcaron en el Gaviota de Auren, con tripulación eltaria.

Era un velaur, un navío estilizado y pequeño de dos velas, que podía llevarlos en

sólo unas horas hasta la isla de Varean. Durante el trayecto, Arvand descubrió que odiaba navegar por el mar. Mientras surcaban las olas del Mar del Albor su

estómago empezó a resentirse. Pronto empezó a vomitar por la borda, mientras

se sentía morir, aquejado de náuseas y súbitos temblores.

—¿Tu primer navío? —le preguntó Colvir cuando su estómago pareció, por fin, vaciarse de todo su contenido.

El Maestro de Iniciados no parecía afectado en absoluto por el frenético

cabeceo del velaur en el mar.

—No —negó él con la voz estrangulada por las náuseas—. Navegué en botes y pesqueros por el lago Telfar de Norvador, cuando era un niño. Mi tío me enseñaba el oficio de pescador.

—El agua dulce de los lagos y el mar embravecido del océano Telgaario no tienen mucho en común, como puedes ver. Cuando desembarquemos cuida de

Brandyl hasta que lleguemos a la torre. Ya sabes que no puede valerse por sí mismo.

Arvand asintió sin hablar, temiendo que si lo hacía no podría reprimir las náuseas. Por suerte, el hombre no siguió insistiendo en mantener una conversación. Como también lo fue que el viaje no se prolongó mucho. El mismo viento que los hacía saltar sobre las olas y que volvía del revés su estómago, los llevó a la isla de Varean antes del mediodía. Arvand dormitaba tiritando bajo su capa en popa, cuando sintió que alguien lo zarandeaba. Cuando

abrió los ojos vio a Leen que lo miraba con simpatía, sin duda compadeciéndose

de su lamentable estado.

—Ya estamos atracando en Medar.

El chico se levantó a tiempo para ver cómo los marineros eltarios amarraban el navío al espigón. Tras recoger su equipaje, Arvand fue de los primeros en salir

del Gaviota de Auren. Medar era un asentamiento extenso, aunque en realidad podría decirse que eran varios poblados de pescadores que salpicaban la costa oeste de la isla de Varean, en torno a un núcleo más densamente poblado, donde

se encontraban los muelles principales de la isla. Allí esperaron a que sus tres escoltas trajesen sus nuevas monturas de las caballerizas del lugar. Siguiendo las

instrucciones de Colvir, fue a ver cómo estaba Brandyl. Tuvo que ajustarle la capa y hacer que orinase al final del espigón, para que no volviese a hacérselo encima por cuarta vez durante el viaje. Arvand suspiró mientras le subía y ataba

los calzones, pensando en que preferiría morir a acabar como Brandyl, y en lo peligrosa que podía llegar a ser la magia. Lo menos que podía hacer por él era

ayudarlo a mear, teniendo en cuenta su parte de responsabilidad en lo que había

pasado. Los dioses le hacían pagar por su estupidez, pero era un precio muy pequeño comparado con el que había pagado su amigo.

—Nooo... me susurra palabras hermosas, pero es tan oscuro... —sollozó

Brandyl de repente con la misma voz de antaño, sólo que impregnada por un horror indescriptible. Arvand ahogó un grito cuando la mano de su amigo se cerró con una fuerza inusitada en su antebrazo—. ¡Ayúdame! No quiero que

entre en mí.

—Por el puto Libro de Ethalael —blasfemó Arvand, boquiabierto—.

¡Maestro!

Brandyl le soltó el brazo y su expresión se volvió vacía. Tenía las pupilas dilatadas y fuertes temblores repentinos. Cuando los demás llegaron a su lado, Arvand le explicó a Colvir lo que acababa de pasar. El Maestro de Iniciados se

acercó y lo observó con atención, abriéndole los ojos y la boca y poniendo la mano derecha en su cabeza mientras lo observaba con atención. Debía de estar

examinándolo desde el Eldantir. Desde allí se podía descubrir, si se sabía interpretar aquel galimatías de colores, flujos y patrones, si alguna enfermedad aquejaba al chico.

—No lo entiendo —musitó Colvir en voz baja—, no tiene sentido. ¿Por qué ha cambiado?

—¿Qué le pasa? —preguntó Leen, mientras Brandyl temblaba como una hoja.

Colvir no contestó y poco después volvieron los guardianes junto a suficientes monturas para cada uno de ellos. Mientras Brunin y otro de sus camaradas de armas ataban a Brandyl a su silla de montar para que no cayese, Anoraul miraba la escena con fascinación.

—Deberíamos acabar con su sufrimiento —dijo al final, mirando a Leen y a Arvand. Ella le devolvió la mirada, horrorizada—, como dicen que hacen en Moradhair con los idiotas y retrasados.

—¿Es así como los tratáis en Isgarad? —le preguntó Leen con brusquedad.

—Por supuesto que no —negó el pelirrojo, ofendido—. La mía es una tierra que profesa la fe en los Tres y su Iglesia. En Moradhair no sería tan afortunado;

allí son unos salvajes que no valoran la vida ni las enseñanzas de los dioses.

—Sin embargo, tú defiendes actuar como ellos —dijo Arvand sin disimular

ya su aversión hacia Anoraul.

Aquel imbécil no sabía nada del Brandyl de antaño, de sus sueños, ambiciones y la desbordante vitalidad que atesoraba.

—No quería decir eso, no me habéis entendido, paletos. Y no necesito justificarme ante vosotros.

Antes de que la discusión se enconase, Colvir los apremió para que montasen. Brandyl gemía de forma casi inaudible en su montura, con las riendas

trabadas al corcel de uno de los guardias de los riadeim. Pronto cabalgaban a buen paso entre las calles de tierra endurecida de Medar. La gente se apartaba a

su paso, reconociendo cuando una comitiva de los magos tenía prisa. Dejaron el

pueblo atrás y se internaron en una zona de campos de cultivo, acequias y haciendas. Al norte se levantaban unas escarpadas montañas y colinas, mientras

que la zona central y el sur eran llanuras. Por el camino de Medar hacia la parte

central de la isla, hacia su objetivo, se encontraron a unas pocas patrullas de más

miembros de la Compañía Blanca que, en grupos de cinco, cabalgaban por el camino. Colvir ni aminoró el paso ni saludó a ninguno. Cuando el sol ya

anunciaba que era más de media tarde, Arvand se adelantó hasta la altura de Brunin, que era quien guiaba a la montura de Brandyl.

—¿Falta mucho, Brunin? —preguntó mientras lanzaba un vistazo para ver el estado de Brandyl, que ahora parecía más calmado.

—Ya casi estamos. Mira.

Y señaló hacia el horizonte, frente a ellos. Fue entonces cuando Arvand vio la torre que se encontraba en la cima de una escarpada colina, en el meandro de

un río que cruzaba la isla de norte a sur. A medida que se acercaban, vio que había más edificios alrededor de la torre. Esta relucía al sol de la tarde, debido al

tono blanquecino de la piedra con la que estaba revestida la estructura. De hecho, a medida que se acercaban, brillaba con más intensidad, hasta el punto en

que se vieron forzados a desviar la mirada con frecuencia para evitar ser deslumbrados.

—No la miréis directamente —aconsejó Colvir, aminorando la velocidad de la marcha—, cuando estemos más cerca el brillo menguará y podréis admirarla,

si lo deseáis. ¿Recordáis lo que se espera de vosotros antes de atravesar la Puerta

de la Revelación?

—Someteros ante el juicio de los nueve riadarian, recibir su beso como señal de bendición y recitar las palabras ante el baedelis, frente a la puerta, antes

de entrar —explicó Leen por todos ellos.

Colvir asintió, complacido.

—Recordad la ceremonia como os fue enseñada. Buena suerte a los tres —
les deseó el riadeim cuando llegaban por fin al río y al puente que los llevaría
al
otro lado—. Pronto dejareis de ser aprendices para convertirlos en iniciados.

Arvand suspiró, sintiendo por primera vez como el nerviosismo se
apoderaba de él. Pronto estaban cruzando un viejo y estilizado puente de dos
arcos, bajo el que discurría el río. El musgo cubría como un manto sus
costados.

Arvand, tras las monturas de Brunin y Brandyl, miraba fascinado hacia las
piedras del puente, pues muchas de ellas tenían inscritas runas que, aunque
saltaba a la vista que eran muy antiguas, no se habían desgastado por el paso
del

tiempo o el de los viajeros. Un repentino y desgarrador grito de Brandyl hizo
que

el corazón estuviese a punto de salirse del pecho. El chico estaba envarado
sobre la montura, cubriéndose los ojos con las manos.

—¡Duele! —gritó con voz clara y desesperada—. ¡Me habla y no lo soporto!

Se apresuraron a cruzar el puente y al otro lado Colvir volvió a examinarlo.

El chico volvía a estar tranquilo y ausente. Al acercarse, Arvand se
estremeció.

Se había clavado las uñas en su propio rostro y tenía la frente, los párpados y
las

mejillas llenas de arañazos sangrantes. No se había arrancado los ojos de

milagro. Arvand y Leen cruzaron una mirada y el chico supo que ella se estaba

preguntando lo mismo que él. ¿Qué había hecho Brandyl para recibir un castigo

semejante de los dioses?

—Atadle las manos —ordenó Colvir a sus escoltas, mirando

alternativamente a Brandyl y al puente—. Brunin, no te separes de él. En cuanto

acabe la ceremonia lo llevaremos a las dependencias de la darin Vilienna.

—Sí, mi señor riadeim.

De nuevo se pusieron en marcha, rodeando por el norte la colina sobre la

que los esperaba la Torre del Sol. Colvir no había mentido y el brillo de la torre

se había apagado y ahora era posible admirarla. Mientras subían por el costado

de la colina, Arvand se preguntó por su altura y en cómo y quién la habría construido. Era el edificio más alto e impresionante que jamás hubiese

contemplado y que probablemente jamás contemplaría. Tenía planta circular, estrechándose en la punta, y estaba repleta de balconadas con columnatas de los

que colgaban largos pendones blancos y rojos con las enseñas de las cinco

naciones de Balaeron. Con las últimas luces del día llegaron a lo alto del promontorio que dominaba sobre el río. La piedra de color blanco lechoso de la

torre irradiaba una luz fantasmagórica, a pesar de que el sol se había hundido

casi por completo en el horizonte occidental, tiñéndolo de rojo. Cuatro edificios

alargados y de planta rectangular rodeaban a la torre, cada uno en un punto cardinal distinto. La gran explanada adoquinada donde terminaba el camino que

seguían, estaba llena de tiendas de campaña con las enseñas y los colores de los

Guardianes de la Luz. Colvir los llevó a través de ese campamento, mientras saludaba a algunos de aquellos hombres.

—Este año la cosecha es de baja calidad. —Pudo oír que decía uno de los

guardias a otro, cuidándose de que Colvir no lo oyese—. Incluso traen a un retrasado con ellos.

Continuaron guiados por el mago hasta la fachada sur de la torre, donde por

fin vieron a los riadeim y sus sirvientes que esperaban al grupo. Dos hileras de

miembros de la orden, a lo sumo tres docenas de ellos, los esperaban a ambos lados del camino que discurría demarcado por setos y arbustos. Al final había un

palio, bajo el que se encontraban los que, sin duda, debían ser los nueve riadarian. Eran tres mujeres y seis hombres vestidos con ricas y suntuosas ropas

ceremoniales, de colores blancos y carmesíes.

Tras el palio se encontraba la estatua a tamaño natural de un hombre

encapuchado, que sostenía un libro abierto y tendía su otra mano como si los llamase. Estaba hecha de la misma piedra blanquecina que la torre, pero la estatua no tenía el mismo brillo pálido e inquietante que aquella. Arvand

reconoció en ella al fundador de la Orden de los Riadeim, Irmón Dei. Tras la estatua se encontraba la fachada con la impresionante Puerta de la Revelación.

Eran dos enormes hojas de madera y hierro bajo una serie de arquivoltas, y sobre

ellas un friso con imágenes talladas en la piedra que, desde donde se

encontraban, no podían distinguir. Un anciano encapuchado, vestido con una

túnica negra y con un gran manojó de llaves doradas atadas a su vestimenta, esperaba ante las puertas.

Colvir desmontó cuando unos diligentes mozos se adelantaron a buscar sus

monturas. Los demás lo imitaron y el grupo empezó a adelantarse. El Maestro de

Iniciados abrió la marcha, seguido de los tres aprendices que iban juntos, a la izquierda, Anoraul; Arvand, en el centro, y Leen a la derecha. Cerraba la marcha

Brunin que había desatado a Brandyl y, tomando su brazo, lo llevaba tras ellos.

Los riadeim los miraban mientras pasaban entre ellos. Arvand se fijó en que

algunos de ellos bostezaban con desgana y otros se cuchicheaban cosas al oído.

Cuando llegaron ante el palio, Colvir hizo un gesto a Brunin para que esperase a

un costado junto a Brandyl. Luego se postró ante los nueve riadarian hasta que

uno de ellos se adelantó.

—Incorpórate, riadeim. ¿A quiénes traes ante nosotros, Maestro de

Iniciados? —preguntó el más anciano de los nueve, encorvado y casi sin pelo, pero de voz y mirada enérgica.

—A los aprendices cuyos maestros han considerado ser dignos de venir ante vuestra presencia —contestó Colvir—. Os ruego que atendáis su súplica y les deis vuestra bendición, si consideráis que están preparados para cruzar la Puerta

de la Revelación.

—Serán recibidos como Irnon Dei recibió a Varean y a Kayla en este lugar y en este mismo día y hora hace incontables generaciones, y como fue recibido en

su momento Ethan Jariol.

—Adelantaos —les dijo Colvir haciéndose a un lado.

Anoraul, seguido por él y Leen, fueron presentándose ante cada uno de los dirigentes de los riadeim. Arvand conocía los nombres de los nueve, pero no sabía poner rostro a esos nombres. Anoraul recibió el beso del anciano que parecía ser su portavoz. Luego Arvand se situó ante él entrando en Faran, el primer nivel del Eldantir, como le habían dicho que hiciera durante esta parte de

la ceremonia. Sintió la familiar sensación de poder y como su nerviosismo

desaparecía al instante reemplazado por una gran euforia, un millar de veces más

embriagadora que la que ningún licor podía provocar. El anciano lo miró con aprobación y le dio un beso en la mejilla.

El siguiente, un hombre que le triplicaba la edad, con amplias patillas

blancas y pelo ondulado, repitió el mismo gesto tras mirarle entrecerrando los ojos con interés. La tercera, una mujer de pelo cobrizo y de una belleza

cautivadora, le dio su beso en los labios, tras mirarle como si examinara a un animal fascinante y extraño. Arvand, con las energías del Eldantir inundando su

mente, apenas si reparó en ello. En Faran era muy difícil sentir algo más que aquella intensa euforia, a pesar de los años que llevaba practicando para conseguir controlarla.

La siguiente era otra mujer que, sin embargo, no podía ser más diferente que la anterior. De mediana edad, tenía el pelo largo de color plateado recogido con

una diadema dorada, a juego con un colgante del que colgaba un disco que representaba al sol. El sol no era otra cosa que un rubí del tamaño de un huevo.

La mujer lo miró con unos duros ojos grises carentes de la curiosidad, la extrañeza o tan siquiera la indiferencia de sus compañeros. Era una mirada que

lo hizo sentirse desnudo y pequeño, incluso estando en Faran. La mujer siguió

estudiándolo durante unos interminables segundos. Leen esperaba ya su turno para presentarse ante la mujer, mientras Anoraul se presentaba ante el último de

los Riadarian. Arvand comenzó a sentirse inquieto, pues la no aceptación de uno

solo de los líderes de los magos implicaba que nunca podría llegar a ser un iniciado. El temor lo embargó a pesar de que Koannos le aseguró en su día que la

ceremonia de iniciación era una mera formalidad, y que apenas se habían producido rechazos en ella a lo largo de la historia de la orden. Finalmente, la riadarian se inclinó hacia él y Arvand suspiró aliviado, pero antes de que pudiera

darle su bendición se detuvo con brusquedad.

—¿Pero qué...?! —se oyó gritar a Brunin.

La mujer y los demás riadarian miraban con incredulidad algo que ocurría detrás de él, así que Arvand se giró de forma instintiva. Brandyl se había adelantado, su cuerpo despedía un vaho helado bien visible y su ropa se había llenado de escarcha. Tenía los ojos vidriosos y el rostro cambiado en un rictus imposible y pavoroso. Su pelo se agitaba con un viento inexistente y de su boca

caía un líquido negro y pastoso que escarchaba la tierra allá donde caía. Con unos audibles crujidos, los dedos de sus manos fueron rompiéndose y

quebrándose en formas imposibles, como si una fuerza cruel e invisible se

hubiese empeñado en torturarlo. Sin embargo, lo más terrible era que Brandyl no

emitía sonido alguno, como si estuviese más allá del dolor.

—¿Qué engendro del infierno es este?! —exclamó uno de los riadarian tras él.

El entrenamiento de Brunin lo empujó a actuar antes que los demás.

Desenvainó su sable y en un rápido y fluido movimiento, golpeó el cuello

desnudo de Brandyl, dispuesto a decapitarlo. Al tocar su piel el arma se rompió

en mil pedazos y cayó al suelo en pequeños trozos de metal helado. El chico tocó

con su mano el rostro del incrédulo Brunin. Fue tan sólo un leve roce con la palma, pero fue como si la misma muerte lo hubiese tocado. Brunin desapareció

en una explosión de carne helada que roció incluso a aquellos que estaban más

alejados. Arvand sintió un miedo atávico durante unos breves segundos de calma, en los que todo permaneció en silencio, antes de que se oyese el primer

grito entre los horrorizados espectadores de la ceremonia. Luego estalló un caos

de gritos, órdenes y gente corriendo. Arvand se quedó clavado en el sitio sin saber qué hacer. Como en una pesadilla vio como la tierra alrededor de Brandy

se estremecía y se agrietaba. Mientras, el aire se volvía más caliente a su alrededor y su piel empezaba a arder, y en un cielo sin nubes comenzaban a oírse

truenos. A pesar de su falta de entrenamiento, Arvand notó como la magia cargaba el ambiente y el Eldantir parecía llamarlo con más fuerza que de costumbre. Sin duda, los riadeim se defendían.

—¡Matad a esa cosa! —chillaba histérico el anciano riadeim que los había recibido al ver que Brandy andaba hacia él.

De sus dedos rotos brotaron una especie de zarcillos negros, con la

consistencia del humo y la longitud de un brazo, que empezaron a moverse de forma enloquecida. Colvir era quien más próximo estaba a él y lo señalaba

trazando gestos en el aire. La piel de Brandy l se ampolló por el calor y un manto

de llamas lo cubrió, pero el muchacho no se detuvo. De pronto el suelo se abrió

bajo sus pies con un estruendo ensordecedor y cayó a una grieta que se ensanchaba peligrosamente, hasta el punto de que Colvir hubo de lanzarse a un

lado para no caer en ella. Antes de que llegara al palio, la mujer de ojos grises hizo un gesto y la grieta en la tierra y el temblor se detuvieron, pero Leen perdió

el equilibrio justo en el borde. Arvand salió de su aturdimiento justo a tiempo de

tomarla de la mano y alejarla de allí. La tierra comenzó a cerrarse otra vez con

otro súbito estruendo hasta sellar la grieta, dejando el empedrado del patio hecho

añicos.

—¿Lo has hecho tú, Robym? —preguntó la mujer de los acerados ojos grises.

—Así es, Minedea. Tiene que haber muerto aplastado —contestó el riadarian de las pobladas patillas—, pero ¿qué demonios era eso?

Minedea nunca llegó a contestarle, puesto que la tierra explotó con una violencia desmesurada cuando Brandy l surgió de sus entrañas. Arvand, que en

ese momento sostenía a Leen, la protegió con su cuerpo cuando salieron proyectados varios metros por la violencia de la deflagración. El golpe lo dejó sin respiración y magullado, pero al menos vivo. Leen tuvo peor suerte. Algo la

había golpeado en la frente, que sangraba con profusión, y estaba inconsciente.

Arvand suspiró, aliviado, al ver que respiraba con normalidad.

A su alrededor el aire crepitó cuando un rayo cayó sobre Brandy l provocándole una terrible quemadura en el hombro izquierdo. Arvand, con el vello erizado por la estática, miró a su alrededor y vio al anciano portavoz de los

riadarian en el suelo, muerto con una roca del tamaño de un puño incrustada en

la cara. Se dio la vuelta consternado y, tomando a Leen en brazos, intentó alejarse de aquella locura. A su lado vio como el riadarian llamado Robym era

alcanzado por uno de aquellos zarcillos negros como la noche, que súbitamente

se extendieron como un látigo, buscando a los enemigos de aquel horror que era

ahora Brandy l. Robym chilló aterrorizado cuando aquel zarcillo oscuro se

enroscó en su pecho y, en cuestión de segundos, le drenó la vida y el calor. El mago acabó helado, con la piel de un color azul sucio y pegada a los huesos, y

los dedos crispados dirigidos al cielo en una muda súplica.

Otro estruendo sacudió la tierra y Arvand cayó al suelo, junto a Leen. Se

volvió sólo para ver como aquel ser acababa con la vida de cinco riadeim más con aquellos tentáculos sombríos que parecían absorber la vida de lo que tocaban

en cuestión de segundos. No había rastro de Colvir ni de Anoraul y los riadarian

restantes empezaban a recular, conscientes de la letalidad de aquel engendro al que se enfrentaban. Arvand se dijo entonces que aquello que los estaba matando

no podía ser Brandyl. Tenía que saber que le había pasado a su antiguo amigo y

ver lo mismo que los demás magos. Intentó calmar su mente para entrar a Uldis,

el segundo nivel del Eldantir. Allí podía percibir el mundo espiritual ligado al mundo físico y ver si ese horror era su amigo o no. Para su sorpresa, lo consiguió

sin apenas esfuerzo alguno. Era muy cierto lo que Koannos le contara en una ocasión, que el instinto hacía que los riadeim excedieran su entrenamiento en momentos de necesidad.

Deseó no haberlo hecho.

Brandyl era un cascarón vacío, a su alrededor no había aura alguna y los

colores y patrones del Eldantir se desdibujaban a su alrededor, en una especie de

entropía que en teoría no podía existir en este mundo. Esa entropía emanaba de

una especie de espiral de oscuridad pulsante que estaba suspendida sobre su cabeza, girando en dirección contraria a todo el universo, y de la cual surgían

unas emanaciones de oscuridad que se enterraban en su cabeza. Los ojos de su

amigo, vistos desde el Eldantir, eran pavorosos y brillaban como dos despiadados soles oscuros.

Una lengua de fuego, una ventisca helada e incluso el golpe de una enorme piedra que le destrozó el brazo derecho, no fueron suficiente para frenarlo.

Brandyl contraatacó lanzando sus zarcillos de sombras a las dos riadarian más próximas, Minedea y la mujer del pelo cobrizo, pero estas parecían por fin preparadas. La pelirroja pareció, por un momento, perdida cuando aquel horror

se enroscó en su pierna, pero luego desapareció en una nube de humo y ella apareció a buena distancia detrás del engendro, justo por donde llegaban más refuerzos de los Guardianes de la Luz, alertados de lo que pasaba. Minedea se mantuvo en su sitio, pero el aire a su alrededor cimbreo y formó ondas cuando el

tentáculo impactó contra él, como si fuera un muro. Arvand, desde Uldis, pudo

ver como Minedea había esculpido una especie de barrera a su alrededor usando

la propia luz que emitía la torre. El tentáculo se retrajo al chocar con la barrera y

aquel grotesco ser emitió un bramido inhumano que heló la sangre en las venas

de quien lo escuchó.

—¡Eso es! —gritó a su vez Minedea—. Atraed la luz sobre él. ¡Rápido!

Todos los riadeim del patio atendieron la orden de la riadarian, mientras los

guardias de la Compañía Blanca llegaban para intentar distraer a Brandy.

Arvand intentó sumarse a ellos y sin darse cuenta entró en Tarwiz, el tercer nivel

del Eldantir, donde la mente entrenada podía modificar los patrones y flujos de aquella realidad que permeaba a la nuestra y la condicionaba. Se concentró en los flujos de luz que rodeaban a la Torre del Sol, y fue entonces cuando vio que

su fuente estaba en algún lugar del corazón del enorme edificio. La luz pulsaba,

casi como un ser vivo, y pareció resistirse a los tirones de los magos. Arvand intentó imitarlos, más por instinto que porque realmente supiera lo que estaba haciendo. Durante un segundo notó algo, como si una presencia vasta,

abrumadora y antigua rozara su mente. Su sobresalto fue tan grande que perdió

la concordancia con Tarwiz y su atención volvió a enfocarse en el mundo real.

Se encontró mirando hacia la torre, cuya intensa luz comenzaba a cegarle, y

apartó con rapidez la mirada. Al hacerlo vio como el engendro estaba

prácticamente a su lado, alzando el brazo izquierdo para tocarlo, cuando la luz de la torre cayó sobre su cuerpo y en el Eldantir los flujos de la luz rellenaron aquella entropía antinatural. Los zarcillos oscuros se retrajeron saliendo a través

de la cabeza de aquel horror y la espiral de oscuridad suspendida sobre él desapareció. Brandy finalmente cayó sobre Arvand cuando las piernas le

fallaron, y este lo sostuvo en un acto reflejo del que enseguida se arrepintió. Pero

no pasó nada, no se convirtió en hielo ni cayó fulminado como temía. El

rostro

de Brandyl, a pesar de estar ensangrentado y herido, volvía a ser el de siempre.

El de antes de aquella aciaga noche en que había robado la talina y había desbordado el río Faoral. Los dos compartieron una mirada durante unos instantes en los que el corazón de Arvand dejó de latir.

—Ellos desean volver —susurró Brandyl y luego, con un largo suspiro, murió entre sus brazos.

Arvand lo dejó en el suelo y cayó a su lado de rodillas mientras abandonaba el Eldantir, agotado y aturdido. Apenas si reparó en lo que pasaba a su alrededor.

Magos y sirvientes por igual, corriendo enloquecidos, buscando a los heridos y

gritando incoherencias sin sentido. Sables que cayeron sobre el cuerpo inerte de

Brandyl, mutilándolo, y manos que se lo llevaron lejos de allí. Anoraul saliendo

de detrás de unos setos, con lágrimas en los ojos y expresión angustiada. Como

se llevaban a Colvir, cuya cara era una roja máscara de sangre y su pierna colgaba destrozada. Y, por fin, las manos de alguien que lo tomaba de la barbilla

y lo obligaba a mirarle. Era el anciano que esperaba ante la Puerta de la Revelación con todas las llaves de la torre, el baedelis.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó; Arvand se dio cuenta entonces de

que llevaba un buen rato haciéndole la misma pregunta.

Asintió, incapaz de hablar, y señaló a Leen que seguía inconsciente unos metros más allá de ellos. El baedelis fue a ocuparse de ella, y entonces Arvand

se acordó de las palabras que se suponía debían recitar ante aquel anciano, antes

de cruzar la Puerta de la Revelación. «Que me sean revelados los misterios de este mundo y del otro, para que pueda ser el vigilante de Bal Aeronis contra la

oscuridad que aguarda paciente nuestra debilidad. Así lo haré, aunque deba pagar un precio en carne o espíritu. Así lo haré, bajo la luz legada por los eliiir.

Así lo haré, junto a mis hermanos riadeim. Por los Testigos y las Ocho Leyes de

Lod, lo juro».

Arvand rio con amargura, entre lágrimas, al comprender lo pronto que había pagado ese precio, incluso antes de poner un pie en la Torre del Sol.

4. Un nuevo comienzo

Fue un Kiriús agotado, ojeroso y de mirada furtiva el que abandonó Rynad, su hogar durante los últimos siete años, mientras caía un aguacero sobre ellos. Fue

incapaz de despedirse de los hermanos como se merecían. Ambos compartieron

esa mirada, la que solían poner cuando Kiriús se comportaba de forma extraña, y

lo abrazaron. Después, Leram se alejó para hablar en voz baja con Terion y Doiran se acercó a Kirius, sonriendo bajo la lluvia.

—Volveremos a vernos. No estés triste por eso.

Kirius se pasó las manos por el rostro, desolado.

—Nunca podré volver a Rynad. No lo entiendes, pero he hecho algo horrible.

Doiran lo miró con simpatía y le removió el pelo, como solía hacer cuando era un niño.

—No sé qué crees que has hecho, Kirius, pero hazme caso: te conozco y sé que tú eres incapaz de hacer nada horrible.

Kirius bajó la mirada, avergonzado. Carecía de importancia lo que pensarán los demás, él sabía bien lo que había hecho. O eso creía. No había visto el cuerpo del guardia, pero toda aquella sangre... Por un momento se sintió tentado

de preguntarle a Doiran si había aparecido algún cadáver en la Ciudad Vieja o el

río, pero no se atrevió a hacerlo.

Terion le hizo un gesto para que subiera al pescante y pronto se pusieron en

marcha. Viajarían en un destartado carro del que tiraba Arin, la montura del recién llegado. Era un magnífico semental de pelaje negro brillante, porte y andares orgullosos, la cabeza en forma de cuña y la cola en alto. No se parecía a

ninguna montura que hubiese visto jamás en Merethia. Kirius pensó vagamente,

mientras avanzaban por las calles de Rynad, que el animal se parecía mucho a su

dueño: altivo, misterioso y amenazador. Esperaba llevarse con él mejor que con

Terion, pero no se hacía ilusiones al respecto.

Permanecieron en silencio mientras el carro llegaba a la concurrida puerta

oeste de la ciudad. Terion no se dignó a mirarlo siquiera, al menos no mientras el

muchacho lo observaba. De vez en cuando sentía que el hombre clavaba su vista

en él durante un segundo, el tiempo suficiente para que se encogiera bajo aquella

mirada gélida e inmisericorde. Al llegar a la puerta se encontraron con el típico

embotellamiento causado por la salida de carros, animales y viajeros. La lluvia

intensa y el barro no ayudaban a aligerar el tránsito. Los guardias, junto a los funcionarios de la ciudad, intentaban, en vano, arreglar la situación. La visión de los soldados transitando a su alrededor empezó a ponerlo nervioso. Se caló más

la capucha de la capa y agradeció que la lluvia fuera tan fuerte que apenas era posible distinguir nada bajo ella. Aun así, pasó más de media hora hasta que pudieron traspasar las puertas de la ciudad y ponerse en camino. Al muchacho se

le escapó un audible suspiro de alivio cuando, por fin, el carro enfiló el camino

que se bifurcaba hacia el norte del país.

—Creía que deseabas quedarte en Rynad.

Kirius dio un respingo al escuchar la voz de Terion, que sostenía las riendas de Arin sin apartar la mirada del camino.

—No... yo... Mi deseo era ir a Almeron, pero ahora ya da igual.

—¿Almeron? ¿Por qué quieres ir allí?

—Por mis padres. Tú deberías saberlo; mi padre fue un Guardia Real.

—¿De veras? Me sorprende saberlo ya que él y yo fuimos compañeros de armas en Isgarad. Dalien nunca puso un pie en Merethia.

—¿Isgarad? Pero...

Kirius lo miró entrecerrando los ojos, preguntándose si el hombre mentía.

Gaelon le había dicho la noche anterior a su muerte que tenía demasiada imaginación, que daba demasiadas cosas por sentadas y que su idea de alistarse

en la Guardia Real era una estupidez. Arvand había afirmado que Terion era isgario. Aquello tenía sentido y los fríos ojos de ese hombre le decían que no perdería el tiempo inventando mentiras.

¿Significaba eso que sus padres, y por lo tanto él mismo, habían sido isgarios? Por algún motivo, saberlo por fin no despertó en él la más mínima emoción.

—¿Y por qué no me llevas allí? ¿Es que no tengo ningún otro familiar que pueda acogerme?

Terion se mantuvo en silencio mientras el carro subía con lentitud una empinada loma por la que discurría el camino.

—Si no deseas tenerme contigo, puedes dejarme aquí ahora mismo. Saldré adelante.

—¿Eso crees? —Terion lo miró con dureza, elevando el tono de voz, y el muchacho se encogió de forma involuntaria—. No durarías ni dos días tú solo.

Métete en la cabeza que jamás voy a romper mi promesa. No vamos a ir a

Isgarad y tampoco hay nadie más que quiera responsabilizarse de ti, así que olvida esas tonterías. Gaelon, ese al que llamabas abuelo, ya no está y créeme, yo no soy como él.

Kirius lo miró de hito en hito, reprimiendo unas lágrimas incipientes. Bajó la

mirada, derrotado. Desde luego que ese maldito hombre no era como Gaelon.
La

perspectiva de vivir junto a él le daba pánico, pero quizá era lo que se merecía por lo que había pasado la noche anterior.

El carro ya bajaba por la loma que acababa de remontar. No muy lejos se levantaba el monasterio y el hospital de los Hermanos Ocultos, los monjes que

cuidaban a los enfermos y tullidos en toda Balaeron. Por alguna razón la visión

de aquel lugar hizo que se le erizase el vello y que un escalofrío lo recorriese.

Desvió la mirada hacia atrás una última vez sólo para ver cómo las torres más altas de la ciudad desaparecían tras la línea de colinas que acababan de rebasar.

No podía volver a Rynad, no deseaba ir a donde quiera que lo llevase Terion e

Isgarad era un lugar desconocido y lejano. No había ningún sitio para él.

Cerró los ojos y pensó que quizá se equivocaba. A lo mejor su sitio estaba entre los muros de aquel siniestro monasterio; el lugar donde se encerraba a los

dementes para que no hiciesen daño a los demás.

Terion se mostró taciturno, frío y seco durante la mayor parte del viaje.

Cuando, al anochecer del quinto día, su compañero de viaje le anunció

lacónicamente que al día siguiente llegarían a su destino, Kirius no pudo menos

que alegrarse. Los tejados de los edificios más altos de Telbar aparecieron en la

lejanía a media mañana de la jornada siguiente. Hacia el noroeste, a los pies de

la inmensa cordillera de las Niriosh que separaba Merethia de Norvador, se

apreciaba una gran franja de terreno oscuro, salpicada aquí y allá por vegetación

dispersa. Al cabo de un rato pudo recordar de lo que se trataba, aquello era el pantano de Regald. Gaelon le había contado en una ocasión que bajo aquellos marjales descansaban ruinas anteriores en antigüedad a la fundación del reino de

Merethia, construidas cuando los balaerianos eran un solo pueblo. De hecho, allí

se había erigido la capital del viejo imperio. Teniendo en cuenta que el

calendario usado por todos ellos comenzaba con la separación de su gran nación

en seis reinos, entonces las ruinas debían tener al menos setecientos ochenta y cinco años, pues se encontraban en esa fecha.

Nunca llegó a conocer del todo el motivo de la separación del pueblo

balaeriano, aunque recordaba algo acerca de un sanguinario tirano que gobernó

Bal Aeronis en sus últimos años. A su muerte estalló una revuelta que acabó con

la gran nación. El humor de Terion parecía haber mejorado hoy, pero ni por un

momento se le pasó por la cabeza preguntarle por sus dudas. Su abuelo, que

sonreía cada vez que el muchacho le hacía alguna pregunta, se había ido para siempre.

Telbar era más pequeña que Rynad. Su muralla no había sido ampliada y apenas protegía una cuarta parte de la ciudad. A ambos lados del camino proliferaban granjas, haciendas y campos de labranza. Estaban muy cerca ya de

la ciudad cuando Terion viró, sin previo aviso, por un estrecho camino que serpenteaba hacia el oeste, por el que el carro traqueteaba con dificultad. Kiriús

volvió la mirada hacia la ciudad, sorprendido; había dado por sentado que su nuevo hogar estaría allí.

Terion lo miró y suspiró.

—Viviremos en una pequeña granja a unas dos leguas al oeste de aquí.

—¿Es tuya la granja? —preguntó con timidez.

No se imaginaba a aquel hombre como un granjero.

—Ahora sí. Un amigo la compró hace un tiempo. Por si no lo sabes, en esta parte de Merethia los sires arrendan las tierras a los campesinos durante cinco años. La mayoría va a parar a unos pocos terratenientes, que hace que otros las

trabajen por ellos. Algunas de estas granjas y haciendas están abandonadas desde

el año de la Plaga. Sea como fuere, mi amigo ha conseguido que la propiedad nos pertenezca ahora.

Kiriús observó a Terion, sorprendido por la repentina locuacidad del

hombre.

—¿Ese amigo tuyo estará allí cuando lleguemos?

El rubio isgario hizo una mueca y negó con la cabeza. Por un momento,

Kirius tuvo la impresión de que había estado a punto de sonreír. Pero, sin duda,

se equivocaba.

—¿Él? No, él es incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio.

Espero que nos haga alguna visita y puedas conocerle.

Siguieron avanzando por el camino, entre campos sembrados de maíz, avena

y hortalizas, durante varias horas. Las granjas y los campos sembrados

empezaron a escasear, y a estar mucho más distanciadas entre sí. No paso mucho

tiempo hasta que Terion detuvo el carro tirando de las riendas de Arin, que parecía acusar ya el cansancio. Incorporándose en el pescante, miró hacia una pequeña granja situada a unos quinientos metros hacia el norte.

—Aquella es —dijo, tras sentarse y agitar las riendas para ponerse de nuevo en marcha—, la que tiene el pino en la entrada.

Kirius observó que el árbol, unas cuatro veces más alto que él, se encontraba

junto a la cerca de madera que rodeaba a la granja. Cuando se acercaron, se le

cayó el alma a los pies al ver el lamentable estado del lugar. La casa, de adobe y

ladrillos de barro cocido y un tejado a dos aguas, estaba en muy mal estado.

La

mitad de las tejas habían desaparecido a causa de los vientos y tormentas. A su

derecha se encontraba un cobertizo desvencijado y al lado de este un corral para

los animales que olía a letrina. A la izquierda de la casa había un huerto en el que

sólo crecían malas hierbas y algunos árboles frutales. En medio de la propiedad

había un pozo cegado con rocas y arena.

Terion bajó de un salto del carro, tras detenerlo delante de la casa, y una vez lo hubo observado todo durante unos instantes dijo:

—Bien. Es justo lo que le pedí.

Kirius lo miró como si se hubiese vuelto loco, pero optó por permanecer en silencio.

Justo al terminar de descargar el carro, cuando el sol ya se ponía, empezó a llover. Terion se las arregló para encender fuego en un viejo brasero que encontraron dentro de la casa, pues el frío arreciaba.

—Mañana al amanecer iremos a la ciudad para comprar provisiones y lo necesario para afrontar el invierno, y el día después comenzaremos a adecentar

este lugar y a... prepararte —declaró mientras se calentaba las manos sobre el brasero—. No te voy a engañar, será duro para ti. Espero que me demuestres que

me he equivocado contigo y que sabes lo que significa esforzarse. Va siendo

hora de que cambies la pluma por el acero.

Kirius pensó en algo que decir, pero lo único que se le ocurrió fue elevar una súplica a los Tres para que lo salvaran de ese hombre.

Inexorable, el tiempo fue pasando para Kirius en su nuevo hogar. En un principio se sorprendió de su capacidad para adaptarse a las nuevas

circunstancias. «Un camino largo y difícil se hace sencillo si nos limitamos a poner un pie ante el otro, una y otra vez, hasta llegar al destino», le había dicho

su abuelo una vez. Suponía que era cierto, pero pronto no le quedó tiempo para

pensar en ello. No tardó en comprobar con todo detalle lo duro que resultaba trabajar en una granja y cuidar de un hogar. Tanto él como Terion se levantaban

con la primera luz del día para trabajar durante el resto de la jornada, ya fuese en

los cultivos, cuidando de los animales que habían comprado en Telbar tras su llegada, cortando leña, arreglando los múltiples desperfectos de su propiedad o haciendo cualquiera de las tareas que siempre estaban pendientes.

La actitud de Terion se mantuvo igual a la del día en que llegaron a la granja. Lo trataba con cierta frialdad, pero jamás le gritó ni le puso la mano encima. No obstante, aquello no fue un alivio para Kirius. A veces deseaba que

el hombre le chillara, sólo para ver algún tipo de emoción en él.

Tras unas semanas comenzaron las lecciones. Cuando Terion le anunció que

le enseñaría a manejar la espada para que pudiera defenderse por sí mismo, sintió una gran alegría. Eso era lo que había deseado durante mucho tiempo, desde que su abuelo le había contado que su padre fue un gran luchador. No

obstante, no resultó como esperaba. Los primeros días se limitaron a la teoría y

al ejercicio físico, mientras su instructor intentaba encontrar los puntos débiles y

fuertes de lo que sería su futuro estilo de lucha, y aleccionarlo acerca de lo más

básico del combate entre dos contendientes. Un tiempo después Terion llegó con dos espadas de prácticas de madera, al parecer compradas en Telbar durante uno

de sus viajes hasta allí, y comenzó el verdadero entrenamiento. Cansado ya por

sus tareas matutinas, tras un par de días de prácticas Kirius, terminaba

derregado tras los repetidos vapuleos a los que lo sometía su duro instructor. El

joven se quedó pasmado por la habilidad de Terion con la espada. Además de ser

eficaz y directo cuando atacaba, conseguía imprimirle una elegancia tal a

cualquiera de sus movimientos que sólo podía tratarse de una persona que se dedicase a la lucha. Nadie que no fuese un hombre cuyo motivo de existencia fuesen la guerra y el acero podía conseguir tal cosa.

Al mismo tiempo que sus lecciones con la espada empezaban, comenzaron

otras muy diferentes, pero no menos importantes para Terion. Cada noche, tras

acabar sus tareas diarias, ambos se sentaban y el hombre comenzaba a hablarle

del mundo, ya fuese acerca de la historia, de los diferentes pueblos y naciones

o

de algunos de sus viajes y experiencias. Al principio, tan cansado por las lecciones y el trabajo diario que casi no podía moverse, el chico no prestaba demasiada atención e incluso se quedó dormido un par de veces. Cuando se fue

acostumbrando a ello, recuperando el control y la sensibilidad perdida de sus extremidades, se sintió fascinado por las historias de su nuevo tutor. Al parecer,

si no eran simples exageraciones, cosa que no encajaba en absoluto con su

carácter, Terion había viajado por buena parte del mundo, incluida, lo que era aún más sorprendente, Tarkesia.

Y así pasó el invierno, el más crudo que el muchacho recordaba haber

pasado. Claro que ya no estaba en la ciudad, en Rynad, sino en una pequeña granja y, además, se encontraba ahora mucho más al norte, cerca del Yermo

Helado y las estepas del Hacha, hasta donde se extendía Merethia. Pronto los campos quedaron cubiertos de nieve, pero eso no ablandó a su tutor. Sus

extenuantes e interminables jornadas se mantuvieron inalterables a pesar del frío.

Un buen día, ya a finales del primer verano con Terion, ambos se

encontraban descansando tras el entrenamiento. Kiriús estaba sentado junto a la

boca del pozo, respirando de forma entrecortada y más cansado y lleno de

contusiones de lo que había estado en mucho tiempo. Terion estaba de pie a su

lado, con los brazos cruzados. Hoy el muchacho se había empleado a fondo y estos eran los resultados. Sin embargo, se sentía muy satisfecho. Había

conseguido poner en apuros a su mentor por primera vez, aunque finalmente le

hizo llevarse la peor parte.

—Has mejorado —le indicó Terion, que no parecía cansado en absoluto—, hoy lo has hecho muy bien.

Kirius sonrió. Era la primera vez que el isgario lo alababa.

—Gracias, pero aún me queda mucho para poder soñar siquiera con estar a tu nivel.

—Quizá algún día lo consigas, si te pareces en algo a tu padre.

Desde que habían llegado a su nuevo hogar, Terion no le había contado nada más acerca de su familia y él, con todas sus tareas diarias, tenía poco tiempo para preguntarle o pensar en ello. Terion solía incomodarse, o incluso enfadarse,

cuando el chico sacaba el tema y Kirius no deseaba estropear este raro momento

de camaradería entre ambos. Sin embargo, su curiosidad por Terion y por la relación que había tenido con sus padres no hacía más que aumentar.

—Creo que hoy es el día indicado para darte algo —anunció su tutor de forma repentina—. Espera aquí.

El isgario entró en la casa, sin decir nada más. Aquello había pillado a Kirius por sorpresa. Terion no parecía el tipo de hombre que hacía regalos.

—Es falso, un pobre sustituto. Lo mismo que es el bronce al oro —comentó

el Ausente en aquel momento, y su voz surgía de las profundidades del pozo —,

pero tendrá que servir.

Kirius dio un respingo, se levantó y miró dentro, a pesar de que sabía que era una tontería. Nunca había nadie después de que la voz hablase, tan sólo sombras y silencio. Lo sabía, pero sonaba tan real y cercana que no podía evitar

esperar ver a alguien o contestarle. En todo caso, desde su marcha de Rynad, la

voz apenas le hablaba y ningún suceso extraño había vuelto a perturbarlo.

—Vete —susurró mirando hacia la oscuridad del pozo, ahora limpio de escombros—. No quiero que vuelvas.

Calló al darse cuenta de que Terion salía de la casa e hizo un esfuerzo por

recordar que la voz no era real. No quería que el isgario conociera esa faceta de

él, que supiera que a veces su mente se trastornaba. Se negaba a volver a estar

como durante aquel último año en Rynad, el peor de su vida. Poco después su tutor llegó a su lado con un bulto en las manos, algo alargado envuelto en una tela marrón. Antes de que su portador lo desenvolviese y se lo tendiese, ya pudo

adivinar de lo que se trataba.

—Es... una espada —dijo, sin acabar de creérselo.

De hecho, se trataba de una espada y una daga. Empuñó el acero, nervioso y emocionado, notando su peso. Eran unas piezas vulgares, sin ninguna

decoración, pero al joven le parecieron magníficas. Sin poder contenerse, lanzó

un par de estocadas al aire para comprobar su peso y equilibrio, tal y como Terion le había enseñado.

—Son perfectas. Gracias por el regalo.

—No debes agradecermelo, para seguir mejorando necesitas armas de verdad. Siento no haber podido darte la espada de tu padre —dijo en un tono de voz más bajo, aunque, a pesar de todo, el chico pudo oírle.

—¿La espada de mi padre, dices?

—Sí —explicó con renuencia al cabo de unos momentos—. Es una tradición entre... nosotros. La espada del padre pasa al hijo mayor.

Debía de referirse a los isgarios. Era una tradición que no se seguía en Merethia, pero lo cierto es que apenas sabía nada de su propio pueblo.

—Aún no te he enseñado a usar una daga —prosiguió Terion, tendiéndosela —, pero no hay mucho misterio en ello. Tan sólo tienes que procurar apuñalar al

enemigo en un lugar que lo incapacite o mate.

Kirius fue a tomar la daga, pero su mano se detuvo apenas la rozó y la sonrisa se le congeló en el rostro. El recuerdo de otro cuchillo, más largo y estilizado, lo asaltó. Un arma cubierta por la sangre del hombre que él había asesinado, de alguna manera, en Rynad. Hacía meses que no pensaba en ello. Al

igual que el Ausente y los extraños cambios de humor que a veces lo asaltaban,

el recuerdo había quedado relegado al olvido por exigencias de su nueva y ajetreada vida. De alguna manera se había convencido de que quizá nada de aquello había ocurrido, que había sido una pesadilla, un engaño más de su torturada mente.

Pero todo había vuelto a surgir en un instante al tocar aquel puñal.

—¿Estás bien?

Kirius retiró las manos, que habían empezado a temblar, y las ocultó de la atenta mirada de Terion.

—Yo... no sé si esto es una buena idea. Quizá no debería tener estas armas.

—¿Y eso por qué?

—Podría... hacerle daño a alguien.

—¿Y para qué crees que sirven las espadas? —comentó Terion enarcando una ceja—. Por eso, antes de aprender a manejar una, es importante que quienes

las esgrimen aprendan a controlarse ellos mismos.

«Ojalá fuera tan fácil, pero yo no estoy hecho de hielo como tú», pensó

Kirius.

—Es una responsabilidad demasiado grande —dijo el muchacho mientras negaba con la cabeza—. No sé si estoy preparado.

Terion lo miró durante un rato en silencio y luego suspiró. Dejó los aceros en el suelo y se sentó, recostado contra la boca del pozo, invitando al

muchacho

a que hiciera lo mismo. El bendito sol de media tarde les daba en el rostro.

—Verás, Kirus, eso que has dicho demuestra que Gaelon te inculcó algo de sabiduría y sentido común, después de todo. Es una responsabilidad, pero a veces no tenemos otra opción más que tomar las armas y luchar. Yo no la tuve y

tampoco la tienes tú.

—¿Por qué? ¿A causa del oficio de mi padre?

¡Qué lejos habían quedado aquellos días en los que su mayor deseo había sido enrolarse en la Guardia Real de Merethia! Creía que seguir los pasos de su

padre y la disciplina militar le ayudarían a ser más fuerte, a expulsar al Ausente

y esquivar la locura. Ese sueño infantil se había ahogado en sangre aquella noche

en Rynad. Lo más irónico era que ahora que rechazaba aquella vida, Terion lo empujaba hacia ella.

—En parte sí —contestó Terion haciendo un gesto vago con la mano—. Tú

has vivido siempre en tiempos de paz y orden, pero eso no quiere decir que vayan a durar para siempre. Cuando imperan la violencia y la incertidumbre es

necesario saber distinguir ante quien debes desenvainar tu acero y quien merece

tu compasión; qué causa merece la pena y a cuál debes darle la espalda. Lo

demás llegará con el tiempo.

—Pero ¿cómo saber eso? —protestó el muchacho—. ¿Cómo estar seguro?

—Nunca se puede estar seguro del todo. Evita a las personas que nunca dudan de nada, son las más peligrosas y dañinas de todas. Y si alguna vez, los

Tres no lo quieran, debes luchar en una guerra, piensa primero en los motivos de

esta y pregúntate, ¿de verdad es justa y necesaria? —Al ver que Kirius no parecía convencido, continuó con su argumentación—. Toma el ejemplo de los

Azotes contra los tarkesios. Nunca ha habido guerras más estúpidas e interesadas

que esas.

Kirius lo miró, boquiabierto. Hablar así de los Azotes contra la herejía de los tarkesios era casi una blasfemia.

—Eso no es lo que... Los tarkesios son un pueblo cruel, blasfemo y salvaje, todo el mundo lo sabe. Han corrompido nuestra religión y profanado los lugares

santos que están en sus tierras. Invadieron Balaeron a traición y nos masacraron,

ayudándose de la brujería de sus hechiceros y de tratos con seres oscuros. —

Kirius prefirió no mencionar la palabra demonio, pero era a ellos a quienes se refería—. Además, ellos provocaron la Plaga de hace ocho años. ¿Por qué no devolverles el daño que nos han causado?

Terion lo fulminó con la mirada mientras hablaba.

—¿Todo eso lo has visto? ¿Lo has vivido? El mundo es más grande, maravilloso y terrible de lo que puedas imaginar. Tú no estuviste en el Tercer Azote hace veinte años. Yo luché en Tarkesia y pude ver los horrores que provocaban los caballeros y señores que en teoría luchaban en nombre de los Tres, la virtud y la justicia.

Hizo una pausa y su expresión se ensombreció. No cabía duda de que sus recuerdos no eran precisamente agradables.

—Por fortuna fue un fracaso —añadió con satisfacción—. Dudo que ningún noble luche o financie ninguna otra, al menos durante lo que nos quede de vida.

Además, el reverendo de Rynad me confesó su aversión por los Azotes. Quizá no quieras creerme a mí, pero al menos deberías considerar las palabras de un reverendo.

—Pero... los tarkesios nos enviaron la Plaga y su piel es... es...

—¿Oscura mientras que la nuestra es pálida? Te aseguro que bajo esa piel no son tan distintos de nosotros. En cuanto a la Plaga sólo hay conjeturas y ninguna

certeza, aunque admito que es probable que los hechiceros del sur tuviesen algo

que ver. Los kaari tienen aún peor fama en su tierra que en Balaeron. Lo que sí te

puedo decir es que la Plaga afectó tanto al pueblo tarkesio como a nosotros. Yo

estaba allí y los vi morir... a millares.

—No lo sabía —admitió avergonzado—, pero estoy seguro de que a los

hechiceros tarkesios se les fue de las manos su brujería y eso no les quita culpa.

Arvand me ha explicado algo del tema y me ha dicho que a veces puede ocurrir

cuando la magia que se intenta realizar es demasiado poderosa.

—Eres tan obstinado como ella —murmuró Terion, con una extraña expresión en el rostro—. Supongo que para que entiendas esto debo empezar por

el principio. De acuerdo, ¿qué sabes de la Separación?

—¿De... la Separación? Fue el suceso que provocó el cambio de nuestro calendario, cuando la gran nación de Bal Aeronis se fragmentó en varios reinos

diferentes por culpa de un tirano llamado... hum... No recuerdo su nombre.

—Falso. Lo que has dicho es un error muy común —declaró Terion con un atisbo de sonrisa—. La Separación no se refiere realmente a la fragmentación de

la antigua Bal Aeronis, que no ocurriría hasta unos sesenta años más tarde. A lo

que se refiere es a la imposición de fronteras y la separación de los pueblos balaeriano y tarkesio, que hasta entonces habían vivido juntos, como si de una sola etnia se tratase.

La revelación dejó sin aliento al chico. ¿Ellos y sus odiados enemigos conviviendo?

—No es posible, nunca he oído nada semejante.

—Tú ayudabas a Gaelon en la biblioteca de Rynad. ¿A quién pertenecen todos los tomos y crónicas que se guardan allí?

—A los riadeim —respondió Kirius—. En toda Merethia es así.

—¿Y fuera de Merethia? ¿Quién posee los pocos tomos originales que se conservan de los tiempos en que nuestros pueblos eran uno solo bajo la enseña

de Bal Aeronis?

—La Iglesia de los Tres —dijo Kirius, comprendiendo por fin a qué se refería Terion.

—Así es. Durante la Guerra de la Liberación, cuando Bal Aeronis se fragmentó y el linaje imperial fue exterminado, se quemaron muchas ciudades y

con ellas sus bibliotecas. En las posteriores Guerras de la Ira la destrucción fue

mucho peor. Setenta y tres años de guerra continuada entre las seis naciones...

no creo que podamos ni imaginarnos ese nivel de destrucción. —Kirius no

podía, ciertamente, aunque empezaba a entender que quizá Terion había vivido

horrores similares—. Mucho conocimiento antiguo se perdió y el que queda está

en manos de la Iglesia y los riadeim. Ni a ellos, ni a los gobernantes de turno, les

interesa que el pueblo sepa qué pasó en realidad. Y si me lo preguntas, el

pueblo

está más interesado en qué llevarse al estómago que en viejas historias llenas de

polvo.

—No entiendo por qué mi abuelo no me habló de esto.

—Ya somos dos los sorprendidos por ello. Gaelon fue un magnífico

historiador y mucho de lo que te estoy contando lo aprendí gracias a él.

Aunque

a veces se vio forzado a enseñar cosas que sabía que no eran ciertas, contigo no

tenía esas obligaciones.

Kirius asintió, pensativo. Conocía muy poco de la vida de Gaelon antes de

que se hiciera cargo de él. Ahora sabía que debía de haber vivido en Isgarad, junto a su padre y Terion. Quizá enseñándoles algún tipo de historia o tácticas militares, si eran mandos de alguna unidad militar importante, como así parecía

haber sido. Con respecto a la Separación y su ignorancia respecto a ella, se le había ocurrido que quizá no había sido así. Tras sobrevivir a la Plaga su mente

no se había recuperado del todo. Su abuelo se lo había explicado varias veces.

Había muchas cosas que antes sabía y que después olvidó. Ese era uno de los motivos por los que los demás chicos de su edad se habían reído de él y lo habían menospreciado. Quizá su pasado común junto a los tarkesios había sido

uno de aquellos recuerdos olvidados que Gaelon nunca volvió a enseñarle.

—¿Pero acaso no debemos odiar a los tarkesios? —inquirió tras meditarlo, desconcertado.

—Yo no he dicho eso. Al fin y al cabo, ahora sí que son nuestros peores enemigos, pero debes entender que no siempre fue así. Cuando gobernaron los fundadores de las viejas naciones, Aeron y Tarkys, y durante muchos siglos

después, los balaerianos y los tarkesios fuimos estrechos aliados. Con el tiempo

surgieron desencuentros, tensiones y envidias. Así fue hasta que tomó el poder Creonus, último emperador de Bal Aeronis y el hombre que acabaría con ella.

Kirius recordó entonces que ese era el nombre del tirano que había reinado en los últimos años de la gran Bal Aeronis.

—Leí hace tiempo que era llamado Creonus Eth Merik, emperador de Bal

Aeronis, señor de los dhaelar, sangre de Aeron, portador de Erinan, protector de

la Llama y... —Kirius hizo un esfuerzo por recordar, pero hacía años que había leído aquello—. Había más títulos, pero no consigo acordarme. ¿Qué es un

emperador?

—Había muchos más, en efecto —contestó Terion, ignorando su pregunta

—. Creonus tenía una personalidad autoritaria y odiaba con todo su ser a los tarkesios. Algunos dicen que en su juventud había tenido una amante tarkesia que le traicionó, pero son meras conjeturas. El odio se presenta de múltiples formas y a menudo no necesita motivos, sino excusas. Pronto el emperador

impuso su voluntad a los barones y en unos pocos años expulsó a los

tarkesios

por decreto de todos los territorios que él consideraba que le pertenecían. Por supuesto, esto no lo consiguió de forma pacífica y hubo matanzas y batallas en el

proceso. Teniendo en cuenta que el pueblo tarkesio no era un pueblo belicista como el nuestro, al menos en aquella época, perdieron la guerra. Finalmente, los

líderes de ambos pueblos firmaron lo que se conoce como el Tratado de Separación de Elaranne, y nuestros enemigos quedaron confinados para siempre

en los agrestes territorios sureños.

—¿Y su título de emperador? —insistió el muchacho.

—Ese título se usaba desde cinco siglos antes, significaba que los líderes de Bal Aeronis se consideraban a sí mismos más grandes que cualquier otro rey anterior. Sin embargo, Creonus le dio un nuevo significado. Gobernó durante más de cuarenta años, un gobierno despótico, cruel y terrible. El mayor tirano que haya existido jamás y contra el que nadie osó rebelarse en vida. El mismo día en que se anunció su muerte, estalló una revuelta, primero del pueblo y después de sus barones, que sumió al imperio en la anarquía durante años. Con

el tiempo nacieron pequeños reinos de los restos de la gran nación. Primero Merethia, luego Moradhair, Eralian, ya desaparecido, Norvador, Isgarad y

finalmente Eltar. Hubo guerras para conseguir recursos y territorio y nuestro pueblo se olvidó por completo de los tarkesios, en el remoto sur. Por lo menos

hasta que la ambición del rey de la Tarkesia reunificada, puesto que, al igual que

la nuestra, la nación Tarkesia se fragmentó tras la Separación, le llevó a atacar el

Norte. Pero la historia de la Guerra del Lirio y la Rosa es bastante conocida y, además, se está haciendo tarde.

—Sé que, en los últimos días de la guerra, Kiran y Ethan Jariol se sacrificaron para detener el desastre que se cernía sobre nuestras tierras.

—De modo que conoces también la historia de Kiran —dijo Terion, complacido—. Aquí, en Merethia, normalmente sólo se cuentan las hazañas del

riadeim Jariol y tienden a olvidarse del resto.

—No sé apenas nada de su historia —negó Kirius—. Cuando era niño mi abuelo me habló de él y de sus hombres, caballeros de Isgarad, pero lo he olvidado casi todo. Recuerdo su nombre porque me pareció curioso cómo se parecía al mío.

Terion asintió en silencio, pero Kirius captó algo en su expresión. Parecía una especie de tensión, como si el hombre dudase de algo.

—¿Qué ocurre?

—Verás, vuestros nombres se parecen porque tu madre eligió llamarte así en su honor.

—Pero, si su nombre es Kiran, ¿por qué dices que...?

—Es cierto —interrumpió Terion—. Su nombre era Kiran en vida, pero al morir en Isgarad se le empezó a conocer como Kirius. Fue una forma de

honrarle, ya que ese tipo de terminaciones en «ius» o parecidos se utilizan mucho en Isgarad. Es una manera de recordar a la antigua Bal Aeronis, donde eran muy comunes esos nombres. Nuestro país vive demasiado anclado al pasado.

—¿Y por qué decidió ponerme el nombre de ese viejo héroe de Isgarad?

—La historia de Kiran, su amistad con Jariol y el amor que sentía por

Aniele, la que se convertiría en su esposa, siempre fue una de las favoritas de tu

madre. Y aunque en Isgarad se considera que no es apropiado nombrar a los hijos como a los héroes del país, tu madre lo hizo cuando ella y tu padre huyeron

de allí.

—¿Cómo? —preguntó Kirius, perplejo ante el giro de la conversación—.

¿Qué quiere decir que huyeron?

Terion se levantó en ese momento. Unos jirones de nubes ocultaban el sol de poniente y un súbito escalofrío recorrió el cuerpo de Kirius, aunque no parecía causado por la temperatura.

—Tu padre se ganó unos cuantos enemigos. Era tan bueno con una espada

en la mano que muchos lo envidiaban, por no hablar de los enemigos de su señor. Llegado el momento, ambos decidieron marcharse de Isgarad en busca de

paz, tranquilidad y otra forma de ganarse la vida. —Terion levantó una mano y

negó con la cabeza al ver un millar de preguntas en los ojos del chico—.

Dejémoslo aquí, Kiriús. Te prometo que, si es tu deseo, algún día irás hasta allí y

podrás conocer la respuesta a todo lo que te inquieta. Esos enemigos de los que

te hablé ya no están en Isgarad.

—Gracias, Terion, por hablarme de esto —le dijo con sinceridad mientras se incorporaba. Al ver en su expresión que no deseaba seguir hablando de sus padres cambió de tema—. Dices que muchos nombres en nuestra patria siguen la

costumbre de la antigua Bal Aeronis, como el mío. ¿Y el tuyo? ¿Tus padres no

honraban a nuestra antigua nación?

Terion se mantuvo en silencio unos instantes, pero cuando habló de nuevo su mirada se había vuelto fría como el hielo.

—Oh, ya lo creo que honraban esas tradiciones. Mi nombre respetaba la costumbre de aquella época, pero cuando me fui de Isgarad me dejé muchas cosas allí, entre ellas mi nombre.

5. Las últimas nieves

Las nevadas comenzaron a mediados de ese mismo otoño, lo que presagiaba un

año inusualmente frío. Poco después llegó la víspera del solsticio de invierno, día en que Kiriús cumplía los diecisiete años. El joven pensó en lo mucho que había cambiado su vida en el último año. La convivencia con Terion a menudo

no resultaba fácil, pero no había resultado tan horrible como se había imaginado.

Era cierto que su tutor era un hombre estricto, serio y reservado, pero no era menos cierto que en los raros momentos en los que el hombre se abría a él, creía

entrever bajo aquella capa de hielo que lo rodeaba a una persona de buen corazón.

Ese día lo pasó solo, trabajando en la granja, pues Terion había salido con las primeras luces montando a Arin. Suponía que estaría en Telbar, ¿adónde, si no, podría ir? El isgario volvió al anochecer con expresión seria y más silencioso

de lo habitual, y permaneció buena parte de la noche sentado junto al fuego en

actitud meditativa, fumando en su vieja pipa. Si Kirius no lo conociera, diría que

su tutor parecía preocupado por algo. La inusual tribulación de Terion duró un par de días más, hasta que el hombre se acercó al muchacho y, como si no hubiese ocurrido nada, lo felicitó por cumplir su decimoséptimo año.

A finales de año la granja quedó aislada por la nieve, incluso de las

haciendas circundantes, aunque en esta zona despoblada el vecino más cercano

se encontraba a mucha distancia. Fue en uno de esos días de frío y nieve que Kirius encontró a Terion limpiando su espada. Tal y como el isgario mismo le había enseñado, la frotaba con esmero usando aceite y un paño viejo. Sin

embargo, y era el detalle que asombró al joven, Kirius nunca había visto el acero

de Terion sin su funda. Era una espada de doble puño, de magnífica factura, que

tenía cinco zafiros engastados en la guarda. Cuando se acercó para verla mejor,

observó que cincelado a ambos lados de la hoja había un símbolo muy familiar:

el círculo y el triángulo, de oro y plata, que simbolizaban a la religión de Balaeron. A todas luces era una espada llamativa y poco habitual. En el

momento que el chico le preguntó por su procedencia, Terion la envainó con presteza y le dijo que no era suya, y que se disponía a devolvérsela a su legítimo

dueño. Si eso significaba que la había robado o no, era algo que Kirius no se atrevía a intentar adivinar. Como con los demás misterios que rodeaban la vida

de aquel hombre, no tenía sentido preocuparse por ello.

Pasado el invierno, el joven se fue sintiendo, de forma paradójica ahora que

las nieves habían terminado, encerrado en la granja. El motivo no era ningún enigma para él. Había estado viviendo durante más de un año con Terion y, aunque la relación con él había mejorado con el tiempo, el impulso de viajar a

Isgarad, de conocer a su familia y el lugar donde había nacido era más fuerte cada día. El problema era que no sabía cómo plantearle la cuestión. Quizá, si se

lo exponía de la manera adecuada, Terion consentiría en acompañarlo en su viaje, ya que la distancia era enorme y los caminos nada seguros.

Enfrascado en tales pensamientos pasó el tiempo hasta que un día, bien

entrada la primavera, el ansia por conocer su verdadera patria se hizo casi intolerable. Su tutor se había marchado a Telbar y el joven decidió que cuando

volviese hablaría con él acerca del asunto. Al fin y al cabo, aquel hombre no era

su padre ni podía retenerlo para siempre. Poco después del mediodía, mientras Kirius reparaba una parte rota de la cerca, volvió Terion. El joven espío con cautela el humor del hombre mientras se secaba el sudor de la frente con el dorso

de la mano, pero, como era habitual, le fue imposible adivinarlo. En ese instante

se dio cuenta de que había otra montura sin jinete que avanzaba tras ellos, con

las riendas trabadas a la parte trasera de la silla de Terion. El animal era de un color terroso con crines blancas y de paso tranquilo. Cuando animales y hombre

atravesaban la entrada de la granja, él ya les estaba esperando.

—¡Buenos días! —exclamó Terion mientras desmontaba—. Veo que has trabajado duro durante mi ausencia.

—Así es. La tormenta de anoche rompió una parte de la cerca. —Mientras hablaba, el chico observó al nuevo animal que resoplaba al ser desatado por su

tutor—. Pensé que habías ido a comprar a la ciudad, pero no te has llevado el carro.

El hombre le tendió las riendas del recién llegado y cogió a su vez las de Arin.

—Metámoslos en el establo —dijo mientras comenzaba a caminar seguido de su montura—. En realidad, lo que quería comprar en la ciudad era esta yegua.

El joven no pudo sino pensar en que la reserva de oro de Terion debía ser infinita, ya que si necesitaban algo él lo compraba sin importarle los gastos. Una

montura así debía costar una pequeña fortuna. Al llegar a los establos, situados

tras el granero, metieron a los animales en ellos. Cuando el joven estaba llenando el abrevadero de la nueva montura, sintió que esta lo husmeaba y pasaba una larga y húmeda lengua por su cara.

—¡Para! —exclamó, indignado—. ¿Es que no te han enseñado a no llenar de babas a la gente?

A la misma vez que se quejaba, comenzó a acariciar la cabeza del animal mientras sonreía. Terion miraba la escena con una ceja arqueada.

—Me alegra que hayáis hecho buenas migas, porque va a ser tu montura de ahora en adelante. He pensado en llamarla Helyra.

—Debe cumplir su promesa o habrá consecuencias —dijo el Ausente en aquel momento, cortando en seco la alegría de Kirius al escuchar la buena nueva.

El rostro de Terion se ensombreció con tanta rapidez que Kirius temió que él también hubiera oído al Ausente. El isgario se cruzó de brazos y su mirada se volvió distante.

—Mañana partirás hacia Corak. Los hermanos han enviado una carta desde Rynad, diciendo que tu amigo Arvand estará unos días en esa ciudad. He imaginado que te apetecería verlo y a mí me vendrá bien estar solo durante unos días.

¡Arvand! Parecía que hubiesen pasado siglos desde que le había visto por última vez. Desde luego que quería verle y hablar con él, pero nada de aquello

explicaba la brusquedad con la que el isgario le contaba todo aquello.

—Pero... —murmuró Kirius, desconcertado.

—No hay nada más que hablar —cortó Terion—. Ve a hablar con tu amigo y vuelve antes de diez días. Te daré todo lo que necesitas para el viaje.

Y sin más el isgario dio media vuelta y se marchó, dejándolo estupefacto y dolido. ¿Qué había pasado? ¿Por qué volvía a tratarlo con aquella frialdad de antaño? Era casi como si el Ausente lo hubiese vuelto contra él. Al poco, otra posibilidad se le ocurrió a Kirius. ¿Se había vuelto a quedar en blanco y había hecho sin querer algo para disgustar a su tutor? No, no podía ser eso. Cuando se

quedaba en blanco había peligro y muerte. Quizá era que aquel hombre lo odiaba. No era la primera vez que se lo demostraba. Ni siquiera le había dejado

ponerle nombre a su propia yegua. Kirius le dio una patada a un cubo de madera,

furioso.

—Pues si quieres que me vaya me iré —dijo con rabia mal contenida—. Y quizá no vuelva jamás.

La furia de Kiriús se desvaneció durante la segunda jornada de su viaje.

Había pasado el día anterior dándole vueltas a lo sucedido e insultando en su fuero interno a Terion, pero acabó por comprender que aquello no servía de nada. Cuando se encontrase con Arvand ya decidiría qué hacer, pero la

posibilidad de no volver a la granja cobraba fuerza en su interior. No obstante, la

situación le recordaba demasiado a la vivida durante la última noche que había

pasado en Rynad. No sabía si estaba preparado para estar solo. Kiriús suspiró y

masculló una maldición. Quizá era que el Ausente y la locura se volvían más fuertes y temibles si no tenía a nadie a su lado para controlarlo. Lo bueno era que

estos días podían servirle como una prueba para saber si estaba preparado para marcharse y seguir su propio camino. Resolvió olvidarse de todo por el momento e intentar disfrutar del viaje.

Impuso a Helyra un paso más tranquilo mientras se cruzaba con los demás

viajeros que transitaban el camino. La mayoría eran granjeros que, montados en

sus carros o con sus mulas, se dirigían al pueblo más próximo para vender sus productos o comprar artículos necesarios para sus granjas. Kiriús lo deducía dependiendo de si sus carros iban llenos o vacíos. Poco después empezó a caer

una fuerte llovizna. Maldiciendo, el joven se subió la capucha de su pesada

capa

y se colocó los guantes de lana que guardaba en las alforjas. El cielo había adquirido un tono plomizo. En algún lugar al este, sobre el océano Telgaario, descargaba una fuerte tormenta. Con un escalofrío causado por la lluvia, apretó

el paso de Helyra, esperando que el siguiente pueblo no estuviese lejos.

Ya casi había anochecido cuando vio las luces. Fiolbar era un poblado de un tamaño respetable y, por lo que pudo enterarse preguntando a un lugareño, tenía

dos posadas. Se dirigió a la que le había recomendado aquel hombre, *El Águila Blanca*. Pronto estuvo dentro, sacudiéndose el agua de sus ropas. La posada no

era gran cosa, pero al menos estaba limpia y caliente. La sala común estaba llena

de gente, humo y bullicio, y le llevó algún tiempo captar la atención del posadero, un hombre entrado en carnes y sudoroso, que andaba de un lado a otro

dando órdenes a las camareras y atendiendo solícitamente a los clientes. Cuando

por fin el hombre se volvió hacia él, Kiriús pidió una habitación y que se ocuparan de su montura.

—Muy bien, joven, será un escudo de plata. —Lo miró durante un momento, evaluándolo—. Por adelantado. No corren buenos tiempos y estoy harto de que los extraños se larguen sin pagarme.

—No hay problema —dijo él, tendiéndole una moneda.

El hombre adelantó una mano con presteza y la cogió. Al hacerlo, Kirius se fijó en que llevaba un brazalete de tela negra en la muñeca de su mano derecha.

En Merethia, el llevar tal prenda en la diestra significaba que su portador guardaba luto por un familiar muy cercano. Llevarlo en la izquierda era símbolo

de luto por la muerte de un señor o patrón. El posadero, captando su mirada, levantó el brazo y le enseñó la tela.

—Es por mi mujer, ¿sabes? —explicó con voz resignada—. Mi Vayra me abandonó hace ya muchos años. Ahora está en Aelys, descansando y comiendo

los manjares de los dioses, y yo aquí, sudando y sirviéndole la comida a los demás.

—Lo siento —dijo, aunque no sabía si al hombre le pesaba más su pérdida o que lo hubiese dejado solo con todo el trabajo de la posada.

—Bah, ya hace ocho años de su muerte.

—He visto la señal de luto en muchas ocasiones en el camino hasta aquí. Me preguntaba si ha habido alguna epidemia reciente o...

—Fue una epidemia, pero no reciente. La mayoría de los que llevaban el luto eran hombres de mi edad, ¿me equivoco? —Ante el asentimiento del chico,

el posadero siguió con su disertación—. Como yo, son gente que se quedó sin esposas durante el año de la Maldición de la Sangre, y si aún llevamos el luto es

porque no hemos querido tomar otra. Aunque debería decir que la mayoría no hemos podido. Como es bien sabido, la enfermedad se llevó a más mujeres que

hombres. Ahora hay una mujer en el pueblo por cada tres hombres en edad de casarse. Nada bueno, si quieres que te dé mi opinión. Mis hijas sobrevivieron a

la enfermedad, loados sean los Tres, durante aquel año maldito...

«Así que la Plaga fue tan devastadora en esta zona», pensó mientras el

posadero proseguía con su cháchara. La enfermedad no había afectado a Rynad y

quizá por eso tenía la errónea concepción de que no había sido tan mortífera como se decía. Claro que, durante ese año, él había enfermado y aún pagaba las

consecuencias por ello. Además, toda la familia de Arvand había perecido,

contagiados por la Maldición de la Sangre, y Gaelon lo había hecho por una dolencia derivada de esta. Si se detenía a pensarlo, era evidente que la terrible epidemia lo había afectado mucho más de lo que creía.

—¿Me estás escuchando, chico? A veces no sé cuándo parar de hablar —

dijo el hombre, con una carcajada. Le hizo un gesto a una joven que acababa de

servir varias jarras rebosantes en una mesa cercana—. Mi hija Ediva te mostrará

tu habitación. Si bajas en unos minutos, tendrás tu cena lista.

Tras darle las gracias, Kirius acompañó a la joven escaleras arriba cargando

con sus pertenencias. Sumido en sus pensamientos, le costó darse cuenta de que

la joven se volvía de vez en cuando para mirarlo y le sonreía con timidez. «Es bonita». No pudo menos que admirar el largo y dorado cabello de la joven y sus

grandes ojos. Además, parecía tener su misma edad. «Quizá no tanto como Dera,

pero es bastante bonita». Le sonrió a su vez, mientras la seguía por un estrecho

pasillo en la segunda planta de la posada. Las maderas del suelo crujían a su paso. Ediva se detuvo delante de una puerta, casi al final del pasillo, y tras sacar

un manajo de llaves comenzó a probarlas en la puerta. Al tercer intentó la abrió.

—Esta es vuestra habitación, mi señor —dijo con exagerada timidez,

bajando la mirada, aunque el chico se dio cuenta de que no dejaba de observarlo

a través de sus pestañas—. Espero que sea de vuestro agrado.

—Nada de señor. Llámame Kirius, por favor. —Sintió un súbito calor en las mejillas y, de repente, le pareció que el vestido de lino blanco de la joven no hacía más que resaltar sus atributos y se aceleró su respiración. Ella le miró por

fin a los ojos, sonriéndole—. Soy de Rynad, al menos antes vivía allí, en la biblioteca, pero ahora...

—Esta muchacha me pertenece, como tú —dijo el Ausente con voz suave y perversa—. Verá las llamas acercarse, pero no podrá moverse ni arrancar la lanza

que atraviesa su abdomen y la clava al suelo. Oh, cómo chillará antes de arder.

Tú también gritarás.

Kirius tardó un rato en comprender que se había quedado en blanco,

escuchando las pavorosas y a la vez hipnóticas palabras del Ausente. Por un momento temió que las hubiese repetido en voz alta al ver como la sonrisa de la

joven se desvanecía y bajaba otra vez la mirada. Después, una extraña frialdad se

fue adueñando de él, como surgida de su pecho, y recuperó la compostura.

—Será mejor que entre y deje mis cosas —dijo al fin, rompiendo el silencio.

—Por supuesto —se apresuró a decir la joven echándose a un lado.

—Lo has logrado, has podido rechazarla —declaró el Ausente, lleno de júbilo.

El joven entró en la habitación preguntándose de forma vaga qué le ocurría y

por qué todos sus encuentros con chicas acababan de la misma manera. No sabía

qué había sido esta vez. ¿Sus ojos? ¿La había mirado mal? ¿O acaso había vuelto

a hablar solo sin darse cuenta? En todo caso, aunque sabía que debería

preocuparle haber vuelto a perder el control y entristecerle el rechazo implícito

de la chica, no conseguía que nada le importase lo más mínimo. Todo le parecía

lejano e insignificante.

—La habitación me parece magnífica —dijo, incapaz de obsequiarla con una sonrisa—. Bajaré tras asearme para la cena.

—Estará todo listo para cuando bajes —dijo ella en tono conciliador—. Ah, el viejo Loun contará algunos relatos esta noche en la sala común. A lo mejor te interesan.

—Quizá. ¿Es un juglar? —preguntó sin verdadero interés.

—No, pero se sabe tantas historias como uno. Es un anciano que vive a las afueras del pueblo. —Kirus pudo captar algo de vacilación en su voz antes de que añadiera—. Algunos creen que está loco porque es extravagante y habla solo, pero yo no lo creo. Es un buen hombre.

Tras esto la joven se marchó diciendo que abajo tenía mucho trabajo. La inusual calma que había sentido remitió, dejándole una sensación amarga. Cerró

la puerta y, tras dejar las alforjas en el suelo, se dejó caer cuan largo era sobre la cama. «Nadie dijo que ser adulto iba a ser fácil». El pensamiento llegó a él salido de no sabía dónde. Suspirando, cerró los ojos.

Cuando bajó a la sala común de *El Águila Blanca*, había pasado casi media hora. La sala estaba atestada, aunque encontró hueco en una mesa en la que

habían sentados seis lugareños. Le obsequiaron con una hosca mirada y luego volvieron a dedicarse a sus vasos de aguardiente y a escuchar la hipnótica voz de, quien Kirus imaginó debía ser, el viejo Loun. El hombre se sentaba solo

en

una mesa, en una de las esquinas de la gran habitación, con una jarra de cerveza

al alcance de su mano. La mayoría de los parroquianos lo escuchaban, por lo que, aparte de algunos murmullos ocasionales, el ruido de las copas al ser alzadas y depositadas en la mesa y algún eructo ocasional, la sala se mantenía en

un expectante silencio.

La mesa de Kirius no estaba lejos, por lo que le resultó sencillo poder

estudiar sus rasgos. Parecía tener una edad similar a la de Gaelon al morir. Tenía

el cabello desordenado y muy blanco, y una generosa barba que ocultaba la

mayor parte de su rostro. Sus ojos eran muy azules y fríos, quizá no tanto como

los de Terion, pero gélidos, al fin y al cabo. Una gruesa túnica que le llegaba desde el cuello hasta los pies, de un color que en algún momento había sido blanco, pero que ahora era pardusco, era toda su vestimenta visible. El hombre

masculló algo, tomó un sorbo de cerveza, miró a la multitud con una sonrisa de

complacencia y continuó con su relato, ya comenzado.

—Fue entonces, tras su profético sueño que algunos dicen fue enviado por

los Tres, que Jariol convenció al Consejo de los Nueve, los Riadarian, de la necesidad de atacar de inmediato. Ahora sabía contra qué luchaban. Contra los enemigos de los Tres, los sinluz... los demonios.

Esas pocas frases le bastaron a Kirius para reconocer el relato que contaba

Loun. No era otro que la historia del final de la Guerra del Lirio y la Rosa, las

Siete Ruinas y, en concreto, de Ethan Jariol y su sacrificio para acabar con Mahavir y con la amenaza de demonios y tarkesios. «El sacrificio de Jariol y del

caballero Kiran», se recordó al cabo de unos momentos.

—Pasaron entonces seis días en los que infinidad de desastres comenzaron a acontecer. La oscuridad escapó de las Tierras de la Noche y tiñó de negro al sol

en el primer día, sumiendo a los hombres en las tinieblas y el terror. Una estrella

ardiente surcó los cielos, provocando infinidad de desastres, y cayó en el norte en el segundo día. El mar bramó y se enfureció en el tercero, anegando muchas

poblaciones costeras. En el cuarto día la tierra tembló, se agrietó y ardió. Un fuego como no se ha visto otro redujo a cenizas una parte del bosque de Athael,

ardiendo durante tres días. En el quinto, los muertos se agitaron bajo la tierra y

regresaron para visitar a sus seres queridos, buscando llevárselos con ellos a la tumba. Un día después, los truenos y los relámpagos rasgaron los cielos, que se

habían teñido de sangre. —Kirus había oído en muchas ocasiones esa parte de la

historia, pero un escalofrío le recorrió la espalda al escucharla esta vez. La voz

del narrador hacía que todo pareciese más real y cercano—. Muchos murieron y

los vivos creyeron que el Creador pretendía deshacer su obra porque, ¿quién sino Él podía provocar semejantes desastres y permitir que sus enemigos abandonasen las Tierras de la Noche?

No tardaron en levantarse algunos murmullos de descontento entre los parroquianos. Aunque en la religión de Balaeron la figura del Creador era vista

como alguien frío, lejano e incluso severo, un padre ausente, seguía siendo muy

respetado. Las palabras de Loun estaban cerca de la blasfemia, aunque algunos

podieran pensar que en el fondo tenía razón.

El viejo prosiguió con su relato, imperturbable.

—En el séptimo día, ya nombrado líder de la orden tras desenmascarar la corrupción y debilidad del Magister, Jariol supo que debía actuar de inmediato.

Se cuenta que había encontrado el modo de detener el desastre que se avecinaba

y de oponerse a los kaari y sus rituales oscuros. Reclutó a un grupo de valientes

riadeim y a otro de caballeros del Lirio, comandados por su mejor amigo, Kiran

Brinnair. Los isgarios ayudaban en la defensa de la parte oriental de Merethia, donde se libraban las batallas más encarnizadas de la guerra.

Brinnair, así que ese era el apellido del antiguo héroe de su país natal. Desde

luego, Loun parecía alguien muy versado en historia antigua.

—El grupo se embarcó en una misión desesperada que los llevó hasta el reino de Essur, al otro lado del mundo, ese mismo día. Nadie sabe cómo hicieron

un viaje que debería haberles llevado semanas por mar, en el mejor de los casos,

en tan poco tiempo, pero los riadeim guardan con celo sus secretos. —Loun

esbozó una sonrisa desdeñosa. Kirius comprendió entonces que el hombre estaba

borracho—. El caso es que llegaron al corazón de Tarkesia, pero nadie sabe qué

ocurrió puesto que ni uno solo de ellos regresó con vida. Tuvieron éxito, ya que

evitaron que ocurriera la Séptima Ruina y desde entonces ningún demonio ha

sido visto en nuestras tierras. Además, lograron la retirada de los ejércitos tarkesios de vuelta a sus malditas tierras. Se cree que penetraron en la fortaleza

del brujo Mahavir y lo mataron, poniendo fin a su impío pacto con los sinluz

—

relató, bajando el tono de su voz hasta casi un susurro. Acto seguido cogió su jarra y se bebió la mitad del contenido sin respirar. Al terminar, se limpió la boca

con una manga sucia que, evidentemente, ya había sido utilizada antes de igual

modo—. Pero yo os diré algo: se rumorea que Mahavir ya estaba muerto para cuando ellos llegaron a Essur. Así que, ¿qué pasó en realidad durante aquel

séptimo día?

Tras esto el hombre rio por lo bajo, como con un chiste personal. La tensión era palpable en el ambiente. El anciano le había contado a toda esta gente un final de la historia que no conocían y que no contentaba a nadie. Decir que Jariol

no había muerto matando al infame brujo tarkesio era como decir que toda su historia era una farsa. Se levantaron murmullos de enfado entre los presentes, que miraban a Loun con hostilidad.

—Viejo loco y borracho —dijo uno de los lugareños que estaban sentados en la mesa de Kirius—. No sabe lo que dice.

Los otros se mostraron de acuerdo con él. Ajeno a lo que sucedía, o no importándole, Loun miraba hacia las vigas de madera que sostenían el techo, abstraído. De improviso bajó la mirada y sonrió de forma teatral.

—¿Os he contado alguna vez el origen del nombre de la Orden de los Caballeros del Lirio? —Su voz se elevó por encima de los murmullos y los hizo

callar, en su mayoría. Al no recibir respuesta, prosiguió—. Ederin, el fundador de la orden, sacerdote, luchador y hermano del entonces rey de Isgarad, se inspiró para ello en un pasaje del *Triridion*. Se inspiró en la Apostasía de Sarad, cuando este arrancó el Lirio Blanco de Aledrian, en el Jardín de Shezarel.

¿Apostasía de Sarad? ¿Aledrian? Nunca había oído hablar de algo

semejante, aunque sabía que el Jardín de Shezarel era el nombre que se le daba a

un paraíso mítico donde la humanidad había vivido en los primeros tiempos.

Ese

paraíso desapareció por culpa de la impiedad de los tarkesios, que fueron quienes destruyeron el Lirio Blanco. Los Tres se llevaron el Jardín a Aelys, su reino y el lugar adonde iban las almas de los verdaderos creyentes cuando morían. ¿Quién era Loun, que parecía saber tantas cosas? Eso en el caso de que

no fueran los desvaríos de un borracho, aunque con Terion había aprendido que

lo que él siempre había dado como cierto podía muy bien no serlo.

De nuevo comenzaron los irritados murmullos entre la audiencia. Kirius echó un vistazo a su alrededor y pudo ver como el rechoncho posadero se estrujaba las manos con nerviosismo. Ediva, a su lado, miraba a Loun con una expresión preocupada en el rostro. Pero fue un hombre corpulento el que llamó

la atención de Kirius. Se encontraba muy cerca de la mesa de Loun y lo miraba

con expresión enfurecida. Algo en sus ademanes y en su expresión, además de su físico, le decía que era un guardia o un soldado. En ese momento el hombre

habló, alzando la voz por encima de los demás.

—¿Qué sabes tú del *Triridion*? No eres más que un puto viejo borracho. En él no hay nada de una apa... apostia... ¡lo que cojones hayas dicho de un tal Sarad, ni de tus otros desvaríos! —Su voz sonaba cargada de amenazas y, sin duda, de alcohol.

Mucha gente asintió a sus palabras. Loun se limitó a mirarlos, impasible, y a

coger la jarra y terminársela.

—Y toda esa porquería que has dicho acerca de Jariol... —continuó el hombre, cada vez más alterado—. Él nos salvó a todos al acabar con el brujo tarkesio, todo el mundo lo sabe. ¡No te atrevas a negar eso!

—Ignorantes —siseó Loun, aun así se escuchó con claridad en toda la sala

—. No sabéis nada y no queréis saberlo. Ya me lo advirtieron. El pasaje de la Apostasía de Sarad no está en el *Triridion* que vosotros conocéis, sino en el *Triridion Aeskelus*.

El *Aeskelus*. Por lo que sabía era el libro santo original y completo, y a él sólo tenían acceso los más altos dignatarios de la jerarquía eclesiástica. Tenía muchas partes que habían sido censuradas en el posterior *Triridion*, según le había contado Gaelon. En ese momento se oyó como una silla caía al suelo; el

soldado se había levantado con una expresión borrascosa en el rostro.

—No sabes lo que dices. ¿Qué tú has leído el *Aeskelus*? ¡Maldito blasfemo!

—dio unos pasos en dirección al anciano—. ¿Vamos a dejar que este viejo diga

todas esas tonterías ante nuestros hijos? —argumentó, a pesar de que no había ningún niño presente en la sala común de *El Águila Blanca*—. Deberíamos haberte echado del pueblo a patadas hace años. Y eso es lo que pienso hacer ahora.

El hombre se acercó como una tromba a Loun que lo miraba, ahora sí, con asombro y temor. Kiriús miró a un lado y a otro, ¿es que nadie pensaba hacer nada para ayudar al anciano? No supo cómo ocurrió, pero de repente una gran frialdad se apoderó de él y se encontró caminando hacia Loun y el otro hombre.

Al oír sus pasos, este se giró y lo miró con la furia pintada en su rostro,

dispuesto

a empezar una pelea.

—No irás a golpear a un anciano, ¿verdad? —le dijo mirándolo a los ojos, con sus rostros a un palmo de distancia. Su voz sonó tan calmada que dudó que

fuera suya.

El hombre lo miró a los ojos largo rato. Fuera lo que fuese que vio en ellos, bajó la mirada y levantó las manos, conciliador.

—Claro que no, pero el viejo ya no es bienvenido aquí. Qué se vaya a su choza antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirse de verdad —dijo y caminó envarado hasta su mesa para volver a sentarse.

Loun se levantó tras escupir al suelo y caminó con la cabeza bien alta hacia

la salida, mientras un tenso silencio se apoderaba de la sala. Al pasar junto a Kirius le dedicó una mirada en la que no había gratitud. Cuando abrió la puerta,

una oleada de frío entró en la estancia. A pesar de estar en la cuarta semana de la

primavera, afuera caían pequeños copos de nieve, probablemente la última nevada hasta el próximo invierno.

La extraña insensibilidad lo había abandonado y apenas pudo maravillarse

por lo que acababa de pasar. ¿Es que estaba loco? Aquel tipo corpulento podría

haberlo tumbado como si nada... pero no lo había hecho. Apenas dudó un

momento antes de seguir a Loun, que había salido solo a la intemperie.
Mientras

caminaba a través de la sala, notó que las miradas de los parroquianos estaban prendidas en él. Antes de salir a la fría noche vio que Ediva y su padre lo miraban con una expresión parecida que no pudo identificar.

Vio la silueta de Loun a poca distancia ante él, corrió y lo alcanzó en un momento. Loun lo miró sin decir nada. Para llevar tan poca ropa de abrigo soportaba bien el frío.

—Espero que no te moleste mi compañía —dijo Kirius tras unos instantes de silencio—. Quería preguntarte algo más acerca de ese tal Sarad. Por alguna razón su nombre me resulta conocido.

Y así era, pero no conseguía recordar el porqué. No pudo evitar sentirse frustrado al pensar en que con toda probabilidad se trataba de otra lección de Gaelon que había olvidado. Loun se empeñó en ignorarlo, pero Kirius vio que por la mejilla del anciano bajaba una lágrima.

—Lo sabes, ¿verdad? —La voz ajada de Loun era acusadora—. Ellos te han enviado aquí por mí, después de todos estos años.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —preguntó Kirius con extrañeza, antes de recordar que Ediva le había comentado que se decía que el anciano estaba loco.

Fuese cierto o no, el caso es que estaba muy borracho—. Nadie me ha enviado,

te lo aseguro.

—No lo niegues, puedo captarlo en ti. Lo tienes como un aura a tu alrededor.

Nosotros tenemos la habilidad de percibir esas cosas y reconocernos, lo sabes

bien.

—¿Qué es lo que se supone que tengo?

Estaban ya casi a las afueras del pueblo y Kirius tenía que hacer un esfuerzo para que los dientes no le castañeteasen por el frío.

—Te han enviado los riadeim, ¿verdad?

Definitivamente, este hombre debía de estar loco. Decir que lo habían enviado los magos era síntoma de ello. No pudo menos que sonreír, lo más cercano a ellos que conocía era a Arvand, un simple iniciado.

—No he dicho nada, de verdad —gimoteó de pronto Loun—. Cuarenta años lejos de la isla y no he dicho nada. A veces se me escapa algo cuando bebo demasiado, pero no he dicho nada importante. Además, nadie me creería, ya lo

sabéis. Por favor, dejadme vivir mis últimos años en paz.

—No quiero hacerte daño. ¡Pero si he intentado ayudarte! —dijo Kirius, conmovido por los sollozos del anciano.

—No. ¡No! Siempre decís lo mismo. Siempre lo hacéis con engaños.

Alejaos de mí. —Reculó varios pasos sobre la capa de nieve, que comenzaba a

formarse en el suelo—. Aún sé defenderme. Todavía recuerdo cosas. ¡Dejadme!

Loun dio media vuelta, apretando el paso, y al poco rato ya se había perdido en la oscuridad. Kirius se quedó de pie en aquel mismo sitio, pensando en si

lo que acababa de presenciar era el verdadero rostro de la locura. En si algún día sería como Loun: un anciano solitario, paranoico y enajenado al que todos despreciarían. Al cabo de un rato, cuando volvió a ser consciente del frío, comenzó a caminar de vuelta a la posada, recordando que aún no había cenado.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, se acercaron el posadero, que se presentó como Andir, y Ediva. Se sentaron junto a él pues, según dijeron, apenas había trabajo por las mañanas.

—Fuiste muy valiente anoche —dijo por fin Ediva.

—Sí que lo fuiste. —La secundó su padre—. Ese engreído de Mairk se merecía que alguien lo pusiera en su sitio.

En un principio Kirius no supo a qué se referían, pero entonces lo recordó.

Al parecer no había sido un sueño ni lo había imaginado.

—No fue nada —dijo, encogiéndose de hombros—. Sólo lo hice entrar en razón.

—Te enfrentaste a él, muchacho. Veo que eres modesto, además de valiente.

Si mi mujer viviese aún, te obligaría a casarte con Ediva —dijo sonriéndole.

Al oírlo, Kirius casi se atragantó con el panecillo que se estaba comiendo.

Arriesgó una cautelosa mirada a la chica, pero ella reía con la ocurrencia de su

padre. No parecía que le disgustara en absoluto la idea.

En ese momento se escuchó un alboroto fuera. Andir se levantó de la mesa

dispuesto a investigar, pero entonces se abrió la puerta y un vecino del pueblo metió la cabeza lo justo para gritar:

—¡Llega un grupo de la guardia del rey y parece que escoltan a alguien importante!

Tras esto se marchó tan rápidamente como había aparecido. Andir se encaminó hacia la puerta mientras mascullaba algo para sí mismo. Ediva también se levantó mientras le hacía un gesto para que la siguiera. Pronto se encontraron fuera, Kirius en el quicio de la puerta, y pudieron ver que en la calle

principal del pueblo se había reunido un gran grupo de curiosos, en su mayoría

niños. Todos miraban hacia el este, por donde se acercaba un grupo de unos cincuenta hombres a caballo. La mayoría vestían libreas rojas, que los

identificaban como la guardia del rey, sobre las pesadas cotas de malla. Muchos

de ellos, además, llevaban bordada la cabeza de un lobo blanco con las fauces abiertas. Kirius no reconoció la enseña.

Cuando penetraron en el pueblo, bajo una fina llovizna que ayudaba a

deshacer la nieve caída durante la noche anterior, se fijó en las únicas dos personas del grupo que no parecían ser soldados. Una era un hombre de mediana

edad, tez pálida, cabello oscuro y que lucía una pulcra barbita y bigote. Vestía una larga capa ribeteada en piel y ropas de abrigo, que indicaban una buena posición social. La mujer que estaba a su lado poseía un aspecto aún más regio.

Tenía unos pocos años más que su acompañante, el pelo largo plateado y

duros

ojos grises. Se protegía de la lluvia con un chal y un abrigo de pieles. Una diadema dorada le servía para recogerse los cabellos y un colgante le pendía del

cuello. Cuando estuvo más cerca, vio que el colgante representaba un sol en miniatura, y el sol no era otra cosa que un rubí del color de la sangre. Con ellos

dos hablaba un joven guardia de pelo rubio y rostro atractivo. Por las bandas que

cruzaban la parte izquierda de su uniforme, Kirius supuso que sería un oficial de

alta graduación.

Mairk, el hombre que había estado a punto de golpear a Loun, estaba a poca distancia de allí con una expresión de tal complacencia, que Kirius se reafirmó

en su impresión de que era soldado. Pero al acercarse más los jinetes tuvo un sobresalto al mirar al hombre y a la mujer. Se giró y anunció:

—Ese es Beiran Kaldis y la mujer es una riadarian. —Su complacencia se había esfumado.

—¿El consejero del rey Gilvar? ¡Y una mierda! ¿Qué iba a hacer tan al norte acompañando a unos simples soldados? —espetó Andir con desdén. Estaba claro

que Mairk no era santo de su devoción.

—Serví cuatro años en la guardia de Calust. Te digo que sé reconocer a los

magos cuando los veo. Y esos que van con ellos son soldados de Sversgard.

Pronto todo el mundo se había enterado de quienes eran los jinetes, bastante

antes de que estos comenzaran a pasar por delante de *El Águila Blanca*. De improviso la mujer tiró de las riendas de su montura, y giró con lentitud la cabeza hasta enfocar su mirada en ellos tres. Kiriús tuvo que controlar los latidos

de su corazón cuando aquella dura mirada se encontró con sus ojos. De hecho,

parecía estar mirándolo específicamente a él. No, no a él. Esa mirada lo

atravesaba como si pudiese ver su alma a través de la carne y los huesos. Una ceja de la mujer se enarcó antes de que su compañero, Beiran, le preguntase algo

que ella negó. Después de eso volvieron a ponerse en camino, la mujer no miró

atrás, y al cabo de unos minutos se perdieron en un recodo del camino que los dejó fuera del ángulo de visión del chico.

Kiriús se sorprendió suspirando aliviado cuando la mirada de aquella mujer

lo liberó de la presa a la que lo tenía sometido. La gente y los niños volvían a sus

trabajos y hogares decepcionados porque la comitiva no se hubiese detenido en

el pueblo, pero él se alegraba de ello. De pronto comprendió el temor de Loun

hacia los magos. Esperaba que no estuviesen en el pueblo por el anciano. Ojalá

nada de lo que le había dicho la noche anterior fuese otra cosa que los desvaríos

de un anciano borracho, por su bien. Con otro suspiro volvió dentro para acabar con su desayuno, aunque ya no tenía tanta hambre.

Al cabo de una hora, recogió sus pertenencias y se dirigió al establo.

Empezó a colocarle los arneses a Helyra con gestos rápidos, ya que no quería perder tiempo. No deseaba encontrarse con Andir o con Ediva. Especialmente

con la chica. Como si el pensar en ella la hubiese conjurado, la hija del posadero

apareció en ese momento atravesando las puertas del establo. Al verlo, se dirigió

hacia él.

—No pretenderías marcharte sin despedirte, ¿verdad? —Su expresión pretendía ser dura, pero no lo conseguía en absoluto.

—No, claro que no —mintió el chico, enrojeciendo. No sabía por qué, pero creía que lo mejor hubiese sido irse sin despedidas—. Pensaba entrar después para hacerlo.

Ella se acercó más a él, tanto como para ponerlo nervioso.

—¿Volverás por aquí? Me gustaría mucho que lo hicieras.

—Creo... creo que sí lo haré, en unos días, cuando vuelva de Corak —

prometió Kiriús, pero su voz no sonaba en absoluto tan segura como cuando se

había enfrentado a Mairk.

—¿Irás a Corak? —El muchacho asintió contento del giro que tomaba la conversación—. Ten cuidado. Mi padre dice que está llena de ladrones y asesinos.

Corak era uno de los puertos más importantes de la costa este, por lo que era lógico que existiese mucha delincuencia. Aun así, esperaba que el padre de Ediva estuviese exagerando.

—Cuídate y vuelve, ¿de acuerdo? —De improvviso, la muchacha se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Antes de que supiera lo que estaba pasando, ella ya había salido corriendo del establo.

Con gesto pensativo, tocándose los labios con los dedos, Kirius hizo lo propio mientras llevaba de las riendas a Helyra. Volvería, sí. Lo cierto era que la chica le comenzaba a gustar y, lo que era más importante, él parecía gustarle a ella.

—Tú y ella no compartís destino, Kirius; lo he visto —La voz, susurrante y salida de ninguna parte, lo dejó congelado en el acto de cerrar la puerta de los establos—. Olvida a quienes quedan atrás.

—¿Cómo puedes saber eso? ¿Me conoces? —preguntó al cabo de unos momentos con voz vacilante.

Le gustaba creer que ya estaba acostumbrado a oír la voz del Ausente, pero no era así. Además, esta vez era distinto. Nunca se había dirigido a él,

llamándolo por su nombre.

—Tonterías —musitó para sí mismo—. Si imagino que me dice cosas terribles, también puedo imaginar que me llama por mi nombre. Las voces siempre han estado ahí y siempre estarán. Son secuelas de mi enfermedad, parte

de mí —dijo y lo repitió varias veces, recitando lo que Gaelon le contara años atrás.

A pesar de que intentó restarle importancia, no pudo evitar mirar atrás,

intranquilo, cuando montó y salió del pueblo. Cuando ya dejaba atrás las últimas

casas empezó a escuchar una especie de grito terrible a su espalda. Era un aullido inhumano, un bramido demente que hizo que el vello se le pusiera de punta. El sonido resonó en su cabeza y se prolongó durante minutos. Apretó los

dientes, diciéndose que no era real, y azuzó a su yegua hasta que dejó de oírlo,

un buen tiempo después. Sólo entonces se detuvo y exhaló con lentitud, sin poder reprimir unas súbitas e intensas ganas de llorar. Justo cuando comenzaba a

pensar que las secuelas de la Plaga estaban remitiendo, su locura había vuelto con más fuerza que nunca.

6. Entre un millón de enemigos

Por más que lo intentó, no consiguió llegar antes de que cayera la noche a Corak

y tuvo que hospedarse en un pueblo cercano llamado Norbar. Esa noche apenas

durmió por culpa de unos sueños en los que era perseguido por unos severos magos que no dejaban de señalarlo y en los que oía desgarradores gritos que chillaban sin parar hasta volverlo loco. En la pesadilla se vio a sí mismo degollar

a un hombre sin rostro y, sosteniéndolo de los pies, desangrarlo derramando su

sangre en el río Faoral. Después, un ruido ensordecedor surgía del río y la sangre

se alzaba como una ola inmensa que se abatía sobre Rynad. Despertó, bañado en

sudor, y ya no pudo volver a conciliar el sueño. Se levantó antes del amanecer y

partió. Tenía que ver cuanto antes a Arvand. Su amigo iba a convertirse en un mago y quizá podría contestar a algunas preguntas que ya no podía posponer más. ¿Y si Loun tenía razón y lo que le ocurría tenía que ver con la magia de los

riadeim? ¿Qué era esa extraña insensibilidad que había sentido dos veces en Fiolbar? En el año que llevaba sin ver a Arvand había perdido el miedo a hacer

preguntas, aunque debía admitir que las posibles respuestas seguían aterrorizándolo.

Unas horas después se encontraba ante Corak y el mar. Aunque el cielo tenía aspecto amenazador, no hacía tanto frío como en días anteriores. Quizá el invierno ya se estaba marchando, después de todo. Se encontraba en la cima de

una colina por la que bajaba el ancho camino, atestado de viajeros. Desde allí podía ver con comodidad la gran ciudad. Formaba un semicírculo de bordes

irregulares que daba al mar. Era mayor que Rynad, sin duda, y mucho más que

Telbar. Poseía unas anchas murallas de piedra gris, la mayoría de los edificios que podía ver parecían tener ese color, y a lo lejos se apreciaba la frenética actividad de varios barcos atracando y partiendo de sus muelles.

Pasó largo rato mirando al mar, pues jamás lo había contemplado. Una imagen fugaz, un río de aguas verdosas donde había aprendido a nadar cuando era niño, se formó en su mente y le hizo esbozar una sonrisa teñida de tristeza.

Sabía que era uno de esos recuerdos que había perdido y que, muy de tanto en

tanto, pugnaban en vano por salir a flote en su cabeza. No obstante, sí que se acordaba bien de sus expediciones al río Medis acompañado por Arvand y los hermanos. Kiriús agitó la cabeza con pesar al recordar cómo habían acabado

esos viajes. Fue cuando había estado a punto de ahogarse por culpa del Ausente

y Gaelon, tras enterarse, les había prohibido volver allí. Con un sobresalto se dio

cuenta de que había pensado en Gaelon por su propio nombre y no como su abuelo, y que ya llevaba un buen tiempo haciéndolo. «Supongo que es lo

correcto. Ahora sé que quizás tengo un abuelo en algún sitio, en Isgarad». Echó

una última ojeada al océano, cogió las riendas con determinación y se dirigió a la

ciudad.

Tras atravesar la entrada principal, avanzó recorriendo una amplia avenida.

Al cabo de un rato determinó que Corak no le gustaba. Los edificios aledaños de

piedra, argamasa y madera estaban contruidos casi unos sobre otros, dejando multitud de sombríos callejones entre ellos. Había demasiada gente y ruido, por

no hablar de un gran número de mendigos. Además, los olores que le llegaban eran de todo menos agradables. Mientras caminaba entre toda aquella gente

proveniente de las cinco naciones de Balaeron, decidió concentrarse en encontrar

la posada en la que se alojaba Arvand. Tras preguntar a varias personas por el lugar, le indicaron que se dirigiese hacia el distrito portuario. Resolvió que lo mejor sería llevar a su nerviosa yegua a unos establos y pagar por un día de estancia. Ya la recogería al día siguiente.

Liberado del lastre del animal, recorrió con rapidez las calles hacia el puerto.

Era un sitio amplio, lleno de cajas de madera y de bultos informes de lona impermeabilizada. Carros y mulas de carga partían y llegaban constantemente

para trasladar mercancías, mientras fornidos hombres hacían las labores de

estibadores. Amarrados en los espigones se encontraban multitud de barcos de todos los tamaños y formas. Pudo ver galeras, cocas, velaurs y otros navíos de extrañas proporciones y formas. Lucían una miríada de enseñas según la

afiliación de su patrón, la mayoría pertenecientes a familias nobles de Merethia o

casas comerciales de Eltar. El olor aquí era peor que en la ciudad, pero por lo menos no había tanto ruido, ni tanta gente. Comenzó a buscar la posada sin prisas, contagiado por una súbita sensación de bienestar cuando la amenazadora

barrera de nubes sobre la ciudad se abrió para dejar pasar los rayos del sol.

Dos horas después, su humor ya no era tan bueno y aún no había dado con la posada o logrado que alguien le ayudase a hacerlo. Se había sentado, contrariado

por la situación, en una caja de madera apilada junto a un montón más cerca de

uno de los espigones. Había estado contemplando como atracaba un barco eltario, su enseña no dejaba lugar a dudas, abstraído con las maniobras de los marineros. Al cabo de un rato, cuando menguó la actividad de la cubierta, perdió

el interés. Las protestas de su estómago le recordaron que ya había pasado la hora de comer, así que se puso en pie. Tenía que encontrar ya esa maldita posada.

—¡Dejadme! No os he hecho nada.

La voz surgió de improvviso desde el otro lado de la pila de cajas en la que se encontraba Kiriús. En respuesta a ella, se oyeron varias risas. Sin poder contener la curiosidad, se dio media vuelta y buscó algún hueco entre las cajas por el que

espiar. Lo encontró justo cuando alguien decía:

—No podemos hacer eso. —El que hablaba era, ahora podía verlo, un chico desaliñado de su misma edad, de rostro burlón y que poseía una fea cicatriz en la

mejilla—. Nosotros nos ocupamos de hacer cumplir las leyes, ¿verdad, chicos?

Aquellos a quienes se refería eran otros dos jóvenes con la misma apariencia

de maleantes que su líder. Al oír la pregunta del otro, asintieron. El que estaba a

su izquierda dijo:

—Ya lo creo. Los polizontes como tú que llegan a Corak deben pagar un impuesto o ser castigados. Y nosotros somos los recaudadores.

La atención de Kirius se desplazó hacia la figura que aquellos tres

amenazaban. Se encontraba de pie enfrente de ellos y de espaldas a él. No era muy alto y vestía una prenda de color negro parecida a una túnica entallada, gracias a un cinturón. La prenda le llegaba desde las rodillas hasta el rostro, oculto por una capucha. Debajo de la túnica, vestía unos pantalones de un color

azul oscuro y unas botas bajas de cuero. Lo que más le llamó la atención fueron

unas telas, parecidas a un vendaje, de un color blanco sucio que tenía enrolladas

alrededor de sus manos, sin dejar visible ni un centímetro de piel. De inmediato

pensó en los enfermos de lepra o del mal del pastor; ellos solían ocultarse de la

misma manera.

—Os lo repito, dejadme ir. No deseo contagiaros el mal que me aflige. —La voz de aquel chico sonaba enronquecida por el miedo—. Creedme, no tengo nada de valor.

—Si las putas del barrio de los Marineros no me han contagiado nada, no lo

vas a hacer tú. —El de la cicatriz sonrió ante su propia audacia—.
Llevábamos

un rato vigilándote y sé que mientes. ¿Qué me dices de ese medallón de plata que te he visto sacar antes? O nos lo das o te lo arrancamos del cuello.

—¡No! Nunca os lo daré —dijo el chico de las vendas con una voz que intentaba sonar desafiante.

Sin previo aviso, el de la cicatriz le propinó un empujón. El encapuchado consiguió girar en su caída para aterrizar sobre pies y manos, a pocos metros de

Kirius. Al caer, la capucha se le deslizó un poco hacia atrás y lo que vio lo hizo

dudar si estaba soñando o despierto. Apenas fue capaz de entrever una fina barbilla de piel muy morena y un cabello negro como el ala de un cuervo, antes

de que el chico se colocase la capucha con presteza.

«Los tarkesios no tienen la piel tan oscura como yo pensaba», fue su primer y absurdo pensamiento. Supo, sin ningún género de duda, que estaba ante uno de

ellos. Ningún balaeriano tenía un color de piel como ese, ni siquiera la gente del

Dominio. Además, eso explicaba lo de llevar vendas, pues sus manos lo hubiesen delatado con facilidad. ¿Pero qué hacía uno de ellos en Merethia?

¿Sería un espía?

Al parecer, ninguno de aquellos tres se había dado cuenta de la verdadera

procedencia de su víctima. Aunque seguramente les daría igual, siempre que pudieran hacerse con algo de valor.

—No te lo he pedido, gilipollas. Danos el colgante si no quieres que nos pongamos serios. Créeme, no es raro que aparezcan cadáveres flotando en los muelles de Corak; uno más no le importará a nadie —amenazó el líder, mientras

sus compañeros reían.

El tarkesio se levantó, llevando la mano izquierda al cuello de su prenda de vestir.

—No hagáis eso —pidió casi en un susurro—. No me obliguéis...

—Estoy harto de oírte decir la palabra no. Se te ha acabado el tiempo, polizonte. Voy a rajarte como a un arenque.

El tarkesio comenzó a recular hacia las cajas, buscando de forma frenética una ruta de escape que no existía; la única existente estaba detrás de los que lo

amenazaban. A su vez, los tres se acercaban a él, sin prisas, intentando asustarlo

aún más. Por algún motivo eso enfadó mucho a Kirius. Al fin y al cabo, por su

voz diría que el muchacho no era mayor que él. No podía quedarse quieto y mirar como lo asesinaban a sangre fría.

«¿Qué estás diciendo? Es un tarkesio, un enemigo». Cuando se había incorporado, buscando un sitio para saltar las cajas, la voz de su mente hizo

que

desistiese de su empeño. «Olvídalo, no es problema tuyo».

—¿Así te educaron Gaelon y Terion? ¡No puedes dejar que le hagan daño!

—dijo de pronto la voz del Ausente, haciendo que se detuviese, indeciso—.

Ahora sabes cómo dominar al miedo.

De nuevo lo que decía la voz seguía careciendo de sentido. ¿Dominar al miedo? Ojalá fuera así de fácil. Entonces captó las risas de los tres bribones y el

jadeo asustado del chico tarkesio.

—Tienes razón, estoy seguro de que Terion lo ayudaría. Él me dijo que no siempre fuimos enemigos —le explicó Kiriús al aire frente a él, antes de dar media vuelta.

En un momento se encontró subiendo por las cajas, que formaban una escalera irregular, y saltando al otro lado. Cayó desde una altura de más de dos

metros justo al lado de la figura encapuchada, que se apretaba contra las cajas como si quisiera abrir un camino a través de ellas. El tarkesio musitaba algo, quizá una plegaria, mientras sostenía su colgante con una mano vendada. Pareció

sobresaltarse tanto por su llegada que dejó de murmurar. Los tres chicos reaccionaron igual, deteniéndose asombrados.

—¿Quién, en nombre de los Tres, eres tú? —preguntó su líder.

—Alguien que no va a consentir que le hagáis daño a este chico —respondió

sin pensar. Lo peor era que la frialdad que había sentido cuando se había enfrentado con Mairk no estaba allí. Ahora notaba su corazón latiendo desbocado—. Dejadlo en paz o tendré que daros una lección.

—¿Qué vas a hacer qué? —dijo con arrogancia—. Enseñémosle a este bocazas lo que hacemos con los mierdas como él en Corak.

Dicho lo cual sacó un largo cuchillo del cinturón, y fue imitado con prontitud por sus dos esbirros. El corazón de Kirius latió aún más deprisa, al ver

el cariz que tomaba aquello. En un instante sopesó todas sus opciones y decidió

que lo mejor era ser expeditivo. Así que mostró su espada, que hasta entonces había quedado oculta bajo el repulgo de su capa, y llevó la mano a la empuñadura.

—¿De verdad creéis que vale la pena morir por un poco de plata? —

preguntó, rezando para que los chicos tuviesen un poco de sentido común y no

empezasen una pelea.

Aunque el de la cicatriz dudaba, los otros guardaron los cuchillos y

comenzaron a recular por aquel laberinto de cajas que habían estado obstruyendo

hasta ahora.

—¡Vayámonos! Este lleva acero —declaró el más alto, dando media vuelta

—. Yo me largo de aquí.

—¡Sois unos cobardes! Este idiota no tiene pinta de saber usar una espada
—gritó el de la cicatriz, pero sus secuaces no le hicieron caso y pronto
desaparecieron de la vista—. Bah, mejor para mí, siempre quise tener una.

Kirius vio en sus ojos, un instante antes de que atacara, sus intenciones.

Intentó desenvainar la espada, pero en un segundo ya estaba sobre él, con el
cuchillo dirigido a su cuello. Súbitamente, el tarkesio se abalanzó sobre él
atacante y el golpe, aunque no lo hizo caer, lo desequilibró lo suficiente para
desviar la trayectoria mortal del cuchillo, que pasó a centímetros de su
garganta.

Lo tenía tan encima que no podía blandir la espada, así que se limitó a sacarla
de

la vaina con brusquedad. Aprovechando el movimiento, dirigió el pomo
contra

la mandíbula del matón de la cicatriz. Se escuchó un crujido cuando
impactaron

pomo y hueso, y el rufián cayó como un fardo al suelo, inconsciente y con
una

brecha sangrante en el mentón. Kirius lo miró, guardando el arma en su funda
con una mano temblorosa. Dudaba que aquel estúpido se despertase en un
buen

rato. Tampoco parecía probable que pudiese hablar o comer en una buena
temporada, a juzgar por cómo se le estaba inflamando la mandíbula.

Tras un momento de vacilación, Kirius se encaró con el muchacho tarkesio.

«Sólo que él no sabe que yo lo sé». Antes de que pudiera decir nada, el otro
se le adelantó.

—Supongo que debo darte las gracias por haberme ayudado —dijo, y le pareció captar una pronunciación extraña cuando hablaba. Debía de tratarse de un acento extranjero proveniente de Tarkesia—. Me gustaría devolverte el favor,

pero no creo que pueda hacerlo, para mi deshonra.

¿Devolverle el favor? ¿Deshonra? Quizá fuera esa una costumbre sureña.

—No te preocupes, no tienes que devolverme nada. —El chico no lo miraba directamente, sino que mantenía gacha la cabeza. La capucha y el cuello alto le

ocultaban con total efectividad el rostro—. ¿De verdad viniste de polizonte en el

barco eltario? —Era lo más lógico porque era el más cercano.

—Sí —afirmó al cabo de unos momentos—. No tenía monedas para pagarme un pasaje. No irás a entregarme, ¿verdad?

—Claro que no. Oye, será mejor que salgamos de aquí. Aquellos dos pueden decidir volver. —Estaban caminando, ya fuera del laberinto de cajas, cuando Kiriús se dio cuenta de que algo no encajaba en su forma de caminar, aunque no

sabía qué era—. Supongo que, si has estado escondiéndote en ese barco, tendrás

hambre, ¿verdad? Yo pensaba comer ahora y tengo dinero de sobra, así que me

gustaría invitarte.

«¿Ahora invitas a un tarkesio a comer? ¡Valiente majadero estás hecho!». La irónica voz que sonó en su cabeza no se parecía a la del Ausente, pero le disgustó tanto oírla como si lo fuese.

—No puedo. Te lo agradezco, pero debo marcharme —respondió en tono cansado.

—No puedo aceptar esa respuesta. Al fin y al cabo, dijiste que...

El chico salió corriendo tan de improviso que Kirius se quedó plantado en el sitio durante unos segundos, demasiado sorprendido para reaccionar.

—¡Deja que se vaya! Es un tarkesio, el enemigo —dijo el Ausente en tono apremiante—. Son crueles y traicioneros. ¡No confíes en ellos!

Kirius echó a correr en pos de aquel chico desagradecido, desafiando por una vez al Ausente y a la prudencia.

A la mierda la voz y su cordura. Primero le decía que lo ayudase y ahora que era el enemigo. Aquello no tenía ningún sentido, pero supuso que en eso consistía la locura. Se concentró en correr obviando sus oscuros pensamientos, y

atravesó la explanada del puerto tras el tarkesio. Pronto se dio cuenta de la agilidad de su adversario, que recorrió con rapidez la distancia que los separaba

de los edificios más cercanos, y se metió en uno de los estrechos callejones entre

ellos. El tarkesio miró tras de sí para cerciorarse si él lo seguía. Tuvo que hacer

un brusco quiebro para evitar chocar con un carro que surgió de forma

inesperada por la boca de otro callejón. La maniobra lo hizo resbalar y caer al suelo. El carretero no le dedicó más que una breve y disgustada mirada, para luego seguir en dirección al puerto. Antes de que el chico se levantara, Kirius llegó hasta él y lo agarró del cuello de su oscura prenda, con más brusquedad de

la que pretendía. La carrera y la voz lo habían enfurecido. ¿Por qué tenía que ser

tan ingrato este maldito chico, fuese tarkesio o no? Al fin y al cabo, él lo había

salvado de los que intentaban atacarlo apenas un momento antes. De un tirón medio incorporó a su presa, que permanecía quieta ya fuese por el golpe, la sorpresa o el temor. En ese momento, y por la brusquedad de su movimiento, la

capucha cayó hacia atrás y el rostro del otro quedó al descubierto.

—¡Eres... eres una chica! —Su voz sonaba como la de un idiota, pero justo así era como se sentía.

La chica, pues realmente era eso, lo miraba con unos grandes, y muy

abiertos por el miedo, ojos verdes. Su cabello no era muy largo, apenas si le llegaba a los hombros, y de un color tan negro como la noche. La piel de su rostro era muy morena, pero no oscura como Kirius siempre había creído que sería la piel de un tarkesio. La chica lo miró y fue entonces cuando se percató de

que sólo uno de sus ojos era verde; el otro era tan oscuro que apenas se distinguía el iris de la pupila bajo sus largas pestañas. Instantes después su rostro

desapareció otra vez bajo la amplia capucha, mientras ella se incorporaba

apartando a Kirius con una mano. Ambos miraron en derredor a la misma vez,

como si se hubiesen puesto de acuerdo. El carretero salía por un extremo del callejón, el que daba a los muelles, ajeno a lo que había sucedido. Por lo demás,

estaban solos en el callejón.

—¿Eso es todo? —dijo ella por fin. Su voz denotaba sorpresa y furia

contenida. Ahora Kirius supo lo que le había llamado la atención cuando

hablaba: estaba forzando la voz. Ahora sonaba suave y pausada, a pesar de su evidente enfado, y con un deje de acento extraño—. ¿Acabas de ver que soy tarkesia y lo único que se te ocurre decir es que soy una chica?

—Yo... ya sabía que eras tarkesia. Te vi a través de las cajas cuando aquellos matones te empujaron, pero supuse que eras un varón.

—¿Lo sabías...? ¿Y, aun así, me ayudaste? —preguntó ella con incredulidad.

—Sí. Lo hice, aunque no sé por qué... —Y el no saberlo lo hacía sentir mal.

Una parte de él parecía estar gritándole que había cometido un error enorme, pero resolvió ignorarla—. Debía hacerlo. Estabas indefensa y ellos iban a...

—Sé lo que iban a hacerme —intervino ella con voz tensa.

Kirius asintió, pensando en lo que podría haber pasado si aquellos tres matones se hubiesen percatado de que ella era una chica y, además, tarkesia.

Algo le decía que tan sólo lo primero hubiese tenido importancia para ellos. La joven permaneció en silencio durante un momento con la cabeza gacha, como

asimilando lo dicho por el chico, o quizá sopesando sus opciones.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a dejarme ir? —preguntó poco después con una voz que no sonaba ya insegura.

De todas formas, ella parecía un resorte a punto de saltar. Supuso que si no elegía con cuidado sus palabras la chica volvería a salir corriendo.

—No tienes apariencia de ser una espía —dijo Kirius con una sonrisa—. No voy a delatarte ni a impedir que te marches... con una condición.

—¿Cuál es?

La chica se tensó aún más.

—Que aceptes la invitación que te hice antes de que huyeses de una forma tan poco cortés. —Volvió a sonreír, intentando rebajar la evidente tensión de la

chica—. No todos los días tiene uno la oportunidad de hablar con un tarkesio amistoso.

—¿Y si no fuese amistosa? ¿Y si no estuviese tan indefensa como parezco?

—No lo creo. No sé por qué estás en Merethia, pero dudo que seas un peligro para el reino o sus habitantes. —Al menos eso es lo que quería creer.

Ojalá las palabras de Terion sobre los tarkesios fuesen ciertas—. Sólo digo que si

la situación fuese a la inversa, y fuese yo el perdido en tierras tarkesias, me gustaría encontrar a alguien que me ayudase.

—Supongo que tienes razón —concedió ella al cabo de unos momentos—.

Siento mi actitud, pero desde que me marché de mi hogar no he podido confiar

en nadie. Mi nombre es Innae y acepto tu invitación.

—Yo soy Kirius y me alegra que hayas aceptado. —Tras la presentación, echó a caminar por el callejón, mientras le hacía un gesto a la chica para que lo

acompañara—. Sígueme, por favor. Creo haber visto hace unas horas una taberna cerca de aquí.

Ella empezó a caminar mientras se ceñía aún más la capucha y el cuello de su vestimenta, lo que dejaba su rostro sumido en las sombras. La chica mantenía

el paso a su altura, mientras cruzaban por callejones repletos de suciedad y malos olores. Kirius se percató de que le dirigía frecuentes miradas, cuando creía

que él no podía verla. En el momento en que salían de un callejón a una calle más amplia y transitada, la incomodidad que le causaban esas miradas, y el silencio entre ambos, lo compelió a hablar.

—Dime una cosa. Comprendo que ocultes tu rostro y tu piel, ya que de otro modo se te reconocería como tarkesia. Pero ¿por qué has fingido ser un chico?

—Era lo más seguro para mí —respondió ella mientras clavaba la vista en el suelo cuando pasaba junto a ellos un hombre que los miraba con cierto interés.

Pronto lo dejaron atrás—. Es más probable que la gente muestre menos interés en un chico que viaja solo, que en una chica en la misma situación.

Fue lo que

me aconsejaron mi padre y un amigo.

—¿Tu padre? ¿Ha venido él contigo o estás sola?

La verdad era que Innae cada vez lo intrigaba más.

—No, mi padre está muy enfermo y ya no es capaz de viajar.

«No debe ser nada fácil estar sola, perdida y sin ayuda en un territorio

hostil», pensó Kirius. Hizo votos por no encontrarse nunca en una situación similar. Cuando se disponía a formularle una de las muchas preguntas que le rondaban por la cabeza, se dio cuenta de que ya se encontraban frente a la taberna. Encima de la recia puerta de madera había un cartel que la identificaba

como *El Mesón de Atther*, mostrando el dibujo de un racimo de uvas. Desde fuera alcanzaban a oír risas y gritos en un tono estridente que indicaban que los

que las proferían ya habían bebido demasiado. Ambos se quedaron al pie de la

pequeña escalinata que llevaba a la puerta y Kirius miró a Innae, quien de pronto

parecía muy nerviosa. Se frotaba y retorció las manos, y miraba a un lado y a otro. Daba la impresión de ser un animal acorralado.

«Los animales acorralados se revuelven y muerden para escapar», fue su absurdo pensamiento.

—No entiendo cómo puede estar llena la taberna a estas horas, pero tampoco había conocido nunca una ciudad como esta —le dijo con un gesto que abarcaba

toda la calle y más allá—. No te preocupes, cuanta más gente haya dentro menor

atención nos prestarán.

—No sé si es buena idea —confesó ella al fin—. Cualquiera puede descubrirme y yo tengo una tarea muy importante que cumplir.

—Vamos, no te pasará nada. ¿No te habías colado como polizón en un barco? Te aseguro que nadie nos prestará atención, confía en mí.

De nuevo se preguntó por qué estaba haciendo esto, por qué la ayudaba. Lo cierto era que seguía sin encontrar una respuesta satisfactoria.

Innae lo miró durante unos instantes y luego asintió. La taberna estaba, como habían supuesto, repleta de gente. Aun así, tuvieron suerte y cuando entraban dos forzudos vigilantes expulsaban, a base de golpes y empujones, a los

ocupantes de una mesa que se habían propasado con el alcohol y las camareras.

Ambos ocuparon aquel lugar, en una de las esquinas de la gran sala, que estaba

relativamente separado de las demás mesas. Cuando se estaban sentando, Innae

de cara a los parroquianos y a la puerta, Kirius cambió de opinión y se quedó de

pie.

—Será mejor que busque al tabernero o si no, con toda esta gente, tardará

horas en atendernos. Pediré pan, algo de carne y...

—¡No! —lo interrumpió ella con vehemencia—. No, por favor. No como carne. Pide para mí fruta y verduras.

—Hum... claro, no te preocupes. —Kirus la miró con extrañeza y

curiosidad, ¿era esta otra costumbre tarkesia?—. No tardaré. No vuelvas a huir,

por favor.

Ella asintió con la cabeza, pero Kirus seguía teniendo la impresión de que si

le daba la espalda desaparecería como el humo en el viento. Le costó algún tiempo captar la atención del atareado tabernero, de prominente barriga y amplio

mostacho gris. El hombre enarcó las cejas cuando oyó que Kirus le pedía

verduras estofadas y agua para beber. Luego lo miró poniendo los brazos en jarras, con expresión inflexible.

—Mira, muchacho, lo de las verduras lo acepto, pero en este mesón sólo se bebe vino desde que lo abrió mi abuelo, hace ya más de setenta años. Y eso si me queda, porque esta semana apenas tengo existencias y dentro de dos días será

aun peor.

Kirus sonrió ante la indignación del tabernero. Esperaba que Innae no tuviese los mismos prejuicios frente al vino que con la carne.

—De acuerdo, que sea vino entonces. Pero dime, ¿por qué hay tanta gente aquí? ¿Hay alguna celebración?

—No eres muy despabilado, ¿verdad? —Su voz no era ofensiva, sino más bien jocosa—. Dentro de dos días es el Día de la Visión de Bade, y después comenzará la Peregrinación. Ya sé que sólo ocurre cada cinco años, pero, aun así, los jóvenes como tú deberían acordarse de esas cosas.

Un coro de voces llamó al mesonero desde una mesa cercana y el hombre se fue hacia ellos con un gruñido de disgusto. La Visión de Bade se celebraba cada

cinco años. Conmemoraba el día en el que Bade, un humilde campesino, según

unos, o terrateniente, según otros, había recibido la inspiración del dios Shezarel

para fundar la Iglesia de los Tres. Después había encontrado a otros dos hombres

con su misma fe para que representasen a los otros dos dioses. Durante la festividad, las ciudades se llenaban de la gente que vivía en los alrededores. Se

organizaban multitud de fiestas, mercados y ferias, y los pobres eran

alimentados, vestidos y alojados. A la mañana siguiente comenzaba la

Peregrinación. Multitud de personas de todas las clases sociales emprendían

viaje hacia Ishmer, en Norvador, a la sede de la Iglesia, para venerar los restos de

Bade y rezar ante el Legado: la Llama, el Lirio Blanco y el *Triridion Aeskelus*

La Peregrinación duraba un mes y luego todo acababa, hasta cinco años después.

En la última celebración, Doiran y Leram habían partido durante la

Peregrinación. Gaelon y él no los acompañaron, porque el anciano no había querido ir, aquejado de un repentino dolor de espalda. Ahora que pensaba en ello, el dolor parecía más una excusa que otra cosa. Recordaba con claridad la envidia que había sentido cuando los hermanos volvieron contando exageradas historias de su largo viaje.

En ese momento se dio cuenta de que ya llevaba un buen tiempo de pie, sumido en sus cavilaciones, y que algunos de los parroquianos lo estaban mirando. Al instante comenzó a caminar hacia la mesa que compartía con Innae.

La chica seguía en la misma posición que cuando la había dejado. De repente se

le antojó que todo el mundo los miraba a ellos dos. «Cálmate, nadie os mira ni

tampoco la van a descubrir», pensó Kiriús, preocupado. Pero no pudo evitar la sensación de que los observaban y que sería mejor alejarse de ella. Le costó un

esfuerzo ímprobo ignorar sus miedos y volver junto a la chica.

Cuando se sentó al otro lado de la mesa, su expresión era sombría. Ella lo miró inquisitivamente, pero no dijo nada. Aún no habían vuelto a hablar cuando

una rolliza mujer les trajo los cuencos de comida, un plato de carne de ave de corral en una salsa rojiza para Kiriús y un montón de verdura estofada para Innae. Una generosa hogaza de pan de color oscuro y un trozo de queso

amarillento era todo su acompañamiento. Cuando se dio cuenta de que no habían

traído el vino, la mujer ya se había ido.

—¡Maldita sea! ¿Cómo pretende que nos comamos esto sin el vino?

—Supongo que nos lo servirán en cuanto puedan —replicó ella con calma

—. Todo el mundo parece muy atareado.

—Sí, pasado mañana es el Día de la Visión de Bade. —Al momento se dio

cuenta de que ella no podía saber de qué estaba hablando—. Es una festividad religiosa, la más importante de todas en Merethia, exceptuando el Día de la Primera Luz. Esa se celebra el primer día del año, cuando el Creador le dio forma a este mundo con sus palabras.

—Sé a qué te refieres, conozco las dos festividades. Los tarkesios —dijo

esta palabra casi en un susurro— celebramos el Día de la Primera Luz, como vosotros. La Visión de Bade la conozco, quiero decir que he oído hablar de ella.

En realidad, conozco más cosas de vuestra cultura que de la mía propia.

Mientras cogía los cubiertos y comenzaba a servirse, Kiriús la miró

intrigado. Ella se bajó el cuello de su sobrevesta que le ocultaba la parte inferior

de su rostro, hasta debajo de la barbilla. A pesar de la poca luz que había en donde ellos se encontraban, pudo ver el tono tostado de la piel de su delicada mandíbula. La chica comenzó a comer cada vez con más vehemencia, lo que le

llevó a pensar que debía de hacer mucho tiempo que no había probado bocado.

—¿No comes carne? —preguntó él con incredulidad. A lo que ella negó con

la cabeza mientras masticaba—. ¿Nunca?

—No me hace falta para sobrevivir —respondió con franqueza—. De hecho, no soporto la idea de tragarme algo que ha estado vivo alguna vez.

Kirius se dio cuenta de que ella evitaba mirarlo de forma deliberada a su plato. Al cabo de un momento, decidió que lo mejor sería cambiar de tema de conversación.

—Acabo de recordar una cosa —dijo en el tono más amable posible—.

Antes dijiste que no tenías dinero. Puedo dejarte algunas monedas, si así lo deseas. Tengo más que suficiente para mi viaje de vuelta.

—No —negó ella tras unos momentos—. Estoy acostumbrada a vivir sin dinero y ya he abusado demasiado de tu amabilidad.

—De verdad, a mí no me importa. Aunque supongo que siempre podrás vender ese colgante tuyo, el que mencionaron aquellos tres matones, si estás en apuros.

Ella no dijo nada, pero pudo ver como su mandíbula se ponía en tensión y dejaba de comer durante unos instantes.

—Yo... quizá he hablado demasiado. Supongo, por cómo lo defendías, que esa joya tiene mucho valor para ti. Discúlpame si te he ofendido, por favor.

—No tienes que disculparte, Kirius. Y tienes razón, el colgante es muy valioso para mí y no puedo desprenderme de él. ¿Te gustaría verlo? —preguntó

con voz ansiosa.

—Claro, me encantaría.

La verdad es que no entendía a la chica. Parecía disgustada con él por haber mencionado la posibilidad de que vendiese su colgante, pero un instante después

le pedía enseñárselo como si eso fuese lo más importante del mundo.

Metiendo la mano bajo su sobrevesta, sacó un colgante plateado de algo menos de dos pulgadas de longitud, que colgaba de una fina cadena también de

plata. Representaba a una estrella de ocho puntas dentro de un círculo. En el centro había grabado un intrincado símbolo que no reconoció. Kirius se inclinó

hacia delante para verlo mejor. Aunque parecía hecho de plata, se dio cuenta de

que no era la plata común que él conocía. Esta tenía un brillo tan puro y limpio,

que casi parecía un espejo.

—Qué extraño metal... ¿Puedo tocarlo? —dijo, levantando los ojos hacia ella.

—¡No! —chilló el Ausente, fuera de sí—. ¡Nos hará daño!

Kirius retrajo la mano de forma instintiva. Ella vio su gesto y lo miró con curiosidad.

—Sí. No se va a romper por eso.

Tuvo dudas, pero resolvió desafiar a la voz una vez más. Tomó el colgante entre el índice y el pulgar. Apenas lo tocó, notó que estaba muy frío y algo más.

Una especie de cosquilleo avanzó por su brazo, poniéndole los pelos de punta.

Unas imágenes quedaron grabadas en su retina durante unos instantes; una especie de cáliz metálico, unos grandes huesos brillantes y húmedos, una veintena de molinos cuyas aspas no cesaban de girar y una espada con la hoja helada, pero fue incapaz de retenerlas en su mente. Luego vio una niebla rojiza

que tomaba la forma de una persona, mientras a su lado ocurría otro tanto con una sombra impenetrable. Ambos seres se acercaron y empezaron a fusionarse y

rechazarse alternativamente, en una especie de danza hipnótica y demencial.

Kirius soltó el colgante con un gemido involuntario.

Innae guardó la alhaja bajo sus ropas, con lentitud. Kirius se pasó la mano por los ojos, inquieto por aquellas visiones que comenzaban a desaparecer de su

cabeza como si fueran la luz de unas brasas que se apagaban con rapidez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Innae con voz diferente, más cauta.

—Es... No, no es nada —contestó él, sin saber qué decirle—. Ese colgante tuyo... es especial, ¿verdad? ¿Dónde lo obtuviste?

Ella permaneció en un silencio incómodo y prolongado. Kirius la miró, sin saber qué había ocurrido para que la actitud de Innae hubiese cambiado otra

vez.

—Hay algo en ti que me asusta —soltó la muchacha de improviso.

Kirius se echó para atrás en la silla con brusquedad, como si ella le hubiese dado una bofetada. «Mierda, otra vez —pensó—. ¿Qué demonios he hecho ahora?».

—Pero me ayudaste —continuó ella— y eso no lo olvido, así que te contestaré a cambio de que luego me respondas a mí.

Kirius la miró, sin saber qué decir.

—De acuerdo —dijo al fin.

—El colgante me lo dio mi padre en un lugar único del Gran Desierto, cuando cumplí los doce años. Y sí, Kirius, es muy especial.

Siempre estaba mencionando a su padre, pero ¿qué clase de padre enviaba sola a su hija a un territorio extraño y hostil? No entendía nada, ni a la chica, ni

su historia, ni las sensaciones que le había provocado aquel colgante. Para aclarar su mente, volvió a comer en silencio y ella lo imitó. Aún no les habían

traído el vino y lo cierto es que la carne y el pan ya se le atragantaban. Tras engullir con esfuerzo un trozo de carne, soltó con rapidez la pregunta que había

estado queriendo hacer desde el principio.

—Innae, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué has venido a Merethia?

—¿Por qué? Mi padre enfermó y tuve que venir...

—Eso ya lo has dicho —la interrumpió Kirius con más brusquedad de la que pretendía—. Quiero decir, ¿cuál es el motivo real?

Ella se quedó inmóvil, mirándolo en silencio.

—Estoy buscando algo que quizá está aquí cerca, en Merethia —se sinceró cuándo Kirius ya creía que no iba a contestar—. Mi padre me dijo que era crucial hacerlo antes de los tiempos que están por venir; malos tiempos. Quizá tú

sepas algo y puedas ayudarme. Busco a Al'Talerian.

—¿Al'Talerian? —El extraño nombre no le era conocido.

—Sí, y a la persona con la que comparte vínculo. Alguien cuya sangre está mezclada con la plata y el oro y es el último de su estirpe. Alguien que puede sanar al propio mundo.

—Los tarkesios mienten muy bien —le advirtió el Ausente de improviso—.

Aléjate de ella mientras puedas. O mejor aún, arráncale el corazón y dámelo de

comer. Necesito probar su sangre para saber quién es esta pequeña zorra.

—No... no sé de... qué me estás hablando —tartamudeó Kirius, nervioso—.

Eso que dices parece... una locura —se detuvo, comprendiendo lo que acababa

de decir—. Yo no soy el más indicado para decirte eso, lo siento.

—De nuevo, no tienes que disculparte, Kirius —dijo ella lentamente.

Parecía... decepcionada—. Sé que mi tarea no es nada sencilla.

Antes de que pudieran decir nada más, tronó la voz del mesonero que, desde el otro lado de la sala, lo llamaba.

—¡Muchacho! Aquí tienes tu vino. Recógelo tú mismo, si lo quieres para hoy.

Kirius lo miró y asintió con la cabeza, aunque el hombre ya no le prestaba atención. Se volvió hacia Innae, que había enmudecido, y se incorporó.

—Si puedo ayudarte de alguna manera, cuenta conmigo. Luego seguiremos hablando de ello y responderé a cualquier pregunta que quieras hacerme.

—De acuerdo —le contestó ella con lo que parecía una sonrisa, aunque las sombras bajo su capucha quizá habían hecho que lo imaginara.

Sonriéndole a su vez, fue hacia el mostrador, donde el mismo mesonero le tendió una jarra de vino y dos vasos de cerámica, mientras se disculpaba.

—Lo siento chico, pero ya te dije que, con esa maldita fiesta dentro de dos días y las malas cosechas de estos años, el Consejo de la ciudad ha comprado casi todo el vino y lo guarda para la festividad. Me acaban de llegar dos barriles

y ya tengo uno por la mitad —dijo mientras se marchaba agitando la cabeza a un

lado y al otro.

Eso significaba que estaría muy caro, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Debía decidir qué hacer con respecto a la muchacha tarkesia.

Quizá podría persuadirla de que lo acompañase a la granja y que hablase con Terion. No sabía por qué, pero tenía la certeza de que el isgario podría ayudar a

la joven de alguna manera. Él, al menos, conocía a los tarkesios y su cultura.

Quizás podría desenmarañar de algún modo aquel sinsentido que era para él la búsqueda de la chica.

«Y seguro que a ella la trata con más amabilidad que a mí», pensó con amargura.

Sus pensamientos se vieron cortados de raíz cuando vio como cinco figuras vestidas con cota de mallas y libreas rojas, entraban por la puerta del edificio.

Eran guardias reales. Su corazón se aceleró cuando pasaron a su lado y fueron a

hablar con el mesonero. El bullicio y el alboroto se acallaron casi por completo

ante la presencia de los guardias. Arriesgó un vistazo a su mesa intentando avisar

a Innae del peligro, pero se quedó helado al ver que ya no estaba. La silla donde

se sentaba estaba vacía y no quedaba rastro de ella.

Kirius se forzó a caminar hasta la mesa, sentarse y terminar con su comida.

Poco después los cinco guardias se marcharon de la taberna. Casi de forma simultánea, empezaron otra vez los gritos, el ruido de los dados corriendo sobre

la mesa y las imprecaciones entre los parroquianos. Había desaparecido parte del

pan y el queso. Era evidente que la chica se había asustado al ver entrar a los guardias y había decidido huir.

«Me tenía miedo y hacía bien en tenerlo. El Ausente quería hacerle daño. Es mejor que esté lejos de mí», pensó mirando el cuchillo con el que cortaba la carne.

Aun así, sentía que hubiesen tenido que despedirse así. Él nunca le haría daño a una mujer, no de forma voluntaria, al menos. Apenas si probó algunos bocados más y bebió unos sorbos de vino antes de pagar y salir de la taberna. En

el exterior comenzaba a caer una fina lluvia que, por alguna razón, lo irritó. No

pudo evitar sentir cierta decepción al ver que ella no estaba fuera del establecimiento, esperándolo. En la calle no había más que personas que andaban presurosas bajo la lluvia.

—Bueno, no todos los días se conoce a un tarkesio y no a uno con una historia como la suya —se dijo al cabo de un momento—. En todo caso, suerte

en tus viajes Innae y que encuentres lo que busques, sea lo que sea. Adiós.

Tras despedirse de ella se sintió mucho mejor.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo el Ausente con una voz más desquiciada de lo habitual—. Algo la ha trastornado. La quiere y no parará hasta

conseguirla. ¿Quién es? ¿Qué hemos hecho?

Kirius se sobresaltó al comprender que las incoherentes palabras del Ausente habían provocado que hiciera gestos bruscos y que negase con la cabeza, con una creciente sensación de enfado, perplejidad y miedo. Cerró los puños, colocando ambos brazos pegados al cuerpo, e intentó recobrar el control de sus actos.

—¿Por qué sigues hablándome? Estoy harto de ti y de que me arruines la vida. Sé que no existes, ¡así que déjame en paz!

No obtuvo respuesta, pero tampoco esperaba tenerla. Uno de los apresurados transeúntes lo miró con lástima cuando pasaba a su lado, al verlo hablando solo.

No le importó, ya estaba acostumbrado. Se encogió de hombros y se internó en

las calles de la ciudad, caminando bajo la lluvia.

7. Cambios

De forma irónica, fue la primera persona a la que preguntó, tras salir de *El Mesón de Atther*, la que le indicó la localización de la posada que buscaba.

Kirius le agradeció al anciano, que a juzgar por su aspecto debía ser pescador, la

información que tanto le había costado conseguir. Después dirigió sus pasos

hacia la dirección que le había indicado, a las afueras del distrito portuario, pensando en todo lo que le había sucedido desde que abandonara la granja, días

atrás. Lo cierto era que Terion tenía razón: el mundo era más grande y

sorprendente de lo que él creía. Quizá el problema era que había vivido muchos

años en Rynad, una ciudad tranquila y próspera, bajo la siempre protectora

mirada de Gaelon. No pudo evitar que una sonrisa nerviosa se dibujase en su rostro. ¿Cómo podía sucederle nada encerrado en la biblioteca o en la granja?

Sumido en sus pensamientos, apenas se percató de que estaba entrando en

un barrio mucho más limpio y respetable. Bajo la lluvia pudo ver como las calles

se hacían más anchas, los edificios más altos, y el empedrado estaba en mejores

condiciones. Aquí y allá se veían grandes mansiones rodeadas por altos muros y

en algunas ocasiones vigiladas por guardias, que hacían sus rondas enfundados

en grandes mantos de lona impermeabilizada con los que se resguardaban de la

lluvia. En esos momentos deseó tener uno, pues ya estaba calado hasta los huesos.

Poco después, tras doblar una esquina, vio la posada. El letrero, situado

encima de la puerta, se movía hacia detrás y hacia delante por el viento, mostrando el dibujo de tres coronas doradas formando un triángulo. Sin

pensarlo, corrió hacia el edificio y, tras abrir la puerta, entró sacudiéndose toda el agua que pudo de su capa. Cuando terminó, levanto la vista y observó el

establecimiento. Se hallaba en la antesala a lo que parecía la sala común, que

se

encontraba a su izquierda. Delante de él, unas amplias escaleras subían al piso superior. La tapicería que colgaba de las paredes, que ilustraba imágenes de batallas y de cacerías, y el mobiliario eran de muy buena factura y corroboraban

su impresión acerca de la calidad del establecimiento. En la antesala sólo estaban

él y el portero, un hombre de anchos hombros y expresión hosca, que se encontraba de pie al comienzo de las escaleras. Al entrar lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada ni hizo ademán de intentar impedirle el acceso.

Con paso vivo, el chico se dirigió hacia la sala común, con la esperanza de encontrar a Arvand en ella, pero no fue así. Apenas si había media docena de personas en ella, al menos que él pudiese ver. Al fondo de la estancia había una serie de reservados hechos de madera de fresno, cerrados con cortinas para poder

mantener conversaciones privadas y comer sin ser molestado. Buscó al posadero

y decidió que debía ser un individuo de unos cuarenta años, de cara rojiza y algo

entrado en carnes. El hombre estaba escuchando con sumo interés a una joven,

quizá algo mayor que Kirius, que le hablaba con expresión de concentración en

su agraciado rostro. La chica tenía el cabello castaño recogido en un complicado,

pero en absoluto artificial, moño. Sus ojos eran también de un color castaño

claro, enmarcados en un rostro a la vez serio y enérgico. Llevaba un vestido de

seda verde con anchas mangas y lazadas en el escote. Cuando se acercó más a ellos, pudo oír parte de la conversación que mantenían.

—... y eso es todo, señor Kerd. Por favor, compruebe que lo traigan antes de nuestra marcha y que los portadores tengan mucho cuidado al cargarlo. —
La

que hablaba era la joven. Su tono de voz, sin ser autoritario, dejaba a las claras

que esperaba que todo lo que dijera se cumpliría sin la más mínima imperfección

—. Subiré a mi habitación, si no se os ofrece nada más.

—No, nada más, señorita Tavel. Vuestro encargo estará finalizado por la mañana. Tened una buena tarde.

La joven le sonrió y, tras darse media vuelta, se dirigió a la salida de la sala

común. Al cruzarse con Kirius no levantó la mirada, a todas luces su atención estaba puesta en otra parte. Fue entonces cuando vio que en la sien derecha tenía

una pequeña cicatriz en forma de media luna, que parecía fuera de lugar en su bonito rostro. Kirius se adelantó y llamó la atención del posadero antes de que se

marchase.

—Buenas tardes. Estoy buscando a una persona que se aloja aquí. Su nombre es Arvand de Orthald.

El hombre asintió, y pareció a punto de decir algo, cuando desde detrás pudo escuchar la voz de la joven que acababa de marcharse.

—Yo hablaré con él, señor Kerd. Ya os he robado demasiado tiempo.

El hombre la miró durante unos instantes y asintió.

—Muy bien, ya sabéis que el trabajo de los hombres honrados no acaba nunca. Os veré para la cena —dijo y se marchó desapareciendo por una puerta

que, a juzgar por los olores que despedía, debía de ser la cocina.

Kirius miró a la chica, sin saber muy bien qué quería de él. Ella había puesto los brazos en jarras y le miraba como si esperara que él dijese algo.

—¿Y bien? ¿Para qué buscas a Arvand?

—Somos amigos. ¿Es que acaso lo conoces?

—Eso me pregunto yo a veces —dijo ella resoplando, pero con una sonrisa en sus labios—. Pero tienes razón, lo conozco. En todo caso, tú debes ser Kirius,

¿verdad? Mi nombre es Leen Tavel.

—Sí, yo soy Kirius y me alegra conocerte, Leen. ¿Me esperabais?

—Sí, desde hace varios días. Arvand ya temía que no vendrías y eso lo ha puesto triste. Bien, al fin has llegado. Subamos a su habitación. Él está arriba, espero que atendiendo sus obligaciones... más le vale —añadió, frunciendo el ceño.

Ambos se dirigieron a las escaleras, cruzándose con otro cliente que entraba

con la capucha echada, bajo un manto de viaje y calado de la lluvia. Kirus sintió, más que vio, la mirada que el hombre le echó cuando se cruzaban. Sin embargo, antes de que pudiera fijarse en él, Leen empezó a hablarle y él le dedicó su atención, por cortesía. Le contó que ella, al igual que Arvand, era una

iniciada de los riadeim en la isla de Varean, y que habían viajado juntos a Corak,

doce días atrás. Ambos se marcharían dos días después, justo en el día de la Visión de Bade; entre otras cosas porque el capitán, le contó en tono jocoso, mantenía como tantos otros la supersticiosa creencia de que navegar el día antes

de la gran celebración traía mala suerte. En cambio, hacerlo en el mismo día siempre atraía vientos favorables. La chica enmudeció frente a una puerta al final

de la galería del piso superior de la posada y llamó dos veces. Acto seguido abrió

y entró en la habitación. Kirus la siguió hasta el umbral de la puerta y permaneció allí.

La habitación sólo constaba de una pieza, pero era tan lujosa como el resto

de la posada. Sentado frente a un recio escritorio, de espaldas a ellos, se encontraba Arvand, que en ese momento abría a toda prisa un voluminoso libro

de tapas de cuero desgastadas. Leen entró en la habitación emitiendo un sonido

de disgusto, mientras Arvand aparentaba estar sumido en la lectura del libro.

—Ah, eres tú mi querida Leen —dijo con el tono más zalamero que fue

capaz y volviéndose sólo a medias—. ¿Qué tal ha ido hoy?

—No intentes engañarme, Vand. —A Kirius se le escapó una sonrisa al oír ese nombre. ¿Vand? O él no sabía nada o esos dos tenían una relación más cercana de lo que había creído en un principio—. ¡Eres un irresponsable! Sabes

que aún somos iniciados y debemos seguir con las lecciones incluso aquí.

—¡Bah! Tonterías. En menos de un año nos convertiremos en riadeim de pleno derecho. Te preocupas demasiado, como siempre. Somos los iniciados que

más avanzados estamos. Desde luego más que ese bocazas de Anoraul y que...

—Arvand se volvió del todo en su silla, mirando a Leen, y lo vio—. ¿Quién está

ahí? ¿A quién has traído, Leen?

Kirius aprovechó para dar unos pasos dentro de la habitación, bastante mejor iluminada por una lámpara de aceite que el pasillo. Al verle una sonrisa se fue

formando poco a poco en la cara de su amigo, la misma que se reflejaba en su rostro. Los cambios producidos en Arvand eran evidentes. Su pelo, de un color rubio oscuro, era más largo. Sus ojos verde oscuros poseían una mirada que no

estaba ahí antes y ahora llevaba barba, no del todo formada aún, pero barba, al

fin y al cabo. Todo eso, y la corpulencia que había ganado, le conferían más que

nunca la imagen del típico norvadoreano. Pero la mayor diferencia era un

cierto

aire de seriedad que podía notarse en su rostro. La jovialidad de antaño seguía ahí, pero algo había cambiado.

Leen los miró a ambos alternativamente y luego compuso una mueca de exasperación.

—¿Es que vais a quedaros sonriendo como bobalicones todo el día?

¡Hombres! —dijo por fin, como si eso lo aclarase todo.

Arvand fue el primero en reaccionar. Tras levantarse se acercó hasta él, tuvo un instante de dudas y después le dio un fuerte abrazo.

—Kir, por los Tres, me alegro de verte.

Cuando al fin se separaron, Kirius le dio un amistoso empujón en el pecho.

—Yo también me alegro, Arvand, pero casi me rompes algo con ese abrazo.

No sé si te has dado cuenta de la fuerza que has adquirido en este año.

—¿Fuerza? Ojalá, pero no son exactamente músculos —explicó Arvand, riendo—. Tú, en cambio, sí que estás fuerte. Se nota que has trabajado duro en

todo este tiempo.

—¿De verdad lo crees?

En la biblioteca de Rynad había un viejo espejo azogado en el que Kirius se había visto reflejado alguna vez, pero en la granja no disponía de esos lujos; ni

de tiempo para malgastarlo pensando en su aspecto.

—Claro, casi no te reconocí en un principio. —Arvand lo miró con detenimiento, hasta que vio el arma que llevaba bajo la capa—. Un momento, ¡tienes una espada! ¡Maldito bribón! ¿Dónde la has birlado? —le preguntó con

una sonrisa cómplice.

Leen, que se había sentado en silencio en la cama, puso los ojos en blanco.

—¡Oh, bien! Creo que os dejaré con vuestra interesante conversación sobre músculos y espadas.

Arvand la miró con expresión culpable, se sentó junto a ella y la tomó de la mano.

—Lo siento, Leen. Vosotros dos os habéis presentado ya, ¿no es así?

Kirius asintió, tras lo que, y a petición de Arvand, cerró la puerta de la habitación y tomó asiento.

—Tuve muchos problemas para encontrar la posada —dijo Kirius—. La mayor parte de la gente de Corak me ha parecido desagradable y estirada.

—Es normal en las grandes ciudades y Corak es un gran puerto comercial —le contestó Arvand mientras se rascaba la barba—. Además, la proximidad del día de la Visión de Bade lo habrá complicado todo aún más.

—Leen me dijo que estaríais aquí dos días más. En realidad, ¿qué habéis venido a hacer a Corak?

—Nada importante —le confió Arvand. Kirius vio como Leen le lanzaba una mirada llena de tensión—. Nos ocupamos de ciertos asuntos relacionados con el sire...

—¡Arvand! ¿Es que no puedes mantener esa boca cerrada? —lo reprendió ella.

—¿Qué importa decírselo? Confío en él y contárselo no hará ningún mal a nadie.

Leen suspiró como si tuviese que explicarle algo a un niño.

—Por eso mismo, lo mejor es no correr riesgos. ¿Acaso has olvidado la conversación que mantuviste con Colvir el día que nos conocimos? —dijo bajando el tono de voz. El rostro de Arvand se ensombreció—. Él lo sabría y, al

fin y al cabo, no creo que tu amigo se moleste por eso, ¿verdad, Kirius?

—No, claro que no. Comprendo que los riadeim tengan... tengáis vuestros secretos —declaró con una sonrisa forzada.

Todo esto le había recordado demasiado a las palabras del viejo Loun.

—Bueno, ya está. Siempre hay otro modo de solucionar las cosas —declaró con satisfacción. Después se levantó y se acercó a Kirius—. No me malinterpretes, por favor. Me alegro mucho de que hayas venido y de conocerte,

pero hay ciertas cosas de las que Arvand y yo no podemos hablar.

—Es el precio por aprender —murmuró Arvand en un tono que decía que ambos habían mantenido esa conversación muchas veces con anterioridad.

—Sí, y hay buenos motivos para pagarlo. Os dejaré un rato a solas para que habléis con tranquilidad. Nos veremos abajo durante la cena.

Y tras esto salió y cerró la puerta tras ella. Kirius la observó marcharse y después compartió una mirada con Arvand. Al cabo de unos segundos, ambos estallaron en carcajadas.

—Es todo un carácter —pudo por fin decir Kirius, limpiándose las lágrimas

—. Nunca pensé que acabarías con una chica así.

—Te has fijado, ¿verdad? —Al decirlo sonreía, pero Kirius percibió una vez más ese aire de seriedad que ahora lo circundaba—. Esa es su mejor y su peor virtud. Yo no tenía proyectado esto, pero... ocurrió. Te aseguro que es una buena

chica, pero es eltaria —añadió con un guiño—, y los eltarios suelen decir lo que

piensan sin importarles las consecuencias.

—Te felicito entonces por haber encontrado a una chica tan maravillosa.

—No tanto como maravillosa —gruñó Arvand recostándose en la cama con las manos bajo la nuca—. ¿Y qué hay de ti? ¿No has encontrado a nadie en Telbar?

—No, a nadie, y no vivo en la ciudad sino en una granja a las afueras. No he tenido mucho tiempo libre ni compañía, tan sólo trabajo y más trabajo.

—¿Sí? A juzgar por tu aspecto, yo diría que Terion te ha hecho trabajar como a un siervo. Bueno, cuéntamelo todo, incluido eso de que vives en una granja.

Y así pasaron horas, hablando del casi año y medio que Kirius había permanecido con Terion. Más tarde Kirius tomó una habitación para pasar dos noches. Tras la cena, la mejor que había probado en mucho tiempo, los tres subieron a sus respectivas habitaciones muertos de sueño. Kirius, en una habitación bastante similar a la que poseía Arvand, pasó algún tiempo despierto

en la oscuridad, tendido en la comfortable cama. No había duda de que Arvand había cambiado y este parecía creer que él también lo había hecho. Suponía que

eso era lo que significaba crecer y convertirse en hombres.

Hoy le había contado a Arvand muchas cosas, pero no había tenido ocasión de hablar con él de lo que le había pasado en Fiolbar. Lo cierto es que ya no estaba tan seguro de querer hablar de ello con su amigo. Él no le había contado

nada de su estancia y formación en la isla de los riadeim. «Mañana hablaremos

de todo esto», pensó antes de dormirse.

A la mañana siguiente, Arvand lo invitó a acompañarlo al puerto, donde el futuro riadeim tenía que hablar con el capitán de la nave que los llevaría de vuelta a la isla de Varean. Las calles de la ciudad estaban atestadas de gente que

acudía a las ferias y celebraciones, pero el puerto seguía con una actividad parecida a la del día anterior. El barco que buscaba su amigo estaba fondeado

muy cerca de donde se había encontrado a la chica tarkesia, el día anterior. La nave eltaria en la que había viajado Innae seguía amarrada en el espigón. A pesar

de la invitación de Arvand, Kiriús no subió al barco de enseña mereciana y esperó pacientemente mientras su amigo y el capitán discutían durante un buen

rato. La tripulación se afanaba en cubierta reparando cables, sogas y cosiendo una inmensa vela cuadra. El barco era una voluminosa coca de dos mástiles que

transportaba mercaderías y suministros a la isla de los magos.

Poco después, y a juzgar por los gestos del capitán, un hombre de mediana edad y rostro curtido por los elementos, Arvand lo había convencido de lo que

había venido a proponerle. Se despidieron con un firme apretón de manos y su

amigo bajó por la pasarela a tierra firme con una sonrisa en el rostro.

—Ese capitán Lessan es un hombre duro de roer —dijo cuando llegó a su lado—, pero ha accedido a partir mañana a primera hora y a... mis otras peticiones. Partiremos en cuanto la marea sea buena.

—Entonces no nos queda mucho tiempo, ¿verdad?

—Me temo que no —dijo mirando hacia un lado y a otro. Luego señaló hacia unas cajas de madera, a no mucha distancia—. Sentémonos ahí y

hablemos, como en los viejos tiempos. Me temo que el resto de la tarde estaré demasiado ocupado. Leen y yo aún tenemos asuntos pendientes en Corak.

Tuvieron que pasar unos segundos para que Kirius se diera cuenta de que estaban a tan sólo unos pasos de donde él se había sentado ayer mismo. «Qué casualidad. Me pregunto si Innae está bien», pensó mientras miraba el lugar donde la había conocido.

—No sabes cuánto me alegra haber podido hacer este viaje y librarme por unos días de la aburrida rutina de la isla —comentó de pronto Arvand—.

Además, pude venir con Leen por ser ambos los iniciados que más avanzados estamos. Los que recibiremos a no mucho tardar el título de riadeim, si todo va bien.

—Me sorprende que te hayan permitido contactar conmigo. Siempre pensé que no volveríamos a vernos hasta que fueses un riadeim.

Arvand lo miró y sonrió con malicia, como en los viejos tiempos.

—¿Y quién te ha dicho que me lo hayan permitido? Dijeron que Leen y yo debíamos actuar con naturalidad, como dos... personas cualesquiera. Eso para

mí incluye hablar con mis amigos, si tengo la oportunidad.

—¿Estáis en una misión para la orden? No hace falta que me expliques los detalles —se apresuró a añadir al recordar la discusión entre la joven pareja.

—¿Misión? Más bien es una especie de última prueba, para demostrar nuestra valía y nuestras capacidades. Nada espectacular, te lo aseguro. Lo que pasa es que los riadeim guardan un gran secretismo en todo lo referente a sus asuntos. Ese es el motivo por el que la gente común, por lo general, nos teme

más de lo que nos respeta. —Sonrió como si eso fuese una gran equivocación —.

A pesar de todo, el pueblo debería saber que no hay nadie más leal al rey Gilvar

y a Merethia que los riadeim. A toda Balaeron, para ser exactos.

—Bal Aeronis desapareció hace setecientos años, Arvand. A lo único que llamamos Balaeron es a la región que la conformó en su día y a nuestro pueblo.

No hay ninguna Balaeron a la que guardar lealtad.

—No lo creen así muchos de los magos —replicó Arvand con una mueca burlona que demostraba lo que él pensaba al respecto—. En los últimos tiempos

se oyen voces que dicen que las cinco naciones deberían reunirse de nuevo, bajo

la enseña de la gran nación que fuimos antaño. Pero, si quieres que te dé mi opinión, eso es imposible a no ser que pretendan que ocurran otras Guerras de la

Ira. Parte del cometido de los riadeim es evitar que algo así vuelva a producirse.

Nosotros recordamos bien el sufrimiento de los balaerianos durante aquel siglo de guerras, conflictos y hambruna en el que los seis reinos lucharon por la supremacía tras la Separación. Pero hoy Moradhair no se doblegará ante nadie,

Eltar seguirá aislada en los mares del este, Norvador se mostrará intratable si se

la quiere obligar a algo y Merethia... hará todo lo que quiera Isgarad, menos

dejarle que usurpe el poder de su corona.

—En otras palabras, crees que sería Isgarad quien intentaría reunificar a todos los reinos bajo la bandera de Balaeron, ¿verdad?

—Oh, no tengo ninguna duda de que en algún momento lo intentarán.

¿Acaso te molesta que hable mal de tu recién descubierta patria? —le preguntó

con un guiño de burla, pues Kiriús le había contado la noche anterior sus verdaderos orígenes.

—No, no es eso. Es que apenas sé nada acerca de Isgarad —Arvand asintió, comprensivo, mientras se rascaba la barba. Al parecer, aún no se había acostumbrado del todo a ella—. Arvand, me gustaría hacerte algunas preguntas.

En el viaje hacia aquí me pasaron algunas cosas..., bueno... un poco raras.

—Suele pasar cuando bebes demasiado —bromeó su amigo.

—No seas estúpido —le dijo intentando no sonreír ante su ocurrencia—. Te lo digo en serio. En un pueblo, de camino hacia aquí, me encontré con un riadeim, un tal Beiran Kaldis, y una mujer riadarian.

—¿Beiran Kaldis y una riadarian? —preguntó un sorprendido Arvand—.

¿Podrías describirme a esa mujer?

Kiriús se levantó de su asiento y comenzó a caminar de un lado a otro mientras hablaba. Recordar todo este asunto lo había puesto nervioso.

—Sí, claro. Sus ojos eran como el acero, duros, y...

—La Bruja Gris —susurró Arvand, interrumpiéndole—. Todos los que conozco siempre la han empezado a describir de la misma manera que tú. Su verdadero nombre es Minedea Darille. El otro es un apodo que los iniciados le

hemos puesto, entre otros muchos bastante menos educados.

—Minedea... Debe de ser una mujer muy capaz si ha conseguido entrar en el Consejo de los Nueve.

—En realidad, las mujeres son casi mejores que nosotros en el uso de la magia; hasta hace poco había más de ellas en la orden que hombres. La Plaga, al

parecer, cambió eso. Aun así, sólo hay tres mujeres entre los nueve riadarian, por

cuestiones de usos y costumbre, y a Minedea es a la que más respeto le tenemos.

—Kirus tuvo la impresión de que podía sustituir perfectamente la palabra respeto por miedo—. Es una defensora a ultranza de la orden y una de las que apoyan las ideas de una Balaeron reunificada.

—Arvand, ella me miró como si... yo le interesara de alguna forma. Y eso no es todo. Unas horas antes, un hombre me contó que yo tenía un... aura que todos los riadeim tienen. He llegado a pensar que quizá... quizá yo tengo aptitudes para la magia.

Su voz se quebró cuando lo dijo. Lo había pensado y era una idea que, por alguna razón, le parecía pavorosa. Arvand lo miró con curiosidad durante unos

momentos, pero luego negó con la cabeza.

—Es imposible. A estas alturas ya se habría manifestado de alguna forma.

Además, yo nunca he notado nada raro en ti.

—¿Es verdad que los magos tienen algún tipo de aura visible para otros como él? Si es así, podrías intentar ver si yo la tengo.

—No. No sería una buena idea y no sé cómo ese hombre sabía eso.

—Llevo días muy preocupado por lo que ocurrió en ese pueblo. Hazme sólo este favor. Si fuese así, eso podría explicar por qué... oigo lo que oigo.

Arvand se levantó y le dio la espalda durante unos segundos. Cuando se volvió hacia él tenía una expresión inflexible en el rostro.

—La magia no funciona así, Kir. Los riadeim percibimos una realidad que está más allá de esta, pero lo hacemos con naturalidad. No oímos voces en nuestras cabezas ni hacemos cosas extrañas... —Arvand calló viendo la

expresión de dolor de su amigo, se mordió el labio inferior y suspiró—. De acuerdo, lo haré. Pero si alguno de mis maestros se enterase, me desollaría vivo

por esto.

—Muchas gracias. ¿Qué debo hacer?

—¿Tú? Sentarte ahí y dejar de hablar de una vez —le dijo malhumorado, aunque conociéndolo, gran parte de ese enfado era fingido—. Yo lo haré todo, Kirius.

El chico se sentó, mientras su amigo se colocaba frente a él, a cinco pasos de

distancia. Rebuscó en una pequeña bolsa que llevaba colgada de su cinturón y cuando sacó su mano había una pequeña hoja trifoliada de color verde sucio en

ella.

—¿Para qué es eso? —le preguntó con una curiosidad nacida del nerviosismo.

—Es talina, una planta que sólo crece en los acantilados de Talin, en Eltar.

Sirve para llegar a un estado de conciencia superior de una manera más rápida y

directa. En realidad, no es necesaria... o no debería serlo —añadió en tono amargo—. Ahora guarda silencio y no te muevas.

Arvand procedió a introducir la hoja en su boca. La colocó bajo su lengua y estuvo lo que le parecieron horas a Kirius de pie, mirándole impertérrito. Su corazón latía con fuerza, pues era la primera vez que veía a su amigo hacer algo

similar; nunca había accedido a ello. El miedo lo embargaba, tenía que admitirlo.

Tenía miedo de la magia y temor a que él pudiese tener alguna capacidad para realizarla. Miedo a que cosas como escuchar al Ausente fuesen la norma y no la

excepción. En ese momento comenzó una silenciosa plegaria a los Tres para que

no fuese así.

Fue entonces cuando Arvand emitió un sonido ininteligible y abrió los ojos,

ya que se le habían ido cerrando paulatinamente. Al principio no pasó nada, su

amigo hizo unos gestos con las manos y los dedos, como si estuviese apartando

algo delante de él. Luego comprendió que algo iba mal. Lo supo cuando Arvand

abrió los ojos como si no diese crédito a lo que veía, dio un respingo, y enseguida pasó una mano delante de él, en lo que parecía un gesto de protección.

Se apoyó con torpeza en una caja de madera, mientras miraba a Kirius con la tez

lívida.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has asustado? —preguntó un aterrado

Kirius.

—No es nada, ha sido culpa mía. —Arvand miró por encima del hombro del chico, como si esperase ver a alguien allí. Kirius se volvió, pero no había nadie.

En todo caso, Arvand parecía estar recuperándose de lo que quiera que le había

causado tal impresión—. He creído ver algo a tu lado, con un aura... antinatural.

Pero me he equivocado, o quizá... quizá... No, nada.

—¿Quizá qué, Arvand? Dímelo. Todo esto me atañe a mí, ¿recuerdas?

—No es nada que deba preocuparte. A veces quedan impresas las auras de

las personas en ciertos lugares. Las emociones muy fuertes como el odio, el miedo o la lealtad extrema las dejan fijadas a un sitio mejor que un clavo en una

rueda. Lo importante es que no tienes ningún aura de riadeim. No tienes aptitudes para aprender la magia.

—Todos te mienten, Kirius. ¿Acaso no lo ves? —intervino el Ausente, con voz envenenada—. Él ya no es tu amigo. Deberíamos cortarle el cuello por su traición.

Kirius dio un respingo y apretó las mandíbulas, resuelto a ignorarlo. Si lo hacía durante el tiempo suficiente, desaparecería para siempre. Aún así, una parte de él no fue capaz de evitar sentir desconfianza hacia su amigo.

—¿Hay algo que no me estás contando, Arvand?

—¡Maldita sea, Kirius, no seas tan egocéntrico! —Arvand se había alejado unos pasos de las cajas escupiendo la hoja de talina, que ahora era de color azul,

y lo miraba con dureza—. Ya te he dicho que no tienes aptitudes para ser un riadeim. Si Minedea y Kaldis se fijaron en ti pudo ser por cualquier razón. Son

seres humanos, ¿sabes? Pueden sentir curiosidad.

Kirius miró asombrado a su amigo. Era la primera vez que le hablaba en ese tono. A pesar de las palabras del Ausente y de sus propias dudas, se forzó a confiar en Arvand. No podía creer que él también le mintiera y lo tratara como a un estúpido. Él no. Era su amigo, el único que siempre lo había defendido. Quizá

estaba dejando que el miedo irracional a los riadeim y su amarga decepción

por

la vuelta del Ausente lo controlasen.

—Lo siento —se disculpó al cabo de un momento—. Tienes razón. A veces sólo pienso en mis problemas. Olvidemos todo esto, al fin y al cabo, has dicho

que no tengo ningún don para la magia.

—Eso es —asintió su amigo tras mirarle un momento—. Tienes la capacidad mágica de una piedra. No te asustes, Kirius, por eso no he hecho bien

en acceder a tu petición. Los no tocados por la magia no saben interpretar nuestras reacciones y suelen asustarse.

—Entiendo. Quizá no fuese una buena idea —dijo Kirius con una risa nerviosa.

—Volvamos ya. Leen debe de estar esperándonos y hay mucho por hacer esta tarde.

Kirius asintió y ambos echaron a caminar, cada uno sumido en sus pensamientos. No volvieron a cruzar palabra hasta que llegaron a la posada, un

buen rato después.

†† †† †† †† ††

Arvand no se sentía demasiado bien esa mañana; apenas había pegado ojo en toda la noche. Y no se debía al hecho de que esa fuese la última noche que

pasaba en Corak, por lo que se había visto obligado a hacer allí o porque al día

siguiente iba a emprender una travesía en barco y él odiase navegar.

No, no había sido por ninguna de esas cosas.

Los tres se encontraban en los muelles, justo al costado del Sol Escarlata, el

navío que los llevaría a la isla de Varean, previa escala en Calust. Era una irritante norma de la orden. Todos los barcos que atracaran en los muelles de Medar debían partir desde Calust, tras la firma de un permiso sellado, si no se les

forzaba a dar media vuelta. Los riadeim llevaban un control férreo de quienes iban a la isla y para qué. Y no se podía decir que sus precauciones estuvieran de

más.

Leen estaba a su lado, esperando a que el capitán diese por terminados los preparativos del barco. La joven lo miró y le sonrió. Ella se había dado cuenta de

que había estado preocupado desde ayer; siempre se daba cuenta de esas cosas.

Él no le había dicho la razón y no pensaba hacerlo a no ser que... En ese momento se dio cuenta de que ella le había hecho una pregunta a Kirius y centró

toda su atención en la respuesta de este.

—No, no me quedaré hasta mañana. Aprovecharé que hoy todo el mundo

está en las celebraciones para marcharme, así el camino estará más despejado.

Su voz sonaba otra vez como la del Kir de dos días atrás. La noche anterior,

cuando él y Leen habían vuelto a verlo en la posada tras pasar la tarde fuera, tenía una expresión abatida y muy pocas ganas de hablar.

—Es lo que yo haría, Kirius —le aconsejó Leen—. Mañana los caminos

estarán llenos de gente con el inicio de la Peregrinación y pronto se convertirán

en un barrizal. Aprovecha la quietud que habrá hoy y no tendrás ningún

problema para estar en tu hogar en tres días.

Arvand miró a su amigo con curiosidad, mientras este le agradecía a Leen su

interés. El joven había cambiado, eso estaba claro. Para empezar, ahora parecía

estar más seguro de sí mismo y haber encontrado su sitio en la vida o, al menos,

parecía querer hacerlo. Antes, en Rynad, no parecía tener interés ni objetivo alguno más allá de viajar a Almeron, cuando pensaba que su familia provenía de

allí. Físicamente era más alto aún y más fuerte. Había perdido la mayor parte de

ese aire desgarrado que poseía antaño. Su cabello era un poco más largo y rebelde, y su rostro seguía manteniendo la misma seriedad de siempre. Pero sus

ojos... Kir siempre había tenido unos ojos extraños, pero nunca los había visto brillar como ayer. Al mirar su aura habían brillado con el fulgor del oro. Algo así, visto desde Uldis, siempre significaba algún tipo de afinidad con el Eldantir,

si bien sabía lo bastante para interpretar que no se trataba de una posible habilidad como mago. Sea como fuere, eso era lo que menos le preocupaba de lo

que había visto ayer.

—Hora de zarpar, mis señores riadeim —anunció el capitán desde la cubierta.

Ninguno de los dos era aún riadeim, pero el marino parecía olvidarlo con frecuencia. Los amigos se miraron y se dieron la mano. El apretón de Kirius fue

firme y se demoró, como si el chico intentase aferrarse a él.

—Hemos de irnos ya —dijo Arvand sintiéndose culpable cuando retiró su mano—. Ha sido breve, pero me alegro de haberte visto.

—Lo mismo digo, Arvand. ¿Cuándo te volveré a ver?

—Es difícil decirlo. —Era improbable que volviesen a salir de la isla en años, pero no deseaba contestarle eso a su amigo—. Te aseguro que en cuanto podamos iremos a visitarte a la granja.

—Lo haremos con mucho gusto —intervino Leen. Se acercó a Kirius y le dio un beso en la mejilla izquierda—. Ten un buen viaje de vuelta, Kirius. Nos

volveremos a ver, si es la voluntad de los Tres.

Tras esto se dio media vuelta y cruzó la pasarela que llevaba a la cubierta del navío. Arvand miró a su amigo una vez más, todavía dudando de si debía decirle

algo, de si debía prevenirle de alguna manera. Finalmente comprendió que no podía hacerlo.

—Cuídate mucho, Kirius —se despidió Arvand. Por una vez no sabía qué decir—. Hasta la próxima vez que nos veamos.

—Hasta entonces, Arvand.

Se dio la vuelta y caminó hasta la cubierta del barco, junto a Leen. Una fría brisa soplaba hacia el sur, pero eso les ayudaría a llegar antes a Medar. El capitán

no se había equivocado al decir que hoy haría buen tiempo. Quizá las supersticiones de los marinos no eran tan absurdas como parecían.

Mientras eran soltadas las amarras del barco y subida la pasarela, Kirius seguía de pie mirándolos a él y a Leen, aunque a todas luces sumido en hondas

reflexiones. Al mirarlo, recordó lo que había pasado ayer aquí mismo. No pudo

evitar mirar detrás de su amigo, intentando alcanzar el estado superior de conciencia que necesitaba para ver las cosas ocultas al ojo de la gente normal.

Sin embargo, no lo consiguió. Desde el incidente en la Puerta de la Revelación le

resultaba casi imposible hacerlo sin la talina o meditación. Y con Leen y los marinos a su lado no se arriesgaría a intentar hacerlo. Además, no quería estar seguro. No quería cerciorarse de que había algo que se aferraba a Kirius. Había

entrevisto una presencia oscura, difuminada e imprecisa. Algo que parecía humano, pero que no podía serlo. Lo peor era su aura, de colores que se

desdibujaban en patrones imposibles que fluían como nada lo hacía en el Eldantir. Lo que había visto tenía un inquietante parecido a la entropía que rodeaba a Brandy. Pero nadie de los que estuvo aquella noche, durante el recibimiento de los nuevos iniciados, podía hablar de aquello, bajo pena de muerte. Los siete riadarian supervivientes habían sido muy claros al respecto, cuando días después reunieron a los presentes durante aquella aciaga noche, y les dijeron que más allá del recinto de la Torre del Sol tenían prohibido hablar del tema. Todos juraron ante el consejo de los riadarian, por su vida y por la lealtad que profesaban a la orden, que acatarían sus órdenes. No podía contarle a

Kirius nada de eso, ya sabía por experiencia propia que los riadeim se darían cuenta si no respetaba su juramento. Contárselo a los riadeim sería aún peor.

Estaba seguro de que, si tenían la más mínima sospecha de que Kirius podía convertirse en algo similar a Brandy, su reacción inmediata sería asesinarlo.

No estaba dispuesto a perder a otro amigo, no importaban las consecuencias.

Sin saber si estaba condenándolo a un destino peor que la muerte, Arvand

levantó la mano mientras el navío viraba poniendo proa en dirección sur. Quería

hacerle algún gesto que lo pusiera sobre aviso, pero Kirius le correspondió agitando la mano en un gesto de despedida. Arvand se dio la vuelta sintiendo asco de sí mismo.

—Que Ethalael me ayude, pero cómo odio a veces a los jodidos riadeim.

Leen se giró hacia él con una expresión de incredulidad que, en otras circunstancias, podría haber resultado hasta cómica.

8. Un camino de cenizas

Aún era temprano cuando Kirius abandonó Corak y se puso en camino,

siguiendo la misma ruta que lo había traído hasta la ciudad. A las afueras de la

urbe se habían montado grandes campamentos de tiendas y puestos de

mercancías, atestados de gente. Le pareció ver lo que, por los relatos que había

leído, debía ser un campo de justas. En Merethia hacía mucho tiempo que tal deporte había dejado de practicarse. Esa tradición sólo se mantenía en Isgarad gracias a los Caballeros del Lirio, la última orden de caballería de Balaeron. En

otro momento se hubiese acercado a disfrutar del espectáculo, pero no quería demorar por más tiempo su partida. Así que, golpeando los flancos de Helyra, salió al galope para subir las colinas situadas al oeste de la ciudad. Era chocante

no ver a nadie en el camino cuando hacía tan sólo unos días estaba lleno a rebosar.

Cabalgó durante un buen rato a gran velocidad y después aminoró la marcha, cansado. Helyra no parecía mucho mejor que él.

—Lo siento —le dijo mientras le palmeaba la cruz—, tú no tienes la culpa de mis problemas.

Al intentar beber de su odre, se acordó de que no lo había rellenado al salir

de Corak y hoy precisamente no llovía. Maldijo su estupidez antes de recordar un arroyo que había visto desde el camino, durante el viaje de ida a la ciudad. No

quedaba lejos, así que dirigió a Helyra al paso hacia allí y pronto se encontró llevándola de las riendas hasta el arroyo. Estaba situado a poco más de cien pasos del camino, en el interior de un bosquecillo de pinos rojos que lo bordeaba

por su parte sur. Al llegar dejó que el animal bebiese a placer de sus frías aguas y

él pronto lo imitó. Cuando se sintió saciado, llenó su odre. Aprovechó para contemplar el entorno mientras esperaba a que Helyra terminase de beber en su

improvisado abrevadero. Observó a los árboles, la luz del sol brillando y

apagándose entre las nubes y a los milanos negros que volaban de rama en rama,

y pensó que Merethia jamás le había parecido tan bella. Tenía la sensación de que el mundo era sólo para él. Ante eso sus preocupaciones menguaban y poco a

poco fue naciendo en su interior una sensación de bienestar como no había tenido en los últimos días.

Fue entonces cuando le pareció oír el bufar de un caballo en algún lugar de los alrededores. Sin saber por qué, su corazón comenzó a latir apresuradamente.

Intentó calmarse y escuchar, pero el sonido no volvió a producirse. Helyra

miraba a su alrededor moviendo las orejas y el chico tardó unos momentos en darse cuenta de que ya había saciado su sed. Encogiéndose de hombros, salió del

bosquecillo llevando a la yegua de las riendas hacia el camino. Al fin y al cabo,

que hoy fuese la celebración de la Visión de Bade no quería decir que el camino

estuviese reservado en exclusiva para él.

—Uno escuchó mi lamento. Pronto vas a morir... —dijo el Ausente.

Kirius no pudo reprimir una exclamación de sorpresa al oír la voz, que había dejado de hablar de forma repentina, como si hubiese decidido callar en medio de su amenaza.

—No. ¡No! —chilló el muchacho—. ¡No existes, maldita sea!

Llegó a la calzada asustado y de mal humor por estarlo, añorando la paz que había sentido unos instantes antes. Fue entonces cuando comenzó a oír el ruido

de varios caballos galopando a gran velocidad. El sonido venía de su izquierda,

del oeste. Cuando puso el pie en el camino y miró en aquella dirección, pudo ver

como cuatro jinetes se acercaban a todo galope. Decidió quedarse donde estaba

hasta que pasaran, por si fueran mensajeros o soldados. Sin embargo, cuando estaban a un centenar de pasos de él, los cuatro aminoraron la marcha y se le acercaron al trote. Fue entonces cuando pudo verlos bien. Los tres jinetes de delante cabalgaban en bayos castrados y vestían con ropas similares, unos

calzones y un jubón que habían visto mejores tiempos, y un peto y unos brazales

de cuero que les servían como armadura.

A medida que se acercaban pudo ver múltiples cicatrices en sus rostros y

brazos; tantas como sólo podía alcanzar a tener un soldado o un salteador. Al ver

el rostro de los tres que tenía delante, una voz le dijo en su interior que debían ser lo segundo. Esa sensación aumentó cuando se percató de que todos iban armados. Pero fue, sin duda, el último de ellos el que más le llamó la atención.

Iba montado en una bestia de color grisáceo. El caballo era enorme, sus ojos tenían una mirada enloquecida, como si estuviese a punto de desbocarse, y una

baba blanca y espumosa le caía por la boca. El jinete, como su montura, era de

un tamaño descomunal. Debía superar con holgura los dos metros. Eso era casi

lo único que podía decir de él, porque iba cubierto por una larga túnica negra de

anchas mangas, cuyos bordes eran de color rojo. Su rostro estaba cubierto por una vasta tela también negra, arrollada en torno a su cabeza y rostro, dejando sólo los ojos a la vista. Pero, a esta distancia, lo único que podía ver en aquella

zona eran sombras.

Aquel hombre lo aterró nada más posar la vista en él y de repente deseó que

el camino estuviese lleno de viajeros. Los tres jinetes desmontaron de sus

monturas y uno de ellos, el único que llevaba barba, se acercó hasta él con una

sonrisa en el rostro. La figura corpulenta permaneció montada, inmóvil y

silenciosa en la silla, a no mucha distancia detrás de sus compañeros. En ese momento notó que Helyra se removía inquieta detrás de él, tirando de las

riendas. Tuvo que agarrarlas con fuerza para que no se le escurrieran.

—Buenos días, joven viajero —saludó el hombre ensanchando su sonrisa.

Por su acento diría que era nativo de Merethia.

—Yo también os deseo buenos días —respondió él, intentando dotar de seguridad su voz—. ¿Qué se os ofrece?

—Nada importante. Nos preguntábamos si vendrías de Corak. Estamos buscando a una persona que debía llegar de allí —añadió en tono casual.

Tras discurrirlo con rapidez, se dio cuenta de que lo mejor era decir la verdad.

—Sí, hace no mucho que me marché de allí.

—¿De veras? Me sorprende que un muchacho joven como tú se esté perdiendo las celebraciones —dijo el hombre, sorprendido.

—Eso es porque mi padre me necesita. Está enfermo y no puedo permanecer mucho tiempo alejado de él.

Por fortuna, discurrió la mentira con rapidez, basada en retazos de la historia de Innae. Nunca se le había dado bien mentir, pero en esta ocasión no había titubeado en hacerlo. Mientras hablaba se dio cuenta de que el oscuro gigante, que hasta entonces había permanecido impassible, se agitaba en la grupa de su montura. Le pareció escuchar un extraño sonido que provenía de la figura.

—¿Acerca de esa persona a la que buscáis? —añadió Kirus al ver que el hombre no decía nada.

—Ya lo encontraremos. Gracias por tu ayuda, joven.

Tras decir esto, se dio media vuelta y comenzó a dirigirse hacia su grupo.

Kirius suspiró con alivio; había juzgado mal a estos hombres o, al menos, no querían nada de él. Sin embargo, tras no dar ni cinco pasos, su interlocutor se volvió hacia él de nuevo con una sonrisa tirante en la cara.

—Perdona, chico, pero es que tu aspecto me resulta conocido. ¿De dónde dijiste que eras?

No quería darles más detalles sobre sí mismo de los necesarios, pero la expresión del hombre le decía que era mejor inventar otra mentira que negarse a contestarle.

—Nací en Fiolbar, no lejos de aquí.

Aquel nombre fue el primero que se le vino a la mente.

—Ah, sí. Pasamos por allí ayer por la mañana. Un pueblo muy bonito, la verdad. Al menos lo era.

Kirius lo miró sin entender, pero entonces una horrible sospecha se abrió camino en su interior.

—Antes de irnos hubo un incendio en una posada y en los edificios cercanos. Mala suerte, supongo. Espero que ningún familiar tuyo tuviera algún percance.

Mientras hablaba sus dos compañeros se lanzaban miradas de complicidad, ambos al borde de las carcajadas. Kirius empezó a sentir miedo. ¿Por qué le contaban todo eso? ¿Eran invenciones o realmente les había pasado algo a

Ediva

y su padre?

—Bien, entonces debo irme ya..., por si le ha pasado algo a mi familia.

El hombre de la barba lanzó una rápida mirada tras de sí. La embozada figura que permanecía montada hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Al verlo,

su interlocutor se volvió hacia Kiriús, ahora sin su tirante sonrisa. El miedo empezó a abrumarlo.

—No, Kiriús, no vas a irte. Ya ha pasado el momento de las tonterías —le dijo con voz dura, antes de acercarse a él con una mueca amenazadora—. Sé un

buen chico y dame esa espada. Te garantizo que si lo haces no tendremos que lamentar ninguna desgracia.

En ese momento Kiriús se sintió invadido por un miedo tan atroz que apenas lo escuchaba. No sólo miedo a lo que el hombre que tenía delante pudiese hacerle, que lo tenía, sino un terror enfermizo que pareció emanar de repente de

la figura embozada que ahora lo miraba a los ojos. ¿Eran imaginaciones suyas o

le parecía ver un fulgor amarillo a través de la tela que le cubría el rostro? Lo cierto era que el terror emanaba de ella como algo físico y parecía meterse por

todos los poros de su cuerpo. En ese momento, el hombre de la barba dio otro paso tendiendo la mano hacia delante y repitiendo que le diese su espada. ¡Sí!

Esa era la solución, se la daría y así cesaría ese terror atroz que lo dominaba.
Al

punto comenzó a desatar con dedos torpes la vaina de su cinturón y, cuando
lo

hubo hecho, se la tendió a aquel hombre sin poder dominar los temblores de
su

brazo.

—¡No, Kirus! Si lo haces, morirás. Mira más adentro.

La voz salió de ninguna parte, quizá de los imaginarios labios del Ausente,

pero esta vez más que escucharla la sintió en su interior, como si fuera un eco
que resonaba sin parar en su cabeza. Como un recuerdo de algo remoto, que
no

pudo retener. Hizo lo que le pedía sin dudar. Levantó la mirada y la fijó en
los

burlones y expectantes ojos de aquel hombre. Vio con desconcertante
claridad la

codicia en ellos, la violencia, el miedo, la desesperación. Pero sobre todo vio
la

mentira. Supo que si le obedecía no respetaría su palabra y lo matarían. En
ellos

vio su propia muerte. Entonces el miedo cesó y una gran frialdad vino a
ocupar

su sitio, parecida a la que ya había sentido en Fiolbar, sólo que un millar de
veces más intensa. Justo cuando su enemigo adelantaba la mano para
arrebatarle

el arma, Kirus dio un salto hacia atrás. Se dio cuenta de que hacía rato que

había soltado las riendas de Helyra, y esta se había alejado un buen trecho hacia el sur,

tan asustada del oscuro jinete como el muchacho. Apenas quedó fuera del radio

de acción del bandido, desenvainó su arma. El otro hombre lo miró con una mueca de disgusto.

—Pensaba que esto sería fácil —dijo mientras empuñaba su propia espada —, pero ya veo que no vas a colaborar.

Kirius analizó, con una frialdad que en algún lugar remoto de sí mismo lo asustaba y sorprendía a partes iguales, la situación. Al igual que el hombre que

tenía delante, sus secuaces habían empuñado sus armas, pero no parecían dispuestos a sumarse a la refriega, al menos no de inmediato. El hombre robusto

y mal afeitado sostenía una gran hacha y miraba la pelea sonriendo, seguro de su

derrota. El delgado y barbilampiño, el más joven, había sacado una ballesta de mano y la estaba cargando sin demasiadas prisas. Detrás de ellos, la oscura figura del jinete seguía en la misma posición que antes. A decir verdad, se había

echado hacia delante, como si no quisiese perderse detalle de lo que iba a suceder. Tuvo que finalizar su escrutinio cuando su adversario se abalanzó sobre

él con una sonrisa salvaje.

—¡Venga, mocoso! —le gritó mientras descargaba el primer tajo que Kirius desvió con su hoja. El ruido del metal chocando llenó el ambiente y el

impacto le

dejó las manos entumecidas—. ¿Sabes usar ese acero?

Con una serie de rápidos mandobles, su atacante lo hizo retroceder. Detrás de él, oyó las risas del que llevaba el hacha.

—Muy bien, Steron. Siempre se te dio bien ensartar a críos.

Mientras conseguía detener a duras penas un golpe de su adversario dirigido a su brazo, comprendió que su única oportunidad era pasar al ataque lo más rápida e intensamente posible. Nunca los vencería a todos. Debía acabar con Steron antes de que su compañero montase la ballesta, procurar buscar a Helyra,

la oía relinchar en algún lugar detrás de él, y huir de allí. Era un plan desesperado, pero él único que le ofrecía alguna posibilidad de sobrevivir.

Y así, se lanzó hacia delante descargando un torbellino de golpes sobre su enemigo, que los paró uno a uno. En ese momento probó una de las fintas que había aprendido con Terion durante sus largas horas de entrenamiento. Fingió dirigir su acero contra el rostro de Steron, pero en el último momento se agachó

desviando el movimiento del arma, que cruzó el vientre de su adversario, protegido sólo por el peto de cuero. El hombre soltó un grito, retrocedió unos pasos y se pasó unos dedos inseguros por la herida. Cuando los levantó había sangre en ellos. Sin embargo, Steron sonrió al verlos; había sido una herida superficial.

—No está mal, pero tengo una docena de cicatrices así. Tan sólo has conseguido cabrearme lo suficiente como para querer arrancarte la puta cabeza de los hombros.

Antes de que el hombre volviese a acercarse a él, oyó la voz del compañero

delgado de Steron.

—Apártate de ahí, antes de que ese mocoso te atravesase —dijo mientras le apuntaba con la ballesta cargada. Ahora que Steron se había alejado unos pasos de él, era un blanco perfecto—. Acabemos con esto de una vez.

En ese momento se escuchó una especie de silbido seguido de un ruido desagradable y de pronto una daga sobresalía de su cuello, incrustada hasta el pomo. Dejó caer la ballesta y se desplomó hacia un lado mientras emitía unos gorgoteos ininteligibles, con la sangre saliendo en rítmicos borbotones de la herida. El camino quedó en silencio durante unos momentos, los cuatro mirando

con igual sorpresa lo que acababa de ocurrir. Entonces se escuchó un sonido, que

en un principio a Kirius le pareció irreal.

Alguien tarareaba una alegre canción.

Después vio al hombre abandonando su escondite tras el tronco de un gran pino rojo situado junto al camino. Era de estatura media y delgado, aunque no aparentaba debilidad sino todo lo contrario. Lucía una media perilla sin bigote y

vestía con sobrias ropas de viaje de tonos oscuros, y con un manto forrado de pelo rojizo para protegerse del polvo del camino y de la lluvia. Portaba un exótico alfanje curvado en la punta en la cadera derecha y un largo puñal en la

izquierda. Caminó sin prisas hacia ellos con una media sonrisa en el rostro.

—Esto no está nada bien —exclamó al detenerse, a medio camino entre

Kirius, Steron y los otros dos—. Cuatro... quiero decir tres —aclaró, mirando hacia el hombre que acababa de matar él mismo, con una sonrisa de disculpa —,

asaltantes contra un muchacho. ¿No os da vergüenza?

Entonces la oscura figura del caballo hizo un rápido gesto en dirección al extraño mientras miraba a su compañero del hacha.

—¡Mátalo! —fue lo único que dijo, pero, aun así, fue suficiente para que a

Kirius se le volviese el estómago del revés con el rechinante y odioso sonido de

su voz.

No era sólo el extraño acento, había algo en esa voz que no era natural.

—Ah, sois gente de vocabulario muy limitado —se burló el recién llegado

—. Veamos si lucháis igual que habláis.

El hombre del hacha se lanzó con un grito de rabia hacia delante, intentando

cortar en dos a su inesperado aliado. Este desenvainó sus armas con habilidad, pero Kirius no pudo ver más, porque en ese momento Steron volvió al ataque.

Transcurrió entonces lo que podrían ser segundos o minutos, Kirius no lo sabía.

Luchaba de forma casi automática, parando y enviando golpes una y otra vez, sin apenas pensar en los movimientos que debía realizar. Su mente seguía

sumida en esa extraña frialdad que hacía que casi no sintiese el embotamiento y

la pesadez de sus brazos. Por lo menos hasta que Steron cargó contra él y le golpeó con su hombro en el pecho. El golpe lo mandó trastabillando hacia

atrás,

desequilibrado. Tras él escuchó el grito de dolor de uno de los hombres que luchaban a su espalda. Sólo entonces despertó de su letargo y se dio cuenta de que podía morir en cualquier momento.

Supo que debía acabar cuanto antes con la pelea si no quería encontrarse con un hacha clavada en su espalda en cualquier momento. Apretó los dientes y se lanzó contra su enemigo sin dudarlo, recordando las enseñanzas de Terion. Su enemigo, sorprendido por su temeridad, le lanzó un inseguro tajo a la cabeza. Él

lo esquivó echándose a un lado y luego balanceó su arma de abajo arriba con todas sus fuerzas. Ambas armas chocaron con fuerza, pero Steron no había

tenido tiempo de posicionar bien su espada para defenderse. El acero de Kirius

permaneció firme mientras que los brazos del hombre subieron como

consecuencia del impacto y su arma salió despedida. Tras romper su defensa, la

espada se hundió un palmo bajo la última costilla de Steron a través del peto de

cuero. Kirius apoyó todo su peso en ella, haciendo que la hoja entrase casi hasta

la mitad en el cuerpo de su enemigo, que lanzó un grito de pavor. Cuando sacó

su arma con un tirón, Steron cayó al suelo mientras lo miraba con incredulidad.

—Bien hecho —Kirius se dio la vuelta, sobresaltado, y vio que era el

extraño que lo estaba ayudando quien hablaba. El del hacha yacía muerto,

unos

pasos más allá, y el alfanje del extraño estaba cubierto de sangre—. Sabía que tú

solo podrías con esa chusma.

En ese momento escucharon el ruido de cascos de caballo y se percataron de

que la sombría figura había comenzado a dirigirse hacia ellos. Mientras se

acercaba, sacó un gran espadón que llevaba atado a los arneses de su inquietante

montura. Recorrió la mitad de la distancia que los separaba y se detuvo, mirando

al recién llegado.

—No sé quién eres —tronó con su rechinante y desagradable voz— ni qué

haces aquí, pero si sabes lo que es mejor para ti, te apartarás. Esto es algo entre

ese chico y yo.

—Yo sí sé de dónde vienes —dijo, tranquilo, aquel hombre colocándose

delante de Kirius—. No es la primera vez que me enfrento a los tuyos. No sois

bienvenidos al norte del Muro de Lágrimas.

—Te lo diré por última vez. Vete por donde has venido y te dejaré vivir —

dijo señalando al bosque con la enorme espada. A pesar de su gran tamaño y peso, sólo necesitaba una mano para manejarla.

Kirius notaba como tras la lucha su frialdad iba desapareciendo por

momentos y regresaban el miedo y las preocupaciones. Sin embargo, era un miedo que ahora podía controlar. Al escuchar las palabras de aquel gigante, sacó

el valor de algún sitio para hacer la pregunta que lo había estado carcomiendo por dentro desde que había comenzado todo esto.

—¿Por qué me atacáis? ¿Qué queréis de mí?

Pensó que haría caso omiso de su pregunta o que se reiría de ella, pero lo miró durante unos instantes con interés; como si pensara cuidadosamente su respuesta.

—Tú tienes algo que pertenece a mis señores, aunque no sé cómo es posible.

Conseguiré las respuestas de tu cadáver después de que te arranque el corazón.

Y en su voz parecía haberse condensado todo el odio del mundo. Kirius soltó el aire de sus pulmones y el miedo volvió a agujonearle con saña.

—Ya he oído suficiente —interrumpió su improvisado aliado—. Si crees que puedes hacerle daño a este chico, ven a por él.

El oscuro jinete aceptó el desafío y espoleó su caballo hacia ellos. Entonces

ocurrió algo que Kirius pensó después que tal vez había soñado. Su protector clavó el alfanje en la tierra y se enfundó el puñal y, mientras se incorporaba, sacó

dos cuchillos ocultos en su cinturón y los lanzó uno detrás del otro en un mismo

movimiento. Una daga se dirigió con certera precisión hacia el jinete, pero este

hizo un gesto levantando su brazo, y entonces la daga se elevó en el aire describiendo una absurda parábola, como si unos hilos invisibles tirasen de ella.

Antes de caer detrás del jinete, se deshizo en un montón de cenizas. La otra, en

cambio, se clavó en el cuello de su montura, que emitió un relincho de dolor, se

encabritó y comenzó a sangrar en abundancia.

El gesto del jinete dejó a la vista parte de su brazo. Kiriús se sobresaltó al ver la piel oscura y rugosa de su mano y las largas uñas. La figura bajó el brazo con lentitud, mientras sofrenaba a su montura, que se agitaba nerviosa por la herida.

—Ese poder... —dijo el viajero recuperando su alfanje y dando un paso

atrás. Por primera vez parecía haber perdido la confianza en sí mismo—. Eres el

segundo tarkesio que conozco capaz de usarlo. Esta tierra está bajo la protección

de los riadeim y pronto sabrán que estás aquí.

—Los riadeim no me preocupan, hijo de Aeron —dijo con ese tono de voz

que le daba dentera a Kiriús. A la vez, comenzó a desenrollarse la tela que le envolvía el rostro y la cabeza. Cuando terminó de descubrirse, dejó a la vista un

rostro inquietante—. Tus palabras acerca de que has conocido a otro como yo, en

cambio, han despertado mi interés.

Al ver su rostro pensó en Innae, pero la comparación sólo duró unos

segundos en su mente. La piel oscura lo señalaba como tarkesio, pero no era como ella. Su cabello era de un color blanco sucio y estaba sujeto por una cinta

de cuero. La nariz era achatada y la boca de labios finos lucía unos dientes afilados y de color oscuro. La piel estaba arrugada de forma desigual, haciendo

imposible precisar su edad, y recubierta por tatuajes rojos y negros, a lo largo de

la frente y las mejillas, con formas que eran un galimatías. Sin embargo, lo más

perturbador eran sus ojos. Brillaban con un color ardiente, entre el amarillo y el

naranja, y lo miraban a los suyos con odio.

Con un tirón sacó la daga que aún seguía clavada en el cuello de su montura,

que se agitó y encabritó por el dolor. El jinete le dijo una palabra en un idioma

extraño y el caballo se quedó inmóvil. Luego susurró unas palabras más y puso

la enorme palma de la mano en el cuello de la bestia. De su mano comenzó a salir humo, se escuchó un siseo y pronto los asaltó el olor a carne quemada.

Cuando retiró la mano, su montura la tenía marcada en la piel y tanto la

hemorragia como la herida habían desaparecido.

—La nigromancia fue erradicada hace cientos de años —dijo el extraño que lo había ayudado—. ¿Dónde aprendisteis a usarla?

—Los muertos no necesitan respuestas —fue la contestación del tarkesio.

La desagradable montura pateó el suelo, impaciente, cuando la voz del jinete empezó a alzarse de forma ominosa. Pronunciaba extrañas palabras en un lenguaje nunca escuchado por Kirius, pero de pronto guardó silencio y ladeó la

cabeza, como si algo lo hubiese distraído.

—¡Te prohíbo que les hagas daño! Es demasiado pronto. La decadencia debe crecer en el interior del chico antes de que muera o todo será en vano. Sabes quién soy, así que deja que se vayan hasta que decrete su muerte —dijo el Ausente de improviso.

—¿Qué? —preguntó Kirius sin poder contenerse.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que esta vez la voz no parecía hablarle a él, sino al hombre que quería asesinarlo. Tras unos instantes de desconcierto, su

enemigo se irguió en la silla y los miró con los ojos chispeando de furia.

—Viviréis un día más, pero recordad esto —dijo, clavando su ardiente mirada en Kirius—: tarde o temprano te mataré con mis propias manos tan sólo

por tener la indecencia de portar la Mácula. ¡No eres digno de ella! Debo cumplir con mis obligaciones, pero volveremos a vernos. ¡Cuidaos de que

llegue

ese día!

Entonces espoleó su caballo hacia delante y los rodeó para dirigirse al galope en dirección a Corak. Después se salió del camino en dirección sur y al

poco se perdió entre los pinos rojos del bosque. Kirius lo siguió con la mirada,

aturdido, incapaz de comprender qué había pasado o cómo era posible que siguiera con vida.

—¿Estás bien, chico? —preguntó su salvador con voz preocupada, aunque no lo miraba a él sino al lugar por donde el tarkesio se había marchado—. No te

han herido, ¿verdad?

—No, estoy bien —dijo, aunque le dolían las costillas a causa del golpe que se había llevado—. Te agradezco la ayuda que me has prestado. Mi nombre es Kirius.

—Yo soy Vaelmir, hijo de Ilgram, señor del condado de Aldremhem.

—Oh... Perdonadme, no sabía que erais noble.

Lo cierto es que ni sus ropas ni su aspecto invitaban a pensar que poseía sangre noble. Portaba dos aros de metal en cada oreja y un corte de pelo, rapado

por los lados de la cabeza, que lo hacían asemejarse más a un marino que a otra

cosa. Tampoco tenía mucho aspecto de norvadoreano, aunque los nombres que le

había dado provenían de allí.

—No aceptaré que me des un trato de noble, muchacho. Aquí en Merethia nos hablaremos como iguales. Además —añadió sonriéndole con un guiño—, el

condado de Aldremhem es poca cosa, si lo comparamos con las tierras de los doce lores de este reino. Y ahora debo hacer una tarea desagradable, pero necesaria.

Se acercó a Steron y le dio la vuelta, pues había caído boca abajo. Fue entonces cuando Kirius advirtió que aún respiraba. El bandido abrió los ojos con

lentitud y miró a Vaelmir. Había saliva mezclada con sangre cayendo de su boca.

—Me sorprende que aún estés vivo —dijo Vaelmir, mirando cómo se le escapaba la vida por la terrible herida—. Dime, ¿por qué os aliasteis con un saradio? ¿Tanto oro os pagó como para arriesgaros a sufrir la ira de los magos?

Kirius levantó la cabeza mirando a Vaelmir, sorprendido. Un saradio. Toda su vida había creído que eran fábulas, cuentos infantiles, los habitantes de las pesadillas de muchos niños de Balaeron. La leyenda decía que eran hombres malditos por los Tres, aquellos que habían profanado sus lugares santos y renegado de ellos. Una parte del pueblo tarkesio que personificaba lo peor y más

oscuro de estos.

¿Cómo era posible que los saradios existieran? ¿Quería eso decir que los otros horrores de los que había oído hablar en su infancia, los dragones, los trolls, los vorgrorn y demás, existían? Esperaba que no. Intentó abandonar ese tipo de pensamientos y concentrarse en las palabras de Vaelmir. En ese momento, Steron comenzó a hablar con lentitud, mirando al cielo mientras se desangraba.

—Él... Targun, nos ofreció diez coronas de oro... si lo ayudábamos a encontrar algo en Merethia. Eso fue en la frontera... oeste, hace quince días.

Lue... luego dijo que había encontrado un rastro y lo siguió hasta un pueblo cerca de aquí. Le hizo algo al posadero que lo hospedó y a su familia... algo terrible. Después eliminó... la huella de su presencia quemando la posada hasta

los cimientos. No sé por qué busca al chico, pero me alegro de no estar... en su

pellejo, a pesar de que voy a morir pronto.

Una tos convulsa hizo que tuviese que dejar de hablar y que la hemorragia de su pecho se intensificara.

Kirius sintió como las lágrimas acudían a sus ojos. ¿Por qué había tenido que pasar esto? ¿Por qué habían tenido que morir Ediva, su padre y otros por su

culpa? Steron permaneció con los ojos abiertos, mirando hacia el nublado cielo

de Merethia.

—¿Está...? —empezó Kirius, aunque no pudo acabar la pregunta.

Vaelmir no contestó, sino que echó un vistazo a su alrededor.

—Trae a tu yegua, está ahí mismo. Ya deberíamos habernos ido hace rato.

Su tono de voz no admitía réplica, así que Kirius hizo lo que le pedía. Helyra se había alejado casi un centenar de pasos, pero ahora que el saradio se había marchado el animal parecía más calmado. Cuando atrapó sus riendas y se volvió

hacia el camino, vio como Vaelmir limpiaba uno de sus cuchillos en la ropa de

Steron, dejando otra mancha roja en ellas. El hombre se interpuso en su camino

antes de que se acercara, pero el muchacho ya tenía el rostro desencajado al comprender lo que había pasado.

—Ambos hemos hecho lo que teníamos que hacer —dijo Vaelmir antes de que Kirius dijera nada—. Tú defender tu vida; yo asegurarme de que no lo vuelva a intentar y, de paso, brindarle un poco de piedad. Es más de lo que él haría por nosotros.

Kirius asintió, inseguro. De pronto fue consciente de que, aunque Vaelmir lo hubiese rematado, el culpable de que aquel hombre hubiese dejado de respirar era él. El norvadoreano silbó y del bosquecillo situado al sur, no demasiado lejos

de donde él había bebido en el arroyo, salió al trote una yegua parecida a Helyra,

aunque menos corpulenta, que se dirigió hacia su dueño.

—Vayámonos de aquí. ¿Adónde vas tú, chico?

—A Telbar..., a una granja de los alrededores —respondió Kirius con voz muerta.

—Iremos dando un rodeo por el norte. No es buena idea seguir el camino principal, después de lo que acaba de ocurrir.

Kirius permaneció en silencio. Quería ir a Fiolbar para saber qué había pasado allí, pero no tenía fuerzas para oponerse a los deseos de Vaelmir. Con una

última mirada al cadáver de Steron, se puso en marcha siguiendo a su inesperado

salvador. Mientras se dirigían hacia el noroeste, a través de las verdes colinas de

aquella región, el muchacho se preguntaba cuándo exactamente se había vuelto su vida del revés.

9. Uno de ellos

Arvand apresuró el paso por las amplias estancias de la Torre del Sol. Apenas se

encontró con nadie mientras andaba por las familiares salas. La torre era

imponente y en ella, y en los edificios cercanos, podían vivir varios centenares

de personas, quizá más de un millar. Hubo una época en que fue así, pero ahora

muchas estancias estaban vacías. Los riadeim tenían muchos más sirvientes y

hombres de armas que miembros entre sus propias filas.

Sus tutores le habían explicado que el don que los eliiir le habían dado a la humanidad, la magia, desaparecía de forma lenta pero inexorable. Se barajaban

varias teorías sobre la posible causa. Una de las más aceptadas decía que la magia moría por culpa de la extinción de los eliiir. La otra con más seguidores aceptaba que era debido a una terrible maldición de estos para arrebatarse su don

máspreciado a la humanidad. Cada año aparecían menos balaerianos con capacidades innatas para la magia, y no todos ellos estaban cualificados para convertirse en riadeim. A pesar de todo, la situación distaba de ser alarmante.

Pasarían siglos antes de que la magia se extinguiera, en el caso de que no se encontrara una solución antes. O eso era lo que decían los magos.

El segundo motivo por el que apenas había visto a nadie, aparte del sirviente que le había llevado el mensaje en el que Colvir requería su presencia de forma

inmediata, era que aún no había amanecido.

Reprimió un bostezo mientras entraba en un iluminado pasillo por el que deambulaban dos riadeim hablando en voz queda entre sí. Los saludó con respeto, pero ellos le ignoraron mientras avanzaban por el pasillo, enfrascados en

su conversación. Los magos adoraban hablar, discutir y confrontar opiniones, y

la oratoria era todo un arte dentro de la orden.

—Te equivocas —decía uno de ellos—, el Eldantir es eterno, estable e inmutable. Si estuviese cambiando sus leyes tendríamos otra clase de pruebas. Te

basas en un par de incidencias aisladas. Oltheur decía en su tratado que se necesitan al menos cuatro hechos constatados y diferentes entre sí para probar una constante.

—¿Un par de incidencias? Los Dogmas están cambiando y Amidol hace siglos que está cerrado para nosotros. Quienes han intentado acceder a él tras la

marcha de Jariol sufrieron destinos terribles. ¿No crees que eso pueda indicar un

posible...?

Las voces se perdieron en la distancia. Reprimiendo otro bostezo, se encogió de hombros. Estaba acostumbrado a la indiferencia con la que muchos de los riadeim trataban a sus iniciados, a pesar de la creciente importancia de estos. La

mayoría de los magos pensaba que sus discípulos, y por descontado el resto de

balaerianos, no eran dignos de su atención hasta que se convirtieran en sus iguales. Pero ahora tenía que concentrarse en lo que tenía por delante, una conversación con el darian Colvir Medalym. Desde hacía poco más de un año, el

antiguo Maestro de Iniciados había sido nombrado riadarian. Seguía ocupándose

de los asuntos de los iniciados, puesto que cada uno de los nueve líderes de la orden tenía un área de influencia y unas ocupaciones específicas. Colvir, con su

meticulosidad habitual, había querido seguir al cargo de muchas de sus antiguas

funciones, a diferencia de los otros riadarian, que delegaban muchas responsabilidades en subordinados de confianza.

«Lo malo —pensó Arvand—, es que apenas he dormido dos horas esta noche. Espero no quedarme frito en la reunión». A decir verdad, apenas habían

desembarcado del Sol Escarlata y llegado hasta la torre, cuando Leen fue llamada ante Colvir y ahora le tocaba el turno a él. Era evidente que quería interrogarlos cuanto antes acerca del asunto que los había llevado hasta Corak.

Cuando llegó a la antesala de las habitaciones de Colvir vio que Leen, con aspecto cansado, lo esperaba. Se acercó a ella, mirándola inquisitivamente. —¿Cómo ha ido? —le preguntó.

—Bien. He salido hace unos minutos, pero he querido esperarte.

—Me alegro. Por la urgencia con la que nos había llamado, pensé que quizá estaba disgustado por algún motivo.

—En absoluto. —Leen sonrió con malicia mientras se acariciaba el pelo.

Estaba bellísima cuando hacía eso—. Sin embargo, tiene importantes noticias para nosotros.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás. Será mejor que no lo hagas esperar.

Ella se acercó y le dio un beso fugaz. Luego se alejó un poco de él y lo miró con un mohín en su bello rostro.

—¿Todavía estás preocupado por tu amigo Kirius? —le preguntó con resignación.

Arvand la miró, cogido por sorpresa. No le había contado nada del extraño episodio con Kirius, aduciendo que simplemente estaba triste por tener que despedirse de él. Sin embargo, ella sabía que desde aquel día había estado preocupado por algo y había adivinado que la causa era su amigo. Tarde o temprano querría sonsacárselo, pero Arvand no se decidía a sincerarse con ella.

Eso la pondría en una posición difícil, ya que no le diría nada a menos que ella le

prometiera guardar el secreto.

No podía pedirle eso. Leen adoraba la idea de ser riadeim.

—Kirius puede cuidarse solo —dijo y se forzó a sonreír—. Tengo que entrar.

Leen lo miró unos instantes antes de asentir.

—Nos veremos a media mañana en la biblioteca este. Intentaré dormir unas horas. Buena suerte, Vand.

Y tras esto se fue por el mismo pasillo que él había llegado. Arvand la miró hasta que desapareció y sus pasos se perdieron en la lejanía. Luego se acercó a

uno de los dos balcones que había en la antesala y que daban al oeste. Las primeras luces matutinas comenzaban a despuntar a lo lejos, en el este, aunque

no podía verlas. Bajando la mirada al patio, contempló a los sirvientes que ya estaban atareados a esa hora cumpliendo con sus deberes. Los guardianes

atendían también sus obligaciones, vigilando los edificios y el camino hacia Medar. Un grupo de cinco abandonaba el campamento, dispuestos a patrullar los

caminos de la isla.

—Ellos desean volver —musitó a la noche.

Por alguna razón, las últimas palabras de Brandyl no abandonaban nunca su cabeza. A veces las decía en voz alta cuando estaba solo, como si al hacerlo perdieran su poder y él su miedo. Pero hasta ahora no le había dado resultado.

Pensar en «ellos», fuesen quienes fuesen, hacía que sintiese un terrible nudo en

el estómago.

Tras respirar el aire vespertino durante unos momentos y vaciar su mente se volvió, caminó hacia la imponente puerta de roble que llevaba a los aposentos de

Colvir y tocó dos veces. Poco después la puerta se abrió por si sola y él entró en

la estancia. Era una sala grande iluminada por varias docenas de velas repartidas

a intervalos regulares sobre una gran mesa rectangular. La mesa estaba rodeada

de sillas por todos sus lados, excepto por uno, donde sólo había una silla, en la

que Colvir se solía sentar para recibir sus visitas. En estos momentos tanto la silla como la estancia estaban vacías. Supuso que el riadarian le había abierto la

puerta desde otra estancia y querría que él lo esperase. Decidió cerrarla y esperar

de pie a que el hombre apareciera.

Observó la Sala de Torturas, como la conocían los iniciados. La estancia era una habitación simple, austera y carente de decoración alguna. En cierto modo reflejaba la personalidad de su dueño. Colvir podía ser tachado de ser duro e insensible, pero también era cierto que era justo y sincero. A decir verdad, era de

los pocos miembros de la orden que le caían bien.

—Pasa, Arvand. —La voz suave de Colvir le llegó a través de la puerta entreabierta que llevaba a sus habitaciones personales—. No dispongo de todo el

día.

Tras un momento de indecisión, caminó hasta la puerta y la abrió. Al otro lado le esperaba el estudio del darian Colvir. Era la primera vez que cruzaba esta

puerta, así que miró con curiosidad la estancia. Era una habitación atestada de libros y rollos de pergamino en estantes, sobre arcones y sobre el escritorio que

había al fondo de la habitación. La luz de varias lámparas le permitía ver que, además del aparente desorden, había algunas muestras de decoración y de arte.

Todo lo que veía chocaba con la opinión que él se había formado sobre el riadarian. Varios bustos y tapices mostraban a personas o escenas que Arvand no

conocía. Lo observó todo durante unos instantes antes de posar su vista en Colvir. El riadarian se encontraba sentado tras el escritorio, mirando

alternativamente dos documentos, como si los estuviese comparando.

En ese momento Colvir levantó la vista con el rostro inexpresivo, lo miró a los ojos y guardó los documentos en uno de los cajones del escritorio.

—Puedes sentarte.

Arvand así lo hizo, tras acercar una silla. Colvir apoyó ambos codos sobre la mesa, uniendo las manos, y le dedicó toda su atención.

—¿Estás cansado, Arvand?

—Un poco. No me gusta navegar y eso no me deja descansar bien.

—Lo sé. Por eso llamé primero a Leen y te dejé dormir un rato.

Arvand enarcó una ceja, sorprendido por esa muestra de deferencia.

—Gracias, pero he tenido travesías peores. ¿Cómo está vuestra pierna? — preguntó con cortesía.

Colvir había sido herido de gravedad durante la batalla con aquel ser que una vez fue Brandy, al que se había empezado a llamar Vórtice Negro dentro de

la orden. Su pierna derecha había sido aplastada por las rocas y adoquines, durante una de las explosiones que sacudieron el patio aquella noche. Ahora caminaba cojeando, valiéndose de un cayado de madera.

—Mejor, aunque en un punto en el que no mejorará más, ni con hierbas ni con nada que podamos hacer desde el Eldantir. Sin embargo, al menos puedo hacer desaparecer parte del dolor —explicó con inusual franqueza—. ¿Aún tienes pesadillas con tu antiguo compañero, Brandy?

—No —respondió Arvand. Hacía casi un año que todo el asunto de la Puerta de la Revelación y Brandy eran un tema tabú en la orden. Al menos, para los iniciados—. Hace meses que no he vuelto a soñar con aquello. Ya no... me perturba como antes.

—¿De veras? —Colvir enarcó las cejas, pero en su voz había comprensión—. A mí me sigue perturbando. No tengas vergüenza en admitirlo.

—No es eso. La verdad es que me sigo preguntando si, en cierta forma, fue culpa mía.

—No lo fue. Lo que pasó entre vosotros fue algo habitual. La competitividad es sana, como lo es seguir las normas de la orden. Brandy no lo

hizo y, suponemos, lo que quiera que hizo para desbordar el río y acabar con su

mente tan dañada, también provocó que luego se convirtiera en... aquel ser.

—¿Cómo es siquiera posible que su aura se desdibujase de aquella manera?

¿Y aquel vórtice que giraba contra la dirección del propio mundo? —preguntó Arvand de forma casi atropellada.

Si Colvir le contase algo más, podría desvanecer sus propias dudas con respecto a Kirius y lo que había visto en Corak.

—Ese, Arvand, no es un tema adecuado para un iniciado. Sin embargo, la tarea que os llevó a Leen y a ti a Corak sí lo es —señaló el mago, cortando de cuajo sus esperanzas de saber algo más—. Dime, ¿creéis que habéis realizado correctamente vuestro cometido?

—No tengo dudas, darian Colvir. El sire Felwan era un depravado, apenas si tuvimos que remover un poco las cosas y hacer que llegaran a los oídos adecuados...

—No hace falta que me des los detalles —lo interrumpió Colvir, levantando una mano—. Ya he recibido los documentos del sire y Leen me ha puesto al corriente. Lo que quiero saber es qué piensas tú al respecto.

Arvand respiró hondo, pero no podía decir que le sorprendiese su pregunta.

Colvir era muy aficionado a esto, a preguntar a sus iniciados si creían que habían

realizado su tarea bien. Sabía, por experiencia propia, que era inútil intentar mentirle.

—Para seros sincero no me gustó lo que hicimos, pero tengo la seguridad de que Leen y yo lo hicimos bien. Nadie notó que los riadeim estaban detrás de la

caída en desgracia del sire Felwan.

—Es cierto que nadie nos relaciona con eso, ni con su muerte.

—¿Qué?!... ¿muerte?

—Así es. El sire se quitó la vida poco después de que dejaseis la ciudad —

dijo con voz monótona, igual podría estar hablando del tiempo que no se notaría

la diferencia—. La noticia me ha llegado hace unas horas por medio de uno de

nuestros hombres en Corak.

Arvand lo miró, horrorizado. Si aquel hombre se había suicidado, era por los manejos de la orden. Por lo que Leen y él habían hecho. Era cierto que el noble

no era un dechado de virtudes, pero ese era un parco consuelo.

—No es culpa vuestra —declaró Colvir, dando el asunto por zanjado.

Arvand bajó la cabeza, incapaz de soportar la mirada impasible del riadarian.

—No te obsesiones por ello. Es algo lamentable, pero nadie podía prever que el sire haría eso. Cuéntaselo a Leen, pero a nadie más. Recordad qué clase de persona era. Alguien que trataba así a sus propios hijos no merece ni una lágrima de compasión.

—¿Ella no lo sabe? —preguntó, a lo que el mago respondió negando con la cabeza.

Iba a ser duro tener que contárselo, teniendo en cuenta que ella confiaba más en la orden que él. Leen lo justificaría, como siempre, pero al fin y al cabo ambos habían sabido que convertirse en riadeim no iba a ser algo fácil ni grato.

Esa lección la aprendieron la misma noche de su llegada a la Torre del Sol.

Además, no era tonto. Sabía que si la orden había elegido al sire Felwan de Corak para ser el blanco de sus intrigas, no era por su oscura moralidad. El noble

debía de haber contrariado a los magos, de algún modo, para ser merecedor de

sus atenciones.

—Tengo buenas noticias para ti, sin embargo —dijo Colvir, sonriéndole—.

Presenté vuestra candidatura a los otros miembros del Consejo y fue aceptada ayer.

—¿La presentasteis antes de que volviésemos?

—Sí. Estaba seguro de vuestro éxito en Corak. La ceremonia se celebrará el primer día del verano. Leen y tú, junto con Anoraul y Enysa, tendréis la posibilidad de convertirlos en riadeim, ese día.

—Pero ¿por qué tan pronto? —preguntó Arvand, perplejo.

Las ceremonias solían celebrarse medio año después de su aceptación por parte de los riadarian. Además, la ceremonia solía ser para el nombramiento de

uno o dos riadeim, pero en este caso iban a ser cuatro. Dudaba que Anoraul tuviese el nivel exigido para ser nombrado riadeim. Aunque, si era sincero

consigo mismo, tanto Anoraul como cualquier aprendiz de las academias en

Merethia era ahora mismo más digno de convertirse en mago que él.

—Así lo hemos decidido a la vista de los acontecimientos —aclaró

momentos después—. Verás, Isgarad y Moradhair se encuentran una vez más

al

borde de la guerra.

—No lo sabía.

—Pues así es. Isgarad reclama el apoyo del resto de las naciones balaerianas y desde Ard Vanan, en Moradhair, se asegura que van a recuperar los territorios

que Isgarad les ha ido arrebatando durante las anteriores guerras. Esta vez no serán sólo escaramuzas en las fronteras, sino algo mucho más serio.

—¿La orden estará implicada? —preguntó Arvand.

—Ya sabes cuál es nuestro papel en Balaeron, Arvand. La orden permanecerá neutral y tan sólo intervendría para evitar una desestabilización demasiado pronunciada o dilatada en el tiempo. Merethia debe decidir si apoya a

Isgarad o no. En cualquier caso, la darian Minedea y el consejero Kaldis viajan hacia la capital, para que el rey Gilvar Unseir sopesa todos los puntos de vista antes de tomar cualquier decisión.

«Eso explica muchas cosas —pensó, recordando cómo Kirius los había visto a ambos junto a un grupo de soldados—. Viajan para manipular al rey».

No conocía a ningún hombre capaz de oponerse a los deseos de la Bruja

Gris. Lo que no sabía era cual sería el mensaje que los riadeim enviarían al rey

Gilvar, si el de la guerra o el de la neutralidad. Si Minedea era la encargada de

aconsejar al monarca mereciano, se temía lo peor. Era conocido que ella

abogaba

por la reunificación de la desaparecida nación de Bal Aeronis y los únicos que podían realizar tal cosa eran los isgarios. Isgarad era un país con un ejército poderoso y defensor de los ideales de los últimos tiempos del imperio. Los ideales del emperador y tirano Creonus Eth Merik.

—Esa es la razón por la que hemos acelerado vuestra ceremonia. —Las palabras de Colvir interrumpieron sus pensamientos—. Necesitaremos sangre nueva.

Arvand no pudo reprimir el lanzarle una mirada escéptica. Esta no era la primera, ni sería la última, guerra entre los balaerianos. No creía que un conflicto

así provocara que la orden rompiera sus rígidas normas y tradiciones para nombrar con tanta rapidez a cuatro nuevos riadeim. Al fin y al cabo, no sería un

conflicto generalizado. ¿O tal vez sí? ¿Qué otro motivo podía haber? No lo sabía, pero se daba cuenta de que, en vez de alegrarse por la noticia de su futuro

nombramiento, no hacía otra cosa que buscar las razones ocultas de la orden.

«¿En qué demonios me están convirtiendo?».

—¿Arvand?

La voz del mago volvió a sacarlo de su ensimismamiento.

—¿Sí, darian Colvir?

—¿Has adelantado algo? ¿Te ha vuelto a suceder algo extraño?

La pregunta provocó que el nerviosismo se apoderase de él.

—No... ¿Por qué lo decís?

No podía referirse a Kirius, no tenía manera de saberlo.

—Te noto preocupado. Ya sabes que si haces algún progreso en ese sentido debes decírmelo inmediatamente. Diste muestras de un gran potencial cuando tu

poder despertó, y estoy seguro de que esa capacidad sigue latente en tu interior.

¿Cuánto hace ya de ello?

—Casi nueve años —contestó Arvand con voz contenida—, en el año de la Plaga.

Había sido a principios del verano. Acababa de volver a su aldea tras casi diez meses de ausencia. Había estado en el norte, comenzando a aprender el

oficio de pescador con su tío, en una aldea a las orillas de uno de los muchos lagos que existían en Norvador. Su tío Belar decidió llevarlo de vuelta con sus padres, alarmado por los rumores de una epidemia que asolaba al reino llegada

desde el sur. Cuando llegaron a su poblado natal se encontraron con un

terrorífico espectáculo. Recordaba bien el olor del humo y lo mucho que lo asustó el lamento de las mujeres. Había cadáveres por doquier, en plena calle, a

pesar de que grupos de habitantes los empezaban a apilar en piras improvisadas

para ser quemados. Era imposible dar una sepultura adecuada a tal cantidad de cadáveres. Él, con sólo diez años, llegó hasta su casa para descubrir que

estaba

ardiendo con sus padres y sus hermanas pequeñas dentro; quemada, como otras

muchas casas, en un vano esfuerzo para evitar que la enfermedad se propagase.

Al menos, le dijeron, ya estaban muertos cuando alguien había incendiado su hogar. Otros no habían sido tan afortunados.

Al contemplar el esqueleto del que había sido su hogar en llamas, algo se rompió en su interior. Se echó a llorar y corrió sintiendo una pena en su interior

que amenazaba con ahogarle. Al llegar al bosque a las afueras de su aldea la pena se había transformado en ira. Odiaba al mundo y a los Tres por haber permitido que su familia muriera. Entonces fue cuando notó cómo la tierra

retumbaba a su alrededor. El día se ensombreció cuando una niebla oscura se levantó y los árboles cercanos se resecaron, volviéndose negros y retorcidos, enfermos y muertos tal y como lo estaban los habitantes del pueblo. Su tío Belar

y varios hombres, que lo seguían preocupados por los fenómenos extraños, se dieron cuenta de que era él quien los provocaba. La multitud lo llevó al pueblo

entre empujones, insultos, escupitajos y golpes. Estuvieron a punto de hacerle algo terrible, culpándolo de la aparición de la Plaga, pero por suerte un señor de

Norvador, de alta cuna, que inspeccionaba los estragos de la enfermedad en sus

tierras, evitó su cruel destino. Tras ponerlo a salvo, aquel hombre decidió enviarlo a Merethia, junto a un mercader de confianza. Allí podrían entenderle y

enseñarle a controlar sus poderes.

Arvand volvió a la realidad, con un nudo en la garganta. No le gustaba recordar como sus propios vecinos y algunos familiares habían estado a punto de

lincharlo, acusándolo de brujo. Después de eso su aprendizaje había sido normal

y no había dado mayores muestras de poseer un elevado potencial para la magia.

Eso nunca le había importado, prefería no tener tanto poder en sus manos y ahora, tras el ataque del Vórtice Negro, había perdido gran parte de su habilidad.

Colvir se equivocaba. No había hecho ningún progreso, sino todo lo contrario.

—Lo que hiciste sin tener ningún tipo de instrucción fue asombroso y el maestro Koannos nos ha hablado muy bien de ti. —Colvir se levantó y rodeó el

escritorio, cojeando. Arvand lo imitó, intuyendo que la conversación había terminado—. Por eso mismo quiero que trabajemos juntos cuando seas nombrado riadeim. Veo en ti potencial para ser buscador y mentor de jóvenes con el poder. Creo que tu don es poder guiar a otros.

—Sería un honor —dijo Arvand, sin dudarlo. Muchos decían de Colvir que era un mago brillante y de hecho era uno de los riadarian más jóvenes en la historia de la orden. Aun así, comprendió que si el mago deseaba que trabajasen

juntos, era el momento de pedirle algo a cambio. Al fin y al cabo, así

funcionaban las cosas entre los riadeim—. Especialmente si os sinceraseis conmigo y me despejaseis algunas dudas. ¿Qué era Brandyl? ¿Puede ocurrir otra vez algo así?

—Eres persistente. Esa es una virtud que me gusta ver en mis iniciados...

hasta cierto punto —dijo Colvir con un amago de sonrisa—, pero supongo que te

lo has ganado. La respuesta es que Brandyl era el conducto de algo antinatural

que en teoría debería tener vetado el acceso a nuestro mundo. Lo que vimos en el

Eldantir significa que algo ha subvertido el orden de la naturaleza y la ha corrompido.

—¿Cómo es eso posible? Creía que los Tres habían expulsado a los

demonios al Myrkaul mucho antes de que la humanidad bajase del Monte Ayrat.

¿Es eso lo que vimos? ¿Una especie de demonio?

—Tú estás hablando de religión y yo de magia y de sus manifestaciones en nuestro mundo —dijo Colvir con cierto desdén.

—¿O sea que no era un demonio?

Colvir sonrió ante su tenacidad.

—Si lo era, se trataba de uno que no se ajusta al concepto que tenemos de ellos. Yo lo llamaría más bien un parásito. Lo que no admite ninguna duda es

que, fuese lo que fuese, se trataba de un ente muy inteligente y taimado.

—¿Por actuar a través de Brandyl?

Colvir asintió con seriedad.

—También por hacer que dijese cosas que no debía ante los hermanos del monasterio. Eso motivó que Koannos nos informara y que decidiesemos traerlo

hasta aquí. Que supiese que lo llevaría el Maestro de Iniciados, junto a los aprendices, no puede ser una casualidad. Creemos que ese engendro sabía que los riadarian estarían en la ceremonia y que esta siempre se celebra al anochecer,

cuando la luz de la torre mengua.

Arvand pensó en las implicaciones de lo que le contaba Colvir. Pensar que algo tan inteligente y malvado pudiese andar suelto por el mundo era aterrador.

—Temía a la luz de la torre... Aún no sé qué significa la luz ni...

—Pronto —lo interrumpió Colvir—. Cuando seas riadeim conocerás ese y otros misterios y entonces podremos volver a hablar de ellos, si lo deseas. Sólo

puedo decirte que los nueve no tenemos razones para pensar que algo así pueda volver a ocurrir.

—Ojalá sea así —dijo Arvand sin fe alguna en sus palabras.

—Ni que decir tiene que cuento con tu discreción acerca de todo lo que

hemos hablado hoy —le dijo Colvir con una sonrisa que no se contagió a sus ojos. Arvand se limitó a asentir.

La conversación acabó allí y Colvir le permitió volver a sus aposentos, para dormir unas horas más. Sus compañeros de dormitorio se levantaban, entre bostezos, mientras él se metía entre las mantas del lecho. Antes de dormirse le dio vueltas en su cabeza a la conversación que acababa de mantener con el riadarian. Aunque sabía que debería estar preocupado por lo que acababa de averiguar del ente que había poseído a Brandyl, sus pensamientos se centraban

una y otra vez en la próxima ceremonia en la que por fin se convertiría en riadeim.

No estaba preparado.

Tras lo acontecido la noche de su llegada a la Torre del Sol se había bloqueado y lo que antes le resultaba sencillo ahora le parecía casi imposible.

Colvir y sus tutores llevaban meses diciéndole que acabaría por superarlo, pero

hasta el momento seguía igual. Temía hacer un ridículo espantoso durante la ceremonia. Sabía que eso era lo que menos debía preocuparle tras la

conversación que acababa de tener, pero no conseguía pensar en otra cosa.

Sintiéndose mal consigo mismo, Arvand dejó su mente en blanco como le habían enseñado a hacer en la academia de Rynad y acabó por dormirse.

Lo despertó alguna clase de ruido. Incorporó el torso, aturdido y soñoliento, intentando averiguar qué ocurría. La luz que entraba por las aspilleras se ensombreció de repente, como si una sombra enorme hubiese tapado el sol.

Había alguien en su habitación, entre las sombras. Al verlo un terrible

desasosiego se apoderó de Arvand. Se levantó de un brinco, sin saber qué ocurría.

—¿Quién eres?

El extraño dio unos pasos y se colocó junto a su lecho. Arvand se quedó boquiabierto al ver que no era otro sino Kirius quien estaba en su habitación. Su

amigo le observaba con sus enigmáticos ojos brillando como el sol entre las copas de los árboles.

—¿Kir? ¿Cómo es posible? —dijo Arvand con voz temblorosa.

—Te lo advierto —dijo Kirius y su voz era la de Brandyl—, ellos desean volver.

—¿Brandyl? —Arvand agitó la cabeza, confundido—. ¿Quiénes son ellos?

—Los que traerán el cambio al mundo. Un cambio al que no sobreviviréis

—dijo Brandyl con el rostro de Kirius.

—Es una advertencia... lo sabía —murmuró Arvand, tras inspirar profundamente—. ¿Por qué estás aquí?

—Para pedirte que me busques, cuando sea el momento.

—¿Qué momento? Por los Tres, no entiendo nada.

Kirius se llevó un dedo a los labios con deliberada lentitud y le pidió silencio. Arvand enmudeció, muerto de miedo.

—Is´merid está despertando una vez más y es letal..., pero hay otros que ya

están en este mundo. Cuídate de ellos —dijo y luego chilló, con su cuerpo sacudido por violentas sacudidas.

Detrás de él, frente a la pared, se abrió un vórtice de oscuridad pulsante que extendió unos negros tentáculos hacia él. Se enroscaron en su cuerpo y comenzaron a tirar de él. Kirius no se resistió y, con un brusco tirón, salió proyectado por los aires hacia el vórtice.

—¡Búscame! —aulló justo antes de atravesarlo.

—¡No! —gritó Arvand, lanzándose en su ayuda.

Fue en vano. Kirius entró en aquel lugar de pesadilla gritando con la voz de Brandyl. Sus ojos lo miraron acusadoramente mientras desaparecía en la oscuridad.

Arvand se despertó, gritando en su cama. Miró a su alrededor, aterrado. La habitación estaba vacía y la luz del sol entraba por las ventanas con normalidad.

Se levantó del lecho sobre unas piernas vacilantes y fue hacia la pared donde había visto el vórtice. Allí no había nada. Todo había sido un sueño. Allí no habían estado ni Kirius, ni Brandyl ni otro Vórtice Negro. ¿Por qué entonces esa

explicación no le satisfacía? Sabía que a veces los sueños eran algo más, sobre

todo cuando eran tan vívidos y extraños como este. Inspiró profundamente, intentando calmarse. Debía averiguar más, costara lo que costase.

Por fortuna, aún le quedaban existencias de talina en su morral. Extrajo una

hoja y la introdujo bajo la lengua. Con paciencia esperó a que su mente llegase a

Tarwiz. La habitación se empañó como si la viese a través de un velo y pasó a un

segundo plano. Un millar de colores distintos aparecieron superpuestos a la realidad, fluctuando, dibujando patrones y moviéndose en lentas espirales,

siempre de derecha a izquierda. Así es como debía ser y como siempre había sido. Examinó la pared donde había estado el vórtice en su sueño, pero allí no había nada. Cuando se volvió, descubrió dos huellas de pies en el sitio donde Kiriús, Brandyl o quién demonios fuese, había estado de pie. Las huellas eran incoloras, un vacío que se llenaba con lentitud de los colores que fluctuaban a su

alrededor, como si el propio Eldantir quisiera borrarlas.

Arvand abandonó el Eldantir y su consciencia regresó al mundo real. Hubo

de sentarse en la cama, con el pecho oprimiéndole y falta de respiración. Algo había estado en su habitación. Algo que le había hecho una advertencia, la misma que le hiciera Brandyl antes de morir. Sabía que pronto su mente repetiría

una y otra vez la letanía que no lo había abandonado desde aquel día: «Ellos desean volver». Sólo que ahora se le sumaría la certeza de que la humanidad no

sobreviviría a ese retorno, y aquel extraño nombre: Isímerid. El mero hecho de

recitarlo en su cabeza hizo que un vértigo terrible lo invadiese. Era la misma sensación que sintió al descubrir las llamas reduciendo a cenizas su casa y a su

familia, nueve años atrás.

Una sensación que le decía que toda esperanza en un futuro acababa de morir.

10. El extraño señor de Aldremhem

El resto del día pasó como un mal sueño. Vaelmir impuso un ritmo apresurado a

sus monturas, mientras trotaban por empinadas colinas y cruzaban por los

bosques que las coronaban. Por fortuna estos no eran tan densos como para que

tuviesen que desmontar y el norvadoreano parecía ser un guía experto que

lograba evitar las mayores dificultades del terreno.

En varias ocasiones dejó a Kirius esperándole en un lugar resguardado,

mientras él volvía sobre sus pasos durante largo rato para asegurarse de que no

los seguían. El muchacho temía todas las veces que no regresara, pero al final volvía y anunciaba que aún debían apresurarse. Comieron sobre sus monturas,

aunque Kirius no probó bocado. Una intensa sensación de náusea le impidió

pensar siquiera en comer.

Así pasaron las horas, sin apenas cruzar entre ellos más que las palabras

necesarias, Kirius a causa de sus tribulaciones internas y Vaelmir porque tenía puestos todos sus sentidos en evitar que dejaran un rastro que pudiese ser rastreado. Cuando ya empezaba a anochecer, entraron en un solitario valle,

situado entre dos cadenas de colinas altas y escarpadas, recorrido por un río

lleno

de rápidos y corrientes. El río Norwyn, creyó recordar Kirius. Fue cerca de él donde Vaelmir se detuvo por fin, desmontó y le indicó a Kirius que hiciera lo mismo.

—Pasaremos la noche aquí —declaró, mientras descargaba las alforjas de su montura—. Cuando encienda un fuego me iré para asegurarme de que nadie siga

nuestra pista. Quédate aquí y procura permanecer despierto. No debería haber ningún peligro en estas colinas, pero nunca se sabe.

Kirius asintió como un autómeta. Vaelmir lo miró con fijeza durante unos instantes y luego se dedicó a buscar ramas para hacer el fuego. Tras un rato, ya

había conseguido prenderlo. Después de darle unos consejos a Kirius sobre cómo mantenerlo encendido, se marchó en dirección este por el valle, como una

sombra más. Esta vez había prescindido de Irla, su cansada montura.

Al verse solo, el muchacho se acercó al fuego tras sufrir un estremecimiento causado, en parte, por el frío. Decidió sentarse sobre una piedra ancha y plana,

tan cerca de la fogata como pudo, hasta que volviese Vaelmir. Aún no sabía nada

de aquel hombre, ni siquiera sus motivos para ayudarlo. Gaelon siempre lo había

prevenido sobre la nobleza, diciéndole lo mezquinos e interesados que podían llegar a ser. Sin embargo, este hombre, el señor de un condado de tierras

lejanas,

lo había ayudado sin pedirle nada a cambio. Quizá Gaelon no había sido tan infalible como a él le gustaba creer.

Su mente volvió a los pensamientos que no lo habían abandonado en todo el día. Volvió a recordar la sangre manchando la boca de Steron, el miedo que había en sus ojos incluso antes de que lo hiriese (miedo a quien, ¿al saradio?) y

el momento en el que había hundido la espada muy despacio en su pecho. Nunca

había pensado en lo que se sentiría al quitar una vida. Ahora lo sabía: sentía un

asco visceral hacia sí mismo. Volvió a pensar en lo que había ocurrido la última

noche que pasó en Rynad y torció el gesto, sintiéndose un hipócrita. Él ya había

matado antes, que no lo recordara no cambiaba ese hecho. Tan sólo lo reafirmaba

en sentirse como lo que era: un asesino.

Desató la vaina de la espada del cinturón y la sostuvo ante sus ojos, como si la estuviese evaluando. «¡Qué estúpido fui! —pensó con amargura, mientras miraba el arma—. Me sentí tan contento y orgulloso cuando Terion me la regaló... Sabía que no debía aceptarla, pero a pesar de todo lo hice».

Dejó la espada a un lado y lanzó unas delgadas ramas al fuego con manos temblorosas. Al instante crepitaron y estallaron en llamas. Imaginó lo sencillo

que resultaría todo si él fuera una de aquellas ramitas.

—La gente muere cada día. Tarde o temprano lo entenderás —susurró el Ausente.

—No por mi mano —negó Kirius, abatido—. Déjame en paz, por favor.

Escuchó el canto de un ave nocturna que no pudo identificar a su espalda, entre los árboles, pero el Ausente pareció entender su súplica y permaneció en silencio. En este lugar todo era silencio, excepto por los ocasionales ruidos de los animales, el murmullo del río, delante de él, y el sonido del viento. Levantó

la vista al cielo y apenas pudo ver ninguna estrella, pues las nubes las tapaban como un oscuro manto. Estaban tan ocultas como los motivos de aquel saradio

del camino. No tenía sentido que uno de ellos hubiese puesto precio a su cabeza.

Mientras veía cómo una estrella particularmente luminosa, la Llama de

Aramtael, aparecía en un claro entre las nubes al norte, pensó en lo que le había

dicho Terion tiempo atrás. Aunque el isgario le aseguró que los enemigos de su

familia habían desaparecido, ¿podían ser ellos los que habían enviado a un

saradio tras sus pasos? ¿Tenía algo que ver con Innae, otra tarkesia, o era casualidad que hubiese dos de ellos en Merethia a la misma vez? Nada de

aquello tenía sentido.

Abrumado por sus propios pensamientos, cerró los ojos con fuerza y

entonces lo notó. Era una sensación que le decía que no estaba solo, que

había

alguien más cerca y le estaba observando. Cogió la espada envainada y se levantó mirando a su alrededor. Frente a él vio una silueta emergiendo del río.

Era una mujer desnuda, que lo miraba mientras surgía de las aguas con una mano extendida.

—Sufres, pero yo puedo hacer que el dolor acabe. Ven, Kirius.

Kirius la miró, incrédulo. La voz era la del Ausente, una voz masculina.

Aquellas formas femeninas, entrevistas en la noche, lo fascinaban y repelían a la

misma vez. Dio un paso hacia delante, pero después se detuvo, de pronto temeroso y consciente de que ella no podía ser real.

—¡Él es mío! —gritó el Ausente.

La mujer desapareció en el agua de forma brusca, pero el líquido no salpicó ni se escuchó el menor ruido. Kirius observó la escena mientras empuñaba la espada como si le fuese la vida en ello.

—¿Quién eres?! —gritó, aterrado—. ¿Por qué me atormentas así? Déjame en paz...

Nadie contestó. Permaneció largo rato observando las aguas, pero aquel

lugar estaba desierto. Tras unos momentos se dejó caer en su asiento junto al fuego, derrotado. Dejó la espada a un lado otra vez y se pasó la mano por la cara

y por el cabello con brusquedad.

«Nada de esto es real. La Plaga sigue haciéndome imaginar cosas», se dijo.

No sabía si eso lo consolaba o lo hundía aún más en aquella espiral de desesperación que amenazaba con consumirlo.

Ya no sólo eran las voces, ahora también tenía alucinaciones. ¿Había siquiera ocurrido la lucha en el camino esa mañana? ¿Existía el extraño noble norvadoreano que lo había ayudado? Era una invención, un delirio. Él jamás habría podido encontrar el valor para enfrentarse a Steron y a un brujo tarkesio.

Una risa demente pugnó por salir de su garganta, pero consiguió reprimirla.

Sabía lo que les pasaba a los locos. Eran llevados a las abadías de los Hermanos

Ocultos y nunca más volvían a abandonarlas. Como Brandyl, el antiguo amigo

de Arvand al que él llegó a conocer en la biblioteca de Rynad. Eso era lo que se

merecía, por lunático y asesino, pero no quería acabar como él. Tenía que

conseguir calmarse y pensar con claridad otra vez. Puso la cabeza sobre las rodillas y se abrazó las piernas, diciéndose una y otra vez que nada de aquello era real.

Así fue como lo encontró Vaelmir cuando regresó. Fue tan sigiloso al volver

como al marcharse. Lo único que supo Kirius fue que de repente escuchó sus pasos, cuando ya se encontraba a su lado. El chico lo miró a la luz del vacilante

fuego, intentando dilucidar si era real o no, y vio que el hombre lo observaba con

una expresión cercana a la lástima. Tras unos instantes se puso a alimentar el fuego con más ramas.

—No nos sigue —anunció mientras quebraba una rama y la lanzaba a las llamas. No hacía falta mencionar a quien se refería—, así que a partir de mañana podremos cabalgar con tranquilidad hasta tu hogar. No le habrás mencionado a

nadie donde vives, ¿verdad?

Kirius permaneció en silencio durante un rato, observando cómo el fuego crecía y lo calentaba más, según el hombre lo iba alimentando. Vaelmir, el río y

las llamas parecían reales, pero entonces ¿por qué demonios lo ayudaba ese extraño?

—No, no lo hice. Excepto a ti —respondió con brusquedad.

—Bien —dijo el hombre, pasando por alto su tono de desconfianza—. Por lo que oímos, y por otras experiencias pasadas, me temo que nos enfrentamos a

un nigromante que puede invadir las mentes y tomar de ellas lo que quieren.

Kirius se estremeció ante una imagen de aquel ser de pesadilla hurgando en la cabeza de Ediva para sonsacarle su paradero. ¿Acaso no le había contado en

los establos de la taberna que se dirigía a Corak? La imagen volvió y la chica lloraba y chillaba por el dolor insoportable, con una lanza atravesándole el pecho

mientras el fuego se acercaba a ella.

Fue entonces cuando comprendió que el Ausente, de alguna manera, se lo había advertido aquel día en la posada. ¿Cómo era posible algo así? ¿Lo había imaginado?

—Muchacho,

¿estás

bien?

—preguntó

Vaelmir,

adivinando

sus

tribulaciones.

—No, ¿cómo voy a estarlo? Un brujo tarkesio casi me mata y tú, un

desconocido, me ayudas. La nobleza no actúa así y, desde luego, no suele tener

tu aspecto —le espetó Kirius—. ¿Por qué me has ayudado? ¿Qué interés tienes

en todo esto?

El hombre lo miró con una media sonrisa y tomó asiento en otra piedra, a la izquierda del muchacho.

—Ah, tienes razón con la nobleza, no lo niego, pero siempre hay una

excepción a cualquier regla. No deberías juzgar a una espada por la funda que la

contiene sino por la calidad de su acero. Por suerte para ti estaba allí, en el momento justo. No soy, lo que podríamos llamar, un alma caritativa, pero hay ciertas injusticias que no puedo soportar. El abuso de la fuerza es una de ellas.

Era evidente que no tenías ninguna posibilidad contra cuatro asaltantes. — Tomó

aliento y comenzó a buscar en sus alforjas, que había dejado a unos pasos del fuego—. Además, tengo buenos motivos para aborrecer a los saradios.

¿Satisfecho o quizá hubieses preferido que me quedase escondido entre los árboles, mirando cómo te hacían trizas?

—No he querido decir eso... —dijo Kirius, enrojeciendo—. Te lo agradezco.

—Nada más que hablar, entonces.

Sacó un paquete envuelto de carne salada y le pasó la mitad a Kirius.

—No creo que pueda comer.

—Debes hacerlo. Olvida lo que pasó en el camino. Si ha muerto gente en aquella posada que mencionaron, si hemos tenido que matar a tres de ellos, ha sido por su culpa, no la tuya. No te atormentes más por ello.

Se dio cuenta, no sin cierta sorpresa, de que sus palabras, a pesar de ser casi una copia exacta de las que él se repetía una y otra vez en su cabeza, lo reconfortaban mucho más. Oírlas en boca de otra persona era lo que le ayudaba.

—Sí —afirmó con resolución—, yo luché para defenderme. El verdadero culpable es el saradio.

—Él pagaba a los otros tres, sí, aunque esos cabrones suelen actuar como mercenarios de terceras personas... y es la primera vez que veo a uno de ellos tan al norte.

—Mencionó que él servía a sus señores —recordó Kirius.

—Así es, pero sigue sin tener sentido para mí.

—Esa brujería que vimos... dices que es nigromancia, pero yo creía que había sido erradicada por los riadeim mucho tiempo atrás. ¿Cómo es posible?

—Me gustaría poder decir que lo sé, pero la verdad es que no es así. Los saradios tienen cierta fama de ser mercenarios, comerciantes, piratas incluso, pero no son, o no deberían ser, nigromantes. Según el relato de los riadeim, tras

el desvanecimiento de los eliir y la Separación, resurgieron viejas herejías y cultos que el imperio y la presencia de las gentes de plata habían mantenido ocultas y dispersas. Los nigromantes fueron perseguidos una vez más y

eliminados de la faz de Balaeron, pero no hay constancia de lo que ocurrió en Tarkesia. Según muchos, allí han prosperado y se han unido a los propios kaari,

pero me temo que esas aseveraciones son imposibles de confirmar... o al menos

lo eran hasta hoy.

Vaelmir calló un momento, para masticar un trozo de carne, antes de

proseguir. Kirius miró los trozos que él tenía en su regazo y se sintió capaz de comer alguno.

—Verás, la gente suele creer que sólo hay dos tipos de magia en el mundo.

Uno es el que tradicionalmente se enseña en Balaeron, y que practican los

riadeim. Como contrapartida, los tarkesios han aprendido la hechicería en la ciudadela de Vhodan Kaar. Queramos admitirlo o no, lo cierto es que hay otros

poderes por ahí fuera, pero ninguno es tan terrible y siniestro como la nigromancia. De alguna manera, el saradio, Targun, ha aprendido a usar ese poder.

—Y no sólo él, por lo que dijiste... —comentó Kirius, recordando las palabras de Vaelmir frente al saradio—. Tú ya conocías a otro como él.

—Sí, pero no es una historia que me apetezca contar y, además, hasta hoy no sabía con seguridad que se tratara de nigromancia. Lancé un anzuelo mencionándoselo a Targun y él lo mordió.

Kirius lo miró de hito en hito durante unos instantes. Se dio cuenta entonces de la sangre fría y astucia del hombre que tenía delante, que era capaz de ingeniárselas para sonsacarle información a un enemigo tan formidable en una situación de vida o muerte.

—Pero ¿cómo aprendieron a hacer eso? No sé si será verdad o no, pero Gaelon..., un familiar, me contó que los eliir nos enseñaron nuestros conocimientos mágicos en el pasado. ¿Puede ser que ellos le enseñasen la nigromancia a los saradios?

—Te equivocas, muchacho —negó Vaelmir mientras sacaba un cuchillo de su bota y comenzaba a cortar un trozo de carne endurecida—. Por lo que sé, los

ellos detestaban la nigromancia. Además, cuando comenzaron a enseñarnos magia y hechicería, los saradios habían sido expulsados incluso de tierras tarkesias.

—Lo que no entiendo es el origen de los saradios. ¿Es cierto que es un pueblo maldito por los Tres? Yo siempre creí que eran una fábula, una invención.

—Hay muchas formas de estar maldito. Los saradios son una rama del pueblo tarkesio que se desgajó de este hace mucho tiempo. Haremos una cosa, terminemos de comer y luego te contaré esa parte de la historia.

Kirius asintió y comenzó a comer con rapidez deseoso de escuchar el relato, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Había accedido Vaelmir a contárselo para que comiese y se olvidase de sus preocupaciones? Le lanzó una

mirada de reojo, pero el hombre comía mientras miraba hacia el río, sumido en

sus pensamientos. Su rostro parecía tener un atisbo de sonrisa permanente, no así

sus ojos, que expresaban seriedad e incluso algo de tristeza. O al menos esa era

la impresión que tenía Kirius. Quizá sólo quería imaginar que todo el mundo se

sentía como él.

Cuando terminaron de cenar prepararon sus lechos, cerca del reconfortante fuego. Kirius miró hacia el punto donde creyó haber visto a aquella mujer

llamándole, preguntándose si de verdad había estado o no ahí. Aceptar que había

sido real sería aún más pavoroso que admitir que era producto de su

imaginación. No. Gaelon tenía razón. La Plaga lo había cambiado, pero eso no

significaba que estuviese loco. Al menos, no del todo. Aún era capaz de

distinguir entre la realidad y sus alucinaciones. Tras llegar a esa conclusión, se sintió un poco mejor.

Vaelmir se sentó en su lecho, cruzando las piernas, y Kirius lo imitó

momentos después. El fuego chisporroteaba, pero el viento había cesado en ese momento como para enmarcar el relato que el norvadoreano estaba a punto de empezar. El hombre cogió uno de sus odres, que Kirius sospechó que no estaba

lleno de agua, bebió un largo trago y, limpiándose la boca, comenzó el prometido relato.

—Bien, ¿por dónde nos habíamos quedado antes? ¡Ah!, sí. Por el origen de los saradios —se contestó a sí mismo—. Para eso debemos remontarnos a miles

de años atrás, cuando se dice que bajó la humanidad del Monte Ayrat, el sagrado

volcán donde el Creador nos dio forma, antes de dejarnos al cuidado de sus tres

hijos. —Su voz no dejaba escapar ninguna emoción, pero Kirius creyó percibir

en él una expresión de desdén, como si no creyese sus propias palabras—. La

humanidad siempre estuvo dividida en dos etnias. La nuestra, que era entonces

conocida como los dhaelar, y la de los tarkesios, que sí tuvieron otro nombre me

es desconocido. Los primeros hombres llegaron al Jardín de Shezarel, un paraíso

creado por el propio dios donde reinaba la paz, nadie pasaba necesidad y todos

disfrutaban de largas y felices vidas.

Esta vez, el desdén y la burla se transmitieron con claridad desde la línea de la boca a sus palabras.

—En aquel momento, la humanidad fue guiada por algunos eliir que, por así decirlo, nos civilizaron, nos enseñaron a qué dioses nos convenía adorar y nos hablaron de los misterios del mundo —prosiguió Vaelmir—. Sin embargo, los

humanos se multiplicaron con el paso de los siglos y los eliir eran pocos. Con el

tiempo decidieron construir Euhm, la Primera Ciudad, un lugar de encuentro e intercambio entre ambas razas y desde donde serían capaces de enseñarnos parte

de su sabiduría.

—¿Por qué hicieron eso los eliir?

Hablar de los eliir aún lo hacía sentirse un poco ridículo, como si fuese un niño que aún creyese en todas esas tonterías. Sólo que ahora no parecían serlo. Si

existían los saradios sin duda también lo habían hecho las gentes de plata de las

leyendas.

—Muchacho, acabas de hacer la pregunta que trae de cabeza a cronistas,

historiadores y sabios desde hace cientos de años. Nadie sabe por qué nos

ayudaron ni por qué parecían estar más cerca de los Tres de lo que nunca lo hemos estado nosotros. Es evidente que no tenían motivaciones altruistas, si me

preguntas mi opinión. En toda mi vida no he conocido a nadie que las tuviera.

—

Vaelmir lo miró con una media sonrisa y se movió un poco, mientras varias de

sus articulaciones crujían—. Además, con el tiempo nuestras relaciones con ellos

se enfriaron y, al final, corrió la sangre. En todo caso, será mejor que no nos vayamos por las ramas. Después del ritmo de la marcha de hoy, tenemos que dormir las suficientes horas para no caer de sueño mañana.

Kirius asintió, pero tenía la sensación de que Vaelmir necesitaba mucho más

que eso para caer en el agotamiento. El hombre transmitía una evidente

sensación de dureza y de ser capaz de manejar las más diversas adversidades, pero no gracias a su físico. Era la seguridad en sí mismo de la que hacía gala el

extraño noble la que transmitía esas sensaciones.

—Como te decía —continuó tras una breve pausa—, los humanos vivían en

Euhm o desperdigados por el Jardín, y entonces no existían naciones ni feudos.

Excepto la Custodia de Athael, situada en la actual Moradhair, que pertenecía a

los eliid, ignota y prohibida para los hombres. Sin embargo, con el devenir de los

siglos comenzaron a formarse grandes grupos organizados de humanos guiados

por algún líder que, sin excepción, aspiraba a convertirse en el caudillo de su propio pueblo. Ya entonces tarkesios y balaerianos estábamos divididos y

competíamos por el favor de dioses y eliid. Entonces surgió un caudillo,

poderoso y carismático, pero también rebelde y violento. Un gran número de

tarkesios lo seguía como si fuese uno de los Tres, encarnado en el mundo.

Ese

líder aseguraba haber recibido mensajes divinos que le ordenaban erigirse en el

gobernante de todos los hombres —dijo Vaelmir poniendo una voz

grandilocuente—. Desde entonces se ha convertido en una costumbre extendida.

Los poderosos toman el poder a su pesar, ya que sólo cumplen los designios de

los dioses. Pobres... tienen tantas responsabilidades y tan pocas satisfacciones...

—dijo sonriéndole a Kirius y devolvió el cuchillo, que había dejado clavado en

la tierra ante él, a su bota con tanto ímpetu que Kirius temió que se hubiera hecho daño—. En todo caso, Sarad, pues ese era su nombre, viajó hasta...

—Espera... ¿Has dicho Sarad?

Al oír el nombre recordó las palabras de Loun en *El Águila Blanca*, el dolor volvió también con el recuerdo de la acogedora posada de Fiolbar, cuando

comenzó a relatar el origen de la Orden de los Caballeros del Lirio. Esa era la razón por la que le había resultado familiar el nombre, por su parecido con los

saradios.

—Eso he dicho... —dijo Vaelmir y continuó al ver que Kirius no añadía nada más—. Sarad fue a Tarsis, un monte rocoso considerado como sagrado por

eliiir y humanos. Existía la creencia de que ese lugar era el corazón y origen del

Jardín, que el propio Shezarel hablaba a aquellos de fe y corazón puros y que de

allí saldría un día la persona que habría de liderar a la humanidad. Sarad escaló

la colina mientras miles de sus seguidores coreaban su nombre desde el prado que la circundaba. Una vez llegó a la cima le pidió al dios su bendición, pero este no le habló, a pesar de haberlo hecho antes con muchos otros. Imagino que

el miedo a quedar como un imbécil ante los suyos hizo que se enfadase tanto que

dejó a un lado las peticiones y comenzó a exigirle al dios su bendición. Shezarel no se dignó a contestarle. Eso bastó para enloquecerlo y hacerle

renegar de los

Tres, desechar su fe y destruir al mismísimo símbolo del dios: un solitario lirio

blanco que crecía entre las rocas, en un manantial que brotaba de las profundidades de la tierra. El único ser vivo que había en Tarsis, excepto él mismo, claro.

—¿Y qué pasó?

—Que el dios lo castigó a él y a sus seguidores, evidenciando en su cuerpo y mente lo que anidaba en sus corazones: la violencia, la fealdad y la blasfemia.

—Y los convirtió en los saradios —adivinó Kirius.

—Exacto, más tarde tomaron el nombre de su líder.

—Siempre había escuchado esa historia contada de otra forma. Fue Sarthean, otro tarkesio, quien arrancó el lirio y renegó de los Tres.

«Y no se mencionaba a los saradios», pensó Kirius, confundido.

—Sarthean y Sarad probablemente son la misma persona, pero para la iglesia simbolizan cosas diferentes. Lo que importa es que su ultraje a los dioses

hirió de muerte al Jardín y dio vida a los saradios. A partir de entonces se escondieron del resto de la humanidad, pues todos los repudiaban. Más adelante

los saradios fueron acusados de cometer otros actos horribles, aunque la

Apostasía de Sarad ya había sido un pecado terrible, y fueron perseguidos por balaerianos y tarkesios, cuando las grandes naciones de ambos pueblos ya

habían

sido fundadas. Se pensó que se les había exterminado, pero al parecer no fue así

y algunos escaparon a algún lugar más allá de Essur, el territorio más meridional

del continente. Con el tiempo sus antiguos hermanos tarkesios han vuelto a aceptarlos, y ahora es frecuente encontrarlos en las tierras del sur.

Vaelmir calló y bebió un largo trago de su odre. Kiriús tardó unos momentos en comprender que la historia se había acabado, fascinado, como solía ocurrirle,

ante un buen relato. Sólo entonces se dio cuenta de lo cansado que estaba y el sueño comenzó a vencerlo.

—No es de extrañar que nos tengan tanto odio, si los hemos perseguido durante siglos —dijo de forma casi involuntaria, tras disimular un bostezo.

—Oh sí, los compadezco de veras —se burló Vaelmir—. Los saradios son crueles porque hay algo retorcido en ellos, como si esa maldición divina les hubiese quitado parte de su humanidad. De cualquier manera, lo que te he contado son bonitas leyendas y mitos que explican, en parte, cómo es nuestro mundo hoy en día. Yo no confiaría demasiado en que sea la verdad. Deberías sacar tus propias conclusiones.

Kiriús no estaba muy seguro de entender sus palabras, pero asintió con un bostezo. Cuando estaba pensando muy seriamente la idea de dejarse caer sin más

entre las mantas y cerrar los ojos, recordó una pregunta que había estado

queriendo hacerle a Vaelmir desde hacía horas.

—¿Por qué crees que se fue el saradio? ¿Por qué nos dejó marchar sin más?

—No lo sé —admitió al cabo de unos instantes—. No sé mucho de magia, pero sospecho que recibió algún tipo de orden o comunicación, por medio de su

arte oscuro, quizá de esos señores que mencionó. Lo que importa es que estuvimos de suerte, muchacho. Créeme, teníamos las de perder en un enfrentamiento con él.

Entonces recordó las palabras que el Ausente había dicho justo antes de que Targun decidiese marcharse sin luchar. Era imposible que el Ausente se comunicase con su enemigo. Aquello tenía aún menos lógica que lo demás. Debía haberlo imaginado, como a la mujer en el río y tantas otras cosas antes. No podía fiarse de sus sentidos.

Kirius suspiró, de nuevo confundido.

—Deberías dormir y procurar olvidarte de todo esto, al menos por unas horas.

—Ojalá pudiera. —dijo Kirius, de nuevo sintiendo el peso del cansancio del día. Se metió entre las mantas, pero entonces volvió a sentirse inquieto—. ¿No

deberíamos hacer guardia, por si acaso?

Vaelmir se había recostado en el lecho. Estaba tallando un trozo de madera

con uno de sus cuchillos y no levantó la vista de su tarea.

—No te preocupes. Mientras estés conmigo no te pasará nada.

El muchacho asintió y volvió a meter la cabeza entre las mantas. No sabía por qué, pero lo cierto es que se sentía más a gusto y seguro con este hombre, de lo que había estado desde que había comenzado este viaje maldito de los Tres.

Permaneció despierto durante unos minutos, escuchando el ruido del metal raspando la madera, pero incluso ese ruido se apagó. Antes de caer en el sueño

se alegró de que al final Vaelmir resultase no ser una alucinación, como había llegado a temer.

Al día siguiente, tras levantar el campamento, impusieron a las monturas un paso más relajado que el del día anterior. Mientras cabalgaban hacia el oeste, Kiriús se preguntaba dónde debían de encontrarse. Supuso que en algún punto entre el río Norwyn y el camino que unía a Corak con Telbar. Seguían estando en

las colinas que empezaban a motearse de verde aquí y allá, anunciando la vuelta

de la primavera. De vez en cuando encontraban algunos lugares donde la nieve

aún no se había fundido. Hacia el sur el terreno se volvía más llano. En la lejanía

se distinguían granjas y haciendas rodeadas de campos de cultivo y de cercas con distintos tipos de ganado. Mientras tanto caía una fina llovizna que hacía que

ambos se ajustasen todo lo posible sus prendas de abrigo.

Cuando la luz del día comenzaba a debilitarse y Vaelmir observaba los alrededores, buscando un lugar en el que acampar y pasar la noche, Kiriús decidió que tenía que hablar de algo o se dormiría de puro aburrimiento. Así que

acercó su montura a Irla, la yegua del noble norvadoreano, y se puso a la par con

él.

—¿Por qué no me cuentas algo más de ti? —le pidió con sencillez—. Por ejemplo, dime qué haces aquí.

Vaelmir lo miró mientras una gota de agua resbalaba por su aguileña nariz.

Comenzaron entonces la ascensión por una colina desprovista de árboles. Aquí y

allá se veían troncos ennegrecidos quemados, posiblemente, a causa del incendio

provocado por algún rayo.

—No se me da bien hablar de mí, chico, pero estoy en Merethia porque tenía asuntos que atender en Corak; asuntos de los que te hacen ganar mucho oro.

Ahora que voy en esa dirección, supongo que me quedaré unos días por Telbar y

los alrededores.

Calló unos momentos escudriñando el horizonte. Una niebla ligera y

húmeda había hecho su aparición en la última hora. Instantes después prosiguió:

—Si lo que quieres es saber más cosas de mí, te diré que tengo ascendencia eraliana. En Mardholm, de donde provengo, se dejan sentir a menudo las raíces

de la gente de Eralian. Muchos huyeron allí cuando su reino cayó en la Guerra

del Lirio y la Rosa. Supongo que por eso tengo un aspecto tan poco

norvadoreano, no lo sé. —Hizo un gesto vago con la mano, como si no le importasen dichos motivos—. Poca cosa más puedo decirte. He sido un hombre

rico y he pasado penalidades. He sido desheredado por mi padre y me he vuelto

a reconciliar con él. He sido vagabundo, mercader, oficial, espía, prisionero, embajador, marinero y varias cosas más, dependiendo de qué era lo que me

reportaba más beneficios o lo que más me apetecía hacer en ese momento. A menudo me impulsaba la necesidad y me he visto forzado a hacer muchas cosas

que he detestado hacer... Toda una vida, imagino.

Kirius lo miró, asombrado por la repentina locuacidad del hombre; se había sincerado con él de una forma que no esperaba. Si todo lo que le había contado

era cierto, no cabía duda de que era un hombre extraordinario.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó con curiosidad.

—Cumpliré treinta y siete dentro de algunos meses, pero te aseguro que no he estado ocioso o aburrido desde que tengo uso de razón —calló y levantó la

vista mirando hacia el frente, cuando remontaron la colina—. Bien, hemos llegado. Sabía que, si mi memoria no me fallaba, estaría por aquí.

Kirius siguió su mirada y vio que en la cima de la siguiente colina había una torre de base cuadrada, que se erguía solitaria y oscura contra el nublado cielo occidental. Por lo que pudo ver a través de la llovizna y de la niebla, parecía muy

antigua y deshabitada. La parte superior estaba derruida y la base estaba llena de

maleza y arbustos.

—¿Qué es esa torre?

—Ahora sólo unas viejas ruinas, pero en sus tiempos fue una atalaya para vigilar el camino de la costa hasta Denar Medis, la capital de Bal Aeronis. Tras

el desmembramiento de la gran nación fue abandonada. —Mientras subían la colina en la que se erguía la torre, Vaelmir hizo un gesto de irritación, secándose

el rostro del agua de la lluvia—. Vayamos a guarecernos en ella.

Cuando llegaron y desmontaron de los caballos, Kirius descubrió que, a pesar de que el techo se había desplomado y que el interior estaba lleno de cascotes y hierbajos, podían dormir y guarecerse bajo el hueco de la escalera.

Ataron a los caballos en el lado oeste, donde estaba la entrada y los muros los protegían de la lluvia. Tras encender un fuego y una frugal cena, ambos se acostaron. Antes de que pudiera dormirse, el chico oyó refunfuñar al

norvadoreano a su lado.

—Eso es lo que me gusta de este maldito sitio, esa lluvia tan fina que te cala hasta las entrañas. ¿Por qué no nacería yo en Tarkesia? Al menos no pasaría este

frío. —Luego su voz bajó de tono y desapareció.

No pudo menos que sonreír al escucharlo. Poco después se había dormido, escuchando el sonido de la lluvia al caer.

Al tercer día dejaron atrás las colinas del nordeste de Merethia y el terreno se volvió mucho más llano y despejado. Los nublados picos de las montañas

Niriosh se veían ahora más cercanos, puesto que, en realidad, sólo estaban a unos pocos días de camino. También aumentó el número de granjas y haciendas

que encontraron, lo que indicaba que debían de estar acercándose a Telbar. Esa

noche montaron el campamento en una arboleda, en algún lugar al norte de la ciudad. Cuando reunía ramas para el fuego vio luces en el sur, tantas que sólo podía significar que lo que estaba viendo era la propia Telbar. Cuando volvió al

claro donde habían instalado su campamento, se lo comentó al norvadoreano, quien se limitó a encogerse de hombros.

—Así es, Telbar está a menos de una hora de camino hacia el sur.

—Entonces, ¿por qué no hemos ido hasta ella? —le preguntó mientras

dejaba las ramas en el suelo y las colocaba en el círculo de piedras donde harían

la fogata—. Al menos podríamos haber dormido en un sitio caliente y haber

cenado algo que no sean tus raciones de viaje.

—No quería pasar esta noche en la ciudad —comentó, sin más explicaciones.

Tras esto encendieron la fogata y cenaron casi en silencio. Kirius notó como Vaelmir lo miraba con una mueca socarrona mientras comían, pero, como el hombre no le dijo nada, lo pasó por alto. Fue entonces cuando comprendió que

su viaje tocaba a su fin, y que pronto tendría que despedirse de este hombre que,

al fin y al cabo, le había salvado la vida y le había ayudado sin pedir nada a cambio.

—¿Adónde te dirigirás? —le preguntó poco después—. Me gustaría ofrecerte la hospitalidad de mi casa como agradecimiento, pero no creo que mi

tutor lo aprobase.

—¿Tutor? —preguntó Vaelmir.

—Es el hombre que se ocupa de mí. Soy huérfano.

—Ya veo. Entiendo que tu tutor sea un hombre precavido con los extraños.

—No es eso. Él es... Ese hombre me odia y no sé por qué. Es duro y frío conmigo y yo no he hecho nada para... —Kirius se detuvo, pensando en lo

patéticos e insignificantes que debían de sonarles sus problemas al conde—. Da

igual.

Vaelmir se mantuvo pensativo durante unos segundos, carraspeó y lo miró con simpatía.

—Eres un gran muchacho, Kiriús; seguro que ese hombre lo sabe también.

Y si no es así, tú se lo demostrarás, tarde o temprano. Hay personas que han olvidado cómo amar, eso es todo. De cualquier modo, aunque mañana debamos

despedirnos, estoy seguro de que nuestros caminos volverán a cruzarse en el futuro.

—Si tú lo dices... —musitó Kiriús mientras bajaba la mirada.

—¿Qué ocurre? Recuerdo que hace tan sólo dos días desconfiabas de mí.

—Hace dos días no era yo mismo. Estaba asustado, confuso y no sabía quiénes eran mis amigos y quienes mis enemigos.

Una expresión apagada, casi melancólica, apareció en el rostro de Vaelmir.

—Todo eso está muy bien, pero no deberías confiar en nadie con tanta facilidad. Con frecuencia verás cómo esa confianza es traicionada.

Luego enmudeció, mirando hacia el bosque. A duras penas llegaba la

blanquecina luz de la luna hasta ellos, a través de las copas de los árboles y de

las oscuras nubes.

—¿Es eso lo que te pasa a ti? ¿No confías en nadie?

El joven pensó que, si era así, entonces su vida debía de ser muy triste y solitaria. Vaelmir se limitó a mirarle durante un buen rato sin contestar.

—No tienes demasiados reparos en decir lo que piensas, ¿verdad?

—No pretendía...

—Déjalo, chico. No me ofendo con facilidad y decir lo que uno piensa no es nada de lo que haya que avergonzarse. Deberíamos ir a dormir. Hablaremos de

todo esto mañana, si quieres.

Kirius asintió y se dirigió a su lecho. Deslizándose bajo la manta, pronto se dio cuenta de la añoranza que sentía por la granja, su hogar, e incluso por ver a

Terion. El isgario era algo a lo que aferrarse, algo familiar dentro de lo confuso y

peligroso que parecía haberse vuelto el mundo. Era probable que no obtuviese de

él cosas tan sencillas y tan necesarias como un abrazo, un gesto de cariño y quizá

tampoco de comprensión, pero al menos podría contarle sus problemas. Tendría

que conformarse con eso.

Cuando iba a darle las buenas noches a su compañero, vio que Vaelmir se había desvestido hasta quedarse en una camisa blanca de lazadas, abierta hasta el

esternón. A la luz del fuego vio unas feas cicatrices blanquecinas que le recorrían

el pecho. El hombre se percató de su mirada y se ató las lazadas, mientras una

sonrisa torcida aparecía en su rostro.

—Viejos recuerdos. Te dije que había sido un prisionero, ¿verdad?

—Lo hiciste, sí —contestó Kirius, impresionado por las marcas en su piel—.

Buenas noches, Vaelmir.

—Descansa y no olvides todo lo que hemos hablado —le dijo en tono enigmático.

Luego volvió a tallar la pieza de madera con la que había estado ocupado en estos tres días. Kirius cerró los ojos y se durmió unos instantes después. Vaelmir

le miraba desde el otro lado del fuego y su rostro mostraba una curiosa mezcla

de emociones: pesar y satisfacción.

El sueño, o quizá pesadilla fuese un nombre más acertado, comenzó como en las dos noches anteriores. Él se encontraba en mitad de ninguna parte, sólo sabía que había un suelo a sus pies y un cielo sobre su cabeza. Delante de él estaba Steron, con una malévola sonrisa en su rostro mientras sostenía su espada

en alto, amenazante. Llegado a este punto, como había pasado en las dos ocasiones anteriores, tuvo la sensación de que aquello no había sido así. Steron

había querido matarle, de eso no cabía duda, pero no le había mirado con aquel

destello de malevolencia y locura en su mirada. Entonces notaba el peso de un

arma en su mano izquierda, lo cual era absurdo puesto que él era diestro, pero por mucho que miraba su mano, no conseguía ver la espada. Sin embargo,

notaba el tacto de su empuñadura, sentía que estaba allí; lo sabía con cada fibra

de su ser.

Entonces Steron se lanzaba hacia delante mientras unos jirones de oscuridad,

casi como si fuesen nubes de humo, salían de su boca y de sus ojos. Kiriús corría

al encuentro de su adversario y le descargaba un tremendo golpe con su inexistente arma. Había un cegador destello de luz y Steron caía al suelo de rodillas, sin ninguna herida aparente, pero la oscuridad que salía de su rostro desaparecía, y entonces su mueca de maldad se transformaba en una de

sufrimiento y pesar.

—Quieres ser el único, ¿verdad? ¿Pero existes o eres otra ilusión para

atormentarme? Yo quería ser perfecto, como tú, y para eso necesitaba sentir.

¿Por qué hiciste que mis propios hermanos se opusieran a mí? ¿Acaso me tenías

miedo?! —La última pregunta la gritaba a los cielos, ya que caía hacia atrás y quedaba tendido sobre la nada. Luego empezaba a reír con carcajadas estridentes

—. Oh, sí, es eso. ¡Me temes!

De pronto el mundo a su alrededor estallaba en llamas.

Como en las dos ocasiones anteriores, Kiriús lloraba sin saber por qué ante

las palabras de aquel hombre, que poco a poco empezaba a arder entre dementes

carcajadas. Extendió la mano, como si quisiera evitarlo, pero Steron acababa por

desaparecer convertido en cenizas. La mano de Kirius se quemaba entre las

llamas a la vez que delante de él emergía una silueta oscura de proporciones gigantescas. Aquel ser descomunal se movía en los límites de su vista y

provocaba ondulaciones en el fuego que pasaba de ser de color amarillo y rojo, a

azul y luego a verde. Kirius chilló, sintiendo como su carne se incendiaba con la

misma facilidad que si fuese un hatillo de paja seca. Sin embargo, aquí acabó la

similitud con las dos noches anteriores. Esta vez siguió en el sueño, cuando debería haber acabado en este punto. De pronto el fuego lo azotó de forma despiadada y se volvió negro. Cerró los ojos hasta que sintió que algo había cambiado a su alrededor. Los abrió lentamente, con miedo. Cuando vio lo que había a su frente, deseó no haberlo hecho.

Se encontraba en otro sitio, que no podía ser más distinto del anterior. Estaba en la ladera de una enorme montaña, hundido hasta las pantorrillas en la nieve.

Muy por encima de su cabeza se recortaba la cima fracturada en dos de la montaña sobre la que se encontraba. A su alrededor el paisaje era similar, con un

cielo gris y opresivo y las nubes por debajo de él. Pero el sobresalto se lo había

dado una figura que se encontraba no lejos de él, escalando. Su túnica negra y roja, de los mismos colores que los extraños tatuajes de su rostro, no dejaban lugar a dudas. Era Targun, el sacerdote saradio.

—¿Crees que por subir al techo del mundo vas a escapar de mí? Ni la cima del invierno puede salvarte.

Su voz en el sueño era aún más pavorosa que en la realidad. Apenas tenía semejanza con una voz humana, distorsionada por el odio. Kirius retrocedió unos pasos ladera arriba, asustado.

—Tu vida nos pertenece, puesto que llevas la Mácula contigo. —Sus bestiales ojos amarillos chispearon llenos de odio—. Estás cerca, lo sé. Casi al alcance de mi mano.

El miedo se apoderó de él y corrió. Empezó a escalar por las traidoras y empinadas rocas, pensando en que quizá si llegaba a la cumbre estaría a salvo.

Detrás de él escuchó un sonido rechinante y odioso, las carcajadas de su enemigo.

—Nadie va a protegerte, chico. Ni tus traidores dioses ni aquellos que crees que son tus amigos. ¿Piensas que tu vida o tu muerte le importan a alguien? Siempre has estado solo y solo morirás. Recuérdalo.

El suelo cedió a sus pies y se encontró cayendo sin saber cómo ni por qué.

Un sonido le acompañó durante toda su caída, las últimas palabras de aquel ser.

Cayó durante una eternidad, hasta que incluso el desquiciante eco de la advertencia de Targun desapareció. Al cabo de un rato se dio cuenta de que ya

no caía, sino que flotaba en una inmensa negrura. Las tinieblas eran tan oscuras

que no podía verse a sí mismo. Tan densas que no podía respirar y penetraban por su boca y su nariz ahogándole, a pesar de sus denodados esfuerzos por respirar. Con terror se dio cuenta de que no existía aire que poder respirar.

Intentó gritar y expulsar aquella cosa viscosa de su garganta. Gritó con todas sus

fuerzas.

Con un sobresalto se dio cuenta de que acababa de gritar y aún sus pulmones

tardaron unos segundos en comprender que eran capaces de respirar el aire, el bendito aire que lo rodeaba. Se encontraba en su lecho, bizqueando por el sol que le daba en la cara pues hoy parecía ser un día despejado, y se dio cuenta de

que ya la mañana estaba muy avanzada. Se palpó el rostro y lo notó mojado por

el sudor. Le dolía la cabeza y su corazón aún latía apresurado por la extraña pesadilla, así que se quitó las mantas de encima y se sentó, procurando calmarse.

Miró a su alrededor y no vio a Vaelmir. ¿Por qué no le había despertado antes?

Precisamente Vaelmir había insistido en acostarse pronto, para emprender muy

temprano la marcha.

Una intuición hizo que el chico se levantase, sobre unas piernas aún

inseguras, y explorase el claro donde habían acampado. Las mantas, las alforjas

y la montura del norvadoreano habían desaparecido. Sólo Helyra estaba atada a

los árboles mirándole con expresión de reproche, como preguntándose por qué el

chico había dormido hasta tan tarde dejándola atada allí.

Kirius se sentó, perplejo, en un tronco, al lado de su montura. Vaelmir se había ido, eso estaba claro. Lo que no entendía era por qué le había abandonado

sin ni siquiera despedirse de él. Entonces recordó sus palabras de la noche anterior. No confíes en nadie, le había dicho. ¿Era un aviso de su marcha? Fue

entonces cuando vio que, en el suelo junto a su montura, había una figurita de madera. La cogió sólo para descubrir que era un gato de madera del tamaño de

un puño, tallado con maestría y con una increíble atención a los detalles. Era obra de Vaelmir, quizá una especie de regalo de despedida.

—En fin... esperaba que... ¡Bah! Los nobles son así, volubles y caprichosos

—se dijo en voz alta mientras volvía para recoger sus cosas y marcharse de allí.

Cuando recogía sus mantas del suelo, fue cuando se dio cuenta. Miró hacia

su cinturón, y vio que su bolsa de monedas no estaba. La pequeña cuerda de lino

con que la ataba aún colgaba de su cinturón, rota. La desató y miró el extremo,

había sido cortada con un cuchillo. Con un gruñido la tiró al suelo, y la pisó con

furia.

—¡Ese hijo de perra! —maldijo fuera de sí—. ¿Cómo ha podido? ¿Cómo,

después de lo que habíamos pasado juntos? No confíes en nadie... ¡maldito tramposo!

Echando pestes arrojó el gato de madera hacia los arboles cercanos. Luego colocó los arneses a su montura, cogió sus cosas y montó. Mientras salía al galope de la arboleda en dirección sudoeste, comprendió que una parte de él estaba dolida por la inesperada traición, pero otra aún mayor estaba furiosa por

haberse dejado engañar. Se prometió que, si volvía a ver a Vaelmir de

Aldremhem, fuese noble o no, fuese mejor espadachín que él o no, le haría rendir cuentas por esto.

Vaya si lo haría.

11. La tormenta sobre Balaeron

Según fue avanzando el día, el cielo se fue cubriendo cada vez más. A mediodía,

momento en el que Kirius llegó al camino que llevaba hasta la granja, pesadas nubes habían cubierto casi por completo el cielo. Apenas si vio a nadie en el camino o en las granjas de los alrededores. Supuso que muchos estarían aún en

Telbar, sufriendo las consecuencias de las festividades de estos días, y otros habrían iniciado ya la Peregrinación. Aun así, la quietud del lugar le pareció ominosa y se alegró cuando a media tarde, tras haber hecho una breve parada para comer con las pocas provisiones que había traído consigo, llegó casi al final

de su viaje.

Cuando apenas le quedaba media hora de camino se percató de que,

avanzando por la vereda, venía un carro tirado por dos caballos. En el

pescante

iban un hombre y una mujer de mediana edad, ambos campesinos. Poco después

fue capaz de reconocer al hombre. Era un campesino llamado Gilvar, como el mismísimo rey de Merethia, que vivía en la granja más cercana a la suya. Había

venido alguna vez para hacer intercambios con Terion de alimentos, semillas e incluso animales. Aunque apenas le conocía, era tranquilizador volver a contemplar una cara familiar después de lo que había vivido durante su viaje.

Cuando se cruzaron, se hizo a un lado del estrecho camino y los saludó, mientras ellos le observaban con curiosidad.

—Un momento, ¿no eres tú el chico de nuestro vecino Terion? —le

preguntó el campesino, entrecerrando los ojos y frenando a los caballos con un

tirón de las riendas.

—En efecto, soy yo. Llevo más de una semana fuera de casa. ¿Sabes si Terion se encuentra bien?

—Eso creo, muchacho. Esta mañana temprano lo vi con su jamelgo por el camino, en dirección a Telbar. No sé si ya habrá vuelto.

Kirius suspiró, aliviado. Por su cabeza había pasado la posibilidad de que, de alguna manera, el saradio pudiese encontrar la granja y a Terion.

—Bien, muchas gracias. Seguiré mi camino, he tenido un viaje... muy

cansado y no quiero retrasarme.

—No te entretengo más, chico. La verdad es que mi mujer y yo acabamos de iniciar la Peregrinación, para rezar ante el Legado y las reliquias del santo Bade,

que el Creador lo tenga en su gloria. Nos queda un largo camino hasta Ishmer.

—¿Por qué no te lleva tu padrastro a Ishmer? —metió baza su mujer, que

hasta entonces había permanecida callada mirando a Kirius con mal disimulada curiosidad—. Aunque sólo he visto a ese hombre una vez —le dijo ahora a su marido—, ya te dije que no me daba buena espina. Ese no es de por aquí y tiene

una mirada que...

—¡Bah! Cállate mujer —la reprendió Gilvar mientras le hacía un gesto de disculpa a Kirius—, tú no entiendes de estas cosas. Además, ni siquiera sé si es

cosa de hombres sensatos emprender la Peregrinación este año.

—¿Y eso por qué? —se interesó el joven.

—Un carretero me aseguró que el oeste anda muy revuelto. Dice que le contaron en Almeron que ha empezado otra Plaga y que se ha visto a los horribles brujos tarkesios por la zona. Por eso hemos tenido tan malas cosechas

estos años. También he oído que hay guerra entre las Ciudades Libres, matanzas

en los Llanos de Eralian y que han asesinado a uno de los triarcas. —El

hombre

hizo un gesto de protección contra el mal de ojo—. Espero que no sea verdad, pero ya somos viejos y queremos emprender la Peregrinación una última vez.

Ojalá sean rumores sin fundamento.

Kirius se percató de que entre el hombre y la mujer se encontraba una vieja hacha de las que se usan para cortar la leña.

—Seguro que es tal y como dices —dijo por fin, mientras se erguía en la silla—. Que los Tres guíen vuestro viaje.

—Los Tres te lleven sano y salvo a casa, muchacho —fue su respuesta antes de azuzar a los animales y reemprender la marcha.

Kirius prosiguió su camino, preocupado. ¿Qué tipo de problemas podría haber en el oeste? Esperaba que no fuesen tarkesios quienes estaban implicados

y más cuando él ya se había encontrado con dos de ellos. Pero sabía que no había que hacerle caso a los rumores, habladurías o supersticiones de la gente.

Esa fue una lección recurrente de Gaelon y el anciano siempre se mostró tajante.

«No dejes que los ignorantes guíen tus pasos, pero tampoco confíes de forma ciega en aquellos que declaran saber más que tú. Sé tú el sabio y entonces sabrás

que camino debes tomar», recitó Kirius, sonriendo a su pesar al recordar la voz

del anciano. Pero él no era ningún sabio. No sabía nada, excepto que un

saradio

lo buscaba y había estado a punto de asesinarlo.

«¿Crees que tu vida o tu muerte le importan a alguien? —dijo la voz de

Targun, surgiendo de la nada en su cabeza—. Siempre has estado solo y solo morirás».

El recuerdo de la pesadilla de la noche anterior lo embargó e hizo que su ánimo se ensombreciera. Lo peor era que sentía que las palabras del tarkesio eran ciertas. Gaelon estaba muerto, Arvand estaba lejos de él, en más de un sentido, Terion apenas lo soportaba y los hermanos lo habían abandonado a su

suerte. Había sentido una inmediata afinidad hacia Vaelmir, pero aquel farsante lo había traicionado y abandonado. Se sentía muy solo y más ahora que pendía

sobre él una sentencia de muerte.

¿Y si eran los enemigos de su familia quienes deseaban su muerte? Quizá

ellos habían asesinado a sus padres, aunque Gaelon le había asegurado que su madre había muerto poco después de su nacimiento. Pero ¿podía confiar aún en

lo que el anciano le había contado? Aquel hechicero siniestro, Targun, no tendría

reparos en matar a una mujer indefensa. De nuevo recordó la tímida sonrisa de

Ediva y la calidez de sus ojos. El único crimen que había cometido la muchacha

había sido hablar con él y por ello había pagado con su vida. Una oleada de algo

que identificó como una mezcla de ira y pena lo invadió. Con un gesto brusco azuzó su montura en dirección oeste, hacia su hogar.

Cuando cruzó la entrada y pasó junto al pino de la entrada, su humor era tan lúgubre como los plumizos nubarrones sobre las Niriosh. Desmontó y echó un

vistazo a su alrededor; no había rastro de Terion por ningún lado. Rodeó el pozo,

llevando a Helyra de las riendas, mientras pensaba que lo más probable era que

el hombre no hubiese vuelto aún de Telbar. A veces el isgario se pasaba todo un

día fuera de la granja.

Al ir a encerrar a Helyra en los establos, vio la silueta de otro animal en la

débil luz del atardecer. Quizá después de todo Terion ya estaba en casa. Se acercó para saludar a Arin, pero se quedó de piedra al no ver al viejo y orgulloso

semental de su tutor, sino a una yegua muy parecida a Helyra. Tardó unos

instantes en reconocer a Irla, la montura de Vaelmir. Ver al animal allí fue tan inesperado, que sólo pudo contemplarla con asombro hasta que un horrible

presentimiento se abrió camino en su mente. La presencia de Irla indicaba que su

dueño también estaba cerca. Sin duda había averiguado donde vivía. Él se lo había indicado de forma vaga, pero Vaelmir era muy capaz de inferirlo de sus palabras. ¿Qué quería de ellos? ¿Robarles? Entonces recordó unas palabras que

Gaelon le dijese una vez acerca de la nobleza: «Siempre toman lo que

quieren,

de una forma u otra. Aléjate de ellos».

Empuñó la espada y se acercó a la casa, procurando no hacer ruido. Cuando

llegó a la puerta, comprobó que no estaba atrancada y con mucho cuidado la abrió y entró. Caminó en silencio por el familiar pasillo, hasta que escuchó un ruido que provenía de la sala del hogar, donde Terion se pasaba horas sentado mientras fumaba hojamarga en su pipa. Sin pensarlo dos veces, entró en la estancia como una exhalación.

Tal y como había supuesto, Vaelmir estaba allí adentro. Se encontraba

sentado en una de las sillas de ancho respaldo, muy cerca del hogar, que estaba

apagado. Iba vestido como el chico lo había encontrado días atrás, a excepción

de su manto de viaje. Exhibía una plácida expresión de complacencia mientras fumaba en la pipa de Terion, de cazoleta de bronce. Al verle enarcó las cejas, aunque no parecía sorprendido en absoluto, y una sonrisa fue apareciendo en su

rostro al ver la expresión borrascosa del muchacho.

—Por fin has llegado, Kirius —dijo tras soltar una bocanada de humo

particularmente larga—. A pesar de aligerar parte del peso de tu equipaje, has tardado más de lo que esperaba. ¿Qué tal has encontrado el camino hasta aquí?

—¡Maldita serpiente! ¡Asqueroso ladrón! —gritó él con una voz que sonaba

temblorosa debido a la furia que sentía. Aquel hombre tenía el descaro de robarle

y luego dirigirse a su casa para burlarse de él—. Vas a devolverme lo que es mío

y a salir de mi casa ahora mismo o te arrepentirás.

Dio unos pasos hacia él, enarbolando la espada. Vaelmir permaneció imperturbable, mirándole con un gesto que era casi de aprobación.

—¿Qué haces, Kirius? —dijo la voz de Terion a su espalda, haciendo que se detuviera en seco. Al volverse vio al isgario mirando la escena con una mezcla

de enojo y diversión desde la entrada—. ¿Pretendes atravesar a nuestro huésped?

Kirius desplazó su mirada entre él y Vaelmir, confundido.

—¿Huésped? No, este hombre ha debido engañarte. Me mintió y me robó de camino hacia aquí. No es una buena persona.

El comentario del chico arrancó una sonrisa a Terion, que se acercó a ellos.

—La verdad es que muchos han dicho eso mismo del conde Vaelmir de Aldremhem, que no es una buena persona, pero es más falso de lo que la mayoría cree.

—No arruines mi mala reputación —contestó Vaelmir con gesto serio—. He sangrado, y mucho, para labrármela.

Kirius se sentía cada vez más confundido, pero comprendió que ambos hombres debían de conocerse, y muy bien, visto como el isgario hablaba de él.

—¿Os conocíais? —le preguntó a Terion.

—Así es. Vaelmir es el amigo del que te hablé hace tiempo, el que compró esta granja para nosotros.

Kirius se volvió hacia el norvadoreano mientras notaba, con cierta sensación de vergüenza, que aún empuñaba la espada. Vaelmir le sonrió con esa expresión

burlona, pero al mismo tiempo agradable, que tenía.

—Ya no estás interesado en utilizarla, ¿verdad? —preguntó, señalando la espada con la pipa.

Kirius hizo caso omiso de su pregunta y envainó el arma, sintiéndose más ridículo a cada momento que pasaba.

—Me robaste y me abandonaste —dijo con voz acusadora.

—No esperes ninguna justificación por su parte —intervino Terion—. Vael a veces hace cosas estúpidas por razones aún más estúpidas. Dice que era una lección para ti.

—Cuando nos conocimos te hice lo mismo a ti, estoy seguro de que aún lo recuerdas —indicó el norvadoreano con voz punzante—. Cierto es que al final me encontraste y me obligaste a devolvértelo todo, e incluso a trabajar para ti para pagarte tus malditos intereses. Sin embargo, te hice recorrer media Isgarad

antes de que pudieses alcanzarme.

Terion soltó una carcajada, sin duda rememorando la historia de su amigo.

Kirius lo miró fascinado, pues nunca había visto a su tutor reírse de aquella manera.

—Ya han pasado más de veinte años de aquello. Recuerdo cómo me embaucaste y acabamos celebrándolo en Berlaar con aquellas dos muchachas...

—Terion calló bruscamente y miró a Kirius, azorado—. Olvidémonos del pasado

ahora. Lo que no me gustó, Vael, como ya te dije antes, es que dejases al chico

solo después de lo que había pasado.

Así que Vaelmir ya se lo había contado a Terion. Sin duda lo había puesto al día de lo que le había acontecido durante el viaje a Corak.

—Te preocupas demasiado, como siempre —respondió Vaelmir mientras apagaba la pipa y la dejaba a un lado—. El muchacho estaba a menos de un día

de aquí y ya había visto que le habías enseñado a desenvolverse con un acero en

la mano. Estaba seguro de que no le pasaría nada. Con respecto al dinero... —

Sacó de debajo de sus ropajes una bolsa que Kirius reconoció como la suya y se

la lanzó. Cuando la cogió en el aire notó que ahora era más pesada que cuando

había desaparecido—. Aquí está. Mis disculpas por el hurto, chico. Era una lección que quería que aprendieras y que dudaba que Terion te hubiese

enseñado.

Espero que recuerdes mis palabras de esa noche.

Las recordaba: «No deberías confiar en nadie con tanta facilidad. Con frecuencia verás cómo esa confianza es traicionada». No sabía qué pensar acerca

de la supuesta lección que había querido enseñarle. Quizá era cierto o quizá tan

sólo quería burlarse de él. De cualquier manera, se alegraba de que el malentendido estuviese aclarado. Vaelmir tenía algo que impedía que se enfadase mucho tiempo con él y que prefiriese tenerlo como amigo. No obstante,

no le gustaba que le mintiesen y Vaelmir lo hacía con mucha soltura, al parecer.

—Pero... si Vaelmir es tu amigo, ¿fue casualidad que me ayudase al salir de Corak? —preguntó Kiriús, dispuesto a conocer todos los detalles.

—Oh, en absoluto —dijo Terion mientras acercaba unas sillas para que ambos se sentaran—. Vael estaba cerca y lo dispuse todo para que os encontrarais allí y que hicierais el viaje de vuelta juntos. Vael quiso hacerlo a su

modo, esperándote a las afueras de la ciudad y fingiendo ser un desconocido. Al

parecer, fue providencial que así lo hiciese. No debería haberte dejado ir solo, por suerte estás bien.

—Pero, tú debes saber por qué un saradio quiere verme muerto. Me dijiste en una ocasión que tenía enemigos en Isgarad. ¿Son ellos quienes lo envían?

—No lo creo. Kiriús, ya hemos hablado de esto... —empezó Terion, pero fue interrumpido por el chico.

—¡No! ¡No quiero más secretos! Si sabes algo, debes decírmelo —exigió sin caer en la cuenta de que estaba alzando la voz—. Han intentado matarme, maldita sea.

Terion lo miró con sus implacables ojos azules, mientras se tocaba

distraídamente con su mano derecha una larga y blanquecina cicatriz que tenía en la cara interna de su brazo izquierdo. Kiriús la había visto con anterioridad, parecía ser la única cicatriz visible que portaba aquel hombre y, por supuesto, nunca le había contado como se la había hecho. El isgario siguió su mirada y, dándose cuenta de lo que estaba haciendo, colocó ambos brazos en los apoyos de

la silla. Cuando volvió a mirarle, sus ojos reflejaban resolución.

—Te lo repetiré una vez más, no lo sé —dijo con voz dura, casi como si le escupiese las palabras—. Hace diecisiete años, la misma noche de tu nacimiento,

los enemigos de tu familia atacaron a tu padre y lo mataron. Tú hubieses corrido

su misma suerte si te hubiesen encontrado, pero Gaelon ya había huido llevándote con él.

—¿Y a mi madre? —preguntó casi sin fuerzas.

¿Quién podía querer asesinar a un bebé indefenso? Eso era monstruoso.

—No, Elizheva murió durante tu parto. A ella no la mataron sus enemigos.

No sabía si habían sido imaginaciones tuyas o no, pero le pareció que la voz del isgario había vacilado de forma casi imperceptible al responder.

—Entonces, ¿por qué me busca un saradio? Soy incapaz de entenderlo.

—Lo cierto es que no tiene sentido —dijo Terion antes de señalar al recién

llegado—. Vaelmir y yo lo hemos discutido, pero no hemos llegado a ninguna conclusión evidente. La lógica me dice que le han contratado para encontrar a alguien y quizá haya errado el blanco contigo. Deben de haberle ofrecido algo muy valioso para que uno de ellos haya aceptado cruzar el Muro de Lágrimas e

internarse en territorio balaeriano.

Kirius asintió, pero no podía creer que eso fuese cierto. Había visto los ojos

del saradio. Parecía sentir odio por todo ser viviente, pero en especial parecía odiarlo a él, casi como si tuviese algo personal contra su mera existencia.

Miró a

Terion, pero como siempre fue incapaz de ver ningún tipo de respuesta en su rostro. No sabía qué era más terrorífico, si el que aquel hombre le estuviese mintiendo, quizá porque así creía protegerlo, o que ignorase tanto como él por

qué el saradio quería acabar con su vida.

—Eso no es lo único... extraño que me sucedió durante el viaje —anunció

Kirius, tras unos instantes de dudas.

Y les relató a ambos su encuentro con los riadeim en Fiolbar y lo ocurrido el día que conoció a Innae. Ambos hombres lo escucharon en silencio,

compartiendo de vez en cuando herméticas miradas.

—No hay duda de que tienes un talento innato para buscarte problemas —

dijo Terion con voz divertida en cuanto hubo acabado—. ¿Meterte en una pelea

por ayudar a una chica tarkesia? Supongo que es culpa mía, por cómo te hable de

ellos.

—¿Acaso obré mal? —protestó Kirius, herido en su amor propio.

—No, yo hubiese hecho lo mismo, pero eso no significa que no fuera una temeridad. Con respecto a lo que pasó en ese pueblo, Fiolbar... —Terion calló durante unos instantes, como si buscara las palabras—. He oído hablar de esos

dos riadeim, Beiran Kaldis y Minedea Darille. Son personas con las que es mejor

no mezclarse, si no es estrictamente necesario.

—No son de fiar —dijo Kirius, reproduciendo las palabras que muchas veces le dijera Gaelon sobre la orden de magos.

—Exacto. Mejor no inmiscuirse en sus asuntos, ni siquiera intentar comprender cuales son estos.

Kirius suspiró y miró al suelo. Esa era otra conversación que no iba a ningún lado. Una vez más, tuvo la sensación de no obtener lo que esperaba. Terion no

tenía las respuestas o no quería ofrecérselas y él no podía hacer nada al

respecto.

Sobrevino entonces un largo silencio que Kiriús aprovechó para estudiar a ambos hombres, tragándose su frustración. Nunca hubiese podido imaginar que

podieran ser amigos, pero ahora que lo sabía percibía en ellos alguna similitud.

Parecía rodearlos un cierto aire de melancolía, como si la vida les hubiese puesto

una invisible, pero a la vez pesada, carga sobre los hombros. Se preguntó si alguna vez podría conocer algo del pasado de aquellos dos.

—Me gusta cómo habéis dejado esto, teniendo en cuenta la ruina que era cuando la compré —dijo Vaelmir mirando a su alrededor—. Un lugar acogedor

para dormir, al menos durante un par de días.

—¿Tan grave es? ¿Crees que tendremos que intervenir tan pronto? —

inquirió Terion, mirando a su viejo amigo—. Hice bien dejando a Arin en Telbar

para que lo herrasen. Sus viejas herraduras no hubiesen aguantado un viaje tan largo.

—Me temo que sí. Mis fuentes en Corak me han confirmado que en estas últimas semanas ha empeorado la tensión y ya es inminente.

—Pero ¿de qué habláis? —preguntó el muchacho, confundido.

—De otra guerra entre Isgarad y Moradhair —respondió Vaelmir con rostro pétreo.

—¿Guerra? ¿Pero qué tenéis vosotros que ver en ella?

—Adelante —intervino el rubio isgario con un gesto de su brazo—, cuéntale todo el asunto, incluyendo las últimas nuevas que has recibido.

Vaelmir se repantingó en la silla, en una posición que a Kirius le pareció bastante incomoda. Luego bajó la pensativa mirada unos instantes a su mano, quizá mirando un anillo de oro con una gran gema engastada de color verde, una

esmeralda, que llevaba en el dedo corazón. Tras unos instantes, levantó el rostro

y comenzó su relato.

—Como ya sabrás, en los últimos años ambas naciones se han declarado la guerra en dos ocasiones. Los motivos y su legitimidad darían para llenar tratados

enteros, pero basta decir que ambas partes creían estar en posesión de la verdad.

La segunda de estas guerras acabó hace casi nueve años, con el inicio de la Plaga, cuando los ejércitos fueron diezmados por la enfermedad. —Vaelmir

sonrió con amargura—. Dicen que los cuervos oscurecían los cielos, acudiendo a

darse un festín con los restos de aquellos pobres imbéciles. El caso es que un año

después, tras la muerte del rey Bedius de Isgarad y la llegada al trono de su hijo,

se intentó realizar un acercamiento entre los dos países. El diálogo no prosperó y

las relaciones se fueron tensando una vez más. Hace medio año hubo un levantamiento en la Marca de Moradh, sofocado por los caballeros de Isgarad.

La situación desde entonces no ha hecho más que empeorar, hasta que hace un

mes comenzaron a producirse escaramuzas más serias en las fronteras. Ninguno

ha declarado aún la guerra, pero sólo es cuestión de tiempo.

—¿Es el rey isgario el responsable de lo que está ocurriendo? ¿Sabes si es tan... beligerante como su padre? —preguntó Terion, fijando la mirada en su amigo.

—No puedo decirte nada con seguridad. Algunas de sus acciones parecen indicar que es un gobernante tan severo como Bedius y otras lo desmienten. No

obstante, la represión en Alveran me hace temer lo peor. Hace mucho tiempo que no viajo a Isgarad, como ya sabes, pero una vez has conocido a un rey, los

has conocido a todos.

—Eso no siempre es verdad, a veces los hijos aprenden a evitar los errores del padre —replicó el isgario, cortante.

—Ojalá estés en lo cierto —dijo Vaelmir en tono de disculpa.

Kirius se sentía fuera de lugar en aquella conversación. Todavía no

alcanzaba a comprender qué tenían ellos que ver en una guerra entre Isgarad

y Moradhair. Sabía que en el pasado se habían producido conflictos entre ambas naciones, pero él no sentía ningún deseo de luchar, ni siquiera por su patria.

—¿Vais a luchar a favor de Isgarad? ¿Es por eso por lo que me contáis todo esto?

Terion esbozó una sonrisa en la que se vislumbraba más tristeza que alegría y negó suavemente con la cabeza.

—No, Kiriús, no vamos a luchar. Queremos evitar que esa guerra se produzca.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—Del cómo nos ocupamos nosotros y el motivo... bueno, debes saberlo.

Vaelmir se recostó tanto en la silla que la madera crujió varias veces.

—Estoy tentado de echarme una siesta —dijo tras bostezar de forma exagerada—. He oído esa historia todas y cada una de las veces que hemos hablado, desde tu regreso.

—Haz lo que quieras, esta vez la historia es para el muchacho —replicó

Terion sin mirarle—. Antes de llegar a Rynad, poco después de morir Gaelon, y

antes incluso de llegar a Moradhair, donde me encontró Leram, yo vivía en las

tierras de Tarkesia.

La declaración no fue ninguna sorpresa para Kiriús. Al fin y al cabo, el

hombre le había contado muchas historias del gran desierto que existía allí. Él ya

había supuesto que el isgario habría estado en Tarkesia, si bien pensaba que sólo

durante el Tercer Azote, tal y como él le relatara en una ocasión.

—Estuve muchos años allí, tantos que llegué a considerarlo mi hogar, a

pesar de que debía ocultar mi piel y mi cabello para no ser ejecutado. —Oír aquello le recordó a Kiriús la historia de la propia Innae—. Me establecí en el gran desierto de Alqejid, viviendo como un nómada e ignorando las fronteras de

los países que reclaman sus arenas como propias, Azoria y Karif. Hace unos años ambas naciones entraron en guerra, justo a la misma vez que la soberana Ketziah Ranesham de Essur, tradicionalmente el centro de poder de toda

Tarkesia, tomaba las riendas de su reino. Lo sorprendente es que al año siguiente

Ketziah ya había terminado con la disputa entre Azoria y Karif, dos naciones que

se odian y que han entrado en guerra tantas veces que ya nadie recuerda el número. Lo que estoy diciendo es que Ketziah de Essur es una persona de

excepcional carisma, inteligencia y capacidad, y tiene cuatro años menos que tú

—dijo, señalando hacia Kiriús con un gesto de su mano—. Poco antes de dejar

Tarkesia, oí rumores de que Ketziah hablaba de hacer pagar a los balaerianos por

las humillaciones de la Separación y de los Azotes. Su pueblo la apoyaba y comenzaban las levas para formar y entrenar a un ejército destinado a ser

invencible. Daba la impresión de que ella podría reunificar una vez más toda Tarkesia si quisiese, tal y como hizo Jared Bashel Sionah tres siglos atrás.

Kirius pasó unos momentos intentando encontrar un sentido a toda aquella maraña de nombres, pero algo le quedó bastante claro. Quizá tendrían que enfrentarse a una guerra muy pronto. Una tan terrible como la Guerra del Lirio y

la Rosa.

—Lo que quieres decir es que hay que evitar una guerra entre Isgarad y

Moradhair, ya que los debilitaría para defendernos ante una invasión de los tarkesios, ¿verdad?

—Eso es —confirmó Terion sonriéndole—, lo has comprendido. Quizá sea lo que están esperando, un conflicto entre nosotros para iniciar su ataque. Lo que

yo vi en el sur fue el nacimiento de una alianza entre los pueblos tarkesios como

no se había visto desde los tiempos de la Guerra del Lirio y la Rosa. Mayor aún

—añadió al cabo de unos momentos—, ya que se dice que Jared los unió con el

poder del miedo. Ketziah, en cambio, lo está haciendo dándoles un propósito y

no hay nexo más poderoso que ese.

—¿No debería alguien hacer lo mismo entre los balaerianos? —preguntó

Kirius, viendo el paralelismo con sus enemigos—. Si no nos unimos, nos

aplastarán.

Terion asintió, pensativo.

—Ojalá fuésemos capaces, pero los balaerianos estamos demasiado divididos y no hay ningún líder que sea capaz de lograr algo así. Nosotros tres

haremos lo que está en nuestra mano, informar a los gobernantes de Balaeron del

verdadero peligro al que nos enfrentamos. Primero iremos a ver al rey Gilvar en

Almeron, ya que se le tiene por un hombre juicioso. Espero que, en cuanto sepa

el alcance de esta amenaza, se niegue a aliarse con Isgarad y se prepare para afrontar la amenaza tarkesia. Además, eso nos dará tiempo para llegar hasta mi

país y evitar la guerra... Eso es lo que has deseado todo este tiempo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó, intrigado, el muchacho.

—Sé que hace tiempo que deseas viajar a Isgarad. Ahora irás a tu lugar de nacimiento, para bien o para mal, pero no podemos demorarnos más y no te puedo dejar aquí después de lo que ha pasado.

Kirius guardó silencio. Nunca había pensado que pudiese ser tan

transparente para aquel hombre, ni que sus deseos le importasen tanto. De alguna

manera su tutor parecía haberse transformado en otra persona, en alguien más

humano, durante su ausencia.

—Eso es todo —declaró Terion levantándose de improviso—. Iré a preparar algo para la cena. Mientras tanto enciende el fuego, la casa comienza a enfriarse.

Tras esto salió de la habitación e instantes después Kirius se levantó, dispuesto a realizar la tarea que le había encomendado, hasta que Vaelmir hizo lo

propio. Había permanecido tan quieto y en silencio, que el muchacho casi se había olvidado de que estaba en la habitación.

—Voy a ocuparme de Irla, ¿quieres que le eche un vistazo a tu yegua?

—Te lo agradecería.

—Muy bien —comentó, dirigiéndose hacia la salida.

—¿Vaelmir?

—¿Sí? —se volvió hacia él.

—¿Hablaste con Terion sobre lo que te dije? —preguntó bajando el tono de voz. El peculiar conde de Aldremhem lo miró enarcando ambas cejas—. Me refiero a lo que te conté acerca de mi mala relación con él.

Vaelmir sonrió y se encogió de hombros.

—No sé de qué me estás hablando, muchacho. En todo caso, parece que exagerabas. Yo os he visto muy bien.

Kirius asintió, sin saber muy bien si el conde se estaba burlando de él o no.

Al día siguiente Terion partió muy temprano en busca de Arin, que había dejado al cuidado de un herrero de la ciudad de Telbar. Se llevó a Helyra para ello y Kirius se preguntó cómo habría vuelto de la ciudad el día anterior. Quizá

lo había hecho junto a Vaelmir e Irla. Esa mañana, mientras se ocupaba de las tareas de la granja, además de empezar a empaquetar las cosas que se llevarían

en su viaje, se dio cuenta de que estaba de muy buen humor y sabía con exactitud la causa. La noche anterior no había soñado con Steron. Había llegado

a temer que el hombre que había intentado matarlo no iba a abandonar nunca sus

horas de sueño, pero ayer no había aparecido. Ni él, ni el saradio.

Tras la vuelta de Terion, fue el turno de Vaelmir de marcharse a Telbar.

Sentado en el patio, mientras apoyaba la espalda en la boca de piedra del pozo,

tal y como solía hacer, Kirius pensó que casi parecía que ambos hombres se habían turnado para no dejarlo solo. Cuanto más lo pensaba más cierto le parecía, pero ¿qué peligro temían?

—Que el saradio encuentre tu pista y venga a acabar lo que dejó a medias.

Que destruya tu mente y convierta tu cuerpo en cenizas.

Esta vez no supo distinguir si le hablaba el Ausente o era su propio miedo el que lo hacía. Apenas había diferencia. El muchacho apretó los puños, intentando

calmarse y no pensar en nada. Nunca había aprendido a hacer eso. Desde que empezó a oír al Ausente jamás había logrado contener su miedo ni sus

pensamientos. Excepto aquellas veces en el camino a las afueras de Corak y en

la posada de Fiolbar.

No se percató de que Terion se había acercado y estaba a su lado hasta que su sombra cayó sobre él. El hombre lo miró durante unos instantes y luego le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En... —La verdad es que no le apetecía hablar en absoluto del saradio en este momento, tan sólo deseaba olvidarlo—. No pensaba en nada.

Terion lo miró con sus pálidos ojos azules y asintió.

—Como quieras. Quería disculparme contigo, Kir —dijo acucillándose frente a él. Al escuchar cómo lo llamaba, el muchacho dio un respingo—. Sé que

no ha sido fácil convivir conmigo y que a veces desearías no haberme conocido.

A menudo he pagado contigo... mis propios problemas y por ello debo pedirte

perdón.

Kirius lo miró anonadado durante un buen rato hasta que se dio cuenta de que el hombre parecía estar esperando a que él dijera algo. Cerró la boca de golpe e inspiró aire.

—Acepto tus disculpas, pero no eran necesarias. Yo tampoco soy una

persona con la que sea fácil convivir.

«Aunque por razones muy distintas a las tuyas», pensó el muchacho.

—Quizá tenemos más cosas en común de lo que creíamos —aseguró Terion, con una leve sonrisa—. Y ahora dime, esta vez la verdad, ¿qué te preocupa?

—Todo. La guerra, el viaje, los tarkesios y lo que pasó en Corak. No sé, apenas tengo tiempo para sorprenderme por lo que me pasa, antes de que me ocurra algo aún más sorprendente.

—Con el tiempo verás las cosas con más claridad y te prometo que no dejaré que te ocurra nada malo. Detener la violencia es un objetivo loable, piensa en eso y todo se hará más fácil. Pero debes saber que nos espera un largo viaje por

delante y que los caminos, como la vida, siempre son impredecibles.

El muchacho asintió, pues esa era una desagradable verdad que acababa de descubrir; en una semana su vida había cambiado de forma radical. Kirius miró a

su alrededor, al que había llegado a considerar su hogar, como lo había sido Rynad. Observó el sitio en el que había vivido y trabajado durante casi un año y

medio y luego volvió a mirar a Terion.

—No vamos a volver, ¿verdad?

—No. Pase lo que pase no volveremos. Fue un buen hogar, pero ningún hogar es permanente excepto este y este —dijo señalándose alternativamente la

cabeza y el corazón.

Kirius lo miró y volvió a asentir, y entonces pensó que en realidad él nunca había tenido nada que llamar hogar. Aunque apenas si lo recordase, desde muy

pequeño había estado viajando junto a Gaelon por Merethia, viviendo en pequeños pueblos, hasta que habían llegado a Rynad, el que él había creído que

podría ser su hogar. Pero no había sido así, al igual que esta granja tampoco había resultado serlo. ¿Lo decepcionaría Isgarad de la misma manera?

¿Encontraría alguna vez un lugar para él? Construir el propio hogar en la mente

y en el corazón... No, no sabía cómo hacer eso.

A la mañana siguiente, cuando los tres partieron sobre sus monturas, Kirius fue el último en abandonar la granja. Miró hacia la pequeña propiedad y sintió

envidia por el terrateniente que se la había comprado a Vaelmir el día anterior. A

él le esperaba el polvo del camino durante mucho tiempo y, además, las nubes amenazaban tormenta, como era usual en Merethia. De todas formas, esta vez no

estaba triste. Perdía un hogar, sí, pero podía ganar otro, el verdadero, donde estaban sus raíces y las de su familia. Además, ¿quién sabía qué maravillas podían ocurrirle en el camino? ¿Quién, en realidad?

SEGUNDA PARTE: EL SIGNO DEL

CUERVO

Las huestes tarkesias hicieron caer a los nobles ejércitos de Balaeron en una

vil trampa. Extendieron los rumores de que parte de sus fuerzas se encontraba en las Montañas Prístinas, cerca de la sagrada Euhm. Dijeron que buscaban la tumba del primer rey de nuestro pueblo, Aeron Saandeth, para profanarla como

represalia por nuestro ataque. Lo creímos, a pesar de conocer la naturaleza engañosa del pueblo tarkesio. Los mandos de nuestro ejército decidieron dividir

a nuestras fuerzas en tres partes. Una debía seguir asediando Nazhar y las plazas fuertes de Azoria y otra hacer lo mismo con Izema, Nabati y las fuerzas

de Karif. El último contingente marchó con premura hacia la Necrópolis de Efharat, donde esperábamos encontrar la tumba del rey Aeron antes que nuestros enemigos.

La decisión de dividirnos resultó ser muy desafortunada, pues las fuerzas tarkesias, muy superiores en número, nos emboscaron en terreno más ventajoso,

cerca de la antigua necrópolis. Miles de los nuestros cayeron ese día, incluidos

varios señores muy importantes. Alvir, el hijo menor del rey Andrid de Norvador,

encontró la muerte ese día. El heredero de la corona de Isgarad desapareció y

fue dado por muerto, aunque finalmente regresó con vida al castillo de

Caormos, dos meses después. El preceptor de los Caballeros del Lirio fue una de

las pérdidas más dolorosas. Apenas unos meses después de recibir su título, tras

la muerte de su padre en el asedio de Nazhar, Malkius Gair Dorial fue capturado por los temibles dayihsin de Azoria y se le dio por muerto. Al menos, todos los allí presentes deseamos que lo estuviera, pues conocíamos los terribles

relatos de torturas y agonías que la hermandad de asesinos hacían padecer a los

infelices que conseguían capturar. Que los Tres se apiaden de sus almas.

«Los sucesos y batallas del Tercer Azote», del sire Darlon de Almeron.

12. Fuego furtivo

Se acercó a la espalda de los dos hombres a los que seguía, tanto que si alargaba

la mano alcanzaría la bolsita de monedas que colgaba del cinturón del noble, no

muy lejos de la empuñadura de la espada. Sin embargo, no era ese su objetivo.

—Es cierto, sire —le aseguraba el sirviente a su patrón, un hombre de

mediana edad y porte distinguido—. Lo he oído en la capital y en todo el camino

hacia Rynad.

—¡Qué contrariedad! Tendré que confirmarlo, pero si es cierto... Otra guerra

entre Isgarad y el Dominio. ¿En qué estarán pensando? ¿Cómo voy a poder

enviar mis tejidos al sur, si hay otro conflicto? Y es mucho peor si hay disturbios

y salteadores en el oeste. Tendrás que viajar a Beraelis y contratar mercenarios

para proteger...

La conversación entre el señor y su sirviente se perdió en la distancia,

mientras andaban por la amplia plaza central de Rynad. La figura encapuchada

que había estado escuchando sus palabras decidió no seguirles, pues ya había oído lo suficiente. Sus pasos la llevaron al centro de la plaza, bajo la sombra de

una estatua ecuestre. Representaba a un imponente hombre de rasgos orgullosos

que, a un gesto de su espada, comandaba a las inexistentes tropas que deberían

haber estado a su espalda. Tras unos segundos de concentración recordó su

identidad. Era Breol Unseir, antiguo general imperial de Creonus, quien, a la muerte del emperador, se sumó al levantamiento contra los descendientes de

este. Breol acabaría fundando el reino de Merethia años después y sería

coronado como su primer rey. En estas tierras era recordado como el más grande

soberano que jamás había tenido el reino, un hombre justo, valiente y noble. El

defensor de los balaerianos frente a la amenaza de los eliir, a los que acabó venciendo en la batalla donde perdió la vida.

Ella conocía otra versión muy diferente de la vida y muerte de aquel antiguo

rey. Innae dirigió una mirada llena de aversión hacia la estatua antes de desviar

la mirada. Debía decidir su próximo destino sin más dilación.

«No hay tanto de qué preocuparse. Tan sólo tengo la mitad de un continente por explorar», pensó con ironía y desesperación. Esas eran dos emociones en absoluto habituales en ella, pero no podía negar lo evidente. Sabía que su búsqueda estaba cercana al absurdo. ¿Cómo podía confiar en encontrar algo en

la inmensidad de los territorios balaerianos? Si al menos supiese con exactitud lo

que estaba buscando o conociese los motivos... De todas formas, eso carecía de

importancia. Confiaba en su padre y en su sabiduría.

Con un suspiro echó a caminar por la plaza sin seguir ninguna dirección en

particular, dejando que el azar guiase sus pasos. Sabía que se arriesgaba

demasiado al entrar en otra ciudad, pero había tanta gente que nadie reparaba en

ella, como ya aprendió en Corak. Eso la llevó a recordar lo que había pasado allí.

Había tenido mucha suerte a su llegada, si se paraba a pensarlo. Aquel extraño

chico la había ayudado a pesar de saber que ella era tarkesia. «No te hagas ilusiones, él fue una excepción. Cualquier otro balaeriano que te descubra no será tan amable».

Le había contado a aquel chico, Kiriús, la razón por la que había venido

hasta aquí, su búsqueda. Su padre le había dicho que debía guardarlo en secreto,

pero también le había sugerido que confiase en su intuición. Algo dentro de ella

le gritaba que quizá Kiriús podía ayudarla a encontrar o comprender qué eran Al

´Talerian y el sanador. Aquellos ojos verdes y dorados que la miraban sin juzgarla la habían conminado a contárselo, a pesar de sus dudas. Pero su intuición había fallado, lo cual no era ninguna sorpresa. Lo cierto era que había

algo en aquel chico, algo siniestro, que la repelía. A su lado se había sentido incómoda a la vez que expectante. Quizá sentir aquello era algo normal, pero ella apenas conocía a nadie más allá de su padre y Meratin y apenas sabía cómo

tratar con la gente. En cualquier caso, ahora ya carecía de importancia.

Innae suspiró mientras caminaba hacia la salida norte de la plaza. ¿Debería seguir esa dirección y volver al norte del país? Intentó visualizar mentalmente los mapas que había estudiado. Al norte de Rynad había un área de praderas, colinas y bosques dispersos, y dos ciudades importantes, Ebedin y Telbar. Más allá comenzaban el Yermo Helado y el gran bosque norteño, el Kaloverl. Aquella

era una zona agreste, casi despoblada y dominada por las tribus bárbaras del norte.

La verdad era que no tenía ni idea de su destino, pero sus pasos la guiaban en esa dirección.

Cuando estaba próxima a abandonar la plaza levantó la mirada y espió a la gente a su alrededor, siguiendo su rutina para cerciorarse de que nadie la miraba

con demasiado interés. Fue entonces cuando vio a una enorme figura embozada,

cubierta por una larga túnica negra y roja, que entraba en la plaza bajando los escalones en los que desembocaba la calle. Al llegar al final de la amplia escalinata, la figura comenzó a andar hacia su dirección, mientras lanzaba

frecuentes miradas a un lado y a otro, como si estuviera buscando a alguien. La

altura, la forma de caminar y la túnica de aquel hombre despertaron en ella un recuerdo que la aterró. Habían transcurrido casi cinco años, pero Innae jamás olvidaría el día en que su padre y ella se habían enfrentado a aquel saradio en

Tarkesia.

Vio como los habitantes de Rynad se apartaban para dejarle paso, pero ni

siquiera levantaban la mirada a su paso. Supo que estaba usando sus poderes oscuros cuando un grupo de tres guardias de la ciudad pasó a su lado sin dedicarle un vistazo. Se volvió con lentitud, afortunadamente parecía no haberla

descubierto aún, y comenzó a caminar aparentando tranquilidad y

despreocupación. Al recorrer la parte central de la plaza sintió una horrible sensación en la espalda, como si el saradio estuviese clavando su mirada en ella.

Eso la hizo acelerar el paso y, antes de saber lo que hacía, empezó a correr hacia

la salida oeste. Al llegar frente a un gran edificio rodeado de columnas, no pudo

aguantar más y echó un vistazo tras de sí. Tardó unos segundos en localizarlo, pero al fin lo vio cerca de la estatua ecuestre del fundador del reino, entre multitud de personas ajenas a su presencia. El saradio miraba hacia ella. Ahora sí

que no había duda de que la había visto.

En ese momento chocó con alguien en su apresurada carrera. El extraño soltó una exclamación, pero la sostuvo y evitó que el golpe la hiciera caer.

—Ten más cuidado, muchacho —dijo el hombre con voz distraída.

Era un hombre atractivo, de rasgos marcados y angulosos, que no llegaba a los treinta. Llevaba el largo pelo rojizo recogido en una coleta, una costumbre muy extendida en Eltar, como ella bien sabía. El broche de su capa le quedaba a

la altura de los ojos y se quedó mirándolo durante unos segundos, fascinada sin

saber por qué. Representaba a un ave negra desplegando las alas.

—Perdonadme —murmuró en voz baja e intentó sacudirse la mano de aquel hombre y marcharse.

—Un momento —dijo él. Sus ojos se entrecerraron y la agarró con más fuerza—. Percibo algo en ti, una impronta reconocible. Tú no eres un varón. ¿Quién eres, muchacha?

Ella lo miró con consternación, sin entender lo que quería aquel hombre. Y, sin embargo, todo eso carecía de importancia ahora. Sentía un gélido frío en la

nuca y en el pecho que le decía que el saradio iba a llegar en cualquier momento.

Intentó quitarse al hombre de encima, pero la tenía bien sujeta.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó él, mirándola con atención—. El

azar te ha traído hasta mí, no voy a dejar que te vayas hasta que sacie mi curiosidad. ¿Qué es eso que llevas al cuello?

Con un rápido movimiento sacó el colgante de plata y lo miró, estupefacto.

Cuando lo tocó una imagen llenó la mente de Innae. Vio un cuervo de ojos blanquecinos que volaba delante de una ventisca de hielo y nieve. El cuervo torció la cabeza y la miró con un ojo ciego, como si de repente fuese consciente

de su presencia, y se lanzó hacia ella extendiendo unas garras afiladas como cuchillos. Aquella imagen la hizo gemir de pavor.

Innae gritó y sin pensarlo lo empujó con todas sus fuerzas, a pesar de saber que nunca conseguiría deshacerse de un hombre mucho más corpulento que ella.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio salir al hombre proyectado hacia atrás y

caer pesadamente en el suelo. Tras un segundo de estupefacción, echó a correr hacia la salida oeste de la plaza. Corrió como nunca lo había hecho en su vida,

sin mirar atrás y escogiendo calles al azar, poniendo toda la distancia posible entre la plaza y ella. El colgante de plata le quemaba la piel; era como tener un

carámbano de hielo bajo las ropas. Haciendo caso omiso de las miradas que le propinaba la gente de Rynad, corrió hasta la extenuación.

Sólo entonces se permitió parar, en un solitario callejón cercano al río que cruzaba la ciudad. Desde allí espío si la seguían. No se veía a nadie, ni al saradio

ni al extraño hombre con el que se había topado a la salida de la plaza. Aun así,

permaneció a la espera, recuperando el aliento. Mientras tanto se concentró en calmarse, respirando de forma pausada y recordando el estanque cerca de su

hogar, en el que su padre y ella se bañaban en sus frías aguas cristalinas. Poco a

poco fue relajándose.

¿Por qué había un saradio en una ciudad de Merethia? ¿La buscaba a ella?

No podía ser casualidad que estuviera allí. Y el otro hombre, ¿quién era y qué quería de ella? No había actuado de forma amenazadora, pero tampoco lo había

hecho de forma amistosa. Aún la repelía lo que había visto cuando había tocado

el colgante, pero la presencia del saradio hacía que las intenciones del pelirrojo

careciesen de importancia. Innae sabía bien de lo que eran capaces los nigromantes.

Tenía que salir cuanto antes de Rynad, pero no tardaría mucho en oscurecer y el frío volvía a hacerse patente. No podría abandonar hoy la ciudad. Además,

sabía que no podría seguir viajando a pie por Merethia, como hasta ahora.

Necesitaba encontrar una montura, pero no sabía cómo hacerlo. Tendría que robarla como hacía con la comida. Pensar en ella hizo que su estómago protestase por el hambre, como solía hacer últimamente con demasiada frecuencia.

Salió del callejón, andando con paso tranquilo, pero bajo la capucha lanzaba miradas inquietas a los viandantes de Rynad, presta a correr al menor atisbo del

saradio o del pelirrojo. No vio a ninguno de los dos, por fortuna, pero eso no hizo que se relajara. Atravesó calles y avenidas, buscando masas de gente. Robar

monedas podía ser útil, pero prefería encontrar un mercado y robar la comida en

alguno de sus puestos, así se ahorraría tener que negociar luego con un vendedor.

Solían volverse suspicaces, o incluso agresivos, al ver su atuendo y los vendajes.

Nadie quería tener cerca a un enfermo.

Anduvo siguiendo a la multitud, que parecía confluír hacia un mismo punto, pero sus esperanzas de que la llevaran hasta un mercado no se vieron cumplidas.

Al doblar por una de las calles comprendió que la multitud la llevaba ante el templo de la ciudad que se recortaba, majestuoso, por encima de la mayoría de

los tejados de Rynad. Como la mayoría de los templos de la iglesia de los Tres,

era un edificio con tres cruceros que se encontraban bajo una cúpula, formando

una «T». En la plaza mayor de Rynad había visto edificios impresionantes, pero

sin duda el templo los superaba a todos.

Se tragó su miedo y se internó entre el gentío, intentando averiguar qué los congregaba allí. Su padre le había aconsejado que estuviera pendiente de situaciones inusuales, pero no sabía si esto podía considerarse como tal. Era difícil avanzar entre el gentío, pero al verla muchos reaccionaban apartándose y

dejándola pasar. Fingir ser un enfermo podía tener sus ventajas. Cuando logró llegar a las inmediaciones del templo, vio una comitiva de sacerdotes montados

en asnos y caballos, además de varios carros que transitaban en medio del gentío, calle abajo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, forzando la voz, a un niño de unos doce años, que miraba la escena a su lado.

—El reverendo y su séquito empiezan la Peregrinación —le explicó tras echarle un vistazo. Luego la volvió a mirar con mayor interés—. ¿Estás enfermo?

—Sí —dijo y se forzó a toser de forma espasmódica. El chico retrocedió un paso—. La fiebre escarlata.

—Pues apártate de mí, desgraciado. —El niño palideció tras oír el nombre de su enfermedad e intentó alejarse aún más de ella.

El chico se interpuso entre un grupo de ocho monjes encapuchados que cerraban la procesión, vestidos con hábitos de color rojo atados a la cintura con

simple cuerda, y calzados con sandalias, a pesar de lo frío del día. Uno de los monjes soltó una exclamación al tropezar con el niño y se detuvo mirándolo. El

joven se levantó y la señaló con un dedo acusador. Innae intentó dar media vuelta y huir entre el gentío, pero ahora estos le cerraban el paso, intentando ver

qué había sucedido.

—Ese —les dijo el niño a los encapuchados—, sufre de fiebre escarlata. No debería estar en las calles de la ciudad.

El monje asintió y se acercó hasta ella con un gesto tranquilizador, mientras los demás monjes la miraban con interés. «Hermanos Ocultos —recordó Innae

—, los monjes encapuchados que se encargan de cuidar a los enfermos en las tierras de Balaeron. Padre hablaba bien de ellos, pero ¿puedo arriesgarme a que

descubran quién soy?». No parecía que tuviese alternativa. La gente la empujaba

hacia delante, hacia los monjes, deseando que estos la sacaran de las calles. Un empujón de una vociferante y rolliza mujer hizo que cayese sobre una rodilla ante el monje.

—Es suficiente —le dijo el religioso a la multitud con una voz que, a pesar de ser comedida y más bien apagada, hizo que todos callaran para escucharle —.

Este joven será acogido por los nuestros, bajo la infinita compasión de Shezarel.

El monje le tendió la mano. Innae la observó, una mano de anciano con

varias cicatrices de antiguas pústulas. Tras unos momentos de duda, le dio la mano y el anciano la ayudó a incorporarse. Otro de los monjes hizo sonar una pequeña campana de bronce.

—Traed a vuestros enfermos, a los que no tienen esperanza y han perdido la luz de la razón, a nuestro monasterio —canturreó el de la campana—. Ellos merecen una mano que los ayude, un fuego en el que calentarse y un plato de comida. Shezarel los ampara.

—Shezarel los ampara —lo secundaron el resto de los monjes y muchos de los presentes en la multitud.

—Vendrás con nosotros, hijo —dijo el anciano monje. Entonces, Innae cayó en la cuenta de que su túnica tenía un bordado en mangas, cuello y capucha. En

él aparecía el símbolo de los Tres, bordado docenas de veces en hilo amarillo y

blanco. Sin duda debía ser el hermano de mayor rango—. Sabemos cómo paliar

tu dolor.

Asintió, sabiendo que no tenía otra elección. Tendría que buscar el momento

propicio para escapar. Bajó la vista y se caló más la capucha, mientras otro de los sacerdotes le hacía un gesto para que avanzara a su lado. Caminaron por las

calles de Rynad, siguiendo a cierta distancia la comitiva del reverendo, pero al salir de la ciudad ellos siguieron un sendero hacia el norte. Era evidente que los

monjes no iban a Ishmer, como los otros religiosos. Innae observó a la

comitiva

mientras se perdía en la lejanía, en dirección oeste. Una súbita intuición le dijo

que ese era el lugar adonde debería dirigirse, en dirección a Ishmer, a pesar de

los aciagos rumores que había escuchado. La Peregrinación congregaba a

decenas de miles de balaerianos, ¿qué mejor lugar para buscar que allí? Sin embargo, sabía que en la sede de la Iglesia correría un gran peligro, tal y como lo

corría con estos monjes y con cualquier balaeriano.

Cuando llegaron al hospital de los monjes rojos, ya empezaba a anochecer.

Se encontraba sobre una colina a media hora a pie de Rynad, a no mucha

distancia del camino que conectaba la ciudad con el norte de Merethia. Era un gran recinto vallado, con un conjunto de edificios que se levantaban alrededor de

un claustro anexo a un modesto templo. Los edificios estaban rodeados de tierras

de cultivo y cuando llegaban aún había algunos monjes y campesinos trabajando

en el terreno. Los ocho monjes se encaminaron al templo con Innae y, una vez allí, presentaron sus respetos ante cada uno de los altares de los Tres. Se arrodillaron por turnos y murmuraron una oración, primero ante el altar de

Shezareel, con un solitario lirio blanco sobre un plato de oro; luego ante el de Ethalael, con un antiquísimo ejemplar del *Triridion*, y por último ante el de Aramtael, en el que había un cirio azul encendido.

Innae miró la escena con cierta fascinación, hasta que se dio cuenta de que

los monjes la observaban, esperando que hiciera lo mismo. Se arrodilló y murmuró plegarias a dioses en los que no creía. Admitir eso sería tan peligroso como mostrar su piel.

Tras presentar sus respetos, los sacerdotes salieron seguidos de Innae, que a ratos tosía, resuelta a seguir con su mentira hasta donde le fuese posible. Se internaron en el claustro, un hermoso patio ajardinado con un pozo central, rodeado de columnas y portales que daban acceso al resto de dependencias. Los

sacerdotes se detuvieron en aquel lugar y parlamentaron brevemente, luego se separaron excepto por el anciano con la túnica bordada y el que había hecho sonar la campanilla.

—Es la hora de la cena, muchacho —dijo el anciano—. Soy el prior del monasterio de Rynad y me gusta conocer a quienes disfrutan de nuestra hospitalidad, así que hoy cenarás conmigo y con mi ayudante.

—Será un honor —contestó Innae, forzando una vez más la voz.

—Me alegra oírlo, pocos consideran que compartir nuestra mesa sea tal honor.

Se pusieron en marcha para entrar a través de las arquerías a un edificio anexo al templo. En cuanto entraron a la gran sala, Innae lo identificó como las

cocinas, la despensa y el comedor de aquel lugar. Multitud de hombres se encontraban sentados cenando en una quincena de mesas. Mientras pasaban entre ellos hubo de apartar la vista, horrorizada. Muchos parecían más

cadáveres

que seres vivos. Había hombres pálidos y flacos como alambres, otros estaban tan débiles que apenas podían sostener una cuchara, algunos tenían heridas en la

piel llenas de pus y otros tosían como si se les fuera la poca vida que les quedaba

por la boca. Algunos estaban tan deformados y heridos por sus enfermedades, que costaba mirarlos sin apartar la vista y otros, por suerte, ocultaban su rostro

bajo capuchas y mantas.

—Los enfermos están separados según el mal que les aflige —le explicó el ayudante. Como todos los monjes que había visto, siempre iba encapuchado, pero su voz sonaba joven y amable—. No mezclamos hombres con niños, ni enfermos de la viruela con los del mal del verano.

Innae asintió y se dio cuenta de que era cierto. Las mesas estaban bien separadas entre sí y a todos sus comensales parecían aquejarles males parecidos.

Subieron unas escalinatas para llegar a la zona donde comían los monjes y, en una mesa, había una docena de niños, de entre uno y los diez años de edad. Innae

los miró sorprendida, preguntándose qué hacían allí.

—Son huérfanos —comentó de nuevo el joven ayudante del prior—. Los dejan ante el templo de Rynad o los encontramos en las calles. Aquí los cuidamos hasta que crecen y deciden tomar los votos o ayudarnos en los

campos.

—¿Tantos?

—En realidad son pocos. Rynad es una ciudad próspera y civilizada —
intervino el prior mientras llegaban a una gran mesa repleta de hermanos
ocultos

—. En la abadía de Almeron cuidan de no menos de setenta huérfanos. Toma
asiento.

Innae se sentó en un hueco que le hicieron algunos de los monjes, frente al
prior y su ayudante. Todos los monjes seguían encapuchados, incluso durante
la

cena. Algunos la miraron con curiosidad, pero la mayoría permaneció
indiferente.

—¿Tu nombre? —preguntó el prior.

—Corlyn, de la casa Farann —replicó ella, sin un titubeo.

—Ah, de la nobleza eltaria —dijo el prior, complacido—. ¿Por qué estás tan
lejos de tus islas, muchacho?

—Me marché al contraer la fiebre escarlata y no conseguir sanar. Soy el hijo
menor de una de las hermanas del patriarca. No heredaré nada, eminencia.

Decidí marchar a Ishmer, para ver si las reliquias... —Se interrumpió,

forzándose a toser con fuerza. No debía olvidarse de toser—. Quería ver si
culminando la Peregrinación podía sanar. He oído historias que así lo
afirman.

—No llegarías solo y más en tu estado —inquirió el monje a su derecha—.

Ningún grupo de peregrinos te aceptaría con ellos. Tu sitio está aquí, Corlyn.

—Sí. Shezarel decidirá si tu enfermedad remite o se queda en tu carne —

afirmó el prior—. Ojalá pudieras escribir a tu familia para rogarles su ayuda.

La

caridad, como todo lo demás, escasea desde los tiempos de la Plaga y algo de oro haría mucho bien en un lugar como este. Pero come, hijo, ya habrá tiempo

para charlar.

Innae asintió, contenta de poder saciar su hambre, por fin. Al menos podría

sacar algo bueno de aquella situación. Se forzó a dedicarse a comer, aunque su

cuerpo seguía en tensión, preparada para salir corriendo si alguno de aquellos hombres intentaba ver quien se escondía bajo la capucha.

Por suerte, parecía que no se prodigaban mucho comiendo carne, quizá por

la falta de oro que había mencionado el prior. Innae comió pan de cereales, queso, espárragos, coliflor y apios hervidos, junto a una salsa espesa y marrón

que no había probado nunca, pero que le pareció deliciosa. Los religiosos comían casi en completo silencio, aunque la sala estaba llena del parloteo de los

niños, interrumpido de vez en cuando por los severos gestos del monje que los

vigilaba, y de los gemidos ocasionales de alguno de los enfermos de más abajo.

—¿De qué isla de Eltar provienes, Corlyn? —le preguntó súbitamente el prior, cuando la cena ya llegaba a su fin.

—De Amiarel, eminencia.

—Ah, de la mayor de todas. Dicen que es una vista hermosa, con sus acantilados y sus viejos bosques. ¿Me recuerdas cuantas islas había, hijo?

—Cinco, eminencia. Siete si contáis las Centinelas, al norte.

Innae se puso en tensión y dejó de masticar.

—Ah, sí, tienes razón —respondió el anciano—. Como ya sabrás, los

Hermanos Ocultos no mostramos nuestro rostro a nadie que no sea uno de los nuestros. Es así desde que se fundó la orden, pero tú no perteneces a ella. —
La

voz del anciano pareció cargarse de diversión—. ¿Por qué no muestras tu rostro?

—Me avergüenza mi aspecto tras sufrir la enfermedad, eminencia. También sobreviví a la viruela cuando era un niño. No deseo que nadie vea lo que han hecho las enfermedades en mi cuerpo.

—Shezarel te ve tal y como eras antes —indicó el anciano—, pero es cierto que a los hombres les repugna y les incomoda ver aquello que prefieren ignorar.

Es más fácil no ver lo desagradable y fingir que no existe, los Hermanos Ocultos

lo sabemos bien. Puedes cubrirte entre nosotros, si lo deseas, pero bañamos a nuestros enfermos una vez a la semana. Es indispensable para airear los malos humores y los olores corruptos.

—Lo entiendo —acató Innae.

Una semana le daba mucho margen para poder marcharse antes de que eso ocurriera.

—¿Seguro que no quieres contarme nada más? —insistió el anciano.

—Nada, eminencia —dijo con toda la seguridad que fue capaz de reunir.

—Shezarel nos guía, pero los hombres y las mujeres toman sus propias decisiones. Sin poder comprenderlas, ¿quiénes somos para juzgarlas? —declaró

el prior. Luego le hizo un gesto a su ayudante—. Hermano Varsias, acompaña al

joven al ala escarlata.

Los enfermos ya se estaban levantando, creando un estrépito de mesas y bancos moviéndose. Para cuando Varsias se hubo incorporado y llegado junto a

Innae, la mitad de los enfermos ya había salido de la gran sala, ayudados por los

solícitos monjes. Varios de los enfermos estaban tan débiles que tenían que ser llevados en volandas por los religiosos.

—¿Tienes sangre en las flemas? —le preguntó Varsias mientras bajaban la escalinata.

—Sí, desde hace un año.

—¿Sudores nocturnos? —Innae asintió. Le dolía la garganta de tanto

forzarla y prefería hablar lo menos posible—. ¿Qué edad tienes?

—Casi diecisiete.

Varsias dejó de interrogarla y la condujo sin prisas hacia el claustro. Ya era de noche y el lugar estaba iluminado por la luna y las estrellas, así como por unas pocas antorchas que ardían en soportes en varias de las columnas. Innae observó como aquellos despojos humanos caminaban renqueantes hacia sus aposentos. Desde que había entrado a aquel lugar, no la abandonaba el olor a sudor, enfermedad y decadencia.

—Verás —le dijo Varsias cuando se detuvieron ante un amplio portal, formado por un alto arco apuntado, por el que había entrado parte de los enfermos—, el prior te lo preguntó y lo negaste, pero yo volveré a hacerlo. ¿No

tienes nada que confesar antes de que te llevemos a los aposentos de los enfermos por la fiebre escarlata?

—No —repitió Innae, poniéndose tensa otra vez.

—No debes tener miedo —le dijo con el mismo tono amable—, creo que él lo sospecha, pero yo estoy seguro. Conozco tu pequeño secreto.

—¿Cómo puedes...? —se sorprendió tanto que olvidó forzar su voz.

—Lo sabía. No eres un varón. No sé por qué finges ser otra cosa, pero no es seguro para ti que duermas con los otros enfermos.

—¿Por qué? —replicó ella con su verdadera voz.

Tenía que admitir que era un alivio que se tratara de eso y no de que

supieran su verdadera procedencia.

—No tenemos mujeres aquí. Las enfermas de Rynad son enviadas a

Almeron o se quedan en la parte vieja de la ciudad. Si los demás descubren que

eres una mujer... Eso en caso de que sea cierto lo de tu enfermedad. —Innae permaneció en un silencio incómodo—. Como ha dicho nuestro prior, no somos

quienes para juzgar las motivaciones de los demás. Si lo deseas puedo ofrecerte

una de nuestras celdas vacías. Los demás hermanos no lo aprobarían, así que debemos ir ahora, mientras estén ocupados acomodando a los enfermos.

—¿Por qué harías algo así?

—Porque Shezarel ampara a los enfermos, a los que son perseguidos, a

quienes sufren y a los que tienen miedo. Estoy seguro de que tú cumples alguno

de esos preceptos. Mañana hablaré con el prior. Es un buen hombre y sé que accederá a que seas llevada a Almeron o a que te marches por tu propio pie, si

así lo deseas.

La voz amable y juvenil de Varsias la convenció. Una vez más recordó a

Kirius y se dijo que en Balaeron debía haber más gente como él. Lo que estaba claro es que iba a necesitar ayuda para sobrevivir en estas tierras.

—De acuerdo. Dormiré en esa celda y mañana hablaremos con el prior —le

dijo y siguiendo un impulso le tomó la mano y se la apretó en gesto de

agradecimiento. La piel era joven y no tenía marca alguna. Varsias permaneció

inmóvil durante unos segundos y luego retiró la mano con brusquedad—. Lo siento...

—No importa —dijo él con voz tensa—. Es sólo que no tenemos permitido el contacto físico, excepto en casos de necesidad.

—Claro. Las enfermedades...

—No es por eso. Las enfermedades no nos afectan... como a los demás — replicó y se mantuvo en silencio mientras la guiaba por otro de los edificios que

daban al claustro. Eran las habitaciones de los hermanos, pero los pasillos estaban vacíos.

Innae lo siguió en silencio, avergonzada por su reacción. Sólo llevaba dos semanas de viaje, pero la soledad ya la abrumaba. Siempre había estado con su

padre. Incluso en estos últimos meses en que no podía verlo, sabía que él estaba

en la casa. Sentía su presencia y a pesar de todo solía hablarle, desde las sombras

que lo ocultaban en su vieja silla de roble. Él, como muchos de estos enfermos,

no quería que su hija viese como la enfermedad había ido devorando su cuerpo y

su alma.

Varsias la dejó en una estancia pequeña y austera. Según le contó el monje, se usaba como habitación para invitados del prior. A la luz de las velas que Varsias le dejó, vio que había una vieja cama con dosel, un arcón con mantas y pieles y una silla. La habitación olía a polvo y humedad.

—Debo cerrar la puerta —dijo Varsias, mientras sacaba una llave de entre un manojo entre sus ropajes—. Mañana, cuando cante el gallo, vendré a despertarte e iremos con el prior.

El monje se despidió, cerró la puerta y la cerradura giró cuando la atrancó.

Innae se acercó a la puerta y, cuando oyó que las pisadas del monje se alejaban,

se quitó la capucha y se bajó el cuello de su sobrevesta. Le picaba el pelo por el

sudor y se sentía más sucia e incómoda que nunca. Echaba de menos el estanque

y la vida en el Caid Ereni, pero no podía malgastar su tiempo en vanas añoranzas.

Ignorando la cama, extendió las mantas y las pieles del arcón en el suelo y

se tumbó entre ellas. No estaba acostumbrada a dormir en una cama. No se

atrevió a desnudarse y ni siquiera a quitarse la sobrevesta. Cuando apagó las velas descubrió que tampoco se atrevía a dormir. No sabía qué la tenía tan agitada, cuando al parecer la suerte le había sonreído al poder dormir bajo techo

y cenar en condiciones. Quizá era la visión del saradio, que aún hacía que un

miedo irracional la embargara cuando pensaba en ello.

Después de un buen rato de desvelo, decidió sentarse entre las pieles y meditar. Su padre le había enseñado cómo hacerlo y, aunque no era un sustituto

del sueño, la haría descansar y evitaría que su mente fuese arrastrada por las emociones del día. Se sacó las botas y aflojó las vendas de las manos.

Después

juntó las palmas de pies y manos, cerró los ojos e imaginó que estos se unían como formando un tercer ojo, en su frente. Imaginó que todo su cuerpo se

plegaba sobre sí mismo formando una unidad y recordó el estanque. El estanque

de Plata, como lo llamaba su padre con cariño.

Cuando abrió los ojos estaba hablando otra vez con Meratin. El veterano guardabosques y ella estaban en el linde del Caid Ereni, conocido por la gente de

Eltar como el Bosque Antiguo. No muy lejos discurría un camino transitado por

una caravana de carros que se dirigía hacia el sur. Innae recordaba la

conversación, había tenido lugar el mismo día que abandonó su hogar. La

meditación a veces tenía este efecto, el de recordar con una precisión asombrosa

un recuerdo, como si se estuviera reviviendo.

—¿Estarás bien, pequeña?

Los pequeños y expresivos ojos del viejo guardabosques real mostraban la

preocupación y tristeza que sentía.

—Lo estaré. Mi padre me ha preparado para esto. —Innae vestía con su sobrevesta negra, pero sin la capucha puesta la piel morena de su rostro era bien visible.

—¿Tan mal está? Hace más de un año que no deja que lo vea y lo conozco desde hace mucho tiempo. Me preocupa su salud.

—Ha empeorado. Desde hace un tiempo tampoco quiere que yo lo vea. Dice que... —La voz de Innae se rompió, pero consiguió no llorar—. No le quedan

más que meses, un año tal vez, si es muy afortunado. No sé qué haré sin él, Meratin.

—Mi dulce niña. —El guardabosques se adelantó y la abrazó durante largo tiempo. Innae recordaba haber pensado entonces si era normal sentir que tenía tres padres. En ese sentido, se sentía dichosa y afortunada—. Espero que sepa lo

que está haciendo. Odiaría que te pasara algo por su culpa.

—¿Qué quieres decir? —Hubo un atisbo de enfado en sus palabras.

—Innae, tu padre sabe más de lo que te cuenta y por supuesto mucho más de lo que me ha contado a mí. Sé que tiene sus razones y que no soy quién para cuestionarlas, pero me preocupa. ¿Enviarte a ti a recorrer Balaeron persiguiendo

sueños y espejismos del pasado? No, no me pidas que esté de acuerdo con eso.

—Es mi padre, Meratin. Ya sé que hay cosas que no me cuenta. ¿Cómo no las va a haber si él ha visto cosas que no podemos ni imaginar? Dice que no es lo mismo saber que comprender, ver que experimentar y encontrar que buscar. Creo

que lo entiendo, aunque ojalá las cosas no tuviesen que ser así.

—Ojalá. —El guardabosques se limpió unas lágrimas que le corrían por el rostro y se perdían en su poblada barba. Se ajustó mejor el arco a su espalda y le

sonrió—. Recuerda mis consejos, Chica Hada. No enseñes tu piel, no intentes trabar amistad con nadie y evita las ciudades y las aldeas demasiado pequeñas, si

puedes.

—Lo haré —prometió ella.

—Una cosa más. No te fíes de ningún hombre y hazte pasar por uno de ellos, siempre. —La voz del viejo guardabosques se volvió dura—. La mayoría

de ellos te haría daño si pudiera y les dará igual si eres tarkesia o no. En eso, los

violadores y los ladrones no harán distinciones.

—Llevo tu cuchillo —lo tranquilizó Innae, aunque ella no estaba tranquila.

—Usa la Estrella Plateada, si lo necesitas. Tu padre puede ayudarte a través de ella.

—Preferiría no tener que pedir ese favor.

Su padre necesitaba conservar sus escasas energías y, además, no le gustaban las consecuencias de tener que hacerlo. De hecho, las detestaba.

—Prométeme que lo harás, si es necesario —dijo Meratin mientras un sonido grave empezaba a reverberar en el bosque, apagando su voz.

Innae apartó su atención del guardabosques y miró en todas direcciones, pero el sonido no parecía provenir de ningún sitio en particular. Tras unos instantes comprendió que eran campanas. ¿Qué significaba aquello? No había sonado ninguna campana aquel día, en el linde del Caid Ereni.

La consciencia de Innae volvió a la celda del monasterio de los hermanos ocultos. Seguía sentada sobre las pieles, en el suelo, y aún escuchaba la frenética

llamada de las campanas. Sonaban cerca, en el templo del monasterio, pero también tañían otras más lejanas. Se incorporó, pero desde el ventanuco enrejado

de la estancia no se divisaba nada, aparte de la negrura de la noche. Se sentó en

la cama para calzarse las botas y fue entonces cuando oyó como giraba la cerradura instantes antes de que se abriese la puerta. Un monje apareció en el marco con una lámpara de aceite en la mano. Innae se cubrió inmediatamente con la capucha y se subió el cuello de sus ropas, con el corazón latiendo desbocado. ¿La habría visto?

—¿Varsias? —preguntó.

—Soy yo —le respondió la amable voz del monje, aunque ahora sonaba

agitada.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tocan las campanas? —Innae se incorporó, pateando para calzarse la bota.

—Ocurre algo en Rynad —dijo y entró en la habitación, cerrando la puerta tras él—. Los hermanos están yendo a ayudar, pero nosotros debemos quedarnos aquí.

—¿Qué es lo que pasa?

—No debe preocuparte. Dime, ¿por qué te has cubierto? —El monje cerró la puerta con llave y se guardó el manojó en un bolsillo de su hábito. Su voz sonaba alterada—. Eres hermosa, no debes tener vergüenza. Déjame verte con

más luz —le dijo mientras colgaba la lámpara de un gancho en la pared.

Innae empezó a sentir como un sudor frío bañaba su cuerpo mientras el monje se volvía y caminaba hacia ella. Recordó las palabras de Meratin, una por

una. Se lo había advertido y ella había sido descuidada, demasiado osada y, desde luego, una estúpida.

—No —le dijo con aplomo—. Mi enfermedad es terrible, no quiero que me veas con luz. Y no deberías estar aquí.

—Tú eres la que no deberías estar aquí —replicó el monje—. Ninguno de los otros sabe dónde estamos y ahora la mayoría está corriendo hacia Rynad.

¿Qué hay de malo en ver tu rostro y tu cuerpo? Sólo deseo que me toques otra

vez, como en el claustro.

—No te acerques —dijo, intentando que su voz sonase firme.

Sacó el cuchillo que llevaba en una funda atada al muslo, bajo sus ropas, pero cuando lo levantaba para amenazar a Varsias, el monje le propinó un brutal

bofetón en el rostro. La capucha amortiguó un poco el golpe, pero fue tan violento que la derribó sobre la cama e hizo que el cuchillo cayese al suelo. El

monje se abalanzó sobre ella, poniéndole las rodillas sobre sus manos. El dolor y

la angustia se apoderaron de su mente, rompiendo cualquier tipo de calma.

—Por favor... —suplicó.

—No quiero oírte —amenazó el monje, levantando una mano como si fuera a golpearla. Luego cambió de opinión y la bajó hasta el rostro de la muchacha —.

Sólo quiero admirar tu belleza.

Le quitó la capucha con un brusco tirón y la miró extasiado, acariciándole el rostro con dedos inseguros.

—Tu piel es tan suave y oscura... y tus ojos... eres hermosa. Eres como yo, imperfecta para el mundo, pero bella ante mis ojos. Sospechaba que no estabas

enferma y que tu secreto era otro. Ahora será nuestro secreto.

Innae luchó por contener las lágrimas de rabia y temor. El hombre seguía aprisionándole dolorosamente sus muñecas. No podía hacer nada para liberarse.

—Tan sólo somos un hombre y una mujer esta noche. Merezco ser amado por una mujer —dijo con rabia el joven monje—, ¿verdad?

Varsias se descubrió dejando a la vista un rostro pavoroso. Carecía de nariz y su ojo izquierdo estaba tapado por una especie de membrana rojiza. La mejilla

de ese lado del rostro era minúscula y la piel presentaba una tonalidad rosácea.

Nunca había visto una deformidad tan terrible como la del monje. Costaba mirarlo sin gritar del horror.

—No por mí. Déjame ir y nadie sabrá nada —rogó Innae, apartando la vista, pero otra bofetada la hizo callar, con el sabor de la sangre inundando su boca.

—¡No eres capaz ni de mirarme, puta! Creía que tú me entenderías.

Varsias se inclinó sobre ella, manoseando su cuerpo a través de la ropa.

Sintió una de sus repulsivas manos en los muslos, presionando para entrar bajo

la ropa. Con la otra intentaba cogerla del cuello para dominarla, rozando su colgante. Varsias se quedó congelado, como si titubease, e Innae vio una imagen

fugaz en su mente, como ocurría siempre que alguien tocaba la Estrella Plateada.

Vio una supurante manzana marrón, podrida y llena de gusanos. Cuando la

visión desapareció, deseó con todas sus fuerzas que aquel malnacido muriese.

—¡Padre! —gritó mirando la techumbre de la cama—. ¡Ayúdame!

De inmediato los cortinajes que colgaban del dosel se agitaron con

violencia, como si un viento huracanado hubiese entrado en la habitación. Las telas se enrollaron en las piernas y los brazos del monje que, atónito, quedó suspendido en el aire a dos palmos de la muchacha, chillando sin saber que ocurría. La chica lo miró con asco, mientras él hacía inútiles esfuerzos por zafarse de las telas, que se habían tensado y parecían más resistentes que el acero.

—¡Herejía! —chilló el monje, aterrorizado—. ¡No me das miedo, bruja tarkesia amante de demonios! Shezarel cuida de sus siervos.

—No parecía importarte que fuese tarkesia cuando ibas a violarme —dijo ella con desapasionado desdén. El colgante estaba helado en su piel—. El único

demonio que hay en esta habitación eres tú.

Otra de las cortinas se movió enroscándose alrededor del cuello del

religioso, luego todas giraron bruscamente en direcciones opuestas. Se escuchó

un violento crujir de huesos y articulaciones rotas. La muchacha lo vio morir sin

apartar la vista.

Cuando Innae se levantó del lecho, el cuerpo del monje cayó desmadejado

sobre la cama. La chica lo observó, impasible. El monje había caído de espaldas,

pero su terrible rostro la observaba con la mirada desencajada. Sus piernas y brazos torcidos en ángulos imposibles le daban más la apariencia de una grotesca

araña que de un ser humano. Innae se caló la capucha, recogió sus escasas pertenencias y buscó, con una mueca de desagrado, las llaves en el hábito de Varsias.

El hospital estaba desierto y al cruzar el claustro no encontró a nadie. Las campanas aún emitían su persistente aviso y cuando salió a la noche la asaltó el

olor a humo. En las caballerizas encontró una yegua de color crema a la que ensilló sin ningún contratiempo. Cuando salió del recinto del hospital vio el resplandor hacia el sur. La ciudad de Rynad estaba en llamas, que se elevaban voraces hacia el cielo, iluminando la noche. Le pareció ver un resplandor

verdoso en las llamas que asolaban el centro de la ciudad, pero eso no era posible. Innae miró al cielo y vio las señales que le indicaban que en unas horas

llovería, a pesar de que ahora estaba despejado. Una tormenta que llegaba del noreste y que quizá ayudaría a apagar el fuego, si sus habitantes eran

afortunados.

Sólo cuando llegó con su montura al camino del oeste, se permitió derramar

las lágrimas que se agolpaban en su interior. Cuando las dejó salir fueron un torrente. No sólo derramó las que llevaba reprimiendo toda la noche, sino las de

esta última semana y las de todos los días que le quedaban por delante. Se prometió no volver a llorar hasta regresar a casa. Las guardaría para velar a su

padre, cuando muriese.

Ningún otro hombre las merecía.

13. Sangre bajo la lluvia

Las calles de Ebedin parecían mucho menos hospitalarias al caer la noche o, al

menos, esa era la impresión de Kirius. No era sólo la falta de iluminación del distrito portuario de la ciudad, ni que estuviese lloviendo y relámpagos lejanos rasgasen la noche, sino que la propia ciudad parecía transformarse en la

oscuridad. Mientras se apresuraba junto a Vaelmir hacia su destino, el muchacho

empezaba a arrepentirse de no haberse quedado junto al fuego, en la posada.

Habían cabalgando a buen ritmo desde su partida. Al atardecer del tercer día avistaron Ebedin, una gran urbe situada en el margen este del río Medis. Una vez

entraron en la ciudad, Kirius pudo sentir como esta poseía un indefinido aire de

antigüedad, casi como si sus piedras pudiesen contar infinidad de historias acaecidas siglos atrás.

—Es cierto —le aclaró Terion ante su pregunta—, esta es la más antigua ciudad mereciana. Se remonta a mucho antes de la Separación y se dice que fue

fundada poco después que Denar Medis, la capital de Bal Aeronis. —En ese momento calló mirando hacia su alrededor con aire reflexivo—. A pesar de que

queda poco de la ciudad original, se nota la edad de este lugar. Por aquí

anduvieron una vez los eliid.

Y así fue como supo que se suponía que la ciudad había sido fundada por uno de los nietos del legendario rey Aeron. Durante algunos siglos fue uno de los centros de comercio y encuentro con los eliid y, tras la caída de Bal Aeronis,

se convirtió en la capital de Merethia durante el reinado de Breol Unseir y buena

parte del de su hijo, Cherdean. Lo cierto era que, a pesar de tener tanta historia,

el aire de antigüedad y vieja grandeza de la ciudad estaba difuminado por un aspecto lúgubre, sórdido y decadente que crecía a la misma vez que las sombras

del atardecer.

—Ebedin es tan alegre como un cementerio en invierno —dijo Vaelmir

cuando Terion acabó su explicación, corroborando las impresiones de Kirius —,

pero siempre ha sido una ciudad donde se pueden hacer... buenos negocios.

Tras esto habían llegado a una respetable posada en el distrito mercantil de

la ciudad, donde fueron agasajados por el posadero, un viejo conocido de

Vaelmir. El hombre aseguró tener malas noticias provenientes del oeste de

Merethia, tras ser preguntado por Terion acerca de la situación más allá de las fronteras. Después de la copiosa cena, Vaelmir se había levantado diciendo que

iba a buscar una nave que los llevase río abajo. Siguiendo un impulso, Kirius se

levantó, imitándolo.

—Voy contigo —dijo sin muchas esperanzas de que lo escuchasen.

Al oírlo, Vaelmir se volvió hacia Terion y este asintió al cabo de un momento.

—Id vosotros, yo intentaré enterarme de lo que pasa en el oeste. —Después miró a Kirius con fijeza—. Ten cuidado, recuerda que ya no estás en Rynad.

Ambos se marcharon y se dirigieron al distrito portuario en medio de un fuerte aguacero, del que las capas apenas conseguían protegerlos. Vaelmir le conducía a través de calles y callejones sin un titubeo; era evidente que estaba familiarizado con el lugar.

Mientras Kirius pensaba en lo mucho que cambiaba la ciudad con la caída de la noche, Vaelmir se detenía ante la desvencijada puerta de madera de una taberna, en uno de los muchos callejones de aquella ciudad. El norvadoreano la

abrió y entró seguido de Kirius, que se descubrió la cabeza en cuanto estuvo bajo

techo.

En la sucia sala común del establecimiento había dos docenas de personas.

La atmósfera del lugar estaba cargada de humo, ruido y sordidez. La mayoría de

los parroquianos estaba arracimada en cuatro grandes mesas donde se jugaba a

los naipes o a los dados. Varias camareras con vestidos de amplios escotes iban

de aquí para allá, llenando vasos con vino, cerveza o licores más exóticos. En una esquina vomitaba ruidosamente un hombre con pinta de marinero, aunque la

mayoría de los parroquianos tenía el mismo aspecto de ser hombres de mar.
Al

ver a aquel hombre tatuado vaciar su estómago con tanto entusiasmo, Kirius entendió por qué olía tan mal allí dentro.

Vaelmir barrió la sala con la mirada y, sin previo aviso, se sentó en una mesa cercana, ocupada por un hombre calvo y de rostro curtido. Poseía una amplia colección de cicatrices en rostro y brazos, casi tantas como pendientes y aros tenía en sus orejas, y una expresión de disgusto en la cara. Kirius se mantuvo de

pie detrás de su amigo. Cuando aquel hombre levantó la vista y vio cómo

Vaelmir le dedicaba una sonrisa socarrona bajo su capucha mojada, su expresión

de disgusto se acentuó.

—De todas las personas a las que no deseaba ver nunca más hasta llegar a Aelys, tu encabezabas la lista, Vaelmir —dijo con voz agria—. Sin embargo, aquí estas. El Guía debe de haber escupido sobre mi cabeza.

—Es normal, tu calva vista desde arriba sin duda invita a probar —se burló Vaelmir—. Yo también me alegro de verte, Urian. Pensaba que odiabas más a

Dalber Rajagargantas que a mí.

—Eso era antes. Rajagargantas fue juzgado hace cuatro años en Luahn por piratería y contrabando. Por lo que sé aún sigue colgado, si es que los buitres no

han acabado ya con sus apestosos restos.

—Dudo que nadie llorase por él, pero me ofende que me compares con un cabronazo como ese. Yo soy mucho más guapo y no tengo por costumbre atar a

la gente al mascarón de proa y desanjarlos.

—Mira, me caes mejor que él, si no fuera así te habría destripado en cuanto sentaste tu culo sobre esa silla. Eso no significa que no sepa que los problemas te

siguen como las moscas al estiércol —gruñó Urian—. La verdad es que tenía la

esperanza de que te hubieses ahogado en la Marisma de Naitaidh, o donde sea que te estuvieses escondiendo, pero hace unos años oí que habías dado señales

de vida y vuelto a Norvador.

—Muchos se empeñan en cavar mi tumba antes de tiempo, pero yo estoy aún más empeñado que ellos en mantenerla vacía. Lamento lo de aquella noche,

Urian, sé que murieron algunos de tus hombres.

—Algunos es una forma suave de decirlo, hijo de puta. De todas formas, no es mi cuello el que está en juego si me acerco a Moradhair. —replicó Urian con

voz punzante, mientras se encogía de hombros; Vaelmir se mantuvo en silencio.

Kirius agudizó el oído. ¿Sería posible que Vaelmir estuviese condenado a muerte en Moradhair? Y, si era así, ¿qué había hecho para merecer ese

castigo?

En aquel momento, aprovechando el silencio, Vaelmir llamó a una joven camarera y le pidió que le llenase un vaso de cerámica con el mismo vino oscuro

que bebía Urian. Después de que la chica se hubiese ido, el hombre calvo observó a Kiriús y le preguntó a Vaelmir:

—¿Quién es ese mocoso que has traído?

—El hijo de un amigo —respondió Vaelmir sin volverse—, y ese mocoso es más alto que tú y seguramente maneja mejor la espada. En todo caso, él y su padre están en la ciudad conmigo. Buscamos pasaje para navegar río abajo.

—Y pretendes que yo sea quien os suba a bordo... —afirmó el marino con una carcajada—. Esta vez no voy a picar. Me niego a que me salpiquen tus problemas.

—¿Problemas? He aprendido a evitarlos —contestó Vaelmir con una sonrisa inocente—. Veo que los años te han ablandado, no pensaba que fueses a desperdiciar una oportunidad así de ganar dinero. Sabes que siempre he sido generoso con el oro.

—¿Qué te hace pensar que necesito tus monedas? —replicó Urian, escupiendo en el suelo, a los pies del norvadoreano.

—Quizá el hecho de que cierto posadero conocido mío me dijo que te encontraría en este antro. Tu tripulación no está contigo, por lo que deduzco que

ya están sin blanca, y tú bebes este vino aguado que sabe a orines —explicó Vaemir con una sonrisa de suficiencia—. Si te quedase oro estarías en *La Casa*

de las Sedas, en los brazos de alguna de las putas de la dama Fianna y hasta las cejas de aguamiel.

—El condenado Vael —respondió Urian, sin poder ocultar un cierto tono de admiración en su voz—. Siempre tan avisado.

El marino calló mirándole durante un buen rato, con los ojos entrecerrados y murmurando para sí. Al final, cabeceó y se pasó la mano por el mentón.

—Está bien, seré vuestro capitán. Espero no tener que arrepentirme.

Supongo que llevareis monturas, así que serán... cinco coronas de oro.

—¿Cinco coronas por viajar en tu bote? ¡Ja! Cualquier persona sensata no pediría más de cinco escudos, pero tú eres un idiota que no sabe ni sumar sin un

puto ábaco.

—No es un bote, es un bajel de un palo. Si no sabes la diferencia será mejor que te calles, estúpido botarate. Y por supuesto no aceptaré menos de cuatro coronas.

—Si quieres atracarme saca el puñal, pero no intentes hacerlo con palabras.

Kirius no pudo ocultar su diversión ante la escena que se desarrollaba antes sus ojos, ambos hombres lanzándose pullas e intentando regatear al precio. Pero

minutos después, justo cuando comenzaba a hastiarse, empezó a tener la

sensación de que alguien lo observaba. Un hombre de gran tamaño, vestido con

ropas oscuras, permanecía de pie apoyándose en la pared, sin dejar de mirarlo. A

diferencia de los demás, y a pesar de tener una cicatriz que le desfiguraba la línea de la boca, no parecía un marino. El hombre le hizo una seña, pidiéndole

que se acercara. Kirius titubeó, pero terminó por hacer lo que le pedía al ver que

la conversación de Vaelmir con el capitán parecía lejos de terminarse. El hombre

le sonrió cuando Kirius llegó ante él, pero la cicatriz rompió su gesto y lo convirtió en una mueca torcida.

—Hola, chico. Acabáis de llegar a la ciudad, ¿verdad? —preguntó, haciendo un gesto hacia la mesa donde se sentaba Vaelmir.

La curiosidad de aquel desconocido lo puso en guardia. Le recordaba demasiado a las preguntas que le había hecho Steron justo antes de atacarlo.

—Puede ser —respondió con sequedad.

El hombretón de la cicatriz lo miró enarcando las cejas, en un gesto de disculpa.

—Lo siento, no pretendía molestarte. Llevo semanas esperando la llegada de un viejo socio a la ciudad y me preguntaba si no sería tu amigo, el encapuchado.

De alguna manera, me resulta familiar.

—¿Y por qué no se lo preguntas a él en vez de a mí? —sugirió Kirius.

—Oh, lo haría, pero el hombre del que te hablo odia que lo interrumpen cuando está hablando de negocios. Si es tanta molestia para ti contestar, esperaré a que acaben.

Kirius lo miró, sintiéndose un poco mal por su actitud. El norvadoreano parecía la clase de hombre que podía mantener negocios, quizá no legales del todo, en aquella ciudad. Además, Vaelmir conocía bien Ebedin y sus bajos fondos, eso era evidente.

—¿Cómo se llama ese socio al que buscas?

—Vaelmir de Aldremhem. Me darías una alegría si me dijeras que realmente es él —dijo el hombre con otra sonrisa fracturada.

Antes de que Kirius pudiese contestar, Vaelmir apareció a su lado y lo empujó hacia atrás con cierta brusquedad. El anillo de oro del norvadoreano le hizo un leve arañazo en el cuello y el muchacho trastabilló, sorprendido.

—Me temo que te equivocas de persona, amigo —dijo Vaelmir en un tono de voz tan áspero y con un acento tan cerrado, que Kirius dudó durante unos segundos si era su amigo el que hablaba—. El chico y yo buscamos trabajo en

alguna embarcación que necesite un buen calafateado, no conocemos a ningún

Vaelmar.

—Su nombre es Vaelmir, pero no importa, seguiré esperando a mi amigo.

El hombre se cruzó de brazos, despidiéndose de ellos con un gesto de la cabeza. Kirius se vio llevado en volandas hacia la salida por Vaelmir. Cuando llegaron a la puerta, se dio cuenta que ya no había ni rastro de Urian. Fuera llovía con más fuerza, aunque la estrechez del callejón hacía que estuviese resguardado de lo peor del aguacero. Vaelmir le esperaba bajo la lluvia, envuelto

en su manto, y Kirius salió subiéndose la capucha. Con un gesto, su amigo le indicó que lo siguiese y se echó a caminar de forma apresurada hacia una de las

salidas del callejón.

—Mierda —murmuró Vaelmir entre dientes.

—¿Qué pasa?

—Que vamos a tener problemas —le dijo en voz baja—. No te des la vuelta, pero el grande de la taberna y otro acaban de salir siguiendo nuestros pasos.

Kirius se llevó un sobresalto y a punto estuvo de mirar tras de sí. No podía oír nada, pues el ruido de la tormenta apagaba casi todos los sonidos.

—¿Qué quieren de nosotros? No he traído mis armas —añadió al final, tras llevar la mano al sitio donde debería estar la empuñadura de su espada.

—Mal hecho, siempre hay que llevar algún filo —comentó Vaelmir mientras observaba el final del callejón. Sólo se veía lo que parecía un mendigo a un lado

de la calle, descansando entre restos de basura al resguardo de la tormenta. El conde extrajo una daga de su cinturón y se la tendió a Kirius—. Cógela. Me quieren a mí, así que cuando te lo diga corre como el viento hacia la posada y no

mires atrás.

Kirius no tuvo tiempo ni de contestar. Se acercaron al final del callejón y de improviso la dormida figura del mendigo se levantó con un cuchillo en la mano,

y se abalanzó sobre Vaelmir. Desgraciadamente para aquel hombre, este estaba preparado. Atrapó el brazo con el arma de su atacante y, con un ágil movimiento,

se colocó a su espalda doblándole el miembro con brusquedad. Sonó un crujido

desagradable que fue audible por encima del fragor de la tormenta. El falso mendigo chilló de dolor unos instantes y luego cayó al suelo como un fardo, tras

ser golpeado por Vaelmir en la nuca con violencia. Kirius no sabía si estaba muerto o no y no tenía tiempo para averiguarlo, porque en ese momento escuchó

el grito de Vaelmir.

—¡Corre!

Sin pensarlo, Kirius corrió hacia el extremo del callejón. Detrás de él

escuchó un grito de dolor, pero no se detuvo a comprobar quien lo profería. Se

internó en otro callejón, intentando limpiarse los ojos de la lluvia con

desesperación y alejarse del peligro. No estaba preparado para otra lucha, para segar otra vida o perder la suya.

Una silueta sombría apareció de repente ante él. Kirius intentó detenerse, resbaló y cayó rodando por el suelo.

—Él se avergonzaría de ti —dijo el Ausente con vehemencia—. Siempre luchó, incluso cuando sabía que era inútil hacerlo. ¡Lucha!

Kirius levantó la cabeza, buscando al hombre que lo había hecho caer. Allí no había nadie. Se levantó empapado, magullado y tembloroso.

—¿Él? Mi padre... —murmuró, avergonzado—. ¡Vaelmir!

No hacía ni una semana que Vaelmir le había salvado la vida, incluso antes de conocerse. No podía abandonarlo y huir como un cobarde.

Volvió sobre sus pasos, empuñando con fuerza el cuchillo mientras el cielo se rompía sobre su cabeza. Cuando llegó al callejón de la posada, el conde forcejeaba con el hombre de la cicatriz en el labio. Kirius vio al norvadoreano aplastado contra la pared, intentando desembarazarse de un enemigo mucho más

grande y fuerte que él. A la luz de un relámpago vio el destello del fino acero de

la hoja de un estilete a sólo un palmo de uno de los ojos de Vaelmir. Sin pensarlo, corrió hacia ellos y hundió la daga en el costado del gigante con un grito.

El acero se introdujo apenas un par de dedos en su carne y, sólo entonces, Kirius vislumbró a la luz de un relámpago el peto de cuero endurecido y clavos

de metal que el hombre escondía bajo sus ropas. El de la cicatriz se giró como

una exhalación y le estampó el puño izquierdo contra la mejilla, sin dejar de apuntar el estilete hacia el rostro de Vaelmir. Kirius sintió como si una maza le

golpease el rostro, soltó el arma y, de repente, se encontró boca arriba sobre el

suelo, mientras la lluvia le caía en el rostro.

—No has debido hacer eso —dijo Vaelmir con la voz ronca por el esfuerzo

—. Ese chico está bajo mi protección.

El hombre de ropas negras aplastó al norvadoreano con más fuerza contra el

muro, presionándole la garganta con su gran antebrazo. El filo del estilete tembló, acercándose unos centímetros más a su objetivo a pesar de los esfuerzos

del conde por detenerlo con sus manos. La daga seguía clavada en el costado del

hombre, pero este parecía no notarlo.

—¿Ahora te preocupas por los demás, Serpiente? Tranquilo, al chico sólo le

cortaré una oreja para que aprenda a no entrometerse en las cosas de los adultos.

A ti te arrancaré la cabeza para entregársela a alguien que me hará ganar mucho

dinero.

—¿Derand o Ard Vanan? —preguntó Vaelmir—. Bah, qué más da.

Vaelmir le lanzó un rodillazo al costado, apuntando al mango del cuchillo,

que se hundió hasta la mitad de la hoja. El gigante chilló de dolor y se quedó rígido durante un segundo, lo suficiente para que el norvadoreano volviese a lanzar otro rodillazo con más fuerza al mismo punto. Esta vez la hoja se clavó hasta la empuñadura. El hombre bramó e intentó ensartar a Vaelmir con el

estilete, pero su presa había perdido fuerza. Vaelmir se zafó y el acero se clavó

de forma inofensiva en la pared de ladrillos. Kiriús se incorporó, aún aturdido, a

tiempo de ver cómo, de alguna forma, Vaelmir conseguía desarmar a aquel hombre y en un movimiento fluido le atravesaba la garganta con su propia arma.

El hombre de la cicatriz cayó al suelo de espaldas y comenzó a derramar un torrente inagotable de sangre, que era inmediatamente diluido por la tormenta.

Vaelmir dejó caer el estilete, propinó una patada en las costillas del muerto, con

rabia, y luego se frotó con gesto dolorido la rodilla con la que había golpeado al

cuchillo.

—Odio a estos cabrones tan grandes. A veces les cuesta entender que tienen que morir, como los demás.

Además del falso mendigo, Vaelmir había acabado con otro hombre que estaba caído de bruces entre la basura. Kiriús miró la escena, mareado y asqueado por lo que acababa de pasar. A su memoria acudieron Steron y el guardia sin nombre de Rynad.

—Vayámonos —dijo Vaelmir, al ver que al otro lado del callejón se abría la puerta de la taberna—. Dudo que tuviesen más compinches, pero no me voy a

quedar a comprobarlo. —Una vez se pusieron en marcha, Vaelmir se acercó y le

dio una palmada en la espalda—. Te agradezco la ayuda, chico. Esos tres tenían

cuentas pendientes conmigo y no tenías ninguna necesidad de arriesgarte o de pelear por mí.

—Tú hiciste lo mismo por mí cuando nos conocimos.

Vaelmir asintió, en silencio. Kirius pensó que, de alguna manera, intentar

salvar la vida de su amigo hacía que la lucha y el baño de sangre resultasen más

fáciles y más... correctos. Quizá había encontrado una de las causas para

empuñar la espada que Terion le había mencionado tiempo atrás. De cualquier modo, seguía odiando tener que matar y la cobardía que había hecho que

estuviese a punto de abandonar a su nuevo amigo.

—Cada vez se volverá más fácil —susurró el Ausente en un tono siniestro que sobresaltó al muchacho—, hasta que ya no sientas nada.

—No lo permitiré —negó Kirius con vehemencia.

—¿Qué has dicho? —preguntó Vaelmir, sin quitarle ojo.

—Nada... tan sólo pensaba en voz alta que no me gusta tener que matar —

replicó Kirius, avergonzado por haberse vuelto a sobresaltar por culpa de la voz

del Ausente—. No me gustaría que... se convirtiera en algo fácil para mí.

—Fácil o no, lo único que cambia es la forma en que lo ves en tu interior. Si has de hacerlo hazlo, pero no lo laments luego —dijo Vaelmir—. Lo importante

es evitar que eso te lleve a quitarle la vida a quienes merecen vivir. La escoria que te cortaría el cuello sin dudar no merece que malgastes ni uno solo de tus remordimientos con ellos.

—Lo recordaré —contestó Kirius, aunque no sabía si podía compartir el mismo punto de vista del norvadoreano. ¿Cómo se podía distinguir a quienes merecían vivir de los que no? ¿Quién era él para decidir eso?—. ¿Y esos tres eran...?

—¿Escoria? —terminó Vaelmir por él—. Ahora eso ya da igual, ¿no crees? Ya están más que muertos.

Kirius permaneció en silencio, arrepintiéndose de haber preguntado. Ambos se echaron a caminar con celeridad por las encharcadas calles de Ebedin.

Vaelmir no añadió ningún comentario más, y su rostro permaneció impassible, pero pudo notar como escrutaba la noche con cautela. En un par de ocasiones, cuando oyeron ruidos de otras personas que se apresuraban en la oscuridad, un

par de dagas aparecieron en sus manos como por arte de magia, antes de que las

devolviera con igual celeridad a sus fundas, tras cerciorarse de que no había peligro. Kirius acabó invadido por la misma inquietud, y lanzaba frecuentes

miradas sobre su hombro, sin saber muy bien por qué. Sólo empezó a sentirse a

salvo una vez llegaron a la posada. Para entonces apenas llovía. La tormenta se

había desplazado al sureste, hacia Rynad, Calust y el océano.

La posada se hallaba casi vacía a esas horas de la noche, a excepción de unos pocos rezagados que seguían bebiendo en la sala común. A pesar de todo,

Vaelmir decidió entrar al establecimiento por la puerta trasera, e instó a la

asustada sirvienta que los recibió a que avisase al posadero. Al mirarse a la luz de las lámparas de la cocina donde lo esperaron, Kirius no pudo más que

comprender la reacción de la mujer. Ambos estaban empapados de la cabeza a los pies y sus ropas estaban sucias y manchadas de fango. Las de Vaelmir

estaban asimismo manchadas de sangre.

—Tienes un buen morado, Kirius —comentó Vaelmir, mirándole el rostro—.

Suerte que parece encajar bien los golpes.

Se palpó la mejilla derecha y sólo entonces sintió algo de dolor. Casi había

olvidado el tremendo puñetazo que le había dado aquel hombre después de su torpe intento de apuñalarlo. El muchacho suspiró, avergonzado de sí mismo.

—Eso, al menos, parece que se me da bien.

Vaelmir sonrió y pareció a punto de decir algo, pero entonces llegó el

posadero y, sin pedir ninguna explicación, los acompañó hasta las escaleras que

utilizaba el servicio para subir al segundo piso. Después de intentar convencer en

vano al conde de que debía verlos una curandera, se fue. Ambos se acercaron a

la habitación que, según el posadero, había tomado Terion para los tres.
Entonces

la puerta se abrió de improviso y el rubio isgario apareció en el marco con expresión adusta.

—¿Por qué demonios habéis tardado tanto? Estaba comenzando a... —

empezó, pero calló al observar el estado en el que se encontraban los dos y la contusión en el rostro del muchacho—. ¿Qué ha pasado? Entrad —continuó, sin

esperar respuesta.

Cuando ambos lo hubieron hecho, cerró la puerta y se apoyó en ella, con la ira reflejada en el semblante y los ojos convertidos en témpanos de hielo.

—¡Maldita sea, Vael! Vuelvo a dejar al muchacho bajo tu responsabilidad unos momentos y no eres capaz de evitar que salga herido.

—Lo sien... —empezó el norvadoreano, pero Kirius no le dejó acabar.

—Ha sido culpa mía —musitó cabizbajo—. Si no hubiese hablado con aquel hombre no te hubiesen descubierto.

Vaelmir lo miró, pero no hizo ningún comentario, mientras Terion suspiraba y parecía algo más apaciguado.

—Contadme lo que pasó. Lo importante es que estáis bien.

Vaelmir le relató los sucesos de la noche mientras Kirius permanecía en silencio, demasiado avergonzado de sí mismo como para hablar. No obstante, agudizó el oído cuando Terion agitó la cabeza y preguntó:

—¿Eran cazarrecompensas o interventores?

—Ni lo sé, ni me importa —declaró Vaelmir encogiéndose de hombros—, pero si tuviese que apostar diría que los enviaban desde Ard Vanan. Desde luego,

el jefe no era un aficionado. Me descubrió al reconocer mi anillo.

Vaelmir le dedicó un vistazo a la joya, mirándola con expresión agridulce.

—Esto lo cambia todo. Si van detrás de ti...

—No cambia nada, Terion, y siempre hay alguien que va a por mí, ya lo sabes. Me he descuidado, eso es todo, y no consideré que a estas alturas aún pudiesen vigilar a un viejo conocido por si yo aparecía. En cualquier caso, me aseguré de que ninguno corriese la voz.

Terion lo miró, frunciendo el ceño, como si estuviese considerando las palabras de su amigo. Después, sin añadir nada más, se dirigió a sus alforjas, que

estaban sobre una de las camas, y se inclinó buscando algo en ellas.

—Al menos confío en no tener a la guardia de la ciudad llamando a la puerta para haceros responder por tres muertes —dijo el isgario con voz resignada.

Al oír el comentario, Vaelmir adoptó un aire ofendido.

—Por supuesto que no. Sabes que soy más discreto que eso.

—¿Por qué debemos temer a los guardias? —intervino Kirius—. Nosotros no queríamos luchar, pero tuvimos que defendernos.

—Por la burocracia y las preguntas —contestó el isgario mientras sacaba un

frasco de cerámica de las alforjas—. Tendríamos que quedarnos un tiempo en la

ciudad, mientras ellos hacen las investigaciones pertinentes.

—Con un buen soborno nos dejarían marchar en cinco minutos y lo sabes —

dijo Vaelmir, en tono aburrido—. Dentro de unas horas nos espera el barco de ese... eh... amigo del que te hablé.

—Bien, no podemos permitirnos perder ni un solo día. Por lo que sabemos,

en estos momentos el rey Gilvar y sus lores podrían estar decidiendo convertirse

en aliados de Isgarad. Debemos llegar a la capital antes de que eso ocurra.

La guerra. Eso era algo que lo sobrepasaba. Casi no había pensado en ello durante esos días de viaje, a pesar de que era la causa de que hubiese

abandonado su hogar. ¿Cómo podían ellos detener una guerra? A Vaelmir quizá

lo escuchasen; al fin y al cabo, poseía sangre noble. Kiriús observó al

norvadoreano, que permanecía sentado en una silla de ancho respaldo, con una

pierna pasada con indolencia sobre uno de los brazos de madera. De nuevo

volvió a pensar que no tenía, en absoluto, aspecto de noble. Eso por no hablar de

los siniestros misterios que lo rodeaban y que hacían que alguien en Moradhair

quisiera verlo muerto. En ese momento Vaelmir enarcó las cejas, como

recordando algo.

—¿Qué hay de la situación en el oeste? ¿Te has enterado de algo? —le preguntó a Terion al cabo de unos instantes.

—De nada fiable. Al parecer han aumentado los asaltos en los caminos de Merethia, pero eso no es raro. La situación en las Ciudades Libres y los Llanos

de Eralian es mucho más confusa. Se dice que hay grupos organizados de proscritos en la zona.

Por toda respuesta, Vaelmir gruñó con desagrado.

—Es pronto para preocuparnos por eso —continuó el isgario—. Cuando llegemos a la capital recibiremos noticias más fiables. Ahora os aconsejo que os quitéis esas ropas mojadas y os sequéis. Kirius, ponte esto en esa mejilla. —

Le tendió el frasco de cerámica que tenía en sus manos. Dentro había una sustancia pastosa de color ocre. Luego señaló hacia las pertenencias del muchacho—. A partir de ahora no quiero volver a verte sin tu acero.

Kirius asintió, ruborizado, y poco después se envolvía con un escalofrío en las pieles de su lecho, intentando entrar en calor. El ungüento había calmado el

dolor de su mejilla, pero no había conseguido disipar la vergüenza y el abatimiento que sentía.

A la mañana siguiente se levantaron temprano para dirigirse a los muelles de Ebedin. Hacia el oeste, sobre la formidable barrera de las Niriosh, un oscuro

manto de nubes descargaba otra tormenta. En los muelles la actividad ya era casi

frenética, con multitud de embarcaciones dispuestas a partir con las primeras luces. Urian los recibió a bordo de la Serecthar, su coca de un mástil y de bajo

calado. Como les explicó el capitán, también podía navegar por mar abierto, pero él ya nunca navegaba por el mar. Al decir esto dirigió una significativa mirada a Vaelmir, pero este permaneció impassible. Después, el norvadoreano presentó a Terion y a Kirius como padre e hijo.

—Mi segundo os llevara a mi camarote. Podéis usarlo para este viaje.

Estaréis un poco estrechos los tres, pero os las arreglareis. ¡No tenses tanto esa

cuerda, estúpido! —Urian comenzó a proferir maldiciones y órdenes, dirigiéndose al castillo de proa y olvidándose de ellos.

Al llegar al camarote, acompañados del marino, vieron que este sólo tenía un camastro, una mesa, un pequeño armario y dos sillas, todos ellos clavados al

suelo o a la pared, excepto las sillas. Tampoco es que hubiera espacio para mucho más.

—Kir, hijo, tu dormirás con Vaelmir en el lecho —dijo Terion tras inspeccionarlo—. Yo estoy acostumbrado a dormir en el suelo.

Kirius tardó unos momentos en recordar que Terion y él viajarían como padre e hijo, por seguridad, según palabras del isgario.

—Sí, padre —dijo con voz estrangulada.

Él no sabía lo que era tener un padre.

Tras la marcha del segundo de a bordo, notaron como el barco comenzaba a moverse. Al mismo tiempo en su estómago comenzaban a pasar cosas desagradables.

—Ya estamos zarpando —indicó Terion tras terminar de colocar sus cosas en el camarote—. Iré fuera, ¿venís?

—Ya lo creo —asintió el norvadoreano—. No soporto los sitios cerrados y menos si huelen a letrina. Eso por no mencionar que los barcos en los que navego tienen tendencia a naufragar. Si este también se hunde, prefiero al menos

disfrutar de las vistas mientras me ahogo —dicho lo cual, salió por la puerta como una exhalación.

Kirius negó con la cabeza ante la mirada interrogante del isgario.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Kirius percibió en su voz la misma preocupación que exhibía últimamente por él.

—Sí. Tan sólo estoy un poco mareado, creo.

—Se te pasará. Sube a cubierta si mejoras... o si empeoras y necesitas aliviarte —añadió por último con una sonrisa—. Bajaré a verte dentro de un rato.

—Terion, yo... —dijo el muchacho, siguiendo un repentino impulso—. Si alguna vez tuve un padre, me hubiese gustado que fuese como tú.

El isgario lo miró durante unos instantes tomado por sorpresa, con varias emociones fugaces pasando por su rostro. Al final su mirada se endureció y Kirius creyó que la frialdad de sus ojos podría quemarle.

—Tu padre fue mejor hombre de lo que yo seré nunca. Yo no puedo ser tu padre.

Y tras esto se fue dejándolo sumido, de nuevo, en un mar de dudas.

Las horas pasaron con lentitud en la Serecthar. A bordo no había gran cosa que hacer, pero por fortuna el mareo de Kirius remitió a mediodía. La mayor parte del tiempo lo pasó en cubierta. Terion y Vaelmir se sentaron juntos, fumando y hablando con voces quedas, y el chico se apostó en la borda mirando

hacia el sudeste, hacia Rynad. No podía verla. Sabía que desde el río Medis era

imposible, pero aun así miró en aquella dirección. Tampoco es que pudiera hacer

mucho más. Cuando había intentado sentarse junto a ellos, habían cambiado de

conversación y, aunque no habían dicho nada, se notaba a las claras que

deseaban seguir hablando de sus cosas. Así que él se había levantado al cabo de

unos minutos, murmurando una excusa, y se había ido a contemplar el río.

A media mañana del segundo día se encontraba, otra vez, solo en la borda.

Acaban de reemprender el viaje, tras haber atracado durante la noche anterior en

un espigón, en un pueblo llamado Faldwyn. Urian dijo que no navegaría de noche por el Medis. Además, conocía a un mercader de la zona que podría ofrecerle algún trabajo. Esa mañana, los hombres de Urian habían cargado fardos

de lona provenientes del pueblo, así que al parecer la suerte le había sonreído.

Las duras palabras de Terion del día anterior mantenían al muchacho sumido en un ánimo melancólico. ¿Por qué siempre que intentaba acercarse mucho al isgario este reaccionaba apartándose? ¿Por qué estaba con él, si tanto lo detestaba? Suponía que lo veía como un deber, como una vieja promesa que había hecho y que debía honrar. Pensar otra cosa había sido una ingenuidad, ahora se daba cuenta de ello.

—¿Cómo os mezclasteis tu padre y tú con alguien como el Gato Negro?

La voz de Urian lo sobresaltó. El capitán se había puesto a su lado, observando el banco oriental del río, pero no se había percatado de ello.

—¿El Gato Negro? —preguntó Kirius con extrañeza.

—Es un apodo de vuestro amigo, Vaelmir. Tiene muchos otros, pero a mí me gusta más el de Serpiente de Norvador.

—Vosotros no os tenéis mucho aprecio, ¿verdad? —preguntó Kirius.

—Podría decirse. No siempre fue así, pero me jugó una mala pasada y yo no soy de los que olvidan. Y ahora aparece de la nada para que os lleve río abajo.

Me estoy volviendo viejo, pero no estúpido, y sé que aquí hay más de lo que

parece. Quizá por eso os acepté a bordo —dijo, como si intentase explicárselo a

sí mismo.

Kirius se encogió de hombros. No quería decir muchas cosas sobre ellos y su viaje.

—Mi... padre conoció a Vaelmir antes de que yo naciera. No sé los detalles.

—Tu padre dice que sois isgarios, de Midel. Me extraña que Vaelmir tenga amigos aún en Isgarad. ¡Qué diablos! Me extraña que tenga un solo amigo.

—¿Y por qué no iba a tenerlos?

Urian se giró hacia él y lo miró con dureza

—No quiero entrometerme, pero deberías saber con quién viajas, muchacho.

Muchos acusan a Vaelmir de haber causado la segunda guerra entre Isgarad y Moradhair, unos diez años atrás. Compartes camino con un hombre al que el peligro le sigue el rastro, como un tiburón a la sangre. Ándate con ojo.

Kirius lo miró, con una mueca de incredulidad. Eso era absurdo. ¿Cómo iba

Vaelmir a provocar una guerra para años después intentar detener otra?

—¿Estás seguro? ¿Cómo pudo provocar la guerra?

—Eso deberías preguntárselo a él. No me gusta hablar de la gente a sus espaldas.

Tras esto volvió a mirar hacia la ribera este del río en silencio. Kirius se volvió y observó a Vaelmir, aún sentado en compañía de Terion. No le pareció distinto, pero las palabras de Urian le parecieron perfectamente

atribuibles a su

amigo. Era evidente que el norvadoreano era un hombre velado por muchas sombras. Vaelmir le lanzó una mirada inquisitiva, arqueando ambas cejas, al darse cuenta de que le observaba.

—Por los vientos de Boreas —oyó de improviso que murmuraba a su lado el capitán de la Serecthar—. Ese ha sido uno de los grandes.

Kirius se giró intrigado y vio como el capitán observaba con mucho interés algo al sudeste. Al mirar hacia allí vio una columna de espeso humo subiendo hacia el cielo, tras las colinas más allá del río.

—¿Es humo? —inquirió—. ¿De un incendio?

—Así es, chico, y me juego mis muelas sanas a que es provocado. Bandidos

—aclaró al ver que Kirius no comprendía lo que quería decir—. Habrán asaltado

y quemado una granja o aldea, aunque esa cantidad de humo me da mala espina.

Apostaría por... No, imposible.

—¿No deberíamos hacer algo? Quizá haya alguien herido.

Urian soltó una carcajada al oír sus palabras.

—Ya lo creo que habrá heridos, o algo peor, pero el fuego está más lejano de lo que parece. No podemos hacer otra cosa que esperar que la tierra se abra

bajo los bastardos que lo provocaron y se los trague para siempre.

Kirius se limitó a asentir, con una desagradable sensación en la boca del estómago. Muchos de los marineros dejaron sus quehaceres durante unos momentos para observar la lejana columna de humo.

—¿Es eso humo? —intervino Terion, mirando al capitán mientras se acercaba hasta ellos. Vaelmir permanecía sentado fumando en su pipa, observándoles plácidamente.

—Lo es. Le decía al muchacho que creo que es cosa de los bandidos. No es la primera vez que veo algo así navegando por el Medis, ni será la última.

—Parece lo más probable —comentó Terion al cabo de unos instantes—.

Dime, ¿crees que tendremos problemas con ellos hacia el oeste del reino?

—Eso depende de adonde os dirigáis y de lo que vayáis a hacer allí. Por supuesto, no es de mi incumbencia —añadió con una mueca—, y creo que prefiero no saberlo. Si el viento se mantiene llegaremos a Puerto Kaell antes del

anochecer.

Al poco, Urian se marchó hablando con su segundo, que se le unió unos instantes después. Terion permaneció a su lado, observando las turbulentas aguas.

—Lamento lo que te dije ayer —dijo Terion sin mirarle—. Verás, al decirme eso, recordé a mi propio padre y... no fueron recuerdos gratos.

—Es mejor tener un mal padre que no tenerlo en absoluto —dijo Kirius, de

nuevo confundido por la muestra de sinceridad de Terion.

—No, Kiriús. Mi vida hubiese sido muy diferente si mi padre no hubiese existido —confesó con una sonrisa llena de pesar—. Incluso podría haber llegado a ser feliz.

Kiriús desvió la mirada hacia el lejano humo, pensando en cómo debía ser sentirse feliz y en si algún día lo averiguaría por fin.

14. Sombras en la Ciudad del Mediodía

Tal y como Urian había asegurado, llegaron a su destino un par de horas antes del anochecer. Puerto Kaell era una floreciente villa situada junto a la orilla del

Medis, cerca de donde este se encontraba con el río Dured. Cuando atracaban en

los muelles, los habitantes del poblado encendían ya las primeras luces. Los primeros en desembarcar fueron los nerviosos animales: Helyra, Irla y Arin.

Urian se acercó mientras los animales, guiados por sus hombres, atravesaban la

pasarela con los ojos vendados, bufando intranquilos al presentir el agua bajo ellos.

—¿Ha sido la Serecthar lo bastante rápida? —se interesó tras unos momentos.

—Desde luego. Tienes una buena nave —respondió Terion, mientras se cargaba alforjas y bandoleras al hombro.

—¿Pasaréis la noche en Puerto Kaell? Os recomiendo una acogedora posada

que...

—Partiremos de inmediato —lo interrumpió Terion—. Queda una hora de luz y Vael dice que tenemos tiempo suficiente para llegar hasta un hostel en el camino.

—En ese caso nos despedimos ahora. Os deseo buenos vientos y que el cielo esté despejado para que la Llama brille sobre vuestro camino. —dijo, despidiéndose con una vieja fórmula marinera, mientras les estrechaba la mano.

—Buena suerte, Urian —se sinceró Vaelmir—. Lamento lo que sucedió aquel día en Moradhair, pero no podemos cambiar el pasado, ¿verdad? Quizá volvamos a vernos.

—No he ofendido tanto a los Tres como para que me maldigan a volver a ver tu fea cara otra vez —dijo Urian sin sonreír, pero, a pesar de sus palabras, Kiriús notó que el tono que empleaba con el norvadoreano había cambiado —.

Dicen que los gatos tienen muchas vidas, pero no tentéis a la suerte. Conozco a

algunos que pagarían mucho oro por la cabeza de un gato en particular. Que tengáis viajes seguros.

Terion bajaba ya por la pasarela a tierra, así que lo siguieron y

desembarcaron de la Serecthar. Tomaron las riendas de sus monturas de manos

de los marinos y comenzaron a colocarles las alforjas y a ajustarles las cinchas.

Al cabo de un rato, Vaelmir se acercó al muchacho con las riendas de Irla en la mano.

—Adelante, Kirus —le dijo con una mueca—. Si quieres hacerme alguna pregunta, hazla. Lo prefiero a que sigas mirándome como lo has hecho durante

todo el día.

—Es que... tu amigo me contó algunas cosas sobre ti.

—No es mi amigo, pero dime, ¿qué te contó?

—Que tú provocaste la anterior guerra entre Moradhair e Isgarad, que le traicionaste y que te llaman el Gato Negro, Serpiente y cosas peores.

—Me llaman así, en efecto, y de otras muchas maneras. En cuanto a lo otro... Yo no provoqué la guerra —explicó, mientras su sonrisa desaparecía. De

nuevo el muchacho creyó entrever esa mirada llena de amargura del norvadoreano—, pero soy culpable de haberla podido evitar y no hacerlo.

—Pero ¿qué pasó?, ¿qué sucedió ese día con el capitán?

—Te contaré esa historia en otro momento, chico. A veces, cuando uno es joven y se cree más listo que los demás, ocurre que la vida y otras personas más

taimadas que tú te enseñan cual es la cruda realidad. Por desgracia, en ocasiones

hay inocentes que sufren en el proceso. Para que yo aprendiera esa lección,

tuvieron que pagar miles.

—Se hace de noche —intervino Terion, ya a lomos de Arin—. Daos prisa o no llegaremos al hostel. Ya tendremos tiempo de dar explicaciones en Almeron.

Vaelmir sonrió al oír las palabras de su amigo mientras montaba en su yegua.

—Demasiadas explicaciones quizá, ¿no es así, Terion?

—Eso depende de cómo vayan las cosas. Ya hemos hablado de cuál es la mejor forma de hacerlo. Si es voluntad de los Tres, tú podrás convencer al rey de

la importancia de no sellar un pacto con Isgarad y de la necesidad de evitar la guerra.

—Quizá sea así, pero ya sabes mi opinión al respecto —murmuró Vaelmir, luego espoleó su caballo al trote—. Iré por delante.

Y así cabalgaron con premura hasta que casi anocheció y pudieron ver el hostel. Al día siguiente mantuvieron el mismo ritmo, pues Terion ansiaba llegar

cuanto antes a la capital. Poco después llegaron al gran camino de caravanas que

conectaba Rynad con Almeron. Kiriús sabía que esa ruta continuaba más allá de

la capital, en dirección oeste, y que terminaba en su verdadero destino, Isgarad.

Era el viejo camino que, en su tiempo, había sido la arteria principal de la desaparecida Bal Aeronis.

Comenzó a llover otra vez y eso, junto a los grandes grupos de personas que peregrinaban a Ishmer, entorpecía su viaje. Aunque Terion no decía nada, se notaba en su mirada lo mucho que eso lo contrariaba. Aun así, avanzaban a buen

ritmo entre la masa de balaerianos que se desplazaban hacia el oeste a pie, a caballo o más comúnmente en carros tirados por mulas. Muchos de ellos cantaban, más alegres que cansados, y Kiriús se entretenía escuchándolos.

El tercer día trajo algunos cambios. La lluvia cesó, aunque el cielo siguió cubierto, y el camino se hizo más duro y empinado, ya que transcurría entre las

estribaciones de las montañas Niriosh. Mirar al norte producía vértigo. Los altos

picos se erguían como inmensos centinelas negros y blancos. Era la primera vez

que veía tan cerca las nevadas cumbres y lo hacían sentirse pequeño. Mayor fue

su deleite cuando miró hacia el sur. A lo lejos creyó ver una difusa línea verdosa

que ocupaba el horizonte meridional. Debía ser el inmenso bosque de Athael, que ocupaba buena parte de la superficie del Dominio de Moradh. No era capaz

de explicarse cómo podía existir un bosque tan extenso. Gaelon solía decir que

los hombres lo respetaban y temían por lo que había sido en el pasado: hogar, refugio y nación de los eliir en Balaeron. Kiriús intentó imaginar la cantidad

de

maravillas, magia y secretos que debía albergar. Pocos se atrevían a entrar allí, pues aún se recordaba lo vengativas que podían llegar a ser las gentes de plata.

Cuando los humanos se hicieron fuertes, tanto militarmente como en su fe, los eliir se ofendieron y atacaron. Acabaron por marcharse al ser derrotados. O eso

decía el *Triridion*; Gaelon solía decir que los humanos les habían vuelto la espalda a sus guías, los eliir, y que esa decisión había sido como escupirles en la

cara a los mismos dioses.

Fue a primera hora de la tarde, al llegar a la cima de un altozano, cuando por

fin divisaron la ciudad de Almeron, sin duda una de las más grandes de toda Balaeron. La urbe se levantaba al pie de una montaña y se extendía como un manto entre cuatro colinas cercanas. Sobre ella el cielo permanecía despejado y

el sol sacaba destellos a la piedra blanca de los edificios. Una alta y recia muralla

la circundaba, pero las distintas tonalidades de color que se apreciaban en ella evidenciaban que había sido ampliada y reconstruida a lo largo de los siglos.

Kirius no pudo más que sentir respeto por aquella fortificación y por las torres de

guardia que se repartían a intervalos regulares por ella. Esos muros habían detenido el asalto de los tarkesios, doscientos años atrás. Habían cedido una vez,

pero la brecha había sido cerrada con ayuda de los riadeim. La vista de la capital

era tan impresionante que les resultó imposible no detenerse a contemplarla.

—Es más grande y hermosa de lo que recordaba —declaró Terion, rompiendo el silencio.

—Y brillante —añadió Kirius.

—Se la conoce como la Ciudad del Mediodía. Pero no os confundáis —

aclaró Vaelmir con una sonrisa de burla—, la ciudad se diseñó así para dar la impresión a los viajeros de que están viendo un portento; tan sólo es buena planificación.

—Ya he estado aquí y créeme, sé distinguir cuando estoy viendo alguna maravilla —replicó Terion, esbozando una sonrisa melancólica.

—¿Qué lago es aquel? —preguntó Kirius, aprovechando el silencio.

Señaló hacia el lejano horizonte occidental, más allá de la capital. Allí podía

verse el tono azulado de las aguas de lo que debía ser un extenso lago, aunque a

esta distancia parecía una lejana mancha.

—El Endward, si no me falla la memoria —contestó Terion mientras el

conde asentía con la cabeza para corroborarlo—. Más allá del lago acaba la frontera occidental mereciana. Tendremos que rodearlo cuando partamos de la

capital. —Una sonrisa afloró de repente a su rostro—. Sólo lo había visto dos veces antes de ahora, pero en ambas ocasiones me detuve a pescar cuando pasé

junto a él.

Vaelmir soltó una carcajada y Kirius sonrió al imaginar al duro isgario

pescando.

—No encontrarás mejores lagos que en Norvador para pescar y lo sabes.

¿Recuerdas aquella carpa de cien libras que sacamos del lago Borel? —El

hombre llamado el Gato Negro volvió a reír con ganas—. Lo mejor fue donde la

llevamos luego, para que las hijas de los pescadores nos creyeran.

—Lo recuerdo —dijo Terion con una tímida sonrisa—. Deberíamos

reanudar la marcha, aún nos quedan dos horas de camino.

Y tras esto puso a Arin al trote, seguido de sus dos compañeros.

A poca distancia al sudeste de la ciudad de Almeron el camino se dividía en

dos. El principal seguía hacia el oeste, hacia la frontera, y el otro seguía hacia el

noroeste, hacia las puertas de la ciudad. Esa tarde la mayoría de los que lo recorrían seguían por el camino que llevaba al oeste, pero unos pocos tomaban el

camino que llevaba a la ciudad. Entre ellos se encontraban Kirius, Terion y Vaelmir. La calzada discurría entre asentamientos, haciendas de campesinos y

terrenos de labranza. El sol de media tarde apenas los calentaba mientras se acercaban a la imponente ciudad.

Al llegar a las puertas, que Kirius pensó podían permitir el paso a dos

gigantes a la vez por lo menos, se encontraron con un alboroto a la entrada.

Varios guardias golpeaban a un hombre de aspecto pobre y macilento. Este

estaba en el suelo, levantando las manos para intentar protegerse sin éxito de las

patadas que le propinaban. La gente que aguardaba su turno para entrar en la ciudad apenas si le dedicaba un vistazo a la escena.

—¿Por qué le golpean? —preguntó un indignado Kirius.

—Es pobre, un mendigo —contestó Vaelmir con un encogimiento de hombros, como si eso lo explicase todo.

—No es asunto nuestro —zanjó Terion.

Kirius lo miró sin entender. Terion le había enseñado muchas cosas y una de ellas era a no permitir las injusticias, pero ahora parecía no importarle lo más mínimo lo que ocurría veinte pasos más allá. Aunque el sentido común le decía

que tenía razón, que no era asunto de ellos, no le parecía justo que golpearan a

aquel desgraciado con ese ensañamiento, cuando era evidente que no era una amenaza para nadie. Descabalaron y tomaron un lugar entre la fila de viajeros

recién llegados a la ciudad. La hilera de gente se detenía ante la mesa de un funcionario y este les hacía unas preguntas rutinarias antes de permitirles la entrada. Entonces el mendigo se levantó, intentando huir de los guardias. Tras unos pasos, uno de los guardias le trabó las piernas con el asta de su pica y cayó

con un fuerte golpe en el barro, ante las risas de sus compañeros. El hombre sangraba con profusión por una fea brecha en la frente y por la nariz, rota de un

certero puntapié. Kirius observaba tan absorto la escena que, cuando quiso

darse

cuenta, ya se encontraban ante la mesa del funcionario.

—Buenos días —saludó el obeso funcionario con voz aburrida. Detrás de él había dos guardias, más interesados en lo que ocurría con el mendigo que en vigilar a quienes entraban en la ciudad—. ¿Qué os trae por Almeron?

—Su legendaria hospitalidad, claro —contestó Vaelmir con su habitual sonrisa burlona—. Estamos de paso, en ruta hacia Ishmer. Esperamos irnos mañana y no traemos mercaderías ni nada de valor.

—Eso ya lo veo. Pasad.

El funcionario los despidió con un gesto de la mano. Los guardias a su espalda estallaron en carcajadas al ver como sus compañeros golpeaban una vez

más al mendigo, lo dejaban inconsciente y por fin lo llevaban con ellos a rastras,

era de suponer, al calabozo.

—Una vez él se enfrentó a cinco hombres para evitar que forzaran a una mujer. Los mató a todos. ¿Quién era? No lo recuerdo..., pero sé que él no hubiese permitido esto —dijo el Ausente con tristeza—. ¿Y tú?

Kirius no tuvo tiempo ni de sorprenderse por la voz, pues una súbita frialdad vino a apoderarse de él. Una frialdad que ya había experimentado antes.

—¿Por qué se golpea a ese hombre? ¿Por qué se le arresta?

Sin darse cuenta había puesto ambas manos sobre la mesa, incluso sobre algunos de los documentos en los que el rechoncho funcionario iba anotando nombres, tasas, aranceles y otros detalles. Ambos guardias se giraron al oírle mientras sus risas cesaban. El más viejo de los dos pareció a punto de decir algo, pero el funcionario se le adelantó.

—Eso es cosa de los guardias, a nosotros no nos incumbe.

Kirius hizo caso omiso de él y miró a los soldados, esperando una respuesta.

El más joven puso la mano sobre la empuñadura de su espada y levantó la barbilla, altivo.

—Ese hombre es un ladrón y un mendigo —dijo el veterano con rostro adusto—. La ciudad está cada vez más y más llena de esa escoria. Ya hace años que se dictó una ley por la que se prohíbe mendigar en las calles de la capital.

—Ninguna ley puede detener el hambre y la miseria. Es responsabilidad del rey y de sus lores que el pueblo no pase hambre.

—Cuidado —advirtió el guardia, subiendo el tono de voz—, no toleraré que hables así de nuestro rey.

—Por favor, estáis interrumpiendo el tránsito —intervino entonces el sudoroso funcionario, mirando al grupo de Kirius—. Moveos o haré que os arresten.

Kirius no le prestó atención y siguió mirando al guardia. El joven sacó unos

centímetros la espada de su funda, como si se dispusiese a seguir la orden aún no

formulada del funcionario. En ese momento, Terion lo tomó del brazo y lo empujó hacia las puertas.

—Ya nos vamos. Debéis perdonar al muchacho, ha escuchado demasiados relatos de caballeros y donceles de boca de los trovadores de Aldair — explicó Vaelmir con su sonrisa más inocente, antes de darse la vuelta y seguir a Terion y

al reluciente Kirius, que ya cruzaban las puertas.

—¡Putos isgarios! —Oyeron que decía el guardia que aún no había hablado a su espalda—. Llegan aquí y creen que pueden hacer lo que les da la gana. Si no

estuvieran aquí los otros...

—¿Desde cuándo se preocupan los isgarios por los mendigos? Dudo que estos sean rezagados de la comitiva, aunque el alto sí que parecía de aquellas tierras. —Pudo oír Kirius que decía el funcionario, pero luego las voces se perdieron en la distancia.

Terion los guiaba, con su mano cerrada con firmeza sobre el brazo de Kirius en una presa de acero, por la amplia calle principal. Los ruidos y olores eran muy fuertes y la gente debía gritar para poder entenderse entre sí. Multitud de personas iban y venían por la amplia calle que iba empinándose gradualmente.

Un hombre de rostro delgado y pelo trenzado se detuvo ante Kirius y, agitando

un collar hecho de piedras exóticas de varios colores y largas plumas de ave,

le

habló en un idioma extraño que no conocía. El chico lo miró sin entender, pero

Vaelmir le replicó en su misma lengua. La expresión del extraño se tornó sombría al oír lo que el norvadoreano decía y les espetó una palabra que, a pesar

de no conocer, sonó a insulto. Después se marchó, ofendido.

—¿Era una lengua de moradh? ¿Qué quería? —preguntó Terion después, soltando por fin el dolorido brazo de Kirius.

—Era una de ellas, en efecto. Quería vendernos un amuleto para que tengamos suerte en nuestra visita a la ciudad. Ya sabes lo supersticiosos que son

en el Dominio —respondió Vaelmir. Los tres se habían detenido cerca de un carro, en un lateral de la gran calle—. Le dije que... no nos interesaba.

—Ya veo, espero que tu lengua no nos meta en líos, Vael. Ahora mismo es lo que menos necesitamos. Y eso va por ti también, Kirius. ¿A qué demonios venía esa escena en las puertas?

Tanto Terion como Vaelmir le observaban esperando su respuesta, pero

Kirius no sabía qué contestar. La extraña frialdad que había sentido se había esfumado poco después de empezar a caminar por la calle principal de Almeron.

—Yo... no pude permanecer quieto viendo como pegaban a ese hombre. Creí que iban a matarlo. Es lo que me has enseñado —dijo en tono acusatorio,

mirando a Terion—. ¿Por qué no hiciste tú nada?

—Yo no te enseñé a ser estúpido y a meterte de cabeza en problemas —dijo

Terion con dureza. Al ver la expresión de Kirius, dejó de hablar unos instantes

mientras inspiraba profundamente—. Muchacho, hay un momento para todo.

Estamos hablando de la guardia de la ciudad. Ellos aquí son la ley y nosotros no

podíamos hacer nada. Han estado a punto de arrestarnos por lo de antes y nuestra

misión es demasiado importante como para permitirnos demoras.

—Lo siento —se disculpó, cabizbajo—. Fue una especie de impulso. No es la primera vez que me pasa.

Ambos hombres se miraron entre ellos un momento, Vaelmir no podía esconder una sonrisa de diversión, antes de que Terion volviese a hablar.

—No debes disculparte cuando tienes tanta razón. Que las leyes los amparen no quiere decir que sea justo. Pero entiende, como ya te he dicho alguna vez, que

ya no estás en la granja ni en Rynad —explicó Terion con voz seria—. Allí gobierna un buen hombre, lord Baresil, desde hace dos décadas y, además, no fue afectada por la Plaga. Rynad es como un oasis dentro de un desierto de corrupción y decadencia.

—Esas casi parecen palabras mías. Ten cuidado, siempre han dicho que soy una mala influencia para los demás, amigo mío —se burló Vaelmir—. En todo

caso, tienes razón. Después de la Plaga las cosas se han vuelto más difíciles. Hay

leyes contra la mendicidad en buena parte de Balaeron y os aseguro que, tras el

paso de la enfermedad, hay diez veces más mendigos que ratas en nuestras tierras.

—Sí, Vael, han empeorado muchas cosas en estos quince años y lo harán

mucho más si empieza otra guerra. Dentro de unas horas empezará a anochecer y

preferiría ver al rey hoy.

—¿Qué pasaría si ya hubiese llegado a un acuerdo con Isgarad? —preguntó

Kirius.

—Que todo será mucho más complicado. Debemos enterarnos si Isgarad ha

enviado ya a algún embajador a la ciudad. Por lo que escuché en la puerta, me

siento inclinado a pensar que sí. Vael, ¿conoces a alguien que pudiese informarte?

—Descuida, conozco una taberna donde podría enterarme hasta de los nombres de los últimos amantes de lady Tremine.

—No necesitaremos tanto, pero llévanos hasta allí.

Poco después se encontraban frente a la taberna, un enorme edificio de lustrosa piedra, destinado a gente de alta posición social. Un cartel en la

fachada

la identificaba como *La Copa del Rey*. Aún se encontraban en la avenida principal de la ciudad, aunque en esta zona el número de transeúntes en la calle

era menor. La amplia calle seguía subiendo hasta llegar a la colina que dominaba

la ciudad y al palacio en su cima.

—Sólo tardaré unos minutos —dijo Vaelmir antes de entrar a la taberna.

Kirius miró por un momento a Terion, quien parecía de nuevo ensimismado, y luego se dedicó a observar el Palacio del Amanecer, que se recortaba

majestuoso contra la montaña a su espalda. Aunque se le llamaba comúnmente

palacio, a Kirius le pareció más bien una fortaleza al ver los altos muros y torres

de apariencia defensiva que lo conformaban. La enseña de Merethia, un sol y una daga sobre un campo rojo, y la de los Blodwan, un escudo de franjas rojas y

amarillas y una corona sobre él, ondeaban en lo alto de todas y cada una de las

torres.

Se preguntaba cómo sería el interior del palacio, aunque iba a saberlo en

breve. Aún no se había hecho a la idea de que tendría que ver y quizá hasta hablar con el propio rey. De repente una duda lo asaltó y se acercó de nuevo al

isgario.

—¿Me llevaréis con vosotros al palacio?

—Sí, vendrás con nosotros y conocerás al rey, si es su voluntad.

—¿Cómo es?

—¿Gilvar? Es tan buena persona como puede serlo un rey. No te preocupes, nos escuchará. Kirius...

—¿Sí?

—Una vez estemos en el palacio te llamaremos Kir, así que no comentes cuál es tu nombre real. Diremos que eres huérfano, hijo de un viejo amigo de Vaelmir, y que él piensa llevarte al oeste, donde tienes familia. —Terion hizo una

pausa, pero prosiguió antes de que Kirius interviniese—. En la corte suele haber

muchas habladurías. Hasta que no sepamos algo más sobre el saradio, mejor ser

cautos. ¿De acuerdo?

Kirius asintió, serio. No había vuelto a pensar en el saradio desde hacía días y no le alegraba que ese recuerdo volviese a surgir en su cabeza.

—Quizá Vaelmir o yo nos veamos obligados a decir cosas que te sorprendan

—comentó Terion, sin dejar de mirarlo—. Espero que lo comprendas.

—¿Qué quieres decir? ¿Vaelmir va a contar lo que sucedió en la anterior guerra entre Isgarad y Moradhair?

Terion se encogió de hombros.

—Eso depende de él.

—Pero, si dicen que él provocó la anterior guerra, no entiendo cómo va a conseguir la confianza del rey para detener la que está a punto de estallar.

La mirada de Terion confirmó que él tenía dudas parecidas.

—Sería lo mejor... para todos. Confiemos en él, tiene muchos recursos.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la taberna y Vaelmir salió del edificio con expresión risueña.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Terion en cuanto estuvo a su lado.

—Un embajador y su comitiva, nobles de Isgarad, llegaron esta mañana a la ciudad, pero de momento no ha trascendido que se haya llegado a un acuerdo.

—Bien —dijo Terion, aliviado—, parece que hemos llegado a tiempo.

—Hay algo más. Los riadeim han enviado a un representante, alguien poderoso, para conversar con el rey. Oh, y el embajador isgario es un Dorial.

—¿Un Dorial? —repitió Terion con el rostro sombrío—. ¿Es Alladius?

—No sé el nombre, pero parece probable... si es que ese cabrón tullido aún es capaz de viajar. Sería divertido verlos juntos otra vez, pero no tanto como la

expresión de su cara cuando me viese a mí —declaró con una risita.

—Has bebido —lo acusó Terion, con evidente desaprobación.

Kirius se dio cuenta entonces de que tenía razón, Vaelmir despedía un cierto olor a licor.

—Tuve que hacerlo para soltarle la lengua al mercader que me lo contó todo.

Terion lo miró con escepticismo.

—No te preocupes, viejo amigo —le aseguró el norvadoreano—. No tendrás que avergonzarte de mí. Tú no.

—Beber no te ayudará a afrontar las cosas —sentenció Terion.

—Ni yo lo pretendo, pero todo parece más fácil cuando se discute fumando ante el fuego del hogar. Lo malo de los planes es que no se hacen realidad por sí

solos, alguien tiene que ensuciarse las manos para llevarlos a cabo y las mías están muy sucias. Ambos sabíamos que tendríamos que afrontar muchas cosas

una vez nos pusiéramos en marcha.

—Todos deberemos hacerlo —corrigió Terion tras mirar a Kirius, quien no supo qué decir. Luego se acercó hasta Vaelmir y le palmeó la espalda en un gesto no exento de cariño—. Todo saldrá bien. Vamos, es tarde y debemos ver al rey.

Sin más preámbulo, montaron y comenzaron a recorrer la distancia que los separaba del palacio, subiendo la empinada calle principal. Pronto entraron en una zona de jardines y árboles que rodeaban al distrito alto de la ciudad. Los edificios se convirtieron en grandes mansiones, las viviendas de los cortesanos,

mercaderes y la pequeña nobleza de Almeron. Algunas personas paseaban por

los parques y jardines de los alrededores del palacio, aprovechando los últimos rayos de sol de la tarde. Todo era maravillosamente extraño a ojos de Kirius. Las

fuentes, los árboles y la tranquilidad del lugar lo hacían sentirse bien, pero a la

vez notaba la tensión del momento. Aunque ninguno de sus compañeros decía

nada, nunca los había visto tan poco seguros de sí mismos, y eso lo asustaba.

Ambos parecían, por una vez, vulnerables.

Pronto se acercaron a los muros de palacio. En la barbacana de entrada, cuya

reja estaba levantada, había cuatro guardias con las libreas rojas y cotas de malla

que los identificaban. Dos de ellos se encontraban en posición de firmes uno a cada lado de la entrada que custodiaban y los otros charlaban entre sí, pero cuando se acercaron los miraron expectantes.

—Te toca a ti, Vael —susurró entonces Terion—. Kir, mantente en silencio.

Descabalaron y entonces Vaelmir habló mirando a uno de los guardias, que por sus insignias y porte debía ser el capitán.

—Soy Vaelmir, señor del condado de Aldremhem, hijo de Ilgram, señor del ducado de Mardholm. He venido desde Norvador para hablar con su majestad, el

rey Gilvar —declaró en tono ceremonioso.

Los dos guardias, tanto el capitán como su acompañante, inclinaron la cabeza un segundo ante él.

—Soy el capitán Verley, encargado del acceso al palacio —dijo, presentándose. Su rostro era pétreo, pero hablaba con exquisita educación—. Os

doy la bienvenida al palacio. ¿Nuestro señor tiene constancia de vuestra visita?

—No, capitán, no la tiene, pero debo hablar con él con suma celeridad.

—Desde luego —contestó el capitán como si estuviese acostumbrado a peticiones similares— ¡Chrayn! Encárgate de las monturas de estos señores.

El guardia a su lado asintió vigorosamente y luego tomó una a una las riendas de sus monturas. El capitán Verley les indicó que lo acompañasen y al poco lo seguían atravesando la entrada bajo el gran rastrillo. Más allá se encontraron un enorme patio en el que reinaba una frenética actividad.

Compañías de soldados ataviadas con libreas rojas marchaban por el patio en formación y en otros sitios entrenaban en el uso de diversas armas. En la parte

norte, al otro lado del patio, se veían algunas máquinas de guerra: catapultas, balistas, erizos y fundíbulos. Kiriús lo observaba todo, pensando en si eso significaba que el monarca se preparaba para la guerra y que, por tanto, ya había

decidido participar en la contienda.

Miró a Terion, que caminaba a su lado, pero el rubio isgario no parecía darse cuenta de nada, o al menos no mostraba lo que pensaba. Poco después llegaron a

una poterna en uno de los muros del palacio, no demasiado lejos de la escalinata

y el portón principal. Cuando entraron, el capitán los guio a través de varios pasillos recorridos por sirvientes atareados en sus quehaceres, que se hacían a un

lado para dejarles el paso franco. Los condujo hasta una pequeña sala con una mesa en el centro y seis sillas distribuidas en torno a ella. Dos guardias, que custodiaban la otra puerta existente en la habitación, dedicaron un saludo marcial

a Verley y luego permanecieron firmes.

—Informaré al secretario de su majestad de vuestra llegada —les hizo saber el capitán, luego hizo un gesto hacia las sillas—. Poneos cómodos, no tardará.

—Os lo agradezco, capitán —dijo Vaelmir con seriedad.

Con una inclinación de cabeza, Verley traspasó la puerta que uno de los soldados abrió ante su gesto, y que luego volvió a cerrar a sus espaldas. Los tres

se quedaron a solas, excepto por la muda e inmóvil presencia de los guardias.

Ninguno hizo ademán de sentarse.

—Hacía tiempo que no utilizaba mi título —comentó Vaelmir, rompiendo el silencio y limpiándose el polvo de su manto.

—¿Es tu padre un duque? —se interesó Kirius—. No lo sabía.

—Lo es, pero en Norvador el título correcto es señor del ducado. Mi padre es un buen amigo y aliado del viejo rey Andrid. El último que le queda.

—Un buen hombre, tu padre —intervino Terion acercándose a los dos y

bajando el tono de voz—. Todo está saliendo bien. Parece que hablaremos con el

rey esta noche.

—Quizá, pero aún...

Vaelmir calló, interrumpido al abrirse la puerta por la que había salido el capitán. La persona que entraba por ella era muy diferente al pétreo oficial. Se trataba de un hombre de mediana edad, de pelo cano y mirada sagaz. Sus ropas

eran ceremoniales y un gran medallón de oro le colgaba del cuello, con un libro

abierto cincelado en su superficie. El hombre entró en la habitación, sin prestar

atención alguna a los guardias, y les escrutó desde el otro lado de la mesa.

—Saludos. Soy Merohn, secretario real de su majestad —se presentó con

una voz con abundantes tonos nasales—. Se me ha dicho que hay un noble de Norvador que desea hablar con su majestad, pero no he creído entender bien su

nombre...

—Mi nombre es Vaelmir, señor del condado de Aldremhem.

—Así que de veras sois él... ¿Qué asuntos os traen a vos y a vuestros acompañantes a ver a nuestro rey?

—Me temo que son asuntos delicados. Sólo puedo comentarlos con el rey, pero requieren que le vea de inmediato —contestó Vaelmir, irguiendo el porte.

—Resulta que una de mis funciones es conocer los motivos de los súbditos

de su majestad para pedir audiencias, y luego aceptarlas o denegarlas. —En el rostro del secretario apareció un rictus desdeñoso—. Así que, conde Vaelmir, decidme por qué estáis aquí o bien marchaos ahora mismo.

La única reacción del norvadoreano fue entrecerrar levemente los ojos.

—Debo hablar con él acerca de la previsible guerra entre Isgarad y

Moradhair. Tengo información importante que creo que debería conocer.

—¿De veras tenéis tanta desvergüenza? —espetó Merohn, arrugando el

gesto—. ¿Pretendéis hacer caer a nuestro rey en vuestras viles trampas? Ya lo hicisteis una vez, hace diez años. Engañasteis a tres monarcas, incluido el vuestro, y el resultado fue una terrible guerra en la que Merethia se vio involucrada. No, aquí no tenemos oídos para los conspiradores.

Las hirientes palabras del secretario cayeron como un jarro de agua fría en la habitación. Vaelmir estaba lívido y cerraba con fuerza los puños. Terion, a su vez, parecía contener la respiración. Kiriús casi podía palpar la tensión que se había adueñado de la estancia.

—Os equivocáis —empezó el norvadoreano, en un tono tan tranquilo que sorprendió incluso al secretario—. Yo no provoqué la guerra y, al margen de lo

que ocurriese, el rey Andrid me ha otorgado su perdón y restituido mis títulos y

propiedades hace ya cinco años. No tengáis tanta ligereza al insultarme o juzgarme; eso le compete a vuestro señor, no a vos.

—No me importa lo que seáis en Norvador, aquí no sois bien recibido.

Debéis de haber vertido muchas mentiras en los oídos del rey Andrid para que os

restituyese vuestro honor, teniendo en cuenta que a causa de vuestras maquinaciones murió su heredero. Os aprovecháis de su senilidad, sin duda. El golpe que Vaelmir dio en la mesa con su puño fue tan fuerte como repentino y los sobresaltó a todos. Los guardias reaccionaron llevando las manos a las empuñaduras de sus hojas.

—¡Maldito hijo de puta! ¡No pienso tolerar que un chupatintas de mierda me insulte a mí o a mi rey! Una palabra más y haré que te tragues la lengua.

La cara de Vaelmir era una roja máscara de furia. Por primera vez Kirius lo veía perder el control y aquella versión de él le dio miedo.

—¡Sacadlos fuera de la ciudad a patadas y que no vuelvan! —ordenó el también iracundo secretario a los guardias.

Se volvió con un revoloteo de sus ropas y salió por la misma puerta que había entrado. Al instante los guardias empuñaron sus espadas mientras rodeaban la mesa uno por cada lado.

—Permaneced quietos, extranjeros, si no deseáis probar el acero mereciano

—dijo uno de ellos mientras se acercaba a Terion.

Sin mediar palabra, el isgario se abalanzó sobre el soldado sin darle opción a levantar su arma. El mereciano cayó al suelo desequilibrado y Terion, dando un

par de zancadas, atravesó la puerta que acababa de cruzar el secretario,

siguiéndolo. Kirius miró la escena como si fuese una ensoñación. ¿Se había vuelto loco el isgario? ¿Es que quería luchar contra todo un ejército en el palacio?

—¡Cabrón de mierda! —profirió el guardia, levantándose—. Vigila a estos dos, yo iré a por el otro y a alertar a los demás.

Su compañero asintió y se colocó ante Vaelmir, poniendo su espada a menos de un palmo de su pecho, sin perder de vista a Kirius ni un instante. El otro guardia desapareció tras la puerta y pronto comenzó a oírse un alboroto. El muchacho empezó a imaginar cosas terribles. ¿Habrían matado a Terion?

¿Tendrían ellos un destino similar? Miró a Vaelmir por si tenía algún plan, pero

su amigo se limitaba a contemplar la puerta. Una sonrisa burlona comenzó a aflorar a sus labios, incongruente con su ataque de ira de tan sólo unos

momentos antes. «Todo ha fallado, esto se nos ha ido de las manos», pensó Kirius. Los minutos pasaron. El alboroto más allá de la puerta había cesado, pero

nadie entraba a la habitación. El guardia que los vigilaba parecía nervioso y la punta de su espada se acercaba cada vez más al pecho del sonriente señor de Aldremhem. Kirius empezó a sudar, inquieto.

De pronto, Terion entró en la habitación, con el rostro muy serio, mientras enfundaba su espada. El símbolo de los Tres en oro y plata de la hoja brilló a la

luz de las antorchas. Tras él entró Merohn con la cara arrebolada, pero no a causa de la furia. Del otro guardia no había ni rastro.

—Envaina ese acero, soldado —fue lo primero que dijo Merohn—, y luego llama al sanador. Tu compañero está inconsciente en el pasillo.

—Secretario... —empezó dubitativo, mirando ora a Vaelmir, ora al funcionario.

—¿No has oído, hombre? ¡Corre!

—Sí, mi señor.

El guardia envainó su arma y salió al pasillo, dejándolos a los cuatro solos.

—Y ahora debemos ver al rey —dijo Merohn con voz preocupada—. Pero antes debo pedirlos que dejéis vuestras armas aquí.

Kirius se dio cuenta de que se lo decía tanto a Vaelmir como a él. Ambos se desarmaron, colocando sus aceros sobre la mesa. Terion permaneció con su espada ceñida al cinto. El muchacho apenas podía creer el cambio efectuado en el funcionario en tan poco tiempo. ¿Qué había hecho Terion? ¿Lo estaría coaccionando de alguna manera? El secretario miraba a Terion como si estuviese

cerciorándose de que efectivamente estaba allí. En cambio, a Vaelmir evitaba mirarlo.

—¿Estás bien? — le preguntó Terion a su amigo una vez se pusieron en marcha.

—Sabes que me tomo mi honor muy en serio —respondió Vaelmir, exagerando un falso tono ofendido—, pero sobreviviré. No hay ofensa tan grande que dure más allá de mi próxima borrachera.

Terion sonrió, pero su rostro volvió a la seriedad de antes cuando Merohn

les indicó que lo siguieran sin dilación. Al entrar en el amplio pasillo, recorrido

por una suntuosa alfombra roja en su totalidad, repararon en el soldado caído que

su compañero, y un par de hombres más, intentaban reanimar.

—Siento haber tenido que golpearle —se disculpó Terion.

—Es comprensible dada la situación tan extraña en la que nos encontrábamos —respondió el funcionario, restando importancia al incidente.

El pasillo terminaba cerca de una gran sala de la que llegaba el murmullo de conversaciones y el sonido de la flauta y el tambor, a través de unos portones entreabiertos. Antes de pasar las puertas de largo, Kirius echó un vistazo al interior. En cuanto la vio supo que debía tratarse de la sala del trono. Sobre una

tarima había dos tronos, uno de ellos grande y de reluciente tejido y filigranas dorados. En el pequeño había una mujer, de cabellos rubios y evidente atractivo,

que se tocaba la frente con una mano y parecía abstraída en sus pensamientos. A

su lado había una dama que no le quitaba ojo de encima. El trono del rey estaba

desocupado. La estancia estaba, por lo demás, llena de personas hablando,

riendo o bebiendo. Eran nobles, a juzgar por su aspecto y lo suntuoso de sus ropajes.

—Es Jelanie, esposa de Gilvar y reina de Merethia —le comentó Vaelmir, que caminaba a su lado—. Imagino que está dando una bienvenida adecuada

a la

comitiva recién llegada de Isgarad.

—Vaelmir, ¿qué está pasando?

—Ahora no, chico. Lo sabrás en unos instantes.

Tomaron un nuevo pasillo, este mucho más decorado que los anteriores.

—Su majestad está reunido en estos momentos con el embajador de Isgarad

en su estudio —dijo Merohn al detenerse cerca de una recia puerta, ante la que

había apostados más guardias—. ¿Debo anunciaros antes de entrar?

—Preferiría que lo hicierais en privado —estableció Terion.

Merohn golpeó con formalidad tres veces en la puerta, antes de abrirla y

entrar. Terion les hizo un gesto para que pasaran ellos primero. El rostro del isgario estaba en tensión, como si tuviera algún tipo de lucha interna. Kirius entró tras Vaelmir, con cierta aprehensión, y vio que la estancia estaba caldeada

por un hogar encendido. Retratos y trofeos de caza, la cabeza disecada de un enorme oso le observaba desde la otra pared, decoraban la estancia. Pero lo que

llamó su atención fueron las dos personas sentadas una a cada lado de un

escritorio. Una poseía cabellos y barba entrecanos, y rostro serio, y la otra era un

joven no mucho mayor que él, vestido con ropas negras, de cabello rubio oscuro

y ojos muy azules. Ambos les dedicaron una dura mirada a él y a sus

compañeros, especialmente a Terion, que se había adelantado a los demás. El hombre de mirada seria miró al secretario con fastidio.

—¿Quiénes son estos, Merohn? Te dije que estaría ocupado.

—Perdonad, majestad. Este hombre afirma ser Therius Vain Landaver,

príncipe no coronado de Isgarad. Ha vuelto de su exilio de más de quince años

para veros.

Kirius no hubiera sabido decir quién de los tres era el más sorprendido ante

las increíbles palabras del secretario, si el rey, el joven embajador isgario o él mismo.

15. Palabras como espadas

El silencio se adueñó de la habitación durante unos segundos interminables.

Era

difícil decir cual de los rostros de los presentes en la sala reflejaba mayor sorpresa. De alguna forma, Terion sabía que era Kirius el más conmovido por

la noticia, incluso sin ver su expresión. Gilvar, el soberano de Merethia, lo miraba como si quisiera taladrarlo con la mirada. «No está seguro de que soy quien afirmo ser —pensó al mirarlo—. No lo culpo, estoy seguro de que pocos

pensaban que volvería algún día». Si el monarca mereciano lo miraba con

dureza, intentando dilucidar si mentía o no, el embajador isgario podría haberlo

fulminado allí mismo. Era obvio que no lo creía y lo demostró cuando se

incorporó y dijo:

—Majestad, este hombre debe de estar loco para entrar aquí diciendo que es Therius Vain Landaver —argumentó con voz alterada—. El primogénito del rey

Bedius juró al marcharse que nunca más pisaría suelo isgario y renegó de su condición de príncipe heredero, caballero y ciudadano. Y, sin embargo, este desconocido pretende hacernos creer que ha vuelto después de diecisiete años.

¿No pretenderás que caiga de rodillas a tus pies y que haga que te lleven en un

palanquín hasta Derand, verdad, impostor?

Terion no pudo menos que sonreír, al oírle. No cabía duda de que el joven era un Dorial; aunque no hubiese reconocido en él los rasgos de sus padres, esas

palabras lo hubiesen delatado de igual forma.

—Tranquilizaos, joven Julius. —Gilvar también se había incorporado y no dejaba de observar a Terion—. Démosle la oportunidad de explicarse. ¿Y bien?

¿Podéis probar que sois Therius o pretendéis que creamos vuestra palabra sin más?

—Majestad, estoy seguro de que no podéis permitirnos la confianza en vuestra posición y lo mismo va por vos, Julius. —Miró al joven embajador; tenía

que ganárselo a él tanto como al rey. Debía demostrarles cuál era su verdadera identidad o nunca lo escucharían, y sabía cómo hacer que lo creyeran—. Julius

Gair Dorial, sé que no podrás reconocerme ya que apenas eras un mocoso la última vez que te vi. Recuerdo el día en que me fui de Derand. Tú estabas llorando con sólo dos años, agarrado a la mano de tu madre Elise.

Como Terion había supuesto, el rostro de Julius se congestionó por la furia y la vergüenza. En eso todos los Dorial eran iguales y él había conocido muy bien

al padre y especialmente al tío del muchacho. Demasiado bien.

—No te atrevas a mencionar a mi madre, impostor —le dijo con voz iracunda—. Puedes hablar y hablar, pero eso no va a probar nada.

—Vos, Gilvar, sí deberíais acordaros de mí —continuó, haciendo caso omiso de las palabras del joven. Resultaba paradójico que para ganárselo tuviese que ponerlo en su contra—. Estuve en vuestro palacio en dos ocasiones. La primera

en los funerales por la muerte de vuestra primera esposa y la segunda como embajador, para tratar con vos acerca de la cooperación con Isgarad, justo antes

del Tercer Azote.

Calló, observando el efecto de sus palabras en el soberano. Cuando vio en su mirada el reconocimiento, faltó poco para que elevase una plegaria a los Tres en

agradecimiento.

—También nos vimos durante el Concilio de Ishmer, aquel mismo año —

dijo Gilvar, pensativo—. Vuestros ojos son los mismos, en efecto, aunque estos

años os han cambiado.

—Nos han cambiado a todos —intervino entonces Vaelmir, que se adelantó y se colocó a su lado. Al mirarlo vio a Kirius al lado del secretario, observándole

con los labios apretados. ¿Estaría enfadado? Esperaba que sólo fuese su forma de asimilar todo lo que estaba ocurriendo—. Pero yo puedo dar fe de que este hombre es, o fue, el príncipe Therius de Isgarad.

—¿Y quién sois vos? —preguntó Gilvar.

—Oh, es Vaelmir, señor del condado de Aldremhem. —Merohn se apresuró a anunciarlo, tras advertir su comprensible olvido del protocolo debido a los acontecimientos, mientras el norvadoreano hacía una reverencia—. Y este joven

es...

—Kir, un huérfano hijo de un viejo amigo —dijo Vaelmir, tomando con habilidad la palabra.

Las miradas de Gilvar y Julius se posaron un instante en Kirius, que hizo una torpe reverencia, pero luego volvieron con igual celeridad a Vaelmir, que los miraba no sin cierta diversión. Algún día esa actitud iba a meterlo en serios problemas.

—¿Vaelmir de Aldremhem? —La mirada de Julius se volvió veneno—. ¿El mismo traidor que conspiró para empujar a nuestro país a la segunda guerra contra Moradhair? ¿El que propició la masacre de Alveran?

Terion maldijo para sus adentros. No contaba con esto y había sido un idiota al no haberlo previsto. La expresión del joven denotaba que, de haber tenido un

arma a mano en ese momento, no dudaría en apuñalar a Vaelmir hasta la muerte.

El embajador cerraba los puños con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—Oí que vuestra madre murió en Alveran y que vuestro padre fue herido de gravedad. Lo lamento. —El Gato Negro había perdido su aire burlón, y miraba a Julius con esa mirada llena de amargura que lucía en ocasiones desde que se habían reencontrado, dos años atrás—. Os juro que no tuve nada que ver en ello.

—¡De qué me valen vuestros juramentos! Son las palabras de una serpiente traidora. Por vuestra culpa murieron muchos inocentes que, creyendo vuestras

mentiras, se dirigieron a Moradhair para firmar el tratado de paz. ¿Y que hallaron? Sólo la vil traición y la muerte, la misma que vos obtendréis.

—¡Embajador Julius! Sosegaos, no es momento de juzgar a Vaelmir. Eso ya fue hecho en Norvador, años atrás, y el rey Andrid le liberó de todos los cargos

en su contra y de cualquier deshonor por ello —lo reprendió el rey.

—Todo el mundo sabe que el rey Andrid está influenciado por el duque Ilgram. Eso no es justicia. En Isgarad aún tiene mucho por lo que responder y lo

que le espera es el tajo del verdugo —abundó el muchacho con obstinación.

—¿Desde cuándo pertenecéis a la familia real, Julius? Tenía entendido que

sólo ellos podían impartir justicia en asuntos que implicasen alta traición. —
El

joven Dorial tuvo el sentido común de sonrojarse ante las palabras del
monarca

—. En todo caso, confío en el buen juicio del rey Andrid, así que en Merethia
este hombre está libre de responder por sus supuestos crímenes y se le debe
tratar como su rango exige. ¿Está claro?

Terion supuso que la exclamación ahogada que escuchó a su espalda

provenía de la garganta de Merohn. Con toda probabilidad, de ahora en
adelante

tendría en mejor consideración a Vaelmir. Julius asintió de mala gana ante las
palabras del rey, pero siguió lanzando miradas cargadas de veneno al
norvadoreano.

—Gracias, majestad —dijo Vaelmir con una inclinación de cabeza.

Terion se adelantó desatando la vaina de su espada; sabía que este era el
momento de convencerlos a todos. La depositó encima del escritorio, pues no
estaba permitido desenvainar una espada en presencia del rey, a no ser que
las circunstancias lo requirieran. Gilvar tomó la funda y sacó la hoja con
lentitud.

Soltó una exclamación al ver el símbolo de los Tres en oro y plata y los cinco
zafiros engarzados en la empuñadura.

—Es la espada de los reyes de Isgarad, no cabe duda —dijo Gilvar.

—Es Eldear —confirmó Julius, maravillado—. Es más bella de lo que
decían.

—Esto confirma que sois Therius Vain Landaver. Además, tenéis los rasgos

de los Landaver y Vaelmir, señor del condado de Aldremhem, os reconoce como

tal, y es bien conocida la amistad que mantuvisteis con él antes de vuestro exilio.

¿Estáis de acuerdo conmigo, embajador Julius?

—Sí... lo estoy. —Era patente el desagrado del muchacho a dar esa respuesta, pero las evidencias eran abrumadoras.

—Queda probado, entonces. Therius, haremos un banquete esta noche para celebrar vuestro regreso y así podréis contarnos qué lo ha motivado.

—Majestad, debo pedir dos cosas. La primera es que me llaméis Terion; cuando me fui de Isgarad y renuncié a lo que había sido, lo hice muy en serio.

Aunque supongo que hay responsabilidades que no se pueden eludir. —El ceño

de Julius se frunció al escuchar sus palabras—. La segunda es que desearía que

mi vuelta quede en secreto, por el momento.

—De acuerdo... Terion. ¿Es ese el nombre que habéis estado utilizando todo este tiempo? —Gilvar continuó tras el asentimiento del príncipe isgario—.

Siempre me parecisteis una persona inteligente y de firmes principios. Si habéis

vuelto después de tanto tiempo, sabiendo el caos político que crearíais en Isgarad, habrá sido por una buena razón.

—¿Caos político? —intervino Julius, cortante—. Espero que no hayáis vuelto con intención de reclamar el trono, porque no tenéis ningún derecho. Renunciasteis a ellos.

—He vuelto porque debo realizar dos tareas —declaró, eludiendo dar una respuesta. En realidad, eran tres y no sabía cuál de ellas era más importante—.

La primera es tratar de impedir la guerra entre mi país y Moradhair, y la segunda

es haceros una advertencia y hablaros de lo que he visto en este tiempo de exilio.

Gilvar, pensativo, lo miró mesándose la pulcra barba e hizo un gesto a Merohn levantando un dedo. Al instante, el secretario salió de la habitación con una reverencia.

—Bien, Terion, mantendremos vuestro regreso en secreto por ahora, excepto a mi consejero, a quien he mandado llamar. Tengo la impresión de que no me van a gustar las razones que os han obligado a dar señales de vida.

—Apuesto a que no —dijo Terion con una sonrisa.

Siempre le había caído bien Gilvar, a pesar del poco trato entre ambos. Le parecía un hombre juicioso y que siempre iba directo al grano. Isgarad se merecía un rey así.

—Vayamos a mi sala de reuniones. Allí estaremos más cómodos.

Lo siguieron hasta una de las salidas de la estancia que daba a una amplia

habitación con una gran mesa rectangular en su centro. Aparadores y mapas decoraban las paredes de la sala, y una gran lámpara de araña la iluminaba colgando desde el techo. Mirando a su espalda, pudo ver que Vaelmir había tomado a Kiriús del hombro y venía tras los demás. El chico parecía aturdido y

fijaba la mirada en él, como si se preguntara quién era en realidad. «Bien, Vael,

encárgate de él. Ahora vuelvo a ser Therius, y todos saben que Therius no se preocupa por los plebeyos».

Tomaron asiento, Gilvar a la cabecera de la mesa, a su derecha Vaelmir y luego Kiriús, y a la izquierda del monarca, Julius y luego Terion. Al cabo de unos momentos, unos sirvientes trajeron una copa de vino especiado para cada uno y se quedaron de pie, cerca de la salida, esperando en silencio. Terion no tocó la suya, aunque en realidad nadie parecía tener ganas de beber. El silencio

se prolongó un poco más hasta que el rey lo rompió.

—Contadnos, Terion, ¿qué habéis hecho en todos estos años? ¿Qué motivo ha sido tan importante como para haceros volver?

—¿Atrapasteis al Traidor? ¿Le disteis muerte? —intervino Julius con una expresión tan dura como el granito.

—No.

—¿No? —repitió el joven, con incredulidad—. Ese fue el principal motivo por el que os fuisteis, para perseguirlo. Mi padre me contó que jurasteis ante la tumba de...

—Eso no importa ahora, tarde o temprano lo encontraré —lo interrumpió, alzando el tono de voz.

No podía permitir que siguiera hablando de esto. Miró a Kirius con

disimulo. No, el chico aún no estaba preparado para oír ciertas cosas. O quizá era él quien no estaba preparado para contárselas. Julius le lanzó una mirada llena de desdén. No creía que quisiese dejar el tema con tanta facilidad. Lo despreciaba por no haber sido capaz de cumplir su palabra, por no haber podido

encontrar a Malken y matarlo. Lo hostigaría con eso, pero él debía hallar un modo de cambiar la conversación a su favor.

La ayuda que necesitaba Terion llegó cuando una de las puertas se abrió y entraron tres personas a la sala. Una de ellas era Merohn, acompañado por un hombre y una mujer. Ambos hicieron una reverencia al entrar, aunque la de la mujer fue muy poco pronunciada. Terion intentó que su rostro no transmitiese la

inseguridad que empezó a sentir al ver entrar a aquella mujer.

—Majestad —dijo el hombre observándolos a todos con interés—, Merohn me dijo que me necesitabais. Lo cierto es que las noticias que me ha contado parecen... increíbles.

Era un hombre de mediana edad, de barba y pelo castaño oscuro, y ojos del mismo color. Vestía con ricas ropas de cortesano y su rostro transmitía confianza

y sinceridad. Desde luego una cualidad excelente para un buen consejero. Terion

no lo había visto nunca, pero sabía que era Beiran Kaldis, consejero real del monarca de Merethia y miembro de la Orden de los Riadeim, por lo que Vaelmir

le había contado de él.

—Me tomé la libertad de informar a la darian Minedea —continuó el consejero a la par que hacía un gesto hacia la mujer—. Creo que en este asunto

os resultará más útil que yo, majestad.

—Por supuesto sois bienvenida a participar en la discusión, mi señora.

Sentaos, aún no habíamos empezado.

—Gracias, majestad —dijo la mujer.

Su voz, aunque no era suave, si era lo suficientemente carente de inflexiones

como para contrastar con la dureza de sus ojos. Ambos se sentaron, Beiran

Kaldis lo hizo al lado de Terion y Minedea al lado de Kirius. El muchacho dio un

respingo cuando la riadarian tomó asiento a su lado y le sonrió. Fue entonces cuando Terion recordó lo que Kirius le había explicado de su viaje a Corak; un

encuentro casual con Minedea y Kaldis. El muchacho no parecía a gusto cuando

hablaba de ese encuentro, pero lo cierto era que los riadeim nunca causaban indiferencia allá donde iban. Merohn tomó asiento en una escribanía apartada y

preparó pluma y papel para anotar lo que se dijera, al menos aquello que revistiera importancia.

—No veo que hayáis cambiado demasiado, príncipe Therius —comentó

Minedea, desde el otro lado de la mesa—. Seguíis siendo el mismo, aunque da la

sensación de que os habéis liberado de la carga que poseíais cuando os marchasteis.

—Vos sí que no habéis cambiado en absoluto, mi señora Minedea —

contestó él, forzándose a sonreír. Desde luego antes vería a los peces volar que a

esta mujer cambiar su forma de ser—. Debo rogaros que no me llaméis así, ahora soy Terion. El príncipe se marchó hace mucho tiempo.

—¿De veras? Cada uno de nosotros es lo que es y nadie puede librarse de su destino. —Aunque el tono era casual, su mirada era significativa—. Me alegra saber que esos rumores que os daban por muerto eran falsos. Llegué a tomaros

aprecio en aquellos años que visitaba la corte de vuestro padre, cuando sólo erais

un niño.

Terion recordaba bien sus numerosas visitas a palacio, más de treinta años atrás. El rey y ella compartían ideas, y Minedea veía en Bedius un aliado para su

proyecto de una futura Balaeron unida. Era increíble que apenas hubiese

cambiado en más de un cuarto de siglo, pero así eran los riadeim y, que él supiera, ella era uno de los magos vivos más poderosos.

—El mismo aprecio que sentíais por mi padre, ¿verdad? —Ambos se

sonrieron, con sonrisas de oponentes compartiendo una broma privada—. Si hay

algo de lo que estoy orgulloso es precisamente de no ser como fue mi padre.

Su última frase provocó que se hiciese el silencio en la mesa y que todos le miraran.

—Todos coincidimos en que vuestro regreso es sorprendente, después de tanto tiempo —dijo Kaldis a su lado, rompiendo el tenso silencio—. Debo suponer que habéis estado en contacto todo este tiempo con vuestro amigo Vaelmir de Aldremhem, ¿verdad?

—Sólo durante estos dos últimos años.

—¿Y este chico? —preguntó Minedeá, observando a Kirius, que parecía querer estar en cualquier otro lugar menos allí—. ¿Habéis tenido un hijo durante

estos años, príncipe Therius?

Si Minedeá había intentado hacer un chiste, ni su voz ni sus ojos hacían pensar que era tal. Terion sintió, durante unos breves instantes, unas ganas locas

de subirse a la mesa, sacar a Eldear de su funda y rebanarle el cuello a aquella mujer. Vaelmir carraspeó, al otro lado de la mesa, hasta que consiguió cruzar una

mirada con él.

—Kir va conmigo —dijo Vaelmir desviando la mirada hacia la maga—. Lo

llevo con unos parientes para pagar un favor que se me hizo.

—Kir... —murmuró Minedeá con un esbozo de sonrisa en los labios, pero dirigiéndole al joven una mirada intensa y acerada—. Frecuentas unas compañías extrañas, muchacho, muy extrañas.

Kirius, sin embargo, tan sólo estrechó los ojos con precaución. Terion no pudo evitar sentirse orgulloso; el chico era mucho más fuerte de lo que aparentaba.

—Si vos lo decís. Son mis amigos y confío en ellos

—Ah, la confianza. Los jóvenes siempre se precipitan al depositarla.

Minedeá se mantuvo en silencio mirándolo hasta que, tras unos momentos, el joven bajó la mirada hasta su copa, incómodo bajo el escrutinio de la maga.

Terion ya no creía que su interés por Kirius fuese casual. La riadarian no se molestaba en darse por enterada de la existencia de los demás, siempre que no le

fuesen útiles. Sus comentarios eran preocupantes. ¿Qué sabía o creía saber la mujer? Haría bien en no subestimar a los riadeim.

—Si habéis acabado de discutir tonterías —dijo Julius con altivez—, sugiero que comencemos a exponer lo que nos ha reunido aquí. Me propongo partir cuanto antes a Isgarad, de ser posible tras forjar una alianza entre esta nación y la mía.

Gilvar lo miró con desaprobación, pero confirmó sus palabras.

—El embajador Julius tiene razón. Contadnos las noticias que traéis, Terion, y veamos si son tan importantes. Luego ya tendremos tiempo para charlas ociosas.

Terion asintió y tocó por debajo de la mesa la funda de Eldear, que había vuelto a atarse al cinto tras serle devuelta por el rey. Su espada por derecho de

nacimiento, aunque en realidad ahora le pertenecía a su hermano. «Ese problema

queda para el futuro —se dijo—, para cuando vuelva a encontrarme con él».

—Creo que todos aquí sabéis de sobra los motivos por los que me exilié de Isgarad —explicó poco después—. Podrían resumirse en que desaprobaba como

mi padre, Bedius Vain Landaver, gobernaba a mi país. Tampoco estaba de acuerdo con su obsesión por expandirse hacia el sur, provocando el primer conflicto con el Dominio de Moradh. Además, me marché para perseguir al hombre al que juré matar... un traidor y criminal que acababa de huir de Isgarad.

Creí saber dónde encontrarlo y hacia allí dirigí mis pasos, una vez renuncié a todo cuanto había sido. Crucé el Muro de Lágrimas al sur de Moradhair y entré

en el gran desierto de Alqejid. Fui a Tarkesia.

Kaldis y el monarca merecían ahogaron unas exclamaciones al oír sus palabras. Minedea se limitó a observarlo ponderativamente y Julius lo miró

como si se hubiese convertido en una víbora de repente.

—¿Habéis estado todo este tiempo en el desierto? —preguntó Gilvar. Ante su asentimiento lo miró, pensativo—. Me pregunto cómo habréis hecho para evitar a los asesinos fanáticos de Azoria. Un solo rumor acerca del color de vuestra piel y sin duda os buscarían por todo el desierto para llevarle vuestra cabeza al amir.

—Algunos lo intentaron —replicó Terion con voz fría—, pero si sobreviví fue porque me mantuve oculto. Un hombre me ayudó durante los largos años que pasé allí. Fue el mismo que me ayudó a sobrevivir durante el Tercer Azote,

tras el desastre de Efharat. A pesar de la primera deuda que tenía con él, lo busqué cuando llegué al desierto por segunda vez y volvió a ayudarme.

—¿Así que hicisteis amistad con un tarkesio? —intervino Julius con una expresión tan helada como la de Terion—. ¿Cómo sabemos que seguís siendo leal a Balaeron? ¿Cómo sabemos que no os habéis vuelto como Malken, el Traidor?

—Poco me importa vuestra opinión, Julius. Dudo que en toda Isgarad pudierais hallar una persona más sabia e íntegra que ese tarkesio. En cuanto a vuestras insinuaciones, si queréis acusarme de ser un traidor busquemos un testigo y fijemos la hora y el lugar para un duelo. Así lo aclararemos.

Julius lo miró con encono y desprecio, pero negó con la cabeza. Quizá podría sacarse algo bueno de este muchacho. No era tan estúpido, después de todo.

—No os he acusado ni he pretendido hacerlo. Retiro mis palabras si han dado esa impresión, pero aún debéis clarificar muchas cosas, Terion.

—Lo haré, a su debido momento, pero no ahora.

—Nadie os acusa de nada, Terion —medió Gilvar—. Seguid con vuestro relato.

—Como os decía, pasé en el desierto casi quince años y fui testigo de muchas cosas. Así que podría decirse que conozco al pueblo tarkesio casi tan bien como a mi propio pueblo. Meses después de mi llegada a Tarkesia,

Meinshel Ranesham fue coronado como rey de Essur, después de que su padre

recibiera una herida mortal durante una guerra contra Azoria. Meinshel se reveló

como un buen soberano, pero unos años atrás sufrió una extraña enfermedad que

lo dejó incapacitado. Su hermana Ketziah tomó el poder como soberana regente

de Essur hará unos cuatro años, a pesar de que muchos se oponían a ella por su

condición de mujer y su corta edad, entre otras razones.

—No teníamos constancia de eso —dijo Gilvar, mirando a su consejero

Kaldis—. Pensábamos que Meinshel seguía en el poder, aunque habíamos oído

de su enfermedad.

—¿Adónde queréis ir a parar, Therius? —preguntó Minedea con calma, obcecada en llamarlo por su antiguo nombre.

—Hay muchas cosas de las que no tenéis constancia. Esa niña demuestra una habilidad para la política y la intriga muy superior a la que cabría suponerle

¿Sabíais, por ejemplo, que Ketziah ha conseguido el apoyo de los andharas de Varagor? ¿O que consiguió que Azoria y Karif firmasen una tregua gracias a sus

mediaciones? ¿Sabíais que ha vuelto a unir a las cuatro naciones tarkesias en la

idea de atacar de nuevo al Norte?

Esas palabras calaron hondo entre los presentes. Se hizo un momentáneo silencio en el que todos se miraron, observando las reacciones de los demás.

—Imposible —dijo Gilvar, reacio a creer en sus palabras—. Habríamos sabido algo si se preparase una invasión de los tarkesios.

Al decirlo miraba a su consejero riadeim, esperando el apoyo de este a sus palabras, pero Kaldis permaneció en un incómodo silencio.

—Imposible no, majestad —continuó Terion—. Sabéis que ninguna nación de Balaeron ha sido capaz de introducir un espía en Tarkesia. En el desierto son

cazados por los *dayihsin*, los asesinos fanáticos de Azoria. En Varagor y en Essur hace años que los balaerianos no somos bienvenidos. El Norte está ciego

con respecto a lo que pasa en el Sur. A menos, claro, que los riadeim hayan vuelto a enviar a sus propios espías.

Minedea lo miró con frialdad desde el otro lado de la mesa.

—No, príncipe Therius. —Terion hizo caso omiso de la provocación de la mujer—. Desde el Segundo Azote, en el año seiscientos ochenta y tres, ningún

riadeim ha sido enviado a las tierras tarkesias como espía. Se perdieron muchas

vidas con esa práctica y todos sabemos que en la orden somos muchos menos que entonces.

—Ninguno de los presentes sospechábamos que Tarkesia pudiese volver a unirse y dirigir su mirada hacia nosotros, después de tanto tiempo —respondió el

monarca pensativo—. ¿Estáis seguro de lo que decís, Terion?

—Lo estoy, majestad. El mismo año que abandoné el desierto de Alqejid, comenzaban las movilizaciones de tropas. Ketziah Ranesham es un adversario

que no podemos subestimar. Aunque no ha reunificado Tarkesia bajo su mando

como hizo Jared Bashel durante la Guerra del Lirio y la Rosa, ha logrado convertirse en una figura de unión para todos sus pueblos y naciones. Tras siglos

de gobierno masculino, ella representa la vuelta al poder de las reinas

descendientes de Tarkys. Es un símbolo muy poderoso para su gente. Os lo

advierto —dijo Terion con voz deliberadamente lenta—, si no nos preparamos

para esta amenaza, el Norte será invadido una vez más, quizá con consecuencias

más catastróficas que la última vez.

Sus palabras causaron el efecto que buscaba. Todos comenzaron a hablar a la vez, dando ideas y haciéndole preguntas. El rey Gilvar intentó poner orden, pero a él las noticias le habían afectado tanto o más que a los demás.

—La cuestión es —dijo Vaelmir, consiguiendo que los demás lo escuchasen— que si hay alguien que pueda saber lo que ocurre en los territorios tarkesios

ese es Teorann ail'Dearty, *ardáin* de Moradhair. Su país es el único que mantiene relaciones diplomáticas con muchas de las naciones tarkesias.

—Exacto —intervino Julius—. Él debía saber lo que se preparaba en el Sur y no nos avisó. Intentan traicionarnos una vez más, como hicieron en el pasado.

Hace tiempo que en Moradhair dejaron de ser balaerianos. ¡No son más que tarkesios disfrazados en nuestro propio territorio!

—Eso sólo son conjeturas —replicó Vaelmir, impasible ante la mirada que le asestó el joven embajador—. Quizá Teorann nunca nos avisó porque no le hemos dado opciones.

—Vuestra palabra en este asunto no vale nada, Vaelmir. No sois más que un

lacayo de Moradhair. Majestad, uníos con Isgarad contra el Dominio. Una vez nos libremos de la amenaza interna podremos presentar un frente sin fisuras para

aplastar a los tarkesios.

—Una guerra entre nosotros es todo lo que necesita Ketziah para lanzar su invasión sobre el Norte majestad. Debéis oponeros a esta absurda guerra entre Isgarad y Moradhair.

Terion contuvo la respiración tras la argumentación de Vael. Si Gilvar apoyaba a Isgarad, entonces con toda probabilidad su causa estaría perdida.

Gilvar los miró tamborileando con los dedos en la mesa, suspiró y dijo:

—Preveo que esta será una noche muy larga. No pienso tomar una decisión aún, hasta haber oído todo lo que Terion tenga que decirnos y contar con varias

opiniones. No quiero precipitarme en un asunto tan importante. Además, nuestro

joven invitado debe de estar hambriento y cansado —dijo mientras miraba a

Kirius—. Uno de mis sirvientes te mostrará el camino a tus aposentos, muchacho.

—Gracias, Majestad —dijo Kirius, levantándose.

El rey conferenció brevemente con uno de los sirvientes que se había

adelantado. Mientras tanto, Minedea también se levantó de la mesa tras mirar de

forma significativa a Beiran Kaldis.

—Debo ausentarme unos minutos para atender mis obligaciones, majestad.

Os prometo que no tardaré en volver para daros todo el apoyo y consejo posible

ante estas noticias tan desafortunadas —se disculpó.

—Por supuesto, señora Minedeá. Me temo que esta noche los aquí presentes no dormiremos demasiado.

Minedeá hizo una ligera reverencia y se fue. Poco después, Kirius, acompañado del sirviente, salió de la habitación sin mirar atrás y Terion tuvo que

concentrarse en escuchar lo que se decía en la habitación. Se esforzó en volver a

ser Therius, alguien que creía que había muerto mucho tiempo atrás. Alguien que detestaba ser.

†† †† †† †† ††

Kirius caminó en silencio junto al anciano sirviente por los pasillos de palacio. El hombre a veces hablaba entre dientes para sí mismo, pero ahí acababa toda su conversación. Le prestaba la mínima atención necesaria para no

perderse en el laberinto de salas y pasillos, ya que su mente estaba ocupada en

otros menesteres.

No era tan tonto como para no ver que el rey lo había sacado de la

habitación para poder hablar con mayor comodidad de ciertas cosas; asuntos

de

estado, demasiado importantes para sus oídos. No es que le importase, se sentía

inútil sin nada que decir o aportar allí dentro. Además, necesitaba salir y pensar

durante un tiempo en todo lo que había pasado y, tenía que reconocerlo, la presencia de Minedea lo había puesto muy nervioso. Eso por no hablar del embajador isgario. Le había caído mal al instante, con toda su altivez y orgullo.

«A quien intento engañar —se dijo con dureza—, lo que de verdad me preocupa es lo de Terion». Ya no sabía si referirse a él como Terion, Therius o

príncipe. Habían convivido durante más de un año y jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que fuese el príncipe heredero de Isgarad. Todo

resultaba extraño y abrumador. ¿Lo apartaría de su lado ahora que había revelado su identidad? ¿Tenía eso que ver con la forma en que a veces lo trataba?

Al fin y al cabo, su tutor era de sangre real y Kirius no era nadie. Desde que había descubierto su verdadera identidad, una rabia sorda había empezado a crecer dentro de él. Por algún motivo se sentía herido.

—Ya casi llegamos —murmuró el sirviente, casi como si lo dijese para sí mismo—. A la izquierda y luego la cuarta puerta del siguiente pasillo.

Kirius asintió, cortés, y volvió a sumirse en sus pensamientos mientras caminaban cerca de unas columnas adyacentes a un patio ajardinado.

—¡Escóndete! —dijo el Ausente sin previo aviso—. ¡Te hará daño!

Kirius levantó la vista, volviendo a la realidad. Se detuvo, nervioso, negó con la cabeza, y caminó hacia el anciano que se había detenido para mirarlo. De

pronto, proveniente de los jardines, apareció un hombre que cruzó las columnas

hasta llegar junto a ellos. El extraño tenía el pelo cobrizo recogido en una larga

coleta y rasgos angulosos. Se detuvo ante ellos, cerrándoles el paso.

—Márchate —dijo el hombre con un leve acento mirando al sirviente—. Yo me ocuparé del invitado.

—Pero...

—Desaparece, anciano —repitió el hombre con lentitud.

Kirius estudió al hombre, desconcertado. ¿Era un enviado del rey con algún mensaje de última hora? ¿Algún cortesano curioso? El anciano sirviente dio dos

pasos atrás y agachó la cabeza con sumisión.

—Por supuesto, señor —dijo antes de esfumarse.

El pelirrojo se acercó a Kirius, mirando por encima de su hombro la marcha del sirviente con ojos brillantes. Después pestañeó y fijó su mirada en el muchacho.

—Perdonadme —empezó Kirius—, ¿sois un enviado de...?

—Tú eres Kirius de Rynad, ¿verdad?

—Ehh... sí —murmuró él, tomado por sorpresa—. Así es.

—Me han enviado en tu busca. Ha ocurrido un importante incendio en Rynad y los ahijados de Gaelon han sufrido heridas. Al parecer...

—¿Qué?! ¿Están bien?

—Heridos, pero con vida. Ellos querían que te encontrase, Kiriús, pues al parecer tras el incendio apareció algo en la biblioteca. Cuando se limpiaban los

desperfectos del fuego, se descubrió que tu abuelo había escondido algunas cosas pertenecientes a tu padre. Doiran y Leram sabían que querías tenerlas.

¿Algo perteneciente a su padre? Si era así, ¿por qué Gaelon no le había dicho nada? ¿De qué podía tratarse?

—Pero... ¿cómo sabían los hermanos dónde encontrarme?

El pelirrojo sonrió con suficiencia.

—Trabajo para los riadeim —dijo como si eso lo explicase todo—. Gaelon prestó un favor a un reputado miembro de nuestra orden, mucho tiempo atrás.

Ese miembro, tras enterarse de su muerte, me pidió que velase durante un tiempo

por el bienestar de sus ahijados desde la academia de Rynad; eso te incluye a ti.

Tengo las pertenencias de tu padre en una posada de la ciudad. Acompáñame y serán tuyas. Créeme, tengo otras tareas más importantes que perseguir a un muchacho hasta la capital y llevo casi una semana postergándolas. ¿Nos

vamos?

Sólo tardaremos un par de horas, a lo sumo.

Kirius lo miró, anonadado por lo que estaba pasando. ¿Debería ir con él?

Cuantas veces no había soñado con ir a la capital y encontrar el legado de su padre. Y hoy, contra todo pronóstico, estaba sucediendo. Vaelmir y Terion, o más

bien el maldito príncipe de Isgarad, estarían horas en la reunión con el rey.

Seguro que podría ir y volver antes de que se diesen cuenta.

Cuando le iba a decir que sí, se acordó de la advertencia del Ausente. Quería que se escondiese justo antes de que apareciera este hombre. ¿Por qué? En cualquier caso, quizá no fuese sensato marcharse del palacio sin avisar a sus amigos.

—Te lo agradezco, pero ya es tarde y no puedo rehusar la hospitalidad del rey. Mañana...

—No puedo esperar hasta mañana —dijo el pelirrojo con una sonrisa forzada.

Dio un paso hacia delante, lo agarró del hombro y abrió la capa sujeta por un broche de ónice que representaba a un cuervo. Kirius vio la empuñadura de una

daga escondida entre sus ropas. El hombre puso la mano sobre ella, pero

entonces se escuchó un portazo tras ellos. El pelirrojo lo soltó, mirando hacia atrás. Kirius se separó de él, asustado, y echó un vistazo para ver qué era lo que

miraba el otro hombre.

Al fondo, en la puerta por donde él y el sirviente habían llegado, estaba Minedea, observándolos desde la distancia. Su mirada le recordó a la que le había lanzado en Fiolbar, acerada e inmisericorde.

—Keilan, sabes que no me gusta esperar —dijo Minedea y esta vez su voz sonó tan dura como lo era su mirada.

El pelirojo flexionó los dedos, apretó las mandíbulas y lo miró.

—Ya nos veremos, muchacho. No descansaré hasta que zanjemos nuestros asuntos.

Lo saludó con la cabeza y se fue hacia donde estaba Minedea, que no dejó de observarlos hasta que el hombre pasó a su lado y entonces fue tras él. Kirius

los vio desaparecer y respiró, aliviado. ¿Quién demonios era ese hombre? Al parecer un secuaz de Minedea, ya que ella lo había llamado por su nombre. Ese

tal Keilan tenía algo, no visible a simple vista, que intimidaba. Y no sabía qué pensar acerca de su historia acerca del incendio y las pertenencias de su padre.

Agitó la cabeza, pensando que quizá esta vez habría hecho lo correcto si hubiese seguido el consejo del Ausente.

Por suerte recordaba las indicaciones que había murmurado el sirviente antes de abandonarlo a su suerte. Entró en el pasillo que había mencionado, sólo para descubrir que, ante la que debía de ser la puerta de sus habitaciones, había

alguien esperándole. Eran dos mujeres, una de ellas aún joven y de largos cabellos rubios, ojos verdeazulados y de gran hermosura, y la otra era una mujer

madura y delgada, con sus cabellos recogidos bajo una cofia. Kirius caminó hacia ellas con deliberada lentitud tras darse cuenta de que la mujer más joven era la reina Jelanie. La había visto unas horas atrás en la sala del trono y era ella, por extraño que resultase.

Ambas mujeres se volvieron al oír sus pasos. La reina fijó en él una mirada escrutadora mientras su dama lo miraba con seriedad. Ninguna hizo ademán de hablar.

—¿No hueles su sangre? —dijo el Ausente con voz hueca—. Me pertenece. ¡Mátala, estúpido cobarde! Nadie puede escapar a su destino.

Kirius se quedó paralizado durante un instante, asqueado y asustado por las dementes palabras que acababa de oír. Se arrepintió de haberse lamentado poco

antes de no hacer caso a sus advertencias. La maldita voz lo volvería loco si no

estaba en guardia constantemente contra ella. Al ver que ambas mujeres no le quitaban ojo, se acercó unos pasos más, tragó saliva e hizo una reverencia torpe

y desmañada.

—Majestad —dijo Kirius, con una voz que sonó demasiado aguda.

La reina le dirigió una sonrisa cálida, pero a la vez clavó sus ojos en él y el

chico pensó que miraba a los ojos a un águila, de tan penetrante que era la mirada de la mujer.

—Te estaba buscando, muchacho —dijo por fin Jelanie. Su voz, como sus rasgos, era exquisita y dulce, sin embargo, Kirius no podía dejar de pensar que

su mirada era demasiado incisiva. Acabó por apartar la suya, cohibido—. Eres uno de los tres misteriosos invitados de mi esposo, ¿verdad? ¿Cuál es tu nombre?

—En efecto, lo soy. Mi nombre es Kirius.

A pesar de la recomendación de Terion de ocultar su nombre completo, no fue capaz de mentirle a una reina que lo miraba como si conociese todos sus secretos. Además, parecía que todo el mundo sabía su nombre. ¿Qué importaba

decírselo a una persona más?

—Kirius... es un bonito nombre. Proviene de Isgarad, ¿no es así? De uno de los mayores héroes que jamás ha tenido ese país.

—Así es, fue el nombre de un antiguo héroe. ¿En qué puedo servirte, majestad?

La mirada de la reina seguía fija en él, logrando perturbarlo. ¿Por qué lo miraba así?

—Kirius, no sé por qué, pero de algún modo has conseguido...

La reina enmudeció de golpe y su expresión se volvió ausente. Su dama de

compañía se acercó más a ella y, en silencio, le tomó la mano y la apretó, reconfortándola. Las pupilas de Jelanie rodaron hacia arriba y su rostro se crispó.

—¿Estáis bien? —musitó Kiriús, preocupado.

No bien hubo acabado, la reina empezó a hablar con voz distante y desapasionada. Algo en el tono, casi más que en lo que decía, conminó al muchacho a callar y escuchar con atención, casi falto de respiración.

—Tú que naciste en el seno del invierno, pronto cabalgarás sobre su cima y serás arrollado por él. Sólo entonces hablarás con tu propia sombra y dejarás fluir la sangre que puede ahogar al propio mundo. Un cuervo te rondará en el camino y cuando ataque arrancará tus ojos. Tu alma se encogerá de dolor y sufrimiento y desearás morir un millar de veces. Sin embargo, en la penumbra del sueño de la muerte, despertarás y verás la verdad por primera vez, aunque la

verdad no será más que otra mentira. Durante un tiempo el otoño será tu hogar y

tu consuelo, pero descubrirás que bajo la piel puede ocultarse la podredumbre. El

cáliz que da respuestas, en tu caso, tan sólo te proporcionará más preguntas.

Atravesarás el verano y entonces aprenderás a amar y a la vez a odiar, cuando pierdas algo que te es muy querido. Cuando los últimos miembros de tres linajes

diferentes, que a la vez son el mismo, se reúnan, será cuando vislumbrarás la luz

de la esperanza. Pero toda esperanza será vana, pues no habrá primaveras para ti,

sólo crueles inviernos, mentiras y muerte.

Tras la última sílaba, Jelanie se agitó como si un escalofrío la recorriese y apretó más la mano de su sirvienta, intercambiando una larga mirada con ella. El

velo en sus ojos, la mirada incisiva y la expresión ausente habían desaparecido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kiriús en un ronco susurro. Por alguna razón había empezado a temblar en cuanto la mujer había comenzado a hablar.

Se sentía mareado y sin fuerzas, como si las palabras le hubiesen arrebatado toda

su energía—. ¿Qué significaba?

—Era una profecía, una relacionada contigo. En cuanto a qué significa, no lo sé; ni siquiera recuerdo qué dije. Nunca recuerdo las profecías, pero sí las visiones —añadió más tarde.

—¿Una profecía? Pero... eso es ridículo. ¿Por qué debería haber una profecía relacionada conmigo?

—No lo sé, pero desde hace unas horas, desde que llegaste a palacio, creo, comencé a sentir la necesidad de encontrarte. Sólo había sentido algo similar cuando profeticé la llegada de la Plaga —declaró, intercambiando una mirada con su dama que asintió con comprensión—. Suelo sentir la necesidad de hallar

al destinatario o el lugar al que van dirigidos mis augurios, pero casi nunca con esta intensidad.

—Debéis de haberos equivocado, no soy nadie importante. Quizá la profecía estaba destinada al hombre con el que viajo y no a mí —sugirió, pensando en Terion.

—No, lo que pasó fue causado por tu presencia. Quizá no te valoras lo suficiente. —Jelanie le sonrió con simpatía—. De hecho, veo mucho de mí en ti.

Yo negué este don y aún hoy debo mantenerlo en secreto. Los riadeim... no lo

verían con buenos ojos, así que debo pedirte que seas discreto con lo que acaba

de pasar.

Kirius suspiró, cansado. Todo esto era absurdo. Él no era ningún héroe como los de los relatos que había leído. Ellos sí solían recibir advertencias y profecías

de los Tres, no los cobardes y dementes como él.

—No me crees, ¿verdad? —inquirió la reina, observándolo—. Desde los doce años tengo este don y mi primera visión fue ver cómo me convertiría en la

reina consorte de Merethia. Tú también has visto cosas, ¿verdad? O las has sentido.

—¿Qué queréis decir?

—Que tú también posees un don, eres capaz de ver más de lo que te muestran tus ojos. Eso lo noté tan pronto como te tuve ante mí. Eso y... otras cosas.

—Estáis equivocada —protestó Kirius, sin convicción.

—Te empeñas en negarte a ti mismo —dijo la reina en tono firme, aunque comprensivo—. Si haces eso serás desgraciado el resto de tus días. ¿No ves que

así te sentirás apartado de todos? Nadie puede vivir alimentándose sólo de miedo

y dolor.

Kirius se sorprendió a punto de gritarle a la mujer que eso no era verdad, y

que se metiera en sus propios asuntos, pero no lo hizo. De pronto comprendió que ella podía ver en su interior mejor que nadie con el que nunca hubiese hablado, aunque eso era algo que no le gustaba en absoluto.

—No me conocéis. Soy tan normal como vos o vuestra dama.

Jelanie sonrió con satisfacción al oírle, una sonrisa que consiguió acentuar aún más su belleza.

—¿Tan normal como Cynera? Ella fue la única persona que sobrevivió en su aldea durante la Plaga. Cuando la enfermedad la afectó todos pensaron que moriría, pero ella superó el mal, aunque este le quitó la voz y la dejó muda para

siempre. Cynera posee una fortaleza de carácter como he visto en pocas mujeres.

—La dama no modificó su expresión adusta ni un ápice cuando Jelanie habló de

ella—. ¿O tan normal como yo? Una joven cuyo padre era un simple artesano que, como en un cuento, consiguió que el rey se prendase de ella y la

desposase, y que tiene el... don de poder ver el destino de las personas. Sí, Kirius, quizá seas tan normal como nosotras.

Kirius abrió la boca, sin palabras. Cynera hizo una serie de gestos que

Jelanie observó con una sonrisa que fue desapareciendo de su rostro, antes de volverse hacia él.

—Cynera cree que te estoy asustando con mis palabras, que mi predicción

ha sido... sombría. —Jelanie suspiró y le dedicó una sonrisa agrisada—. Cuando

siento la necesidad es difícil interpretar mis palabras. A menudo suenan mucho

peor de lo que son. Piensa que lo que acaba de suceder tiene un propósito sumamente importante.

—Vuestras palabras no me han asustado —dijo Kirius, que por fin había

dejado de temblar, aunque eso no era del todo cierto—, sólo me han perturbado.

¿Qué queréis decir con que lo que me habéis dicho tiene un propósito?

—Todo cuanto ocurre en el mundo tiene un propósito, incluso la caída de un

pequeño guijarro, que anuncia un próximo derrumbe. No sé mucho de mi don,

ya que en Merethia la adivinación hace tiempo que no está bien vista, pero con el

tiempo he aprendido que tiene su razón de ser. Tú debías escuchar esas palabras

y yo decírtelas. Por desgracia, soy incapaz de decirte la razón o cómo

interpretarlas. —La reina calló de improviso y lo miró con simpatía—. No deseo

molestarte más, cuando pareces tan cansado de tus viajes. Espero que el efecto

que produzca nuestro pequeño encuentro sea beneficioso para ti.

—Ha sido un placer hablar con vos, majestad —se despidió Kirius con una reverencia.

—Espero que volvamos a vernos, Kirius. Si la bendición de una reina sirve para algo, tú tienes la mía —añadió tocándole la frente unos instantes con los dedos.

Jelanie y Cynera dieron media vuelta y se fueron, mientras Kirius las observaba en silencio. Tardó un buen rato en volver a la realidad y entrar en sus

aposentos. Todo en ese día parecía haberle transcurrido a otro, como si un sueño,

o más bien una pesadilla, se hubiera apoderado de forma irremisible de su vida.

16. Sesenta días de paz

El patio bullía con una intensa actividad ya a primeras horas de la gélida mañana. Kirius se abrigaba ciñendo la capa a su cuerpo, pero aun así sufría ocasionales escalofríos. Poco antes había caído una lluvia vespertina que había dejado charcos en las losas del patio del Palacio del Amanecer. Vaelmir, que también se protegía con su manto, estaba a su lado observándolo todo con una expresión de desagrado en el rostro.

—Nuestros queridos amigos, los de la pica metida en el culo, están a punto

de abandonarnos —comentó Vaelmir con un guiño.

Se refería, por supuesto, a la treintena de Caballeros del Lirio, además de sus sirvientes y otros hombres de armas de Isgarad, que ultimaban los preparativos

para su marcha desde que Vaelmir y él salieran al patio, unos minutos antes.

Kirius había estado observando a aquellos hombres de facciones serias y orgullosas, enfundados en oscuras cotas de malla y en tabardos azules y blancos,

pero no le parecieron tan magníficos como había creído que serían. Los

Caballeros del Lirio eran la última orden de caballería que quedaba en toda Balaeron, aunque antaño habían existido seis, y por eso los rodeaba un halo de

leyenda y de majestad. Kirius siempre había soñado con conocer a alguno de ellos, pero en cierto modo le habían decepcionado. Quizá se debía a que en esos

momentos se dedicaban a tareas mundanas, como asegurar las cinchas de las sillas de sus monturas o cargar los bultos en las alforjas, o a su actitud altiva. Sea como fuere, el muchacho tampoco estaba del humor propicio para apreciar esos

detalles. Los acontecimientos del día anterior no abandonaban su cabeza, sumiéndolo en un estado a medio camino entre el estupor y la ira.

—Eso parece —convino, distraído, al cabo de unos momentos.

Vaelmir lo miró con simpatía mientras se frotaba las manos heladas.

—Estoy seguro de que a Doiran y Leram no les ha pasado nada. No te

preocupes.

Kirius asintió con desgana. Vaelmir había ido a despertarlo explicándole lo que ya le había anunciado el misterioso hombre que lo había abordado en su camino por el palacio: Rynad había sufrido un devastador incendio. Las noticias

habían llegado a Almeron justo ayer, y aún no se conocían los detalles, pero al

parecer los muertos se contaban por docenas. Él había recibido la mala nueva con tranquilidad, pero no le había contado al conde que ya lo sabía. No quería mentir, pero tampoco estaba dispuesto a volver a confiar en ellos con tanta

celeridad y prefería eludir el tema; se sentía traicionado por los sucesos del día anterior.

Sobre todo si, como parecía, Minedea y los riadeim estaban implicados.

—Seguro que están bien —murmuró, pensando en que al menos eso le había asegurado el tal Keilan.

—Entonces ese ceño tan fruncido es por lo que sucedió con Terion ayer. Fue toda una sorpresa, ¿no?

—Él no confió en mí —estalló Kirius—. Me ha estado mintiendo durante todo este tiempo, sin decirme quien era en realidad.

—No te mintió —intercedió Vaelmir—. Te dijo que era Terion, porque Therius estaba muerto en lo que a él concernía.

—Pero no ha sido así, ¿verdad?

—No. Necesitaremos al príncipe para meter algo de cordura en los sesos de

nuestros gobernantes.

—Yo no conozco al príncipe —dijo Kirius, mirando ceñudo hacia el plomizo cielo—, yo conozco a Terion.

Vaelmir no pudo contener una risa sarcástica al oírle.

—No te culpo por tu desagrado hacia la nobleza, pero no todos somos idiotas, ineptos o corruptos; he oído que unos pocos, incluso, tienen buen corazón. Terion y Therius son la misma persona, quizá no para los demás, pero para ti y para mí lo son.

Kirius se volvió hacia el palacio, pensando en las palabras de Vaelmir. Para las personas que le conocían bien, Terion seguiría siendo el mismo de siempre.

Al menos, así lo esperaba. Vaelmir le había contado que Terion seguía reunido con el rey Gilvar, pero que al parecer el monarca ya había tomado una decisión.

Aún no había trascendido cuál era, pero a juzgar por los preparativos de los caballeros, la escolta del embajador, para partir a su país, era evidente que las conversaciones ya habían acabado.

Cuando volvió a mirar a los caballeros, dos de ellos, jóvenes que debían rondar su misma edad, lo miraban con curiosidad. Uno era bajo y fornido, de ondulado cabello rojizo y rostro franco, y el otro un joven de pelo castaño y mirada huidiza. Kirius les devolvió la mirada, pensando en qué era lo que

llamaba la atención de los jóvenes, hasta que vio al pelirrojo señalar a Vaelmir y

torcer el gesto. Sin duda lo habían reconocido y, como ya sabía, el señor de Aldremhem era odiado en Isgarad. Sin embargo, la mirada del otro chico seguía

puesta en él y no en Vaelmir. Cuando sus ojos se encontraron, el joven caballero

se volvió de espaldas y siguió atendiendo a su montura.

En ese momento, se percató de que un amplio número de personas bajaba la escalinata de la entrada al edificio principal del Palacio del Amanecer. Terion, el

rey Gilvar y Julius abrían la marcha; eran seguidos por Beiran Kaldis y Minedea, y estos, a su vez, precedían a la reina Jelanie, al secretario Merohn y a un hombre joven de pelo rubio ataviado con el uniforme de oficial de la Guardia Real.

—Ese —aclaró Vaelmir, señalando hacia el oficial—, es el hijo mayor y heredero del rey Gilvar, Nathian.

Kirius no dijo nada, pero el joven le resultó conocido de algún modo. ¿Podía ser el mismo oficial de la guardia del rey que había visto semanas atrás acompañando a Kaldis y Minedea en el pueblo de Fiolbar? Al cabo de unos instantes decidió que, efectivamente, era él. El monarca los llamó con un gesto,

después de una breve conferencia con Terion al pie de la escalinata.

—Conde Vaelmir, muchacho —saludó, conciso, Gilvar—. Confío en que habrás pasado buena noche.

Kirius tardó unos segundos en percatarse de que el rey le hablaba a él.

—Sí, majestad. Os agradezco vuestra hospitalidad.

Mientras hablaba, no pudo evitar lanzar un vistazo tras el rey, a Minedea y Jelanie. Ambas mujeres lo miraban y él, incomodo bajo ese escrutinio, desvió su

mirada otra vez hacia el monarca. Terion también le observaba y parecía querer

decirle algo, sin embargo, fue el rey quien habló de nuevo.

—¿Dónde dijiste que vivía tu familia, muchacho?

—En el oeste —contestó de forma vaga. No le gustaba tener que ocultar su procedencia, pero Terion había sido muy claro al respecto.

—Así es —corroboró Vaelmir—. Toda su familia en Merethia ha muerto y creo que en Norvador, o quizá en Isgarad, pueda tener algún familiar vivo.

Parientes que huyeron durante el año de la Plaga. Yo le ayudo a buscarlos.

—¿En Isgarad? —intervino Julius con el tono de voz cortante que utilizaba siempre con Vaelmir—. Si es así os aconsejo que busquéis entre los siervos, seguro que entre ellos los encontrareis.

Kirius lo miró con rabia y el joven embajador le devolvió una mirada

arrogante. Era obvio que no le caía bien. De cualquier forma, el sentimiento era

recíproco.

—En Isgarad hay una orden de captura contra vos, Vaelmir de Aldremhem

—prosiguió Julius, inflexible—. No lo olvidéis, si tenéis intención de cruzar

nuestras fronteras.

—No es la primera ni será la última —se limitó a decir Vaelmir con un encogimiento de hombros, restándole importancia a la amenaza del joven.

—Ya lo veremos, estoy deseando que seáis tan estúpido como para intentarlo. —Julius se volvió hacia el rey mientras se enfundaba los guantes —.

Majestad, ¿no cambiaréis de parecer? ¿Debo partir con una respuesta que contrariará a mi señor y quizá enfríe las relaciones entre nuestros pueblos?

—La respuesta es la misma, embajador. Merethia permanecerá neutral durante sesenta días, a la espera de que las noticias que trae Terion lleguen hasta

el rey Arvius, y él comprenda la gravedad de la situación. De proseguir la contienda, entonces prestaremos nuestra ayuda a Isgarad como en el pasado, para lograr la estabilidad en nuestras tierras cuanto antes. Aun así, confío en que

Arvius vea el nuevo peligro ante el que nos encontramos y haga esfuerzos por acercar las posiciones entre Isgarad y Moradhair. Merethia espera altura de miras

de todos los balaerianos.

—Mi señor Arvius no cambiará de parecer, puesto que ve a los del Dominio como lo que realmente son: meros traidores al servicio de las naciones tarkesias

—le argumentó Julius al rey, pero con su mirada puesta en Terion—. No

obstante, llevaré vuestra respuesta al rey Arvius lo antes posible. En el nombre

de mi señor, de mi familia y en el mío propio, os agradezco que me hayáis brindado la hospitalidad de vuestra casa —agradeció a Gilvar y a Jelanie.

El embajador se llevó el puño derecho al corazón, extendió los dedos centrales de su otra mano sobre él e inclinó unos instantes la cabeza, en un gesto

que Kirius ya había visto antes. Terion lo había hecho el día en que lo conoció,

ante la tumba de Gaelon.

—Que los Tres guíen vuestro viaje de vuelta y sabed que siempre seréis bienvenido a mi casa, Julius —dijo Gilvar después, estrechándole la mano.

—Expresadle nuestros buenos deseos a vuestro padre y a vuestra hermana

—se despidió Jelanie, dándole un breve beso en la mejilla.

—Así lo haré.

El joven embajador se irguió y dio media vuelta, pero antes de que diese ningún paso la mano de Terion se cerró sobre su hombro.

—Nos veremos en Derand, Julius. Decidle a mi hermano...

El joven lo miró con frialdad y se sacudió su mano dando un paso atrás.

—¿Qué he de decirle al rey?

—Nada... Yo mismo hablaré con él.

—Como queráis. Nos veremos en Derand, entonces.

Lanzó una última mirada a Eldear, que colgaba de la cadera de Terion, casi como si se sintiese tentado de llevársela con él. Después se marchó con un revolotear de la capa hacia su montura, que sostenían dos sirvientes.

—Un joven prometedor —dijo Minedea a su espalda.

Kirius no se volvió, observando como la treintena de caballeros salía del patio del palacio en una formación perfecta, con Julius y otros dos oficiales a la cabeza.

—Demasiado orgullo —criticó Gilvar, aunque a continuación añadió—: Si aprende a dominarlo, será un magnífico preceptor para los caballeros.

Terion, que aún se encontraba al lado del monarca, asintió en silencio.

—Será mejor que vayamos dentro —dijo el rey cuando el último isgario hubo traspasado las murallas—. Hemos de ultimar los detalles de vuestra partida.

—Ve tú, Vael —dijo entonces Terion—. Enseguida estaré con vosotros, majestad.

Gilvar y los demás volvieron a subir la escalinata del palacio. Cuando Kirius hacía lo propio, junto al norvadoreano, Terion lo llamó:

—Espera, Kir. Quiero hablar contigo.

Kirius volvió atrás y se quedó junto al isgario, mirándolo en un tenso silencio.

—Caminemos un poco —propuso Terion a la vez que comenzaba a andar por el inmenso patio, rodeando los edificios principales del Palacio del Amanecer—. No es aconsejable permanecer inactivo con este frío.

Kirius se limitó a caminar a la par que Terion, apretando la mandíbula. Tras la marcha de los caballeros, el patio se encontraba casi vacío. Aun así, aquí y allá

se veía a sirvientes y soldados, atareados en sus respectivas tareas. En ese momento caminaban cerca de la forja de la fortaleza, donde varios herreros se afanaban ya en su trabajo. El estruendo de los martillos contra el metal llenaba la

fría mañana.

—¿Qué es un preceptor? —preguntó el chico al ver que Terion no parecía dispuesto a empezar la conversación.

—Es el... maestro, líder y representante de la orden de los Caballeros del Lirio —contestó su rubio compañero, mirándole con un atisbo de sonrisa—.

Siempre me haces la pregunta más imprevisible.

—Oí que el rey mencionaba que el embajador podría ser un buen preceptor y me preguntaba a qué se refería. Gaelon me dijo que la curiosidad y el ansia de

saber son como la sed, hay que saciarlas o no se van.

—Gaelon fue un hombre muy sabio.

—¿Tan importante es el embajador isgario como para llegar a ser preceptor?

No parecía mucho mayor que yo. —Tuvo que contenerse para no añadir: y sí,

en

cambio, un fanfarrón con un ego descomunal.

—No es cuestión de importancia. La familia de Julius, los Dorial, llevan desempeñando esa función desde hace más de un siglo. Su padre, llamado Alladius, es el que ostenta ese cargo ahora y cuando muera lo sucederá él, su hijo y heredero.

—Ya veo, es cuestión de los hados y el destino, ¿no? Como cuando el primer hijo de un rey se convierte en príncipe y heredero.

—Así es —respondió Terion—. Yo no pedí nacer como el heredero de la corona de Isgarad. Créeme, es una pesada carga.

—Yo tampoco pedí ser huérfano —replicó el muchacho con acidez.

—Pero así es la vida. No tiene en cuenta nuestros deseos, nos lleva por caminos que quisiéramos haber evitado y hace que nos amoldemos a ella o bien nos rompamos.

Kirius se detuvo, enfadado. No necesitaba más lecciones. Toda su vida había estado recibiendo lecciones de los demás, pero ya estaba harto.

—Me da igual que seas el príncipe de Isgarad, uno de los triarcas o un maldito porquero —espetó al fin con la voz rasgada. Sus emociones parecían querer escapársele por medio de las palabras—. Me da igual, siempre que no me

hayas mostrado una máscara en todo este tiempo. Siempre que no me ignores ahora que vuelves a ser importante y yo no soy nadie.

—Kirius, yo no...

—¿Es por eso por lo que me odiabas? ¿Por verte obligado a cumplir tu promesa de cuidar a un don nadie como yo?

—No voy a ignorarte y nunca te he odiado —prosiguió Terion cuando el chico dejó de hablar—, así que quítate esas estúpidas ideas de la cabeza. Que yo

sea príncipe de Isgarad no cambia nada. Si no te lo conté fue porque esa era una

parte de mí que quise olvidar y tampoco quería que mi pasado se interpusiese entre los dos.

Kirius se dio cuenta de que él tenía razón. Algo le decía que el odio, el verdadero odio, del que había sido el príncipe de Isgarad era algo más basto, helado y terrible de lo que siquiera acertara a imaginar. Terion nunca lo había odiado, pero había existido una barrera entre ambos que, por fortuna, cada vez se

volvía más tenue.

—Aun así, nunca has confiado en mí —dijo Kirius, en otro tono—. Nunca me contabas nada en la granja. Ni quien eras, ni adonde ibas cuando te pasabas

todo el día fuera. Me tratas como a un niño.

—Te equivocas. —Terion volvió a caminar, seguido por Kirius. En ese momento pasaban cerca de las caballerizas del palacio, donde les asaltó el

olor a

heno y a animales—. Si pensase que eres un crío no estarías aquí, conmigo.
En

la granja, las veces que desaparecía, iba a Telbar. En la ciudad recibía noticias acerca de la situación en Isgarad y en los otros reinos. Así fue como me enteré

de que la guerra era inminente.

—¿Cómo recibías esas noticias?

—Vael me las enviaba. Casi nunca en persona, pues él se encontraba viajando y reuniendo información. Nos comunicábamos a través de mensajes, de

aves que podían enviarlos en unos pocos días. Un conocido suyo era quien se encargaba de recoger esos mensajes y de enviar mis respuestas desde Telbar.

Necesitaba enterarme de la situación en Balaeron, pero no quería que nadie supiera que había vuelto. Nadie excepto Vael, claro.

—¿Y el reverendo de Rynad? —preguntó Kirius, recordando lo que había pasado entre ambos—. Él te reconoció, ¿verdad?

—Así es, aunque accedió a mantener mi identidad en secreto —dijo Terion mientras lo miraba ponderativamente—. Por si te lo estas preguntando, conocí al

reverendo unos años antes de mi marcha, cuando él aún era un sacerdote en Ishmer. Era un buen amigo de Gaelon.

—Ahora comienzan a quedar claras algunas cosas, pero sigo sin entender

por qué has querido mantener tu retorno tan en secreto. Incluso ahora no has querido que el rey Gilvar anunciase tu vuelta en la corte.

Terion volvió a detenerse, esta vez cerca de la muralla norte, junto a las grandes máquinas de guerra que habían visto el día anterior.

—Pensaba que no tendría que mostrarme ni volver a asumir mi rango. Creí

que podría poner sobre aviso a los pueblos de Balaeron del peligro que se cierne

sobre ellos a través de Vaelmir. —Terion agitó la cabeza con pesar—. Fui un estúpido. Debería haber sabido desde el principio que mis años de exilio y anonimato debían concluir. Además, no a todo el mundo le interesa que vuelva

el príncipe Therius. Muchos creerán que intentaré arrebatarse el trono a mi hermano y verán el peligro de una guerra civil en Isgarad. Si deseamos llegar hasta Derand cuanto antes y sin ningún contratiempo, es más inteligente guardar

mi identidad en secreto, aunque me temo que eso ya será muy difícil de conseguir.

—Entiendo —dijo Kirius, sintiéndose sobrepasado por la situación. Todo aquel embrollo de guerras, política e intriga seguía resultándole ajeno y abrumador—. Ojalá pudiese volver atrás, a Rynad, cuando las cosas eran más fáciles. Todo esto es una locura.

—Vaelmir te lo ha contado —afirmó Terion, comprensivo—. Estoy seguro de que los hermanos estarán bien. En la zona central de Rynad los edificios son

de piedra, de buena factura. Es probable que el incendio no la haya afectado

tanto.

—Ojalá pudiésemos comprobar que están bien, pero no podemos, ¿verdad?

—No, no podemos. Ahora tenemos otras responsabilidades —concluyó

Terion, conciliador—. Volvamos ya con los demás, nos esperan.

Kirius fue tras él, con una intensa sensación de desasosiego. Sentía, en cierto modo, que estaba traicionando a Doiran y Leram al acompañar al príncipe en su

loca misión de intentar detener la guerra. No por primera vez se preguntó qué hacía él entre aquellos hombres tan importantes.

No obstante, se dejó guiar por Terion.

Cuando llegaron a la sala donde se hallaban los demás, estos se encontraban charlando animadamente alrededor de la mesa. Estaban todos los que Kirius había visto en la escalinata, a excepción de Minedea. Se preguntó si estaría con

aquel hombre misterioso, el llamado Keilan. Si ella estaba involucrada, aunque

fuese verdad que los hermanos le habían enviado las pertenencias de su padre, no quería saber nada del asunto. Se dijo que debía hablarle a Terion y a Vaelmir

de todo aquello, pero ahora no era el momento.

Gilvar les dio la bienvenida y les pidió que tomaran asiento. El rey tomaba su desayuno que consistía, en su mayor parte, en un vino oscuro mezclado con

huevos crudos, que tomaba a largos sorbos. A su lado, Jelanie conversaba con Merohn y el joven rubio, Nathian. Vaelmir le decía en esos momentos algo a Beiran Kaldis que hizo que este sonriese.

—Cuando la conocéis como la conozco yo —respondió el consejero—, os dais cuenta de que es sólo que el tiempo, y el ver demasiado sufrimiento, ha atemperado su sentido del humor. Algo que, por lo que veo, a vos no os falta, conde Vaelmir.

—Oh, sin él estaría perdido. El mundo es ya demasiado deprimente para que yo contribuya más a ello —replicó Vaelmir.

—Es otra forma de ver las cosas —admitió Kaldis.

—¿Qué vais a hacer ahora, Terion? —preguntó Gilvar de improviso.

Todos callaron mirando al interpelado con interés.

—Lo único que puedo hacer. Procurar llegar a Isgarad antes de que empiece la guerra y esperar que mi hermano se muestre más comprensivo que su embajador.

—¿Y si no es así? —insistió el monarca.

—Haré lo que deba para garantizar la seguridad de mi pueblo —declaró con frialdad.

Gilvar asintió, como si no hubiese esperado oír otra cosa.

—Espero que sesenta días sean suficientes para que lleguéis hasta Derand, pero transcurrido el plazo debo organizar mis ejércitos. Gran parte de la nobleza

mereciana apoya a Isgarad de forma incondicional, y no puedo ni quiero darle la

espalda a un aliado como siempre lo ha sido vuestro país. Todo el que me conoce

sabe lo que pienso de una guerra como la que pretenden en estos momentos: es

una completa estupidez. Ninguna de nuestras naciones se ha recuperado aún de

la Plaga, todavía hay hambre y miseria en muchas regiones. Lo que menos

necesitamos ahora es una guerra. Espero que podáis hacérselo entender a vuestro

hermano.

—Así lo espero yo también —dijo el príncipe isgario con voz lúgubre.

—Muchos coincidimos en que una guerra en estos momentos sería nefasta para todos —intervino entonces Nathian, el hijo del rey Gilvar—, pero, por

desgracia, a veces son inevitables. Os honra haber vuelto de vuestro exilio para

evitar este conflicto, Terion, y estaré encantado de escoltaros hasta que dejéis nuestras fronteras.

—Gracias, Nathian. Espero que así podamos viajar con mayor rapidez y estar en poco tiempo en las Ciudades Libres.

Gilvar compartió una sonrisa cómplice con su esposa, mientras un criado retiraba en silencio el cuenco de su desayuno.

—Mi hijo echa de menos las incomodidades de la vida fuera de la corte —

dijo el rey. Nathian rio al escucharlo—. Hace apenas una semana que ha llegado

y ya desea volver a irse.

—He estado con los Lobos de Invierno durante casi cuatro años en

Sversgard, padre. Muchos de tus lores y cortesanos me parecen más temibles que

los bárbaros nortños.

—A veces yo pienso lo mismo —declaro Gilvar—. He tenido muchos

problemas para convencer a algunos de que debíamos esperar un tiempo antes de

empezar a movilizar las tropas. Ojalá no tenga que tomar esa decisión.

—Los riadeim tampoco deseamos la guerra —intervino entonces el

consejero Beiran Kaldis—, y mucho menos hasta saber con certeza si es cierto que se prepara una invasión de los pueblos tarkesios al Norte. Sin embargo —

continuó con una voz que iba volviéndose inflexible por momentos—, si

estamos ante una amenaza tan grande como creemos, no vamos a dejar nada al

azar. La memoria es crucial para no repetir los errores del pasado. Hace

doscientos cincuenta años Moradhair nos traicionó, abriendo paso franco a las huestes de Tarkesia, y no hay razones para creer que no vaya a hacerlo otra vez.

Si el Dominio no da muestras sinceras de querer formar un frente común en contra de la amenaza del Sur, entonces los riadeim lo arrasaremos si hace falta

para preservar la seguridad de las restantes naciones norteñas.

La declaración del riadeim hizo que un ominoso silencio se adueñara de la sala. Todos sabían que sus palabras estaban respaldadas por el resto de la orden,

y Kirius se preguntaba si los magos de la isla de Varean tendrían el poder suficiente para destruir a una nación tan grande y próspera como Moradhair.

Esperaba que no.

—No será necesario llegar a eso —concluyó Terion, elevando la voz—.

Estoy convencido de que el Dominio nos ayudará en cuanto sepa el peligro que

corremos. Pero para ello debemos ponernos en marcha cuanto antes para llegar a

Derand antes de que termine el plazo de sesenta días.

—Tenéis razón, Terion —asintió el rey, incorporándose. Pronto los demás lo imitaron—. Todos debemos contribuir para velar por la seguridad de Merethia y de los demás reinos de Balaeron. Espero que nuestros esfuerzos sean suficientes.

Kirius vio reflejada la misma esperanza en la mirada que compartieron

Terion y Vaelmir, pero en sus rostros no vislumbró certezas; tan sólo había dudas.

La partida del Palacio del Amanecer no se demoró demasiado. De manera

similar a la marcha de Julius, el monarca y su mujer los despidieron en la escalinata que daba al patio. Sin embargo, no estaban solos. El príncipe Nathian

iría con ellos, junto con un destacamento de veinte soldados. Todos vestían el tabardo rojo que los identificaba como guardias reales, pero lucían una enseña que Kirius recordaba haber visto en Fiolbar. Era un bordado que representaba a

la cabeza de un lobo blanco enseñando los dientes. Parecían hombres rudos y disciplinados, sosteniendo a sus monturas en silencio mientras esperaban a que

Nathian diese la orden de partir.

Kirius permanecía un poco alejado, con sentimientos encontrados en su interior. Por un lado, se alegraba por la partida pues se había sentido incomodo

todo el tiempo en el palacio, entre la nobleza. Ese era un mundo al que no pertenecía, aunque parecía condenado a tener que lidiar con él. Por otro lado, el

palacio era el principio del final de su viaje. Una vez volviesen a ponerse en marcha saldrían de Merethia y todo sería desconocido para él. Lo que pasaría una vez llegaran a Isgarad era, ahora más que nunca, una incógnita.

Los monarcas despedían en ese momento a los hombres que debían partir.

Kirius, que miraba la escena, vio atónito cómo, mientras Gilvar estrechaba la mano de Terion, Jelanie despedía a su hijastro con sendos besos en las mejillas.

Pero lo que llamó la atención del muchacho fue la expresión de angustia que se

plasmó durante unos instantes en el rostro de la reina. No pudo detenerse a pensar en lo que había visto, pues en ese momento el rey Gilvar lo llamó con un

gesto.

—Ha sido un placer tenerte entre nosotros, muchacho —dijo el rey estrechándole la mano en un gesto tan mundano que pilló al chico desprevenido

—. Espero que el conde Vaelmir te ayude a encontrar a los tuyos.

—Así lo espero yo también, majestad —dijo él, de corazón.

Luego fue Jelanie la que se despidió de él, dándole un breve beso en la mejilla con una expresión preocupada en sus ojos.

—Cuidado, Kirius. En el viaje os aguarda un gran peligro —le susurró al oído—. Cuida de Nathian... él...

Dejó de hablar y agitó la cabeza con resignación e infinita tristeza. Una sensación de pavor se apoderó del muchacho al oír sus palabras. La reina debía

de haber tenido una visión, pero entonces, ¿por qué se lo había contado sólo a él? La miró con impotencia, pero ella se limitó a dedicarle una sonrisa llena de

pesar. Fue entonces cuando Nathian dio la orden de partir y el muchacho hubo

de apresurarse a montar a Helyra, que aguardaba en el patio tras haber sido traída de las caballerizas por un mozo de cuadra. Los soldados de Nathian

abrieron la marcha, y pronto dejaron atrás el patio y cruzaron el rastrillo para salir a la ciudad de Almeron. Kirius volvió la vista atrás varias veces, buscando

alguna señal de Jelanie que le aclarase qué tipo de peligro les aguardaba, pero ella miraba a su hijastro con una expresión desolada en el rostro.

Cuando el último de los Lobos de Invierno hubo abandonado el patio, el rey

Gilvar tomó del brazo a su mujer y juntos, seguidos por Beiran Kaldis y Merohn,

subieron la escalinata de vuelta al palacio. Jelanie hizo un esfuerzo por contener

las lágrimas. Sabía lo que ocurriría, lo había visto cuando despidió a Nathian. Él,

y muchos más, morirían en este viaje. Había visto su cuerpo derrumbado,

muerto, con una saeta clavada en el costado. Muchos de sus hombres estaban caídos junto a él, con terribles heridas y amputaciones. También había visto una

feroz llama verde y amarilla, que rugía y los quemaba a todos de forma horrible.

Lo peor de todo era, como siempre, que ella no podía hacer nada para evitarlo.

Cuando tenía una visión tan clara siempre se cumplía, por mucho que intentase

impedirla. Había sido una estupidez advertírsele a Kirius, pues así quizás había

hecho que corriera mayores riesgos y muriese también, pero no había podido

evitarlo. La empatía que había sentido con aquel muchacho la había hecho actuar

de forma irreflexiva.

Mientras cruzaban las grandes puertas de palacio se limpió con disimulo la

humedad de los ojos y miró a su marido, que charlaba ajeno a todo con el

riadeim. Se lo diría en cuanto estuviesen a solas. Él, como ella, sabía que no podía evitarse.

Merethia iba a perder pronto a su príncipe heredero.

Kirius hubo de acostumbrarse de nuevo a cabalgar durante todo el día. Una vez abandonaron Almeron, impusieron un paso más rápido a las monturas, aunque el camino seguía atestado de los peregrinos que se dirigían a Ishmer.

Muchos les saludaban al reconocer al príncipe entre ellos y se hacían a un lado,

abriéndoles camino. El frío se mantuvo a lo largo del día, a pesar de la época del

año. Aunque las opresivas nubes amenazaban con descargar un aguacero, o incluso nieve, no llovía.

El muchacho cabalgaba casi a la mitad del grupo, mezclado con los soldados de tabardo rojo y capa blanca. Vestía con pantalones de cuero marrón, un cinturón del que colgaban la espada y la daga, unas botas altas y un jubón gris

perla, su preferido, además de una chaqueta de lazadas negra y la capa azul oscura. Mientras cabalgaba, sus ojos verdidos miraban hacia el camino sin ver nada, pues permanecía sumido en sus pensamientos. En ocasiones levantaba

la vista y observaba a los tres hombres que abrían la marcha. Vaelmir era el más

adelantado, envuelto en su manto forrado con la piel de pelo rojizo de algún animal, montaba en silencio, aunque a veces se retrasaba unos metros para

charlar con Terion y el príncipe Nathian. Con el rostro impasible, cabalgaba sobre Irla con destreza. Mirándolo, el muchacho se preguntó, no por primera vez, acerca del pasado de aquel hombre.

Terion montaba sobre el orgulloso Arin. Sus ropas, de tonos oscuros y

pardos, contrastaban con el pelo, de un rubio blanquecino, y con sus pálidos ojos

azules. La espada de los reyes de Isgarad, Eldear, colgaba de su cadera oculta en

una funda de cuero. Junto a él, cabalgaba el príncipe heredero de Merethia, Nathian, en un robusto semental gris. El hijo del rey Gilvar era la razón por la

que Kiriús no viajaba junto a sus amigos. Desde que habían partido esa mañana,

había hecho lo posible por evitarlo, pues no sabía cómo actuar después de la premonición de la reina. ¿Significaba aquello que iba a pasarle algo malo a Nathian? A todos ellos, por lo que había deducido. Kiriús agitó la cabeza con obstinación. No podía creer eso. No podía creer en profecías y visiones. Las palabras de la reina, durante aquel extraño trance frente a su habitación de palacio, habían sido tan terribles que sólo intentar pensar en ellas lo devolvían a

aquel estado de debilidad con el que las escuchó. No, nada de aquello era cierto.

Jelanie tenía que estar equivocada. Y, sin embargo...

—No te asustará el príncipe, ¿verdad, muchacho?

La voz sobresaltó a Kiriús. Dos de los soldados se habían acercado y

cabalgaban junto a él, a su derecha. El que había hablado era un hombre ya en la

madurez, de pelo entrecano y baja estatura. Cabalgaba a su lado, al parecer

esperando una respuesta, aunque no lo miraba. El otro soldado sí que miraba al

chico con un atisbo de sonrisa en su curtido rostro. En contraste con su

compañero, este era muy alto y robusto; una mole de músculos que lucía una barba y un bigote descuidados.

—No me asusta —se limitó a decir Kirius, con sequedad.

No deseaba comenzar una conversación. Prefería estar a solas con sus pensamientos.

—¿No es él? Pero hay algo que te asusta, ¿no es así? —insistió el soldado de más edad, pasando por alto el tono del muchacho—. He visto cómo mirabas a Nathian.

—Bah. Tanam, deja en paz al muchacho —dijo entonces el otro soldado con voz grave—. Tú sí que lo estas asustando con tus tonterías... o más bien aburriéndolo. Tanam es así —le comentó a Kirius frunciendo las cejas—. Tantos años en el ejército lo han vuelto todo un filósofo.

—¿Filósofo? Tan sólo sé reconocer el miedo en el rostro de un hombre. Lo he visto tantas veces ya, antes de cada batalla, que puedo olerlo a kilómetros.

¿Qué es lo que te preocupa, chico?

La mirada que le dirigió el veterano no admitía una negativa por respuesta, así que Kirius hubo de pensar alguna forma creíble en la que poder expresarle sus temores.

—No es nada, pero... He oído que hay problemas en las tierras del oeste.

Temo por la seguridad del príncipe.

El grandullón con barba soltó una estruendosa carcajada al oírle. Su compañero, el llamado Tanam, miró al muchacho mientras se frotaba el mentón.

—¿De qué te ríes, Drevol? —Al oírlo el otro hombre dejó de reírse y lo miró con una mueca—. La lealtad es una cualidad difícil de encontrar hoy en día y el

muchacho la demuestra al preocuparse por la suerte del príncipe Nathian.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó entonces el llamado Drevol.

—Kirius. Tú eres Drevol, ¿verdad?

—Así es, y él es Tanam. —El enorme soldado hizo un gesto hacia el veterano—. Le has caído bien, Kirius. Fue él quien quiso que nos acercáramos para hablar contigo.

El viejo soldado miraba hacia el frente con el ceño fruncido, en silencio.

—¿Por qué estás aquí, muchacho? —continuó el hombretón—. Esta mañana circulaban muchos rumores en el palacio acerca de la identidad de los hombres a

los que escoltamos. Pero tú, ¿qué haces con ellos?

— Los conocí hace un tiempo y viajé con ellos al oeste —confesó el muchacho tras unos instantes de silencio—, para buscar a mi familia.

—Ya veo que no quieres hablar sobre ello —comentó Drevol con una mueca.

—Déjalo, Drevol. Si nos mandan a nosotros junto al príncipe Nathian, apenas una semana después de haber vuelto del norte, es que escoltamos a gente muy importante.

—Quizá los rumores no son tan increíbles como parecía.

—¿Y qué dicen esos rumores? —se interesó Kirius.

—Que es el mismo príncipe ausente de Isgarad quien retorna a su país y que es Vaelmir, la Serpiente de Norvador, quien le acompaña. Un hombre de dudosa reputación y viejo amigo suyo.

Ambos soldados lo miraron, esperando que él confirmase sus palabras.

Kirius mantuvo el gesto impasible, aunque en su interior no dejaba de crecer la

inquietud. Los rumores de la vuelta de Terion no habían tardado en extenderse y,

por lo que parecía, Vaelmir seguía sin contar con la simpatía de mucha gente.

—¡Por los putos huesos de mi difunto padre! —maldijo Drevol, con voz decepcionada—. Ya veo que no vas a soltar prenda. El caso es que, sean quienes

sean, al menos van hacia el oeste y no hacia el condenado norte.

—Tranquilo, amigo. Nos hemos librado de los malditos bárbaros y del frío de Sversgard, por lo menos durante unos meses.

—¿Estabais en Sversgard, en la frontera norte? —preguntó Kirius.

Hasta él sabía que allí estaban acuarteladas las mejores tropas de toda Merethia.

—Así es —contestó el canoso veterano—, en la compañía de los Lobos de Invierno. Nathian es nuestro comandante desde hace casi un año, aunque lleva con nosotros desde hace cuatro. Fue entonces cuando llegó a Sversgard para

aprender las artes militares, por orden de su padre.

Así fue como Kirius empezó a hablar con aquellos dos hombres, a pesar de sus reticencias iniciales. Pronto empezó a disfrutar de la conversación con ellos.

No eran los primeros soldados con los que hablaba, aún recordaba al viejo

Olwen y sus torpes lecciones de esgrima. Ambos habían pasado horas hablando

y esas charlas, como la de ahora, le gustaban por la sencillez y franqueza de la

mayoría de los hombres de armas. Gracias a la compañía de los soldados, Kirius

consiguió olvidarse de sus preocupaciones durante unas horas.

Esa noche, la primera tras la salida de la ciudad, montaron un campamento

al sur del camino. Encendieron varias fogatas y levantaron una decena de tiendas

de lona impermeable con inusitada rapidez y eficiencia. Kirius estaba con Drevol

y Tanam, sentados junto al fuego, mientras cenaban las insulsas raciones de viaje

que se les había repartido a cada uno. Terion y Nathian hacían lo propio en otra

de las fogatas mientras hablaban con gesto grave. Vaelmir tampoco permanecía

ocioso, sino que jugaba a los dados con varios de los soldados tras acabar su cena. El aire frío hacía que todos ellos se apiñasen en torno a los fuegos, excepto

los cuatro hombres que montaban guardia en aquellos momentos. A pesar de encontrarse tan cerca de la capital, Nathian no quería correr riesgos o, en opinión

de Drevol, no quería relajar la disciplina de los hombres dejándoles bajar la guardia.

—La vida en el ejército es una auténtica mierda —comentaba Drevol,

divertido al ver los esfuerzos del muchacho por tragarse las gachas y la carne salada—. Lo único bueno es recibir la soldada cada mes.

—Y lo peor es ver morir a la gente —intervino Tanam con la voz llena de pesar—, especialmente a las personas que estimas.

—¿Has perdido a muchos amigos? —preguntó Kirius sintiendo una súbita simpatía por aquel hombre.

—A demasiados... y a mi hijo a manos de los bárbaros nortños —dijo con una voz que reflejaba resignación—. Sólo era un poco mayor que tú, muchacho.

Kirius permaneció en silencio. Algo le decía que ese era el motivo por el que Tanam parecía preocuparse por él, a pesar de que apenas le conocía.

—¿Qué tal manejas la espada, Kirius? —intervino Drevol, cambiando de tema.

—Sé defenderme. Me ha enseñado un buen maestro.

—Ah, ¿sí? Un buen maestro, dice. Pues me gustaría comprobarlo. Estoy seguro de que podría enseñarte uno o dos trucos que ese maestro tuyo no conoce.

—Me gustaría mucho —asintió Kirius, sonriendo ante la perspectiva de mejorar su esgrima.

El soldado norteño calló al ver, como los demás, que tanto Nathian como Terion se acercaban. El príncipe saludaba a sus hombres mientras pasaba a su lado y compartía bromas con ellos. No había duda de que era uno más, uno de

los Lobos de Invierno, a pesar de su condición de heredero de la corona.

—Tanam, Drevol —saludó Nathian, al llegar junto a ellos—. Espero que estéis disfrutando con el viaje.

—Comparado con el Yermo Helado esto es como el Jardín de Aelys —dijo Drevol con sorna.

—Príncipe Nathian —saludó a su vez Tanam—. Empezábamos a aburrirnos en la capital, así que nos alegramos de estar otra vez bajo tus órdenes.

—Tú debes de ser Kir —afirmó Nathian tendiéndole la mano. El muchacho vaciló antes de estrecharla—. No hemos podido hablar, aunque Terion me ha hablado de ti.

—En efecto, soy Kirius. Me alegro de conoceros, alteza.

Terion apretó los labios cuando lo escuchó dar su nombre completo, pero no dijo nada. Una vez que hubieron acabado las presentaciones, pues Vaelmir también se acercó al grupo y Nathian hubo de presentarlo a él y a Terion a los dos soldados, se sentaron junto al fuego. Las ráfagas de viento helado arreciaban

según la noche avanzaba.

—A pesar de lo que he dicho antes, creía que el tiempo sería mejor en el sur de Merethia, pero apenas es un poco más cálido que en el norte —comentó

Drevol en un tono indignado que parecía querer decir que el tiempo era así de frío sólo para molestarlo a él.

—La mayoría llevamos mucho tiempo lejos de la capital. Estos últimos años han sido fríos, pero este será peor —dijo Nathian mirando al cielo.

—Al frío se lo derrota con más facilidad que al miedo —comentó Tanam en voz baja—. Los hombres llevan todo el día comentando un rumor que los tiene

preocupados. Dicen que los tarkesios se preparan en el sur para invadirnos con sus ejércitos ¿Es eso cierto, comandante?

—Algunos nobles de palacio no saben mantener sus bocas cerradas —dijo

Nathian con ironía—. ¿Qué más se rumorea entre los hombres?

—Muchas cosas, Nathian. —A pesar del evidente respeto que Tanam parecía tener por el príncipe, también había mucha familiaridad entre ambos—. Hay comentarios acerca de la identidad de las personas que escoltamos. Se dice que

él —dijo señalando hacia Terion—, es un noble de alta cuna de Isgarad.

Aunque Tanam no aclaró nada más, sus palabras fueron lo bastante significativas.

—Ya veo. Tanam —dijo Nathian, incluyendo con su mirada también a Drevol—, dejemos que los rumores sigan siendo sólo eso, rumores. Sin embargo, las habladurías muchas veces llevan una carga de verdad.

—Entiendo —dijo Tanam compartiendo una mirada con el alto soldado norteño.

—¡Por la sangre de Jariol! —juró Drevol—. Si atacan los tarkesios estamos jodidos. Las cosas no andan muy bien en la frontera norte este año.

—Es cierto —aclaró el príncipe heredero de Merethia—. Los bárbaros de Fynnar están más activos que nunca. Desde que llegué a Sversgard, hace cuatro

años, sus incursiones y saqueos se han multiplicado por cinco. Temo que, a no

mucho tardar, se envalentonen lo suficiente para atacarnos con fuerza y el reino

deba fortificar otra vez las poblaciones del norte y de la costa. De hecho, ese es

el motivo por el que el consejero Kaldis y la darian Minedea viajaron con nosotros desde Sversgard. Querían ver con sus propios ojos el alcance del

problema, para tratarlo con mi padre y los lores. Tememos que puedan estar llegando a su fin los largos años de tranquilidad en nuestras costas, quizá debido

a que la Plaga no afectó a las tierras de Fynnar.

Sus palabras hicieron que Terion y Vaelmir compartiesen una mirada llena de preocupación, pues ninguno conocía hasta entonces lo que pasaba en la frontera.

—¿Por qué querrían invadirnos los tarkesios, si ellos también han sufrido la Plaga?

Fue Kiriús quien hizo la pregunta destinada a Terion, pues sabía que era él quien contestaría.

—No lo sé, yo mismo me lo he cuestionado alguna vez. Quizá confíen en tomarnos por sorpresa o quizá estén más desesperados que nunca.

—Es una pregunta que da que pensar —comentó Vaelmir—, pero que sin embargo no cambia los hechos. Tenemos que prepararnos por si se produce esa
invasión.

—Merethia estará preparada —declaró Nathian con voz firme—. Nuestra nación resistirá como hizo antaño y como ha hecho siempre.

Kiriús lo miró y no pudo reprimir un sentimiento de admiración hacia el príncipe. Ese era un hombre al que seguirían ejércitos enteros, no sólo por su título sino por su carisma y su convicción en lo que decía. Lo podía ver en los ojos de Tanam, Drevol y los demás Lobos de Invierno.

La conversación no se prolongó más y todos se dirigieron a sus tiendas para

dormir. Kirius compartía la suya con Terion y Vaelmir, y hacía allí se dirigieron,

ciñéndose sus prendas de abrigo a pesar del corto trayecto que los separaba desde las fogatas hasta la tienda.

—Los rumores de tu vuelta ya están muy extendidos —le dijo Vaelmir a Terion cuando entraron en la tienda.

—Era de esperar —contestó el príncipe isgario con un suspiro—, con suerte llegaremos a Isgarad al mismo tiempo que las noticias de mi regreso. ¿Qué tal has pasado el día, Kirius? —preguntó de improviso—. Has estado evitándonos

durante toda la jornada. ¿Es que pasa algo?

—Nada —contestó Kirius, pero al cabo de unos segundos se retractó—. Hay una cosa que no he tenido oportunidad de contaros aún. Se trata de Minedea.

Y así fue como Kirius comenzó a relatarles el encuentro con el misterioso

hombre llamado Keilan en el palacio, y la relación de este con Minedea. Sin embargo, no quiso hablar del encuentro posterior con Jelanie ni lo que esta había

profetizado. Quizá fuese porque una parte de él negaba que nada de lo que le había dicho la reina era verdad, porque todavía estaba resentido con Terion y Vaelmir por su falta de confianza en él o porque la reina le había dicho que intentaba guardar su don en secreto, pero lo cierto es que no habló sobre ello.

Ambos hombres escucharon en silencio hasta que hubo acabado. No bien lo hizo, Vaelmir lanzó una maldición.

—Deberías habérmelo contado antes. Me hubiese gustado tener una

conversación privada con ese tal Keilan.

—No tenemos tiempo para las intrigas de los riadeim, Vael, ni para ganarnos más enemigos. Kirus, parece que tienes un talento natural para meterte en líos,

pero quizá lo que nos has dicho pueda ayudarnos.

—Terion, ¿qué interés puede tener Minedea en mí? ¿Es posible que Gaelon escondiera objetos de mi padre?

—Lo dudo. Creo que Minedea sólo quiere desestabilizarnos y que su objetivo es que la guerra contra Moradhair sea inevitable. Para ello usará todas

las mentiras que pueda contra nosotros. Debemos ser cautos con los riadeim.

Ahora será mejor que durmamos.

Tal y como esperaba, Terion no había compartido con él lo que sabía acerca de las intenciones de Minedea. Kirus no era tonto y se daba cuenta de que Terion y Minedea ya se conocían, por lo oído en la reunión con el rey Gilvar. Sin

embargo, el príncipe se negaba a contarle más o a hablarle con claridad. Irritado

por todo ello, el muchacho se cubrió con las mantas y buscó el sueño.

17. Donde moran los cuervos

Kirus despertó con un sobresalto y permaneció un buen rato sentado en el lecho,

intentando calmarse y recordar dónde estaba. Había tenido un sueño extraño.

Recordaba una gran batalla, una lucha cruel en la que muchos morían intentando

defender una ciudad de un ejército que la sitiaba. «Debía de ser Almeron», pensó

al recordar que, aunque la ciudad era casi irreconocible entre el humo de los incendios, las montañas tras la urbe le resultaban familiares. En el sueño veía a

un hombre de tez oscura que caía al suelo, atravesado por tres flechas, a la vez

que las murallas de la ciudad temblaban y se resquebrajaban. El hombre le tendía

con las manos ensangrentadas un cáliz de brillante metal y oro que le resultaba

vagamente familiar. «Tómalo —decía el moribundo—. Te mostraré que todos

estamos condenados». Justo después había despertado.

Tras unos minutos, cuando su vista se adaptó a la oscuridad, descubrió que

estaba solo en la tienda. Terion y Vaelmir debían de haberse marchado sin

despertarle, a pesar de que aún era de noche. Poco después se incorporó y empezó a vestirse. El extraño sueño y la ausencia de sus amigos lo habían desvelado por completo, así que se propuso averiguar dónde estaban. Salió de la

tienda y avanzó por el campamento, ahora más grande después de su paso por Duan Marat.

El viaje había transcurrido con rapidez para Kirius, quizá debido a su

camaradería con Tanam y Drevol. Conversaba con ellos e incluso habían

comenzado a enseñarle algo de esgrima, y otras habilidades que «le podían salvar el culo en alguna ocasión», según palabras del rudo soldado norteño; desde cosas tan simples como encender un fuego sin yesca, hasta la forma de rastrear una pieza de caza en el bosque. El cuarto día después de haber dejado la

capital llegaron a Duan Marat. La fortaleza, un enorme castillo rodeado de murallas concéntricas, era desde la Guerra del Lirio y la Rosa la primera línea de

defensa de Merethia por el oeste, y un buen número de soldados se encontraban

acuartelados en él, incluso en época de paz.

Al llegar, habían sido recibidos por lord Artis Griesen, señor de Duan Marat

y uno de los doce lores de Merethia. El noble les contó que la situación en el oeste, en los Llanos de Eralian, era caótica y que tenía informes de asaltos e incluso matanzas entre los peregrinos. Al parecer, Isgarad había retirado a sus hombres de la región en previsión de la inminente guerra, al igual que había hecho Norvador acuciada por problemas internos. Lord Griesen había insistido

en proporcionarles una escolta para el camino que Terion había aceptado.

A no mucho tardar, el grupo que había partido de Almeron, junto con treinta soldados más, salían cabalgando de la fortaleza apenas los primeros rayos de sol

aparecieron por el este. Aunque en un primer momento Nathian tenía órdenes de

su padre de escoltarlos hasta la frontera, tras las noticias recibidas de labios de

lord Griesen, había decidido seguir con ellos hasta la propia Ishmer y, de paso,

dar así seguridad a los peregrinos merecianos. De esa forma, casi sin notarlo, salieron de las fronteras de Merethia y se internaron en una región que desde hacía siglos no pertenecía a ninguna nación. El mal tiempo fue la tónica durante

los siguientes días, como si el cielo estuviese empeñado en frenar su avance. Sin

embargo, los cincuenta y cuatro jinetes continuaron cabalgando hacia el oeste.

No era el único grupo numeroso que seguía el camino. Los peregrinos, tras oír

los rumores sobre la situación en el oeste, se unían en grupos de varias docenas

confiando en disuadir así a los salteadores. La presencia de los guardias reales de

Merethia en el camino los hacía sonreír y vitorearlos a su paso, a pesar de estar

calados hasta los huesos.

Fue al mediodía de la segunda jornada de viaje tras abandonar Merethia

cuando una tormenta estalló con inusitada violencia al sur de la cordillera de las

Niriosh. Los viajeros hubieron de resguardarse en los graneros de una extensa hacienda dedicada al cultivo de vides. La intensa lluvia y el granizo

imposibilitaba cualquier intento de cabalgar. Perdieron un día entero, pues el mal

tiempo sólo remitió cuando el día ya tocaba a su fin, y decidieron montar su campamento no lejos de los límites de aquella hacienda. Y ese era el lugar en el

que se encontraban ahora.

Kirius bostezó y vio como a lo lejos los campesinos ya comenzaban su jornada alumbrándose con candiles. Encontró a sus amigos hablando con

Nathian y algunos soldados junto al fuego. Las primeras luces ya despuntaban por oriente. Los saludó y se sentó junto a ellos.

—Sé que no podemos hacer nada al respecto, pero hemos perdido

demasiado tiempo —comentaba Terion en ese momento—. Debo llegar a

Isgarad a la misma vez que Julius, si es posible, para evitar que predisponga al

rey contra mí.

—Y aún perderemos más de dos días para rodear la Lanza de Kuran. —

Nathian se refería a una serie de montañas bajas que sobresalían del cuerpo central de las Niriosh, en dirección sur. Desde la jornada anterior podían verlas

al frente, silenciosas y erguidas, esperando a que ellos se acercaran—. Además,

la ciudad de Noralis está a medio día de camino hacia el sur. Su señor, Antuon

Covaïl, no va a dejar que un grupo de cincuenta soldados merecianos pase por sus tierras sin que aceptemos su hospitalidad. Querrá saber que nos lleva hasta

sus dominios e invitarme a sus vinos más selectos. Eso significa otro día de

retraso, al menos.

—No necesariamente. Podemos ganar mucho tiempo si atajamos por la Garganta del Cuervo, como ya os recomendé, alteza —comentó uno de los hombres de confianza de Nathian, un tal capitán Malnor—. Es una ruta más rápida y estará libre de los peregrinos que atestan el camino.

Kirius levantó la mirada. La reina Jelanie había hablado de un cuervo en su profecía. Por algún motivo la coincidencia le inquietó.

—No es mala idea —coincidió Vaelmir—. Cruza la Lanza de parte a parte y puede ahorrarnos casi dos días.

—Así sea —sentenció Terion—. Si podemos tomar un atajo para llegar antes a Ishmer, lo haremos.

Después de tomar la decisión acerca de su destino el viaje se hizo más fácil para todos. Horas después abandonaron el camino y marcharon hacia el oeste.

Tomaron un sendero estrecho y lleno de matojos y piedras, pero libre del gentío

que se dirigía a Ishmer. Según le comentó Tanam a Kirius, llevaba hasta un pueblo desierto a la entrada de la Garganta del Cuervo. Según el veterano

soldado, aquel pueblo, llamado Ranghar, había gozado de una gran prosperidad

hasta que la Plaga llegó y mató hasta al último de sus habitantes.

El tiempo también mejoró. La tormenta que había azotado la zona se disipó

y la temperatura subió un poco. Sin embargo, Kiriús aún podía notar tensión en

el aire, como si la primera tormenta sólo hubiese sido un aviso y se preparase otra todavía mayor. Era una sensación incómoda que no pudo evitar y menos aún

cuando por fin llegaron hasta los mismos pies de la Lanza de Kuran, a la entrada

de la Garganta del Cuervo. Al pie de una de las montañas que flanqueaba el paso

se encontraba el poblado de Ranghar, un pueblo muerto desde hacía casi una decena de años.

—¡Por el bendito Aramtael! Tendremos que pasar la noche en un jodido

pueblo lleno de fantasmas —maldijo Drevol, mirando al cielo, que ya empezaba

a oscurecerse.

—¿Es eso miedo, Drevol? —rio Tanam, aunque sin demasiada alegría.

—¡No temo a nada que respire y sea de carne y hueso! —rugió el soldado

norteño, pero luego bajó la voz a un susurro—. Sé que sólo quieres pincharme,

Tanam, pero tú y yo hemos visto demasiadas cosas en el frío norte para andarnos

con esas. Además, he oído los rumores; este sitio siempre ha tenido mala fama.

Tanam no añadió nada, pero asintió mostrando su conformidad. Kiriús no

podía ni imaginar que peligros se suponía que podía haber en el pueblo o en

las

montañas. Sin embargo, sabía mejor que aquellos dos hombres que había alguno.

La sensación de que algo malo iba a ocurrirles, que no lo había abandonado en

todo el viaje desde Almeron, era ahora más fuerte que nunca. Y ya no se debía a las palabras de advertencia de la reina, ahora era algo que podía notar por sí mismo. Sin embargo, ¿qué podía decirles a los demás? Nada. Si dijese algo lo verían más aún como un chico temeroso hasta de su propia sombra. No. Se

limitaría a permanecer con los ojos abiertos, pero le constaba, por la actitud de

los Lobos de Invierno y los soldados de lord Griesen, que todos estaban tan alertas como él. Era evidente que no sólo Drevol conocía la mala fama de aquel

sitio.

El camino se hizo más empinado mientras subían la ladera de uno de los

montes que constituían la entrada a la garganta. Kirius fijó la mirada en la cumbre de la enorme mole de granito y la bajó por su ladera, admirando su imponente presencia. Cuando vio que en la cara este de la montaña alguien había

cinzelado el dibujo de algún tipo de ave colosal, soltó una exclamación,

sobrecogido.

—Es un cuervo —explicó Vaelmir, acercándose a ellos.

—Pero ¿quién...? —acertó a decir Kirius.

—Nadie lo sabe. Muchos dicen que los eliiir o los magos de los tiempos de

Bal Aeronis. Quizá ya haya perdido su significado.

—O quizá lo hayamos olvidado —intervino Tanam.

—¿Recibe la garganta su nombre por... eso? —preguntó Kiriús, señalando al enorme dibujo.

—Sí. Bueno, también porque las montañas están llenas de esos putos bichos negros —confirmó Vaelmir con una sonrisa irónica.

Kiriús se quedó atrás mientras los demás avanzaban, distraído y preocupado.

Desde el día en que la reina pronunciara su profecía, cualquier visión o mención

de un cuervo lo aterraba. Hasta ahora algo le había impedido pensar en aquellas

ominosas palabras, quizá algún mecanismo de protección de su subconsciente,

pero coincidencias como aquella hacían tambalearse su voluntad y las acercaban

otra vez a él. Y con ellas llegaba aquella especie de abatimiento y la debilidad.

La carencia de cualquier tipo de esperanza. Kiriús exhaló el aire y sintió un terrible vacío en su interior.

—No estás vacío —susurró la voz del Ausente muy cerca de él—. Estás lleno de miedo... y de vida.

Sólo entonces se acordó de volver a respirar. Se abrazó al miedo, como quien abraza a un amante decrepito, repulsivo pero conocido. Prefería sentir

aquel temor, por el cuervo, por Ranghar y los peligros de su viaje, que no aquella

terrible sensación de vacío y derrota que le provocaba la profecía de Jelanie. El

oscuro círculo que era el ojo del cuervo parecía seguir todos sus movimientos, mirándolo con malicia. Kiriús desvió la mirada y siguió a los demás hasta el

pueblo.

Tal y como Drevol había vaticinado, Nathian ordenó montar el campamento en Ranghar y pasar la noche allí. A pesar de que algunos de los edificios del pueblo, hechos de cantos de piedra gris oscura, se encontraban en buenas condiciones, nadie protestó cuando el príncipe de Merethia ordenó que

durmiesen en las tiendas. Había en el lugar una sensación de tristeza y de soledad palpable, al menos Kiriús la sentía, que se sumaba a todas las demás preocupaciones que ya lo embargaban. Su cabeza parecía una olla en ebullición

y acabó por sumirse en un hosco silencio.

Esa noche escasearon las bromas y las risas en el campamento. Los hombres estaban tensos, creyendo que al estar allí perturbaban a los espíritus del lugar. La

Iglesia decía que las almas de los hombres estaban protegidas por los Tres, que

las llevaban a Aelys por medio de sus mensajeros, los sherim. Aun así, desde los

últimos días de la Guerra del Lirio y la Rosa los balaerianos tenían miedo a fantasmas, espectros y regresados. Durante aquellos siete días, las Siete

Ruinas,

los sherim dejaron de hacer su trabajo, porque se decía que los muertos volvían

de sus tumbas. Consciente de todo ello, Nathian no tardó en disponer que todos

se fueran a dormir y en doblar la guardia para calmar a los hombres. Kirius también se tumbó, con humor taciturno, en su lecho.

—La sangre bañaba las calles —susurró el Ausente cuando el chico empezaba a adormilarse. Kirius dio un respingo y se llevó una mano trémula al

corazón—. Ni tan sólo uno sobrevivió. Hay poder en una tragedia así. No permitas que vuelva a suceder.

—¿Terion? —murmuró Kirius cuando la voz calló. Vaelmir ya roncaba.

—¿Sí?

—Deberíamos estar alerta cuando crucemos las montañas. No puedo explicarlo, pero creo que estaremos en peligro.

—Iremos con cuidado, te lo prometo.

Con la conciencia algo más tranquila, el muchacho acabó por dormirse. A su lado, los ojos azules de Terion permanecieron abiertos hasta mucho tiempo después.

—Kirius.

—¡No! —El chico se debatió, aterrado, intentando escapar de las manos que

querían capturarlo—. ¡No quiero ir contigo!

—¡Despierta!

Tardó unos segundos en darse cuenta de que quien le hablaba era Vaelmir, que lo cogía por los hombros intentando calmarlo. Inspirando profundamente, el

muchacho miró a su alrededor para comprobar que aún estaba en el lecho de la

tienda, vacía a excepción de ellos dos. La cabeza le dolía como si alguien estuviese clavándole agujas en ella y, a pesar del frío, había sudado como si estuviese en un tórrido día de verano.

—Cálmate. No sé qué soñabas, pero ahora ya estas despierto.

—Lo siento, Vaelmir. He tenido una pesadilla.

Un mal sueño que apenas recordaba, pero a su mente acudían imágenes

fragmentadas que le daban escalofríos. Ranghar llena de cadáveres

ensangrentados que se esforzaban en hablarle, aunque él era incapaz de escuchar

ningún sonido. El cuervo de la montaña retorciéndose y cobrando vida. Y, por encima de lo demás, una mujer desnuda y carente de rostro que surgía de la sangre de los muertos e intentaba ahogarlo en ella.

—No me extraña, es normal tener pesadillas en un lugar como este —dijo

Vaelmir, incorporándose—. Siempre ha tenido fama de estar maldito.

—¿Por qué? Todos dicen eso, pero nadie es capaz de explicarme el motivo.

—Quizá porque tanto el mal como las supersticiones no siempre tienen una

explicación racional, pero te diré lo que sé. Hace mucho tiempo la gente evitaba

la Garganta del Cuervo, ya que pensaban que algo maligno habitaba allí. Se dice

que, durante la Guerra del Lirio y la Rosa, los riadeim entraron en el paso de las

montañas y alejaron la maldad. Algunos creen que fue el propio Ethan Jariol quien lo hizo. Aun así, pocos se atrevían a pasar por el lugar, pues las viejas leyendas se mantenían. Esos pocos eran los mercaderes, que veían aumentar sus

beneficios al atajar camino cruzando las montañas. Y así nació el pueblo de Ranghar, para aprovisionar a los mercaderes a este lado del paso. Muchos

atribuyeron la muerte de todos sus habitantes, en el año de la Plaga, a la vuelta

de los espíritus malignos de las montañas.

—Espíritus malignos... —murmuró Kirus mientras salía de entre las

mantas. Después buscó su ropa, intentando no pensar en su pesadilla—. ¿Crees

que podría haber algo de verdad en esas leyendas?

—¿Quién sabe? Aún no he visto el fantasma de ninguno de los antiguos

habitantes de este lugar, ni demonios o duendes negros. Sin embargo, quizá sea

verdad que los riadeim expulsaron a algún mal de las montañas. ¿Quién sabe? —

repitió el noble norvadoreano—. El mundo no era antaño tal y como es ahora.

—Me conformaría con que no fuera un cuervo —murmuró Kirius.

Vaelmir lo miró con fijeza durante unos instantes, sin dar muestras de que había oído sus palabras.

—El presente es lo que debe preocuparnos ahora. Démonos prisa, hace rato que todos están fuera.

Unos minutos después se sentaban junto a los demás, que tomaban la primera comida del día. El ánimo de los hombres seguía siendo tan oscuro como

el cielo que se cernía sobre sus cabezas. Cuando Nathian dio la orden de levantar el campamento, todos se apresuraron a cumplirla. Una vez subieron a sus

monturas, el buen humor volvió de forma paulatina al grupo. Kirius, en cambio,

seguía agitado por su pesadilla, sufriendo un terrible dolor de cabeza y con la misma aciaga sensación de los últimos días que le decía que algo malo iba a ocurrir.

—¿Estás bien, Kir? —le preguntó Terion, que cabalgaba a su lado mientras dejaban atrás las últimas casas de Ranghar.

—Sí, es sólo que me duele la cabeza. —Se dio cuenta de que llevaba un buen rato masajeándose las sienes de forma inconsciente—. No he dormido bien.

—Vael me lo ha contado —asintió Terion—. ¿Aún crees lo que me dijiste ayer? ¿Lo de que corremos peligro?

—No lo sé. ¿Acaso importa lo que yo piense? —preguntó el muchacho con

brusquedad, soltando de forma repentina todo su resentimiento acumulado—.

¿Acaso me escuchas alguna vez?

Terion lo miró con sus ojos rezumando frialdad y una expresión pétrea en su orgulloso rostro.

—No entiendo a qué viene esto.

—Viene a que estoy cansado de ser... de... de... —tartamudeó, tan abrumado por lo que sentía que no encontraba las palabras—. De que no me tomes nunca en serio.

Podría haber dicho que estaba harto de no entender nada, de soportar un dolor y una tristeza que surgían de repente, sin motivo alguno, y de no ser lo suficientemente bueno para ganarse el afecto o la confianza del príncipe de Isgarad; estaba cansado de este viaje absurdo y maldito que él no había pedido

hacer.

Terion lo miró durante unos segundos, en los que pareció entrever en la voz del muchacho muchas de las cosas que no había dicho. Por un instante, Kirius creyó que el hombre lo abrazaría y le diría que todo iba a ir bien y que no se preocupara.

—Cuando te lo ganes por ti mismo te trataré como a uno más de mi grupo

—dijo con voz helada el viejo Terion de un año atrás.

Espoleando a su caballo, el isgario se adelantó envarado y no volvieron a cruzar palabra. Kirius lo miró con resentimiento y decidió ignorarlo también, así

que pasó el resto del día junto a Tanam y Drevol. Al menos ellos no lo trataban

como a un perro. Poco después se internaron en la Garganta del Cuervo. El paso,

de unos cincuenta metros de anchura en su entrada, se encontraba rodeado de altas paredes de roca grisácea que subían casi en vertical. Por doquier había restos de las últimas nevadas, nieve que aún no se había fundido debido a las

bajas temperaturas. Aquí y allá salpicaban de verde el irregular suelo de la garganta algunos matorrales, junto a unos pocos árboles raquíticos. El lugar ofrecía un aspecto de desesperante soledad, acentuado por el desasosiego que producía el aullido del viento cuando soplaba entre las rocas.

En cuanto pusieron un pie en el paso, Nathian envió sendos grupos de tres hombres a explorar tanto la vanguardia como la retaguardia. Una precaución sensata en un lugar tan propicio para una emboscada como aquel, comprendió

Kirius. No hubo ningún incidente durante toda la mañana, excepto cuando dos de los soldados de Duan Marat aseguraron haber visto movimiento en lo alto de

una de las paredes de roca. Pero, a pesar de que Nathian envió a varios hombres

a rastrear la zona, no avistaron a nadie.

—Sería un carnero o un leopardo de las montañas —comentó Drevol a la vuelta de los exploradores y sus noticias—. Lo único que hemos conseguido ha

sido retrasarnos.

La marcha se forzó para compensar el retraso. Parecía evidente que Nathian

no deseaba pasar la noche allí y, según sus cálculos, disponían del tiempo justo

para llegar al otro lado de la Lanza de Kuran, al anochecer. Se detuvieron el tiempo imprescindible para comer y dar descanso a sus monturas, cerca de un enorme árbol sin hojas. Se levantaba sobre sus cabezas como un gigante, casi diez veces más alto que cualquier hombre. Kirius tocó el tronco lleno de nudos,

preguntándose cómo podía sobrevivir algo tan majestuoso en un sitio tan

desolado. El tronco tenía un gran hueco a la altura de sus ojos, como si alguien

hubiese hurgado dentro de él.

—No creerías la edad que tiene, si te la dijera —comentó el Ausente de

improviso. Su voz, como tantas otras veces antes, sumió a Kirius en la

melancolía—. Han tirado de él en dos direcciones, intentando quebrarlo, pero sigue aferrándose a la vida.

—Está vivo, pero muy enfermo —musitó Kirius en un susurro.

Al darse cuenta de lo que hacía, guardó silencio. Terion lo miraba con

atención desde el otro lado del campamento, sin ninguna emoción reflejada en su

rostro.

Cuando se pusieron en marcha, Kirius volvió a cabalgar junto a los

soldados, cabizbajo. La tarde avanzaba y las sombras se alargaban por la

Garganta del Cuervo. El viento que les daba en el rostro, molesto y helado, arreció y el cielo fue cobrando un siniestro color grisáceo. Drevol mantenía que

iba a nevar, a pesar de lo avanzado de la primavera.

—Quizá este año no tengamos primavera —reflexionó Tanam—. Por lo que sabemos, en Norvador el invierno está siendo aún más duro que aquí.

—A lo mejor más al oeste, en Isgarad, las cosas están mejor —dijo Drevol, mientras rodeaba con su montura una roca particularmente grande.

—Ojalá sea así, pero sé tan poco de Isgarad... —se lamentó Kirius.

Ambos hombres se miraron unos instantes, con una sonrisa en los labios.

Drevol se inclinó sobre su montura y palmeó el hombro del muchacho, dejándose dolorido.

—Así que tu familia proviene de Isgarad, ¿eh? Nunca he estado allí, aunque hace años conocí a uno de ellos en la compañía. Nunca habló mucho, ni siquiera

el día en que un bárbaro le clavó su hacha en la espalda y agonizó durante horas.

Gente reservada, los isgarios. Claro que, ¿quién no lo es en estos días?

—¿Por qué son tan reservados? —quiso saber el muchacho—. Por lo que sé, apenas salen de sus fronteras.

—Es por orgullo —contestó Tanam esta vez—. Se creen superiores a los demás y nos miran por encima del hombro.

Kirius lo escuchó, preocupado. No podía ser que todos los isgarios fuesen como Julius, aquel idiota estirado. Aunque lo cierto era que Terion a veces se

comportaba exactamente igual.

—Eso sigue sin aclararme nada.

—Veo que hoy estás de mal humor, Kirius —rio Drevol.

—No te metas con el muchacho, lo he escuchado antes discutir con Terion

—intervino Tanam, conciliador—. No se lo tengas en cuenta, los Landaver

tienen fama de ser personas difíciles. Aunque, a decir verdad, el resto de las familias de la nobleza son muy parecidos a ellos. Sobre todo, las otras cuatro grandes familias.

—¿Grandes familias? —preguntó Kirius.

—Son cinco, incluyendo a los Landaver. Son las más poderosas e

influyentes familias de la nobleza, las que gobiernan Isgarad.

—Pues yo creo que son cuatro —disintió Drevol—. Un mercader oriundo de

Kovarec me contó que una de ellas cayó en desgracia hace años. Y no sé como

serán sus hijos, pero todo el mundo sabe que el rey Bedius era un auténtico hijo

de puta. Ah, y también están los Caballeros del Lirio —informó Drevol con una

sonrisa lobuna—. Dicen que son los mejores luchadores de toda Balaeron. Me

gustaría comprobarlo algún día.

—Quizá no te gustaría el resultado de ese encuentro —se burló Tanam—.

Cuentan que en su día los caballeros podían realizar gestas increíbles y que

unos

pocos podían decantar de su lado el resultado de una batalla. Aunque hayan perdido el favor de los Tres, siguen siendo...

Tanam calló, como todos los demás, cuando escucharon llegar al galope a los exploradores que vigilaban la retaguardia del grupo. Los tres hombres

llegaban en una loca carrera, doblando por uno de los recodos del paso.

Nathian

y Terion se adelantaron a esperarlos, mientras los demás murmuraban en voz baja.

—Preveo problemas —dijo Drevol con expresión preocupada—. Quizá no fuese un leopardo lo que vieron esos dos, después de todo.

Tanam permaneció en silencio e hizo un gesto para que todos callasen, cuando los exploradores llegaron hasta el grupo, con aspecto cansado.

—Alteza, hemos avistado a casi dos millas de aquí a un numeroso grupo de jinetes armados —informó uno de ellos y su voz, amplificadas por la acústica de

las paredes del cañón, fue audible por todos.

—¿Quiénes son, capitán Malnor? —preguntó el príncipe con calma—. No quisiera enfrentarme a las tropas de los barones de las Ciudades Libres por error.

—No llevan enseña ni bandera. Parecen asaltantes de caminos, chusma, mi señor. Por la forma en que cabalgan, y sus armas, creo que saben que nos encontramos aquí.

—¿Quieren enfrentarse a nosotros? ¿A la Guardia Real de Merethia? —

Nathian agitó la cabeza, incrédulo—. ¿Cuántos son, capitán?

—Unos pocos menos de treinta, señor.

—Quizá quieran capturaros a vos, Nathian —sugirió Vaelmir, pensativo—.

Si saben que estáis en el grupo, eso les puede dar el valor necesario para atacarnos. Podrían pedir un gran rescate por vos a vuestro padre.

—Quizá —concedió Nathian, aunque la mirada que lanzó a Terion parecía

sugerir que quizá era el príncipe isgario la causa del ataque y no él—. Ya obtendremos las respuestas después. Ahora debemos prepararnos por si esas son

sus intenciones.

El príncipe mereciano se irguió sobre los estribos de su montura mirando

hacia atrás, donde el paso continuaba en una línea casi recta, y se estrechaba de

forma significativa a menos de una milla al oeste de su posición.

—¡Allí! —bramó Nathian, señalando ese punto—. Allí nos defenderemos.

Terion asintió, aprobando el lugar escogido por Nathian. Kirius asistió

atónito a la sucesión de acontecimientos. ¿Era esto lo que había estado

temiendo? Ya no sentía la tensión en el aire e incluso su dolor de cabeza había

menguado. Sólo sentía su corazón latiendo desbocado a la espera de los

acontecimientos, mientras cabalgaba al galope por el cada vez más estrecho

paso.

—Tranquilo, chico —dijo Drevol con una sonrisa taimada—. Esos malnacidos desearán no habernos molestado.

Kirius se forzó a devolverle la sonrisa, pero su inquietud no disminuyó. ¿Por qué se producía precisamente ahora el ataque de los salteadores y en este lugar

tan apartado? Sin duda los bandidos sabrían que era casi un suicidio enfrentarse

en inferioridad numérica a la bien entrenada Guardia Real y a los Lobos de Invierno, la élite de las fuerzas merecianas. Tras recorrer la mitad de la distancia

que los separaba del lugar designado por Nathian, no había ni rastro aún de los

salteadores tras el grupo. Mirando al frente, Kirius vio cómo en el horizonte occidental un muro de niebla se arremolinaba bajando con lentitud de las laderas

de las montañas. El viento helado que los azotara tan salvajemente durante casi

todo el día se había calmado.

Tras alcanzar su objetivo, Nathian empezó a dar órdenes, disponiendo a los hombres en sus posiciones. Colocó a los veinte lanceros, a pie, en primera línea

y el resto se mantuvo detrás, sobre sus monturas, con las espadas desenvainadas.

Kirius se ubicó en ese grupo, oteando en dirección este, pero no había ni

rastro

aún de los asaltantes. Instantes después un estruendo lejano anunció su aparición, levantando una nube de polvo a su paso. El ruido fue creciendo en intensidad según los jinetes ganaban terreno, acercándose. Pronto pudieron apreciar los rostros de aquellos hombres. Su aspecto era desesperado y amenazador, vestidos con ropas que habían visto tiempos mejores, y armados con espadas, horcas, porras, lanzas y una gran variedad de armas. Quizá fuesen chusma, como había dicho Malnor, pero una chusma peligrosa. Los soldados de Merethia tomaron sus posiciones, dispuestos a detener la carga de los asaltantes.

—No parecen tener intenciones de parlamentar —comentó Drevol con alegría.

—¡Silencio! —demandó Nathian, desenvainando su espada—. ¡Guardia

Real! ¡Lobos de Invierno! —Los soldados gritaron cuando el príncipe los fue nombrando. Los jinetes ya casi estaban sobre ellos y el estruendo de su carga lo

llenaba todo—. ¡Por la daga y el sol! ¡Por Merethia y el rey Gilvar!

Kirius se afianzó más sobre la silla de Helyra y sujetó su espada con firmeza. Algo impulsó al muchacho a mirar a su espalda, una sensación desagradable entre los hombros, como si le hubiesen metido nieve bajo las ropas.

Fue como si una mano helada tirase de él. El corazón le dio un vuelco al ver que

la pared de niebla estaba a tan sólo unos cincuenta pasos tras el grupo. La niebla

se arremolinaba y bullía, avanzando con una desconcertante rapidez por el

estrecho paso, como si fuese un ser vivo. Kirus la miró sin poder apartar los ojos de ella, a pesar de saber que los asaltantes estaban a punto de caer sobre ellos. La niebla no era un acontecimiento fortuito, algo le decía que entrañaba un

peligro mayor que los jinetes. Al ver a una serie de formas oscuras moviéndose

en el límite de la pared de bruma, lo comprendió todo.

—¡Es una emboscada! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Están a nuestra espalda!

Ya era demasiado tarde.

Saliendo de la niebla, casi tres docenas de jinetes se lanzaron a la retaguardia de los soldados merecianos. Atacados por sorpresa por ambos

frentes, la confusión se adueñó de ellos. Muchos intentaron volver grupas para plantar cara a la nueva amenaza, pero así sólo consiguieron desequilibrarse y romper la formación. El choque de hombres y monturas fue brutal y muchos

soldados salieron despedidos de los caballos. Tras el terrible impacto inicial, un

buen número de los hombres de Nathian yacía en el suelo.

Kirus miró con expresión horrorizada la carnicería, mientras Helyra saltaba

por encima del amasijo de cuerpos y esquivaba a duras penas a otros jinetes que

chocaban entre sí. De entre la niebla, que ya casi estaba sobre ellos, salió un jinete al galope e intentó clavarle una lanza en las costillas. Sólo la rápida intervención de Drevol, que de un tajo con su espadón mandó al bandido al suelo

entre un baño de sangre, le salvó la vida.

—¡Mierda! ¡Por la puta sombra de Myrkaul! —maldijo el enorme norteño fuera de sí—. ¿Cómo es posible que se ocultaran en la niebla? ¡Sígueme, Kirius!

—¿Y Tanam? —preguntó el muchacho.

Drevol negó con la cabeza. Kirius lo miró boquiabierto, sintiéndose

mareado. ¿Y eso era todo? En tan sólo unos segundos, Tanam había pasado de estar vivo, de hablar y bromear con él, a ser uno más de los que formaban parte

de aquel amasijo de carne, sangre y barro. No era justo, pero si había un momento para derramar lágrimas no era este.

El paso era un caos. Nathian intentaba reorganizar a sus hombres. A su lado

estaba Terion, con Eldear como un borrón en sus manos, segando las vidas de aquellos tan estúpidos como para acercarse a ambos príncipes. Vaelmir, en

cambio, luchaba para abrirse paso hasta donde estaba Kirius, lanzando tajos con

su alfanje. El muchacho suspiró con alivio al comprobar que ellos tres habían sobrevivido. Kirius y el conde compartieron una breve mirada, hasta que esta fue

atraída como un imán hacia una alta figura que llegaba precediendo a la

niebla,

justo en el límite de esta. Montado en un gran animal de mirada enloquecida, se

erguía con una enorme espada de oscuro acero en la mano. Aún llevaba la túnica

negra y roja, los mismos colores que adornaban su horrible rostro en un

galimatías de formas y colores. Era Targun, el sacerdote saradio. La niebla acabó

por cubrirlos, pero el nigromante lo había visto. Sus ojos amarillos se clavaron

en los suyos por unos instantes y centellearon llenos de un odio primitivo.

Para Kiriús fue como si mirase a los ojos a la mismísima muerte.

El chico se mantuvo rígido sobre Helyra cuando la niebla lo envolvió,

ocultándolo de aquellos ojos. Targun había prometido que volvería a encontrarle

y lo había hecho. El miedo amenazaba con atezar su garganta y detener su corazón, pero comprendió con estupor que había sido capaz de aguantar su mirada.

—¡Matadlos a todos! —rugió la voz del saradio en algún lugar—. ¡El chico es mío!

La voz lo sacó de su aturdimiento justo a tiempo de ver cómo varios jinetes

aparecían entre la niebla. Drevol se interpuso entre ellos y él, y con su espada los

mantuvo a distancia. Kiriús, siguiendo un repentino impulso, espolé a Helyra y

saliendo de entre la niebla descargó un tajo con su espada a uno de los desprevenidos asaltantes. El hombre cayó con un alarido, llevándose las manos a

su ensangrentado rostro. Kiriús no tuvo tiempo para sentir lástima por él, pues un nuevo jinete apareció entre la niebla, enarbolando una lanza corta. El jinete lo

vio y dudó. Kiriús se lanzó hacia delante a su vez y sin pensarlo descargó su hoja

sobre el bandido. Trozos de madera saltaron por los aires cuando el acero impactó primero contra la lanza de madera y luego contra el cuerpo del jinete.

Una de las astillas se le clavó en la sien derecha y pronto empezó a sangrar, pero

el muchacho apenas si lo notó.

No se volvió a mirar si su golpe había sido letal o no, puesto que en ese momento nuevos jinetes aparecían entre la niebla. Por suerte esta vez se trataba

de un par de soldados merecianos. Kiriús suspiró aliviado, relajando la tensión acumulada, y bajó su acero. Resultaba casi imposible distinguir a los amigos de

los enemigos hasta estar casi encima de ellos. Su alivio se convirtió en horror, cuando la figura de Targun surgió tras los soldados montada en su bestia gris, y

de un único tajo decapitó a uno de ellos. El otro hizo volver grupas a su montura

e intentó defenderse con desesperación, pero la oscura espada del saradio cortó

al hombre en dos a la altura del esternón. La sangre surgió a borbotones, junto a

las vísceras, de los restos del infortunado soldado. Kirius hubo de apartar la vista

sintiendo náuseas y agradeciendo que la niebla no le dejase ver todos los

detalles. El nigromante esbozó una mueca, enseñando unos dientes oscuros y

afilados al ver al muchacho delante de él. Luego masculló una palabra gutural señalándolo. Kirius sintió como si algo se quebrara en su pecho, mientras un espasmo lo recorría.

—¿Cómo es posible que te resistas a un poder así? ¿Quién te protege? —

bramó Targun, con su voz chirriante—. Tú no eres más que una vasija

demasiado frágil para retener su contenido y muy pronto vas a romperte en mil

pedazos.

El espasmo pasó tan repentinamente como había empezado. Kirius se

enderezó sobre Helyra, mirando al saradio sin comprender sus palabras. ¿Una

vasija? Pero Targun había venido a arrebatarse la vida, no a contestar preguntas.

—¡Huye, Kirius! —gritó Drevol llegando de improviso desde la niebla e

interponiéndose entre el sacerdote saradio y él.

—¡No lo hagas! ¡Te matará! —le gritó Kirius con desesperación, pero el soldado no hizo ademán de irse.

—¡Vete! —ordenó Drevol una última vez, antes de lanzarse a la carga.

Ambos contendientes se acercaron y el choque entre sus armas fue brutal.

Drevol era un experimentado soldado y contaba con su fuerza, lo cual le permitía

mantener a raya al enorme acero del saradio. Durante un tiempo, al menos.

Kirius los observó sin poder moverse. Sabía que debía huir, pero no podía abandonar a Drevol. Y menos cuando el hombre empezaba a ceder terreno,

haciendo recular a su montura en un intento de evitar los golpes brutales de su

enemigo. Tampoco era capaz de ayudar a su amigo; tan sólo pensar en

enfrentarse a Targun hacía que un vacío terrible se apoderase de su estómago.

Antes de que pudiera hacer nada, otro jinete se sumó a la refriega. Se acercó por

el costado de Targun y lo sorprendió con un tajo que consiguió esquivar a medias. Era Nathian, que empezó a hostigar al saradio desde su flanco izquierdo,

mientras Drevol lo hacía desde el derecho. Un desgarró en la túnica y la sangre

oscura y pastosa que resbalaba por el costado de su montura, evidenciaban que el

príncipe había conseguido herir al nigromante. El rostro del saradio mostraba una expresión acorralada mezclada con una intensa furia, y Kirius se permitió pensar por primera vez que quizá podrían vencerlo.

Mientras tanto, la niebla se iba aclarando poco a poco y Kirius pudo ver las

siluetas de otros jinetes en la lejanía. Una de esas siluetas se acercó y se convirtió en Vaelmir, que se dirigió hacia él. Kirius desvió su mirada hacia el combate al oír el gruñido de dolor y rabia de Targun, pues había sido herido de

nuevo en una pierna por Drevol. El gigante siseó en un idioma gutural y

balanceó su oscura espada que fue tomando un tono rojizo candente que iba en

aumento. Pronto la hoja de su espada estaba al rojo, como si estuviese siendo forjada o fuese lava sólida en las manos del saradio.

—¡Tenemos que irnos, Kirius! —lo apremió Vaelmir al llegar a su lado.

Tenía un corte en el brazo, pero no parecía estar herido de consideración.

—No podemos abandonarlos —replicó el muchacho con vehemencia—.

Están a punto de vencerlo.

—¿No lo entiendes? Es un nigromante. Aprovechemos el tiempo que nos dan.

—Si nos vamos, Nathian morirá —dijo, sabiendo que la reina Jelanie no se equivocaba—. Todos juntos podríamos...

Sus palabras murieron al ver como el saradio descargaba con violencia su mandoble sobre Drevol, que intentó defenderse interponiendo su arma. La ígnea

espada del saradio cortó a la del norteño como si fuese mantequilla, le cercenó el

brazo a la altura del codo y se hundió más de un palmo en el cuello de su

montura. El corcel se desplomó con un relincho espantoso y Drevol cayó al suelo con un alarido, mientras se agarraba el muñón de su brazo derecho, ya cauterizado por el intenso calor. Luego el mandoble del saradio se dirigió hacia

Nathian, pero este, ya prevenido, esquivaba la hoja manteniendo a su montura a

una distancia prudencial.

—Vayámonos ahora —insistió Vaelmir.

—¿Y Terion? —preguntó el muchacho con un hilo de voz, apartando la vista de Drevol, que se había quedado súbitamente inmóvil en el suelo.

—No lo sé, ¡maldita sea! Debería estar aquí.

La pericia del príncipe de Merethia le permitió introducirse en la defensa de

Targun y volver a herirle en el vientre. El saradio rugió enojado, mientras intentaba alcanzar al ágil Nathian blandiendo su espada en mortíferos arcos de fuego y de calor. Tras ellos, de entre la menguante niebla, aparecieron las siluetas de dos jinetes que se acercaban. Kirus agudizó la vista, pero para cuando pudo distinguir que el primero era un enemigo, este ya se había colocado

a espaldas de Nathian levantando una ballesta.

—¡Cuidado, Nathian! —gritó el muchacho intentando prevenirle, consciente de que jamás llegaría a tiempo de detener el ataque.

Su aviso también llegó demasiado tarde. El príncipe se giró, prevenido de la

amenaza, pero la saeta salió disparada y se le clavó con certera precisión en el costado, bajo el brazo del arma. Nathian cayó desplomado de su montura casi al

instante.

—¡Nooo! —gritó Kiriús, enfurecido.

No era justo. Al final no había podido evitar la muerte del príncipe, a pesar de la advertencia de Jelanie. ¿De qué habían servido entonces sus palabras? ¿De

qué su preocupación durante todos esos días? ¿De qué servía él si no podía defender a sus amigos o a sí mismo? Una capa de insensibilidad se apoderó de

él. Estaba furioso por la muerte de Drevol, Tanam, Nathian y todos los demás.

Quería venganza, pero, de forma paradójica, sólo sentía una gran frialdad y una

calma inquebrantable.

Helyra saltó hacia delante a su orden, en busca del hombre que había

derribado al príncipe. Este intentaba liberar frenéticamente un hacha trabada a las alforjas de su montura, consciente de que la muerte le esperaba a manos del

muchacho. Sin embargo, el segundo jinete que Kiriús había visto entre la niebla

fue más rápido que ninguno de los dos, y de un tajo envió al aullante bandido al

suelo. Kiriús miró a los ojos a aquel hombre y al fin reconoció a Terion en él.

—¡Huye! —le gritó entonces Terion, haciendo un ademán en la dirección en la que les esperaba Vaelmir.

—Ni lo soñéis, hijos de Aeron —dijo Targun acercándose a ellos.

Blandiendo su ígnea espada, la descargó contra Terion, quien apenas si tuvo tiempo de interponer su hoja. De algún modo, Eldear fue capaz de resistir el impacto de la espada al rojo y ambas armas quedaron trabadas. Los rostros de Targun y el príncipe de Isgarad se miraron a tan sólo unos palmos de distancia,

mientras cada uno empujaba para liberar su arma.

—Tu espada... la reconozco y sé quién es su dueño. Será un placer enfrentarme al antiguo rival de Malken.

—¿Qué sabes tú de Malken? —preguntó un desconcertado Terion, mientras su rostro se perlaba de sudor por el esfuerzo y el calor que irradiaba el acero del saradio.

—Sé que sentirá no haberte podido matar él con sus propias manos — contestó Targun, acercando el mandoble al rostro del isgario. Un mechón de cabello de Terion empezó a humear.

Kirius miraba impassible la escena, esperando el momento oportuno para actuar. Cuando las armas de ambos contendientes quedaron trabadas, dirigió a Helyra flanqueando la montura de Terion y, levantándose en los estribos, descargó su hoja en el rostro de Targun. El saradio, tomado por sorpresa, se echó

hacia atrás en un gesto instintivo, liberando el arma de Terion. Una línea oscura

cruzó el rostro del aullante saradio, allá donde la espada de Kirius golpeó,

destrozándole un ojo y parte de la nariz. El nigromante chilló enfurecido en su

idioma mientras la sangre, espesa y oscura, le resbalaba por el rostro. Su mandoble se le había resbalado al recibir el golpe y yacía en el suelo.

Targun reculó en su montura, mientras la espada perdía gradualmente el tono rojizo y la niebla se iba aclarando casi por completo. En algún rincón de su mente, Kirius comprendió que quizá al herirle de gravedad los embrujos de aquel ser perdían su poder. Terion lo miraba con asombro a su lado.

—Matémosle —dijo Kirius entonces con voz dura—, ahora está debilitado.

—¿Matarme?! ¿A mí?! —rugió entonces Targun con el desagradable rostro desfigurado por la herida—. ¡Yo soy el cazador, no la presa!

Terion negó con la cabeza mientras dirigía su mirada detrás de Targun. Las siluetas de varios de los hombres del saradio salían cabalgando en ese momento

de entre los jirones de la niebla en su dirección.

—No tenemos tiempo, son demasiados.

Kirius hizo caso omiso a sus palabras. Empuñó con más fuerza su espada y las riendas de Helyra, dispuesto a cumplir su promesa de acabar con el saradio.

—¡Detente! —gritó Terion con desesperación.

El muchacho contuvo a su yegua, pero no por las palabras de Terion que apenas si oía, o le importaban, en su aislado interior. La razón fue ver como una

figura intentaba incorporarse desde el polvoriento suelo, tras la montura de Targun. Era Drevol, que de alguna forma había logrado sobrevivir a la brutal mutilación. El norteño, con una palidez mortal, le observó con la mirada serena

tras conseguir ponerse de rodillas.

—Él quiere que vivas, Kirius —dijo el Ausente y su voz consiguió atravesar la insensibilidad y resonar en su cabeza—. Si te quedas, su muerte, todas estas

muertes, serán en vano. Aún no es el momento.

Los jinetes de Targun estaban ya muy cerca. Kirius se sintió muy exhausto y pequeño cuando una oleada de emociones volvió a él con la fuerza de un vendaval. Con lágrimas en los ojos, hizo volver grupas a Helyra y se lanzó al galope, junto a Terion, a donde los esperaba Vaelmir.

—¡No dejaré que os marchéis otra vez! —retumbó la voz de Targun en el desfiladero antes de bajar de tono y susurrar en su extraño idioma.

Una fantasmal luz verdosa apareció en el puño de Targun, cuando Kirius miró hacia atrás durante unos instantes. Seis jinetes rebasaban en esos momentos

al saradio yendo en su persecución. Drevol se incorporó en cuanto pasaron a su

lado, lanzando un grito de guerra, armado con un puñal en la mano izquierda. Se

abalanzó sobre la montura del saradio y le hundió el puñal bajo la quijada. El animal se tambaleó y dobló las patas delanteras. Kirius no pudo ver más, pues

en

ese momento se encontraron con Vaelmir, y los tres comenzaron a cabalgar siguiendo el cañón hacia el oeste, forzando hasta el límite a sus monturas.

Segundos después una explosión hizo que retumbase el suelo del

desfiladero, mientras un resplandor verde y amarillo iluminaba las paredes de roca con una luz fantasmal. Una oleada de calor infernal les azotó la espalda mientras unos desgarradores gritos de dolor y agonía se oyeron, magnificados por la acústica de la garganta, durante unos breves instantes. Después, sólo silencio. Ninguno de los tres se detuvo a mirar hacia atrás, pues sabían que lo único que habitaba ahora en la Garganta del Cuervo era la muerte.

18. El peso de la verdad

Lo primero que escuchó cuando recuperó la consciencia fue el desolador

sonido del viento. Era como si los propios dioses entonasen un lamento. O quizá

se burlaban de su estupidez al no prever un posible ataque por la retaguardia.

Siendo justos, jamás nadie que él supiera había utilizado una táctica como

aquella, al menos no con una niebla como la de hoy. ¿Qué clase de poderes tenía

aquel tarkesio? Daba igual, su deber era anticipar todas las posibilidades y riesgos. Pero había fallado y la consecuencia había sido la muerte de...
¿cuántos

de sus hombres? No lo sabía, pero tenía el temor que todos, pues era incapaz de

escuchar otro sonido aparte del viento y el graznar de los cuervos que

empezaban a darse su siniestro banquete.

Él mismo no tardaría mucho en formar parte de su comida.

Intentó moverse, pero fue incapaz. No era sólo el hecho de que su cuerpo apenas le respondiese, sino que algo pesado le impedía moverse. Al tantear con

torpeza comprobó que sobre él había un cadáver. Boca abajo como estaba, con la

cara aplastada contra la tierra, no veía nada, le costaba respirar y no le quedaban

fuerzas para apartar el peso de su espalda. No era ese el mayor de sus problemas.

El proyectil clavado en el costado derecho le preocupaba más. La cota de malla

no había podido detener el virote, disparado a tan corta distancia. El dolor le entumecía el pecho.

Un olor terrible, a carne quemada, impregnaba el ambiente, como si algo

hubiese ardido poco antes. Aunque no sabía cómo era posible, tenía quemaduras

en las partes del cuerpo que no estaban protegidas por el cadáver que se había desplomado sobre él. Le dolían horribilmente, casi como si aún estuviesen

ardiendo. Quizá, después de todo, le debía la vida al pobre desdichado que estaba sobre él, pero también era cierto que pronto iba a perderla por su culpa.

Tampoco es que hubiese ayudado mucho el poder moverse. Apenas si tenía

fuerzas para dar unos pasos y se encontraba a poco más de la mitad de la Garganta del Cuervo, lejos de cualquier ayuda.

El súbito atronar de los cascos de un caballo hizo que contuviese la respiración, escuchando. Era imposible saber si se trataba de un amigo o un enemigo, así que optó por no hacer nada hasta averiguar la identidad del jinete.

Otro ruido, el de alguien caminando con lentitud, se escuchó más cerca suyo.

Nathian se sobresaltó, pues hasta ese momento había creído que él era el único

superviviente. Escuchó cómo el jinete desmontaba, tras detener a su montura, y

soltaba una exclamación de asombro.

—¡Shezare! me asista! Tienes un aspecto espantoso, Targun —declaró la voz de un hombre con marcado acento eltario.

—Has llegado tarde, Keilan Anderim —dijo otra voz, con la inconfundible cadencia y tono del saradio.

—No resulta fácil servir a tantos amos. A veces tengo que hacer juegos malabares como un juglar para complacerlos a todos.

—Tú sólo tienes un amo, hijo de Aeron. Será mejor que no lo olvides.

—Desde luego —dijo el llamado Keilan con tacto—. ¿Funcionó la emboscada?

—Funcionó, pero las presas huyeron.

—¿Cómo es posible? —clamó el jinete.

—No estaban solos. El príncipe Nathian decidió seguir escoltándoles y en

Duan Marat se les sumaron más soldados; no contábamos con eso y el infiltrado

no pudo avisarnos. Nathian debe de estar por aquí, esperando a que los gusanos

se lo coman.

Keilan soltó una carcajada al oír el comentario del saradio. Nathian apretó los dientes con rabia e impotencia.

—Eso ayudará a crear más confusión antes de la invasión. ¿Y tus hombres?

—Muertos durante la explosión. Uno de los soldados interrumpió mi

plegaria y estos son los resultados. A los pocos que sobrevivieron los maté yo mismo. Estaban demasiado asustados, ya no me eran útiles y debía borrar mi rastro antes de abandonar estas tierras y volver a Tarkesia.

—¿Te vas? ¿Ahora? —preguntó Keilan, sorprendido. El saradio no contestó

—. ¿Malnor también ha muerto?

—Sí. Esa escoria de proscritos que me enviaron desde Norvador no hicieron

distinciones con él, fuese un infiltrado o no. El Culto de la Noche no lo echará de

menos, hay otros dispuestos a reemplazarlo. Malnor cumplió su propósito al

desviarlos hacia la Garganta del Cuervo.

Nathian no pudo reprimir unas lágrimas de ira y frustración. Conocía al

capitán Malnor desde hacía tres años y ahora se enteraba de que era un traidor.

¿Cómo era posible? ¿Quién demonios era esa gente?

—Me las arreglaré con Caidhenn y lo que obtenga de nuestros amigos del oeste. Ahora viaja hacia allá, buscando refuerzos. Encontraré al chico y...

—¡No harás nada! —bramó el saradio—. Me ocultaste que era el príncipe exiliado de Isgarad, Therius Vain Landaver, quien acompañaba al muchacho.

Vosotros siempre mentís. Debí haberlo visto antes, pero ahora que lo sé los planes han cambiado.

—¡Eso no cambia nada! —protestó Keilan—. Las órdenes de la Noche

Inmemorial son las mismas. Cuando la Mácula se fortalezca, la muerte del muchacho desatará...

—¡Silencio! —zanjó Targun—. Hay metas mucho más elevadas, pero vosotros, patéticos y traicioneros hijos de Aeron, sois incapaces de entenderlo.

¿Por qué crees que un simple humano es capaz de portar la Mácula? La sangre

de ese joven es antigua y poderosa, hoy lo he notado, y se resiste con ahínco a

dejarse vencer. Kirius debe vivir hasta que mis señores ordenen lo contrario.

—No es eso lo que ha decretado el culto. No te atreverás a...

Keilan se interrumpió y empezó a gritar, al parecer atenazado por un dolor terrible. El saradio canturreaba unas palabras ominosas en una lengua extraña.

Nathian contuvo la respiración, consciente de que el saradio parecía dispuesto a

asesinar a quien hasta unos momentos antes era su aliado.

Súbitamente, la luz ambiental cambió, como si la noche se hubiera adueñado del día, y la temperatura descendió. Nathian, a pesar de su precaria posición bajo

el cadáver, sintió ambas cosas con tanta intensidad como si le hubiesen dado un

bofetón. Se escuchó el aleteo y el graznido de un cuervo, quizá uno de los cientos que se peleaban poco antes por los restos de sus hombres. El nigromante

calló y, acto seguido, también terminaron los gritos de Keilan. Y el silencio, un

silencio absoluto, se apoderó de la Garganta del Cuervo durante casi un minuto.

Cuando Nathian ya empezaba a preguntarse si la herida le había hecho

perder el sentido del oído, aquella ominosa sensación desapareció tal y cómo había llegado y el sonido volvió al mundo.

—¿Ese era...? —musitó la voz de Keilan, ahora temblorosa.

—Sí, era él —afirmó Targun, también sobrecogido.

—Me dijo su verdadero nombre —continuó Keilan—. Me dijo que...

—Guárdatelo para ti, hijo de Aeron, y no lo deshonres más pronunciándolo con tus sucios labios. El Cuervo del Ocaso usa muchos nombres, pero el verdadero sólo lo conocen unos pocos escogidos.

—Su voluntad es que yo viva y me asegure de que el muchacho cumpla su

destino —dijo Keilan—. Ha venido hasta aquí para quebrar su resistencia y para

recordarte que le debes obediencia, Targun. Si quieres marcharte, adelante, pero

el chico está sentenciado.

Targun lanzó un grito tan agudo y rechinante, que el vello de Nathian se puso de punta y contrajo involuntariamente todos los músculos.

—¡No te atrevas a decirme lo que debo hacer! Yo pertenezco al pueblo

elegido; los que servimos y morimos por el verdadero dios. —Targun

permaneció en silencio unos instantes—. No obstante, la voluntad de la Noche Inmemorial es sagrada y debe cumplirse. No falles en tu tarea, Keilan Anderim.

—No pondrá un pie en Isgarad, te lo garantizo —aseguró el llamado Keilan,

con resquemor—. Hay una cosa más: los riadeim, o al menos Minedea, lo conocen. ¿Es gracias a ellos que porta la Mácula? ¿Quién es en realidad ese muchacho?

—Ahora ya carece de importancia. El Cuervo del Ocaso ha decretado su

muerte y así debe ser. Mis otros señores no estarán contentos, pero tendrán que

aceptarlo. Vamos, debemos partir sin demora —dijo Targun, mientras ambos se

alejaban.

—Hay una posibilidad de que ambos podamos obtener lo que queremos, si

cooperamos —decía Keilan, mientras las voces se alejaban acompañadas de

los

cascos de la montura que oyese antes—. Los presentes que... en Rynad...

pócima... dorado...

Nathian agudizó el oído, pero le fue imposible oír nada más excepto el

lejano murmullo de las voces y luego ni eso. Su cabeza era un hervidero tras escuchar la conversación entre el saradio y aquel traidor llamado Keilan. Sólo le

alegró saber que el chico, y era de esperar que también Terion y Vaelmir, había

sobrevivido. Una cosa estaba clara, habían hablado de Tarkesia y de una

invasión. Era evidente que la historia volvía a repetirse y que tarkesios y saradios

volverían a invadir el norte, luchando codo con codo contra los balaerianos. Sin

embargo, y eso era lo peor, acababa de descubrir que en Balaeron había traidores

al servicio de Tarkesia. Debía poner sobre aviso a su padre, aunque fuese con su

último aliento.

Esperó lo que le pareció una eternidad, intentando escuchar algún sonido,

pero no se oía otra cosa que no fuera el sonido del viento y de las aves de carroña. No sabía si aún seguían allí, pero si no actuaba pronto eso ya daría igual. Reuniendo todas sus fuerzas, empujó el cuerpo que lo aprisionaba. Un dolor lacerante le recorrió el costado, pero hizo caso omiso de él y siguió empujando. El cuerpo se ladeó un poco y la herida de su costado se abrió y notó

como la sangre caliente humedecía sus ropas. Con un gemido, Nathian volvió a

caer en la inconsciencia.

—¿Cómo ha podido sobrevivir nadie en este infierno?

La voz fue como un faro que lo guiaba fuera de las tinieblas. Nathian se aferró a ella y poco a poco volvió a recuperar la consciencia. Se dio cuenta de que ya no estaba boca abajo, sino que su espalda reposaba sobre el duro suelo.

Tampoco sentía ya el asfixiante peso del cadáver. Con un esfuerzo intentó abrir

los ojos, pero apenas fue capaz de ver nada. El mundo parecía una confusión de

sombras y colores a su alrededor. Consiguió distinguir una silueta borrosa que se

inclinaba sobre él. Intentó hablar, pero tenía la lengua hinchada y apenas fue capaz de emitir unos gemidos incoherentes. En algún lugar de su mente fue

consciente de que estaba agonizando.

—No hagas esfuerzos, estás muy débil.

La voz era la de una mujer muy joven y actuaba como un bálsamo en su

cuerpo torturado por el dolor. ¿Quién sería? ¿Una enviada de los Tres que le ayudaría en el trance de la muerte? ¿Uno de los legendarios sherim?

Recordaba

que, cuando era niño, su madre le había hablado de ellos.

—She... rim —pudo al fin murmurar Nathian.

—¿Te refieres a mí? —dijo la voz de la joven—. No, aunque me gustaría

serlo para poder ayudarte. Creía que en estas tierras ya los habíais olvidado.

Nathian se agitó con un gran esfuerzo y, extendiendo un brazo, atrajo a la chica murmurando unas palabras en su oído. Él moriría, pero al menos podría relatarle a alguien lo que había pasado. Su padre oiría las noticias.

—Emboscada... traidores... un saradio aquí... invasión tarkesia. —La chica soltó una exclamación al oír sus palabras—. El príncipe Therius, Vaelmir y... Kirius, en peligro.

—¿Kirius? —repitió ella—. No puede ser él... no es posible.

Nathian cerró los ojos agotado. No podía pronunciar una palabra más.

Apenas si tenía fuerzas para inhalar otra bocanada de aire.

—No puedo dejar que mueras —dijo la chica, acercándose más a él mientras sacaba algo brillante de algún lugar entre sus ropas—, pero no sé si esto funcionará. Ojalá sirva para algo más que para quitar vidas.

Nathian volvió a abrir los ojos. Su sorpresa fue mayúscula al ver el rostro de la joven. Su visión se había aclarado lo suficiente para distinguir un cabello negro y una piel muy morena. Unos inquietantes ojos, uno verde y el otro negro,

le observaban con fijeza desde el rostro de aquella joven. Era tarkesia, a no ser

que la fiebre lo hiciera ver visiones. Nathian, en un gesto instintivo, se protegió

con sus brazos. La chica se los cogió y lo dominó con facilidad, teniendo en cuenta lo débil que estaba.

—No hay tiempo para esto. No te deseo ningún mal, puedes creerme —dijo

ella mientras le ponía un objeto metálico de tacto helado en la frente. Era un colgante que representaba una estrella de varias puntas—. Padre, si puedes oírme, espero que accedas a curar a este hombre. Sé que puedes hacerlo y que si estuvieras en mi lugar lo harías.

La frialdad del colgante aumentó tanto que le quemaba en la frente. Sin embargo, la sensación de frío fue sustituida por un reconfortante calor que recorrió todo su cuerpo. Una calidez como nunca había sentido seguida de una calma que lo fue adormeciendo.

—Siento mucho lo que voy a hacerte —aseguró la chica—, pero es la única forma.

Antes de que Nathian comprendiese lo que quería decir, la muchacha dio un seco tirón al virote de su costado y se lo arrancó. Sintió como los garfios de la punta metálica le desgarraban las entrañas y le mordían el hueso. El grito de Nathian arrancó ecos en la garganta e hizo que algunos de los cuervos remontaran el vuelo, asustados. El intenso dolor hizo que de nuevo perdiese el conocimiento.

La muchacha tomó instantes después el colgante de la frente de Nathian y se lo colgó al cuello, ocultándolo bajo sus ropas mientras se ponía de pie. Una gran

bandada de cuervos remontó el vuelo, surgiendo de entre la multitud de cadáveres que cubrían el suelo. La batalla debía de haber sido brutal, a juzgar por el aspecto de los fallecidos y el olor a carne chamuscada. La chica evitó mirarlos en la medida de lo posible, incluyendo al carbonizado cadáver que hubo

de apartar, una vez se había dado cuenta de que bajo él había un superviviente.

El hombre, fuese quien fuese, viviría. La herida del costado ya se había cerrado

y las quemaduras se estaban curando, si bien con lentitud, como si se resistieran

a desaparecer. Innae arrugó el gesto. Hasta ella podía distinguir el olor acre y vomitivo de la nigromancia en este lugar.

No podía hacer nada más por él ni tampoco seguir ignorando la sensación de urgencia que la había acompañado durante su viaje por el desfiladero, pero especialmente en este punto. Una sensación que la conminaba a salir corriendo y

no parar hasta abandonar ese lugar. Parecía empeñada en hacer caso omiso al sentido común y seguir su intuición, aunque la arrastrase a situaciones

peligrosas. Pero se había puesto por dos veces en el camino de un nigromante y

estaba segura de que no tendría tanta suerte si se producía un tercer encuentro.

Necesitaba ocultarse en un lugar seguro y sabía a dónde ir para conseguirlo.

—Athael —murmuró la muchacha para sí misma—. Nada oscuro entrará nunca en el bosque.

†† †† †† †† ††

—No parece que nos sigan —declaró Vaelmir, tras volver de su puesto de observación en un balcón rocoso sobre la ladera de la montaña.

—No podemos fiarnos de las apariencias —dijo Terion—. Aunque muriesen todos en la garganta, tendremos que andarnos con cuidado a partir de ahora.

—El saradio no parará hasta vernos muertos —asintió Kirius con voz lúgubre.

Al menos lo quería muerto a él.

Los tres se encontraban atravesando un solitario valle, al noroeste de la

Lanza de Kuran. Tras abandonar la Garganta del Cuervo, habían cabalgado sin

descanso hacia las montañas. Atravesaron valles y bosques dispersos en su

huida, adentrándose más en las montañas, a pesar de la dificultad del terreno.

Ahora, transcurridas dos jornadas, se dirigían al suroeste, intentando llegar a tierras más bajas. A pesar de que este era un lugar excelente para esconderse de

los hombres de Targun, les hacía perder demasiado tiempo, por no hablar de su

falta de pertrechos.

—¿Estás bien, Kirius? —preguntó Terion, preocupado—. Tienes mala cara.

—Sí. Supongo que encontrarme con el saradio otra vez me ha afectado.

A pesar de sus palabras, lo cierto es que desde aquel día se sentía muy cansado.

—A todos nos vendrá bien salir de las montañas, pero debemos ir con cautela. Puede que nos busquen en el camino hacia Ishmer —apuntó Vaelmir,

desatando a Irla del árbol donde la había dejado.

—Quizá podríamos mezclarnos con los peregrinos —intervino Kirius.

Cualquier cosa era preferible a pasar otro día en las gélidas montañas. Terion lo miró pensativo, sopesando sus palabras. En su mirada había algo más, algo que había asomado a su rostro cuando Kirius había herido a Targun.

—Entre la multitud es imposible que nos encuentren —continuó el muchacho—. Fuera del camino, en cambio, destacaríamos a sus ojos.

—¿Sigue en pie el plan de ir a Ishmer, Terion? —inquirió Vaelmir.

—Así es, pero no nos demoraremos mucho allí.

Kirius sonrió para sus adentros. Por fin vería Ishmer, la ciudad de la Iglesia de los Tres. Al final su camino los conducía a la Peregrinación, como tantos otros. Sin embargo, no se encontraban en las mismas circunstancias que los demás. El resto de los peregrinos no eran perseguidos por un nigromante saradio,

ni debían ocultarse en las montañas, como ellos hacían. Al pensar en ello, toda

su alegría desapareció.

—Iremos por el camino de caravanas hacia el oeste —accedió al fin Terion

—. Evitaremos llamar la atención y usaremos nombres falsos. Si somos cautos,

no deberíamos tener problemas. No sé hasta dónde llega el poder de ese

nigromante, si es que aún está vivo, pero dudo que pueda encontrarnos en medio

de los millares de peregrinos que transitan el camino.

—Oh, está vivo —aseveró Vaelmir— y tiene aliados en Balaeron. No hay otra explicación, ya que descubrió nuestra ruta hacia el oeste.

Él y Terion habían mantenido una discusión el día anterior, pues el isgario pensaba que quizá el nigromante había muerto durante la explosión que sacudió

la Garganta del Cuervo. Vaelmir se obstinaba en decir que Targun había sobrevivido. Kirius también lo creía así.

—Alguien del Palacio del Amanecer —dijo Terion—. Alguien nos ha traicionado.

—¿Minedea? —aventuró Kirius.

La riadarian tenía un interés inusitado en ellos y parecía ser la responsable de enviar a aquel extraño hombre, llamado Keilan, a abordarlo.

—No, al menos no la Minedea de antaño —respondió Terion, mesándose la barba—. Ella desea la reunificación de la vieja Bal Aeronis para después conquistar el Sur. Ayudar al nigromante se opone a sus ideas.

—Dijiste que los saradios son mercenarios —insistió el muchacho—. Quizá lo haya contratado precisamente para que nadie la relacione con nuestra muerte.

—Imposible. Los riadeim detestan cualquier desviación del canon de su magia. En el pasado persiguieron lo que ellos denominaban herejías: la brujería,

la adivinación y la nigromancia. Si supieran que hay alguien en Balaeron con esos poderes no pararían hasta destruirlo. Además, ahora sé que Targun trabaja

para los líderes tarkesios. Minedea puede tener muchos defectos, pero jamás traicionaría a su propio pueblo.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó Kirius—. Hace unas semanas dijiste que no sabías para quien podía trabajar.

—Targun mencionó a alguien. El saradio está aliado con una persona que traicionó a los suyos para servir a la causa tarkesia.

—Malken —adivinó Kirius, recordando el nombre que había dicho Targun—. ¿Es ese el criminal que buscabas en el desierto durante tu exilio?

Terion asintió en silencio. Kirius estaba intrigado por ese hombre. Algo le decía que debía estar relacionado de algún modo con su propia historia.

—¿Qué...? —empezó el muchacho, pero fue interrumpido por un gesto de Terion.

—No es el momento de responder preguntas, Kirius.

Kirius frunció el ceño, contrariado. Vaelmir, que les había estado escuchando en silencio, se interpuso entre ambos.

—Terion tiene razón en una cosa: no es el momento. Sin embargo —comentó Vaelmir, lanzándole una significativa mirada a su amigo—, una vez estemos en Ishmer deberíamos encontrar el tiempo para contar algunas historias

que el muchacho merece oír.

—De acuerdo, en Ishmer —aceptó Terion, después de unos instantes—.

Sólo está a unos días de aquí.

Mientras se ponían de nuevo en marcha, Kirius se consoló pensando que esta vez sí parecían dispuestos a sincerarse con él. La pista de Targun llevaba a

Malken, un traidor isgario, aunque aún no sabía en qué había consistido esa traición que todos mencionaban. Terion había pasado años intentando encontrar

a ese hombre, según lo que había escuchado en la conversación en el Palacio del

Amanecer, para matarlo. ¿Por qué? ¿Qué crimen había cometido para que el príncipe de Isgarad renunciase a todo para ir tras él? Kirius se armó de paciencia.

Sabía que iba a necesitarla.

Cuatro días después, por fin contemplaron la sagrada ciudad de Ishmer. Se encontraba en una planicie a los pies de las últimas montañas de las Niriosh. Era

una urbe de considerables dimensiones, con casas de tejas rojas y amplias calles.

Ishmer había poseído murallas mucho tiempo atrás, pero habían sido derribadas

por orden de los triarcas, ya que la ciudad de la Iglesia de los Tres debía de ser

accesible para todo el que quisiera buscar cobijo en ella. Los edificios de la Iglesia, destacando por encima de los demás el Templo de la Colina, se

encontraban en un altozano cuya cima había sido aplanada, en el centro de la ciudad. La colina, a diferencia de la urbe, estaba circundada por una alta muralla

que la separaba de ella.

Días atrás se habían unido a un grupo de seis mercaderes que, como ellos, pernoctaban en una hostería del camino. Los tres se hicieron pasar por miembros

del gremio de comerciantes que acudían a Ishmer a rendir culto a los restos de

Bade. Tras una noche de cervezas e intercambio de historias, decidieron

compartir el resto del viaje juntos. Vaelmir había urdido el plan de unirse a ellos

con antelación, aduciendo que así se camuflarían mejor entre los peregrinos.

Kirius recordaba poco de esa noche pues había acabado emborrachándose por

primera vez en su vida. Sólo era capaz de acordarse de algunas imágenes, las risas, la alegría y luego de una enorme tristeza al recordar la muerte de Tanam y

Drevol en la Garganta del Cuervo. Poco después Terion se lo había llevado a dormir y, eso era lo más extraño de todo, estaba seguro de que lo había abrazado

y consolado antes de volver con los demás.

Cuando despertó al día siguiente, apenas si recordaba nada de lo ocurrido.

De todas formas, el penetrante dolor de cabeza que tenía le quitaba las ganas de

intentarlo siquiera. Además, había manchas de sangre entre las mantas de su lecho y se dio cuenta de que había sangrado por la nariz durante la noche. Se sentía fatal, con todo el cuerpo tan dolorido como si le hubiese pasado por encima una estampida de caballos salvajes. Lo único que lo reconfortaba era que

los demás parecían estar en un estado casi tan lamentable como él.

Ya en Ishmer, los tres, acompañados de los mercaderes, entraron a la ciudad junto a la marea de peregrinos que llegaba sin cesar desde el gran camino de caravanas. Muchos se detenían en los enormes campamentos que se habían montado a las afueras, pues Ishmer no podía absorber a tanta gente. Otros entraban en la urbe para buscar cobijo o simplemente para ver la ciudad y observar por encima de las murallas la grandeza y magnificencia del Templo de

la Colina, la sede de la Iglesia de los Tres.

Poco después, el pequeño grupo de mercaderes se disolvió. Los seis comerciantes se despidieron, explicando que algún amigo, familiar o socio les esperaba. Terion declinó las educadas ofertas que le hicieron cada uno para que

se hospedasen junto a ellos, aduciendo que ellos también contaban con un anfitrión.

—Otra vez solos —dijo Vaelmir una vez se fue el último de ellos.

—Mejor así —dijo Terion—. Cuanto más tiempo pasásemos junto a ellos, más oportunidades había de que descubriesen que no somos quienes decíamos

ser.

—Esos seis no sospecharían de nosotros ni aunque afirmásemos ser los descendientes de Creonus Eth Merik —replicó Vaelmir con una carcajada.

—Quizá, pero debemos ser cautos. Seguiremos usando los nombres que les dimos hasta que lleguemos a Isgarad.

—¿Cuánto falta para que acabe la Peregrinación? —preguntó Kirius—. Ya he perdido la cuenta de los días.

—Acabará dentro de dos días —contestó Terion—. Esperaremos hasta entonces antes de irnos. Llamáramos demasiado la atención si abandonásemos antes la ciudad.

—Deberíamos buscar una posada para pasar estas dos noches —intervino Vaelmir—. No será fácil encontrar alguna que no esté repleta.

—Quizá tengamos suerte en alguna de las más caras de la ciudad. Al fin y al cabo, se supone que somos prósperos mercaderes. Seguro que conoces alguna,

Vael.

—Claro —gruñó malhumorado el norvadoreano—. Se nota que el oro que hay en nuestra bolsa no es tuyo, si lo fuera pondrías más cuidado en no despilfarrarlo.

Efectivamente, Vaelmir conocía bien las calles de Ishmer y los llevó por aquellas menos atestadas de gente. Aun así, caminar por la ciudad

conduciendo a

las monturas por las riendas les llevó bastante tiempo. Cuando por fin llegaron a

la posada, situada cerca de las puertas de entrada a la Ciudadela de la Iglesia, ya

era noche cerrada. Se llamaba *El Favor de Shezarek* y era un establecimiento lujoso, lejos de lo que podrían costearse la gran mayoría de los peregrinos.

Gracias a eso, pudieron encontrar hospedaje para los tres. Vaelmir torció el gesto

cuando Terion pagó con oro al servicial posadero. Kirius supuso que el conde era

la fuente del dinero que Terion había demostrado tener durante los tiempos en que vivían en la granja. Esa noche no hubo tiempo para nada más, pues para cuando se instalaron en sus habitaciones, ya era muy tarde. Cuando Kirius se metió en la enorme cama con dosel de su habitación, comenzó a llover con

fuerza.

A la mañana siguiente aún llovía y con mayor intensidad, si cabe, que durante la noche. Después de desayunar, Terion los condujo a uno de los

reservados de madera que se encontraban en una sala contigua a la sala común.

Los reservados solían ser utilizados por nobles y gente pudiente para cerrar tratos con discreción, en ocasiones debido a su dudosa legalidad. En pocas

palabras, para hablar sin ser escuchado y eso es lo que hicieron los tres en esa lluviosa mañana.

—Ah, qué recuerdos —comentó Vaelmir mirando hacia la mesa y los

bancos acolchados con una sonrisa traviesa—. ¿Has pagado a alguna vivandera

para que nos alegre la mañana, Terion?

—No —replicó Terion sin seguirle el juego, mientras tomaban asiento—.

¿Aún frecuentas esas compañías?

—Siempre que puedo —aseguró el norvadoreano con una carcajada—. Sin mí, la mitad de los dueños de burdeles de Norvador y Merethia ya estarían en la ruina.

—Lo que tú digas, pero no estamos aquí para eso. No hay mucho que hacer en una mañana como esta, así que es un buen momento para que hablemos.

—Bien, pues hablad —dijo Kirius sin poder evitar ser irónico— y yo escucharé.

—¿Qué quieres saber? —dijo Terion yendo al grano.

—Quiero saber por qué todos dicen que Vaelmir fue el causante de que se produjese la última guerra entre Isgarad y Moradhair. También quiero conocer toda la historia de mis padres y si ese tal Malken tiene algo que ver conmigo.

Sólo eso.

—Sólo eso... —repitió Terion con lentitud—. Algunas historias son más difíciles de contar que otras. Tanto a mí como a Vael nos resulta muy duro hablar

de lo que nos pides, pero es cierto que te lo debemos.

—Así es, Kiriús. La explicación que te prometí en Puerto Kaell ya se ha demorado demasiado —dijo Vaelmir mirándole con atención—. Sin embargo, ya

sabes mucho de lo que me preguntas y no tiene sentido abrumarte con demasiados detalles. Hace doce años el rey Andrid me propuso ser su embajador

para mediar entre Isgarad y Moradhair. Debía afianzar la tregua inestable que mantenían tras su primera guerra. A Norvador, las Ciudades Libres y a la propia

Iglesia les interesaba que hubiese paz en la zona y el nuevo *ardáin* del Dominio, Teorann, parecía muy receptivo, a pesar de que Moradhair había salido

victoriosa unos años antes. El rey Bedius, en cambio, no estaba interesado en la

paz, tan sólo deseaba ganar tiempo para fortalecer y reformar su ejército. Nunca

me han asustado los retos, así que acepté y me pasé los siguientes dos años en Ard Vanan, buscando la manera de que ambos se entendieran junto a Suridheor

Álaenn, un hábil diplomático elegido como representante de los *thains* de Moradhair.

—Pero no lo conseguiste, ¿verdad? —intervino Kiriús.

—Oh, en cierto modo sí que lo hice. El rey Bedius, al final, parecía dispuesto a firmar un tratado de paz, quizá llevado por el rechazo de sus

aliados

a otra guerra. Además, su hijo Arvius se había casado con una mujer del Dominio, pariente del *ardáin*, presuntamente para buscar la paz, aunque se rumoreaba que había otras motivaciones menos nobles tras ese matrimonio.

Terion agitó la cabeza, como si las palabras de Vaelmir lo entristeciesen.

—Maerill... cuando pienso en lo que habrá tenido que sufrir —dijo Terion

en voz baja. Luego su tono se volvió seco—. Mi padre no dejaba que nada lo apartase de sus objetivos. Tan sólo los postergaba para cuando le fuesen más propicios.

—Así es, pero yo entonces me conformaba con un tratado temporal y de conveniencia —admitió Vaelmir—. La sinceridad no existe en el juego de la política, viejo amigo. En todo caso, mis esfuerzos peligraron cuando empecé a sospechar que Suridh no era tan honesto conmigo como pretendía. Ya sabéis que

la confianza no se cuenta entre mis virtudes. Aunque no podía probarlo, tenía la

certeza de que Suridh pretendía hacer fracasar las conversaciones de paz desde

dentro. Muchos en Moradhair deseaban retomar la guerra contra Isgarad, ahora

que parecía que podían vencerles.

»No podía acusar a Suridh, un hombre respetado en toda Moradhair, sin

pruebas y estaba muy cerca de conseguir que se firmara el tratado, así que guardé silencio. Le hice creer que el tratado se firmaría en una de las Ciudades

Libres, en Cealis, y que en Alveran se celebraría un mero acto de cortesía y hermanamiento entre ambas naciones, cuando era precisamente al revés. No

imaginé que el tratado les daba igual y sólo querían derramar sangre y causar dolor, la forma más segura de despertar el odio. Creí que podía ganar a Suridh en

su mismo juego, pero no pude.

—Entonces ocurrió la matanza de Alveran —intervino Terion.

—Así es. Una de las muchas masacres que han ocurrido en esa maldita ciudad —continuó Vaelmir con sus ojos destilando amargura—. Y no sólo allí.

Los conspiradores enviaron una carta al rey Andrid, usando mi rúbrica y mi sello

personal, para hacerles creer que lo invitaba a asistir al acontecimiento. El príncipe Leric, su hijo y... buen amigo mío, decidió viajar a la ciudad de Cealis,

como símbolo de buena voluntad. Alveran y Cealis se convirtieron en trampas mortales para isgarios y norvadoreanos. Todos ellos fueron asesinados durante la

noche, a traición. Cuando las noticias llegaron a Ard Vanan, donde yo estaba, estalló el caos, pues nadie sabía con exactitud qué era lo que había pasado. Al

enterarme de lo sucedido busqué a Suridh con la intención de hacerle confesar.

Al demandarle que me contase la verdad, intentó matarme para silenciarme. Fue

él quien encontró la muerte ese día y yo la desgracia, pues nadie más que yo pudo escuchar de sus moribundos labios la verdad.

—¿Qué te dijo Suridh? —preguntó Kiriús, cada vez más interesado en la historia.

—Que era un enviado de Tarkesia quien estaba tras todo aquello y el que le había dado las órdenes. Con su último aliento me dijo que ese misterioso enviado, llamado Vormath, tomaría esa noche un barco y se internaría en la Marisma de Naitaidh, para huir hacia las tierras sureñas. Sin apenas tiempo, y con los hombres del *ardáin* buscándome para exigirme explicaciones, convencí

a Urian, quien me debía algunos favores, para que me llevase en su nave río abajo hacia la marisma, siguiéndolo. —Vaelmir volvió a callar, mientras jugaba

dando vueltas al anillo con la gran piedra de esmeralda que llevaba en el dedo corazón.

»Alcanzamos al navío de Vormath en la desembocadura del río Ilean y lo abordamos, a sangre y fuego. Vormath resultó no ser exactamente un tarkesio, como Suridh había insinuado, sino un saradio que abandonó el barco, intentando

huir. Lo seguí, dejando a su suerte a Urian y a su tripulación. Me jugaba demasiado como para permitirle escapar, aunque por desgracia murieron muchos

de aquellos hombres sin siquiera saber por qué luchaban. Le di alcance en la orilla sur del río y entonces... —Vaelmir calló de repente, como si sus recuerdos

se volviesen imprecisos llegados a ese punto. Se llevó una mano al corazón, la

bajó y volvió a hablar de forma casi atropellada—. Nos enfrentamos y lo maté, a

pesar de que entonces descubrí que Vormath usaba una magia oscura y terrible,

la nigromancia. Las heridas que me infligió me sumieron en la inconsciencia hasta la mañana siguiente y para entonces ya no había rastro de ninguno de los

barcos.

»Poco después fui arrestado, pero no pude probar que Suridh era un traidor

ni la implicación de Vormath. A su vez, Isgarad me acusó de preparar la matanza

que había ocurrido en Alveran. En definitiva, fui repudiado por todos, aunque el

rey Andrid me otorgó el beneficio de la duda. Hube de ingeniármelas para

escapar de Moradhair ya que sabía que todo apuntaba en mi contra. Temía que el

ardáin pudiera ofrecerle mi cabeza al rey Bedius, para intentar apaciguarlo.

Cuando llegué a mi hogar, fui llamado por el rey para que participase en la inminente guerra contra el Dominio, en alianza con Isgarad y Merethia.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Kirius—. ¿Luchaste contra Moradhair después

de todo lo que habías trabajado para conseguir la paz?

—No tuve otra opción. Era eso o que en mi propio país se me considerara un

traidor. Al menos lo hice en un principio, pero, tras los primeros meses de guerra, no pude seguir luchando contra un pueblo que había aprendido a amar tanto como al mío. Y más cuando el rey Bedius ordenó masacrarlos en represalia

por la muerte de sus dignatarios. Acabé desertando y empeorando las cosas.

Mi

padre me desheredó y renunció a mí como hijo, el rey Andrid me desposeyó de

mis tierras y mi título nobiliario... —Vaelmir hizo una pausa y sonrió sin una pizca de humor—. A partir de entonces fui un paria en casi todo Balaeron y tuve

que huir y esconderme. Cinco años después conseguí que Andrid me escuchara y

que comprobase la veracidad de mis palabras. Él convenció a mi padre para que

volviese a reconocermme como hijo y no al revés, como muchos piensan. Sin

embargo, en Isgarad aún tengo pendiente un juicio por traición, que es tanto como decir que me cortarían la cabeza. En Moradhair ya ni siquiera me espera

un juicio, tan sólo una lenta agonía, en caso de que sea tan estúpido como para

volver allí. Y esa, muchacho, es toda la historia de Vaelmir el Taimado, la Serpiente de Norvador etcétera etcétera —dijo el norvadoreano con una mueca

sarcástica mientras hacía un gesto teatral.

—Un momento, ¿dices que mataste tú solo a un nigromante? —preguntó

Kirius con escepticismo—. Me dijiste, en una ocasión, que eran oponentes formidables.

—Y lo son, como bien sabes. Apuesto a que Suridh me la jugó una última vez al enviarme al encuentro de un nigromante —dijo Vaelmir con gesto

serio—.

Suponía que no iba a sobrevivir a ese encuentro, pero lo hice. Llámalo suerte, habilidad o el favor de los Tres. Esa noche debería haber muerto, pero me salvó

un regalo que me habían hecho tiempo atrás. No sé cómo, pero así fue.

Vaelmir bajó la mirada hacia su mano y Kirius supo de inmediato que el

hombre se estaba refiriendo al anillo con la piedra de esmeralda. ¿Cómo podía salvarle la vida a un hombre aquel anillo? De todas formas, Kirius no quiso preguntarle por la joya ni por la persona que se la había regalado. Un hombre tenía derecho a tener sus secretos y el conde ya se había sincerado lo suficiente

con él.

—Gracias por contarme todo esto, Vaelmir.

—Tenías derecho a saber por qué la cabeza del hombre con el que viajas vale su peso en oro en algunos lugares de Balaeron.

—Las cosas no están tan mal —intervino Terion—. El rey Gilvar ha dejado claro que te da su apoyo. A partir de ahora serás bien recibido en Merethia.

—Merethia nunca me ha preocupado. Llevo años cruzando sus fronteras y no he tenido siquiera que ocultarme —replicó Vaelmir—. Me preocupa el viaje a

Isgarad. Si las cosas salen mal, será mi cabeza la que acabará rodando ante los

pies de tu hermano.

—¿Es en Arvius en quien no confías o en mí? —inquirió Terion, en tono

cortante.

—Oh no, Terion, no me vengas con esas después de todo lo que he hecho por ti. ¿Acaso confías tú en tu hermano? ¿O en lo que encontrarás cuando lleguemos a Isgarad? Quizá yo no sea el único que va a estar en peligro en Derand.

—Lo sé —reconoció Terion con un suspiro—, pero no nos queda otra opción más que arriesgarnos. Vael, si no quieres venir con nosotros lo entenderé.

—¿Estás bromeando? —dijo Vaelmir con el rostro serio—. Nunca he dicho que no quiera ir, sólo que debemos ser cautos. Si puedo evitarlo, no dejaré que

esos estúpidos comiencen otra guerra, aunque dudo que me den las gracias por

ello.

—¿Estaremos en peligro en Isgarad? —intervino Kirius dirigiéndose a Terion—. ¿Aun siendo tú el hermano del rey?

—Eso depende de lo que nos encontremos allí. A veces el rey no es quien verdaderamente ostenta el poder en Isgarad y se comenta que Alladius Gair Dorial, el preceptor y padre de Julius, tiene mucha influencia sobre mi hermano.

También cabe la posibilidad de que Arvius se haya vuelto como nuestro padre:

un tirano. Por más que lo he intentado, sin estar allí, es imposible saber nada

con

seguridad. Ya te lo conté en Almeron, quizá a algunos no les interese mi vuelta a

Isgarad.

—¿Y qué hay sobre mí? —preguntó al fin el muchacho—. Háblame sobre mis padres y sobre ese hombre llamado Malken.

Terion lo miró y cerró los ojos durante unos momentos, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

—Tu padre fue un maestro con la espada y un hombre de principios. Por eso, aunque pertenecía a una familia humilde, fue respetado por sus compañeros de armas.

—¿Qué compañeros? —preguntó Kiriús, inclinándose hacia delante en la mesa.

—Tu padre fue un caballero del Lirio. ¿Te sorprende? —preguntó Terion al ver el rostro de incredulidad del muchacho.

—Sí, aunque... Gaelon me dijo que había sido un soldado de alto rango, y en Isgarad la compañía de mayor prestigio es la Orden del Lirio. Todo encaja.

—Así es. Dalien fue un hombre apreciado entre los caballeros porque, en cierto modo, representaba todo aquello que la orden debería ser y ya no era. Lo

conocí durante nuestra instrucción, cuando éramos más jóvenes que tú ahora.

Poco después, Dalien conoció a tu madre y quedó prendado de ella, pero sabía

que no podía aspirar a ganar su mano. Había otros caballeros de más prestigio y

de poderosas familias que la pretendían. Entre ellos estaba Malkius Gair Dorial, luego conocido como Malken.

—Espera —intervino Kirius—. ¿Dorial? ¿No es esa la misma familia...?

—Sí —lo interrumpió Terion—. Malkius, o Malken, es tío del embajador

isgario que conociste en Almeron. Por aquellos tiempos era el hijo mayor del preceptor de los caballeros y su heredero, aunque luego el cargo recaería sobre

su hermano menor. Como decía, Malkius pretendía a tu madre y los Dorial son

una familia casi tan poderosa como los Landaver. Sin embargo, tu madre lo rechazaba una y otra vez y Malkius no podía obligarla a que se casara con él.

Menos aun cuando Gadius, tu abuelo materno, no veía con buenos ojos esa

relación. Malkius intentó humillar y ridiculizar a tu padre con la intención de batirse en un duelo con él, pero Dalien no se dejaba arrastrar a su terreno ni desistía en su empeño de conquistar el corazón de Elizheva.

»Por ese entonces, los caballeros de la Orden del Lirio fueron llamados a

luchar en los territorios tarkesios en el Tercer Azote. Malkius comandaba a un gran número de los caballeros, entre ellos a tu padre. Allí se le presentó la oportunidad de deshacerse de él, pues con el tiempo había dejado de verlo sólo

como a un rival y había comenzado a odiarlo con todas sus fuerzas. Escogió a un

centenar de caballeros, incluido tu padre, y los mandó en una carga suicida contra las mejores tropas de Azoria. Sin embargo —continuó relatando Terion

con sus ojos iluminados por un brillo interno—, las cosas no salieron como él esperaba. La habilidad de tu padre le permitió escapar de esa trampa mortal, mientras que Malkius desapareció en una emboscada tarkesia. Se le dio por

muerto, puesto que fue capturado por los guerreros fanáticos de Azoria, que no

hacen prisioneros salvo para torturarlos hasta la muerte.

—¿Qué pasó con mi padre? —preguntó Kirius.

—Al acabar la guerra tu padre volvió a Isgarad, donde acabó por

comprometerse con tu madre. Pero no todos estaban dispuestos a que Elizheva y

Dalien se casaran. El odio que había sembrado Malkius daba sus frutos, aunque

él no estuviera. —La voz de Terion se volvió fría, casi tanto como sus ojos—.

Recuerda que todos en Isgarad, excepto tu abuelo Gadius, se opusieron a ese matrimonio. Incluido Gaelon, amigo y mentor de tu padre, y la misma familia de

Dalien, cuando se acusó injustamente a tu padre de cobardía y deshonor durante

la guerra en el Sur. Mi padre y... —Terion titubeó, indeciso durante unos

momentos— la mayoría de la corte se sumaron a esas acusaciones y se empezó a

hablar de expulsar a Dalien de la orden. Fue entonces cuando tus padres decidieron huir hacia Merethia, pues era el país natal de Gaelon, quien al final se

arrepintió y apoyó a tus padres, acompañándolos en su huida. Sin embargo, la única alternativa que les quedó fue huir hacia el norte, hacia las frías tierras de

los bárbaros, pues mi padre se enfureció por lo que consideraba una falta de respeto a su autoridad y mandó buscarlos y arrestarlos. Una vez en el Yermo Helado, cruzadas las montañas al norte de Isgarad, pasaron muchos meses escondidos en uno de los poblados de las gentes que habitan aquellas tierras.

Gaelon los casó y tu madre quedó embarazada de ti. Su idea era esperar hasta que tu madre diese a luz y entonces buscar una ruta que los llevase a Merethia.

Sin embargo, entonces recibieron noticias inquietantes de lo que sucedía en Isgarad.

—¿Qué noticias? —inquirió Kirius.

—Que el rey Bedius los buscaba con la intención de capturar y juzgar a Dalien. También supieron que tu abuelo, Gadius, había muerto, asesinado por alguien llamado Malken. Y así ocurrió. Malkius volvió a Isgarad, aunque ahora

se hacía llamar Malken, para buscar a tu madre y llevársela con él a Tarkesia.

Aunque en un principio nos engañó, argumentando que había podido escapar de

su cautiverio, ya no era el mismo. No sé qué hicieron con él durante esos dos años, pero ahora era fiel a la causa tarkesia y su corazón se había vuelto

oscuro y

malvado. Mi padre, al enterarse de su traición y de que era el responsable de la

muerte de tu abuelo, y de la de otros muchos inocentes más, envió a un grupo comandado por mí tras él. Mientras tanto tus padres decidieron huir del poblado,

pues ya no era seguro, y se dirigieron al este, a través de montañas y de valles

helados. Un viaje extremadamente duro, a finales del otoño, en el que tu madre

enfermó.

»Una noche, ella no pudo más y los tres se refugiaron en unas viejas ruinas

cercanas a una enorme grieta humeante en la tierra. Allí, tu madre murió contigo

en sus brazos tras darte a luz. Para entonces Dalien ya había comprendido que Malken y sus mercenarios estaban cerca, siguiendo su pista. Sabía que nunca conseguirían escapar y estaba hundido por la muerte de tu madre.

Tomó la

decisión de entregarte a Gaelon para que huyese contigo, mientras él se quedaba

junto a su amada, llorando su pérdida. De lo que ocurrió entonces, no estoy seguro. Sólo sé que cuando llegué junto a mis hombres a la grieta, encontré a Dalien moribundo. Malken lo había dejado malherido, negándole una muerte

rápida y honorable. Él me contó muchas de las cosas que yo te estoy contando

ahora e insistió en que le hiciera una promesa: que, si llegaba el caso, cuidaría de

ti. Poco después, murió. Fue como si... necesitase saber que alguien se ocuparía

de protegerte para poder irse en paz.

Terion calló entonces, con varias emociones cruzando de forma fugaz por su rostro. Kirius sentía las lágrimas caer de sus ojos sin que pudiera evitarlo. La historia de sus padres lo había conmovido profundamente. La emoción de

saberlo todo al fin hacía que le costase respirar. Era muy injusto lo que habían

tenido que sufrir por el mero hecho de amarse. Por culpa de Malken. Un traidor.

Un asesino.

—¿Y Malken? —preguntó el muchacho con voz acerada—. ¿Qué pasó con él?

—Lo seguimos —dijo Terion mirándolo con tristeza mientras se frotaba distraídamente la cicatriz que tenía en la cara interior del brazo— y lo alcanzamos. Llegué a enfrentarme a él, pero acabó huyendo al amparo de la oscuridad. Después de eso le perdí la pista y mucho más tarde supe que había vuelto a Tarkesia. Cuando regresé a Isgarad decidí marcharme y... Ya conoces el

resto de la historia. Creo que ya imaginas por ti mismo la relación entre el saradio y Malken. Estoy seguro de que fue él quien lo contrató y lo envió al norte, para acabar con todos aquellos que tienen que ver con Elizheva y tu padre.

Al principio me resistí a creerlo porque en Azoria, donde se esconde Malken, los

saradios no son bienvenidos, pero las evidencias ahora sugieren lo contrario.
Él

es quien está tras todo lo que te ha ocurrido.

Vaelmir rompió su silencio al levantarse de la mesa. Kiriús se sobresaltó al ver la dureza en la mirada del conde.

—Ya está todo dicho —comentó en tono ligero, a pesar de su mirada—, así que me marchó a estirar un poco las piernas.

Dicho lo cual salió del reservado, descorriendo la cortina, sin mirar atrás.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Kiriús, desconcertado.

—No te preocupes por él, se le pasará —dijo el isgario mirándolo mientras se iba—. Como dije, no nos es fácil ni grato hablar de estas cosas.

Kiriús asintió, no demasiado convencido. Terion también se incorporó y ambos dejaron el reservado. La lluvia seguía cayendo sobre Ishmer. A Kiriús no

le importó. Los cielos lloraban, casi como si compartiesen su propio estado de ánimo.

19. Cuando el mundo se tambalea

Dyan Merion tomó la vieja hoja de pergamino con una delicadeza que recordaba

a la que usaría una madre para coger a un recién nacido. Claro que él no sabía mucho de niños ni de mujeres. Era uno de los inconvenientes de haber consagrado su vida a servir a los Tres. Un inconveniente que hacía mucho

tiempo que ya no le perturbaba. Él de lo que sabía era de libros y pergaminos,
y

de su estudio.

El pergamino ajado y amarillento que depositó sobre la mesa de estudio era uno de los más antiguos y preciados documentos que un historiador podía soñar

con estudiar. A pesar de no ser la primera ocasión en que se le había

encomendado la tarea de estudiar un fragmento del *Libro de Euhm*, Dyan sentía

como si lo fuese. Los nervios y la excitación que sentía al leer la estilizada caligrafía de Namrid Aeskelus no menguaban nunca. Los triarcas eran reacios a

dejar leer los pocos restos de la obra original que aún se conservaban. En realidad, que Dyan supiera, tan sólo él y un puñado de sacerdotes más eran los

afortunados que, muy de tanto en tanto, recibían algún pergamino para su estudio.

Con gesto concentrado, preparó una hoja en blanco, tintero, pluma y arena.

Lo necesario para tomar notas que luego entregaría al prelado Deilmar quien, a

su vez, las presentaría ante los triarcas. Lo que estos hacían con sus notas y comentarios era un misterio para Dyan. Quizá discutían durante horas sobre sus

teorías, rebatiéndolas o apoyándolas, o quizá sus manuscritos eran usados para alimentar el fuego de la chimenea de alguno de los tres. A él no le importaba, siempre y cuando pudiese disfrutar de la posibilidad de leer una

porción más del

Libro de Euhm. Sin más dilación, se enfrascó en la lectura de aquel minúsculo fragmento de la historia del mundo.

—¿Qué es la primavera, querido amigo?

Acontecía entonces el año 1317 desde la fundación de Euhm, y era el decimoquinto año de reinado de los Pacificadores, la ilustre reina Tarkys Ithdraen y el noble rey Aeron Saandeth. Nos encontrábamos, la reina y yo, en el palacio llamado por los humanos Searhd y por los eliir, Al

´Talerian. Mi señor Aeron estaba, como tantas otras veces, en el norte con los colonos, supervisando los nuevos asentamientos en aquellas lejanas y salvajes tierras. La reina se sentaba en el alfeizar de la ventana, observando abstraída la marea de rosas carmesíes, que se mecían al ritmo del viento en los jardines de palacio. Aunque nunca hablaba de ello, era evidente su tristeza por estar lejos de su amado.

Dyan hizo una pausa, cavilando acerca de lo que había leído, mientras la

pluma empezaba un baile frenético sobre el pergamino en blanco. Tarkys y

Aeron eran nombres míticos, aunque ya olvidados por buena parte del pueblo balaeriano. Tarkys fue naethimia y Aeron un dhaelar, como se conocía entonces

a tarkesios y balaerianos, respectivamente. Los nombres que designaban a ambos

pueblos cambiaron en su honor, tras su muerte. Ellos fueron los primeros reyes

de sus respectivos pueblos y se casaron, forjando un reino que ocupaba todas las

tierras conocidas del continente, al que llamaron Elaranne. La capital de su gran

nación fue Euhm, la Primera Ciudad. Eran conocidos como los Pacificadores, debido a la paz y prosperidad que trajeron tras una larga época plagada de desgracias, tumultos y tiranos. En teoría su intención había sido unificar ambos

pueblos bajo el mandato de sus descendientes, pero las cosas no salieron como

esperaban. Su primogénito murió siendo joven y finalmente su hija reinó en Tarkesia y su segundo hijo en Bal Aeronis. Aun así, mientras ambos vivieron, a

todos los efectos balaerianos y tarkesios formaron parte de un mismo pueblo.

Le intrigaban los términos usados por Aeskelus para referirse al palacio.

Searhd era una palabra de la antigua lengua hablada en Euhm que significaba orden o gobierno. *Al'Talerian* pertenecía al eliroth, la lengua eliid, y significaba algo así como brillo de la esperanza. Era muy difícil dar una traducción exacta a

las etéreas y alegóricas palabras del eliroth. Dyan terminó sus anotaciones y volvió a leer el manuscrito con avidez.

—¿La primavera, mi reina? —pregunté yo a mi vez—. Ya lo sabéis.

—Quiero que me lo expliques tú. Imagina que soy una niña y te pido que me la describas —

replicó ella poniendo toda su atención en mí y olvidándose de las rosas.

No pude evitar sonreír al pensar en ella como una niña. La había conocido cuando era una muchacha, demasiado joven para las responsabilidades que había debido llevar; la vida había hecho que madurase mucho antes de que fuese su tiempo.

—De acuerdo. La primavera es ese tiempo en el que la vida renace y se

renueva, tras la marcha del invierno.

Ella me miró con ojos apagados y tristes. Reconocí esa mirada y supe que lo que iba a decirme revestía una gran importancia, aunque no fuese evidente. Entonces me hice la promesa de que dejaría escritas sus palabras para la posteridad en mis humildes crónicas de su reinado.

Dyan suspiró, maravillado. A menudo se preguntaba qué pensaría Namrid

Aeskelus si supiera que su obra, una mezcla de las crónicas del reinado de los Pacificadores, sus pensamientos y varios diálogos, se convertiría, más de un milenio después, en la base para escribir el *Triridion*, el libro santo.

—Si eso es la primavera, ¿puede entonces existir sin el paso anterior de un invierno? —

preguntó la reina, levantándose y acercándose a mí—. Dime, ¿no sería un desastre que un buen día los Radiantes decidieran ahorrarnos los rigores del hielo y el frío?

—Así es, pues entonces estaríamos atrapados en un otoño sin fin. ¿Adónde queréis ir a parar, mi reina? Estoy demasiado ciego para verlo.

—No estás ciego, querido amigo. Tú ves tanto como el vigía más diestro. Si no me comprendes es porque mi vista es como la del halcón mejor entrenado. —Ella se sentó a mi lado y me sonrió—.

Te lo explicaré. El Jardín lleva siglos marchitándose y menguando. El desierto acabará por adueñarse de él y enterrará todo vestigio de nuestra civilización. Yo he visto arder a Euhm, he visto

guerra, una plaga de sangre y una oscuridad creciente que no consigo desentrañar. Hay grietas en nuestro mundo que no dejarán de ensancharse hasta romperlo. Todo eso anuncia la llegada de nuestro otoño y de un terrible invierno futuro. ¿Crees que eso podría ocurrir si los Radiantes nos protegiesen?

—Entiendo —dije yo. La reina apenas hablaba de sus visiones en las Aguas

Soñadoras, pero en ocasiones la había visto llorar durante días después de contemplarlas—. Queréis decir que el ciclo debe continuar, para que Elaranne tenga la oportunidad de renovarse y curar.

—Así es —asintió ella mientras volvía a su posición en la ventana y contemplaba, una vez más, el mar de rosas carmesíes—. Pero no sé si tendremos la fuerza suficiente para encontrar esa primavera que dejamos atrás con demasiada rapidez. Hay mucho dolor, errores y enemigos en nuestro camino.

Yo tampoco lo sabía, pero a partir de entonces recé cada día a los Radiantes para que nos ayudasen a hallarla.

Dyan leyó y releyó las últimas líneas y al final sólo encontró una

interpretación posible. Tarkys, de la que se decía que había poseído poderes tan

increíbles que se la llegó a adorar como una divinidad en tiempos pasados en Tarkesia, creía que en un tiempo venidero los dioses abandonarían a la

humanidad a su suerte. En tiempos de Bal Aeronis a los Tres se les conocía como los Radiantes. Había muchas discrepancias con el dogma actual de la

Iglesia de los Tres, pero era lógico, teniendo en cuenta que habían transcurrido

casi dos milenios desde aquello. Una cantidad de tiempo enorme que hacía que,

cada vez que estudiaba un nuevo fragmento del *Libro de Euhm*, la lectura acabase generándole más dudas que certezas. En cualquier caso, no era de

extrañar que los triarcas hubiesen mantenido aquel fragmento oculto.

Agitando la cabeza casi con pesar, procedió a redactar sus conclusiones.

Siempre le facilitaban fragmentos tan breves... Cuando apenas había escrito dos

frases, la puerta se abrió un instante después de que sonara un leve golpe en ella.

Dyan levantó la mirada, intentando ocultar su irritación.

—Disculpas, hermano Merion —El que hablaba era un sacerdote bajo, regordete y calvo, llamado Seam Veliar—, pero el prelado Deilmar requiere de

tu presencia ahora mismo.

Dyan abrió la boca para protestar, contrariado, pero se contuvo. Seam Veliar era un hombre conocido por su afabilidad. Sería injusto pagar su frustración con

él.

—Esperaba disponer de más tiempo para el estudio de este fragmento.

—Me temo que es urgente, hermano. Sé cómo te sientes, a veces yo también tengo la sensación de que pasamos más tiempo atendiendo formalidades e inmersos en la burocracia, que no atendiendo a nuestras verdaderas tareas. —

Veliar le sonrió, comprensivo—. Uno de los adjuntos del bibliotecario mayor custodiará el pergamino de vuelta a los archivos sacros.

Dyan bajó los hombros, derrotado. Sabía cuándo debía obedecer y los prelados eran la voz de los triarcas dentro de la Iglesia de los Tres.

Acompañado por Veliar, salió del conglomerado de edificios que componía el área de bibliotecas y escribanías y puso rumbo hacia los edificios

administrativos. Dyan miró al imponente Templo de la Colina, que presidía el

lugar desde la cima. Hoy no era un día cualquiera en la apacible y rutinaria vida

de la Ciudadela de la Iglesia. Hoy finalizaba la Peregrinación y a no mucho tardar la colina estaría abarrotada de los feligreses que asistirían al rito que se celebraría en el templo. Pero eso sería a media mañana. Ahora, cuando apenas hacía una hora que había amanecido, sólo se veían las apresuradas figuras de los

hermanos que cumplían con sus tareas, preparando el evento.

Un tiempo después, Dyan se encontró llamando a la puerta de las estancias del prelado Deilmar. Antes de marcharse, Seam Veliar le había asegurado que se

encontraría con él después.

—Adelante —dijo la profunda voz del prelado desde el otro lado de la puerta.

Deilmar le esperaba sentado al otro lado de un voluminoso escritorio de madera de tejo. El religioso, un norvadoreano alto y corpulento, resultaba una figura imponente envuelto en su túnica granate decorada con abundantes filigranas doradas.

—Ah, hermano Merion, aquí estás. Siéntate.

—Prelado Deilmar, antes quisiera comunicaros que no he terminado mi tarea. Os ruego que volváis a facilitarme el fragmento para...

—¡Olvídate de eso! —interrumpió Deilmar, alzando el tono—. Dyan, la repetida lectura de esos textos puede nublar el juicio. Por eso, y por otras razones, debes agradecerme que te encomiende una tarea digna de ti. Una

tarea

delicada y de la que nadie, aparte de los que estamos aquí, debe conocer palabra

alguna.

Fue entonces, y sólo entonces, que Dyan reparó en las dos personas que

entraban a la sala procedentes de otra estancia anexa. Una era un desconocido, aunque vestía con los ropajes que lo señalaban como un reverendo de la Iglesia.

No obstante, fue el otro, vestido con una pesada capa con capucha, el que hizo

que soltase una exclamación y se arrodillase en cuanto se descubrió el rostro.

Cuando abandonó las dependencias del prelado, Seam Veliar lo esperaba, tal y cómo le había prometido. El sacerdote se acercó a él, con la mirada preocupada.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué noticias te han dado?

Dyan se dio cuenta de que sus manos temblaban y que se las estaba

estrujando, inquieto. Inspiró profundamente, flexionó los dedos y le sonrió al otro sacerdote.

—Lo estoy, hermano. Es sólo que me han comunicado que debo partir de viaje hoy mismo y no me gusta... eh... viajar.

—Lo sé —dijo Veliar, con seriedad—. Se me ha encomendado la tarea de

acompañarte en tu viaje y de velar por tus necesidades hasta que lleguemos a nuestro destino, aunque no me han dado ningún detalle más al respecto.

Dyan suspiró, aliviado. Iba a necesitar la ayuda de un hombre como Veliar para poder afrontar la inmensa tarea que acababan de poner sobre sus hombros.

†† †† †† †† ††

A media mañana, las todavía mojadas calles de Ishmer eran un hervidero de gente. Kirius, Vaelmir y Terion se encontraban en uno de los balcones de *El Favor de Shezarel*, observando la llegada de autoridades a la ciudadela. Habían decidido quedarse en la ciudad hasta el atardecer y partir entonces. No serían los

únicos que lo harían, así que no llamarían demasiado la atención, si el saradio aún les seguía. Los dos hombres cada vez estaban más convencidos de que ya no

eran seguidos y, viendo a toda esa gente ir y venir con la normalidad plasmada

en el rostro, Kirius también empezaba a creerlo.

Vaelmir les había explicado que hoy se celebrarían tres ceremonias. Una en el Templo de la Colina, a la que por tradición sólo asistiría la nobleza llegada desde toda Balaeron, otra en el templo de la ciudad y una última en el campamento montado a las afueras de la urbe. Kirius hubiese querido ir al Templo de la Colina, pues ardía en deseos de contemplarlo desde dentro, pero sabía que era imposible.

—Deberíamos ir a la Ciudadela de la Iglesia —propuso Vaelmir de improviso, volviéndose hacia ellos.

Al parecer el conde podía leerle el pensamiento.

—Me gustaría mucho —dijo Kirius, sonriéndole—. Pero ¿nos permitirían entrar?

—¿Acaso no soy el señor de Aldremhem? —dijo Vaelmir con fingida indignación—. Es cierto que no suelo seguir el protocolo, pero en Ishmer me conocen. Nos dejarán pasar en cuanto hable con algunos conocidos.

Terion movió la cabeza, no muy convencido de la idea. Desde la noche anterior él y Vaelmir parecían haber intercambiado sus papeles. El conde estaba

de muy buen humor, mientras el príncipe se había sumido en un ánimo melancólico.

—No sé si es buena idea, no quiero que nadie me identifique como Therius. Estoy seguro de que habrá representantes de varias familias nobles de Isgarad.

—Hoy será un buen día para enterarse de las últimas desgracias ocurridas en el mundo, Terion, seguro que no se habla de otra cosa. Además, ya sabes cómo

evitar a tu gente. Serán los cabrones altivos de ojos azules a los que nadie se quiere acercar.

—Quizá tengas razón —Terion esbozó una débil sonrisa ante las palabras de su amigo—, pero dentro de poco formaré parte de ese mundo, otra vez.

—¿Y dónde está el problema? —prosiguió Vaelmir, encogiéndose de hombros—. Desde mi vuelta a Norvador apenas he pisado la corte del rey

Andrid, y no ha sido sólo para evitar a espías, asesinos y a las amantes despechadas.

—Tú puedes permitirte ese lujo.

—Y por eso mi vida es tan feliz —se burló Vaelmir—. Esperad aquí mientras utilizo un poco mi influencia y la de mi padre para que podamos entrar

en la ciudadela. Espero que esto no vaya a convertirse en una maldita costumbre.

El conde de Aldremhem los dejó en su puesto de observación y se introdujo en *El Favor de Shezarel*. Al cabo de un rato Kirus lo vio salir de la posada, bajo el balcón, avanzando entre la marea de gente, pues la mayoría iba a la parte baja

de la ciudad. Tras perderlo de vista desvió la mirada hacia las inmediaciones de

la muralla que dividía a la ciudad. Una multitud flanqueaba la avenida que llevaba a los enormes portones de entrada a la ciudadela. La gente vitoreaba y lanzaba flores al paso de las autoridades, la mayoría acompañada por una guardia de honor.

Mientras esperaban se dedicaron a observar a las comitivas en silencio. En primer lugar, pasó a pie un musculoso norvadoreano, con una gran espada ceremonial al costado, rodeado de una decena de soldados de infantería. El noble, fuese quien fuese, saludó con la mano al gentío, haciendo que se levantasen una multitud de vítores.

Después desfilaron varias hileras de lanceros y caballería mereciana y, en su

centro, seis jinetes de porte distinguido y ricas ropas, lores y sires enviados como

representación por el rey Gilvar. Ver la enseña mereciana recordó a Kirius la muerte de Nathian y su encuentro con la reina Jelanie. Dudaba que las malas nuevas hubiesen llegado aún a Almeron, al menos no a esta comitiva, que habría

salido de la ciudad más o menos al mismo tiempo que ellos. Terion había descartado la posibilidad de enviar noticias contando lo sucedido. Si alguien los

había vendido una vez al saradio, podía volver a hacerlo. No obstante, Kirius se

sentía mal al pensar en la reina y la preocupación que debía sentir por ellos.

La siguiente comitiva capturó su atención. Más de dos docenas de caballeros del Lirio cabalgaban escoltando a un fastuoso carruaje tirado por cuatro sementales blancos. Su enseña, un lirio blanco y una espada sobre un fondo azul

claro, ondeaba a la cabeza de la comitiva. Otro estandarte mostraba tres espadas,

formando un triángulo con el vértice hacia abajo, bajo una corona de oro. Los pasajeros del carruaje no saludaron ni se mostraron a la multitud, ya que las cortinillas estaban corridas, ocultando su identidad. De todas formas, la atención

de Kirius estaba puesta en los caballeros de serio y orgulloso porte, intentando imaginar si su padre habría sido parecido a ellos. Aún no estaba seguro de qué

pensar respecto a su pertenencia a la orden. Era demasiado pronto como para

que

hubiese asimilado por completo nada de lo dicho por Terion el día anterior. Sólo

estaba seguro de una cosa: si Malken seguía vivo, debía hacerlo pagar por lo que

había hecho; se lo debía a sus padres. Además, era una simple cuestión de supervivencia. A juzgar por el relato de Terion, Malken era un lunático que no pararía hasta verlo muerto.

Sus sombríos pensamientos se vieron cortados en seco cuando, momentos

antes de cruzar las puertas de entrada a la Ciudadela de la Iglesia, una mano apartó la cortinilla del carruaje y un rostro se asomó segundos después. Se trataba de una chica joven, de largo pelo ondulado de color rubio ceniza, piel pálida y vivos ojos azules que escrutaron con interés al gentío. Su rostro desapareció instantes después, cuando el carruaje cruzó las puertas.

—¿La has visto? —preguntó Kirius, dándole un codazo a Terion llevado por el entusiasmo—. Era muy hermosa.

—¿Ver a quién?

A todas luces no había estado observando a las distintas comitivas, sino sumido en sus propios pensamientos.

—A un grupo de caballeros del Lirio escoltando a un carruaje con una joven dentro. Me pregunto quién puede ser.

—Alguna dama de una familia importante —comentó Terion con un súbito brillo de interés en sus ojos azules.

—¿Me he perdido algo? —Ambos se volvieron al oír la voz de Vaelmir. Este

los miraba con una sonrisa socarrona, mientras mostraba un pergamino con el sello de la Iglesia—. ¿No? Bien. He conseguido que nos hagan un hueco en el

Templo de la Colina, pero por supuesto no entraremos por ahí —aclaró, señalando a los grandes portones de entrada—, sino por un lugar con menos ojos

pendientes de nosotros.

—Bien —alabó Terion, palmeando el hombro de su amigo—. Muy bien, Vael. ¿A quién has tenido que sobornar para conseguirlo?

—No ha hecho falta. Estas puertas son utilizadas por los nobles de mayor rango y popularidad. Los demás acceden a la ciudadela por otra entrada menos

concurrida. Hablando de entrar, hagámoslo ya, se está haciendo tarde —sentenció Vaelmir, tras echar un vistazo a la posición del sol en el cielo.

Sin más demora, abandonaron la posada y se dirigieron hacia la otra entrada a la ciudadela, en el extremo opuesto de la ciudad. Mientras caminaban oyeron

repicar varias veces las campanas del Templo de la Colina, cuyo sonido se elevaba por encima del ruido de la ciudad. Era la llamada que avisaba de que el

rito estaba próximo a su comienzo. Para cuando llegaron, ya había transcurrido

casi una hora, pues el gentío en las calles les había retrasado mucho. Tal y como

Vaelmir había asegurado, apenas se veía a media docena de soldados de la milicia de la Iglesia, guardando la entrada junto a un sacerdote de rostro complaciente. Cuando el conde le entregó el salvoconducto con el sello de la Iglesia que los identificaba, los dejó pasar con un gesto de aquiescencia, aunque no antes de que hubiesen dejado sus armas al cuidado del capitán de los guardias con la promesa de devolvérselas a la salida. Estaba prohibido entrar armado a la ciudadela.

—Ya estamos dentro de la Ciudadela de la Iglesia, en la Colina de las

Verdades Reveladas. Dicen que aquí fue donde Bade vio al dios Shezarel y este

le encomendó la tarea de levantar el templo más magnífico que jamás hubiese existido —comentó Vaelmir tras haber cruzado las murallas—. De los tres, tú eres el único que nunca ha estado aquí, Kirius. ¿Qué te parece?

El muchacho observó con detenimiento a su alrededor, antes de contestar. El camino enlosado por el que caminaban relucía con destellos blancos, en las raras

ocasiones en que los rayos del sol se filtraban por entre la capa de nubes. Se dividía en varios ramales secundarios que llevaban a fuentes, parques y

estanques que se extendían a izquierda y derecha, hasta donde alcanzaba la vista.

Kirius distinguió una serie de campos de cultivo de hortalizas y viñedos, a lo lejos, hacia el oeste. El camino principal, sin embargo, se dirigía hacia arriba, subiendo de forma zigzagueante la colina e interrumpido en algunos lugares,

cuando la pendiente era muy abrupta, por tramos de escaleras. Nuevos caminos

secundarios partían de este en dirección a edificios que se veían aquí y allá, a lo

largo de la falda y la ladera de la colina. Los edificios, de piedra rojiza y amplias

columnatas, habían sido construidos con manifiesta habilidad, utilizando la pendiente, en ocasiones aplanándola y en otras valiéndose de columnas y del apoyo de edificios adyacentes. En la cima se levantaba el edificio que dominaba

a todos los demás por su grandeza y majestuosidad, el Templo de la Colina. Era

un edificio con planta en forma de «T», con tres altas torres y fachadas, una al

final de cada uno de los tres brazos, y una enorme cúpula dorada en el lugar en

que estos se encontraban. Multitud de contrafuertes ayudaban a mantener en pie

a la titánica estructura. Kiriús nunca había visto nada igual. El Templo de la Colina era un edificio sobrecogedor por su diseño, grandeza y el halo de santidad

que lo rodeaba.

—Es... increíble —dijo Kiriús, intentando en vano encontrar las palabras adecuadas—. Da la impresión de que fue el mismo Shezareel quien levantó el templo.

—Diría que ningún dios está por la labor de ponerse a desbastar y labrar la piedra. El sudor es una característica exclusiva de los hombres —dijo Vaelmir, con sorna—. Fueron necesarios más de cien años para construir el templo. Un trabajo digno de admiración, seguro, pero muy humano.

Kirius asintió, pensando en que no por ello resultaba menos impresionante a sus ojos. De vez en cuando, la humanidad era capaz de crear una belleza cuasi divina.

El camino hacia el templo no estaba vacío, sino que aquí y allá se veían pequeños grupos, algunos guiados por un sacerdote. Mientras ascendían, siguiendo los vericuetos del empinado camino, Kirius iba observando a aquellos

nobles, preguntándose no por primera vez qué hacía él entre ellos. Eran las ventajas de tener unos amigos como Terion y Vaelmir.

Al coronar la colina se encontraron en la explanada que rodeaba al templo.

Estaba repleta de gente que iba y venía, no sólo nobles provenientes de toda la

geografía de Balaeron, sino también de sacerdotes que los atendían, sirvientes, tanto de la Iglesia como de los propios nobles, y guardias eclesiásticos de casaca

blanca y púrpura que cuidaban de que todo se desarrollase con normalidad.

Cuando se internaron entre el gentío, con la intención de llegar a la fachada oeste

del templo, Terion se detuvo de improviso, escudriñando entre la muchedumbre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kirius.

—He visto a alguien conocido —les dijo Terion—. Debo hablar con él.

Seguid sin mí, ya os veré más tarde en la posada.

Sin esperar contestación, se introdujo entre la gente y al poco rato

desapareció de su vista. Kirius y Vaelmir compartieron una mirada de extrañeza.

—No te preocupes por él, estará bien en unos días —dijo Vaelmir—. No le gusta hablar de ciertas cosas, eso es todo.

—Sois tal para cual —murmuró Kirius.

—No creas. Éramos muy diferentes, tanto que nadie comprendía cómo empezó nuestra amistad. Aunque supongo que eso ya forma parte del pasado; las

cicatrices hacen que todos nos asemejemos más de lo que nos gustaría.

—Hay algo que él no me ha contado aún, ¿verdad?

—Lo hay —dijo Vaelmir con lentitud—. Para él todo aquello fue muy doloroso y se siente culpable por no haber podido detener a Malken a tiempo, y

por el papel que jugó su padre. Te daré un consejo: no lo presiones más. Sabes

tan bien como yo que es un hombre difícil, pero os une algo muy fuerte y él...

tiene miedo de hacerte daño. Dale tiempo. Una vez lleguemos a Isgarad, las cosas serán distintas.

—Dejaré que sea él quien decida —aceptó Kirius.

Lo que menos deseaba en el mundo era causarle dolor a Terion quien, de algún modo lo sabía, ya había sufrido demasiado en la vida.

—Eso está bien —lo alabó Vaelmir mientras le sonreía—. Nos hemos quedado solos, así que te propongo que cada uno vaya por su lado. A mí no me

interesa ver la ceremonia ya que, por si no lo has notado, no soy un hombre con

demasiada fe. Sólo he querido venir para recabar un poco de información. ¿Qué

dices?

—¿Separarnos? —No era mala idea, así podría ir adonde quisiera y reflexionar un poco—. De acuerdo, hagámoslo así.

—Recuerda, debes estar en la posada tres horas antes del anochecer. No temas, Ishmer es hoy, probablemente, la ciudad más segura de Balaeron.

Sin más preámbulos, el norvadoreano se marchó y se fundió con la multitud.

Kirius hizo lo mismo en dirección al templo. Estar solo le vendría bien. Así podría poner en orden sus ideas después de lo que había escuchado el día

anterior. Además, ambos hombres estaban de un humor extraño que lo ponía

nervioso. Mientras caminaba llegaron a sus oídos retazos de conversaciones del

gentío que lo rodeaba.

—Dama Freitya, cuanto tiempo sin veros. Lamento el accidente de vuestro

esposo en mis tierras. Espero que haya mejorado de esa horrible herida en la cabeza —decía un norvadoreano de amplio mostacho, poblada barba y mirada

fría, a una mujer de aspecto indignado. Al oírle, ella se volvió con el rostro congestionado por la rabia.

Kirius agitó la cabeza y siguió caminando. Detestaba a los nobles con sus juegos de poder e hipocresías. Se alegraba de no pertenecer a ese mundo, aunque

ahora debiese relacionarse con él. Gaelon siempre lo había prevenido en contra

de ellos. Ahora sabía el porqué. Había sido Malkius Gair Dorial, un noble, quien

se había interpuesto entre sus padres. Y no parecía que el rey Bedius hubiese sido muy diferente. Era normal que Gaelon los despreciase.

Aunque Terion no le había dicho nada, intuía que se sentía culpable por no haber hecho nada por ayudar a sus padres en aquel momento. Creía saber el motivo. Todo el mundo en Isgarad le había tenido miedo al difunto rey Bedius.

Kirius apretó los labios, pensando en qué clase de tirano debía haber sido para atemorizar de esa manera incluso a su propio hijo.

—Te digo que no queda nadie así en Isgarad. —La frase capturó la atención de Kirius, cuando estaba ya casi frente a la fachada del templo—. El día en que

el príncipe Therius se marchó fue el fin de los verdaderos caballeros.

Tres eran los hombres que se encontraban discutiendo a la izquierda de la

fachada, un tanto apartados del gentío. Los tabardos con la enseña del lirio los identificaban como caballeros. Kirius se acercó a ellos y escuchó su conversación con disimulo, tras oír el nombre de Therius.

—Los verdaderos caballeros desaparecieron con Kiran Brinnair y con el fin de los Dones —intervino otro caballero, de pelo rojizo, con una mueca sarcástica

—. Ya sabéis toda esa mierda que nos sueltan durante la instrucción en Farlaen;

desde la Guerra del Lirio y la Rosa no somos más que la sombra de lo que fuimos. No, yo hablo de los mejores espadachines. Admito que Julius no es

como Therius o como... el Traidor —dijo y escupió en el suelo—, pero lo será en

el futuro.

—Tiene razón —dijo el último de los caballeros, el más joven—. Yo lo vi durante la represión del alzamiento en Alveran y no me gustaría tener que enfrentarme a él.

—Aun así, os digo que Isgarad no volverá a ver durante mucho tiempo a tres caballeros como los que lucharon durante el Tercer Azote: Therius, Dalien y Malkius. Lástima que los tres fallaran a la orden, cada uno a su manera.

Kirius contuvo la respiración. Terion no le había mentado: su padre había sido uno de los mejores caballeros de su tiempo; junto al mismo príncipe y al Traidor, Malken.

—Eso no te lo discuto. Será difícil que volvamos a ver juntos a otros

caballeros como ellos y probablemente sea lo mejor. Ese tipo de rivalidad nunca

puede acabar bien. Vayamos dentro —propuso el caballero de pelo rojizo— y veamos cómo le va a Daerin con lady Alora.

Los otros rieron ante el comentario y luego se dirigieron a la entrada del templo. Kirius hizo lo mismo, aunque pronto quedó claro que le sería imposible

seguir a los caballeros entre todo aquel gentío. Antes de entrar en el gran edificio

desistió de su empeño de seguirlos, preguntándose si lady Alora sería el nombre

de la bella joven que había visto en el carruaje.

Cuando entró en el Templo de la Colina, se encontró con que la ceremonia

ya había empezado. El edificio estaba atestado de gente. La nobleza menor y algunos sirvientes de alto rango se encontraban de pie, no lejos de la entrada.

Allí fue donde permaneció Kirius. Desplazó la mirada a lo largo del templo, que

se elevaba enorme y magnífico sobre su cabeza. Grandes vidrieras de colores, que representaban escenas del *Triridion*, dejaban pasar la luz solar al interior del edificio. Las estatuas del más de centenar de triarcas que habían dirigido la Iglesia de los Tres desde que esta se fundara, observaban a los presentes desde

una serie de nichos en las paredes del edificio. Kirius pensó, observando a las hieráticas figuras, que sus fríos rostros expresaban una inhumana desaprobación.

Se sentía observado y examinado, como si expusiesen su alma a la luz y la desmenuzasen. Y su alma, bien lo sabía, estaba manchada de sangre y locura.

Kirius inspiró y apartó la mirada hacia el interior del templo. La alta nobleza, así como muchos reverendos llegados desde toda Balaeron, se sentaba en varias hileras de bancos de madera. En el crucero del edificio, bajo la enorme cúpula, había tres altares de mármol sobre una alta tarima de piedra. Tenía la esperanza de ver a alguno de los triarcas, pero la lejanía y la gran cantidad de reverendos y sacerdotes que los rodeaban le impedían distinguirlos de los demás.

Sin embargo, podía escuchar sus voces con claridad. El sonido parecía propagarse por el templo acallando murmullos y conversaciones.

—El gran Bade lo avisó, antes de morir —decía la voz de uno de los tres mandatarios de la Iglesia, quizá Ladion, Bade o Kamuel, pues todos los triarcas

recibían los nombres de los fundadores originales de la Iglesia de los Tres—. No

hay que bajar la guardia, pues el mal acecha en cada sombra. Él nos previno en

contra de la perfidia de los tarkesios y dijo que harían pactos con la oscuridad cautiva en las Tierras de la Noche, como ocurrió durante la Guerra del Lirio y la

Rosa. Su deseo siempre fue que nos uniéramos para hacer frente al mal que nos

acecha. Debemos honrar a Bade I, el Fundador. No sólo a sus restos y su recuerdo, sino también a sus deseos y voluntad.

Un murmullo de aprobación se elevó de entre los nobles y religiosos por igual.

—El enemigo espera a que mostremos signos de debilidad para subyugarnos

—sermoneó una nueva voz, otro de los triarcas, aunque Kiriús seguía sin

distinguirlos—. No debemos ser débiles. Los Tres nos inspiran para ser virtuosos

y tener la fortaleza necesaria para destruir a los impíos. El Legado, los regalos que los propios dioses cedieron a nuestro pueblo al principio de los tiempos, es

la prueba de que ellos desean que nos alcemos victoriosos ante la impiedad de los tarkesios. Los Tres aún claman venganza contra ellos por la pérdida del Jardín y la destrucción de la añorada Euhm.

Kiriús agitó la cabeza, contrariado. ¿Era esta la celebración de la Visión de

Bade, de su recuerdo y de la fundación de la Iglesia de los Tres? Los triarcas se

limitaban a arengar a la gente en contra de los tarkesios.

—El pueblo de Balaeron debe tener la determinación suficiente como para ir

a buscar al mal y erradicarlo de nuestro mundo —dijo una tercera voz, más enérgica que las anteriores—. Los Tres demandan que tengamos el valor para

cruzar el Muro de Lágrimas por cuarta vez y castigar a aquellos que albergan la

oscuridad en su corazón. Debemos azotarlos con la cólera sagrada de los Tres.

Ellos piden a su pueblo elegido que aplaste a los blasfemos que los han ofendido

y rechazado.

Un nuevo murmullo se elevó entre los presentes. Los rostros de los

feligreses ya no reflejaban una aprobación unánime. Con esas palabras los triarcas daban su apoyo a un Cuarto Azote, menos de veinte años después de que

se acometiese el último. Kirius suspiró, con un súbito e intenso deseo de salir del gran edificio. Por alguna razón, sentía una gran decepción en su interior.

—¿Kirius? —lo llamó alguien en voz queda a su espalda.

El muchacho se volvió y se encontró cara a cara con un hombre de mediana edad. Vestía una túnica ceremonial negra y granate, que lo identificaba como un

reverendo de la Iglesia. Unos segundos le bastaron para reconocer el pelo

castaño, ya encanecido por las sienes, y la mirada astuta que lo observaba con atención; era el reverendo de Rynad.

—Sois vos, eminencia —dijo un sorprendido Kirius—. Me alegro de veros.

—Lo mismo digo, muchacho. Ven, acompáñame hasta la entrada y podremos hablar con mayor comodidad.

Ambos se dirigieron hacia donde le indicaba el antiguo amigo de Gaelon.

—Ha sido una afortunada casualidad volver a verte —dijo el reverendo, una vez se detuvieron a unos pasos de la salida del templo—, aunque en realidad te

buscaba.

—¿Me buscabais? —preguntó Kirius, sorprendido—. ¿Sabíais que estaba aquí?

—Sí. Hace unos momentos hablé con Terion, a las afueras del templo.

—Entiendo...

El reverendo debía de ser la persona a quien Terion había visto fuera.

—Quería saber cómo te encontrabas, muchacho, y tratar algunos asuntos contigo. Han pasado muchas cosas desde la muerte de Gaelon, pero él te quería

como a un hijo y yo a él como a un hermano. Ambos forjamos una buena amistad aquí en Ishmer hace... ya demasiado tiempo. ¿Sabías que estuvo a punto

de tomar los votos? —El reverendo sonrió ante la expresión de desconcierto del

muchacho—. Pero Gaelon era demasiado obstinado y rebelde para el sacerdocio.

Me gustaría hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte, entre otras cosas,

por esa amistad que mantuve con él.

—No hay nada que podáis hacer por mí, excepto transmitirles mis saludos a

Doiran y... —empezó Kirius, pero luego lo recordó—. ¿Sabéis lo del incendio?

—Sí. Poco antes de abandonar Almeron, me llegó la noticia —dijo con

tristeza—. Se hablaba de muchos muertos, quizá un millar, incluyendo al buen lord Baresil. Una terrible tragedia y los rumores no hacen sino acrecentarla.

Kirius recibió las noticias sintiendo como crecía el dolor en su interior a costa

de la esperanza. Cada vez parecía menos probable que los hermanos hubieran sobrevivido a pesar de lo que le dijera Keilan en Almeron. Aquel lacayo de los riadeim era un mentiroso.

—¿Qué rumores? —preguntó levantando la vista hacia el religioso.

—Muchos testigos afirmaron que vieron un terrible fuego verde y amarillo

—explicó el reverendo tras unos instantes de indecisión—. Juran que las llamas eran imposibles de apagar y que saltaban de un hombre a otro, como si

tuvieran vida propia.

Kirius lo miró, aturdido, mientras una horrible sospecha se abría paso en su

interior, más afilada y dolorosa que la hoja de una espada. Targun, supo de inmediato. Targun había ido a Rynad y la había incendiado, tal y como hiciera con la posada de Fiolbar. Un gemido se le escapó de la garganta al comprender

que, en algún momento, debía de haberle contado a Ediva que él había vivido en

Rynad, en la biblioteca. Sin darse cuenta, había puesto al nigromante tras la pista

de los hermanos.

—No... —susurró, con los ojos anegados en lágrimas.

La gente y el templo a su alrededor comenzaron a dar vueltas, como si todo

su mundo se desequilibrara y estuviera a punto de resquebrajarse. El reverendo

lo sostuvo al ver cómo se desequilibraba.

—Es culpa mía. El nigromante me quería a mí... a mí.

—Nada es culpa tuya, Kirius —le susurró el reverendo mientras hacía que el muchacho apoyase la espalda en una de las columnas adosadas a la pared del templo—. Si te buscan, si te amenazan e intentan destruirte, es porque tienes poder sobre ellos. Piénsalo, Kirius, sabes que tengo razón. Gaelon y yo lo discutimos muchas veces. Lo que sientes, lo que oyes... no eres como los demás,

muchacho. Si la historia ha de repetirse, cómo parece que hará, tú eres más necesario que nunca.

Kirius lo miró sin entender ni una sola palabra de lo que le decía. Los labios del reverendo se movían, pero era incapaz de procesar lo que oía. Sólo era consciente de su propio dolor y de una sofocante sensación de ahogo que iba en

aumento.

—¿Por qué? —preguntó el muchacho, agarrando al religioso de la túnica con una mano trémula al comprender por fin lo que le había dicho—. ¿Qué sabéis de mí?

—Sé que eres un hijo de la tragedia, Kirius, y que Gaelon quiso evitarte más dolor manteniéndote en la ignorancia, pero todo fue en vano. Necesitas toda la ayuda que puedas conseguir y por eso me gustaría que conocieras a alguien. Vas

a necesitar aliados, muchacho, gente que te guíe en tu camino. Supe de vuestro

paso por Almeron y tenía la esperanza de encontraros aquí, en Ishmer, o en el camino hacia Isgarad, y así ha sido. He intentado razonar con Terion, pero no se

fía de la Iglesia; los Tres saben que no puedo culparlo por ello. Ha rechazado mi

ayuda.

—¡Huye! —bramó el Ausente con voz imperiosa—. Abandona este lugar antes de que llegue. ¿Oyes el batir de sus alas?

Kirius se separó de la columna y miró a un lado y a otro, como una bestia enjaulada. Las voces de los triarcas seguían arengando a la entregada multitud,

que permanecía ajena a ellos y a la sensación de inminente desastre que embargaba al muchacho.

—Sé que debes de sentirte confundido, pero debes creerme cuando digo que quiero ayudarte. Ya lo hice en el pasado —dijo el religioso intentando tocar al muchacho en el rostro.

—¡No! Debo irme.

Kirius se sacudió el contacto con brusquedad, sintiendo como la sensación de pavor y urgencia se adueñaba de él. El sonido de un súbito batir de alas y un

graznido le hizo levantar la vista, asustado, pero sobre las cabezas de los feligreses no volaba ningún ave.

—Gioreh —susurró el Ausente, y en su voz había un júbilo casi demente.

A pesar de que no entendió lo que quería decir, la forma de pronunciar aquella palabra le dio escalofríos.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —preguntó el reverendo, tendiéndole la mano

—. Ven conmigo. Te ayudaremos.

Kirius notó un hormigueo en la pierna derecha y bajó la mirada, asustado.

Una mano de piel blanca como la leche y sin uñas le atrapaba el tobillo surgiendo desde el suelo. Un rostro pavoroso, carente de facciones y enmarcado

por un pelo largo, vaporoso y negro, emergía del suelo a su lado. Unas desagradables y gruesas venas carmesíes se le marcaban en el cuello, y un agujero negro apareció donde debería estar su boca en un remedo de grito silencioso. De repente una sombra se abalanzó contra aquel ser y este salió despedido volatilizándose en una lluvia de sangre que cayó sobre el reverendo.

Kirius chilló y retrocedió unos pasos, fuera de sí.

Un fuerte temblor, acompañado por un sonido sordo, agitó los cimientos de la imponente estructura. Las lámparas del techo oscilaron con violencia y el edificio entero se agitó y crujió. El sonido del vidrio rompiéndose se escuchó con claridad cuando las vidrieras explotaron. Mientras tanto, los nobles y los sacerdotes, al percibir como la piedra temblaba bajo sus pies, comenzaron a chillar y unos cuantos corrieron, empujando a los demás en su intento de llegar a

las salidas del templo.

Kirius volvió la vista hacia el reverendo, cuyas ropas ya no estaban cubiertas de sangre. El muchacho no tuvo tiempo de preguntarse si lo había imaginado o

no, puesto que el religioso se llevó la mano que antes le tendiera a la garganta,

como si tuviera dificultades para respirar. El hombre manoteó en el aire, mientras su rostro se iba amarotando. Ante su atónita mirada, el religioso fue derribado por un grupo de los aterrorizados feligreses que intentaban alcanzar la

salida. El reverendo de Rynad cayó al suelo, pisoteado de forma inmisericorde.

Más gente tropezó y cayó, entre gritos de pánico y maldiciones. Kirius fue empujado de forma brusca, recibió varios golpes y fue llevado, casi en volandas,

por la multitud hacia la salida.

Kirius cayó sobre manos y rodillas y rodó por la escalinata del templo, alejándose de aquel embudo de gente que golpeaba, empujaba y aprisionaba.

Apenas fue consciente de que el temblor cesaba de forma tan repentina como había comenzado. Se levantó tosiendo, con un súbito dolor en el pecho, como si

algo se lo estuviera desgarrando. Escupió sangre y se alejó, doblado sobre sí mismo, de la escalinata. Tenía arañazos y magulladuras por todo el cuerpo, pero

el dolor que sentía era como si algo lo estrujase por dentro. Cuando recuperó el

resuello, volvió la mirada hacia la fachada del templo. Vio escenas terribles, de

gente atrapada, sangrando y asfixiándose. Los diáconos, sirvientes y soldados de

la milicia de la Iglesia corrían hacia el lugar, para ayudar a la gente. Al cabo de

un rato Kirius los imitó, de forma inconsciente. Era imposible contemplar aquello sin intervenir.

—Sabe que estás aquí —advirtió el Ausente—. ¡Huye!

Kirius fue incapaz de hacerle caso mientras ayudaba a ponerse en pie a un hombre obeso al que le faltaba la respiración. Estaba ido, como si fuese incapaz

de tomar el control de sus actos. Sin saber si nada de aquello era real o no.

La estampida cesó y los nobles recobraron poco a poco la compostura, gracias a los sacerdotes que iban de un lado a otro pidiendo calma. Los diáconos

y otros sirvientes se afanaban ya en tratar las magulladuras de peor aspecto y de

cuidar a quienes habían perdido la consciencia. No lejos vio a una niña de pelo

de bucles cobrizos adornado con cuentas llorar desconsolada, sin ningún adulto a

su lado. Sus facciones y ropas la señalaban como moradheana. Kirius la miró, aturdido, pero cuando se disponía a acudir junto a ella, empezaron a sacar los cadáveres del interior del Templo de la Colina.

El primero fue el del reverendo de Rynad.

Tendieron al religioso y a los otros ocho cadáveres en la explanada, sobre la hierba. El reverendo permanecía desmadejado con una indeleble expresión de agonía en el rostro que permanecía más allá de su muerte. Sus ojos estaban cerrados, pero no parecía estar descansando en absoluto. Kirius se acercó a

sus

pies, tal y cómo hacía una pequeña multitud que se iba congregando para velar a

los muertos. Al observar el rostro crispado del fallecido se sintió avergonzado.

El viejo amigo de Gaelon se había ofrecido a ayudarlo y él lo había rechazado por culpa del Ausente y de sus dementes delirios.

«No tiene sangre en las ropas —pensó Kirius, observándolo—. Nada me agarró de la pierna ni había ningún ave, ¿verdad?».

Agitó la cabeza, confundido. Lo único real era el cadáver del reverendo y que aquel hombre bueno acababa de morir ante sus ojos. Siguiendo un impulso,

se adelantó un paso, se llevó el puño derecho al corazón y puso tres dedos de la

otra mano sobre él mientras bajaba la cabeza, tal y como Terion había hecho ante

la tumba de Gaelon. Le parecía lo correcto.

A su lado, un sacerdote alto, delgado y de pelo rasurado lo miró con curiosidad.

—Ese es el saludo de la Orden de los Caballeros del Lirio —dijo tras acercarse a él. Luego hizo un gesto hacia el cadáver del religioso—. ¿Lo conocías?

—Era el reverendo de Rynad —dijo Kirius—, un buen hombre.

—Eso he oído —corroboró el hombre—, pero no tuve oportunidad de

conocerlo bien. Que ocurra esta tragedia justo aquí, en este día... —El sacerdote

observó la hilera de cadáveres sobre la hierba y bajó el tono, como si hablase consigo mismo—. Eso hace que te preguntes algunas cosas.

Kirius apenas fue capaz de asentir, de nuevo aterrado y confundido sin motivo alguno.

De forma súbita, volvió a escuchar un brusco aleteo y un cuervo de considerable tamaño aterrizó sobre el pecho del reverendo. Kirius soltó una exclamación y dio un paso atrás de forma involuntaria. El cuervo torció la cabeza, mirando a un lado y a otro. Sus ojos eran blancos, como si el animal fuese ciego. El muchacho se llevó una mano a la boca para ahogar el gemido horrorizado que pugnaba por escapar de su garganta.

—¡Nos llevará a la oscuridad! —chilló el Ausente, en un tono cercano al paroxismo.

Nadie parecía encontrar raro que un cuervo ciego se hubiera posado sobre el cadáver. La multitud seguía rezando o llorando a los muertos, pero nadie señalaba al animal o parecía sobresaltado. Nadie lo veía, excepto él, comprendió

Kirius. Era otro delirio, otra locura de su torturada mente. El cuervo extendió las

alas y picoteó la frente del fallecido. De alguna manera, el ave se desvaneció en

una nube de gélidas sombras que aullaron como un vendaval y llenaron de escarcha el rostro del fallecido.

—¡Nos verá! —bramaba el Ausente—. Lo ha llamado porque necesita su ayuda.

Antes de que pudiera reaccionar, una mano lo agarró y tiró de él hacia atrás con brusquedad. Kiriús trastabilló y chocó con Terion. Sin una palabra, el isgario

lo empujó sin miramientos ante él, abriéndose camino entre el gentío.

—¡Esperad! —escuchó que gritaba el sacerdote alto tras ellos.

Kiriús miró atrás y por un segundo vio que los ojos del reverendo de Rynad estaban ahora abiertos y parecían blancos y totalmente ciegos. Alguien chilló, señalando al cadáver, y pronto la multitud se volvió a mover, cuando los más cercanos intentaban alejarse y los demás procuraban acercarse para ver qué causaba la nueva conmoción. Kiriús abrió la boca, horrorizado. Los demás también habían visto la mirada ciega en el rostro del fallecido religioso. Eso no era un delirio.

—No te detengas —lo apremió Terion, con el rostro serio y la voz preocupada.

El sacerdote, y los cadáveres, quedaron atrás entre la multitud. Kiriús miró hacia delante, sintiéndose vacío e indefenso, como un bote demasiado pequeño

para afrontar una enorme tempestad que amenazaba con arrastrarlo al fondo del

mar. Reparó en que, algo más allá, la niña moradheana que viese antes,

estaba ahora junto a un grupo del que formaban parte los caballeros del Lirio que había

escuchado hablar junto a la fachada del templo. Una joven rubia, que estaba de

espaldas a él, le hablaba a la pequeña, con gesto tranquilizador. Al ver al grupo,

Terion se caló la capucha y apretó el paso.

—Lady Alora —decía uno de los caballeros, con tono exasperado—, aquí no estáis segura. Volvamos junto al resto de la comitiva, por favor.

—La niña es del Dominio —intervino otro, en tono seco—. ¡Qué se ocupen los suyos de ella, joder!

—La niña se queda con nosotros hasta que aparezcan sus padres —sentenció la joven, desafiando con la mirada a los hombres que la rodeaban—. ¿Está claro?

Kirius desvió la mirada de aquella joven, la misma que había visto asomarse desde el carruaje. Aquel gesto de humanidad por su parte, de algún modo, lo reconfortó, pero fue insuficiente para apagar sus propios temores.

Comenzaron a

descender por la colina, tal y como hacían muchos de los feligreses, algunos de

ellos a plena carrera, perdida ya cualquier apariencia de dignidad.

—¿Y Vaelmir? —murmuró Kirius con la voz pastosa.

—Espero que lejos de aquí.

—¿Por qué viniste a por mí?

Terion lo miró y por primera vez Kirius vio algo en sus ojos que le heló la sangre. Algo que acabó de convencerle de que el peligro que había sentido y del

que el Ausente lo había avisado, a su manera, no eran imaginaciones o productos

de su mente.

En los ojos de Terion vio un miedo, un terror, que era muy real.

—Porque hoy el mal ha tocado este lugar, Kirius. Aunque no pueda verlo, sé reconocerlo cuando está cerca. Salgamos de aquí, Ishmer ya no es segura.

Kirius lo siguió en silencio, pero en su interior una voz no dejaba de gritar y aullar, aterrorizada. «Si la sede de la Iglesia de los Tres, si los caminos atestados

de gente y las ciudades llenas de guardias y lugareños no son seguras, entonces,

¿qué lo es?». Dentro de él, también conocía la respuesta. La seguridad, la vida que creía conocer, lo que era posible y lo que no..., todo era una mera ilusión.

Su mundo se había estrechado a un espacio angosto y resbaladizo en el que cualquier paso en falso podía ser el último.

Recorrerlo a ciegas, cómo se veía obligado a hacer él, iba a ser imposible.

20. Decisiones

Cuando volvieron a *El Favor de Shezarel*, encontraron a Vaelmir esperándolos.

El norvadoreano interrogó con la mirada al príncipe, pero el isgario se limitó a

murmurar que el temblor era un mal augurio y que debían abandonar cuanto antes la ciudad. Kiriús se mantuvo en silencio, pero una parte de él hubiese querido estallar en carcajadas y decirles que era inútil huir. Sea lo que fuera que

iba tras ellos, no tardaría en volver a encontrarlos. No fueron los únicos que partieron de Ishmer en ese día, a pesar de que el sol estaba próximo a ponerse. El

fuerte temblor provocó que algunos decidieran adelantar su partida y evitar así pasar otra noche en la ciudad. Aun así, el camino estaba casi despejado en comparación a la afluencia de tránsito de los días previos. Gracias a eso, pudieron cabalgar con comodidad y ganar mucho terreno antes de que cayera la

oscuridad.

Esa noche se alojaron en una modesta hostería cercana a una aldea de campesinos. Kiriús se fue temprano al dormitorio comunal del establecimiento y

dejó a ambos hombres hablando frente al fuego de la sala principal. Sabía que tendrían muchas cosas que contarse y él no había sido una buena compañía tras

los sucesos acaecidos en el Templo de la Colina. Apenas si les había dirigido la

palabra, sumido en un estado de confusión, miedo y culpa. Terion había

intentado sacarlo de su mutismo varias veces durante la jornada, sin resultado alguno. Luego se había limitado a mirarlo con impotencia, como si no supiera qué hacer con él.

Kirius supo que esa noche no podría dormir. Una y otra vez venían a su memoria los rostros del reverendo de Rynad y de Doiran y Leram; los rostros desconocidos de sus padres y de sus verdugos; el rostro sin facciones del ser que

había intentado atraparlo en el templo y los ojos ciegos del cuervo. Poco a poco

se fue sintiendo atrapado, aplastado, como si una mano de hierro le aferrara el corazón y lo apretase con saña. Se sentó sobre el jergón de paja, falto de respiración, y miró a su alrededor. A oscuras, salvo por las brasas aún candentes

en el hogar de la habitación, apenas se veían las siluetas de los otros viajeros que

ya dormían en sus jergones. Tan sólo alguna tos ocasional y los ronquidos rompían la quietud de la noche. Eso, y el sonido apresurado de su propio corazón, que parecía llenarlo todo.

—¿Estás ahí? —preguntó el muchacho con voz temblorosa cuando la opresión que sentía en el pecho resultaba ya intolerable—. Necesito que me hables, por favor.

Silencio. Las sombras a su alrededor permanecieron inalterables, como muros sólidos imposibles de escalar.

—Había... algo en el Templo de la Colina. Creo que te asustaba... nos asustaba a los dos. Gioreh, lo llamaste. Creo que fue quien provocó el temblor,

mató al reverendo y luego... profanó su cadáver. ¿Por qué? ¿Por qué mueren

todos los que me importan?

Algo golpeó con fuerza la frente de Kirius, que soltó una exclamación de sorpresa y dolor. El muchacho tanteó en la semioscuridad y levantó un objeto esférico contra la tenue luz de las brasas. Era una manzana rojiza. Alguien le había lanzado una manzana a la cabeza.

—¡Cállate ya, joder! —espetó una voz a su derecha. Dos jergones más allá de él, la figura de un anciano con el pelo desgreñado lo miraba mientras se apoyaba sobre un codo y gesticulaba con el otro brazo—. Deja de lloriquear o tendré que lanzarte algo más pesado que esa manzana.

—Lo siento —murmuró Kirius, casi sin pensar—, pero no era necesario que me golpeases así. No pretendía...

—¿No pretendías? —lo interrumpió el anciano—. ¡Ja! Los jóvenes de ahora sois unos blandos de mierda. Un poco de dolor es bueno, muchacho. ¿Sabes por

qué? Porque el dolor graba a fuego las lecciones de la vida e impide que las olvidemos. Tú ahora sabes que si no me dejas descansar voy a levantarme y a callarte a garrotazos, ¿verdad? Y por si te lo estás preguntando, sé muy bien cómo usarlo para darle una paliza a un imberbe como tú. Así funciona el mundo,

cuanto antes lo asumas, mejor para ti.

Kirius lo miró de hito en hito. Sus palabras, y el ímpetu al pronunciarlas, le recordaron al viejo Olwen, el veterano soldado retirado de la Guardia Real.

Olwen no escatimaba ninguna ocasión para recordarle lo blandos que eran los jóvenes en general y Kirius en particular. «Merethia perdería la Guerra del Lirio

y la Rosa si ocurriese hoy en día —recordó que le había dicho en una ocasión —.

Para ganarla, todos debieron hacer enormes sacrificios; los riadeim, los soldados,

los campesinos, los caballeros... todos pagaron un precio muy alto. Hoy nadie está dispuesto a sacrificarse por el prójimo, por los que aman o por sus ideales.

Joder, a veces creo que no estáis dispuestos ni a sobrevivir».

Kirius se frotó, distraído, la frente, donde la manzana lo había golpeado.

Quizá nadie a lo largo de su vida había creído en él, quizá él mismo tampoco lo

había hecho, pero eso iba a cambiar. Se lo debía a todos los que ya no estaban a

su lado. Estaba dispuesto a sobrevivir, costara lo que costase, doliera lo que doliese. Guardó la manzana bajo el jergón y volvió a tumbarse.

—Tengo un cuchillo y ya he matado a un hombre con él, aunque no

recuerdo ni cómo lo hice —susurró Kirius en dirección al anciano—. Yo que tú, no me acercaría con ese garrote en la oscuridad, viejo, porque a lo mejor me da

por usarlo otra vez.

El anciano permaneció en silencio durante unos segundos y luego se tumbó en el jergón, bufando de indignación.

—Ni en una maldita hostería está uno a salvo de los lunáticos.

Kirius cerró los ojos y soltó el aire que retenía en los pulmones. No estaba

orgullosa de sus palabras, pero si quería sobrevivir debía comenzar a defenderse,

con cualquier cosa que tuviera a mano. Aunque fuese recurriendo a aquellas partes de él que lo aterrizaban. Su oscuridad interior no daba tanto miedo como aquella noche insondable que iba tras él. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no sentía aquel pavor, aquella sensación de ahogo.

Y quizá volvía a sentir que había un atisbo de esperanza para él.

A la mañana siguiente partieron con las primeras luces. Tras cabalgar a buen ritmo durante toda la jornada entraron en los Llanos de Eralian y dejaron a su espalda las últimas estribaciones montañosas de las Niriosh. Antaño, lo que ahora se conocía como los Llanos de Eralian, había sido el último reducto de resistencia de los eralianos durante la Guerra del Lirio y la Rosa. Vaelmir le explicó que el lugar donde el ejército de la extinta nación había librado la última

y desesperada batalla estaba hacia el noroeste y era conocido como el Osario. Un

lugar de mala fama y que la gente solía evitar. Kirius no preguntó el por qué; podía imaginarlo por sí mismo. Allí, una nación entera había sido aniquilada por

las huestes tarkesias.

A media mañana del tercer día tras su partida de Ishmer, los tres cabalgaban al trote por el amplio camino de caravanas que los llevaría a la frontera con Isgarad. Terion se mostraba confiado en que no les llevaría más de cinco o seis

días. Kirius permanecía abstraído y pensativo. Desde el suceso en la hostería no

dejaba de darle vueltas a todo lo sucedido desde la muerte de Gaelon. Su vida se

había convertido en un enigma desde entonces y buscaba la manera de encajar las piezas para descifrarlo. El problema era que no disponía de las piezas suficientes para poder hacerlo.

El galope de Irla alejándose por el camino sacó al muchacho de su sopor.

—¿Por qué se adelanta Vaelmir? —preguntó Kirius a Terion.

—Va a echar un vistazo a lo que tenemos por delante. Desde esta mañana no hemos visto a nadie en el camino. Es evidente que somos de los primeros peregrinos que vuelven al oeste —explicó Terion. Con el ritmo que habían llevado estos últimos días era normal que los hubiesen adelantado a todos—. Lo

raro es no habernos cruzado con nadie que vaya en dirección a Ishmer.

Kirius frunció el ceño, mientras miraba a su alrededor. Aquel lugar estaba desierto hasta donde alcanzaba la vista.

—Algo pasa, eso está claro.

—Hemos estado oyendo rumores acerca de asaltantes en los Llanos de Eralian. Puede que no fuesen tan exagerados como creíamos.

Un escalofrío recorrió al muchacho al pensar lo expuestos que los dejaba esta situación si Targun aún los buscaba. En un camino vacío destacaban como

un fuego en mitad de una noche oscura. Y si no era el saradio, bien podían ser

los bandidos que se rumoreaba había por esta región. O algo todavía peor.

—No te preocupes. Si Vaelmir lo cree conveniente, abandonaremos el camino e iremos por sendas más seguras —aseguró Terion, poniendo su montura

a la par de la de Kirius—. Aún no hemos hablado de lo ocurrido en Ishmer. ¿Te

encuentras bien?

Pudo percibir la preocupación en la voz del isgario. Eso lo reconfortó y comprendió que aún había gente que se preocupaba por él, que no estaba solo.

—Estoy mejor. Necesitaba tiempo para asumir la muerte del reverendo y...

sí, también la de los hermanos. El reverendo me dijo, antes de morir, que habló

contigo en la explanada del templo, así que ya sabrás que Targun fue el culpable

del incendio de Rynad.

—Llegué a esa conclusión —masculló Terion—, tal y como lo hiciste tú.

Imagino que encontró tu rastro y lo siguió hasta la ciudad.

«No fue culpa tuya —se dijo Kirius una vez más—. No te atrevas a pensarlo».

—Algo asesinó al reverendo delante de mí, Terion. Estoy seguro de que fue lo mismo que provocó el temblor y la estampida entre los feligreses del Templo

de la Colina. ¿Crees que también fue cosa de Targun?

Terion negó con la cabeza lentamente.

—Creo que fue algo mucho peor que el saradio.

—Eso pienso yo también.

—Te dije que el mal había tocado aquel lugar, aunque no pudiese verlo.

Verás, hace tiempo sentí algo parecido, poco después de exiliarme a Tarkesia.

Fue en un pequeño pueblo durante la guerra entre Azoria y Essur. Ese día, la oscuridad azotó aquella aldea y acabó con todos sus habitantes... o casi. Las cosas que vi en aquel lugar... —dijo Terion y su expresión cambió. Volvía a reflejar el miedo que había exhibido en el Templo de la Colina—. En Ishmer sentí una presencia similar, aunque no pueda explicar qué era.

—Y ese mal, ¿qué busca? ¿Cuál es su objetivo?

Terion lo miró de soslayo y acarició la testa de Arin, pensativo.

—Un hombre sabio me dijo una vez que todo ser que vive, respira y se arrastra sobre la tierra busca lo mismo: que él y los suyos prosperen y quienes se

les oponen caigan. Dudo que en este caso sea diferente.

Kirius no quiso aventurarse a discernir la naturaleza de aquel mal del que hablaba Terion, pero sabía que ellos estaban en el bando opuesto. ¿Cómo

encajaba él en todo aquello? ¿Por qué Targun, Malken, y a saber qué otros, deseaban su muerte? ¿Tenía algo que ver con la historia de sus padres o con el

Ausente? Nada de aquello tenía sentido, pero entonces recordó las palabras del

reverendo en Ishmer. Dijo que si intentaban destruirlo era porque tenía poder sobre ellos. Aquello tenía aún menos sentido que lo demás; un muchacho asustadizo, solitario y lunático, temido por el saradio y los tarkesios.

Absurdo y, sin embargo, era una explicación que albergaba cierta lógica, si se paraba a pensarlo.

—Espera —dijo Terion y notó tensión en su voz—. Algo pasa.

Kirius comprendió que tenía razón al ver como Vaelmir volvía a todo galope. Cuando el conde se detuvo, escupió el polvo del camino con un gesto de desagrado.

—Me temo que teníamos razón, Terion. Hay proscritos por todo este territorio.

—¿Los has visto?

—No, pero si su obra. No lejos de aquí me he encontrado con lo que ha quedado de una comitiva de la Iglesia: tan sólo cadáveres. Y hay una aldea hacia el norte que han saqueado. Te aseguro que, sean quienes sean, son muchos y unos cabrones de sangre muy fría.

Terion se mesó la barba, pensativo.

—Debemos salir del camino principal, por mucho que eso nos retra...

—Espera —interrumpió Vaelmir—. Creo que hay algún superviviente. Por los rastros, diría que un pequeño grupo de los asaltantes se separó de los

demás y

se dirigió hacia la aldea que mencioné antes... llevando a rastras a alguno de los

de la comitiva.

Terion apoyó la mano en la empuñadura de Eldear y reflexionó, mirando su acero.

—¿Cuántos crees que pueda haber en esa aldea? —preguntó sin levantar la vista.

—No más de seis o siete —dijo Vaelmir antes de hacer un gesto de negativa

—. Quizás hay otros rastros que no he visto. No querrás arriesgarlo todo por algún sacerdote que, con toda probabilidad, ya estará muerto, ¿verdad?

—Si hay alguno con vida debemos ayudarlo. Además —añadió al ver que

Vaelmir no cambiaba su expresión ceñuda—, quizá podamos enterarnos del número de esos proscritos y de qué caminos controlan.

Vaelmir gruñó y luego esbozó una sonrisa torcida.

—Algún día ese altruismo tuyo hará que nos maten.

—Algún día —repitió Terion, de buen humor. Luego se volvió hacia Kirius

—. Quédate detrás de mí. No sabemos a qué nos vamos a enfrentar.

Kirius asintió. Se alegraba de la decisión de Terion a pesar de que ponerse

en peligro complicaba su promesa de sobrevivir a toda costa. Supuso que al final

todo se limitaba a no dejarse matar, aunque eso sonase mucho más fácil en su cabeza de lo que realmente era.

Sin más preámbulos, partieron al galope con Vaelmir guiándoles. No tardaron en abandonar el camino en dirección noroeste donde, cerca de un bosquecillo de hayas de tronco plateado, estaba la aldea. Constaba de pocos menos de una veintena de casas de madera, de amplios e inclinados tejados a

las aguas. No se veía a nadie, pero Vaelmir señaló con un ademán una valla en

cercanías, donde había seis caballos atados. Redujeron el paso de sus monturas,

para no alertar a los asaltantes, y dieron un rodeo por el norte, acercándose al bosque.

Se internaron un trecho entre las hayas y ataron los caballos a unas ramas.

Antes de llegar al linde del bosque, empezaron a escuchar los desesperados sollozos y gritos de una mujer. El sonido provenía del edificio más grande, que

parecía ser un hostel para quienes seguían el gran camino de caravanas. Varios cadáveres jalonaban la única calle de la aldea. A veinte pasos de donde se encontraban, el cadáver de un muchacho de la edad de Kirius, se encontraba caído de bruces con una flecha clavada en la espalda, asesinado cuando intentaba

huir. Tenía uno de los brazos adelantado, como si se hubiese arrastrado con sus

últimas fuerzas en dirección al bosque y hubiese muerto cuando ya lo tenía al alcance de la mano. Kirius cerró los ojos y apretó las mandíbulas con fuerza.

Ese

muchacho podría haber sido él.

Terion señaló hacia las primeras casas y se pusieron en movimiento, con las armas en la mano. Vieron más cadáveres ensangrentados en la calle, caídos en el

mismo sitio donde los habían matado. Aquel lugar había visto una masacre. Poco

después les indicó que se detuvieran, ocultos tras una pared desde la que veían el

hostal y cuanto lo circundaba. Cuatro hombres, de espaldas a ellos, golpeaban a

otro, que estaba atado a un poste dentro de una pocilga llena de barro y excrementos. A juzgar por sus hábitos, tanto uno de los agresores como el que permanecía atado eran sacerdotes. Vaelmir enarcó una ceja al ver la escena.

—Ni en mis sueños más locos pensé que alguna vez vería a dos santones pegándose —susurró con voz divertida.

Terion pidió silencio cuando los hombres acabaron de golpear al otro, que gemía con el rostro lleno de contusiones. Kirus entrecerró los ojos al creer reconocerlo: estaba casi seguro de que era el sacerdote con el que había hablado

junto al cadáver del reverendo de Rynad.

—Te volveré a hacer una vez más las preguntas, Dyan —dijo el otro sacerdote, un hombre calvo, bajo y de aspecto avinagrado—. Y si los golpes no

son suficientes para ablandarte piensa que, si no respondes con rapidez, esa última pueblerina de la que han estado disfrutando los dos de ahí dentro pagará

las consecuencias. ¿Lo entiendes?

El llamado Dyan asintió, con el rostro ensangrentado. El otro sacerdote hizo un gesto hacia el hostel y pronto, en una de las ventanas del segundo piso, se asomó una mujer sollozante y desnuda. Tenía una soga alrededor del cuello, atada en algún lugar del interior. Un hombre situado tras ella la agarraba del pelo.

—Mierda —maldijo Terion.

Kirius miró la escena, asqueado.

—Bien. Ahora dime —prosiguió el sacerdote calvo—, ¿de qué hablasteis en la reunión, el prelado y tú? ¿Quién más estaba presente? ¿Por qué te han enviado

a ti, una rata de biblioteca, con tanta urgencia a Isgarad y por qué ahora? ¿Qué

sabes de la llegada a Ishmer de dos hombres y un muchacho?

—Esto no me gusta nada —susurró Vaelmir.

Dyan irguió el rostro y miró al otro sacerdote con una mueca de dolor y perplejidad.

—Veliar, no lo entiendo. Es una locura, tú no eres así. Conspiras para exterminar a la comitiva de tus hermanos y ahora me torturas para... ¿qué? ¿Qué

esperas conseguir con todo esto? ¿A quién sirves, si no es a la Iglesia?

El llamado Veliar le propinó un nuevo puñetazo. Un norvadoreano barbudo y corpulento hizo un ruido de disgusto con la boca, cruzándose de brazos.

—Deja que lo interrogue a mi manera. El cabrón es más duro de lo que parecía y tú pegas como una mujer.

Veliar volvió el rostro hacia él durante un buen rato, hasta que el fornido norvadoreano acabó por bajar la mirada.

—Yo soy el único que da las órdenes o que hace las preguntas. —Se volvió hacia Dyan y lo cogió del cuello—. ¡Responde! ¿Qué órdenes te transmitió el prelado?

La mujer chilló cuando la forzaron a subirse al alfeizar y sus pies estuvieron a punto de perder el equilibrio. Terion se volvió hacia ellos, preocupado.

—No les queda mucho tiempo.

—Iré a por la mujer —dijo Vaelmir, enfundando el alfanje y sacando dos cuchillos de entre sus ropas—. Vosotros encargaos de los de aquí fuera.

—Ten cuidado, Vael. Dentro hay dos.

—Lo he oído —aseguró Vaelmir con voz despreocupada y luego se deslizó en silencio hacia el lado opuesto del hostal.

Terion miró a Kirus y le hizo un gesto, recordándole que debía quedarse tras él. Más allá, Veliar perdía la paciencia.

—La mataremos, Dyan, y después te romperemos las piernas y te

arrastraremos hasta cada pueblo, aldea o chamizo de los putos Llanos, para que

veas morir a muchas más como ella hasta que me respondas. ¡Y todas las muertes pesarán en tu conciencia!

Dyan gimió, desolado. Entonces Terion se levantó, espada en mano, y se dirigió andando con paso seguro hacia el otro lado de la calle. Kirius inspiró con

fuerza y lo imitó.

—Estoy obligado a mantener silencio. —Dyan miró al otro sacerdote, implorante—. Deja que la mujer se vaya, por favor. Acaba conmigo si es lo...

Dyan se interrumpió y desvió la mirada hacia Terion y Kirius. Pronto los otros cuatro hombres se volvieron, percatándose de su presencia. Además de Veliar y el norvadoreano, había un pelirrojo de procedencia indeterminada y un

joven delgado como un sauce, todos ellos armados. Veliar y el norvadoreano se

miraron entre ellos durante un segundo.

—¿Quién coño sois vosotros? —espetó el barbudo, enarbolando un hacha.

—Son ellos, imbécil —dijo Veliar—. O, al menos, dos de ellos. Falta la Serpiente de Norvador.

El sacerdote calvo miró a un lado y a otro, intranquilo. Terion se detuvo a diez pasos del grupo y plantó la punta de Eldear en el suelo.

—Os doy una oportunidad de vivir si los liberáis y deponéis vuestras armas

—dijo Terion, elevando la voz—. Es más de lo que merece una banda de asesinos.

El norvadoreano soltó una carcajada y dio un paso hacia adelante, pero

Veliar lo detuvo, extendiendo un brazo ante él.

—Nos están entreteniendo. ¡Matadla! —gritó, mirando hacia el hostel.

Kirius se volvió, a la vez que un grito agónico se escuchaba proveniente del interior del edificio. Allí dentro estaba teniendo lugar una pelea. La mano que sostenía a la mujer desapareció de la vista y ella se tambaleó, inestable, en el marco de la ventana. Sus pies resbalaron y cayó con un alarido. Kirius apartó la

mirada, sin querer contemplar el terrible desenlace, sólo para ver a Veliar levantar una ballesta de mano, salida de a saber dónde, y apuntar con ella a Terion. Recordó como no había podido evitar la muerte de Nathian, a pesar de la

advertencia de Jelanie, en la Garganta del Cuervo. No podía dejar que volviese a

sucedier.

—¡Cuidado! —gritó mientras se ponía delante de su amigo.

Los hombres que acompañaban al sacerdote se lanzaron a por ellos. Dyan se movió a una velocidad vertiginosa y, apoyándose en el poste, se impulsó para rodear con sus piernas el cuello de Veliar, a la vez que este disparaba. El virote

salió ligeramente desviado y pasó al lado del rostro del muchacho como una exhalación. Kirius respiró aliviado, y lo siguiente que vio fue que el sacerdote calvo yacía en el suelo y Dyan seguía atado al poste, como si nunca se

movido.

Terion lo apartó sin miramientos y se lanzó al encuentro de los proscritos.

Kirius, tras un momento, fue tras él. Fue entonces cuando notó un dolor agudo y

penetrante en la mejilla. Al parecer el virote no había errado el blanco, no del todo. Dio dos pasos mientras Terion descargaba a Eldear, con una furia que nunca había visto en él, sobre el corpulento norvadoreano. El hombre interpuso

su hacha, pero Eldear la hizo añicos con un estruendo metálico. Un nuevo golpe

y la cabeza del proscrito caía al suelo, cercenada entre un río de sangre. El pelirrojo pasaba a su lado en dirección a Kirius, pero Terion lo agarró al vuelo y

antes de que el hombre pudiera balancear una tosca espada, aprovechó su inercia

para hacerlo caer de bruces. El príncipe de Isgarad le plantó una bota en la espalda, aplastándolo contra el suelo, y clavó a Eldear a través de los

omóplatos

del hombre con un movimiento brusco.

Kirius se paró en seco. La lucha, si podía llamarse lucha a lo que allí había ocurrido, había acabado antes de que él pudiera hacer nada. Miró a la grotesca cabeza decapitada del norvadoreano, bañada en su propia sangre, y hubo de

darse la vuelta, asqueado. Al pensar en la mirada helada de Terion al atravesar al

pelirrojo, lo invadió un regusto amargo en la boca que no pudo quitarse por mucha saliva que tragase.

Al instante Terion estuvo junto a él y, tomándolo de un brazo, le hizo darse la vuelta. Los dos se miraron durante unos instantes. El rostro del isgario denotaba una honda preocupación que Kirius no había creído posible en él —¿Estás bien? —Le palpó la mejilla con unos dedos inseguros. Cuando los retiró había sangre en ellos—. Sólo es un rasguño —dijo con alivio.

—Estoy bien —respondió Kirius con una despreocupación que estaba lejos de sentir.

—No vuelvas a hacerlo. —Sus ojos se volvieron dos témpanos otra vez y su voz se heló—. Sé cuidarme solo y tú menos que nadie debes dar la vida por mí.

Kirius se limitó a mirarle en silencio. Por alguna razón sintió ganas de llorar.

Nada de lo que hacía parecía gustarle, por mucho que se esforzara. Acabó por asentir, con una gran tristeza corroyéndole por dentro. Algo de lo que sentía debió de aparecer en su mirada, pues Terion, después de unos momentos,

sonrió

y lo abrazó. Fue sólo un instante, pero toda su tristeza desapareció con ese simple gesto. Luego lo soltó y se volvió hacia la pocilga. Dyan estaba allí, mirándolos en silencio. Del joven delgado no había rastro alguno y Veliar permanecía inmóvil, con la cabeza enterrada entre el estiércol.

—Lo conozco —susurró Kirius—. Estaba en la Ciudadela de la Iglesia, tras el temblor.

Terion se limitó a asentir, como si eso fuese lo más normal del mundo, y ambos se acercaron al sacerdote. Kirius miró atrás, al hostel, pero la mujer, por

suerte, no estaba colgada. Quizá Vaelmir la había izado a tiempo. Ojalá fuese así.

—¿Podéis desatarme, por favor? —pidió Dyan, en tono lastimero.

Terion, sin decir palabra, extrajo un cuchillo y cortó las cuerdas. El sacerdote cayó de rodillas con un gesto de dolor y luego se incorporó, apoyándose en el poste. Tenía el rostro hinchado y ensangrentado.

Antes de que ninguno pudiese decir nada, Vaelmir surgió del hostel, cargando con el cuerpo de la mujer cuyas piernas y manos colgaban laxas. En la

piel desnuda era patente el maltrato a la que la habían sometido antes de su muerte. Kirius apretó los labios, desolado. Terion inspiró, mirando al cuerpo con

expresión vacía.

—No pude subirla a tiempo —dijo Vaelmir, casi disculpándose, mientras la

depositaba en el suelo—. Cuando casi la tenía resbaló y se rompió el cuello en la

caída.

—Hicimos lo que pudimos por ella —dijo Terion, con voz lúgubre—. Al menos hemos podido salvarlo a él.

Los tres se volvieron hacia Dyan que se frotaba las muñecas, marcadas por las ataduras. El sacerdote parecía nervioso e intranquilo.

—¿Visteis adonde se fue el tercer proscrito? —le preguntó Terion.

—Creo que... huyó a las afueras del poblado. Hacia donde dejaron las monturas.

—Ya estará lejos —dijo Vaelmir—. Habrá ido a avisar a otros.

—Eso me temo —confirmó Dyan—. Había un gran grupo de ellos oculto en la aldea, pero se marcharon hace una hora en dirección oeste, después del ataque.

—Eso nos da algo de tiempo para huir. ¿Quién sois, sacerdote? —preguntó Terion, tras unos instantes.

—Mi nombre es Dyan Merion, sacerdote de tercer rango. Me alegra volver a verte, muchacho, aunque no puedo decir que sea en mejores circunstancias —comentó con una mirada dirigida a Kirius—. ¿Puedo saber vuestros nombres?

—Soy Kirius.

Al escuchar cómo daba su verdadero nombre, Terion le dirigió una mirada

fulminante. Kirius sabía lo que pensaba, que había sido un necio por revelárselo

a un desconocido, pero estaba harto de mentir y más cuando parecía que no servía de nada.

—Terion —reveló por fin, con un suspiro.

—Vaelmir de Aldremhem —se presentó el norvadoreano con voz queda, segundos antes de ir a examinar a los proscritos caídos.

—¿Amigos tuyos? —le preguntó Dyan a Kirius.

—Así es.

—Sugiero dejar las preguntas para después. Si no nos vamos ya, sospecho que pronto nos encontraremos haciéndole compañía a estos tres —dijo Terion con voz inflexible—. Vael, ¿hay alguno vivo?

El noble norvadoreano, que en esos momentos examinaba las ropas de Veliar, negó con la cabeza.

—Uno a punto de pudrirse en el infierno y los demás ya en él. —Por la forma en que miró al sacerdote renegado, ese era uno de los que ya estaban en el

Myrkaul—. Menuda presa le habéis hecho, atado como estabais y valiéndoos sólo de las piernas. Tiene el cuello tan roto como esa joven —comentó luego, con fingida admiración, mientras lanzaba ojeadas hacia Dyan.

El interpelado lo miró con una expresión desolada en un rostro pálido como la luna.

—Yo... no... quería —tartamudeó, respirando con agitación—. Mi intención era desestabilizarlo para que errase el blanco, pero esto... Oh, dioses.

—Ha sido un accidente, ¿verdad? —prosiguió Vaelmir, serio.

Dyan no contestó, presa del nerviosismo. Parecía que la muerte del otro sacerdote había sido una fuerte impresión para él. Sin embargo, Kirius advirtió

que en sus ojos había algo que no encajaba con la expresión y maneras del sacerdote. Era una especie de incongruencia, una mancha en un hombre que a simple vista parecía amable e inofensivo. ¿Había realmente alguna cosa extraña

o era sólo su imaginación? Miró a Terion para advertírsele de algún modo y no

fue el único. Vaelmir también lo miraba exhibiendo una expresión de escepticismo. No confiaba en Dyan y se lo hacía saber a su amigo.

Pero Terion hizo caso omiso de ambos.

—Iremos a por nuestras monturas y tomaremos otra para vos. Os llevaremos lejos de este sitio y nos ocuparemos de vuestras heridas, si así lo deseáis. Aquí

no estamos seguros y parece que no queda ningún aldeano con vida. ¿Crees que

el noroeste será una buena dirección, Vael?

—Eh... sí. Mejor internarnos aún más en Norvador que ir hacia el sur —

respondió Vaelmir, sorprendido por la decisión de Terion de cabalgar junto a

Dyan.

—Hecho, entonces. Démonos prisa.

Antes de abandonar el pueblo, Dyan tomó una sábana de unas cuerdas de cáñamo, dejada allí para que se secase con el sol de primavera. La colocó sobre

el cuerpo de la mujer, sin una palabra, cubriendo su desnudez. Su rostro se volvió impasible durante unos instantes mientras observaba al cadáver. Luego

dio media vuelta, recogió un cayado de madera, que al parecer le pertenecía, y

fue con ellos hacia el bosque.

—¿Cómo tienes esa herida, muchacho? —preguntó el sacerdote cuando estuvo a su lado.

—Apenas es un rasguño —comentó Kirius, tocándose la mejilla. Se la había limpiado con agua de un abrevadero, antes de que se secase la sangre—. Vuestro

rostro tiene peor aspecto.

—No es nada en comparación a lo que les han hecho a ellos.

Dyan miró a los cadáveres y musitó algo en voz baja. Sus ojos se veían húmedos.

—Ha sido una sorpresa volver a verlos después de... lo del Templo de la Colina.

—Una tragedia lo ocurrido allí, pero a veces los dioses nos envían calamidades para que surja algo bueno de ello. Una vez leí que el destino era una cadena cuyos eslabones eran las casualidades. —El sacerdote sonrió con una mueca de dolor. Tenía un labio partido y los dientes ensangrentados—. Sea como fuere, aquí estamos los dos, contra todo pronóstico.

Tras esto se dirigió hacia el vallado a las afueras del pueblo, en busca de una montura. Ahora sólo quedaban cinco, así que era evidente que el proscrito huido se había llevado una de ellas. Kirius se detuvo y lo siguió con la mirada durante

unos momentos, preguntándose si el sacerdote había querido decirle algo con sus

palabras. Vaelmir y Terion salieron del interior del bosque con sus propias monturas. Dyan había elegido a un castrado negro que resopló, impaciente, mientras el sacerdote lo desataba. La yegua de Kirius se encabritó, nerviosa por

la actitud del nuevo semental.

—Tranquila, Helyra —dijo, intentando calmarla.

—Primavera —dijo Dyan, volviéndose hacia Kirius. Al ver que el muchacho lo miraba con extrañeza, se explicó mejor—: Helyra es un nombre derivado de la vieja lengua que quiere decir primavera.

—No lo sabía.

Pero lo cierto era que el nombre le gustaba.

Sin más preámbulo se dirigieron hacia el noroeste. Un buen rato después de que partiesen de la aldea saqueada, Terion envió a Vaelmir a la retaguardia. El señor de Aldremhem volvió grupas y partió al galope, mientras ellos seguían adelante sin detenerse. Sólo cuando llegaron a los pies de un enorme promontorio rocoso, en medio de un desolado terreno repleto de malas hierbas,

se detuvieron. Mientras esperaban la llegada de Vaelmir, pues al parecer Terion y

él habían convenido encontrarse en este sitio, Kiriús preparó el fuego y la cena mientras el isgario trataba las heridas de Dyan.

—Muchos no encontrarían sensato dormir en el Osario —dijo el sacerdote, con la voz cargada de dolor—. Aquí cayeron miles de hombres.

—La gente muere en cualquier sitio —replicó Terion con crudeza mientras acababa de coserle una ceja rota con aguja e hilo. Después añadió con más suavidad—: Pocos suelen venir al Osario por esa misma razón, lo cual nos conviene.

—Aquí cayó el rey Fellion Camber y lo que quedaba de sus huestes, en la batalla de la Lanza Rota —relató el sacerdote, una vez Terion cortó el hilo, con

una voz que se emocionaba por momentos—. Los tarkesios eran más, estaban mejor organizados y tenían a una gran comandante llamada Sharin Baalen.

—¿Era una mujer? —preguntó Kirius, sorprendido.

Excepto en Moradhair, y quizá en la República de Messel, en las naciones de Balaeron era impensable que una mujer comandase a un ejército.

—En efecto. En Essur, por ejemplo, fue costumbre que sólo reinaran mujeres hasta poco después de la Separación —contestó Dyan—. Dicen que la

famosa lanza del rey Fellion, Gonthax, se rompió al impactar contra el escudo de

Sharin, antes de que ella lo atravesase con su acero. La lanza de Fellion había sido embrujada por los eliir, muchísimos años antes, pero esa magia lo abandonó

en su momento de mayor necesidad, cuando su pueblo se jugaba la supervivencia.

—¿Le dais credibilidad a esas historias de brujería pagana? —preguntó Terion.

—¿Pagana? Eso daría para horas de discusiones, pero da igual lo que yo crea; eso es lo que ocurrió. En este lugar no sólo se rompió la lanza ese día, se

quebró un reino y el espíritu de un pueblo. Lo único que podemos hacer es procurar aprender de nuestros errores y procurar no volver a repetirlos —dijo Dyan con tristeza, antes de ir a ayudar a Kirius con la cena.

Poco después llegó Vaelmir y se sentó junto al fuego tras coger la escudilla de gachas de avena y carne braseada que le tendía Terion en silencio.

—He visto a unos sesenta proscritos en la aldea —informó unos minutos después, como si aquella información careciese de la menor importancia—. Por

lo que he oído, toda la región desde aquí hasta el Tairngir, y quizá más allá, está

bajo su dominio. Debe de haber cientos de ellos, quizá miles. Parecían

organizados y más disciplinados de lo habitual, para chusma como esa. Está

claro que alguien los lidera y que no es un imbécil. No me explico cómo coño ha

pasado esto en el corazón de Balaeron.

—Debéis de ser un explorador muy competente, para haberos acercado a tantos hombres y escucharlos sin que os viesan, Vaelmir —comentó Dyan sin levantar la mirada de su escudilla, ya casi vacía.

—Si no lo fuera, no estaríamos teniendo esta conversación, ¿no creéis? —

dijo Vaelmir con tono burlón—. Vos, en cambio, habéis demostrado tener

amistades un tanto... peculiares. Esa relación entre vuestro amigo el sacerdote y

una banda de asesinos es preocupante. Deberíais explicaros.

—Yo no... Él... —Dyan tartamudeó, intranquilo, hasta que se detuvo y

respiró hondo—. El hermano Veliar viajaba conmigo junto a una pequeña

comitiva de la Iglesia. Al llegar cerca de aquella aldea, insistió en que nos detuviésemos allí con lo que ahora es evidente que era una excusa. Después aparecieron docenas de bandidos que cayeron sobre nosotros y pronto comprendí

que Veliar tenía un trato con ellos.

—De hecho, él daba las órdenes —apostilló Vaelmir—. Lástima que le rompierais el cuello y ya no podamos sacarle las respuestas que necesitábamos.

El rostro de Dyan se crispó.

—Deberíais contarnos cómo... —prosiguió el conde.

—¿Adónde os dirigís, Dyan? —preguntó el príncipe, interrumpiéndolo.

Vaelmir frunció el ceño mirando a Terion. Dyan suspiró, aliviado.

—Voy a Midel, por cuestiones eclesiásticas. No sabía que el camino era tan peligroso, de lo contrario hubiese insistido en dar un rodeo por el sur.
Deduzco

que vosotros también os dirigís al oeste, puesto que Kirius y yo tuvimos un pequeño encuentro en Ishmer y seguís la misma ruta que yo.

—Así es y Midel nos queda de camino —confesó Terion.

—Una afortunada casualidad. —Dyan sonrió al decirlo y miró a Kirius—.

Como no es asunto mío, no preguntaré por qué parecían buscaros aquellos proscritos. Veliar me preguntó por dos hombres y un muchacho; es evidente que

sois vosotros.

—Esa es una suposición vuestra —declaró Terion—. En cualquier caso, no somos amigos de proscritos, saqueadores o violadores.

—A vuestro amigo Vaelmir sí que lo mencionaron. Hay muy pocos que no

sepan quién es la Serpiente de Norvador —comentó Dyan, con expresión seria.

—Me abrumáis, sacerdote —se burló Vaelmir—. Sabía que mi nombre era conocido por el amplio mundo, pero no imaginaba cuánto.

—Lástima que no sea por vuestra honorabilidad.

Vaelmir lo miró y, durante un segundo, su sonrisa se borró y su expresión se oscureció, pero no tardó en reaparecer, más acentuada que antes.

—Dicen que es mejor la mala fama que el anonimato. Yo soy de los que comparten esa opinión. —Se encogió de hombros como si el tema no le importara lo más mínimo.

Kirius le dirigió una sonrisa de ánimo a su amigo. Sospechaba que, por mucho que lo ocultase, a Vaelmir aún le hería profundamente lo que había pasado en Moradhair.

—El camino hasta la frontera isgaria es muy peligroso y, puesto que vamos en la misma dirección, me gustaría que me permitierais unirme a vosotros y compartir así la carga del viaje juntos. —La humilde petición de Dyan quedó flotando en el aire, mientras los tres se miraban entre ellos.

—¿No deberíais volver a Ishmer tras lo sucedido? —comentó Vaelmir, con voz punzante—. Quizá a la Iglesia le interese saber que ellos también tienen serpientes entre sus filas.

Dyan negó con la cabeza, sin explicarse. El isgario se mesaba la rubia barba en actitud meditativa. La expresión de Vaelmir, a su derecha, era clara como el

amanecer. No le caía bien Dyan y no le importaba que este se diese cuenta.
Sin

embargo, fue a Kirius a quien Terion miró con expresión interrogante,
pidiéndole

su opinión. Tras unos segundos de vacilación, asintió con la cabeza. No creía
que el sacerdote fuese un peligro para ellos, a pesar de las dichas
casualidades

y de que en sus ojos creyese ver algo que no encajaba con su condición de
religioso. Más allá de todo eso, había algo en ese hombre que le decía que
tenía

buen corazón.

—No tengo inconveniente en que nos acompañéis —accedió Terion

mientras Dyan lanzaba una rápida y divertida mirada a Kirius. Sin duda se
había

percatado de que la decisión la había tomado el muchacho—. Siempre y
cuando

no os entrometáis en nuestras decisiones y, si hay problemas en el camino,
hagáis todo lo que se os ordene. Si no, podéis ir por vuestra cuenta cuando
queráis.

—Estoy conforme —acató Dyan—. Sin embargo, creo que sería

conveniente replantearnos cuál va a ser nuestra ruta hacia Isgarad, ahora que
sabemos que el camino está infestado de proscritos.

—Lo más sensato sería ir hacia el norte, hacia Bysund, donde podríamos

cruzar sin problemas el Tairngir y obtener la ayuda de hombres de Norvador.
Si

lo solicito, los señores de esas tierras nos prestarán su ayuda —intervino

Vaelmir

mientras acababa su escudilla y la dejaba en el suelo. Todos los demás ya había

acabado su cena.

—Así se hará, entonces —sentenció Terion—. Aunque no me gusta perder tanto tiempo, cuanto más nos internemos en Norvador más seguros estaremos.

Bysund está a menos de cinco días de aquí, si podemos hacer ese trayecto en cuatro me daré por satisfecho. —Se levantó y comenzó a apagar la fogata echándole tierra—. Aún estamos cerca del camino, no quiero arriesgarme a que

nadie vea el fuego. Vael y yo haremos guardias esta noche.

Dispusieron sus lechos al resguardo del promontorio rocoso, que se cernía sobre ellos como un oscuro gigante. Al levantarse un repentino aire frío, Kirius

deseó estar ya bajo sus mantas. Dyan les deseó buenas noches y se tumbó en su

lecho. Kirius lo observó durante un rato, antes de quedarse dormido. Le pareció

que Dyan movía los labios en silencio y se sobresaltó al ver algo que brillaba en

el rostro de aquel hombre, a la luz de la luna. ¿Podían ser lágrimas lo que veía?

Luego el sacerdote pareció quedarse dormido y Kirius, cansado por las experiencias del día, lo imitó poco después.

Despertó en plena noche. Acababa de tener un sueño muy vívido. Estaba en el borde de un precipicio. El viento era muy fuerte y amenazaba con hacerle caer

si se descuidaba. Entonces una mujer joven chillaba pidiendo auxilio, justo debajo de donde él se encontraba. La chica, de pelo negro y un hermoso rostro

pálido, se agarraba a un precario saliente, a punto de caer. Ella, con lágrimas surcándole el rostro, levantaba la mirada hacia él, asustada.

—Él no quiere que hablemos. Quiere que me temas. Te engaña, Kirius, para someternos a ambos. ¡Ayúdame a escapar de él!

Entonces, una sombra con la vaga apariencia de un hombre surgía tras ella y la arrancaba de las rocas. Kirius le tendía la mano, pero ya era demasiado tarde.

La joven caía con un revoloteo de su vestido rojo con un grito desesperado. Un

súbito golpe de viento hacía que su otra mano resbalara y cayera tras ella. El suelo se acercaba de forma vertiginosa, pero, por fortuna, había despertado antes

de llegar al final de su caída. Sintiendo desorientado se masajeó las sienes. Le

dolía la cabeza y el pecho, y tenía el regusto metálico de la sangre en la boca.

Con movimientos temblorosos se limpió los labios y la nariz con un pañuelo que

guardaba cerca. Aunque no pudo verlo en la semioscuridad, sabía que había

dejado una mancha rojiza en él.

No muy lejos vio las siluetas de Vaelmir y de Terion, sentados en unas rocas.

Ambos hablaban en voz baja, pero Kirius fue capaz de escuchar su conversación.

—Te digo que has cometido una estupidez. —Kirius identificó la voz

pausada y contenida de Vaelmir—. Si ese hombre es un sacerdote, yo soy un bárbaro kelsendyr.

—Quizá no lo sea, pero me reitero en lo que ya te he contado. El hombre con el que viví en el desierto me dijo alguna vez que los caminos que debemos

seguir se obstinan en aparecer una y otra vez ante nosotros, hasta que los tomamos. Quizá estemos antes uno de esos caminos —contestó la voz de Terion,

más ensimismada de lo habitual—. Lo único cierto es que ese hombre salvó a Kirius. Sólo por eso ya merece toda mi gratitud. El chico ha querido que viajase

con nosotros y era él quien debía tomar esa decisión. Sabes que se le da muy bien ver en el interior de la gente.

—Aun así, hay algo en él que no me gusta —prosiguió un obstinado Vaelmir

—. Un sacerdote no va por ahí matando con una presa como la que le hizo a Veliar. Lo vi desde el hostel y te digo que eso requiere de mucha habilidad, y los

sacerdotes tienen prohibida toda clase de violencia. Además, está lo que vi entre

los ropajes del sacerdote muerto. Era uno de esos cabrones, Terion, y quizá Dyan

sea otro cuervo con túnica. Hazme caso, en estos años he descubierto que

esos

fanáticos del culto están camuflados en más sitios de los que creíamos.

—Esto me gusta tan poco como a ti, pero para saber más es mejor tenerlo cerca —dijo Terion con un suspiro—. No le quites ojo de encima, pero Vael...

intenta no ser grosero con él. Ha salvado la vida de Kirius y es su invitado.

Vaelmir fue incapaz de ahogar una risita que se escapó de su garganta.

—Descuida —dijo con una voz que, aunque sonaba divertida, no escondía del todo un tono afilado—, trataré a su eminencia, el sacerdote Dyan Merion, como se merece. Eso implica que si es tan falso como temo que es, lo que se merecerá será el acero de mi cuchillo. Voy a dormir un rato, ya he pasado suficiente frío por esta noche.

Terion gruñó una respuesta que el muchacho no logró entender. Vaelmir se tumbó en su lecho, sin hacer ningún ruido. Kirius no tardó en volver a dormirse,

a pesar de sus intentos por permanecer despierto. Estaba demasiado extenuado como para conseguir mantener los ojos abiertos.

A la mañana siguiente, despertaron con las primeras luces. El día amaneció despejado, pero muy frío. Kirius observó a su nuevo compañero de viaje,

intrigado. Dyan, de rodillas en la hierba, rezaba sus oraciones matutinas con aparente fervor, aunque el chico no dejó de darse cuenta de que les lanzaba rápidas ojeadas a Vaelmir y Terion. Quizá sólo fuese curiosidad, pero Kirius se

preguntó si habría tomado la decisión correcta al permitir que Dyan viajase con

ellos. Recordó con un asomo de sonrisa que había tenido las mismas dudas con

Innae. Ayudar a la chica no había hecho ningún mal, así que volvería a hacerlo

mismo. Confiaría en Dyan, a pesar de las dudas de sus amigos.

Pronto emprendieron la marcha en busca de la ayuda de los señores vasallos

del rey Andrid, la única forma que tenían de llegar hasta Isgarad. Al tercer día llegaron a las orillas del imponente Tairngir. Era un río ancho, de aguas vivas, y

aún más caudaloso que el Medis. El frío arreciaba a medida que penetraban más

en Norvador. El mal tiempo hacía que Kiriús añorase estar de vuelta en Rynad,

junto a la chimenea de su antiguo hogar, leyendo uno de los viejos libros de la

biblioteca, como solía hacer. Llevaba días tiritando, helado y sintiéndose agotado.

Sus deseos de encontrar un lugar en el que guarecerse y descansar junto a un

fuego se vieron cumplidos al atardecer. Siguiendo el Tairngir hacia el norte

encontraron un poblado a las orillas del río, con unos modestos muelles y una torre y otros edificios amurallados cerca del poblado. Vaelmir les dijo que el lugar se llamaba Jangvard y que se ocupaba de la vigilancia de la ruta del Tairngir hacia Bysund. Desde aquí podía cruzarse el río gracias a unas balsas.

Terion decidió entrar al poblado y hablar con el señor de estas tierras,

buscando obtener su ayuda contra los proscritos. Mientras se acercaban a las

primeras casas del pueblo, Kiriús escuchó un coro de roncós graznidos que fue

aumentando en intensidad hasta volverse casi ensordecedor. Cuando buscó su

origen, vio como los amarillos ojos de un centenar de cuervos los miraban con

inusitada atención desde los campos y cobertizos cercanos. La sangre se le heló

en las venas al ver a aquel grupo de aves plañideras. La estridente sinfonía que

componían era una que anunciaba muerte y desgracias; Kiriús lo sabía bien.

TERCERA PARTE: SANGRE,

SOMBRA Y HUESO

Majestad, os escribo por segunda vez, implorándoos que reconsideréis vuestra posición. La epidemia de la que os hablé en mi anterior misiva ha empeorado.

He perdido casi a la mitad de los hombres y otra tercera parte muestran síntomas de la enfermedad. Mueren apenas unos días después de enfermar,

enajenados y llorando sangre. Hemos llegado a pueblos y asentamientos de moradheanos diezmados por la misma enfermedad. La misma muerte que nos

acecha a nosotros aniquila a nuestros enemigos.

Temo que esta epidemia pueda ser el final de todos nosotros y rezo a los Tres para que no llegue a las calles de Derand. Los hombres están agotados y

desmoralizados, y llevamos semanas empantanados al sur de las Tierras

Abrasadas. Sugiero humildemente una retirada hacia Alveran y Dolwyn para

recuperarnos allí y reforzar nuestro ejército. Yo mismo he cogido fiebres y temo

estar enfermando. Os ruego que permitáis que vuestros hombres, incluidos aquellos de vuestra sangre, puedan morir en suelo conocido, lejos de este tenebroso bosque y sus fantasmales brumas. Espero vuestras órdenes para actuar. Siempre fiel, en la victoria y en la muerte.

Misiva del comandante Etreris Landaver a su tío y rey, Bedius Vain Landaver,

durante la Segunda Guerra entre Isgarad y Moradhair.

No toleraré ni un solo paso atrás. Permaneced firmes y avanzad hacia Ard

Vanan a toda costa, como se os ordenó. Cualquier cobarde o desertor será ejecutado en cuanto ponga un pie en Isgarad.

Contestación del rey Bedius.

21. Hospitalidad

Los cuervos seguían sus movimientos, ladeando las cabezas con curiosidad.

Poco después entraron en la calle principal del poblado y la caótica cacofonía que formaban las aves quedó atrás. Sin embargo, la desazón que Kirius había sentido al verlas no desapareció con tanta facilidad.

—En este lugar deben de criar cuervos —comentó Vaelmir con una mueca.

—Antaño se los consideraba animales traicioneros y portadores de malos augurios —dijo Dyan con voz queda—. He leído crónicas que afirman que se los

abatía de forma sistemática durante los primeros tiempos de Bal Aeronis.

Kirius miró a Dyan con curiosidad. Que los cuervos eran portadores de malas noticias ya había empezado a aprenderlo por experiencia propia, pero no

sabía que en el pasado ocurriera lo mismo. La imagen del cuervo ciego posado

sobre el cuerpo sin vida del reverendo volvió a aparecer en su cabeza. Tenía la

certeza de que esa imagen lo perseguiría el resto de sus días.

—No sólo antaño —sentenció Vaelmir—, siguen siendo unos putos bichos molestos y agoreros. El señor de Jangvard se llama Olaric —dijo, cambiando de

tema, mientras se internaban en el poblado—. Su padre y el mío lucharon juntos

en el norte, contra los bárbaros, así que nos ayudará por cortesía.

—¿Conoces a Olaric en persona? —le preguntó Terion a su amigo.

—Apenas. Le vi el año pasado en Stavard. Es un hombre adusto y disciplinado, buen administrador, pero mal diplomático. De esos que parece que

les hayan metido un palo por el culo. Ya sabes que no me prodigo demasiado en

visitas a la corte. Stavard está demasiado al norte para mi gusto. Quizá en el pasado eso protegió a nuestro monarca de los ataques de los reinos vecinos, pero

a cambio se nos congelan los mocos en la cara durante casi diez meses al año. Es

evidente que lo primero no compensa a lo otro.

Kirius vio como Dyan intentaba esconder una sonrisa, bajando su rostro

como si estuviese interesado en las negras crines de su castrado. Era una lástima

que ambos hombres no se llevaran bien, ya que algo le decía que en el fondo no

eran tan diferentes como creían.

Las casas de tejados inclinados que dejaban atrás en su peregrinar por

Jangvard eran casi todas de madera. Estaban techadas con tejas grises dispuestas

de manera metódica, para que ni la lluvia ni la nieve pudiesen penetrar en los hogares. De las chimeneas, para las casas más opulentas, o toscos respiraderos,

para la mayoría, salía humo. Apenas si había gente en las calles y los que vieron,

cansados campesinos que volvían a sus casas poco antes de la caída de la noche, los miraban con hosca suspicacia y procuraban apartarse de su camino.

Se dirigieron hacia el muro que guardaba a la torre y los otros edificios que,

a todas luces, eran el hogar de Olaric. La fortificación se encontraba en la cima

de un altozano, junto al río Tairngir. Un poco más hacia el sur, bajaba un camino

estrecho serpenteando por el desnivel hasta los muelles que habían visto antes, con dos embarcaciones amarradas en él. En algún lugar lloraba un niño, mientras

un viento gélido cobraba fuerza. El cielo había adquirido un tono oscuro que no

parecía augurar buen tiempo para la noche. Kiriús se ciñó aún más la capa a su

cuerpo, helado.

En el portón de madera reforzada con remaches de hierro había un único guardia vestido con una armadura de cuero tachonado y armado con una lanza.

Vaelmir pidió ver al señor del lugar y el guardia, tan hosco como el resto de los

habitantes de aquel pueblo, les anunció que se encontraba fuera y les invitó a hablar con el mayordomo del señor, dentro de la fortaleza. El guardia los siguió

con la mirada mientras se internaban en el patio adoquinado, aplastando la hierba marchita que crecía entre las grietas de las losas. La residencia del señor

del lugar era un edificio informe de planta rectangular, coronado por una torre circular de techo cónico de madera en una de sus esquinas. Las enseñas de Norvador y del señor de Jangvard, una torre y el río a sus pies en un fondo blanco, decoraban las almenas. En conjunto era un lugar bastante feo, decidió Kiriús, aunque bastaría para poder dormir caliente.

Ataron las monturas siguiendo las instrucciones del guardia de la entrada. El

lugar estaba desierto, tan sólo se apreciaba movimiento en las llamas de las antorchas que flanqueaban la entrada al edificio y en un par de famélicos perros

de caza, que acudieron a recibirles con sordos gruñidos. Se acercaron a Kiriús y

empezaron a ladrarle, enfurecidos, y el muchacho dio un paso atrás. Vaelmir los

hizo marcharse entre aullidos, tras darle una certera patada a uno de ellos.

—Me abruma la hospitalidad del lugar —se burló Vaelmir antes de abrir la maciza puerta de entrada—, aunque me conformaría con una cloaca, si tuviese un fuego para calentarme.

—Es realmente excepcional encontrar a un noble con tan pocos remilgos como vos —comentó Dyan, serio—. Deberíais respetar más a vuestros anfitriones.

—Oh, es al revés, sacerdote. Suelo descubrir que son ellos quienes no me respetan. Y debo confesar que hay lugares que procuro evitar, como los templos.

El olor a hipocresía que hay en ellos muchas veces hace que esté a punto de vomitar.

—Bien, dejadlo ya —medió Terion antes de que Dyan pudiera replicar—.

Esto no es un templo, sino el medio que nos permitirá cruzar el Tairngir con seguridad. Seamos corteses con nuestro anfitrión.

Entraron en las dependencias, iluminadas por unas pocas antorchas. Al poco

llegaron a la sala principal, presidida por un voluminoso sillón de madera, vacío.

Una gran mesa en forma de «u», ocupaba más de la mitad de la fría habitación,

que estaba iluminada por varias lámparas de aceite. Unos pocos tapices

decoraban el lugar, mostrando lo que parecía el río Tairngir, pescadores

faenando, un molino y otras escenas parecidas. Al entrar tuvieron que andar entre varios sirvientes, a juzgar por su atuendo, que se encontraban durmiendo en el suelo, usando unas simples mantas de pieles para abrigarse. En la mesa había dos personas hablando en voz queda. Eran un hombre con el pelo

encanecido y profundas arrugas, y una chica muy joven, varios años menor que

Kirius. Ambos callaron al verlos entrar.

—¿Quiénes sois, mis señores? —preguntó el hombre, incorporándose.

Llevaba una túnica abierta de color crudo y de anchas mangas. El bonete

negro con el que se cubría la cabeza lo señalaba como hombre de confianza del

señor del lugar.

—Soy Vaelmir, señor del condado de Aldremhem —se presentó Vael con tono aburrido. El anciano abrió los ojos, sorprendido—. He venido, junto a mis

acompañantes, a rogar la hospitalidad de vuestro señor Olaric, pero me han informado de que está ausente.

—Así es, me temo. Vuestra fama os precede, Vaelmir. Mi señor y yo comentamos hace años, con preocupación, vuestra injusta acusación. Todos nos

alegramos cuando vuestro nombre quedó limpio de todo deshonor.

—Os lo agradezco —dijo Vaelmir con un gesto vago de su mano.

—Yo soy Galrion, mayordomo del noble Olaric, y ella es la señora Mirana, su esposa —indicó el mayordomo con voz ceremoniosa, escrutándolos a todos con gran interés.

La joven, o quizá sería más acertado decir la chiquilla, a su lado se levantó e hizo una ligera genuflexión ante Vaelmir. Todos inclinaron la cabeza ante ella.

—Sería un honor disfrutar de la hospitalidad de vuestro hogar, señora Mirana.

La joven, de ondulado cabello rubio oscuro, lo miró en silencio durante unos momentos. Luego compartió una mirada con Galrion, a su lado, que le hizo un gesto, como dándole ánimos.

—El honor es mío y de mi esposo —declaró con un hilo de voz. Parecía ser muy tímida, o quizá estar enferma, y sus ojos rehuían el contacto—. Mi amado se encuentra ahora fuera, con sus hombres...

—Cazando en los bosques del este —retomó la conversación Galrion, ante el repentino silencio de su señora—. Empieza a oscurecer, así que su llegada no debería demorarse mucho.

—Os estaría muy agradecido por el fuego de un hogar y un jergón de paja sobre el que tumbarnos —intervino Dyan con una sonrisa—. Desde el fin de la

Peregrinación he estado cabalgando con... el noble señor Vaelmir. Hemos visto

la malvada obra de salteadores y bandidos en el sur y, loados sean los Tres, nos

alegramos mucho al ver los muros de vuestra fortaleza.

—Aquí también hemos oído los rumores de esos salteadores, pero por suerte

no tienen el valor para subir tan al norte. Aunque ya se sabe lo mucho que se exagera con ese tipo de historias sobre asaltantes —respondió Galrion. Kirius observaba fascinado a Mirana. La chica hundía la mirada en las baldosas del suelo. Tan sólo durante un fugaz instante cruzaron la mirada, pero bastó para que

supiera por qué actuaba así. Tenía miedo. Al parecer él también había aprendido

a reconocerlo en los ojos de los demás—. Me temo que en Jangvard somos

frugales y nuestra hora de cenar ya ha pasado. De hecho, como veis —dijo

señalando hacia los cinco sirvientes que dormían en el suelo—, muchos ya han

acabado su jornada.

—No os preocupéis —dijo Vaelmir, restándole importancia—. Tan sólo

deseamos descansar hasta que llegue vuestro señor Olaric y que se ocupen de nuestras monturas.

—Por supuesto, su señoría. Despertaré al mozo para que...

—Quizá la señora Mirana consentiría en acompañarnos y hablarnos de estas

tierras, mientras esperamos a su esposo —interrumpió Kirius.

Galrion lo miró de hito en hito, sin duda preguntándose quien era él para pedir tal cosa.

—No creo que...

—Mi joven sirviente tiene razón. —Vaelmir volvió a interrumpir a Galrion, que se quedó con la boca abierta, buscando razones para negarse—. Estimada

Mirana, me complacería que nos acompañarais mientras aguardamos a vuestro

esposo. El hermano Merion, aquí presente, tiene historias increíbles de la Peregrinación a Ishmer, que acaba de concluir. Está deseando contarlas, creedme.

—Seguro que os gustarán esas historias, Mirana —dijo Galrion con otra sonrisa, esta vez sin mucho humor—. Indicadles el camino a vuestras dependencias. En cuanto llegue vuestro esposo, irá a veros.

—Así lo haré —musitó ella.

—Que paséis una buena velada —los despidió el mayordomo.

Mirana tomó una lámpara de la gran sala y los guio hasta la salida, sin una palabra. Poco después subían por unas escaleras de madera, que crujían a cada

paso que daban. Estaban en la torre circular, la que vieran desde fuera. Por las troneras de la torre entraba la escasa luz del exterior. Fue entonces cuando Kirius

escuchó el sonido de una montura, que salía cabalgando al galope del patio del

castillo. Vaelmir, que subía delante de él, se volvió y ambos compartieron una mirada. Mientras dejaban que los demás se adelantasen, el norvadoreano se

acercó a él.

—Esto te gusta tan poco como a mí, ¿verdad? —le dijo en un susurro.

—Me alegro de no ser el único que lo piensa —confesó él, aliviado.

—Muy inteligente utilizar las normas de cortesía para que la esposa de Olaric nos acompañase —alabó Vaelmir—. Estando solos, veremos que podemos sonsacarle. Si es que hay algo que sonsacar.

Kirius asintió, mostrando su conformidad. El miedo en los ojos de la chica no era evidente, pero su amigo había sido capaz de verlo también. Claro que, ¿entonces en qué lo convertía eso a él? ¿En un hombre paranoico y suspicaz, como el conde de Aldremhem? Le daba igual. Con todo lo que le había pasado

esas últimas semanas, la paranoia quizá fuese su única forma de sobrevivir.

Mirana los llevó hasta el último rellano, ya en la cima de la torre. Cruzaron una

antesala, y entraron en unas habitaciones donde había una cama, un hogar, en el

que aún quedaban brasas, y un mobiliario exento de lujos. La chica se dejó caer,

sentándose en el lecho, mientras miraba al suelo. El grupo se despojó de sus ropas de abrigo y de los morrales de viaje. Después, Vaelmir se sentó en un banco, delante de la chica.

—Señora Mirana, os noto afligida. ¿Ocurre algo? —le preguntó Vaelmir con suavidad.

—Perdonadme —dijo ella con voz apagada—. Dice el sanador que es por este invierno tan crudo que hemos sufrido, que me afecta el humor y la salud.

—Bien, espero que os recuperéis, mi señora —intervino Terion, rompiendo su prolongado silencio—. Nuestro objetivo es cruzar el Tairngir, con la ayuda de

vuestro esposo, y contarle la situación al sur de aquí, en los Llanos de Eralian.

¿Creéis que accederá a ayudarnos?

Ella asintió en silencio, mientras se retorció las manos con nerviosismo.

Parecía estar al borde de las lágrimas.

—¡Por la sangre maldita de Alvir! —juró Vaelmir, levantándose—. Esto es absurdo. Está aterrorizada, pero no nos quiere decir el porqué.

—¡No! —gimió ella, mirando hacia la entrada de sus habitaciones.

Todos se volvieron, sólo para ver a Galrion, al guardia de la entrada y a otro hombre que no conocían, junto a la puerta.

—Me temo que no podéis salir hasta que llegue mi señor Olaric. Estará muy interesado en hacer que os corten la cabeza cuando llegue —dijo Galrion con dureza, haciendo un gesto a un guardia, que comenzó a cerrar la puerta.

Vaelmir lanzó uno de sus cuchillos, antes de que los demás pudiesen siquiera

reaccionar, que se clavó inofensivamente en la madera cuando la puerta se

cerraba con un golpe seco. Terion fue corriendo a empujarla, pero entonces se oyó un sonido del otro lado. Corrían un cerrojo y la atrancaban desde el otro lado. El isgario la golpeó, con ayuda de Vaelmir, pero la recia puerta no cedió.

Mirana empezó a sollozar.

—¡Mierda! Debí fijarme en que se cerraba del otro lado —se lamentó

Vaelmir, recuperando su cuchillo, luego levantó la voz para que lo oyesen del otro lado—. ¿Sabéis qué os pasará si nos hacéis algún daño? Sin duda conoceréis

la fama de mi padre, el duque Ilgram. Después del esfuerzo que le supuso volver

a reconocerme como hijo suyo, le cabrearía enormemente perder otra vez a su vástago favorito.

—Es porque sabemos quiénes sois que estáis ahí encerrados. Descuidad,

Vaelmir —dijo el mayordomo con voz inflexible desde el otro lado—,

echaremos vuestros cadáveres a los perros, para que nunca nadie sepa que estuvisteis aquí.

Antes de que Vaelmir pudiese contestarle, Terion levantó la mano y agitó la

cabeza. Vael suspiró, consciente de que nada de lo que dijera serviría para sacarlos de allí. El norvadoreano examinó la salida con el rostro serio, maldijo por lo bajo y comenzó a revisar la habitación. No había armas, nada con que derribar la puerta y tan sólo dos estrechas ventanas. Eran más unas aspilleras que

otra cosa, se estrechaban desde su base hasta no sobrepasar las diez o doce pulgadas, al final de los gruesos muros de la torre.

—¿Qué está pasando? —preguntó Kirius, asumiendo que estaban atrapados

—. ¿Por qué nos retienen aquí?

—Mirana, ¿y vuestro marido? ¿Es cierto que está de caza y ese hombre es su mayordomo, o nos ha mentado? —le preguntó Dyan, tomando una de las manos

de la joven entre las suyas.

Ella siguió sollozando, cada vez más desconsolada.

—Por favor, ayudadnos. —Kirius se acercó, acuclillándose frente a ella—.

Os protegeremos de lo que sea que os asuste, pero debéis contarnos qué os atemoriza así.

—Mi esposo, Olaric. Alejadme de él, os lo suplico. —Kirius se sorprendió cuando la joven reaccionó a sus palabras y levantó la cabeza para sostenerle la

mirada—. Me hará daño sólo por haber osado a hablar con vosotros.

—Está bien, Mirana. Si estáis dispuesta a contestar nuestras preguntas, os ayudaremos —prometió Terion, acercándose hasta ella.

—A vos no os creo —sollozó ella y, soltando su mano de entre las de Dyan, aferró la de Kirius con tanta fuerza que casi lo hizo caer—. ¡Prométemelo!

Quiero que me alejes de él, donde no pueda encontrarme.

Kirius la miró boquiabierto durante unos segundos, mientras los ojos

empañados de lágrimas de ella no se apartaban de los suyos. Sintió una profunda

lástima por la joven; parecía estar sumida en un terror tan profundo, que hacía que pusiera su vida y sus esperanzas en él, un desconocido. Él, mejor que nadie,

sabía bien lo que era sentir ese miedo y la completa soledad que veía en la joven.

—Os doy mi palabra. Si nos ayudáis a salir de aquí, os llevaremos con nosotros lejos de este lugar.

—Gracias —dijo ella sonriendo entre lágrimas, como si acabase de salvarle la vida—. Os diré todo lo que queráis saber.

—Vuestro esposo, Olaric de Jangvard —empezó Vaelmir, acercándose al grupo luego de abandonar su búsqueda de una escapatoria—, ¿por qué os inspira tanto terror?

—Porque es un hombre malvado y cruel —dijo ella mientras aceptaba un pañuelo que le tendía Dyan y se enjuagaba las lágrimas con él—. Siempre me dio miedo, pero apenas se parece ya al hombre con el que me casé el año pasado.

Hace meses que frecuenta compañías extrañas y se ha vuelto perverso. Él... él...

mandó asesinar a mis damas de compañía para que no hablase con nadie.

Kirius apretó los dientes. Ese hombre era un monstruo.

—¿De qué compañías habláis, Mirana? —preguntó Terion.

Mirana miró a Kirius en silencio y este le dio ánimos con una sonrisa.

—Hombres de aspecto siniestro, desertores y salteadores que llegaban por las noches. Aunque no los recibía en mi presencia, sí que oí hablar a los guardias

de ellos. Decían que quienes daban las órdenes eran un tal Yrvild y otro llamado

Targun.

Kirius se incorporó y miró a los dos amigos con los que había comenzado este viaje maldito por los Tres. Vaelmir volvía a revisar con la mirada las paredes

y la puerta, con una expresión que decía que las derribaría, aunque fuese a puñetazos. Terion compartió con Kirius una mirada que expresaba lo mismo que

pensaba él: Targun volvía a encontrarles, una vez más. Por mucho que corrieran

o se escondiesen, el terrible saradio, o los suyos, siempre volvían a encontrar su

pista.

—¿Qué os pasa? —inquirió Dyan estrechando los ojos—. ¿Conocéis a alguno de ellos?

—Puede —contestó Vaelmir con voz preocupada—. Decidme, Mirana: ¿es amigo de vuestro esposo Yrvild, el señor del ducado de Bysund?

—Eso creo —respondió ella tras unos momentos de vacilación—. ¿Creéis que puede ser el mismo Yrvild que oí mencionar a los hombres de mi esposo?

—Espero que no —dijo el delgado norvadoreano, mirando a su amigo Terion —, si es así, estamos bien jodidos. La mayoría de los feudos del sur del país le son leales.

—¿Qué sentido tiene que un duque de Norvador haga algo así?

—Ya sabes cómo están las cosas aquí, viejo amigo. En el norte aún se le guarda un poco de respeto y fidelidad a Andrid, pero los demás señores hacen lo

que les da la gana. Y casi todos ellos, no me incluyo por supuesto —aclaró con

una mueca—, están esperando a que el rey muera sin herederos para lanzarse a

la yugular del otro y reclamar su trono. Parece que Yrvild ya ha movido ficha,

usando a chusma y bandidos como su ejército en la sombra para desestabilizar el

sur del país.

—Prosigue —animó Kirius a Mirana, esbozando una tensa sonrisa—.

¿Sabes que tramaba tu esposo junto a esos hombres?

—Sólo sé que él contribuye a un ejército que está en el sur, con hombres del poblado y de su guardia personal. Hace unos días llegó un hombre pelirrojo con

un mensaje para mi esposo. Después de eso, oí que debía partir con todos sus efectivos para buscar a tres personas muy importantes. No sé nada más... — dijo

Mirana, con el rostro mojado por las lágrimas. Bajó la cabeza y sorbió por la

nariz—. Sólo quiero volver con mis padres.

Dyan le sonrió, intentando reconfortarla, y luego se puso de pie como los demás.

—Va siendo hora de que me deis algunas explicaciones —exigió, mirándolos alternativamente a los tres.

—¿De qué habláis, sacerdote? —le preguntó Vaelmir con exagerado gesto inocente.

—Hablo de que allá donde vais os buscan bandidos, proscritos y ahora también señores de Norvador que traicionan a sus soberanos. ¿No tengo derecho

a saber el motivo, ya que comparto mi viaje con vosotros?

—No os preocupéis tanto. Si tan molesto os resulta el viaje con nosotros, podéis iros cuando queráis. De hecho, preferiría perderos de vista cuanto antes.

—¿De veras, zoquete? Porque no sé si recordáis que estamos encerrados, a la espera de que llegue un hombre que mandará cortarnos la cabeza.

—¿Zoquete? —repitió Vaelmir, entrecerrando los ojos—. No sé cómo tenéis la desvergüenza de pedirnos explicaciones, vos que aparecéis de la nada y decís

ser un sacerdote. Nunca vi un sacerdote que abandonara con tanta prisa Ishmer

en el día de su más importante celebración religiosa. Por no hablar de vuestra

relación con Veliar.

—¿Qué insinuáis, Vaelmir, que mi palabra vale tan poco como la vuestra?

¿Acaso creéis que todo el mundo es como vos?

—Dyan, Vael, no es momento para esto. ¡Dejadlo ya! —medió Terion, pero ninguno de ellos cejó en su actitud.

Kirius pensó que los guardias al otro lado de la puerta debían de estar muertos de risa, si estaban oyendo la discusión.

—No me fio de vos —replicó Vaelmir, acercándose al religioso—. No sé qué es más falso, si vuestros dioses, vuestra fe o esa túnica de sacerdote que vestís. ¿A qué cadáver se la arrancasteis?

—Sois el hijo de una serpiente —dijo Dyan, enrojeciendo de rabia—. Si no hubiese tomado los votos, os haría tragar vuestras palabras.

—Oh, que no os detengan vuestros supuestos votos.

Antes de que nadie supiera que estaba pasando, Vaelmir sacó una daga y la puso en el cuello de Dyan. Con la misma rapidez, este le agarró la mano por la

muñeca y se la retorció con brusquedad. El norvadoreano chilló de dolor

mientras la daga caía al suelo. Terion hizo ademán de acudir a separarlos, pero

finalmente se mantuvo inmóvil. Kirius no podía creer que las cosas hubiesen llegado tan lejos. ¿Es que no se daban cuenta de que tenían problemas mayores

que esa estúpida pelea entre ambos?

—Si aplico un poco más de fuerza os romperé la muñeca —espetó Dyan con voz tensa—. ¿Os disculparéis ahora y me contaréis lo que quiero saber?

El conde rio con unas carcajadas no exentas de una aguda nota de dolor.

—Y yo con mi mano izquierda sostengo un puñal cerca de vuestras costillas.

—Dyan y los demás bajaron la vista y, efectivamente, así era—. Un poco de esfuerzo por mi parte y os hago un buen agujero. Así que, ¿me soltaréis antes de

que me empiece a doler de verdad la muñeca?

Dyan lo soltó tras unos instantes, en los que buscó con la mirada su vara de madera, apoyada en la pared fuera de su alcance. Terion vio su mirada y se interpuso entre ambos, alzando las manos.

—¡Basta ya de esta tontería! Dyan, no tengo derecho a juzgaros ni es esa mi intención —medió Terion—, pero comprended la situación en la que estamos. Es

evidente que sois un luchador, por cómo os movéis. Lo vimos en aquella aldea

donde nos conocimos y lo he vuelto a ver hace unos momentos.

—Dyan —intervino Kirius, viendo la sombría expresión del sacerdote—, os propongo una cosa: si accedéis a hablarnos de vos, nosotros nos sinceraremos también. Necesitamos confiar los unos en los otros, si queremos salir de aquí.

Terion asintió, dando su aprobación a las palabras del muchacho. Dyan fue relajando de forma gradual la tensión de su cuerpo, suspiró y volvió a sentarse

en la cama, al lado de Mirana, que los observaba con fascinación y temor por igual.

—De acuerdo —accedió Dyan, sonriéndole a Kirius—. Ah, muchacho, tú

tienes algo que... —empezó, pero acabó por enmudecer, como si no encontrase las palabras adecuadas—. Soy sacerdote de tercer grado, como os he dicho, y me

dirijo a Midel para ser ordenado como reverendo de esa ciudad. Me fui el mismo

día de la Peregrinación porque... Debéis entender que yo no deseaba ese nombramiento. Deseaba seguir en Ishmer haciendo lo que hacía: estudiar

historia, ser escriba y bibliotecario. No obstante, mi superior no me dio opción a

negarme o a retrasar mi partida.

—Eso no explica vuestra habilidad a la hora de acabar con Veliar, Dyan — argumentó Vaelmir, ahora con un tono de voz comedido.

Kirius lo miró y de repente tuvo una corazonada. ¿Había fingido su enfado el norvadoreano sólo para hacerle perder los nervios al sacerdote y que se pusiera así en evidencia? Con Vaelmir, ¿quién podía estar seguro?

—No lo explica, en efecto. Ante todo, debéis saber que detesto la violencia y hace años me propuse no recurrir nunca más a ella. Os lo juro, no quise matarlo, pero... la vida de Kirius estaba en peligro. Actué por instinto, pero me

excedí. Otra muerte que añadir a todas las que ya pesan sobre mi conciencia

—

dijo con expresión desolada.

—¿Otra? —preguntó Terion—. Los sacerdotes tienen prohibida la violencia.

¿Cómo es posible que tantas muertes pesen sobre vuestra conciencia?

—No todos los sacerdotes cumplimos ese precepto —explicó Dyan sin alegría alguna—. ¿Habéis oído hablar de la Orden del Espino?

—Así que es eso —dijo Vaelmir como si de repente todo estuviese aclarado.

—¿Qué es la Orden del Espino? —preguntó Kirius.

—Una orden secreta fundada durante los últimos años de la Guerra del Lirio y la Rosa —explicó Dyan—. Constaba de unos pocos centenares de miembros,

sacerdotes guerreros cuya misión era devolver a los tarkesios el sufrimiento que

estos le infligían a la Iglesia. Ishmer había sido tomada, muchos templos fueron

saqueados, otros quemados y los religiosos eran ejecutados. La Iglesia decidió defenderse y contraatacar, creando una orden de monjes bien entrenados como

asesinos y espías. Aunque no significó una gran diferencia durante la guerra, debido a su juventud, la orden se mantuvo tras la retirada de los tarkesios.

Las

hambrunas y pobreza posteriores motivaron que muchos balaerianos intentasen

saquear las propiedades y diezmos de la Iglesia. Así que se decidió mantener la

orden, a pesar de ir en contra del espíritu de la fe en los Tres, durante unas décadas más. Esas décadas se han convertido en más de dos siglos pues, aunque

oficialmente ya no existe, la Orden del Espino aún es una realidad.

—Es un secreto a voces —admitió Terion, pensativo—. Durante el Tercer

Azote, los caballeros murmuraban acerca de los misteriosos hombres tonsurados

que obedecían todas las oraciones diarias, y luchaban con la fuerza de dos

hombres. El nombre de los monjes guerreros del espino surgió a veces, aunque nadie se atrevía a confirmarlo.

—Así es, miembros de la orden han luchado en todos y cada uno de los

Azotes. Sin embargo, creedme cuando os digo que hace años que repudié esa

vida y dejé el priorato. Os juro que no está en mi ánimo volver a utilizar mis...

habilidades, nunca más. Pero, parece que viajar con vosotros no me va a facilitar

las cosas, ¿verdad?

—Eso me temo. Viajar conmigo, el príncipe Therius Vain Landaver, os va a

hacer el viaje más incómodo y peligroso de lo que preveíais.

—Vos sois... —dijo Dyan boquiabierto—. Pero si Therius juró no volver a

pisar nunca más Isgarad cuando se exilió.

Terion, ayudado por sus dos amigos, explicó a Dyan los motivos de su

vuelta y porqué les buscaban el saradio y sus hombres. Al menos le

explicaron

las conjeturas que tenían acerca de por qué los buscaban. Dyan escuchaba en silencio, con una expresión que pasó de la incredulidad al pasmo y luego a la reflexión. Cuando acabaron su historia, tras relatarle los sucesos acaecidos en la

Garganta del Cuervo y en Ishmer, había empezado a llover con progresiva intensidad.

—Es evidente que alguien no desea que lleguéis a Isgarad vivos. No me atrevería a aventurar el por qué, pero parece lógico pensar que es por la inminente guerra entre Isgarad y Moradhair o por la futura invasión tarkesia.

Quizá no desean que salgáis a la luz, Therius. Oh, perdonadme, Terion —se corrigió, recordando que le había pedido que siguiera llamándolo por su nombre

ficticio—. Sea como fuere, tanto si Olaric trabaja para Targun, como si es al revés, hemos caído en una trampa de la que no podemos escapar.

—Quizá —dijo Vaelmir frotándose la muñeca que, sin duda, aún le dolía.

Afuera, empezaban a oírse truenos lejanos—. Vos y yo tendremos que hablar con

más profundidad de todo esto, Dyan, pero ahora es más urgente salir con vida de

aquí. Mirana —dijo súbitamente, despertando a la joven que se había quedado adormilada en el lecho, agotada por los sobresaltos de esa noche.

—Decidme.

—¿Cuántos hombres ha dejado vuestro esposo en la fortaleza?

—A dos de sus guardias, a Galrion y a algunos sirvientes.

—Por suerte, si fueran más ya estaríamos muertos. Bien, va siendo hora de que rehusemos la lamentable cortesía de vuestro esposo y nos vayamos de aquí

—dijo Vaelmir con una gran sonrisa y una floritura teatral.

—¿Cómo? —preguntó Kirius.

El norvadoreano señaló hacia las estrechas ventanas por las que se oía la lluvia caer y, de vez en cuando, eran iluminadas por los relámpagos.

—¡¿Estáis loco?! —exclamó Dyan—. No podréis salir por ahí y, os recuerdo, estamos en la planta superior de la torre. Caeréis y moriréis en el patio empedrado de abajo.

—Es una posibilidad, pero prefiero pensar que os salvaré el culo, sacerdote.

—¿Puedes hacerlo, Vael? —preguntó Terion.

—Por supuesto, viejo amigo. La lluvia complicará un poco más las cosas, pero los dioses nunca me lo han puesto fácil. La sillería usada en la construcción

de la torre es de mala calidad. Podré descender, aprovechando la oscuridad, para

después volver a subir desde dentro y abriros la puerta. Preparaos para cuando lo

haga.

Vaelmir se quitó el jubón y la camisa. Mirana soltó una exclamación al ver

la multitud de cicatrices que quedaron a la vista. Las peores están en su pecho:

eran unas quemaduras blanquecinas que parecían extrañas runas. Kirius ya había

visto las marcas en otras ocasiones, pero nunca de forma tan clara como ahora.

—Que los Tres me ayuden —exclamó Dyan al verlo—. ¿Hierros al rojo, Vaelmir?

—Sí —contestó el norvadoreano tocando las cicatrices—. Hace años, un sacerdote de los Tres me entregó a los hombres del *ardáin*. Llegué a su templo

gracias a mi proverbial mala suerte, tras un naufragio en las costas de Moradhair.

Sin duda esperaba ganarse el favor del *ardáin*, a pesar de que yo era su huésped y, ¿cómo era? Ah sí, era uno de esos perseguidos y desprotegidos que dicen defender. En Moradhair no me tienen aprecio, como ya sabréis. El carcelero que

me hizo esto tenía, además, una gran inquina personal contra mí. Ah, pero no os

quiero dar lástima. Él acabó mucho peor que yo, cuando conseguí liberarme. Tan

sólo lamento no haber tenido la oportunidad de volver a ese templo y mostrarle

al sacerdote que me vendió mi gratitud por su hospitalidad.

Dyan enrojeció, quizá de vergüenza o de indignación, ante las palabras de

Vaelmir, pero permaneció en silencio. El norvadoreano se descalzó y tomó un alargado puñal, de entre la colección de dagas y cuchillos que había depositado

en una mesa.

—Volveré antes de que me echéis de menos —dijo con seriedad antes de poner el puñal entre sus dientes y trepar al alfeizar, sólo con los pantalones puestos.

Se arrastró sacando los brazos por la estrecha y alargada ventana, tras cortar con el puñal la tela encerada que servía para detener las corrientes de aire. Los

cuatro lo observaron mientras afuera rugía la tormenta. El norvadoreano gruñó,

jadeó y gritó, mientras poco a poco conseguía deslizar su cuerpo fuera de la ventana. Al poco, sólo fueron visibles sus piernas y luego, bruscamente, estas desaparecieron.

—¿Ha resbalado? —preguntó Kirius con temor.

La tormenta no les dejaba escuchar ninguna otra cosa de fuera que no fuese el sonido de la lluvia y los ocasionales truenos.

—Confiemos en él —dijo Terion con voz tranquilizadora—. Vael lo logrará, así que debemos prepararnos para salir de aquí bajo esta lluvia. Mirana, poneos

ropas de abrigo.

La joven asintió y todos se prepararon para huir de aquella trampa en que se había convertido la fortaleza del señor de Jangvard. Tomaron sus

pertenencias y

armas, mientras Mirana abría uno de los arcones y tomaba un pesado manto de

pieles de zorro. Poco después, se oyó un estrépito a través de la recia puerta que

los mantenía cautivos. Un repentino alarido se escuchó por encima del rugir de

la tormenta. Terion empuñó a Eldear y se acercó a la puerta, seguido por Kirius,

mientras Dyan se colocaba delante de Mirana, protegiéndola. Alguien describió

los cerrojos y la puerta empezó a abrirse.

Vaelmir estaba de espaldas a ellos, agarrando a un corpulento hombre, al cual amenazaba apoyando la punta de su puñal en su gruesa papada. Con un tirón lo hizo caer de rodillas, y aquel hombre gimió al desplomarse al suelo.

Delante de ellos, en la antesala, estaba el guardia con el que hablaban en la puerta, caído sobre un charco de su propia sangre, con la garganta rajada. En el

rellano de las escaleras de madera, estaban Galrion, el otro guardia que les encerrase y dos jóvenes sirvientes. Todos iban armados con hachas y lanzas, excepto el mayordomo.

—No deis un paso más, o le hago una nueva sonrisa también a vuestro señor

—amenazó Vaelmir, empapado por la lluvia de los pies a la cabeza.

—¿Es vuestro esposo? —preguntó Dyan a Mirana.

Ella asintió con una expresión de puro terror. Olaric no había resultado ser un guerrero, como había creído Kiriús, sino un hombre obeso, calvo y desagradable, que ahora resollaba por el temor.

—No me hagáis daño, os lo suplico —pidió el gordo señor de Jangvard—. ¡Os daré lo que pidáis!

Vaelmir acercó más la punta de su puñal a la flácida carne del noble.

—¡Lo que quiero es que calles, maldita escoria! Terion, ocúpate de él.

El isgario acercó el filo de Eldear a su cuello, mientras Vaelmir se vestía con presteza y recuperaba sus armas.

—Cometéis un grave error —dijo Galrion, mirándolos con odio—. Pronto llegarán los hombres de mi señor y harán que os arrepintáis de esto.

—No pensamos estar aquí cuando eso ocurra —declaró Terion. Con un brusco tirón hizo levantar a Olaric y salieron a la antesala, guardando las distancias con Galrion y sus hombres—. Dejad vuestras armas en el suelo y entrad a las habitaciones de Mirana. ¡Entrad! —bramó cuando vio que no hacían ademán de moverse.

—Dad gracias de que respetemos vuestra vida —dijo Vaelmir con una sonrisa, una vez hubieron obedecido—, pero no perdáis las esperanzas. Me ocuparé de que el rey Andrid sepa de vuestra traición y él no será tan magnánimo.

Acto seguido cerró la puerta, corrió los cerrojos y puso la barra de madera

que trababa la puerta desde el exterior. Luego suspiró, relajándose, y escupió a los pies de Olaric, que se encogió con temor.

—Cuando descendía de la torre, vi entrar a un jinete al patio —explicó Vael

—. Por suerte, con la lluvia y la oscuridad no me descubrió. Al entrar en la fortaleza vi que se trataba de Olaric y, en un descuido, lo sorprendí por la espalda

y lo tomé como rehén.

—Pagaréis por esto —amenazó Olaric con voz insegura—. Tengo amigos muy poderosos, Vaelmir, no sabéis cuánto.

—No lo dudo, pero yo tengo un amigo que os cortará la cabeza a la menor estupidez. Debemos irnos. Si él está aquí, sus hombres no deben andar lejos.

Empezaron a bajar las escaleras, primero Terion y Vaelmir, junto a su prisionero, y cerrando la marcha, Kirius y Mirana. La joven era incapaz de mirar

a la cara, o de acercarse, a su jadeante esposo. Estaba aterrorizada.

—No tengáis miedo —la tranquilizó Kirius—. Será nuestro rehén por si llegan sus hombres y para que podamos llevarlo ante la justicia.

—La única justicia que merece es una muerte rápida —susurró ella, pero cuidándose de que su esposo no la oyera.

Kirius no dijo nada, pensando en que seguramente era un ser despreciable, pero en absoluto peligroso. Al menos, no sin sus hombres. Salieron al patio sin

ningún contratiempo, los otros sirvientes debían de haber huido. Fuera seguía lloviendo, aunque con menos fuerza que antes. Sus monturas seguían atadas

donde las habían dejado. Piafaban nerviosas por el miedo a la tormenta, o quizá

se debía a que detectaban la tensión de sus dueños. Terion corrió junto a Arin, tras dejar a Olaric, de nuevo, en manos de Vaelmir.

—Cabalgaremos hasta el norte, más allá de Bysund, y buscaremos ayuda — dijo Terion mientras desataba a su semental.

—¿Qué es eso? —exclamó Dyan, mirando a través de los portones abiertos que daban al poblado de Jangvard.

Los demás miraron y vieron unas luces que se movían entrando en la calle principal del poblado. A la luz de uno de los ya lejanos relámpagos, vieron a una

multitud de hombres a caballo que, portando linternas y antorchas, venía en su dirección.

—No lo lograremos. ¡Nuestra única posibilidad es cruzar el río! —gritó Vaelmir.

El isgario maldijo, palmeó el cuello de Arin y le susurró unas palabras a su montura, que relinchó encabritándose y, acto seguido, salió galopando a través de los grandes portones. Terion fue tras él y comenzó a cerrar una de las hojas.

Kirius corrió a ayudarle a cerrar la otra, gritando por el esfuerzo. Las puertas pesaban mucho y eran difíciles de mover, pero, una vez las hubieron cerrado, entre los dos tomaron la recia barra de madera que estaba apoyada en el muro, y

la atrancaron.

—Hay una salida en la parte oeste de la muralla que da al muelle —dijo

Mirana—. Siempre hay un par de barcazas con las que cruzar el río amarradas.

—Tendremos que dejarlos, ¿verdad? —preguntó Kirius con pena, mirando a sus monturas.

Terion asintió en silencio. Kirius apoyó el rostro en el poderoso cuello de Helyra, aspirando su olor. El animal tembló bajo su contacto, intranquilo.

Alguien tiró de él y se vio obligado a ir tras los demás, que ya corrían dirigiéndose al otro lado del patio. Dyan entró en la fortaleza, mascullando que

necesitarían una lámpara para poder ver el camino y algunas provisiones más. La

luna estaba oculta tras la gruesa capa de nubes, aunque la lluvia empezaba a remitir. La tormenta se desplazaba con rapidez hacia el interior de Norvador. En

el portón de entrada al patio, comenzaban a oírse golpes y voces. Cuando Dyan

salió de la fortaleza, se dirigieron a la parte oeste de la muralla. Allí, una poterna daba acceso a unos empinados escalones tallados en la roca, que bajaban por la

abrupta ladera, acabando en el margen este del río Tairngir. El sacerdote abrió la

marcha, sosteniendo la lámpara en alto, y los demás lo siguieron apurando el paso por los mojados y traicioneros escalones en la roca. Al llegar abajo, corrieron hacia el solitario muelle. Fue entonces cuando vieron las luces de las linternas bajar en una larga hilera por el camino que descendía desde

Jangvard hasta el río. Era evidente que los hombres de Olaric ya sabían dónde buscarlos.

Terion se apresuró a cortar los amarres de una de las barcasas y a empujarla río adentro. Después ayudó a Dyan a preparar la otra, buscando remos y dejando

los bultos y equipaje del grupo en su interior. Mientras tanto, Kirius observaba cómo las linternas de los hombres de Olaric se iban acercando. Cuando se fijó en

su rehén, este lo miraba con altivez mientras le sonreía con desdén, a pesar de tener el puñal de Vaelmir a milímetros de su cuello.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Kirius. No sabía por qué el obeso señor de Jangvard tan pronto parecía atenazado por el miedo como, en ese momento, sonreía con prepotencia, como si no le preocupara lo más mínimo su

situación—. ¿Crees que tu amigo saradio te salvará? ¿Está él con tus hombres?

—Creo que Targun te matará. Y si no es él, será uno de los que le siguen — dijo con una risita desagradable, que se vio truncada cuando el puñal de Vaelmir

se ciñó más a la carne de su garganta. Pronto empezó a brotar un hilillo de sangre.

—Y yo creo que si sigues hablando no llegarás al otro lado del Tairngir —le susurró Vaelmir al oído.

Kirius le hizo un gesto a su amigo para que le permitiese hablar.

—Dime la razón. ¿Por qué me quiere muerto?

—¿No lo sabes? Él dice que tienes algo que no te pertenece y que quiere recuperarlo. Además, conoces el paradero de Rhadis, ¿verdad? Targun dice que

tú puedes encontrarla —dijo Olaric, cuidándose de no reír esta vez.

Terion se envaró mientras depositaba los últimos morrales en la barcaza.

—¿Es alguien de Isgarad? —preguntó Kiriús, confundido.

Esa terminación era típica entre los nacidos en su país, como ya sabía.

—No sé tanto como me pides y es evidente que tú tampoco —dijo, entrecerrando los ojos con interés.

—¡Deprisa! —gritó entonces Terion—. ¡Subid a bordo!

Se apresuraron a hacerlo; Mirana en popa, Terion y Dyan, a los remos, y los demás, en proa. Vaelmir se colocó detrás de Olaric, usándolo como escudo, pues

sus hombres ya llegaban al embarcadero dando voces. Dyan empujó con el remo

la barcaza, que empezó a alejarse del muelle a buen ritmo, cuando empezaron a

remar. Los primeros hombres de Olaric llegaron corriendo al final del

embarcadero, pero la barcaza ya estaba lejos de su alcance. La luna y las estrellas comenzaban a asomar con timidez entre los jirones de nubes. Gracias a

eso vieron cómo tomaban posiciones en el muelle una decena de arqueros,

que

aprestaban sus armas.

—Gritad que no disparen, Olaric —le ordenó Vaelmir al rehén, al oír como tañía la cuerda de un arco y el proyectil caía en el agua, a escasos palmos de la

embarcación—, a no ser que queráis acabar como un erizo de mar.

—¡No disparéis! —gritó el gordo, alzando una mano—. ¡Soy Olaric de Jangvard y me tienen preso!

Cuando se hubieron alejado un poco más, sin que volviesen a atacarles,

Vaelmir empujó a Olaric, para que se acomodase en proa, y él mismo se sentó junto a Kiriús. El joven miraba a la rivera este, viendo como más y más hombres

llegaban a la orilla del río, algunos gesticulando frenéticamente. Fue entonces cuando vio a un hombre rollizo, sin pelo y vestido con ricos ropajes, que impartía órdenes. Parecía como si estuviera viendo al hermano gemelo de Olaric,

el señor de Jangvard, sólo que este estaba en el embarcadero que acababan de abandonar.

—Vaelmir... —empezó a decir, pero no le dio tiempo a continuar.

Olaric se levantó sin previo aviso y se abalanzó sobre él. Mientras se movía su cuerpo se distorsionó y cambió, como en esos raros días en que hacía mucho

calor y la vista creaba imágenes irreales a lo lejos. Como un espejismo. El hombre que apareció no podía ser más distinto del gordo y torpe señor de

Jangvard. Su brazo derecho describió una parábola mientras se materializaba un

sable en su mano. A la vez, un súbito dolor en el pecho hizo que Kirius se doblase, sintiendo el sabor de la sangre subir por su garganta, y lo dejó petrificado, viendo como la muerte caía sobre él.

Vaelmir fue el único en reaccionar a tiempo. Se lanzó con el puñal en la mano derecha, intentando interponerlo entre la hoja del falso Olaric y Kirius, pero sólo lo consiguió a medias. El cuchillo no era un arma adecuada para detener el acero del otro hombre y, cuando ambas armas impactaron, salió

despedido. Se escuchó un grito de dolor cuando el sable golpeó la mano del conde, hubo un fogonazo de luz verdosa y la sangre comenzó a manar de en abundancia.

—¡Dioses, es brujería! —chilló una aterrorizada Mirana.

Kirius, para entonces, ya había reconocido los rasgos angulosos y la coleta cobriza de su atacante. Era Keilan, el misterioso hombre que había conocido en

el Palacio del Amanecer. El pelirrojo que había sido Olaric pareció

desconcertado unos segundos, a causa del fulgor verde que apareció en la mano

de Vaelmir. La extraña luz había caído al suelo del bote, junto a varios de sus dedos y en pocos segundos perdió intensidad hasta apagarse.

—Tú otra vez —gimió Kirius, entre jadeos.

—No es nada personal —siseó, aprestando su sable para volver a atacar a Kirius.

—¡Ayudadle! —gritó Terion, demasiado lejos, mientras desenvainaba a

Eldear.

Esos segundos de vacilación del pelirrojo, fueron suficientes para que Dyan se levantara y, con el mismo remo de la embarcación, lo golpease en pleno rostro

antes de que atacase una segunda vez. El pelirrojo cayó hacia atrás con un grito,

hundiéndose en el río con un audible chapuzón.

Kirius lo vio caer, consciente de lo cerca que había estado de morir y, sólo entonces, el dolor en el pecho menguó. Tragándose la sangre y la bilis que notaba en la garganta, se acercó a Vaelmir, que permanecía arrodillado apretando

la mano contra su cuerpo. Jadeaba por el dolor, con el brazo ensangrentado. A la

luz de la lámpara vio que había perdido casi por completo dos dedos de su mano

derecha, el meñique y el anular.

—¡Dyan, volved a remar! —demandó Terion, al ver que el sacerdote se disponía a ir a ayudar a Vaelmir—. Debemos llegar al otro lado.

Kirius miró a las aguas, pero en la semioscuridad no había rastro de Keilan.

El ruido de las cuerdas tañendo lo puso sobre aviso antes de que una lluvia de flechas comenzase a caer a su alrededor. Caían en el agua y se clavaban en la madera. Se tumbó por puro instinto, rezando a los Tres para que ninguna les acertase.

—¡Agachaos! —gritó Terion de forma innecesaria, pues ya todos lo habían

hecho—. Dyan, cubrid...

El sacerdote ya estaba ocultando la lámpara bajo una lona impermeable, para no resultar un blanco fácil en la noche. Dejaron que la corriente los arrastrara, mientras las flechas caían a su alrededor y llenaban la noche del pavoroso zumbido que emitían al rasgar el aire. Cuando los proyectiles quedaron

atrás, Dyan y Terion comenzaron a remar a oscuras. Tras llegar a la ribera oeste

del Tairngir, los dos remeros saltaron de la embarcación y la hicieron

embarrancar en un terreno repleto de cañas y arena. Kirius fue a ayudar a Vaelmir. El conde sostenía una de sus falanges seccionadas en la mano herida, que chorreaba sangre. Con un tirón, sacó su anillo de oro con la gran esmeralda

engastada en él y luego tiró el dedo por la borda.

—¿Estás bien? ¿Es grave? —le preguntó Kirius.

—No es nada. —Vaelmir esbozó una sonrisa en un rostro que palidecía por momentos—. He tenido heridas peores.

—Vael, luego te miraremos esa mano —dijo Terion con la voz llena de pesar

—. Podrás con ello, amigo. Debemos darnos prisa; intentar cruzar el Tairngir a

nado es una locura, pero después de lo que hemos visto no podemos descartar nada.

Vaelmir rechazó cualquier ayuda y bajó de la embarcación de un salto.

—Danos luz, Kirius —pidió Dyan desde el bancal de la ribera.

—¿Y Mirana? —preguntó Kiriús, mientras apartaba la lona que cubría a la lámpara.

Levantó el candil y la buscó con la mirada. No tardó mucho en encontrarla.

La joven estaba en la popa, tumbada boca arriba con una flecha que le entraba

por la mejilla izquierda y se le incrustaba en la cabeza a través del paladar.

Kiriús la miró con incredulidad mientras la luz de la lámpara oscilaba con violencia. El flechazo había sido tan certero que había muerto en el acto, sin emitir ni un solo sonido.

—Oh, dioses —gimió Dyan al verla.

—A la mierda los dioses —respondió Vaelmir, con el dolor bien patente tanto en el rostro como en sus palabras—. Es evidente que hoy no han estado con nosotros, así que nosotros tampoco estaremos con ellos ahora.

—Dejadlo —susurró Terion, con un gran cansancio asomando en su voz—.

Lo único que podemos hacer los vivos es, como siempre, intentar vivir un día más. Vayámonos de aquí.

Kiriús se mantuvo en silencio, observando el rostro de Mirana. Estaba

bañado por la sangre y las lágrimas de temor que había derramado antes de que

la matasen. Él también las estaba derramando ahora, sumido en una aplastante impotencia.

—Lo siento mucho. Prometí que te ayudaría, pero te he fallado. Lo siento.

Cuando bajó de la embarcación, la hicieron entrar otra vez en las aguas del

río. Pronto, la barcaza fúnebre que llevaba a la joven Mirana fue engullida por la

noche, mientras emprendía un largo viaje hacia el sur por las oscuras y agitadas

aguas del Tairngir.

22. La cima del invierno

No fue hasta el sexto día de viaje que lograron su objetivo, alcanzar la linde del

Bosque del Otoño. Era una densa arboleda que se extendía de norte a sur hasta

donde alcanzaba la vista. Se componía principalmente de distintas especies de arces de hojas rojizas, que le daban la apariencia de estar sumido en un eterno otoño. El bosque estaba situado a los pies de la cadena montañosa que anunciaba

los límites de la frontera oeste de Norvador. Al otro lado de aquella enorme barrera de roca y hielo se encontraba Isgarad, inalcanzable para ellos.

Kirius se detuvo, agotado bajo el bendito sol del atardecer. Tras seis días de

dura caminata portando su equipaje, todos habían empezado a acusar el

cansancio, pero él se sentía cada vez más enfermo y al límite de sus fuerzas.

A

pesar de no poseer ya monturas y de tener que racionar sus alimentos, ninguno

había querido detenerse en las escasas aldeas que vieran en su camino hasta aquí.

No después de lo sucedido en Jangvard. Si parte de la nobleza de Norvador se había aliado para formar aquel ejército de supuestos proscritos, no podían

arriesgarse a caer en su poder otra vez. Además, no deseaban perder tiempo en

su huida de Targun y Keilan, el hombre que se había hecho pasar por Olaric.

Días atrás, habían tenido una tensa discusión a ese respecto.

—No puedo creer que Minedea esté metida en esto —había declarado

Terion con obstinación—. Tengo razones para detestar a esa mujer, pero no veo

qué motivos podría tener para unirse a un nigromante tarkesio.

—¿Por qué la defiendes? —le preguntó un indignado Kirius—. Sé lo que vi en el Palacio del Amanecer y estoy seguro de que Keilan obedece a Minedea.

—Es un Guardián de la Luz, de eso no tengo dudas. —Vaelmir les enseñó su mano derecha, para que corroborase sus palabras. Llevaba un vendaje y, por

consejo de Dyan, se ponía varias veces al día un unguento que el sacerdote preparaba para él, usando hierbas y raíces. Al parecer funcionaba, pues tenía mejor color y aseguraba que apenas le dolía—. Son eficientes, leales y, por si fuera poco, unos pocos pueden usar la magia. Aunque nunca oí que pudieran

hacerse pasar por otra persona.

—Eso no es lo relevante —intervino Dyan—. Lo que me intriga es por qué se arriesgó a hacerse pasar por Olaric y dejar que lo capturásemos, para luego atacarnos en el río. No tiene sentido.

—Lo tiene, si lo que quería era estudiarnos o sacarnos información antes de matarnos —afirmó Vaelmir, pensativo.

—Me dijo algo... —recordó Kirius—. Dijo que debía morir porque tenía

algo que ellos querían, y que podía encontrar a... Rhadis. ¿Sabéis de qué podía

estar hablando?

—En la vieja lengua significa *corazón* —comentó Dyan, con voz cautelosa

—. Podría ser un nombre de Isgarad...

Terion desplazó la mirada de Kirius al sacerdote, pensativo, y asintió con la cabeza.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Vaelmir—. ¿También sabéis de lenguas, sacerdote?

—Tiene razón —intervino Terion—, pero no acierto a adivinar a qué podía referirse. De cualquier modo, si no llega a ser por ti, Vael, las cosas hubiesen acabado mucho peor. Es un milagro que pudieses detener su golpe.

—Oh, ya lo creo, todo un milagro. A partir de ahora añadirán otro sobrenombre a la larga lista que ya poseo. ¿Qué os suena mejor? ¿Puño de Hierro u Ocho Dedos?

—Decid lo que queráis, Vaelmir —comentó Dyan—, pero ese tajo debería haberos destrozado la mano y aún haber golpeado a Kirius. Todos vimos lo que

hacía ese anillo vuestro. ¿Me contaréis algún día dónde lo habéis obtenido?

—No lo creo —había dicho entonces Vaelmir mientras miraba la joya de la gran esmeralda, que ahora llevaba en su mano izquierda—. Un hombre como yo

necesita dejar algunos misterios sin explicar. Si no, corro el riesgo de perder mi

encanto.

Ahora, ya en el Bosque del Otoño, se enfrentaban a otra discusión peliaguda.

Tan pronto como llegaron hasta su linde, se refugiaron bajo la sombra de los rojizos arces. Llevaban días temiendo que sus perseguidores los alcanzasen en aquellas despobladas tierras al suroeste de Norvador. Al ser en su mayor parte un

terreno duro, poco apropiado para la siembra, no había poblaciones de

importancia en toda la zona. La ciudad más cercana era Bysund, ubicada en la confluencia de los ríos Tairngir y Kalov, pero ese era el último lugar al que querrían ir.

—Veamos nuestras opciones. —Empezó a enumerar Terion, una vez se

hubieron sentado sobre las raíces de los grandes arces de más de quince metros

de altura—. Si nos acercamos a Bysund, el duque Yrvild, o alguno de sus

vasallos, nos cortará la cabeza. Si viajamos más al norte, no sabremos en quien

confiar y en quien no hasta llegar a las Tierras de los Mil Lagos. Allí están tus

tierras —dijo mirando a Vaelmir—, y las de tu familia, pero sin monturas sería

un viaje demasiado largo; no menos de veinte o treinta días.

—Yo lo descartaría —aconsejó Vaelmir—, si es que quieres llegar a Isgarad

antes de que corra la sangre y los cementerios se empiecen a quedar

pequeños.

—Pero no podemos ir al sur otra vez —dijo Dyan con voz cansada—, el ejército de los nobles conspiradores está en esa zona. En todo el sur de Norvador

hasta las fronteras de Isgarad, por lo que parece. ¿Cómo vamos a pasar entre ellos?

—No lo sé —suspiró Terion—. A pie no pasaría ni un día hasta que sus exploradores nos avistaran. Debemos buscar otra alternativa.

Kirius permaneció en silencio, demasiado cansado para intervenir. Además, desde hacía un rato venía percibiendo una especie de letanía, que escuchaba como un susurro proferido desde la distancia. Sabía que era cosa del Ausente.

—La cima del invierno —murmuró Kirius, al entender por fin las palabras.

—¿Qué has dicho? —preguntó Terion.

—Sólo es... algo que escuché una vez. La cima del invierno.

—¡Eso es! —exclamó Vaelmir, esbozando una sonrisa misteriosa—. Terion, ¿qué hay del Gigante de Escarcha? Es una opción que no habíamos tenido en cuenta.

Terion torció el gesto y abrió la boca, a punto de formular alguna objeción, pero acabó por asentir.

—Podríamos cruzar las Haldgeirr y es un camino que no esperarán que tomemos.

—Esperad, ¿os referís al *Fjäris dar Hullen*? —preguntó Dyan.

Kirius había oído hablar de la legendaria montaña, la más alta del mundo, decían muchos. La traducción del nombre que le habían puesto los pueblos bárbaros, los que una vez habitaron a sus pies, era la que había dado Vaelmir: el

Gigante de Escarcha.

—En efecto. Hay una ruta que pasa a la sombra del Gigante de Escarcha y que muy poca gente conoce. De los que la conocen, aún son menos los que se atreven a tomarla —admitió Terion.

—Terion y yo la cruzamos en una ocasión, poco después de conocernos —relató Vaelmir mientras se quitaba el vendaje de la mano herida. Dyan se acercó

y comenzó a examinarla—. Será duro, pero podremos llegar a Isgarad desde el

norte. Si nos buscan, no será allí.

—Lo que no sé es si podremos llegar a Derand a tiempo. Ya casi hemos consumido la mitad del plazo que se nos dio —se lamentó Terion—, pero supongo que eso ya da igual. Esta es nuestra única alternativa, nos guste o no.

—¿Cómo os conocisteis Vael y tú? —le preguntó Kirius al isgario, logrando que su curiosidad venciese al cansancio—. Es algo que siempre me ha intrigado.

—Yo me encontraba en Kovarec, buscando apoyos para el Tercer Azote que proyectaban la Iglesia e Isgarad en aquellos entonces. Recibí noticias de mi padre, ordenándome que me dirigiera lo antes posible a Farlaen, y entonces

pensé que debía de haber alguna forma de acortar el viaje de vuelta. Preguntando en la ciudad, me recomendaron que acudiera a Vaelmir, el Sexto.

—¿El Sexto? —inquirió Kirius.

—Así

me

llamaban

entonces

—dijo

Vaelmir,

moviendo

con

despreocupación los muñones del meñique y el anular ante la atenta mirada del

sacerdote—. Yo era el sexto hijo del poderoso Ilgram y su esposa Auda, y por lo

tanto no tenía posibilidad alguna de heredar cualquiera de los títulos o las tierras

de mi padre. Sin embargo, me las ingení para serle de utilidad al rey Andrid y

que me nombrase, con sólo quince años, señor del condado de Aldremhem.

—Tras salvar a su primogénito, Leric, de un complot para acabar con su vida —intervino Terion. Vaemir apretó los labios y asintió—. Como decía,

conocí a Vael en Kovarec, y él me aseguró que era un experto guía que había cruzado las Haldgeirr desde que era un niño. Era mentira, pero para cuando lo descubrí ya me había robado y se había ido. En su defensa debo decir que, gracias a él, crucé las montañas y puse el pie en Isgarad.

—¿Qué puedo decir? —rio Vaelmir, cuando su amigo hubo acabado—. En ese entonces era joven, alocado y me divertía mucho cabrear a gente más poderosa que yo.

—No creo que hayáis cambiado demasiado, Vaelmir —intervino Dyan—.

Tuvisteis suerte de que no os colgaran por robarle al príncipe heredero de Isgarad. Por fortuna para vos parece que le caísteis bien, ya que luego os convertisteis en inseparables. Vuestras heridas están mucho mejor de lo que esperaba, casi cicatrizadas. No sé si debe a mis remedios o a...

—A que no me gusta derramar mi propia sangre. Veis milagros en cada rincón, Dyan, y me temo que no los hay. Terion, si vamos a buen ritmo podremos llegar a Alto Vhalec en siete u ocho días. Desde allí cruzar las montañas debería llevarnos otros diez días, en el peor de los casos.

—Alto Vhalec —repitió Terion, entrecerrando los ojos—. Lo recuerdo.

—Es un pueblo casi aislado del resto de Norvador, de modo que no encontraremos nobles que opinen que nuestras cabezas estarían mejor clavadas en una pica que sobre nuestros hombros. Así que, sugiero que nos pongamos en marcha —dijo Vaelmir y, predicando con el ejemplo, se levantó y empezó a caminar.

Kirius fue a imitarlo, pero Terion se plantó delante de él y lo miró con aquellos ojos helados suyos. No obstante, en su rostro tan sólo había preocupación.

—Kirius, ¿te encuentras bien?

—Sí —dijo el muchacho, con voz débil—. Estoy cansado, nada más.

Terion asintió y pareció a punto de reanudar la marcha, pero de pronto se le acercó y le plantó la mano en la frente. Su piel estaba helada al tacto.

—Estás ardiendo. ¿Por qué no habías dicho nada?

El muchacho se quedó mudo. ¿Cuánto hacía que se sentía enfermo? Ni lo recordaba ya. Algo le vino a la mente, algo relacionado con sangre y dolor.

—Parecerás débil —dijo el Ausente—. No quieres que él piense eso de ti, ¿verdad?

Kirius negó con la cabeza, inseguro. Terion, al no obtener respuesta, frunció el ceño y tomó los bultos que cargaba el muchacho, añadiéndolos a los suyos.

—Le preguntaré al sacerdote por algún remedio para aliviarte, ya que parece conocer muchas plantas y ungüentos. Si no mejoras, no podemos arriesgarnos a

subir a las montañas. Ve delante.

—¿Lo ves? —susurró el Ausente—. Eres una carga para todos.

Kirius comenzó a caminar, sin fuerzas para rebatir el argumento de la voz.

Pronto se encontraron marchando hacia el norte, siguiendo el linde del

Bosque del Otoño. Caminaron un día tras otro, sin apenas descanso, en hilera de

a cuatro. Vaelmir iba en cabeza, y cuando veía algo sospechoso, hacía que se internaran en el bosque y esperaran, o que anduviesen un tiempo entre los

árboles. Dyan se ocupó de que Kirius ingiriera una infusión de hojas amargas en

varias ocasiones. Aquel brebaje sabía a hiel, pero lo cierto es que al segundo día

Kirius experimentó una visible mejoría y notó como las fuerzas volvían a él.

Así, como sombras que procuraban no ser vistas, avanzaron hacia el norte

hasta que Kirius pudo ver por fin al Gigante de Escarcha, el que muchos decían

que era el techo del mundo. Lo cierto era que descollaba por encima de las otras

montañas. Su cima estaba fracturada en dos altas torres de granito cubiertas en buena parte de nieve. Nada más ver aquel pico bifurcado, recordó que de alguna

forma ya había estado allí, aunque fuese en un sueño. Durante la última noche tras su vuelta de Corak había soñado que intentaba escapar de Targun, escalando

por las nevadas laderas. En el sueño el saradio lo seguía a corta distancia, gritándole que iba a morir solo. Kirius contempló a aquel inmenso centinela de

roca y hielo, sintiéndose cada vez más pequeño.

Al día siguiente se internaron en la foresta, en dirección a aquel coloso.

Pronto el bosque comenzó a ofrecer más claros y los arces dieron paso a un

enjambre de hayas mezcladas con abedules. El terreno se volvió más escarpado

y duro, y tuvieron que dar numerosos rodeos para evitar paredes de roca

infranqueables. El octavo día llegaron a un apartado valle entre las primeras montañas de las Haldgeirr. Era un lugar hermoso y tranquilo, recorrido por un río de aguas rápidas, un afluente del gran Tairngir. Hacia el oeste, el Gigante de

Escarcha dominaba el horizonte, presidiendo el valle. Parecía estar cerca,

separado de ellos por laderas cubiertas de un denso pinar, que se teñían de

blanco según se acercaban a la montaña. Sin embargo, Vaelmir les dijo que aún les faltaban un par de días para llegar a él.

—Y aquí está, Alto Vhalec —anunció el norvadoreano—. ¿No es hermoso?

Alto Vhalec era un pueblo de unos trescientos habitantes situado a orillas del

río que transcurría por este valle, llamado el Valle de Grondar. Las casas de madera se situaban al sur del río, unas sobre otras, aprovechando al máximo el

espacio disponible. Se extendían subiendo la pendiente del valle hasta la misma

pared de roca de un acantilado. Un molino, y una fragua situada a su lado, eran

los únicos edificios de piedra a ese lado del río. En la orilla opuesta se levantaban los restos de muchas edificaciones, algunas de ellas meros montones

de piedra. Como si fuera un ruinoso reflejo de Alto Vhalec, el pueblo

abandonado también se extendía por el valle hasta los pies de una cresta rocosa,

con un imponente castillo en ruinas que lo dominaba todo desde las alturas.
El

orgullosa castillo estaba partido por la mitad, como si una gigantesca espada lo

hubiese golpeado desde las alturas, fracturando incluso la roca sobre la que se asentaba. De entre la grieta surgía una estrecha cascada que caía por la roca, fluía entre las ruinas y venía a parar al río principal. Kirius miró al otro lado del

río boquiabierto, pensando en qué calamidad podría haber dejado al antiguo pueblo y a su fortaleza en semejante estado.

—Es impresionante —dijo Dyan, mientras se acercaban al pueblo—. Había oído hablar de este sitio, pero las palabras no le hacen justicia.

—Desde luego, pero no creo que sus habitantes lo vean así —dijo Vaelmir

—. Es un pueblo aislado, frío y que, como veis, ha venido a menos a lo largo de

los años. Hace cien años esto era un próspero condado, pero ahora pocos se acuerdan de que existe. Además, la mayoría de sus habitantes trabaja en las minas de hierro que hay por la zona. Un trabajo duro como pocos.

El señor de Aldremhem consiguió que los hospedasen en la taberna del

pueblo, ya que este no poseía posadas ni hostales. La taberna se llamaba *El Dragón de Cobre* y era un establecimiento alargado, de dos plantas que, como todas las casas de Alto Vhalec, disponía de un hogar para calentar el edificio en

su centro. Esa tarde, los cuatro se tomaron un bien merecido descanso en la taberna, junto a una jarra de aguamiel caliente. Kirius los miró y vio en ellos la

huella del cansancio de los últimos días. Él, aunque se encontraba mejor que días

atrás gracias a los cuidados de Dyan, aún se sentía enfermo y apático.

—Dyan —dijo Vaelmir, echándole una mirada crítica al sacerdote—, será mejor que os consiga ropa decente para cruzar las montañas. Si intentáis hacerlo

con esa túnica no pararéis de rodar ladera abajo, y no tendremos tiempo de ir a

buscaros.

—No pienso... —empezó a protestar Dyan, pero luego calló mirándose sus vestimentas. La túnica estaba rota, descosida y sucia debido a los últimos días de huida y travesía por el bosque—. Supongo que tenéis razón.

—En la montaña, debemos ser prácticos, ante todo, si lo que queremos es sobrevivir —intervino Terion—. Vael, ¿crees que podrás conseguir todo lo necesario?

—Sí, ya he hablado con el tabernero y el tendero. Ambos han prometido que mañana lo tendrían todo a punto. Veamos: ropa de abrigo, provisiones adecuadas, aceite, pedernal, cuerda, leña seca, antorchas y una mula. ¿Me olvido

de algo?

—Creo que está todo.

—¿Cuándo partiremos? —quiso saber Dyan.

—Descansaremos otra jornada —dijo Terion mirando a Kirius, cuyos ojos se entrecerraban sin que pudiera evitarlo.

—No es necesario —protestó el muchacho—. Puedo seguir.

—No lo dudo, Kirius, pero te vendrá bien otro día para recuperar fuerzas.

Aunque ya no tienes fiebres, no quiero arriesgarme. Los demás también estamos

exhaustos.

Kirius sabía que Terion sólo lo decía para que él no se sintiese culpable. Sus compañeros parecían muy capaces de seguir ese ritmo durante muchas jornadas

más. A no mucho tardar se fue a dormir, acurrucándose entre mantas de pieles al

lado del fuego de la taberna. A pesar de que el establecimiento aún estuvo frecuentado por vociferantes parroquianos durante unas horas más, él durmió

hasta la mañana siguiente de un tirón.

Ese día llegó a la taberna un anciano demandando hablar con ellos. Se

presentó como Escaldyr, uno de los miembros del consejo de ancianos del

poblado. Vaelmir y Dyan habían salido a primera hora, para ocuparse de

conseguir los pertrechos que necesitarían. Así que Terion y Kirius atendieron al

anciano y lo acompañaron, cuando este les indicó que deseaba dar un paseo por

el pueblo. Aparentaba ser más viejo que las propias piedras del lugar. Poseía

una

larga barba y cabellos de un color muy blanco, pobladas cejas y andaba encorvado por la edad, apoyándose en un cayado de madera ennegrecida. Los llevó por las empinadas calles de tierra y guijarros hasta la orilla del río, contándoles cosas del pueblo. La forja, decía, era ahora una sombra de lo que había sido un siglo atrás, cuando de ella salían las mejores espadas y corazas de

Norvador. El pueblo había cambiado mucho, murmuró en varias ocasiones.

—Eso es muy interesante —dijo Terion con paciente cortesía—, pero me preguntaba cuál es el motivo por el que habéis solicitado vernos, anciano.

—Ah, los jóvenes siempre con prisas, como si fueseis a correr más que la muerte —replicó Escaldyr, refunfuñando—. Me llegaron noticias de vuestra

llegada y supe que uno de nuestros huéspedes era Vaelmir de Aldremhem. Sentí curiosidad al saber que el noble Vaelmir había vuelto a Alto Vhalec después de

tantos años y, ahora que os veo, parece que vos también habéis vuelto, acompañándole.

—¿Me recordáis? —preguntó Terion con incredulidad.

—Por supuesto, príncipe Therius, o cómo quiera que os hagáis llamar ahora

—dijo Escaldyr, con una mirada sagaz y una sonrisa pícaro—. Nunca olvido un

rostro o unos ojos que dicen tanto de una persona, como los vuestros —le

aseguró a Terion, aunque en ese momento miró a Kirius, con la misma

sonrisa.

—Hace más de veinte años que vine a Alto Vhalec. Yo soy incapaz de recordaros, pero vos me habéis reconocido a pesar del tiempo transcurrido. Me

habéis impresionado, Escaldyr.

—No tiene mérito que recuerde al príncipe heredero de Isgarad. Lo sorprendente sería que vos os acordarais de mí, en aquel entonces un simple tabernero.

—Lo cierto es que venimos con el mismo propósito de entonces, cruzar las Haldgeirr por la ruta de la montaña —dijo Terion. Tras ver la mueca de disgusto del anciano, añadió—: Es el único camino que podemos tomar para llegar a Isgarad.

—¿Estáis seguros? No os recomiendo que toméis esa ruta. Hace más de dos años que nadie sube hasta allí —dijo el anciano, mirando hacia la imponente montaña—. En sus dominios no existen los caminos y siempre es invierno.

Además, los tramperos que se acercan a ella dicen que se oyen extraños aullidos

que hielan la sangre.

—¿Lobos? —sugirió Kirius.

—Lobos y cosas peores. Seres de dos patas, pelo blanco y ojos negros sin vida.

—Vorgrom —dijo Terion con gesto serio—. ¿Habéis visto alguno, Escaldyr?

—No en los últimos cuarenta años —negó el anciano—, pero cuando era joven... He visto mucho más que vorgrom, Therius. ¿Habéis olvidado lo que le

sucedió a la Vieja Vhalec? ¿Ya no se cuentan esas historias en las tierras bajas?

Terion miró hacia el otro lado del río, a la antigua Vhalec en ruinas. Cuando volvió a mirar al anciano, en su rostro había pesar.

—Es difícil olvidar algo así. No sólo cayeron poblados y fortalezas en el lado de Norvador, en Isgarad también murieron muchos. Sin embargo, yo no había nacido entonces y no puedo hablar de lo que no he conocido.

—Ah, pero yo sí que estuve aquí el día en el que Myrkhonos atacó. El

Devorador llegó desde la montaña y ante su rugido la propia roca temblaba y se

moldeaba según su voluntad. Casi un millar de hombres, que habían llegado al

gran castillo de Vaddar Grond para contener a la bestia, murieron ese día. Por no mencionar a la mayoría de los habitantes del pueblo, los que se ocultaron en sus

casas o tras las murallas del castillo. —Durante su relato, Escaldyr señalaba con

el cayado al derruido castillo y a los restos de casas y edificaciones del otro lado

del río—. Sólo los que decidimos huir a las minas y escondernos en ellas,

sobrevivimos ese día.

—Esa bestia... ¿qué era? —preguntó Kirius, atónito ante el relato del anciano.

—Un dragón, muchacho. Si lo prefieres llámalo un gran wyrm o gusano antiguo —dijo Escaldyr, sonriendo al ver su expresión—. Yo tampoco lo creía,

hasta que lo vi surcar el cielo con mis propios ojos. Este se llamaba Myrkhonos,

y por aquí se le apodó como el Devorador, por todos los hombres y ganado con

los que se alimentó.

—Myrkhonos fue el nombre que le pusieron los riadeim —aclaró Terion—.

Minedea me lo explicó hace mucho, cuando hacía tratos con mi padre en Derand.

—Minedea... era una joven muy hermosa y gentil —dijo de pronto

Escaldyr, dejando a Terion boquiabierto—. De los treinta y cinco que fueron en

busca del dragón, casi diez años después de que destruyese el condado de

Vhalec, ella fue una de los pocos que sobrevivieron. Sólo la maga y tres más volvieron de la montaña y todos ellos regresaron... cambiados.

—¿En qué año ocurrió eso? —preguntó Kirius, notando que la cronología no encajaba con la edad de Minedea.

—Myrkhonos murió en el año setecientos veintinueve, es decir, veamos...

hace cincuenta y ocho años. —Fue la respuesta del anciano. Kirius miró a Terion

con evidente asombro y este agitó la cabeza, pidiéndole que no dijera nada—.

Ha sido un placer hablar con vosotros, pero estar tan cerca del río no les sienta

bien a mis viejos huesos. Dadle saludos al noble Vaelmir en mi nombre y sed prudentes si vais al *Fjärís dar Hullen*.

—Cuidaos, anciano —se despidieron ambos, cuando este ya se iba caminando con esfuerzo.

Los dos se quedaron de pie, mirando a las ruinas de la Vieja Vhalec. El castillo y la roca bajo él, partidos por la mitad, eran una imagen impresionante

de contemplar. Bajo el sol y el cielo azul de primavera, se distinguía con toda claridad la prosperidad de la que había gozado el pueblo en su día. Aquello daba

que pensar en la rapidez con la que podían suceder los cambios y lo traumáticos

que podían llegar a ser.

—Myrkhonos despertó de un largo sueño porque el propio mundo le gritaba que estaba en peligro —explicó el Ausente, con voz suave y melancólica—. Su

furia fue incontrolable, pero su objetivo nunca fue matar.

—¿De veras? Pues no es lo que parece —replicó Kirius, sin poder

contenerse.

—¿Qué? —preguntó a su vez Terion.

—Decía que Gaelon me contó hace tiempo la historia de un dragón que aterrorizó las tierras del oeste —disimuló Kirius, sin mirar a Terion—. Me dijo

que uno de mis antepasados había ayudado en la lucha contra el monstruo.

Siempre creí que eran cuentos que me relataba para mantenerme entretenido.

Hasta Arvand se reía de mí cuando se lo contaba, pero ahora...

—En toda historia siempre hay una parte de verdad mezclada con

fabulaciones. Los cantares y relatos del auge, y la posterior caída, de Myrkhonos

eran muy habituales hasta hace diez años, pero tras la Plaga cayeron en desuso.

La enfermedad y los diabólicos hechiceros tarkesios que la enviaron al norte son

desgracias mucho más recientes que la de un dragón muerto hace ya más de una

generación.

—Ya veo —murmuró Kirius—. Ahora sé que los relatos no siempre acaban bien.

—¿Aún estás triste por lo que le sucedió a Mirana?

—Ella no se merecía lo que le ocurrió. ¿Es siempre el mundo así de injusto?

—inquirió el muchacho con frustración.

—A menudo, pero las buenas intenciones siempre suponen una diferencia.

Kirius intentó creerlo con todas sus fuerzas, pero lo cierto era que, desde su viaje a Corak, todo lo que le había sucedido parecía demostrar lo contrario.

—Terion, ¿cómo es posible que Minedea tenga al menos ochenta años y parezca tan joven? —preguntó, intentando pensar en otra cosa que no fuese una

tragedia.

—A mí también me gustaría saberlo, pero hace tiempo que renuncié a

intentar entender los asuntos de los riadeim. Olvidemos eso ahora y hagamos lo

que se supone que deberíamos estar haciendo, descansar.

El estómago de Kirius rugió en ese momento, como para darle más valor a las palabras del isgario. Ya había pasado la hora de la comida.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo, mostrando su conformidad.

Cuando se disponían a volver al *Dragón de Cobre*, el súbito sonido del trotar de un caballo les hizo detenerse. En la tranquilidad del valle, apenas trastornada

por el perezoso giro del molino y el rumor del río, llamaba mucho la atención.

Pronto apareció la montura, que llegaba desde el oeste y trotaba sin jinete en su

silla. Al ver el pelaje oscuro y la cabeza en forma de cuña, Kirius lo reconoció.

Era Arin. Terion se adelantó hacia él, riendo de pura felicidad.

—Me has encontrado. Dioses, seguro que, si pudieras, nos contarías una historia increíble —dijo el isgario, palmeando a su montura, que relinchó al sentir el contacto.

Arin parecía estar en buen estado. Una de las cinchas de la silla de montar había sido cortada, y el semental tenía una herida en ese costado, aunque por suerte era un corte superficial. La silla se había movido y cuando Terion la inspeccionó, su rostro perdió toda la alegría.

—Tiene heridas por las rozaduras de la silla. Déjame tu daga, Kirius.

No bien se la hubo dado, cortó las cinchas restantes y le quitó la silla, que dejó en el suelo. Cuando retiró la manta, vieron las marcas llagadas en la piel.

—Dyan sabrá de alguna forma de curarlo —aventuró Kirius, viendo la preocupación en la mirada del isgario—. ¿Cómo nos ha encontrado? Es imposible.

—Para él no —dijo Terion mientras tomaba a su montura de las riendas y empezaban su camino de regreso a la posada—. Arin es un al'ghaan, un corcel

de las Dunas Blancas. En el desierto de Alqejid hay unas tierras de arenas y tierra tan blancas como la nieve, que los tarkesios llaman Nafaris. Creen que tienen ese color porque su dios, el Supremo, caminó por ellas hace milenios.

Todo allí es sagrado, incluidas las manadas de corceles salvajes que recorren la

región en libertad. Arin fue uno de ellos. Son monturas muy especiales; una vez

se unen a un jinete, mantienen su lazo hasta el fin de sus días.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo Kiriús, maravillado con cada nuevo detalle que conocía de la vida del príncipe de Isgarad.

—No soy el único que guarda sorpresas —replicó Terion, sonriendo.

Cuando llegaron a la posada, Vaelmir y Dyan ya estaban en ella, después de haber recolectado todo lo necesario para ponerse en marcha al día siguiente. Tras

la pertinente explicación de Terion, después de que viesan con asombro como traían con ellos a Arin, Dyan aseguró que podía preparar un ungüento

cicatrizante para las heridas del semental. Sin embargo, no podría llevar silla hasta que estuviese curado.

Despertaron con las primeras luces y se prepararon para partir. Se internaron en el Valle de Grondar, hasta que este se estrechaba y torcía en dirección norte.

Vaelmir les dijo que el valle se convertía más adelante en una estrecha garganta

por la que transcurría el río, hasta llegar al glaciar del que surgía, al norte del *Fjäris dar Hullen*. Ellos, en cambio, subieron por una ladera cubierta por un bosque de pinos, en dirección a la cara sur de la gran montaña. Vaelmir abría la

marcha junto con Terion, llevando a Arin de las riendas. Les seguían Kiriús y Dyan, este último conduciendo a la mula.

—Dyan, ya tengo un nombre para vuestro nuevo amigo —dijo Vaelmir con

seriedad, refiriéndose al animal—. Lo llamaré Ladion, en honor a los triarcas.

Kirius tuvo que ahogar una carcajada al ver al sacerdote escandalizarse, con su rostro totalmente congestionado.

—¡No estáis en vuestros cabales! En... otros tiempos se os azotaría por... por blasfemo —dijo tartamudeando mientras se escuchaban las sonoras carcajadas de Vael.

—Os toma el pelo —afirmó Terion—. Cuando dejéis de reaccionar así ante sus palabras, se aburrirá y os dejará en paz.

—Oh, no lo creo —aseguró Vaelmir—. Tener que viajar con un sacerdote agudiza mi ingenio. Ya que no puedo hablar de las mujeres con las que he yacido

ni de como las he complacido, para no ofender vuestra triste moralidad, dejadme

al menos ser ocurrente en otros temas.

—Bendito Shezarel, que largo se me hará el camino hasta Midel —suspiró Dyan con resignación.

—Terion tiene razón —le comentó Kirius al sacerdote poco después, una vez sus dos compañeros se hubieron adelantado—. No deberíais darles importancia a las palabras de Vaelmir. Estoy seguro de que dice muchas cosas que no piensa.

—Como la mayoría de los hombres —asintió Dyan, resignado—, pero creo que tienes razón. Alguien con... mis antecedentes, debería controlarse mejor.

Tantos años de aislamiento han hecho que olvide como tratar con las personas.

—¿Aislamiento?

—Pasé los siguientes cinco años, tras abandonar la Orden del Espino, en la abadía de Assoros. Los que van allí hacen voto de silencio, normalmente para el

resto de sus días, pero yo fui llamado a Ishmer para estudiar historia y lenguas

antiguas. Esa, que los Tres me perdonen, siempre ha sido mi gran pasión y lo que da sentido a... todo.

—Y ahora que vais a Midel para ser nombrado reverendo de la ciudad, ¿creéis que podréis seguir haciendo lo que os gusta?

—Mis obligaciones serán otras —respondió Dyan, sin mucho entusiasmo—, pero he oído que en el castillo Erym hay una biblioteca pequeña pero repleta de

viejos volúmenes y crónicas de... —Dyan se detuvo, indeciso—. Quizá más adelante podamos conversar acerca de los libros que leías en la biblioteca de Rynad.

—Claro, me encantaría.

El sacerdote le sonrió y se adelantó, subiendo por la ladera entre los pinos dispersos.

—¿Cómo sabe él que vivías en la biblioteca de Rynad? —dijo el Ausente.

Kirius se detuvo, pensativo. El Ausente tenía razón. Él no se lo había dicho,

pero quizá Terion sí lo había hecho.

—¿De veras eres tan ingenuo? —susurró la voz—. Todos te mienten, estúpido.

Kirius maldijo en voz baja, enfadado consigo mismo y con el maldito

Ausente que se tomaba la libertad de insultarlo. «Dyan es buena persona», se dijo con rabia y apretó el paso, resuelto a no pensar más en el tema.

Recorrieron

un buen trecho hasta el anochecer, momento en el que tuvieron que detenerse a

montar un campamento en el que pasar la noche. Cuando se metieron en sus

improvisados lechos, era patente que el frío arreciaba cada vez más, como si la

primavera se arredrase ante el implacable invierno.

Al día siguiente, avanzaron hasta que empezaron a ver restos de nieve en

lugares sombríos. En varias ocasiones, cruzaron barrancos y pequeños torrentes

formados por el deshielo. Cada vez era más patente el blanco de la nieve que aún

no se había derretido, hasta que, a últimas horas de la tarde, al montar su campamento, lo hicieron cerca de un ventisquero, en la cima de un risco. Al mirar al norte, Kirius vio las fantasmagóricas luces de la aurora boreal tiñendo de verde y violeta el cielo, interrumpida sólo por la inmensa sombra del Gigante

de Escarcha. No era la primera vez que veía ese portento en el cielo, desde la granja en Telbar podía verse en ocasiones, aunque nunca de una forma tan nítida

como esta noche. Brillando sobre la aurora, había un conjunto de estrellas que formaban un intrincado patrón.

—El dragón —murmuró, tumbado en su lecho.

—Sí, es la constelación del Dragón —afirmó Terion, que permanecía de guardia en la oscuridad, fumando en su vieja pipa.

El isgario había seguido su mirada y adivinado a qué se refería.

—Hoy brilla con especial intensidad —dijo Dyan, que había escuchado la conversación desde su lecho—, como si nos recordara que la montaña fue la guarida de uno de ellos.

—A Myrkhonos se le dio muerte hace más de cincuenta años —comentó Terion tras expulsar una bocanada de humo—. No hay nada que temer.

—¿Y el cuerpo de la bestia? —quiso saber Kirius—. ¿Acaso alguien lo vio muerto, aparte de Minedea?

—Fue imposible recuperarlo —dijo Terion lentamente—, pero eso no quita valor a las palabras de los que lo mataron. Creedme, la montaña está libre del Devorador.

—No es temor lo que yo expresaba —aclaró Dyan, con voz emocionada—.

¿Sabéis lo maravilloso que sería ver a una criatura así y poder documentarlo?

—Dyan —dijo Vaelmir, sentándose en su lecho—, ¿estáis mal de la puta cabeza!

—Es evidente que lo estoy —dijo con seriedad—. ¿Por qué creéis que no

me ido ya en mitad de la noche, abandonándoos a vuestra suerte?

Dyan se quedó mirándolos durante unos instantes y luego rompió a reír.

Pronto los tres lo imitaron, ante lo inesperado de su reacción.

—No os quejéis, sacerdote —concluyó Vaelmir con un guiño—. Estoy seguro de que no encontraréis compañía más interesante que la nuestra. Os prometo que no os vais a aburrir a nuestro lado.

Dyan asintió, pero su sonrisa se fue borrando hasta desaparecer por completo.

—He tenido demasiadas emociones en mi vida. Daría lo que fuera por volver a mi aburrida rutina en la Ciudadela de la Iglesia.

El buen humor de todos desapareció, contagiados por el ánimo del sacerdote. Pronto se fueron a dormir, alrededor de un fuego que alejaba lo peor

del frío. Kirius no fue consciente de haberse dormido, pero se despertó de madrugada. Había soñado con la montaña y con aquella mujer morena que ya había visto en otro sueño antes. Ella le pedía, desesperada, que la creyese y la ayudase a huir de la oscuridad. Tenía un sabor metálico en la boca, el pecho le

dolía y volvía a tener esa sensación febril de días atrás.

El muchacho buscó con la mirada a Terion, que dormía algo más allá,

indeciso. Si mencionaba que volvía a encontrarse mal, el príncipe era muy capaz

de ordenar que volviesen atrás. Kiriús sabía que no podían permitírsele. No sólo

porque no tuvieran otra ruta o porque Targun, y sus esbirros, estuvieran en algún

lugar a sus espaldas, sino porque algo en su interior lo conminaba a avanzar y encontrarse con la montaña. «Jelanie me habló de la cima del invierno». De alguna manera no tenía fuerzas para oponerse a aquellas palabras, a aquella absurda profecía. Y suponía que la fiebre, el dolor en el pecho y la sangre no eran más que otra de las desgracias que el saradio había traído a su vida. Su promesa de sobrevivir a cualquier precio se le antojaba ahora una tarea tan titánica como la de escalar la montaña.

Kiriús cerró los ojos y se dejó llevar, sin fuerzas ni voluntad para hacer otra cosa, excepto para derramar lágrimas en silencio.

Al día siguiente continuaron con su ascenso por las nevadas laderas del

Gigante de Escarcha. La cumbre estaba permanentemente rodeada de nubes, y el

cielo comenzaba a perder el alegre tono azul que presentara días atrás para tornarse gris. El frío hizo que tuviesen que abrigarse más y se vieron forzados a

usar los sobretodos de lana y los abrigos de pieles que habían adquirido en Alto

Vhalec.

Terion y Vael conversaron largo rato, mientras abrían la marcha, acerca de la ruta que debían tomar. Al parecer había un paso elevado con el que podrían

ganar más de un día. Al final se decidieron a tomarlo, aduciendo que era practicable incluso llevando a los animales, y continuaron su ascenso por una zona rocosa de la montaña sin apenas nieve, pero por la que debían transitar

con

mucho cuidado. Las rocas eran traicioneras y era fácil pisar mal y caer. Kirius miró atrás y se sorprendió de lo mucho que habían subido ya, y lo lejos que quedaban los bosques que habían atravesado.

—¿Habita alguien aquí? —preguntó Terion con extrañeza, consiguiendo que el muchacho abandonase la contemplación del paisaje— ¿Cómo es posible?

Kirius miró en la dirección que señalaba el isgario y entonces la vio. A lo lejos, quizá a una hora de camino en dirección norte, vio un gran lago de aguas

de un negro insondable. Cerca del lago, había una cabaña hecha de lo que parecían grandes cantos de piedra. Debido a la distancia no podían apreciar más

detalles.

—Los Tres nos amparen —dijo Dyan con el rostro serio—. No deberíamos dejar que se nos viese desde allá abajo.

—Veo que pensáis lo mismo que yo, Dyan —dijo Vaelmir—. También sabéis lo que mora en esa cabaña.

—¿De qué habláis? —inquirió Terion.

—Volvas —dijo Dyan, escupiendo la palabra.

—Las volvas no respetan la magia, a la vida ni tampoco respetan a la propia muerte —explicó el Ausente, dejando a Kirius paralizado cuando iba a preguntar

a qué se referían.

—¿Brujas del norte? —exclamó Terion—. ¿Aquí?

—Esto forma parte del norte, viejo amigo —dijo Vaelfir—. Hace siglos estas eran tierras de los bárbaros. Es normal que las brujas, cuando son desterradas por sus propias tribus, viajen hasta aquí. En las montañas nadie las molesta, excepto cuando ellas desean ser molestadas.

—Y así realizar sus abominables perversiones —prosiguió Dyan—. Los hermanos del espinoso tuvimos que lidiar a veces con ellas. Creedme, no querriais

acercaros a esa cabaña. Aún tengo pesadillas con lo que vi en algunas de sus moradas.

—No te detengas —lo apremió el Ausente, esta vez cerca, como si le susurrara al oído—. Ha sentido su presencia y vendrá a ver qué la está llamando.

Si aparece una de ellas, desearás haber caído en las manos de Targun. Te romperá en mil pedazos sangrantes para ver lo que guardas en tu interior.

—¡Dioses! —gritó Kirius, con un respingo, imbuido por una suerte de miedo e histeria procedentes de las palabras del Ausente. Todos lo miraron expectantes, sin saber a qué venía su reacción—. ¡¿Qué presencia?! Da igual.

Debemos irnos, ¡ya! Nos ha sentido, creedme. ¡Vayámonos!

Dyan compartió una mirada de extrañeza con los otros dos antes de asentir, dando su conformidad.

—No nos expongamos más —convino Terion con voz cauta.

Emprendieron la marcha, procurando caminar por la zona sur de la cresta rocosa. Kiriús abrió la marcha, ansioso por marcharse de allí y temeroso de volver a oír la voz de nuevo. Eso nunca significaba nada bueno. Detrás de él oyó

a los tres hombres conversar en voz baja. Cuando se volvió hacia ellos resultó evidente que él era el tema de conversación, pues dejaron de susurrar al instante.

El muchacho avanzó a zancadas por la nieve, apretando los puños con rabia. A

pesar de todos sus problemas, le indignó sobremanera que tuviesen aquella opinión de él. Que aquellos que lo conocían pensaran que había perdido el juicio. Ahora que por fin parecía que se entendía con ellos, la maldita voz había

hecho que se comportara como un lunático temeroso hasta de su propia sombra.

—Te odio —pensó en voz alta, susurrando de forma involuntaria—. Ojalá me dejases en paz, maldito hijo de puta.

Los cuchicheos a su espalda cesaron de improviso. Vaelmir no tardó mucho en adelantarse y ponerse a su altura.

—Kiriús, creía que era yo quien conocía esta ruta —le dijo con una sonrisa—. Déjame abrir la marcha y ve con los demás.

Kiriús le hizo caso, con gesto hosco. Terion y Dyan le hicieron compañía durante el resto de la jornada, sin dejar de hablarle de los más variopintos temas.

Terion le habló de su primer maestro de armas, con el que aprendió a manejar la

espada. Dyan, en cambio, le empezó a contar diversas crónicas de los reyes y emperadores de Bal Aeronis. Kirius fue consciente de que intentaban distraerlo

de sus preocupaciones, pero no le importó; necesitaba dejar de pensar.

Esa noche fue la más dura de todas desde que habían puesto un pie en las montañas. Soplaban un viento helado que cortaba la carne, a pesar de que se protegían en una formación rocosa que los resguardaba de lo peor de él.

Además, se había intensificado la sensación que llevaban horas padeciendo.

Parecía que les faltase el aire, sentían un gran cansancio y les dolía la cabeza. El

mal de la montaña, como les había explicado Vaelmir. Eso, sumado a su

malestar, hizo que Kirius apenas pudiese pegar ojo. Al final se levantó,

tambaleándose, y se sentó junto al fuego, haciéndole compañía a Dyan. El

sacerdote había insistido en hacer guardia durante unas horas, relevando a Terion

y a Vael. No tuvo que explicar que temía que la bruja los hubiese seguido desde

su morada.

—Dyan, ¿cómo supisteis que era la cabaña de una bruja la que vimos hoy?

—preguntó Kirius en voz baja para no despertar a los que dormían.

—Por el agua del lago —respondió el sacerdote con idénticas precauciones

—. Era de color negro, antinatural, pura ponzoña. He visto antes como las

volvas corrompen el agua y la tierra a su alrededor.

—Ya veo. ¿A vos también os duele la cabeza y os mareáis?

—Por desgracia sí. Por favor, Kirius, me gustaría que me hablastes con confianza y sin tanta distinción —se sinceró el sacerdote—. Al fin y al cabo, lo

que hemos pasado juntos creo que indica que deberíamos dejarnos de formalismos.

—Si lo crees así —dijo Kirius, con una sonrisa cansada—, me parece bien.

Dyan... ¿de qué hablaste hoy con Terion? ¿Qué te dijo acerca de mí?

—No creo que... deba... —Dyan se atropelló con las palabras y, a la luz del fuego, vio como se había sonrojado. El sacerdote inspiró profundamente antes de

seguir hablando—. Me dijo que eras especial y que tienes una intuición fuera de

lo común.

—¿Sólo eso?

—No. También dijo que si a veces parecía que hablas con alguien que no existe, es por culpa de las secuelas que te ocasionó enfermarse por culpa de la Plaga.

Kirius bajó la mirada, derrotado. Así que Terion lo sabía, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo. ¿Quién se lo habría dicho? ¿Doiran, Leram o el mismo Gaelon, a través de la carta con que lo había convocado? Ya carecía de

importancia, había estado haciendo el ridículo todo este tiempo.

—Así que ya lo sabéis, que estoy loco.

—Tú no estás loco, muchacho, debes creerme.

—Es fácil decir eso, pero si supierais las cosas que he visto y sentido... A veces me pregunto si no habría sido mejor morir cuando enfermé —susurró

Kirius, mientras sentía como las lágrimas anegaban sus ojos—. Sobreviví a la Plaga, pero me hizo algo... me destrozó por dentro.

Dyan lo miró, perplejo.

—¿Por qué dices eso? No tenía ni idea de que... oh, dioses, no imaginaba que te pudieses sentir así. No, muchacho, tu vida es preciosa e importante, nunca

lo dudes.

—¿De veras lo crees? —musitó Kirius.

—Por supuesto. De hecho... —empezó Dyan, pero se detuvo de forma abrupta—. Kirius, tus ojos... sangras por ellos.

Kirius lo miró sin entender, hasta que se llevó una mano a la cara y tocó las lágrimas que acababa de derramar. A la luz del fuego vio que sus dedos estaban

manchados de un oscuro color carmesí. El muchacho levantó la vista hacia

Dyan. El hombre lo miraba con los ojos fuera de las órbitas y en su postura había

algo diferente. Se inclinaba hacia atrás, como si quisiera alejarse de él.

Y entonces lo comprendió.

—Ha vuelto, ¿no es verdad, Dyan? La Plaga ha vuelto para acabar conmigo.

Dyan lo miró sin articular palabra durante unos momentos eternos.

—No... no lo podemos saber con seguridad, pero es evidente que... estás enfermo. Debo hablar con Terion y Vaelmir —dijo el sacerdote, nervioso, mientras se incorporaba—. En cuanto amanezca volveremos a Alto Vhalec. Es...

sí, en tu estado no podemos pasar ni un día más en las montañas. Es lo mejor...,

lo mejor.

—No lo permitas —advirtió el Ausente con voz dura—. Debéis seguir adelante, cueste lo que cueste.

Kirius se interpuso en el camino del sacerdote, que ya se dirigía hacia los lechos de Terion y Vaelmir.

—Por favor, no quiero que ellos se enteren. Es muy importante que lleguen a Isgarad y detengan el conflicto con Moradhair. Si lo consiguen salvarán miles

de vidas —dijo Kirius. El sacerdote agitó la cabeza, reacio a escucharlo—. Si vuelvo a Alto Vhalec, o a cualquier otro lugar habitado, quizá contagie a más gente. Es mejor que me quede aquí, donde no pueda causar daño a los demás.

«Lo mejor sería que me abandonaseis», pensó Kirius, pero no se atrevió a decirlo.

—No... tu vida es muy importante, tanto como evitar esa guerra. Además, si no se lo contase perdería su confianza. No, Kirius, debo avisarlos.

Kirius maldijo para sus adentros, sin fuerzas para oponérsele. Cuando iba a claudicar, se encontró con que de repente Dyan se había alejado varios pasos de

él y lo miraba con una expresión aturdida y temerosa. El muchacho tardó unos

segundos en comprender lo que pasaba. Se había vuelto a quedar en blanco, supo. Dyan tragó saliva y dio un paso atrás.

—No diré nada... lo prometo —aseguró el sacerdote, con voz triste.

Kirius asintió, sin saber qué decir. No sabía qué había pasado, pero, de

alguna manera, había convencido a Dyan para que guardara su enfermedad en

secreto. Y, como solía ocurrir cuando se quedaba en blanco, no había sido de forma agradable. El muchacho se volvió y se metió en su lecho, sin una palabra,

pensando que al menos no le había hecho daño para conseguirlo. Al menos no físicamente. Mientras se limpiaba la sangre del rostro, escuchó como Dyan

susurraba una oración a los dioses al lado del fuego.

A primera hora de la tarde llegaron a un angosto paso, en la cara rocosa de la

gran montaña. El camino no permitía el paso de un carro en sus partes más estrechas, por lo que todos avanzaron a fila de a uno. A su izquierda había un abismo por el que subían ráfagas de viento helado. Al mirar abajo, Kirius vio

como la nevada ladera de la montaña bajaba abruptamente, salpicada aquí y allá de rocas y bosquecillos de pinos y abetos. A su derecha subían paredes casi verticales de roca hasta donde alcanzaba la vista. Era imposible intentar adivinar

lo lejos que quedaba la cumbre, pues el plomizo cielo impedía verla. Las monturas recorrían intranquilas aquel lugar, intuyendo el cercano precipicio. Los

cuatro se concentraron en caminar por aquella calzada natural con la mayor rapidez posible. Kirius cerraba la marcha, andando con dificultad. Dyan, en cambio, iba el primero, como si quisiera alejarse lo más posible del muchacho.

—No te regaces —le dijo Terion, cuando las sombras comenzaban a alargarse y el día llegaba a su fin. El isgario, como los demás, se cubría con una pesada capucha, pero aun así tenía partes del rostro blancas por la escarcha—. Preferiría no tener que pasar la noche aquí.

Kirius iba a gruñirle una respuesta, pero un ataque de tos hizo que se doblara sobre sí mismo. Terion fue a ayudarlo, pero Kirius se apartó de él, dando un paso

atrás. No quería ni imaginar la posibilidad de contagiar a cualquiera de sus amigos.

—Estoy bien —barbotó el muchacho, rehaciéndose—. Sigamos.

Terion lo miró, con aquellos ojos que parecían examinarlo por dentro y desvelar todos sus secretos. Finalmente, el isgario asintió, y se pusieron en marcha otra vez. No obstante, las fuerzas del muchacho se acababan y pronto quedó claro que los estaba retrasando.

Por desgracia, hubieron de pasar la noche en aquel sitio. En la última hora

las nubes habían bajado y cada vez veían menos. El sol, que debería estar frente

a sus ojos, era apenas visible a través de la niebla. El paso elevado viraba hacia

el noroeste, pero era imposible ver nada para entonces. Terion y Vaelmir conferenciaron durante unos segundos, mirando el penoso deambular de Kirius.

Decidieron acampar, en una zona en la que el paso se ensanchaba. Se detuvieron

y empezaron a descargar los fardos, entre ellos la leña seca que habían llevado

para poder hacer un fuego en lugares donde no pudiesen encontrarla. Kirius se dejó caer en el suelo, exhausto.

Mientras comenzaban a preparar el fuego, se escuchó un penetrante aullido que los dejó a todos paralizados. Sonó otro, a su espalda, como si los lobos viniesen por la ruta que habían dejado atrás. Vaelmir y Terion cruzaron una mirada llena de preocupación.

Cuando se escuchó otro aullido, más cercano, Kirius comprendió que se equivocaba. Era un sonido ronco y gutural. Aquello no eran lobos.

—Vorgorn —dijo por fin Terion, con un suspiro.

—¡Mierda! ¿Cómo podemos tener tan mala suerte? —estalló Vaelmir—.

Tenemos que recogerlo todo y seguir adelante. No podemos hacerles frente aquí.

Esos malnacidos saben trepar.

—Nos podrían atacar por la espalda —asintió Terion—. Sólo podemos huir y confiar en ser más rápidos que ellos. ¡Encended las antorchas y pisad con cuidado!

Terion le tendió una mano y Kirius, tras unos instantes de vacilación, la tomó. Si no lo hacía, dudaba que fuese capaz de incorporarse por sí mismo.

—Aguanta —le dijo Terion, estrechándole la mano con fuerza—. Te prometo que te sacaré de estas montañas.

El príncipe le entregó una antorcha, al igual que a los demás, y se apresuraron a continuar por el paso, sin apenas visibilidad alguna. Tras ellos, los

grotescos aullidos se sucedían, convirtiéndose en una aterradora sinfonía en la oscuridad. Terion le tendió las riendas del nervioso Arin a Kirius, mientras que

Dyan llevaba a Ladion. Terion y Vael se quedaron protegiendo la retaguardia, ambos con una antorcha y el arma en las manos. El corazón de Kirius latía desbocado, mientras intentaba no dar un paso en falso que lo llevara al abismo.

Se apoyó en el costado de Arin, valiéndose del cuerpo del animal para caminar.

La cabeza le estallaba de dolor, el pecho le ardía y en ocasiones se le desenfocaba la visión. No recordaba haberse sentido peor en toda su vida.

De pronto, fue consciente de que ya no oía a aquellas criaturas. El viento seguía aullando, pero ya hacía un buen rato que los vorgrorn callaban.

—¿Los hemos dejado...? —empezó a preguntar Dyan.

—¡Silencio! —intervino Vaelmir, haciendo un gesto de contrariedad—. Los tenemos encima. Si callan es porque están a punto de...

No pudo acabar la frase. De la oscuridad surgió un sonido aterrador, mezcla de grito y gruñido, y aparecieron tres grotescas criaturas saltando hacia los dos

hombres desde la retaguardia. Eran una especie de humanoides deformes, del tamaño de un niño de cinco años. Tenían un hirsuto pelo blanco que les tapaba

casi todo el cuerpo, extremidades desmañadamente grandes para su tamaño y bocas repletas de dientes amarillentos. Pero, sin duda, lo que más asustaba de ellos eran sus grandes ojos negros sin pupila y las largas y afiladas garras oscuras de sus manos. Los vorgrorn se apoyaron en sus grandes patas traseras y

se abalanzaron hacia ellos. Terion giró sobre sí mismo, apartándose del alcance

de las peligrosas garras, y de un tajo de Eldear, partió a uno de aquellos seres por

la mitad en pleno vuelo. Vaelmir, se agachó y golpeó con su alfanje a otro, mientras con la otra mano, la herida, aplastaba la antorcha contra el rostro del otro ser. El vorgrorn lanzó un chillido agónico y se alejó dando tumbos. Pronto

surgieron más, que empezaron a gritar y a abalanzarse sobre ambos.

Kirius soltó las riendas de Arin y desenvainó la espada con torpeza,

sabiendo que en su estado no iba a resultar de ayuda. Antes de que pudiese dar

un solo paso, oyó el grito de Dyan. El sacerdote mantenía a raya a una de aquellas abominaciones, que había llegado salida de no se sabía dónde. Ante la

impotente mirada de Kirius, otro de aquellos seres cayó sobre el mulo. Las garras brillaron bajo la luz de las antorchas, y de pronto manó un surtidor de sangre humeante que los salpicó a ambos. El animal cayó, doblando las patas, con un rebuzno aterrador. Dio un paso, dispuesto a ayudar a Dyan, pero un súbito dolor en el pecho lo hizo tambalearse cuando sintió algo amargo subiendo

por su garganta. Kirius se dobló, vomitando una sangre negra y densa sobre la nieve y la roca helada. La criatura que el sacerdote mantenía alejada agitando su

vara, dio dos saltos en su dirección, en busca de una presa que intuyó más débil.

Kirius vio acercarse a aquel ser, sin poder hacer nada para evitarlo. No tenía fuerzas, ni voluntad, para apartarse o blandir su espada. De repente una sombra

surgió ante él, junto a una brisa fría que apagó el fuego de la antorcha que aún

sostenía. La sombra se dirigió hacia el vorgrorn, que chilló aterrorizado, retrajo

las garras y se perdió en la oscuridad aullando. Kirius se rehízo sin poder apartar

la vista de aquella sombra que acababa de ayudarlo.

—¿Eres tú? —murmuró confundido—. Me has salvado la vida.

De repente, la sombra se acercó a él como una exhalación. Apenas fue capaz de entrever un rostro pálido y sin vida que se acercó a un palmo del suyo. Los

cabellos de Kirius se movieron como si el viento los agitase y el muchacho se vio empujado hacia atrás.

—Debes caer —dijo el Ausente mientras Kirius perdía pie.

Intentó aferrarse a algo, pero su mano no consiguió asir nada que no fuera la fría niebla. En silencio, sin fuerzas para gritar siquiera, cayó en la oscuridad del

abismo.

—¡Kirius!

El desesperado grito de Terion fue lo último que oyó mientras caía montaña abajo, con aquel viento gélido como único sustento.

23. Lo que se rompe para siempre

Julius se desabrochó la capa y la lanzó con brusquedad al suelo de su tienda. Se

sentía frustrado y de mal humor, cosa que sus sirvientes detectaron al momento.

Se apresuraron a abandonar la tienda entre reverencias, tras cumplir con sus cometidos. Tras él entraron Tholmar y Caleron, sus hombres de confianza en este viaje. O, mejor dicho, los hombres de confianza de su padre.

Tholmar se sentó en un banco de madera, demasiado pequeño para su peso.

Julius lo despreciaba. Era incapaz de imaginar cómo un gordo, cobarde e inútil

como él había logrado convertirse en uno de los Primeras Espadas de la Orden

del Lirio. A Cáleron también lo despreciaba, pero por otros motivos. Era un hombre enjuto, inteligente, taciturno y uno de los más fieles a su padre.

Probablemente sería capaz de vender a sus hijos y a su mujer, si así se lo pedía el

preceptor. Un hombre peligroso, sin duda, pero al menos era eficiente. Ambos le

sacaban más de veinte años, pero en estos momentos estaban bajo sus órdenes.

Sin duda eso los enfurecía, aunque lo disimulaban bien.

—Más y más malas noticias —empezó Tholmar, con su doble papada temblando al hablar. Julius frunció el ceño y decidió fijar la vista en Caleron —.

Apenas logramos el compromiso de uno de los barones. Cuando quisimos ir a

Ishmer ya era demasiado tarde, y los nuestros ya se habían ido. Y ahora los exploradores confirman que los Llanos de Eralian están a merced de ese grupo

de bandidos aparecidos de la nada y que tienen la osadía de atacarnos.

—Temo por la seguridad de lady Alora —comentó Cáleron, mirándole inquisitivamente—. Su escolta no era mayor que la nuestra.

—Estará bien, como los demás —replicó Julius, cortante—. El barón Absail me confirmó que había enviado a quinientos de sus hombres a escoltar a los dignatarios que volvían al oeste. Además, si se han unido todos los nuestros que

estaban en Ishmer, deberían contar con más de ciento cincuenta espadas. Es

mucho más de lo que podemos decir nosotros.

—Ya hace cinco días que partieron de Ishmer y no sólo no hemos podido alcanzarlos, sino que cada vez nos retrasamos más. Nos han atacado dos veces en los últimos tres días, y hemos perdido a nueve hombres —comentó Tholmar.

Siempre malgastaba palabras en repetir lo obvio—. Quizá nos equivocamos al

rechazar la escolta que nos ofreció el barón de Beraelis.

—No fue una equivocación —espetó Julius. Había sido su decisión, pues él estaba al mando, y no permitiría que nadie la pusiera en duda—. ¿Qué imagen

daríamos ante las Ciudades Libres si aceptáramos una escolta? No podemos permitirnos el lujo de parecer débiles.

—Tenéis razón —coincidió Caleron mientras esbozaba una mueca—, pero no será fácil abrirnos camino hasta Isgarad, y os recuerdo que las noticias que portamos desde Almeron son muy urgentes.

—Lo sé y ya he tomado una decisión al respecto. Enviaré a dos mensajeros, uno a Derand y otro a Farlaen, contando lo sucedido. Quiero a dos hombres rápidos, buenos jinetes, y a las mejores monturas. Deben llegar antes que Therius, para que en Isgarad tomen las decisiones oportunas antes de que eso pase.

—Me encargaré de seleccionarlos —prometió Caleron—. Espero que el rey no se deje cegar por su hermano. No sabemos cuanta verdad hay en las palabras

de Therius.

—El rey sólo busca lo mejor para Isgarad —replicó Julius—. Él me lo aseguró personalmente, cuando empezaron las disputas con el Dominio.

—Y si no es así, siempre estará el Consejo Real para recordárselo —intervino Tholmar, con una sonrisa porcina.

—En el cual ninguno de nosotros tiene asiento —les recordó Julius, sin ganas de discutir de política con ellos. Eran sus iguales como Primeras Espadas

de la orden, pero no sus amigos—. Lo que debe preocuparnos ahora es como llegar hasta el Tairngir y cruzarlo.

—Si hacemos caso a las palabras del barón Absail, los proscritos se mueven por toda la zona hasta el Tairngir —intervino Caleron—. Los exploradores hablan de casi dos centenares de ellos a menos de un día de aquí. La lógica me

lleva a aconsejar que vayamos hacia el sur.

—¿Hasta Athael? —gimió Tholmar—. Allí podrían emboscarnos las Sombras Verdes de Moradhair.

—Sombras Verdes y duendes plateados —masculló Julius, despectivo—.

¡Bah!, relatos para mentes débiles y corazones asustados. Iremos por el linde del

bosque hacia el oeste. Con suerte los proscritos tendrán tanto miedo a esas estúpidas leyendas y a las flechas de los hombres del Dominio, como algunos

de

nuestros hombres.

Tholmar enrojeció y su papada empezó a temblar una vez más, a pesar de que el orondo caballero permaneció en silencio. Caleron esbozó una sonrisa fugaz.

—Así lo haremos, dahl Julius. Cerca de los Picos del Viento hay un vado, podremos cruzar por allí en cuatro días, si nada nos retiene.

—Está decidido, pues. Ahora retiraos. Escribiré las misivas para Isgarad y mañana a primera hora partirán los hombres a portarlas. Que Shezarel mantenga

nuestra vigilia.

—Que Aramtael revele a nuestros enemigos —respondieron antes de marcharse.

Julius suspiró de forma audible cuando ambos se hubieron ido, relajándose.

Llamó a sus tres sirvientes que le ayudaron a retirarse la cota de malla, la sudada

camisa de lino y le trajeron una palangana de agua caliente, con la que poder asearse. Luego se sentó en una mesa donde le habían preparado papel, tinta y arena. Despidió a sus sirvientes, diciéndoles que no los necesitaría de nuevo durante esa noche. Pronto empezó a escribir las dos misivas, una para el rey Arvius y otra para su padre, con contenidos similares, pero no iguales. Con su padre compartiría ciertas sospechas que tenía acerca de los motivos de la vuelta

de Therius, sospechas que no podía comentar con el rey. Y así empezó a

relatar

los infortunios de esta misión diplomática y, especialmente, las grandes sorpresas que les había deparado.

Cuando el rey le había encomendado el mando de la expedición que debía viajar a Merethia y las Ciudades Libres, pensó que sería una tarea sencilla y aburrida. Contaba con que algunos barones pondrían pega, pero no creía que el

rey Gilvar hiciese lo mismo. Merethia había sido la nación más poderosa en Balaeron desde la Separación hasta la Guerra del Lirio y la Rosa, pero de eso ya

hacía mucho. Ahora respetaban a Isgarad y eran sus mayores aliados, pero, a pesar de todo, Gilvar se había resistido a formar un frente común contra el Dominio. Sin duda el retorno del príncipe Therius lo había complicado todo. La

Plaga también jugaba en su contra, y era esgrimida por muchos cobardes como

un motivo para permanecer ociosos y en paz, mientras Moradhair les arrebatava

poco a poco su territorio. Julius sabía que tras todo eso subyacía el verdadero motivo del rechazo de la mayoría de sus aliados tradicionales a secundar la guerra: Isgarad perdía su poder. Su país ya no era lo que había sido y la decadencia lo consumía poco a poco. Eran débiles y los demás se daban cuenta.

Tras partir de Almeron, había constatado esa verdad tratando con los

barones de las Ciudades Libres. Noralis, Suris y Cealis habían declinado unirse a

la contienda en apoyo de Isgarad. Beraelis, en cambio, no lo decepcionó. Era

la

más occidental de las Ciudades Libres, la más cercana a Isgarad tanto en distancia como en ideas. Sus hombres y él tuvieron que esperar cinco días al regreso del señor de la ciudad, Absail, el Tres Veces Bendito, pues se encontraba

en Ishmer, peregrinando. Tras su llegada por fin pudo sacar algo positivo de este

viaje. Absail accedió a contribuir con buena parte de sus tropas, la mayoría de ellos ingenieros de asedio, ballesteros y lanceros. Además, ayudó a negociar el

precio para contratar a las compañías de mercenarios que tenían sede en su ciudad.

Fue Absail el que le había comunicado el estado de los caminos al oeste y de los Llanos de Eralian. El barón había movilizad a sus hombres para que

partieran al oeste, protegiendo a los nobles y gentiles de Isgarad que habían visitado Ishmer. También le habló de extraños sucesos acaecidos en el Templo de

la Colina que habían hecho que cundiese el pánico entre la nobleza de Balaeron.

Cuando Julius y sus hombres se pusieron en marcha, no pasaron ni tres días hasta que fueron emboscados por un grupo de más de treinta proscritos. Aquella

chusma no estaba allí cuando habían pasado por aquellas tierras en su ruta hacia

Merethia, tres semanas antes, pero ahora parecían estar por todas partes. Acabó

la carta a su padre con estas palabras:

Desconfío de sus palabras y de sus verdaderas motivaciones. No obstante, su relato es demasiado grave y elaborado como para ser falso.

Temo que su objetivo sea influir en su majestad, o bien deponerlo para ocupar su lugar. Que aún porte a Eldear de una forma tan ostentosa y visible, me hace pensar que esas sean sus intenciones. Sabed que está acompañado por la Serpiente de Norvador. Que Shezarel mantenga vuestra vigilia, preceptor.

Garabateó su nombre, esparció arena sobre la tinta y, tras calentar la cera negra, estampó su sello lacrando la misiva, junto a la del rey. Dejó los rollos de

pergamino dentro del cofrecito que usaba para tales menesteres, y sin más acabó

de desvestirse y se tumbó en su lecho, entre pieles. Mañana les esperaba otra dura jornada.

Los mensajeros partieron con las primeras luces. Julius les dio personalmente sus instrucciones, haciendo un aparte de los demás caballeros.

Los dos eran jóvenes, rápidos y dignos de su confianza para acometer esta tarea.

—No os detengáis a menos que sea necesario. Si intentan deteneros, arrollad a quien se ponga por delante. Si os veis en peligro es imperativo que destruyáis

las misivas. —Ambos asintieron mientras recogían los rollos—. Que los Tres guíen vuestra mano.

Una vez hubieron partido, no pasó mucho tiempo hasta que su grupo recogió el campamento y se puso en marcha, en dirección sudoeste. La comitiva constaba de veintiocho caballeros en sus monturas de guerra, treinta y tres lanceros montados y otros tantos sirvientes y escuderos. Sumando los carros de suministros, su misión diplomática más parecía un pequeño destacamento armado que otra cosa. Por suerte, la necesidad de impresionar a los barones de las cuatro ciudades había influido en la decisión de enviar a un buen número de hombres con él.

Ese día avanzaron sin apenas contratiempos, aunque hubieron de dejar uno de los carros atrás, cuando se rompió una de las ruedas con un gran estrépito.

Los estrechos y poco cuidados caminos de estas tierras podían ser traicioneros. A

excepción de unas pocas aldeas, esta zona era salvaje y poco transitada, y lo más

irónico era que Isgarad siempre había procurado que así fuese. A su país no le interesaba el nacimiento de una nueva nación tan cerca de sus fronteras, o que el

Dominio o Norvador se extendieran por los Llanos.

Por la tarde se le acercaron dos de los caballeros más jóvenes a sus órdenes,

recién nombrados en Farlaen, unos meses antes. El más alto de los dos era un joven de pelo castaño claro, ojos que a veces se aclaraban y otras veces eran marrones, con una despoblada barbita que le recorría el mentón, pero que no

ocultaba una expresión que aún era demasiado jovial, casi infantil. El joven era

Berimar Arstal, el primogénito de Gendhar Arstal, señor de Erym y Midel. Su pelirrojo amigo, que iba con él a todas partes, era Frandius Garied, sobrino del

mismísimo Anaricus, cabeza de familia de los Garied.

—Maestre Julius —lo saludaron con respeto.

Julius los recibió con un gesto de su cabeza. En la mirada de ambos era evidente la admiración que sentían por él, a diferencia de los caballeros más mayores, que en muchos casos lo miraban con condescendencia, desprecio o, incluso, temor. Su posición como Primera Espada de la orden con tan sólo diecinueve años, despertaba suspicacias y envidias. Él se encargaba de demostrarles, en cuando tenía ocasión, que no era un inútil, como tantos otros primogénitos de las familias nobles de Isgarad.

—Según nos han dicho los otros, nos dirigimos al linde de Athael —

comentó Frandius que, normalmente, era quien llevaba la voz cantante de los dos

—. Nos preguntábamos si vos, que ya habéis luchado contra las gentes del Dominio, sabéis cuanta verdad hay en eso que cuentan de sus hombres.

—¿Qué cuentan de ellos? —replicó Julius.

—Dicen que hacen tratos con las brujas de los árboles, las descendientes de los eliir —explicó Berimar en voz tan baja que Julius hubo de hacer un esfuerzo

por escucharlo—. Se rumorea que se pintan el rostro con la sangre de sus enemigos, que las brujas les dan capas hechizadas para camuflarlos dentro del bosque y que sus flechas están envenenadas.

—Que yo sepa sólo lo primero es verdad —dijo Julius—. El resto lo desconozco y, sinceramente, me trae sin cuidado. Lo único que debéis saber es

que si los golpeáis con vuestra espada sangrarán y morirán, como lo haréis vosotros si ellos os hieren. Lo demás son cuentos de viejas.

—Me alegra oír eso, maestro. En nuestro hogar no sólo las nodrizas cuentan esas historias, mi padre también solía hacerlo —dijo un aliviado Frandius. Los Garied vivían en la región más meridional de Isgarad, junto a Moradhair. Julius

sabía que allí los padres llenaban la cabeza de sus hijos con esos cuentos—. Mi tío Anaricus siempre me contaba que es mejor no molestar a las brujas de los árboles. Decía que la magia de los eliir las protege y cualquier daño que se les

haga se volverá en nuestra contra.

—Eso he oído yo también —intervino Berimar, asintiendo—. Dicen que adoran a los árboles, a los ríos y las tormentas... y a extraños dioses.

—Sólo son unas lascivas putas paganas al servicio del *ardáin* del Dominio

—los censuró Julius.

Por lo menos es lo que su padre decía. Ni él, ni nadie que conociera, habían visto nunca a ninguna, ni siquiera durante las pasadas guerras contra Moradhair.

—Sí, maestro —acataron ambos chicos.

Los jóvenes siguieron cabalgando a su lado en silencio. Se acercaban a una escarpada colina repleta de arbustos y malas hierbas. En su cima se levantaba un

derruido castillo y algunas edificaciones en el mismo estado de abandono. El castillo se recortaba contra el gran bosque de Athael que, por fin, estaba a menos

de medio día de camino. El descuidado sendero que llevaban siguiendo todo el

día, llegaba a los pies de la colina y subía hasta llegar a los restos de la muralla.

—Es Atalaya del Bosque —comentó, de nuevo en voz baja, Berimar.

—Así es —confirmó Julius, mirando a las derruidas torres—. Custodiaba el sudoeste del reino de Eralian. Fue una de sus primeras fortalezas en caer cuando

los tarkesios atacaron su reino.

Los muchachos se miraron durante unos instantes, en los que el joven Arstal negó casi imperceptiblemente con la cabeza ante la mirada de su corpulento amigo. A pesar de la recomendación de Berimar, Frandius empezó a hablar:

—Maestre Julius, me preguntaba si..., si vos... —Frandius tartamudeó y perdió el hilo. Permaneció en silencio unos instantes y lo intentó de otra manera

—. Llevamos días oyendo un rumor entre los hombres y nos preguntábamos...

Julius frunció el ceño y Frandius dejó de hablar de inmediato. Sabía a qué rumor se refería. Aunque nadie se lo había dicho, tenía formas de enterarse de qué comentaban los hombres por las noches en las fogatas.

—La respuesta es sí. El príncipe Therius ha vuelto de su exilio y, si hacemos caso a sus palabras, los tarkesios preparan un nuevo ataque al norte —dijo, dejando a los jóvenes boquiabiertos por su sinceridad.

Al instante se arrepintió de haberlo hecho. No por acallar los rumores, eso ya era imposible, sino por darle una impresión equivocada de él a los jóvenes caballeros. La mirada de admiración volvió a aparecer en sus rostros y Julius pensó que debía acabar con aquello cuanto antes.

—Otra invasión ahora que no tenemos a nadie que nos defienda. Eso explica por qué el Traidor volvió al norte y nos engañó para... —Berimar habló por una

vez en voz alta y sin pensar, emocionado como estaba por la noticia.

—¡Berim! —lo interrumpió su amigo Frandius, desviando la mirada hacia Julius. Berimar lo miró y enrojeció—. Con vos, maestro, y vuestro padre al mando de los caballeros, no tenemos nada que temer.

Julius miró con dureza a los jóvenes, hasta que ambos apartaron la mirada, incómodos. Aunque el joven caballero hubiese olvidado por unos momentos su

relación con el Traidor, los demás no eran tan indulgentes. La monstruosa traición de su tío era una pesada losa para la familia Dorial. Una mancha tan terrible que, por mucho que frotaran, nunca podrían borrar. Malkius había

pisoteado y escupido sobre el apellido de su familia, pero él no estaba dispuesto

a cargar con sus pecados.

—No hay nada que explicar en los actos del Traidor —dijo con voz cortante

—. Era un asesino, un cobarde, un lunático sin honor. Isgarad le hará pagar sus

mentiras y traiciones cuando su cabeza esté clavada en una pica, frente a las puertas del castillo de Elimor.

Desvió la mirada cuando le llegó un olor familiar y desagradable con la brisa, y vio a las negras aves de carroña en los muros de la Atalaya del Bosque.

Estaban pasando a los pies de la abrupta colina e hizo detenerse a los hombres

con un gesto.

—Subid hasta las ruinas y echad un vistazo —ordenó a los jóvenes.

Asintieron y azuzaron sus monturas para que subieran por el estrecho

camino que subía por la falda de la colina. Mientras veía como los jóvenes se internaban entre los edificios en ruinas y los arbustos, ya a mitad de su camino

hacia la vieja fortaleza, Caleron se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Más cadáveres, creo —comentó Julius—. Imagino que de alguna aldea cercana.

—Hemos visto dos aldeas saqueadas desde que dejamos Beraelis, pero por aquí cerca no parece haber ninguna.

—En el linde del bosque —sugirió Julius—, allí habrá asentamientos de leñadores y tramperos. Quizá pertenezcan a alguno de ellos. Quiero a más exploradores fuera.

—Me ocuparé de ello.

Poco después partieron siete jinetes que se desplegaron en abanico, en dirección al bosque y al oeste. A no mucho tardar bajaron Frandius y Berimar, ambos con el rostro pálido y expresión grave. Julius supuso que no traerían noticias agradables.

—Creemos que hay una docena de cadáveres, maestro. Se han ensañado con ellos. Están... destrozados —informó Frandius, confirmando sus sospechas—. Y

hay algo más: eran gente de Moradhair.

—¿Estás seguro? —replicó Julius, con voz incrédula.

—Sí. Nos costó verlos, pero llevaban los tatuajes de sus clanes.

Julius asintió sin añadir nada más. Que él supiera, no había poblaciones del Dominio tan al norte. Aunque, en teoría, sus fronteras cubrían hasta el linde norte del Athael, el gran bosque estaba deshabitado en prácticamente toda su extensión, excepto las zonas sureñas y orientales. ¿Quería eso decir que el Dominio había decidido reclamar parte de los Llanos ante la inminencia de la guerra? Ahora, más que nunca, debía volver cuanto antes a Isgarad con las noticias de lo que había visto.

Mandó reanudar la marcha y, antes de que acabara el día, llegaron al linde del Athael. El bosque era visible como un inmenso manto verde, salpicado aquí

y allá de otros colores, parduzco, rojizo y dorado, allá donde las copas de otras

especies de árboles se mezclaban con los pinos y abetos que abundaban en esa

zona. Frente al linde del bosque había una gran franja de terreno, de varios kilómetros de anchura, que había sido talado por los pobladores de aquellas tierras. Quizá por los propios eralianos, cuando su reino aún existía.

Continuaron en dirección oeste, a través del terreno deforestado, aprovechando un descuidado sendero por el que los carros pasaban a duras penas. Una hora antes del anochecer volvió uno de los exploradores, para enseñarles un hallazgo que había encontrado al norte. Cuando llegaron, Julius vio los cadáveres de lo que parecía todo un rebaño de ovejas. Las moscas cubrían los ensangrentados cuerpos esparcidos en trozos en una gran área. Los hombres se miraron entre ellos, preocupados.

—Esto no lo ha hecho ningún ejército de proscritos —dijo Tholmar, a su lado.

Julius apretó los labios. Siempre repitiendo lo obvio, sobre todo cuando lo inteligente era no decir nada. Miró a las vísceras de los animales, la columna cercenada de uno de ellos, la caja torácica abierta de otro, lo que parecía la pierna amputada del que debía de ser el pastor, y maldijo para sus adentros.

Primero los cadáveres de los moradheanos y ahora esto. ¿Qué sería lo próximo?

—Lobos, osos... ¿qué más da? —dijo en voz alta y despectiva—. Este

invierno se ha alargado más de lo habitual. Los animales tienen tanta hambre como los campesinos. Prosigamos.

Cuando llegó la noche, se detuvieron a montar el campamento a un lado del camino. Mientras cenaba en su tienda, acompañado de Tholmar, Caleron y sus

tres capitanes, la mente de Julius estaba en otra parte. Les prestó atención por cortesía, pero hoy, más que nunca, deseaba que lo dejaran solo. Tholmar no paraba de hablar mientras masticaba y los capitanes de reírle sus gracias, lo que

enfurecía sobremanera a Julius. Se concentró en cenar, cortando de forma concienzuda la carne de codorniz y los puerros, intentando no mirar al gordo y

sudoroso caballero. Desde el otro extremo de la mesa, Caleron lo miraba con sus

cejas arqueadas.

—Tholmar y yo hemos estado discutiendo lo que pasará cuando lleguemos a

Derand —empezó a decir el enjuto Primer Espada de la orden—. Por desgracia,

los retrasos que hemos sufrido hacen que debamos ir directamente a Farlaen para

atender nuestras obligaciones. Deberéis ir solo a informar a su majestad.

«Y no sabes cuánto me alegro de que así sea», pensó Julius.

—Lo entiendo. Me llevaré una pequeña escolta conmigo, el resto volverá al castillo de Bessira con vosotros.

—Odiaré perderme la noche de las máscaras de este año —se lamentó

Tholmar mientras mordisqueaba el ala de una de las aves—. El año pasado usé

la máscara de una carpa de río, hecha por los mejores artesanos del barrio de los

gentiles.

«¿Carpa? Una ballena hubiese sido más apropiada».

—No habrá tiempo para celebrar las Tres Victorias este año —replicó Julius, endureciendo el tono—. Para cuando volvamos el rey ya habrá declarado la guerra al Dominio. Antes de un mes estaremos combatiendo en tierras de Moradhair.

—Allí estaremos, derramando la sangre de esos salvajes una vez más, y vos les haréis pagar por lo que les hicieron a vuestros padres. La dama Elise merece

que acabemos lo que no pudimos completar hace nueve años.

Caleron lo miró con gravedad, pero Julius juraría que había captado un atisbo de burla en sus palabras. Recordó lo que había pasado un año atrás, cuando tomó el mando, de forma casi accidental, de la compañía de caballeros que intentaba retomar Alveran tras el levantamiento de sus habitantes. Cuando pensaba en aquello sólo veía una mancha roja. «El rojo de la sangre y del fuego», pensó mientras observaba el vino granate oscuro de su copa. Se lo bebió

de un trago, pero no consiguió quitarse el mal sabor de la boca.

—No se trata de mis padres, dahl Caleron, ni tampoco de mí. Se trata de

Isgarad y de que aplastaremos a nuestros enemigos, sean quienes sean y estén donde estén.

—Así se habla. Somos la espada que hiende la noche, el escudo que

resguarda al justo, la coraza que protege al corazón, la antorcha que guía al ciego

y la mano que ayuda al necesitado —recitó Caleron.

Era el lema de los Caballeros del Lirio.

—Brindemos por eso —propuso el más joven de sus capitanes.

Todos alzaron la copa y bebieron, menos Julius que ya había apurado la suya y sólo simuló beber. El viejo lema de los caballeros le parecía tan vacío a estas alturas como su propia copa.

Al día siguiente el bosque se veía oscuro y amenazador, especialmente

cuando el sendero los llevó a escasos metros de su linde. Las ramas y las hojas

crujían y susurraban, cuando el viento arreció y las nubes sobre sus cabezas se

volvieron amenazadoras. Los hombres hablaban a su lado en voz baja, nerviosos,

y Julius se preguntó de qué tenían miedo. ¿De las brujas de los árboles? ¿De las

Sombras Verdes? ¿O quizá eran de los que pensaban que los eliiir aún vivían en

el corazón del bosque, ocultos en su Ciudad Invisible? Athael seguía provocando

entre los hombres un miedo irracional, siglos después de que los eliiir se hubiesen

marchado, algo que los guerreros de Moradhair sabían aprovechar a su favor.

Cuando la tormenta empezaba a desatarse al noroeste de su posición, regresaron dos de sus exploradores. Se presentaron ante él y los otros dos Primeros Espadas de inmediato.

—Hemos avistado a un grupo de hombres del Dominio. Son veintiséis hombres y una mujer, sin enseñas ni banderas.

—¿No os han visto? —inquirió Julius con suspicacia.

Le constaba que, en las cercanías del bosque, normalmente eran los moradheanos los que espiaban a los soldados de Isgarad y no al revés.

—No, maestro. Se encuentran en un extraño lugar, un claro del bosque con grandes rocas de formas extrañas. Parecían enzarzados en alguna especie de...

ritual. Nos vimos atraídos por unos gritos terribles hacia el lugar, pero al llegar

todo parecía tranquilo.

—Brujería pagana —murmuró Tholmar mientras su papada temblaba y la frente se le perlaba de sudor.

Caleron lo miró abriendo la boca, sin duda dispuesto a recomendarle el mejor curso de acción, pero Julius se le adelantó.

—No podemos dejar que nuestros enemigos crean que pueden salir de sus fronteras y pasearse por los Llanos de Eralian. Por lo que sabemos, el ejército de

salteadores y proscritos bien podría estar bajo sus órdenes. Atacaremos.

El cobarde de Tholmar fue el único que pareció disgustado por sus palabras, pero tanto los exploradores como los capitanes celebraron su decisión. Caleron

también parecía complacido, pero a Julius sus opiniones le traían sin cuidado.

Era su deber conocer qué intenciones tenía el Dominio al enviar a sus hombres

tan al norte.

—Dejaremos a quince lanceros aquí, protegiendo a los carros y a los sirvientes —ordenó con voz inflexible—, los demás se acercarán a los moradheanos en un movimiento envolvente desde el sur, a través de los árboles.

Nosotros lo haremos desde el norte, para atraer su atención. Preparad a los hombres.

—No podremos usar las monturas —protestó Tholmar—. ¿Creéis que es juicioso internarnos en el bosque, su terreno, y dividir nuestras fuerzas?

—Pronto lo veremos —contestó Julius, con voz hiriente—. Aunque tenéis razón en una cosa: tendremos que caminar. ¿Podréis hacerlo o necesitaréis que vuestros sirvientes os lleven en litera a la lucha?

—Vamos, Tholmar —intervino Caleron, mediando entre ambos—. Nunca podremos sacarlos a terreno abierto. Si queremos atacar, tendremos que ir a buscarlos.

—Por supuesto —dijo Tholmar. Su mirada porcina reflejaba, por fin, el odio

que Julius sabía que sentía por él, pero que siempre disimulaba bajo una máscara

de aquiescencia y aparente sumisión—. Un caballero sin su montura no es un caballero, pero cumpliremos con nuestro deber, allá donde sea menester.

—No somos más que la espada de los Tres y los siervos de su voluntad —
recitó Caleron con una mueca.

—Una espada que hoy se teñirá de sangre —replicó Julius—. Se acabaron las palabras vacías con las serpientes del Dominio. Hoy hablará el acero, él único idioma que entienden.

Para cuando empezó a llover los capitanes ya habían formado a los hombres.

Los caballeros, enfundados en sus oscuras cotas de malla, casi ocultas por

completo bajo el tabardo azul y blanco, fueron guiados por uno de los exploradores siguiendo el límite del bosque. Los lanceros se introdujeron en él, siguiendo las indicaciones de otro de los exploradores. Julius iba a la cabeza de sus hombres, llevando el yelmo bajo el brazo izquierdo. La lluvia empezaba a caer con más virulencia cuando su guía indicó que debían entrar en el bosque y dirigirse hacia el sur.

Muchos decían que Athael era un bosque encantado, siniestro y oscuro. De lo último no había duda posible. Los árboles se levantaban sobre sus cabezas y el follaje y las ramas eran tan tupidos, que apenas conseguía pasar la luz del sol. Por suerte pasaba lo mismo en muchas zonas con la lluvia, que resbalaba por los enormes troncos como pequeñas cascadas. El suelo del bosque estaba cubierto por una capa de hierba y aquí y allá se veían setas y champiñones, pero apenas

había arbustos. Los truenos retumbaban en algún lugar sobre sus cabezas y los relámpagos los iluminaban en fugaces fogonazos. Nadie hablaba, excepto los capitanes para dar breves órdenes en voz queda. Julius observó a su alrededor, pero no se veía ningún otro ser vivo en el bosque, aparte de sus hombres.

Fue entonces cuando lo vio. A medio centenar de pasos hacia el oeste vio al ciervo más grande y majestuoso que jamás había contemplado, mirándolo de costado, entre los troncos de dos enormes abetos. El ciervo, casi tan alto como

un caballo, blanco y coronado por una intrincada cornamenta, los observaba inmóvil, como si fuera una estatua de mármol. Sin saber por qué, aquella visión

lo conmovió y lo hizo sentirse vulnerable.

—Maestre Julius.

Se volvió. A su lado estaba el explorador, Molard, se recordó, mirándolo con extrañeza, al igual que los demás. Miró otra vez hacia el ciervo, pero entre aquellos abetos ya no había nada.

—¿Lo habéis visto? —preguntó, sobrecogido.

—¿Ver el qué? —preguntó Tholmar, con su voz expresando cierto regocijo

—. Sólo hemos visto que os habéis detenido mirando a lo lejos y parecíais... ausente. ¿Os encontráis bien?

Julius se dio cuenta de que por sus mejillas corrían lágrimas y se las limpió con brusquedad, enfurecido consigo mismo.

—Por supuesto —replicó con frialdad—. Molard, ¿cuánto falta?

—Es ahí delante, mi señor —dijo, señalando frente a ellos.

Cuando llegaron, descubrieron que los árboles daban paso a una pendiente más pronunciada, desprovista de vegetación. Al final de la pendiente había

una

planicie en un claro del bosque. En ella se levantaban unos grandes bloques de

piedra oscura que apuntaban hacia el cielo, formando un gran círculo. En el centro había una losa sobre varios de aquellos bloques piedra, formando una especie de túmulo recubierto de tierra. Delante de la oscura abertura del túmulo,

bajo la torrencial lluvia, había una mujer con el torso desnudo, vistiendo sólo con una falda hecha de pieles de animales. La mujer se movía en una especie de

danza de movimientos sinuosos y canturreaba en voz alta, en la lengua de

Moradh. A su alrededor había más de una veintena de hombres, armados con

largos puñales, hachas y arcos. Algunos acompañaban a la mujer, sumando sus

voces a la de ella, mientras otros se dedicaban a vigilar. Dentro del círculo, formando una hilera, había varios cadáveres. Julius contó al menos siete.

—¿Qué demonios...? —preguntó Tholmar a su lado—. Son sacrificios humanos.

Julius se ajustó el yelmo y desenvainó su espada, mientras daba orden para

que todos hicieran lo mismo. Los hombres se pusieron en posición en hileras de

cinco, esperando su señal.

—Soplad el cuerno —ordenó con voz seca.

Esperaba que sus lanceros ya hubiesen llegado a las posiciones designadas,

pero no pensaba esperar. Aún estaba furioso por lo que había pasado en el bosque, por ver cosas que no eran reales y parecer débil. Eso no era algo que sus

hombres olvidarían con facilidad. No de un Dorial.

Uno de los caballeros llevó un cuerno a sus labios y lo hizo sonar, con su bramido elevándose por encima del fragor de la tormenta. Al instante salvaron la última línea de árboles y los caballeros comenzaron a bajar por la pendiente.

Como esperaba, los moradheanos se volvieron hacia ellos, alertados de su presencia. Julius bajó en la primera hilera de hombres, corriendo por la traicionera pendiente. A su lado, un caballero tropezó con una raíz oculta entre el

barro y cayó, rodando por la bajada. Otro fue alcanzado por un flechazo en el cuello y se desplomó allí mismo. Las flechas empezaban a caer a través de la lluvia, por suerte muchas desviadas por el aguacero. No obstante, algunas alcanzaban a sus blancos, a juzgar por los gritos que oía a su espalda.

Cuando faltaba poco para salvar la pendiente, empezaron a oírse gritos entre los hombres del Dominio. Sus lanceros salían del bosque, atacando al enemigo

por la retaguardia. Aquello les dio un respiro con las flechas y permitió a Julius

echar un vistazo a sus hombres cuando llegaba a la explanada. Fue bastante para

ver que había perdido a seis hombres.

Al llegar a uno de aquellos menhires le salió al paso un hombre de pelo

trenzado, con los brazos tatuados y un hacha en cada mano. Sin mediar palabra,

el moradheano le lanzó un tajo descendente al rostro. Julius se hizo a un lado y

se agachó ante el siguiente golpe que intentaba cercenarle el cuello. Arremetió con su espada, que se hundió entre las costillas del moradheano. El malnacido aún tuvo fuerzas para levantar su arma, intentando llevárselo con él a la tumba.

Julius sacó su espada y con un movimiento fluido se la hundió en el hombro con

todas sus fuerzas. La sangre lo salpicó a la misma vez que el salvaje se desplomaba. Tuvo que apoyarle la bota en el pecho y tirar con fuerza para poder

extraer su acero, incrustado en la columna.

Corrió hacia el corazón de aquel lugar. Los hombres peleaban por toda la explanada. Caleron luchaba no muy lejos de él con fría eficiencia, cercenándole

el brazo del arma a uno de los hombres del Dominio. Julius asestó un tajo a un

arquero que acababa de derribar a uno de sus hombres. Cuando cayó al suelo, con las vísceras atravesadas por su espada, Julius vio que era muy joven. Quizá

tendría dos años menos que él. Saltó por encima de su cuerpo y siguió adelante.

No muy lejos vio a los jóvenes, Frandius y Berimar, luchando espalda contra espalda, ayudándose el uno al otro. Entonces cayó en la cuenta de que esta debía

ser la primera sangre que derramaban. «Que se acostumbren —pensó—, pronto

van a correr ríos de ella si lo que cuenta Therius es verdad».

Cuando llegó ante el túmulo, la mujer parecía ajena a lo que sucedía. Seguía con su extraña danza, su voz elevándose en una cadencia que parecía acompañar

a la propia tormenta. Era una mujer aún joven, pero varios años mayor que Julius. El cabello rubio se pegaba a su rostro, empapado por la tormenta, y sus

pequeños pechos oscilaban siguiendo los movimientos de su cuerpo. A su lado

había un guerrero alto, de pelo largo, que llevaba el torso desnudo, excepto por una tira de cuero y un torque de bronce en el cuello. El hombre se acercó a la joven y llamó su atención con un grito. Luego empuñó una lanza con punta

barbada de acero y se dirigió a su encuentro.

—¡ *Sian aer EiLuathos!* Moriréis en nuestros bosques, caballeros.

Julius lo saludó con la espada, antes de lanzarse hacia él. El moradheano se movió con agilidad, esquivando su golpe y manteniéndolo a raya con la lanza. El

arma pasó a centímetros de su rostro y antes de que pudiera contraatacar, ya volvía a intentar ensartarlo. Su oponente era hábil, no había duda. Valiéndose del

mayor alcance de su lanza, fue haciéndolo retroceder hasta que la lluvia le jugó

una mala pasada y no advirtió a tiempo que la lanza se dirigía hacia su

hombro.

Por suerte fue un golpe oblicuo que salió rebotado en su cota de malla, pero notó

como alguno de los anillos de metal se rompían y el hombro empezó a dolerle.

Apretó los labios, enfurecido. No iba a dejar que un maldito salvaje lo matase o lo convirtiese en una ruina como a su padre. Pensar en él hizo que su

voz sonase dentro de su cabeza, recordándole lo que sucedió aquel día en

Alveran. «Siete de aquellos hombres la golpearon y la violaron, y nos hicieron mirar al resto. Sabían que era de familia noble, pero no conocían su nombre, como no conocían el mío. Sus gritos, su expresión, nunca lo olvidaré. Cuando el

séptimo la tomó, ya estaba muerta».

Lanzó un grito salvaje y se abalanzó contra el moradheano, saltando

mientras blandía su espada. En ese momento se escuchó un ruido atronador y hubo un resplandor a su espalda, que hizo que el moradheano se cubriese los ojos, cegado. Julius cayó sobre él y su espada dibujo una terrible línea roja por

su pecho, destrozándole las costillas. Su enemigo se derrumbó y cayó sobre las

rodillas.

—Shildan, Sheanna... —susurró con lágrimas en los ojos, antes de caer de bruces.

El hijo del Preceptor tenía el vello de punta. Cuando se giró comprendió que

un rayo debía de haber caído cerca. Varios de sus hombres estaban en el suelo,

inconscientes o muertos, con sus ropas humeando incluso bajo la lluvia. No tuvo

tiempo de pensar en nada más, pues en ese momento la mujer corría hacia él con

un largo puñal en su mano. Julius esquivó la hoja y le propinó un puñetazo en el

rostro, que la hizo caer al suelo.

—¿Qué hacéis al norte de Athael? —preguntó acercándose, mientras ella lo miraba escupiendo sangre de su labio partido—. ¿Intentáis ocupar las viejas fortalezas de Eralian?

Ella se mantuvo en silencio, con sus ojos claros mirándolo enigmáticamente.

Julius miró a su alrededor, sólo para comprobar como sus hombres estaban empezando a dominar a los moradheanos, alguno de los cuales intentaba ya huir.

Volvió a fijar su atención en la mujer.

—Dime lo que sepas de los proscritos de los Llanos. ¿Es una maniobra del *ardáin* para hacerse fuerte en el norte? —demandó, pero la mujer siguió sin decir nada—. No quieres hablar conmigo, pero créeme, los interventores te harán

hablar en Derand.

—No sabéis lo que hacéis, caballeros —dijo ella con desprecio—. Eres un

estúpido si crees que estamos aquí por vuestra guerra. Ojalá muráis todos en ella.

—Pues dime la razón, bruja.

—Soy una *nigheanain* —declaró, alzando la cabeza—. Sirvo a los espíritus, no a los hombres, ya sean *ardáins*, *thains* o reyes.

—No quiero que me sirvas, mujer, tan sólo quiero que me respondas. Si lo haces seré indulgente contigo. Los caballeros no asesinamos a...

—¿A mujeres ni a niños? —lo interrumpió ella, con desprecio—. Ahórrate la mentira, *caballero*.

—Quizá es porque tu pueblo ha hecho lo mismo con el mío —dijo enfurecido. Esa maldita zorra no tenía derecho a cuestionarlo—. Se me agota la

paciencia. ¿Por qué estáis aquí? ¿Qué ritual pagano estabais llevando a cabo?

—No entendéis lo que acabáis de interrumpir. Es mi deber evitar que despierten... Has visto una señal, ¿tú? —La mujer abrió la boca, estupefacta.

Julius la miró como si se hubiera vuelto loca—. ¿Por qué le enviáis una señal?

Sé que va a ignorarla, no es digno.

—¿De qué coño estás hablando? Habla o te juro que quemaré este maldito bosque hasta que los tuyos no tengan un solo lugar donde esconderse.

No recibió respuesta porque en ese momento la mujer cogió el puñal y se

abalanzó hacia él, con un grito salvaje. Dirigió el filo a la cara interior de su muslo, allá donde no estaba protegido por la armadura. El joven saltó hacia atrás,

pero notó como el puñal le desgarraba la carne y la sangre empezaba a manar por su pierna. Julius gritó preso de la rabia y el dolor, cogió la espada con ambas

manos y arremetió contra la mujer.

—Tú lo has querido —le dijo mientras el acero entraba en sus entrañas.

Ella abrió mucho los ojos al notar el frío del metal en su interior. Julius extrajo su espada con lentitud y la sostuvo cuando las piernas le fallaron.

Un rayo formó un intrincado patrón de luz sobre sus cabezas. La mujer

desvió la mirada y lo contempló mientras un gemido de dolor se le escapaba de entre los labios.

—Ah, Adheraic tenía que morir por tu mano... —susurró, bajando la mirada

hacia el guerrero de la lanza, caído de bruces sobre un charco de su propia sangre.

Julius la soltó, pensando una vez más que estaba loca. Cayó al suelo, mientras la sangre se extendía por su vientre manando de la línea roja que lo hendía. El joven la contempló, aún enfurecido. Ella se lo había buscado. Al menos él no deshonraba a las mujeres de Moradhair. Su madre no había tenido

tanta suerte. Se volvió y caminó renqueante hacia sus hombres, que venían a su

encuentro.

—¿Estáis bien, maestro?

El que hablaba era Frandius, que llegaba junto a un grupo de caballeros.

—Una herida superficial —dijo, aunque empezaba a dolerle como si ella retorciese el cuchillo dentro de su pierna.

—¿Era una bruja de los árboles? —preguntó el joven pelirrojo mirando a la mujer. Por su tono de voz, era evidente que desaprobaba lo que acababa de hacer

—. Mi padre decía que trae mala suerte...

Calló cuando un rugido atronador sonó proveniente del interior del túmulo.

Julius y los demás se giraron hacia allí, sólo para descubrir cómo tres grandes ojos rojos se abrían en la oscuridad, que se arremolinaba y giraba dentro de aquel lugar. Sonó otro rugido y de la oscuridad salió un vaho fétido que pareció

repeler la lluvia, como si esta no pudiera traspasarlo. Le asaltó un intenso olor a

moho, corrupción y a otras cosas desagradables que no pudo identificar. Un hombre chilló con pavor en algún sitio.

—Por la luz de la Llama, ¡¿qué es eso?! —inquirió Julius.

Fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de alzar la espada, en un inútil gesto para protegerse. Una mole salió corriendo del túmulo; una cosa que corría

valiéndose de las cuatro patas como los animales, pero que era un horror que parecía surgido de la peor de sus pesadillas. Era una bestia enorme, con

retorcidos cuernos negros de ciervo en su cabeza, hocico alargado repleto de grandes dientes, orejas acabadas en punta y tres malévolos ojos rojizos. Tenía matas de pelo hirsuto en la cabeza, espalda y articulaciones, y la dura piel parda

moteada de negro. Aquella cosa se abalanzó sobre ellos. Algunos hombres se apartaron, pero él, debido a su pierna herida, no fue capaz de moverse a tiempo.

La bestia impactó contra él y Julius salió despedido junto a dos caballeros más.

Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, vio que había caído junto a la bruja.

La mujer aún vivía, tenía los ojos abiertos mientras la sangre no dejaba de manar

de su herida. Levantó la mirada y vio que aquel horror surgido del túmulo se había erguido sobre sus patas traseras. Al hacerlo, comprobó que su altura

superaba por mucho la de dos hombres adultos. Contempló horrorizado como su

garra impactó contra el casco de uno de sus hombres. El metal se incrustó en el

cráneo del hombre, que explotó en un terrible surtidor de sangre y sesos. Otro golpe de sus garras y uno de sus capitanes salió despedido una decena de metros

entre alaridos y una nube de sangre.

Julius apretó los dientes y empezó a incorporarse. Tenía que acabar con esa bestia o ella acabaría con todos sus hombres.

—Ethin cruaich —dijo la mujer moribunda a su lado. Julius la miró mientras se ponía en pie con un gemido de dolor—. Intentábamos encerrarlo otra vez, pero...

—¿Lo hemos liberado?

—No, ya estaba libre. El mundo está cambiando y los prisioneros se están convirtiendo en carceleros. Ahora lo veo.

—Pero ¿a qué nos enfrentamos?, ¿cómo puedo matarlo? —preguntó el muchacho, confundido.

—Ethin cruaiach. Espíritus antiguos y oscuros que no pertenecen a este mundo. No sé si se los puede matar, pero... —La bruja moribunda calló cuando

un relámpago iluminó el cielo. Después levantó las manos como si quisiera tocar

a la propia tormenta—. Ven, ayúdame a incorporarme antes de que sea demasiado tarde.

Julius miró a la bestia. En ese momento rugía de dolor cuando un caballero consiguió clavarle una lanza en la corva. Rompió la lanza de un manotazo y girándose cogió al asustado caballero que la había empuñado con su gran zarpa.

Lo levantó ante su hocico y rugió con ira, llenando al joven de sus asquerosas babas y aquel extraño vaho. Luego lo agarró de las piernas y del pecho y de un

brusco tirón lo partió en dos, regando la tierra bajo él de sangre y vísceras. Julius

apartó la vista, asqueado, pero vio lo suficiente para reconocer el pelo rojizo del

joven Frandius. Se acercó cojeando a la mujer y la ayudó a incorporarse, como le

había pedido.

—Ahora, aléjate de mí. Me has mostrado que se acerca el día, que ya no pueden ser contenidos y que hay que pagar el precio por restaurar el equilibrio

—le dijo con sus ojos claros exhibiendo una gran serenidad.

Julius la miró sintiendo algo extraño en su interior. La joven creía en lo que decía y su mirada estaba llena de paz y resolución, a pesar de lo irreversible de

su herida. Sus ojos reflejaban el verdadero significado del valor y el sacrificio.

La mujer empezó a convulsionarse, pero, a pesar de todo, logró mantenerse en pie. Abrió la boca, dispuesto a decir algo, pero fue incapaz de articular palabra.

Nada de lo que pudiese decir serviría ya de nada. Acabó por alejarse de ella, cabizbajo.

La bestia miraba desafiante a los caballeros, que formaban un amplio círculo a su alrededor, mientras mordisqueaba los intestinos de un hombre. Al menos, el

pobre infeliz ya estaba muerto. Ninguno de los demás se atrevía ya a atacar. A

los pies de aquel ser se amontonaban una decena de cadáveres destrozados.

Julius lo observó, pensando si servirían de algo las espadas contra un ser así.

Pronto lo averiguaría.

Se dirigió cojeando hacia la bestia, pero cuando llegó hasta sus hombres,

Caleron se interpuso y lo detuvo.

—Julius, ¿estáis loco? Os matará fácilmente con esas heridas.

—Apartad —le dijo con frialdad. Era su deber proteger a sus hombres y lo haría.

—¿Y qué le diré a vuestro padre?

—Que morí con honor y valentía, espero que sea capaz de entenderlo.

Mandad que se retiren los hombres, salid del bosque e informad al rey de esto.

Decidle lo que hay en estos bosques.

—Así se hará —acató Caleron, tras mirarle unos instantes en silencio—.

¡Hermanos! ¡Nos retiramos hacia el norte!

Los hombres rompieron el círculo, con más alivio que otra cosa en sus

rostros. Aquel ethin cruach, como lo había llamado la bruja, alzó la testa, advirtiendo de pronto el movimiento, y bramó a los cielos. Luego se fijó en Julius que se acercaba a él, espada en mano, y lanzó el cadáver que devoraba a

un lado. El joven vio el hocico ensangrentado y aquellos ojos terribles que se fijaban en él, y supo que estaba a punto de morir. No le importaba. Prefería morir

como un valiente que vivir como un cobarde de mierda. Nunca podrían decir eso

de él.

Se lanzó hacia delante con un grito y la bestia hizo lo propio, dando unas grandes zancadas con las garras listas para despedazarlo. Entonces algo

ocurrió,

se oyó un estruendo ensordecedor y el aire se llenó de estática y de luz. Un gigantesco rayo bifurcado impactó simultáneamente sobre la bestia y la bruja de

los árboles, y el joven caballero cayó hacia atrás, aturdido y cegado. Pronto el intenso blanco dejó paso a la negrura más absoluta.

Cuando despertó, Caleron y Tholmar estaban junto a él. Aún estaban en el bosque, cerca del túmulo. Julius incorporó el torso y vio el desolador panorama,

con más de la mitad de sus hombres muertos o heridos.

—¿Qué ha pasado?

—La mujer y ese ser murieron al caerles la tormenta encima —le informó Caleron—. Es evidente que los Tres nos protegen.

Julius asintió, pensando en que no eran los Tres quienes habían provocado aquello. Sin duda era cosa de la bruja. La nigueanain, se corrigió. Se levantó sobre unas piernas inseguras, sintiéndose miserable. Del ethin cruach no

quedaba más que una masa de carne quemada que se derretía poco a poco, de una manera tan desagradable que daban arcadas sólo con contemplarlo, pero la

mujer seguía igual, con la piel intacta excepto por la herida mortal que él mismo le había infligido.

Cerca de los burbujeantes restos de la bestia, un joven lloraba al lado de un

cadáver partido en dos. Berimar parecía desconsolado y sostenía con fuerza la mano inerte de Frandius, como si eso lo pudiese devolver a la vida y recomponer

su cuerpo roto.

—Abandonaremos este bosque de inmediato —ordenó Julius alzando la voz—. Dejaremos a nuestros muertos aquí; ahora ellos están tan malditos como Athael.

Al escuchar la orden el joven Berimar cruzó la mirada con él. Fue suficiente para que Julius viese el profundo odio que había en sus ojos. Con qué facilidad

podía convertirse la admiración, o el amor, en odio.

«Me culpa de todo lo que ha pasado y lo peor es que está en lo cierto. Jamás debimos entrar en este maldito bosque».

El hijo del Preceptor enfundó su espada con un gesto de dolor. Acababa de ganarse un nuevo enemigo. Fue consciente de que cada día, poco a poco, se iba

pareciendo más a su padre y a su tío.

24. Dos mitades

Despertó con un sobresalto. Había escuchado a Terion gritarle al oído que se moviese, que iba a morir si no lo hacía. Cuando abrió los ojos el príncipe de Isgarad no estaba allí; ni él ni nadie. Estaba tendido boca arriba sobre la nieve y

sentía el cuerpo como si un caballo salvaje lo hubiese pisoteado durante horas.

El hombro izquierdo le dolía terriblemente y chilló cuando probó a moverlo. Un

grito que se perdió en la noche, apagado por el furioso sonido del viento. Con lágrimas de dolor, consiguió incorporarse y observar donde estaba. Poco pudo ver en la fría oscuridad, pero comprendió que había caído por una abrupta

pendiente. La nieve, y un milagro, habían evitado que se precipitase contra las oscuras rocas que salpicaban aquella zona. Ahora se encontraba en una franja más o menos plana, poblada de árboles y rocas. La visibilidad era mala, pero por

lo menos este lugar no estaba sumido en la gélida niebla que los había envuelto

en el paso elevado.

Kirius se agachó cuando un súbito mareo hizo que temiese caer al suelo.

Entonces una punzada de dolor lacerante le hizo mirar su muslo derecho. Tenía

una fea herida ensangrentada bajo el pantalón y los calzones interiores rotos. La

sangre se le había congelado en el pantalón y la pierna le palpitaba, creándole un

tormento. Tocó la herida con una mano temblorosa, mientras una voz interior le

decía que estaba condenado a morir en aquella gélida montaña. Supuso que

alguna roca sería la causante del desgarró, durante su caída. Sólo podía recordar

el frío cortante del viento en su carne y el rostro pavoroso de la sombra que lo había hecho caer.

Volvió a incorporarse con otro gemido de dolor. Le costaba respirar y le

dolía el pecho a cada bocanada de aire que tomaba. Tuvo que detenerse y escupir

sangre varias veces. Intentó pensar, sobreponiéndose a la debilidad y al dolor.

Era imposible subir por la pendiente, eso estaba claro. Tampoco podría resistir lo

que quedaba de noche a la intemperie; tenía violentos escalofríos y había perdido

un guante durante su caída. Cuando se miró las uñas, vio que tenía hemorragias

en todas ellas, como si la vida quisiera escapársele por los dedos. Si se quedaba

allí, iba a morir congelado, si es que no lo mataba la Plaga antes. Necesitaba hacer un fuego para calentarse y poder avisar a los demás, pero ¿cómo hacerlo?

Eso, claro, asumiendo que sus amigos siguiesen con vida. Aquellos seres de vacíos ojos negros y garras afiladas bien podían haberlos matado a todos. Lo peor era que si volvían a aparecer, él estaba desarmado excepto por su daga; la

espada había desaparecido durante la caída. De nuevo sintió las lágrimas acudir a sus ojos, pero esta vez no se debían al dolor físico.

Un prolongado aullido hizo que levantase bruscamente la cabeza, mirando

con miedo a su alrededor y maldiciendo a su suerte. Esta vez no tuvo dudas de lo

que se trataba. Eran lobos, aunque saberlo no fue ningún alivio. Otro aullido rasgó la noche. Kirius agudizó el oído, intentando hacerse una idea de la

dirección de la que provenían, y luego comenzó a andar en sentido contrario,

apretando los dientes por el dolor.

—¡No! —exclamó el Ausente, haciendo que se detuviera en el acto—.

Morirás si continuas en esa dirección.

Kirius se detuvo, tosió durante unos instantes y se limpió los labios con una mano temblorosa.

—¿Y a ti qué más te da? —musitó el muchacho, derrotado, pero a la vez desafiante—. ¿Piensas que voy a creerte? Vete a la mierda y déjame morir en paz.

—Confía en mí. Tienes una oportunidad si das media vuelta y vas hacia donde están los lobos.

Kirius levantó la mirada, consciente de que era la primera vez que el Ausente le respondía. La voz hablaba siempre de lo que quería, excepto esta vez.

—Da igual... no voy a creerte. Hiciste que cayera montaña abajo —dijo el muchacho, mientras oía como más aullidos se unían en un coro, a la misma vez,

bello y pavoroso—. Siempre que confío en ti las cosas empeoran.

—Debías estar aquí. Hazme caso, si quieres vivir, y no le permitas que te detenga.

—¿A quién? —preguntó, pero esta vez la voz no contestó.

Kirius se detuvo, indeciso durante casi un minuto. Esbozó una sonrisa llena de dolor y desesperación antes de dar media vuelta. Empezó a andar con

dificultad por la nieve, que le llegaba casi hasta las rodillas, en la dirección de los aullidos. ¿Qué otra cosa podía hacer? La que le ofrecía el Ausente era una pequeña y volátil llama de esperanza, pero en la gélida oscuridad de la montaña

era lo único que le quedaba. Cada paso era una tortura. El hombro y el brazo izquierdo le arrancaban gritos cuando los movía y la mano derecha, la que

llevaba sin guante, le hormigueaba y la notaba entumecida. Se le estaba

congelando, supo, como también sabía que era muy difícil que pudiese salir con

vida de esa maldita montaña. El miedo lo atenazó, pero le resultaba imposible ir

más deprisa.

No supo cuánto tiempo pasó así, caminando casi a ciegas, solo y perdido.

Los aullidos habían cesado, pero no se hacía ilusiones. Sabía que, como los vorgrorn, los lobos atacarían en silencio, sin delatar su posición hasta que fuera

demasiado tarde.

—¿Estás ahí? —preguntó el muchacho, incapaz de soportar el silencio y la sensación de que cualquier instante podía ser el último—. ¡Háblame, maldita sea! ¿Qué debo hacer?

El Ausente había vuelto a enmudecer, dejándolo a su suerte y con la

sensación de que estaba cometiendo una locura. Su última y mayor estupidez. Se

detuvo, de nuevo mareado y débil, pero al cabo de unos instantes reanudó su absurda marcha. Por el rabillo del ojo le pareció ver una forma que se movía,

pero cuando miró no pudo ver nada. Siguió andando a trompicones hasta descubrir una cresta rocosa que se alzaba frente a él, perdiéndose en la noche. El

corazón le dio un vuelco y su esperanza se apagó cuando vio a tres lobos cerca

de las rocas. Uno de ellos era un ejemplar enorme, del tamaño de un poni y pelaje gris, y lo miraba con las fauces retraídas, mostrando su imponente dentadura en un gesto amenazador. Los otros dos, más pequeños, lo flanqueaban

en igual actitud. Kirius volvió a presentir, más que ver, como otras formas se movían a su costado y espalda. Supo que estaba rodeado por la manada, sin posibilidad alguna de escapar. Después de todo, había dejado que la voz lo engañase otra vez. Empezó a musitar una plegaria a los Tres, con lágrimas en los

ojos, esperando que todo acabase pronto.

—¡Atrás! —rugió la voz del Ausente, de tal manera que la nieve alrededor de Kirius salió proyectada y se esparció por los aires durante unos instantes.

El joven observó atónito como los lobos metían la cola entre las patas y se alejaban a una distancia prudencial.

—Ellos también te perciben, como el vorgrorn —murmuró, boquiabierto.

—No tardarán en perder el miedo y volver. Corre hasta las rocas y busca la entrada. No te seguirán si la atraviesas. ¡Rápido!

Se apresuró a hacer lo que le pedía, consciente de que no había tiempo para preguntas. Cuando llegó hasta las rocas, la cabeza le daba vueltas y las

náuseas

lo embargaban. Fue entonces cuando la vio. La angosta entrada era una oquedad

en la dura roca y estaba levemente iluminada, como si hubiese una luz en algún

lugar en su interior. Kirius corrió hacia ella al mismo tiempo que oía un gruñido

y el sonido de las patas en la nieve a su espalda. Sin pensarlo dos veces se agachó y se abalanzó hacia la entrada. Se encontró en un túnel que descendía en

una pendiente de cuarenta y cinco grados. Debido al ímpetu de su entrada,

perdió pie y cayó rodando hasta que la pendiente acababa. Al llegar abajo, su cabeza golpeó contra una de las paredes de roca y perdió el conocimiento.

Un tiempo después despertó, aturdido y mareado. Al abrir los ojos vio una

extraña linterna de hierro, sin duda creada por un experto herrero. La lámpara

estaba hecha con la forma de dos manos abiertas sujetando un orbe de cristal amarillo, casi como si sujetasen al sol. Y bien podría serlo, porque de él surgía la

luz que iluminaba aquel túnel. Además, Kirius notaba como la lámpara parecía

irradiar un reconfortante calor que hizo que estuviera a punto de sollozar de alegría.

Intentó alargar el brazo derecho para tocarla, pero fue incapaz. Intentó

levantarse, e incluso reptar hasta ella, pero su cuerpo parecía haber llegado al límite. La herida del muslo se le había abierto de nuevo y la sangre manaba de

ella. El hombro izquierdo era un agónico foco de dolor constante. La articulación

estaba fuera de su sitio y era probable que tuviese alguna fractura. La mano derecha y las orejas le dolían hasta un punto insospechado, ahora que comenzaban a calentarse gracias a la temperatura de la cueva. Apoyó la mejilla

contra la dura roca y cerró los ojos, extenuado y con un hilo de saliva sanguinolenta cayéndole de los labios. No podía hacer nada más, pero al menos

no moriría helándose de frío.

—No puedes quedarte ahí —apremió el Ausente, casi como si le hablase al oído—. Estás muy cerca, pero debes adentrarte más.

—Soy incapaz... —dijo el muchacho con impotencia—. Prefiero acabar ya..., déjame acabar ya.

—Vivir siempre implica sufrir, pero la muerte no te proporcionará ningún descanso.

—No —dijo una nueva voz, esta vez femenina—. Él se complace en torturarte. Se divierte a tu costa, haciéndote tener esperanza, pero no te va a ayudar.

Kirius levantó la vista y le pareció ver fugazmente a la mujer morena de sus sueños delante de él, con un vaporoso vestido rojo que resaltaba la palidez de su piel.

—No os creo, a ninguno —dijo Kirius, agotado, entre lágrimas—. No sois reales.

—Lo somos —dijo la mujer con voz suave—, y sólo tú puedes ayudarme a escapar de él.

—No puedo ayudarte... ni siquiera puedo levantarme. ¿Y para qué? ¿Para dar unos pasos y volver a caer?

—Es probable —admitió el Ausente—, pero quizá esos sean los pasos más importantes de tu vida. ¿Prefieres sufrir un poco más y descubrirlo, o quedarte lamentándote en el suelo hasta morir?

Kirius rio con amargura durante unos momentos. Una risa mezclada con

llanto que cesó de forma abrupta cuando el dolor que sentía en el pecho lo obligó

a toser con violencia y a escupir más sangre.

—Él se regocija en tu dolor, Kirius —dijo la mujer, visible otra vez. A su lado apareció una sombra emborronada con la vaga forma de un hombre—. ¿Lo

ves? Eso es lo que te acompaña, te hace daño y vierte mentiras en tus oídos; una

sombra corrupta y malvada que juega contigo. Él no conoce tu dolor, pero yo sí.

Sé lo mucho que te ha hecho sufrir en estos años, lo que te ha obligado a hacer,

lo que te susurra al oído. Sólo tienes que desear que se vaya y haré que no te moleste nunca más. Ayúdame y ambos seremos libres.

Kirius miró al ser de tinieblas y se apartó de forma inconsciente. Pensó en las Tierras de la Noche y en la oscuridad que se decía moraba allí: los demonios,

los sinluz. ¿Eso era el Ausente? Y entonces, ¿quién era la mujer? Siempre había

dado por hecho que el Ausente era una sola voz, un solo ser, un único delirio. Al

parecer, había estado equivocado en todo.

—Gaelon te enseñó a pensar por ti mismo, Kirius —dijo la sombra con la voz del Ausente—. Sé tú el sabio. Elige vivir, como lo elegiste aquella noche, después de huir de Ishmer.

Kirius cerró los ojos, reacio a creer lo que estaba viendo. Nada de aquello tenía la más mínima lógica. Quizá ni siquiera fuese real. No obstante, al margen

de lo que sus sentidos le mostrasen, lo que quedaba era una decisión que tan sólo

él podía tomar. Debía decidir si quería vivir o si iba a rendirse, y esa decisión ya

la había tomado semanas atrás, la noche después de huir de Ishmer. Debía

mantenerla, aunque doliese, como hacían Terion y Vaelmir a pesar de todas las

cicatrices que portaban. Pensar en ellos le dio fuerzas y, como pudo, se apoyó sobre el costado derecho. Recostándose contra una de las paredes del túnel, empezó a incorporarse a través de una niebla de dolor. Después de lo que pareció

una eternidad, se encontraba otra vez de pie, sobre unas piernas que no dejaban

de temblar. Ya no había ni rastro de la mujer ni de la extraña sombra.

—Sabía que tomarías la decisión correcta —dijo la voz masculina—. No olvides llevar contigo la lámpara.

Kirius se acercó a la extraña lámpara y, con mucho cuidado para no volver a caer, cogió la argolla y la cadena que servían para manejarla. Cuando intentó levantarla, comprobó que no tenía fuerzas para hacerlo. Se enrolló la cadena en

la muñeca de la mano derecha, que seguía adormecida y presentaba un color oscuro que no hacía presagiar nada bueno. Con pasos torpes empezó a tirar de la

lámpara, arrastrándola tras él, y pronto el túnel se llenó de los ecos del ruido rechinante producido por el roce del metal contra la roca. La hemorragia de su

pierna dejaba un reguero de gotas de sangre, según avanzaba.

El túnel se ensanchaba en ese punto, y Kirius se dio cuenta de que las paredes eran demasiado circulares y perfectas, sin bordes ni aristas. No parecía

una galería excavada por la propia naturaleza, sino hecha de forma artificial. Sin

embargo, cuando el túnel se abrió definitivamente a una gran caverna subterránea, su impresión fue la contraria. La caverna era agreste, con

abundantes formaciones rocosas. En algún lugar se escuchaba el rumor del agua

y la humedad del lugar se hizo patente. La luz apenas iluminaba un diámetro más allá de quince o veinte pasos a su alrededor. Cuando miró hacia arriba,

no

pudo ver el techo.

Kirius se detuvo varias veces, abrumado por lo que veía, según se internaba en aquel lugar. Aquí y allá vio cadáveres de seres humanos, meros huesos con piel apergaminada pegada a ellos, caídos con sus armaduras puestas o con

espadas y hachas a su lado. En algunos escudos vio la enseña azul, con el lirio

blanco y la espada, de los Caballeros del Lirio. En otros estaba la enseña de la espada, el dragón enroscado en ella y la corona, del reino de Isgarad. Otros tenían a dos lobos grises aullando a los costados de una torre, el emblema del rey

Andrid de Norvador. Había otros emblemas y escudos de armas, pero no supo

reconocerlos.

—¿Qué ocurrió aquí? —murmuró entre dientes.

Siguió avanzando a trompicones, a través de aquel inesperado cementerio.

No los contó, pero debían de haber más de dos docenas de cuerpos. Cuando

llegó a la orilla de un lago subterráneo lo entendió todo. Dejó caer la cadena de

la lámpara y miró boquiabierto a la inmensa forma que estaba en el centro de aquel lago, encaramada a una especie de islote rocoso. Los huesos blanquecinos

brillaban a la luz de la lámpara, reflejándola. Frente a él se encontraba el inmenso cráneo, con las cuencas vacías de los ojos sumidas en sombras. Las

fauces eran tan grandes que podrían albergar en su interior a un caballo adulto sin problemas. Los huesos del cuello y la columna estaban sobre la isla, pero cuando empezaba el costillar se hundían en el agua, al otro lado de la isla, y al

poco dejaban de ser visibles.

—Myrkhonos —dijo Kirius con la voz llena de temor y reverencia.

—Así es —confirmó el Ausente—. ¿Puedes sentirlo? Aún sigue habiendo vida incluso entre sus restos.

Kirius negó con la cabeza, aunque lo cierto es que sí notaba algo. Aquellos grandes huesos, que casi parecían brillar con luz propia, ejercían algún tipo de fascinación sobre él. Le pareció entonces que el suelo bajo sus pies vibraba al ritmo de un extraño compás, proveniente del esqueleto del dragón. Lo podía

sentir subiendo por su cuerpo y recorriendo sus entrañas. Cuando quiso darse cuenta, ya se había metido en el agua. Por suerte, en ese lado, las aguas eran poco profundas y no le cubrían hasta más allá de la cintura. El agua estaba helada y volvió a hacerse daño en el hombro, pero ni el dolor ni sus gritos hicieron que flaqueara su determinación de llegar al otro lado.

—¿Qué es ese poder?! ¡Mentiroso! —chilló la mujer, enfurecida—. Ahora sé por qué lo has traído aquí. ¡No lo permitiré!

Kirius vio un brillante reflejo en el agua, el de una mujer desnuda de piel pálida con un rostro sin facciones. El reflejo se abalanzó hacia él, con un agujero

de pulsante oscuridad donde debiera estar su boca. Kirius sintió sus entrañas encogerse y sus pulmones vaciarse de aire, como si una fuerza gigantesca lo estuviese estrujando. Cayó de espaldas al agua, sintiendo como la vida se le escapaba por cada orificio de su cuerpo.

De repente, la presión menguó y pudo incorporarse, inspirando con

desesperación. En el lago, de pie sobre el agua, vio a la mujer sin rostro y al hombre sombrío, ambos con las manos en el cuello del otro. Asfixiándose de una

forma brutal, pero sin emitir palabra, como si fueran marionetas sin vida

manejadas por otra persona. Entonces volvió a sentir aquella resonancia,

proveniente de los huesos, y se volvió, reanudando su camino cómo si nada lo hubiese interrumpido, sin darse cuenta de que estaba bañado en su propia sangre.

Cuando llegó al islote, hubo de subir por las rocas que lo circundaban. El esfuerzo lo dejó mareado y débil y, tropezando, cayó sobre sus doloridas rodillas.

Al levantar la mirada, allí estaban las terribles fauces de la bestia, casi al alcance de la mano. La vibración que había sentido era mucho más fuerte aquí, y parecía

atravesarlo al mismo ritmo que los latidos de un corazón. Gateando como un niño, superó los últimos metros y apoyó las manos ensangrentadas cerca de las

fauces de la bestia.

—¡No! —chilló la mujer, recuperando su aspecto humano. Parecía aterrada

y se debatía entre las manos del hombre sombrío, mientras extendía una mano hacia Kirius—. Yo soy eterna.

—No somos eternos —dijo el hombre, acercando su rostro al de ella—. No pertenecemos a este mundo y ya es hora de abandonarlo.

Kirius apenas si tuvo tiempo de oír sus palabras, antes de empezar a gritar.

La vibración que sentía pareció instalarse en su cuerpo y empezó a temblar a

la

vez que sus músculos se ponían rígidos. Notaba como ahora formaba parte de algo mucho más grande que él y mucho más viejo. Algo que lo rodeaba, miraba

en su interior y lo reducía a la insignificancia. Sintió como sus músculos y tendones se movían bajo la piel. La mano derecha se crispó, aún sobre el viejo

cráneo, y sintió como si la hubiese metido en una olla de aceite hirviendo. La herida del muslo le escocía como si alguien estuviese hurgando en ella con una

enorme cuchara. Sentía como la carne se unía, fibra a fibra, y como las venas volvían a conectarse unas con otras. El hombro izquierdo empezó a temblar y moverse, y de pronto la articulación volvió a su sitio con un audible crujido.

Notaba como el frío salía de su cuerpo por cada poro, y en forma de vaho por su

boca.

En un determinado momento el vaho que exhalaba se volvió de un siniestro color rojo oscuro y, mientras lo hacía, sintió como si le desgarraran el pecho. La

nube rojiza aumentó de tamaño, mientras la mujer sin rostro se difuminaba al mismo tiempo.

—Ahora me acuerdo —sollozó ella, mirando a la sombra que la retenía, con una voz que se desvanecía y distorsionaba en múltiples ecos—. Me llamaba Is

´merid y no siempre fui así. Uno me templó con sangre y fuego, y el otro me quebró susurrándome abominaciones en la oscuridad. No siempre fui así.

La mujer desapareció entre los brazos del hombre sombrío que en el último momento parecía fundido con ella en un estrecho abrazo. Aquella siniestra aglomeración del color de la sangre que surgía de dentro de Kirius se desvaneció, dejando tras de sí un polvo parecido a la ceniza que cayó sobre el islote y los huesos. Al final, el muchacho dejó de percibir cualquier cosa a su alrededor; era incapaz de moverse, de dejar de gritar o de apartar las manos de los huesos.

En algún momento que no pudo determinar aquella tortura acabó y una sensación de paz lo embargó. Poco a poco volvió a ser consciente de cuanto lo rodeaba, y lentamente quitó las manos del cráneo de Myrkhonos. Se sentía más vivo que nunca y el dolor parecía más el lejano recuerdo de una pesadilla que algo que acabara de acontecerle. Frente a la débil luz que llegaba de la lámpara, observó su mano derecha. Ahora tenía un color normal, saludable, y ya no sangraba. La herida del muslo ya no estaba y podía mover el hombro con normalidad.

El muchacho rio con alegría, sin poder creerlo.

—Por los Tres, si esto no es un milagro no sé qué puede serlo.

Se detuvo a observar la caverna a su alrededor, al percatarse del abrumador

silencio que lo envolvía y de una incipiente sensación que nacía en su interior.

Se sentía... liberado. No quedaba ningún ser vivo en aquel lugar, excepto él.

Kirius se metió una vez más en el agua, que seguía estando helada, pero esta vez

la travesía fue mucho más rápida. Cuando salió de las gélidas aguas se acercó a

la lámpara, ansioso por calentarse con el calor que desprendía. Se sentó al lado

de la luz y, cuando levantó la vista, casi se cae de espaldas al ver frente a él al hombre sombrío. Esta vez sus rasgos eran visibles y parecía más nítido y real.

Era un hombre de edad indeterminada, pálido e inexpresivo. Tenía el oscuro cabello largo y ondulado y una barbita puntiaguda acompañada de un fino

bigote. Sus ojos eran de un azul apagado y triste. Lo que más llamaba la atención

eran sus ropas. Se veían emborronadas, difusas, pero se distinguía con claridad

una capa negra que cuando se movía dejaba estelas de oscuridad tras él. Las tinieblas que dejaba se quedaban flotando en el aire unos segundos antes de desaparecer.

—¿Tú eres...? ¿Sigues aquí? Creí que... —balbuceó Kirius.

—No te asustes, Kirius. Ya sabes quién soy.

—El Ausente —dijo él con seguridad.

—Así me has llamado muchas veces. Sé que otros me han llamado de muchas maneras, pero no lo recuerdo con claridad.

—¿Otros? ¿Por qué puedo verte ahora y antes no? ¿Y la mujer?

—Demasiadas preguntas. Dime, ¿qué es lo primero que deseas saber?

—¿Estás aquí de verdad o eres una visión y he perdido el juicio? —preguntó Kirius sin un titubeo.

—Estoy aquí, pero no cómo lo estás tú. Para mí es diferente.

—Pero ¿si estuviese loco no imaginaría que me contestas eso?

—Sin duda —contestó el Ausente con una extraña sonrisa que no reflejaba, ni remotamente, alegría ni diversión—. Piensa esto, ¿acaso no se acaban de curar

tus heridas de forma antinatural? ¿Por qué no cuestionas eso en vez de poner en

duda, tu cordura por hablar conmigo?

—Quizá... porque hace años que me pregunto si tu voz es real o no.

—Es real. Aunque el miedo te impidiese aceptarlo y los demás no pudiesen comprenderlo, ya hace tiempo que lo sabes.

—Era difícil saber qué era real y qué no, incluso cuando conseguí verte en alguna ocasión —dijo Kirius, recordando las veces que había vislumbrado al hombre sombrío. El Ausente asintió en silencio—. ¿Por qué los demás son incapaces de percibirte como lo hago yo?

—Por lo mismo que el riadeim ve el Eldantir y el sabueso percibe el rastro de las presas durante la caza. Yo estoy vinculado a ti y tú puedes ver más que los demás y no me refiero a tus ojos.

—Es lo que me dijo la reina de Merethia —murmuró el muchacho.

—Lo sé, estaba allí cuando hablasteis. Siempre estoy a tu lado, Kirius.

—Eso es... incómodo —dijo el muchacho ruborizándose al pensar en ello.

—Llevo contigo desde el año de la Plaga... quizá más, pero no puedo recordarlo.

—¿Más? Gaelon siempre me aseguró que tú eras una secuela de la Plaga, pero... Yo tampoco recuerdo mucho de antes de eso.

—La enfermedad te afectó de una forma inusual, eso es cierto. Recuerdo la lucha para que no se apoderara de tu vida. Tardé un tiempo en conseguir dominarla, pero ambos pagamos muy cara esa victoria.

—La Plaga... La mujer sin rostro y la enfermedad... de alguna manera estaban conectadas, ¿verdad?

—Ella era la Plaga —dijo el Ausente, para asombro de Kirius—. Cuando Is´merid llegó para acabar con tu vida la capturé en tu interior, pero ambos pagamos un alto precio. Ella quería debilitarte, marchitar tu cuerpo y tu voluntad

para escapar, y estuvo muy cerca de conseguirlo. Durante estos nueve años luché

para evitarlo.

El muchacho miró al Ausente, anonadado.

—Pero... eso quiere decir...

—Si no hubiese sido por ti, la Plaga seguiría campando libre por el mundo, anegando el mundo en sangre como ella quería. Has salvado incontables vidas,

Kirius.

—Yo... no he hecho nada —murmuró el muchacho—. Tú la retuviste.

—Has hecho más de lo que crees. Muy pocos podrían haber soportado lo que tu hiciste. Isímerid no sabía quién o qué era ella misma y estaba completamente loca. Me temo que su locura me afectó a mí también, en muchas ocasiones.

«Nos afectó a los dos», pensó Kirius, reacio a intentar comprender aún las implicaciones de todo lo que oía.

—¿Qué ha sido de ella?

—Ya no está en este mundo —dijo el Ausente, con voz triste y extrañamente decepcionada—. Ni ella ni el espíritu que habitaba en los huesos de Myrkhonos.

Kirius miró a los restos de la bestia y entonces se dio cuenta de que ahora parecían ser unos simples huesos. Ya no desprendían aquel brillo ni podía percibir la vibración surgir del cadáver del dragón. El muchacho se volvió hacia

el hombre sombrío, resuelto a saberlo todo.

—Si la mujer era la Plaga, ¿quién eres tú? ¿Por qué tienes ese vínculo conmigo?

—No estoy seguro, cómo tú he olvidado muchas cosas por culpa de Is

´merid, pero sé que antes era una persona que respiraba como tú. Es algo que puedo sentir, aunque no lo recuerde. —Kirus lo miró atónito. Si lo que decía era

cierto, estaba ante una especie de espectro o fantasma. Algo que se decía que no

podía existir porque los Tres no lo permitían—. No te asustes, no estoy aquí para

hacerte daño.

—Lo sé —dijo el muchacho. De hecho, si se paraba a pensarlo, el Ausente

le había salvado la vida en varias ocasiones. El recuerdo de lo acontecido en la

Garganta del Cuervo y del saradio lo invadió y entonces lo comprendió todo —.

Targun dijo que yo era una vasija demasiado frágil..., ¡la Mácula! Con mi muerte buscaban liberar la Plaga al mundo una vez más, ¿verdad?

El Ausente no respondió, sino que caminó por la caverna en silencio. Dejó

una estela de oscuridad que parecía absorber la luz durante unos instantes, antes

de desaparecer. Finalmente se detuvo, parpadeó y se difuminó antes de volver a hacerse nítido.

—Me debilito. Contactar contigo merma mis fuerzas. Si desaparezco no debes preocuparte, volverás a verme y a oírme en cuanto me recupere. Cierto, ellos buscaban la liberación de Is´merid —contestó finalmente—, pero yo no tengo todas las respuestas y otras no las entenderías con palabras.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó el muchacho, preocupado ante la posibilidad de volver a quedarse solo en la montaña.

—¿Qué crees tú que debes hacer?

—Buscar a Terion y a los demás —dijo Kirius tras sopesarlo unos instantes

—. Ir hacia el oeste, hacia Isgarad, pues seguramente ellos también lo harán y llevarme la extraña lámpara, para poder resistir el frío.

—La lámpara se llama Feinyss —dijo el Ausente, acercándose hasta ella—.

Debes poner la palma de tu mano en la esfera para que se apague o se encienda.

No te quemará, a pesar de lo que pueda parecer.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Creo que estuve aquí el día en que Myrkhonos cayó, por eso te dirigí

hacia la montaña. Sé que la lámpara la trajeron Minedea y sus dos acompañantes

riadeim, pero... Sólo veo imágenes inconexas, pero la reconocí cuando la

encontramos en Almeron. También recuerdo que los vorgrom atacaron cuando el

gran dragón expiró. Los pocos supervivientes no tuvieron tiempo de enterrar a sus caídos o recoger sus pertrechos. Además, sé que la muerte del dragón

nos afectó a todos los que estuvimos aquel día en este lugar.

—Sentí... como si hubiese algo enorme y antiguo que me abrazase. Me hacía parecer insignificante —explicó el muchacho, intentando transformar en palabras parte de lo que había sentido.

—Y ese abrazo te hizo sufrir, a la vez que curó tu cuerpo y tu espíritu. Sólo un poder así podía acabar con Is´merid, por eso yo quería que encontraras este

sitio. Ahora la Plaga y sus secuelas no son más que un recuerdo para ti.

—¿Eso quiere decir que tú fuiste uno de los que acabaron con el dragón?

—No estoy seguro. Ten paciencia, esos recuerdos que hemos perdido volverán a surgir, de un modo u otro. No obstante, yo tengo una pregunta para ti.

Aparte de a Gaelon, ¿por qué nunca le hablaste de mí a nadie, ni siquiera a Arvand o a Terion?

—Porque no quería que me tomaran por un demente. Bastante duro era ya aguantar las burlas de algunos, cuando me veían hablando solo o escuchando voces en el silencio —respondió Kirius, como si la respuesta fuese evidente.

—No creo que esa sea la única razón, ¿verdad? —dijo el Ausente mientras se acercaba y colocaba, de forma casi afectuosa, su mano en el rostro del chico.

Kirius hizo ademán de apartarse, pero cuando la mano de su acompañante lo tocó no la sintió. Sin embargo, sí que sintió como el vello se le erizaba y un

escalofrío recorría su espalda. Era una sensación que conocía y que ya había experimentado con anterioridad, sin motivo aparente. Ahora sabía a qué se debía.

—Supongo que no. Siempre creí que... poder oírte, y las cosas que me

decías, me convertían en alguien diferente a los demás. El poder oírte era algo mío y que sólo yo podía hacer, así que no quería compartirlo con los demás. Una

parte de mí que odiaba y amaba a la misma vez. Es una estupidez, pero tenerte a

mi lado estos años ha sido lo único que me hacía saber quién era.

—No lo es, porque demuestra que la Plaga no pudo enterrar lo que posees en

tu interior. —El Ausente hizo una pausa cuando nuevamente empezó a parpadear

y su figura se volvió menos nítida, como si estuviese disolviéndose en el aire poco a poco—. Esta vez me temo que no podré quedarme. Escúchame, Kirius.

Ten cuidado... no estás a salvo... —La figura se desvaneció hasta que sus rasgos

apenas eran visibles—. Ya vienen... búscalos... solo...

—¡Espera! —exclamó el muchacho—. Aún tengo preguntas.

El Ausente desapareció y un opresivo silencio se instaló en la caverna, sólo

roto por el sonido del agua caer en algún lugar. Kirius expiró el aire de sus pulmones sonoramente. Le parecía que llevaba horas conteniendo la respiración.

Se llevó la mano al rostro y se pellizcó de forma dolorosa. No, no estaba

soñando. Se incorporó y se acercó a la extraña lámpara mágica llamada Feinyss.

Acercó la mano con precaución, pues el calor era más intenso cuanto más cerca

estaba del luminoso orbe. Al final se decidió y apoyó la mano en él. Estaba frío,

como si fuera algún tipo de metal o mineral. Al hacerlo, la luz se apagó y la lámpara dejó de irradiar calor.

—Así que es cierto —dijo maravillado—, el Ausente siempre existió.

Retirando la mano, volvió a colocarla en el orbe para que este volviese a encenderse. Tomando la lámpara de la cadena la levantó y la llevó en su mano

derecha. Ahora que había recuperado sus fuerzas, se dio cuenta de que no pesaba

tanto como había creído. Con un último vistazo a los huesos de Myrkhonos,

dándole las gracias interiormente por haberle salvado la vida, volvió sobre sus pasos, hasta la salida de aquella caverna. Se preguntaba cómo era posible que el

enorme dragón hubiese entrado, o pudiese salir, de la caverna. No la había explorado entera, cierto, pero no se veía luz de ninguna otra abertura lo

suficientemente grande como para dejar pasar a la bestia. «Ante su rugido, la propia roca temblaba y se moldeaba según sus designios», recordó entonces

Kirius que había dicho Escaldyr, en Alto Vhalec. En su fuero interno sabía que

era así, que la tierra y la roca dejarían pasar y protegerían al dragón, pues todos

eran uno, incluso ahora que Myrkhonos estaba muerto.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando vio brillar algo en la penumbra de la caverna. Se acercó e iluminó aquello que le había llamado la atención. Se trataba de una espada que estaba aún aferrada por el guantelete metálico de su antiguo portador. A este le faltaba medio torso, de cintura para abajo no había nada, como si una fuerza descomunal lo hubiese mutilado. Miró

buscando algún emblema que lo identificase, pero el tabardo estaba rasgado y roto, y no había ni rastro del escudo de aquel hombre. Se acercó a la espada y, no

sin cierto esfuerzo, consiguió arrancarla del guantelete de aquel cadáver. Cuando

la miró, pudo ver que era una magnífica arma, cuyo pomo estaba decorado como

la cabeza de un caballo y tenía motivos florales cincelados en la hoja. Necesitaba

un arma si quería sobrevivir en la montaña, mucho más si hacía caso de la última

advertencia del Ausente, antes de desaparecer.

Tuvo que fabricarse una funda para su nueva espada, rasgando con su daga

la capa de pieles de uno de aquellos cadáveres. La ató con las lazadas que recuperó de otro de los esqueletos. Luego se la colgó a la espalda a la manera de

la gente de Moradhair o muchos de los guerreros de Norvador. Eso le daría mayor libertad de movimientos en la montaña. También cogió prendas de abrigo

para él y se ató más pieles a la pernera derecha del pantalón, que seguía

rasgada.

Cuando acabó, musitó en voz baja una plegaria para que los Tres lo perdonasen

por coger todo aquello de los muertos y, tomando la lámpara, salió de la caverna.

Cuando subió por el túnel y volvió a salir al aire libre, se sorprendió de que el sol estuviese en su cenit. Pensaba que aún sería noche cerrada, pero al parecer

habían pasado horas, quizá días. Cuando estaba tocando el cráneo el tiempo parecía haberse detenido y era incapaz de precisar cuánto tiempo había estado así. Por suerte, no había ni rastro de los lobos ni tampoco de los vorgrorn.

También por fortuna, hoy hacía un día radiante, con un cielo azul tan sólo ensombrecido por las blancas nubes que rodeaban la cumbre del Gigante de

Escarcha. Desde aquí era incapaz de ver la cornisa por la que pasaran sus amigos

y él, pero creía recordar por donde había llegado a la cresta rocosa cuando era acechado por los lobos. Así que, empezó a desandar el camino, hacia lo que esperaba que fuese el oeste.

Al día siguiente, poco después de emprender la marcha llegó a una muralla natural de hielo. Tenía unos tres metros de alto, en la zona más baja, y se extendía de norte a sur hasta donde alcanzaba la vista. Buscando un lugar apropiado, Kirius consiguió escalarla con menos dificultades de las que preveía.

Desde que había salido de la cueva de Myrkhonos, se sentía pletórico y con más

energía de la que había tenido nunca.

Caminó durante largo tiempo por aquel paisaje helado yendo hacia el noroeste, pues se dio cuenta, mirando hacia el Gigante de Escarcha, que se debía

de haber desviado hacia el sur. Por desgracia, seguía sin haber rastro de Terion y

los demás. Al atardecer su estómago empezó a rugir, recordándole que apenas había comido nada en el último día. Para entonces llegó a las cercanías de una

profunda grieta en el hielo, que se extendía de este a oeste hasta perderse en el

horizonte. Decidió seguirla, sumido en sus pensamientos, por lo menos hasta que

escuchó un grito a su espalda. Kirius se volvió, deseando con todas sus fuerzas

que fuesen sus amigos.

25. Invisible

El bosque estaba sumido en un silencio casi perfecto. Athael era uno de esos lugares en los que la calma resultaba perturbadora. Quizás era debido a que en el

ambiente se advertía una presencia intangible, secreta y antigua que iba mucho

más allá de los propios árboles. Los animales, salvo algún ruido ocasional, permanecían mudos imitando así a los centenarios árboles bajo los que caminaba

Innae, sumida en la penumbra. Estaba acostumbrada a sensaciones similares,

puesto que llevaba viviendo en el Caid Ereni desde que tenía uso de razón.
No

obstante, la calma era tal en este lugar que incluso a veces le parecía oír caer alguna de las hojas y levantaba la vista para seguirla en su interminable descenso

hasta el suelo repleto de otras como ella. No habría sabido decir porqué seguían

cayendo las hojas cuando el verano estaba ya tan próximo. Quizá era que Athael

no se regía por las mismas normas que el resto del mundo.

Se escuchó el crujido de una acacia y la luz ambiental menguó. El vello de

Innae se erizó y apresuró el paso, imprimiendo más velocidad a sus cansados pies.

No debía olvidar que Athael no era su hogar.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba caminando bajo aquel

perpetuo dosel verde. Seis días después de entrar en el bosque había renunciado

al esfuerzo que suponía intentar hacerlo. Caminaba en lo que creía debía de ser

dirección sudoeste. En algún momento que no podía determinar también había

dejado de darle importancia a su rumbo. El cansancio, la apatía y lo monótono

de su viaje parecían haberla quebrado, como las ramas húmedas y astilladas que

veía, de tanto en tanto, sobre el lecho de hojas.

Echaba de menos a la montura que había robado en el monasterio a las afueras de Rynad, pero se había visto obligada a dejarla ir cuando se internó en

la densa floresta. También añoraba a Meratin, con sus arrugas de preocupación

marcándosele como un mapa en el rostro. Pero, por encima de lo demás, echaba

de menos a su padre.

—Siempre dijiste que nuestro Caid Ereni era como el vástago de Athael, tan sólo una pálida sombra del Gran Bosque —murmuró Innae mientras seguía avanzando—. Me contaste que aquí vivieron los eliir, en su misteriosa Ciudad Invisible de Liatháin. Dijiste que este era un lugar de paz, un refugio, pero yo

no me siento en casa.

Esquivó con paso cansado las tupidas raíces de uno de los árboles y vio que sus botas estaban empezando a agrietarse y romperse. Hacía días que se había desembarazado de las vendas de sus manos y que caminaba con el pelo y el rostro al descubierto. Por un lado, ya le resultaba insoportable el picor y el sudor

que le provocaba la capucha. Por otro, ¿quién la iba a ver en aquel lugar?

—¿Acaso está aquí Al'Talerian, padre? —preguntó con voz vibrante—.

¿Voy a encontrar en este lugar a aquel a quien debo llevar ante ti? ¿Al que podrá

sanarte y ayudarte en tu tarea? Prometiste que sería así... lo prometiste...

Su voz se quebró y hubo de detenerse e inspirar para evitar las lágrimas. Se había jurado no volver a llorar hasta regresar a su hogar. Apretó la mandíbula y volvió a caminar.

—Todo era más fácil antes. Cuando nos bañábamos en el estanque, cuando trepábamos a los árboles de noche y me contabas los secretos de las estrellas...

Sabía que estaba hablando sola, que ni su padre ni ningún otro podían oírla, pero la soledad que sentía era ya insoportable. Eso era lo que más echaba de menos; alguien a quien poder mirar a los ojos y con quien poder hablar. Dejar de sentirse tan sola.

Poco después, a lo lejos, vio que la luz aumentaba, como si hubiese un claro más adelante. Se dirigió hacia allí, aunque sólo fuese para romper con la monotonía y poder contemplar un rato el cielo sobre su cabeza. Cuando ya empezaba a vislumbrar la hierba de un prado en una gran zona desprovista de árboles, se detuvo. Le había parecido escuchar voces más adelante. Todo su cansancio y apatía desaparecieron al instante. Caminó en silencio, se escondió tras un tronco y afinó el oído. En aquel claro, ya no muy lejos, conversaban al

menos dos personas y ambas eran voces de mujer.

Su primer instinto fue volverse y huir. Sin embargo, al poco se adelantó, tan

silenciosa como el propio bosque. Quizá fuese curiosidad, que escuchar voces femeninas le inspirara una mayor confianza o, simplemente, su necesidad de ver

a otro ser humano. Lo cierto es que se cubrió la cabeza y avanzó como un fantasma hasta llegar tras un gran tronco, desde donde podía espiar el claro sin

ser vista.

Al instante se arrepintió de haberlo hecho. Aquel era un lugar siniestro. El claro estaba al pie de una pendiente embarrada que subía un buen desnivel.

Grandes piedras cortadas estaban clavadas en la tierra, apuntando al cielo y formando un círculo. En el centro de la circunferencia había un oscuro túmulo. A

su izquierda, no lejos de las piedras, alguien había apilado un montón de cadáveres, todavía portando sus armaduras. Algunos de los cuerpos estaban tan

destrozados que eran irreconocibles. Nubes de moscas los envolvían y se veían

corretear entre los cuerpos a pequeñas alimañas del bosque. Innae cerró los ojos

durante un momento, intentando calmarse y dominar su temor.

Las voces volvieron a escucharse y entonces miró a su derecha. A una veintena de pasos, muy cerca del linde del bosque, había dos mujeres. Una era

ya madura, de pelo negro repleto de hebras blancas, alta y delgada como un alambre y aspecto casi regio. La otra no podía ser más diferente de aquella. Era

todavía una mujer joven, pelirroja, no muy alta y de cuerpo atlético. Llevaba

un

arco de madera pulida colgado al hombro.

—No es justo —decía la pelirroja con voz cansada y triste. Innae se dio cuenta entonces de que tenía los ojos enrojecidos—. Sheanna tan sólo disfrutó de

su padre un año. Si hubiese estado a su lado...

—Habrías muerto, junto a él y los demás —señaló la otra mujer, con suavidad—. El *cruaich* se liberó antes de realizar el ritual y Tuanna y Adheraic

se vieron forzados a actuar sin esperarnos. Somos pocos y hay demasiados *ethinmer* que vigilar. Sé que has perdido a tu esposo, Shildan, pero también era

el líder de las Sombras Verdes. Y Tuanna... —La mujer dejó de hablar, suspiró y

finalmente continuó—: Ella debía ser la que liderase a las *nigheanain* cuando yo faltase. Si los espíritus se los han llevado tan pronto, debe de haber una buena razón para ello.

La mujer pelirroja, la llamada Shildan, no dijo nada y se puso en cuclillas. A su lado, a los pies de uno de los árboles, había un montículo de tierra removida

que rompía la verde uniformidad del suelo de hierba. Vio que, detrás de ese, había otros muchos montículos, una treintena, todos situados cerca de los

árboles. No tardó en comprender que aquello eran tumbas. Recordó que las viejas costumbres de las gentes de Moradhair dictaban que al morir debían

ser enterrados entre las raíces de un árbol. El fallecido ayudaría al árbol a crecer y, a

cambio, este acogería su espíritu para que enraizase en él.

Shildan tocó con las puntas de los dedos la tierra de la tumba durante un rato y luego se levantó con expresión amarga.

—Los espíritus no han movido un dedo. Han sido los caballeros de Isgarad los que actuaron, asesinando a los nuestros junto al cruaiach. Prácticamente son iguales.

—No cometas el error de comparar a los ethin cruaiach con ningún ser

humano —le advirtió la mujer con voz punzante—. Y veo que persistes en tu descreimiento acerca de los espíritus. Un rasgo que sin duda adquiriste de tu relación con aquel hombre, Vaelmir de Aldremhem. De él decían que era tan cínico como artero y encantador. Pero supongo que eso lo sabes tú mejor que la

mayoría.

Innae notó como la mujer pelirroja se ponía en tensión y abría y cerraba los labios, como si se esforzara por contenerse o no supiera qué decir. Vaelmir... ese

nombre lo había mencionado el oficial al que había ayudado en la Garganta del

Cuervo. Lo recordaba bien. No obstante, lo más probable era que fuese un nombre muy común en estas latitudes y no se tratara del mismo.

—Ceala Círan, sabes que te respeto y que daría mi vida por ti, pero si

vuelves a mencionar a ese hombre o mi relación con él te arrancaré la puta

lengua.

Los ojos de la pelirroja echaban chispas. Se hizo un tenso silencio, quebrado por el gorjeo de algunos pájaros que volaban sobre el claro. La otra mujer se había colocado de espaldas a ella, por lo que no podía verle la expresión.

De pronto se oyó una carcajada. La mujer llamada Ceala se reía a conciencia.

—Ah, muchacha, a mí no vas a amedrentarme, pero esa pasión es justo lo que las Sombras Verdes necesitarán ahora. Por eso te lo pido, Shildan ail´Beanos: recoge el testigo de tu esposo y conviértete en la nueva líder de aquellos que observan al bosque.

—Así que era eso, ¿no? —exclamó la pelirroja, sorprendida—. Por eso quisiste que los demás se adelantaran y nos quedáramos a solas... Para poder proponérmelo, ¿verdad? La respuesta es no. Hay otros que lo merecen más que

yo. Si me propones a mí, muchos murmurarían que lo haces por ser la esposa de

Adheraic y no por mi valía... No. Además, como bien dices, no soy la más devota creyente de los espíritus y debo ocuparme de Sheanna. Debo rechazarlo.

—Debes pensarlo mejor —la corrigió la otra mujer—. Si no quieres aceptar es porque crees que estarás atada por un compromiso que te impedirá cobrarte todas tus preciadas venganzas. Pero yo te digo que esto es lo más importante que

podrás hacer con tu vida. Te aseguro que Athael, y el mundo más allá de sus

fronteras, debe ser vigilado, protegido y ayudado tanto de los peligros internos como externos. Los espíritus te han escogido a ti, Shildan, y les da igual que creas en ellos o no.

—Mis venganzas... La verdad es que sin Adheraic a mi lado no sé qué debo hacer... —admitió Shildan con una voz que ya no era tan segura—. Él me calmaba todas las veces que quería ir al norte a buscar a aquel hombre, o cuando

quería ir a la frontera a matar isgarios. Sin él para refrenarme...

—Sin él no vivirás mucho. Sin su control harás alguna locura y tu hija se quedará también sin madre. Necesitas una meta, un propósito.

—Si fueras sincera admitirías que te refieres a unas cadenas que me sujeten, ¿no es así? —espetó la pelirroja, con dureza.

Innae decidió que ya había escuchado bastante. Las mujeres no parecían un peligro y, de hecho, su padre le había hablado bien de las *nigheanain* y de quienes las servían. Decía que eran fieles devotas de los espíritus y protectoras

de Athael. Pero también le había advertido de la fiereza de las gentes de Moradhair y de que las sacerdotisas del bosque a veces podían ser taimadas.

En todo caso, no pensaba arriesgarse a descubrirlo.

Dio dos pasos atrás y se apartó del tronco. Estaba segura de no haber hecho el más mínimo ruido, pero la pelirroja levantó la vista en su dirección, cogió el

arco y encordó una flecha en él a una velocidad endiablada. La cuerda se tensó e

Innae se quedó paralizada por el temor, sin saber si era capaz de verla a esa distancia, entre las sombras del bosque y el follaje.

—¡Espera! —La mujer llamada Ceala apartó el arco con una mano y se volvió a medias—. ¡Sal aquí, seas quien seas! Te prometo que no te haremos daño.

—Eso depende —dijo Shildan, torciendo el gesto—. Si eres un rezagado de los Caballeros del Lirio ya puedes correr, porque voy a matarte.

Innae se dio la vuelta, dispuesta a seguir su consejo. Sin saber cómo, sus pies se enredaron en una maraña de raíces que no había visto, de hecho, juraría que no estaban allí antes, y cayó de bruces al suelo con un grito ahogado. Pataleó

para liberar sus botas durante unos segundos largos y angustiosos y se puso en

pie, sólo para ver la punta de una flecha apuntándole a los ojos. La mujer pelirroja se había puesto a su lado en un santiamén, con el arco preparado para

disparar y una expresión torva en el rostro. Sin hablar, le hizo un gesto para que

caminara hacia el claro, junto a Ceala.

Miró la punta de la flecha con aprehensión y siguió las instrucciones,

maldiciendo su suerte. La pelirroja la acompañó caminando hacia atrás sin dejar

de apuntarla y pronto estuvieron frente a la otra mujer, que se había acercado hasta ellas.

—¿Cuánto llevabas escuchándonos? —espetó Shildan con el brazo

preparado para soltar la flecha—. ¿Quién eres?

—Sólo hay una forma de saberlo —intervino Ceala, con voz inflexible—.

Descubre tu rostro.

Innae gimió, sintiéndose acorralada. El pensamiento de llevar la mano a la

Estrella Plateada y pedir ayuda a su padre cruzó por su mente, pero no tardó mucho en desecharlo. Estaba segura de que la mujer del arco era muy capaz de

matarla en apenas una fracción de segundo. Además, en realidad no quería hacerles daño.

Con movimientos lentos se descubrió el rostro y miró a sus captoras,

intentando parecer segura de sí misma. La pelirroja se mordió el labio, agitó la

cabeza y bajó el arco. La otra mujer abrió mucho los ojos y sonrió. Algo en aquella sonrisa le desagradó.

—¡Pero si casi es una niña! —exclamó Shildan, devolviendo la flecha a la aljaba y el arco a su hombro.

—Y tarkesia —añadió Ceala, mirándola con interés—. Posiblemente no había entrado ninguno en Athael desde la Guerra del Lirio y la Rosa.

—No pretendía espiaros —se apresuró a decir Innae—. Escuché voces y me dirigí hacia aquí.

Las mujeres se miraron entre ellas un segundo. Ceala levantó las cejas, mientras Shildan arrugaba el entrecejo, pensativa.

—Deberías empezar por decirnos quién eres y qué haces aquí, muchacha.

Innae se quedó paralizada, sin saber que decir. ¿Cómo iba a inventarse una mentira convincente para explicar por qué una tarkesia se hallaba en mitad del Athael? Sabía que no era infrecuente que algunos mercaderes de la Liga de

Saddir, de Karif e incluso de Essur viajaran a las ciudades fronterizas de Moradhair. En ocasiones tan al norte como a Ard Vanan, pero no más allá de ese

punto, por lo que ella sabía. Y, desde luego, no llevarían consigo a muchachas de

dieciséis años.

—Yo... —murmuró, buscando con la mirada alguna ruta de escape—. Yo no...

Se sentía acorralada, intranquila, en peligro. No era sólo por las mujeres o los cadáveres tras ellas, sino que el túmulo, y frente a él una extraña mancha oscura donde la hierba parecía enferma y agostada, atraía su mirada. Aquel sitio

le daba escalofríos.

—Está aterrada y parece perdida —intervino Shildan, con pesar en la voz.

—A veces las apariencias engañan, querida. Tú deberías saberlo.

—No irás a sugerir que es un peligro para el bosque, ¿verdad?

La otra mujer no contestó, sino que permaneció en silencio. Un súbito viento

removió el pelo de Ceala durante unos segundos, pero Innae no lo sintió en su piel y los bucles rojizos del cabello de Shildan permanecieron estáticos.

—Es evidente que no. Es cierto que está perdida, porque a menudo quienes lo están buscan algo que ni siquiera aciertan a comprender. ¿Me equivoco, muchacha?

Innae asintió ante aquella mujer, aun a su pesar. Las *nigheanain* hablaban con los espíritus que residían en Athael y se decía que ellos personificaban la sabiduría.

—Me llamo Innae y debo entregar un mensaje a la persona que busco.

Mucho depende de que lo consiga.

—Está claro que para ti es importante, Innae. No te cuestionaré más acerca de ello.

—¿Estuviste aquí cuando ocurrió esto? —intervino Shildan con voz ansiosa, poniéndose de costado y señalando hacia tumbas y cadáveres.

—No, lo siento —contestó, aunque en realidad no sentía lo más mínimo

haberse perdido aquella carnicería. Entonces recordó algo que había escuchado casi un mes atrás, en la plaza mayor de Rynad—. ¿Esto quiere decir que ya ha

empezado la guerra con Isgarad?

—La guerra nunca ha acabado —aseguró Shildan con sus ojos color

avellana chispeando de furia—. Lo que han estado a punto de hacer aquí, lo que

han provocado...

—Athael no es lugar para los extranjeros y lo defenderemos de ellos —

intervino Ceala, con voz calmada—. Los soldados de Isgarad han entrado en nuestro bosque, interrumpido los rituales que llevábamos a cabo y asesinado a los nuestros.

Ceala apretó los labios y miró hacia la tumba contigua a la que ocupaba el hombre llamado Adheraic. Una expresión de profundo pesar y cansancio apareció en su rostro. De repente, un pequeño pajarillo de color negro con la cabeza roja revoloteó alrededor de la mujer, piando frenéticamente. Ceala lo miró, abstraída, y sus labios esbozaron una leve sonrisa.

—Debes saber, Innae —comenzó, una vez el pájaro remontó el vuelo y se perdió entre las copas de los árboles—, que Athael no es un lugar seguro para los

extraños. Hay belleza aquí, desde luego. Hay poder, recuerdos y vida como no verás en ningún otro lugar de Balaeron, pero también hay oscuridad. Los ethin cruaiach duermen en el bosque, encerrados durante milenios en prisiones casi tan

antiguas como las propias piedras.

Antes de que la mujer señalara al túmulo, Innae ya sabía que se estaba refiriendo a él. De aquellas piedras emanaba una sensación lóbrega, siniestra y agobiante.

—Esos espíritus oscuros deben ser vigilados y sus prisiones reparadas para evitar que escapen. Esa es una tarea que sólo podemos realizar las *nigheanain* —

continuó la mujer—. A veces, por desgracia cada vez con mayor frecuencia, nuestros esfuerzos son inútiles. Como ves, Athael no es un buen lugar para perderse.

Innae miró al túmulo, asimilando todo lo dicho por la mujer. ¿Ethin cruaiach?

¿Sería ese el mal del que hablaba su padre? No era posible. Él le había dicho que

Athael era un santuario, un lugar al que acudir y al que el mal nunca se acercaría.

¿Era posible que desconociera que el gran bosque estuviera infestado por aquellos seres?

De repente nada tenía sentido.

—Esos ethin cruaiach, ¿qué son? ¿Por qué están aquí? —preguntó, intentando entenderlo.

—El fin de la vida y del bosque, encerrados en Athael hace incontables generaciones —intervino Shildan—. Te aseguro que existen y son auténticas máquinas de matar.

—Encerrados por los eliir, al menos eso cuentan nuestras leyendas. El cómo y el por qué se han perdido en la bruma de los tiempos, aunque las *nigheanain*

recordamos lo suficiente. Pero ya basta de hablar de cosas oscuras, muchacha.

Ahora ya sabes que debes abandonar el bosque cuanto antes, por tu propio bien.

Ella había llegado a la misma conclusión, pero ¿adónde marcharse? El

bosque no era seguro y las tierras del exterior lo eran menos. Aún recordaba el

olor acre de la nigromancia cuando estuvo en la Garganta del Cuervo, los cadáveres y el saradio que viera en Rynad, antes del incendio. Fuese a donde fuese estaría rodeada de peligros y muerte. Volver a casa tampoco era una opción. Allí también la esperaba la muerte si no volvía con un remedio para su padre.

Miró a Shildan, recordando aquel nombre que había oído ya dos veces:

Vaelmir. A juzgar por la reacción anterior de la mujer le daba miedo preguntarle

por él, pero no por los otros nombres que había mencionado en sus delirios aquel

soldado moribundo.

—Me gustaría hacerte una pregunta —le dijo a la pelirroja con voz vacilante

—. ¿Conoces a unas personas llamadas Kirius y Therius?

Shildan frunció los labios y sus ojos se estrecharon. Un rictus de desprecio apareció en su rostro antes de contestar.

—Son nombres isgarios y no unos nombres cualesquiera, pero por lo que yo sé pertenecen a personas ya muertas. No te puedo ayudar, excepto para

prevenirte: no debes acercarte a sus fronteras. No puedes ni imaginar lo que harían en Isgarad contigo, una tarkesia, si te encontraran en sus tierras.

Innae suspiró, contrariada. Aquella era una pista que no llevaba a ningún

lado. El soldado debía referirse a otro Kirius y no al que ella había conocido.

Desde luego aquel chico no era isgario y, si lo era, no se parecía en nada a los que describía Shildan.

Lo cual la dejaba, una vez más, sin saber qué hacer.

—Si necesitas respuestas, sé dónde puedes hallarlas —dijo Ceala, mirándola fijamente—. Estás lejos del linde del bosque y salta a la vista que no sabes qué

hacer a continuación. Hay un lugar donde se dice que perdura una poderosa magia que da respuesta a las mayores preguntas de los hombres. Ese lugar es la

Ciudad Invisible de Liatháin.

Innae levantó la cabeza, asombrada. Shildan abrió la boca para intervenir, pero la mujer mayor la hizo callar con un ademán imperioso.

—Pocos saben encontrarla o entender las respuestas que pueden obtener allí, pero algo me dice que tú estarás entre ellos.

—He oído hablar de ese lugar —dijo Innae—. La ciudad capital del reino de los eliir en el continente. Pero ¿qué hallaré allí?

—Los eliir no poseían reinos ni ciudades —aclaró la mujer, con voz irónica

—. Esos son inventos humanos, al igual que el nombre de Ciudad Invisible. Los

eliir ya no están en el bosque, muchacha, pero su poder, su sabiduría y su legado

perduran. Allí encontrarás lo que necesitas: respuestas y tu destino. ¿No es

eso lo

que necesitas?

—Ceala, no voy a... —empezó Shildan.

—¡Silencio! —rugió la mujer, dedicándole una dura mirada a la pelirroja—.

Esto es algo entre la muchacha y yo. No interfieras en cosas que no entiendes.

Shildan frunció los labios y cruzó los brazos en actitud hosca, pero

permaneció en silencio. Era evidente que ambas estaban en desacuerdo, pero eso

no aclaraba sus propias dudas. Una cosa estaba clara, necesitaba ayuda para saber lo que debía hacer a continuación. Los eliir habían sido una fuerza tan poderosa y antigua como el propio Athael. Si en algún sitio podía encontrar respuestas, era en su ciudad. O lo que realmente fuese Liatháin.

—Iré a ese lugar —dijo tragándose el miedo—. ¿Cómo puedo llegar hasta él?

—Deberás dirigirte hacia el sur. —Ceala hizo un gesto con la cabeza hacia uno de los lados del claro, mientras hurgaba en un morral que tenía colgado al

costado—. Cada noche, cuando el sol esté próximo a ponerse, deberás encontrar

algún arroyo, río o laguna. Te meterás descalza en el agua llevando todas tus pertenencias encima y con esto puesto.

La mujer sacó un brazalete abierto de bronce con nudos y espinas esculpidos en su superficie y se lo tendió. Innae lo cogió, intentando aparentar una

confianza que desde luego no sentía.

—Debes llevarlo en el tobillo, muchacha.

—¿Cómo podré devolvértelo?

—Tarde o temprano volverá a mí. No te preocupes por eso.

Pero aquella respuesta no contribuía a evitar sus dudas. Se guardó la alhaja

en un bolsillo bajo su sobrevesta y se cubrió el rostro con alivio. Había notado

como Ceala no dejaba de mirarla a los ojos con una expresión extraña. Con la excepción de su padre y Meratin, sólo cuatro personas le habían visto el rostro,

que ella pudiese recordar. El monje la había mirado con deseo y lascivia. Kirius

había tenido una expresión de aturrida perplejidad desde el primer momento en

que la había visto. No sabía si a causa de su etnia o, como temía, por la inquietante disparidad de sus ojos. En el caso de Ceala no tenía ninguna duda: miraba alternativamente a sus dos iris, el verde y el negro, como si observara a

un animal exótico y fascinante.

Se alegró otra vez de estar bajo la seguridad de su capucha.

—Os agradezco vuestra ayuda —se forzó a decir—. Debo seguir mi camino.

—Cuídate, Innae —dijo Shildan desviando brevemente la mirada al hablarle

—. Deja que al menos te ofrezca víveres para el camino.

—Te lo agradezco, pero estoy acostumbrada a vivir en los bosques. Me las

arreglaré.

Los múltiples tipos de setas, bayas, raíces y frutas habían hecho que la alimentación fuese el menor de sus problemas en este tiempo.

—Es evidente que hasta ahora lo has hecho muy bien. —Fue la despedida de Ceala—. Que los espíritus caminen contigo, Innae.

Innae se volvió con una extraña sensación de desasosiego y se internó en el bosque. Las dos mujeres se quedaron observándola en silencio hasta un buen rato después de que se perdiera entre el follaje.

—Mandarla a la Ciudad Invisible ha sido como condenarla a muerte —dijo Shildan, rompiendo el silencio. Su voz sonó cargada de reproche—. Allí no hay

más que los huesos de los estúpidos que creían que los eliiir la construyeron usando oro, plata y piedras preciosas. Es territorio vedado, o eso me dijiste.

—Vedado para nosotras, pero ella no es de los nuestros. Es probable que muera —admitió Ceala con voz fría—, pero eso no depende de nosotras. La chica debía ir allí y eso es todo. Debes aprender a mantenerte al margen.

—Le mentiste. El linde norte está a menos de diez minutos de camino. ¿Por qué? ¿Por qué debía ir a Liatháin una muchacha tarkesia?

Ceala suspiró y fijó su mirada en una hoja que caía desde los árboles frente a ellas. La hoja bajó cimbreado hasta que una ráfaga de viento la levantó y se la

llevó en volandas hacia el bosque.

—Yo sólo soy una sierva de los espíritus de Athael. Ahora, si no te importa, tenemos nuestros propios muertos a los que llorar —dijo y su voz sonó muy cansada.

Innae no se detuvo hasta que las sombras empezaron a adueñarse del bosque. Deseaba alejarse todo lo posible de aquellas dos mujeres. Shildan la había perturbado con su fiereza y rapidez. Algo en su mirada le decía que estaba

acostumbrada a matar. Ceala parecía apacible en comparación y, sin embargo,

aquella mujer era la que más nerviosa la había puesto.

Taimadas, había dicho su padre. Una descripción que se le ajustaba a la perfección.

No obstante, debía reconocer que la habían tratado bien cuando no tenían ninguna razón para hacerlo. Y, por encima de lo demás, le habían dado una esperanza. Si lo que decían era cierto, quizá pronto podría encontrar las respuestas que tanto necesitaba. Si no era así, Liatháin era un lugar tan bueno como cualquier otro para buscar. Mejor que la mayoría, puesto que allí había lugares hermosos como muy pocos hombres habían visto, según los cuentos y leyendas que su padre le había relatado cuando era una niña.

Dirigió sus pasos hacia el murmullo del agua que llevaba escuchando desde hacía unos minutos. Pronto llegó a un arroyo que surgía de un altozano rocoso y

que discurría entre piedras y musgo. Innae se sentó sobre un viejo tronco caído y

se quitó las botas con un gesto de dolor. Se puso el brazalete en el tobillo izquierdo, haciendo presión con la mano para cerrarlo después.

Se levantó sin saber muy bien qué hacer o esperar. Encaminó sus pasos

hacia la inquieta corriente con las botas en la mano. No pudo evitar lanzar un grito ahogado cuando, primero un pie y luego el otro, se introdujo en las frías aguas. A pesar de la estación del año, aquel arroyo estaba helado. Se quedó allí,

con el agua subiendo dos palmos por encima de sus pies y mirando el brazalete

fluctuar bajo la agitada corriente. Nada ocurrió; tampoco sabía que esperar, así que permaneció allí de pie. Una lechuza ululó en algún lugar mientras empezaba

a sentir cómo se le congelaban los huesos de las piernas.

Salió chapoteando, sin poder soportar más el frío, y volvió a la orilla... sólo

que esa ya no era la misma orilla desde la que había entrado al arroyo. Los árboles habían cambiado, ahora estaba rodeada de hayas y arbustos. El arroyo parecía completamente diferente, así como la disposición de las rocas y todo cuanto la rodeaba.

Se sentó en la hierba, aún sorprendida por lo que acababa de pasar.

—Ya no estoy en el mismo lugar —dijo, tan alterada que volvió a hablar sola—. Apuesto que hasta tú lo encontrarías fascinante, padre.

La noche ya se le echaba encima, así que buscó un lugar seco y resguardado

donde poder dormir y se tumbó al raso. Sobre ella, a través de un irregular semicírculo que formaban las copas de los árboles, refulgía con un tono

azulado

la Llama de Aramtael.

Dos veces más repitió las instrucciones que le había dado la líder de las *nigheanain* y dos veces más cambió el bosque a su alrededor. La tercera vez encontró un pequeño estanque, donde se sumergió, más cansada que nunca, y de

donde salió casi a oscuras. En esa ocasión la búsqueda de algo que cenar le había

llevado más tiempo del esperado y, para cuando se sumergió en las verdes aguas

del estanque, ya era casi noche cerrada.

Salió de las aguas en plena oscuridad, en lo que supuso debía ser otro lugar

diferente. Apenas se secó los pies, se tumbó dónde estaba, abrazándose a sí misma como cada noche para mantener el calor corporal. Estaba tan cansada que

cuando la luz de la mañana la desveló, le pareció que sólo hacía unos minutos

que se había dormido. Se levantó tambaleante y aterida de frío, pero lo que vio hizo que una sonrisa iluminase su rostro. Ante ella había una enorme extensión

de agua rodeada por el bosque. Fue incapaz de ver la orilla opuesta, pero divisó

la silueta de unas lejanas montañas que se veían azuladas en el cielo matutino. El

agua del lago estaba totalmente estática, a pesar de la brisa, y reflejaba al cielo y

las nubes con una desconcertante claridad.

Por primera vez Innae sintió que estaba en un lugar familiar.

—El Lago de Plata —susurró con la voz rebotante de emoción—. Es hermoso... mucho más bello de lo que decías.

Se volvió para inspeccionar esta orilla del lago. El bosque continuaba hacia el sur, pero en esta parte no llegaba hasta la misma orilla. Excepto en un punto,

hacia el este, donde había una extensa arboleda de inmensos árboles tan altos como colinas. Aquellos árboles descollaban por encima de los otros como gigantes entre niños. Tras pensarlo unos instantes, hacía allí dirigió sus pasos.

Dudaba que bajo esas moles hubiese alguna ciudad, pero aquella arboleda ciertamente llamaba la atención.

Cuando se internó entre ellos se sintió pequeña y vulnerable. Los inmensos troncos eran grandes como casas y las ramas se extendían ingravidas y amenazantes sobre ella. Aquí, como en ningún otro lugar de Athael, era más apabullante el silencio. Mientras avanzaba por un suelo cubierto de musgo y humedad, sentía que el apagado sonido de sus pasos era un insulto y un sacrilegio hacia el propio bosque.

Sin previo aviso, llegó a un lugar que la hizo detenerse y frotarse los ojos.

Los altos árboles daban paso a una serie de grandes escalones de roca pulida que

descendían en un amplio semicírculo hasta llegar a un suelo de tierra prensada.

Era un anfiteatro natural. Las raíces de los árboles sobresalían de la propia

roca o

del suelo de tierra y se desparramaban por el lugar hasta introducirse otra vez en

las entrañas del mundo. Allí, en la parte baja, había una roca que surgía de la tierra tallada como una especie de atril. Tras él se veía el cielo reflejado en el Lago de Plata, recorrido por una gran bandada de garzas blancas que se movía, a

la vez, sobre el agua y en el cielo.

La imagen era tan bella y perfecta que la dejó sin aliento.

Empezó a bajar por las gradas del anfiteatro, intuyendo que estaba muy

cerca de encontrar la Ciudad Invisible de los eliiir. Saltó por encima de las raíces

y bajó hasta el suelo. Siguió caminando con cautela hacia el atril. El colgante en

su cuello se congeló súbitamente e Innae se detuvo, a unos pasos de su objetivo.

Aquello nunca presagiaba nada bueno. Miró a su alrededor, buscando alguna

amenaza, y entonces los vio. Aquí y allá, entre las raíces, vio huesos y cráneos

humanos. Dio un respingo y retrocedió un paso, asustada.

La Estrella Plateada se convirtió en hielo en su pecho. La sacó por encima de las ropas y vio que el metal estaba azulado. No necesitó ver más para echar a

correr volviendo sobre sus pasos. Se sentía ligera, aturdida y extraña. Cuando llegó junto a las gradas algo la urgió a mirar tras de sí y entonces la vio. Una muchacha encapuchada caída sobre unas raíces, no lejos del atril de roca.

Era ella.

Innae miró su propio cuerpo, sin comprender. Se acercó a la que parecía ser su doble e intentó tocarla. Los dedos pasaron a través del cuerpo, como si no existiera. Un terror intenso y primitivo se apoderó de ella al comprender que su

cuerpo real era el que estaba caído en el anfiteatro y que ella era... ¿un fantasma?

No lo sabía.

Ahora se percató de que no necesitaba respirar y comprobó con pavor que su cuerpo desmadejado sobre las raíces tampoco lo hacía. El pecho no hacía el más

mínimo movimiento.

—No... no... por favor, no —sollozó junto a su cuerpo haciendo infructuosos ademanes de tocarlo.

La Ciudad Invisible a su alrededor permaneció tan silenciosa, oculta e impasible como una vieja tumba.

26. Por donde cae toda esperanza

En la cara noroeste del Gigante de Escarcha, el glaciar alargaba un brazo helado

que se extendía hacia el sur, hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Cuando

los tres llegaron hasta aquella zona helada se detuvieron para comer algo y recuperar fuerzas, antes de emprender aquella etapa del camino. Terion vio en el

rostro de los demás las secuelas del viaje y de todo lo que habían perdido en él.

Cuando por fin se sentaron, en unas rocas que estaban próximas al glaciar,

todos se acercaron al fuego para entrar en calor. Las raciones de viaje les sabían

a cenizas en la boca, pero ninguno protestó. Por lo menos el mal de montaña había ido remitiendo durante la jornada anterior. Arin comía del último fardo que

les quedaba de forraje, lo cual era un motivo más para apresurarse a llegar a tierras más bajas y verdes.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Vaelmir mientras miraba atrás, hacia la nevada cumbre de la montaña.

—Lo buscaremos en el glaciar —contestó Terion con voz inflexible.

—Esperáis un milagro, Terion —intervino Dyan.

En el rostro del religioso se apreciaba un feo arañazo que le cruzaba la mejilla derecha, un recordatorio de la pelea contra los vorgrorn, dos noches atrás.

—Espero... Da igual, no lo entenderíais. Como ya os he dicho, Kirius no puede estar muerto.

—Rezo porque tengáis razón, pero hemos estado un día entero buscándolo, sin resultado. No hemos avistado fuego y sin calor es muy difícil que no se haya

congelado. Además, todos vimos en qué estado estaba antes de su caída.

—Difícil no es imposible, Dyan —replicó Vaelmir. Tenía pronunciadas ojeras y su rostro expresaba como nunca el cansancio y la preocupación que lo

embargaban. Al fin y al cabo, Vael conocía a Kirius desde hacía mucho tiempo y

lo apreciaba tanto como él—. Ese chico encontrará la forma de sobrevivir.

Dyan se retorció las manos, nervioso.

—No lo entendéis —musitó el sacerdote—. La noche antes de subir al paso de la montaña... yo... vi como sangraba por los ojos. Eso junto a sus otros síntomas... Lo siento, pero estoy seguro de que Kirius estaba enfermo de la Plaga.

—¡Eso es imposible! —estalló Vaelmir—. La Plaga se desvaneció hace años.

Terion se levantó como un rayo e incorporó al sacerdote de un tirón, cogiéndolo del cuello de sus ropas de abrigo. Dyan no hizo ademán de intentar zafarse.

—¿Y no dijisteis nada? —susurró con voz helada.

Dyan apartó la mirada, mientras el labio le temblaba.

—Él me pidió que... Oh, dioses... ¡Debéis entenderlo! Yo quería contároslo, pero Kirius me lo impidió. Parecía otra persona, hasta su voz sonaba diferente.

Me dijo algo que... me aterró. Lamento no habérselo contado, debí hacerlo.

La expresión de Terion se suavizó y soltó al sacerdote.

—No os culpo, Dyan. Yo fui testigo de algo similar al poco de conocerlo, en Rynad, y debo reconocer que también me asusté, como vos. Ya os conté que sufre secuelas provocadas por la Plaga... por la primera vez que le afectó.

—¿Qué supone el joven Kirius para vosotros? —preguntó Dyan, haciendo acopio de valor. Terion suspiró, sabiendo que este momento había de llegar tarde

o temprano. Hubiese preferido que fuese más tarde—. Diréis que no es de mi incumbencia, pero es evidente que no me lo habéis contado todo, al igual que tampoco se lo habéis contado todo a él.

—Tenéis razón, no es de vuestra incumbencia —sentenció Vaelmir con sequedad—. Y yo no hablaría tan a la ligera de falta de sinceridad, ¿o pensáis que no sé que vos también guardáis secretos? Quedan muchos puntos oscuros por aclarar con respecto a lo que pasó aquel día con Veliar y vuestro oportuno viaje a Midel.

—Dyan —intervino Terion, antes de que se produjera otra estúpida riña dialéctica entre los dos—, guardaos vuestras preguntas para vos. Ahora sólo una

cosa debe importarnos: encontrarlo. Pero tened bien presente que cuidamos de Kirius y queremos protegerlo debido a la estima que le profesamos. Si queréis pensar en otros motivos, allá vos con vuestra conciencia.

—No... no he querido decir otra cosa —se disculpó Dyan, enrojeciendo—.

La verdad es que, en muy poco tiempo, yo también le he llegado a tomar mucho

aprecio. Ojalá esté bien.

Terion asintió a sus palabras, sin querer añadir nada más. Ojalá estuviese bien, sí. Quería creerlo con todas sus fuerzas, pero tenía un mal presentimiento.

Lo había tenido desde que decidió que tomarían esta ruta, cruzando por las Haldgeirr, y el tiempo le daba, como siempre, la razón. Sin embargo, sus enemigos no les habían dejado ninguna otra opción más que venir a la montaña.

No mucho después, cuando andaban con sumo cuidado por aquella zona helada, Vaelmir confirmó sus sospechas. Se acercó a él y, sin mirarlo, le dijo: —Creo que nos están siguiendo. No sé quién, pero hay más de una persona tras nuestros pasos.

Terion asintió a sus palabras, sin dar otras muestras de que las había oído.

Que hubiese más de uno descartaba la posibilidad de que fuese Kirius quien los

seguía, eso por no mencionar lo absurdo de que no se reuniese con ellos. Los Tres no se lo pondrían tan fácil.

—¿Estáis seguro? —preguntó Dyan, pero la mirada que le lanzó el norvadoreano bastó para convencerle—. ¿No creeréis que Olaric, Keilan o el saradio nos puedan haber encontrado?

—¿Quién si no iba a seguirnos a este lugar? —Vaelmir flexionó los dedos de la mano mutilada frente a su rostro—. Me estoy empezando a cansar de esos cabrones.

—Aquí estamos expuestos —advirtió Terion—. Debemos buscar algún sitio en el que el terreno nos de ventaja.

—No sé si lo recuerdas, viejo amigo, pero al suroeste de aquí una grieta recorre el glaciar hacia el oeste. Más adelante se puede descender por ella con relativa facilidad, para llegar a tierras más bajas. Allí podríamos montar una emboscada.

—La recuerdo.

No fue en aquella grieta helada en la que pensó. Terion recordaba otra mucho mayor, una cicatriz en la tierra llena de fuego, en el lejano norte. Allí fue

donde se había fraguado la tragedia en su vida y en la de Kirius, diecisiete años

atrás. Y ahora, justo cuando el muchacho se había perdido, debían ir a otra grieta. ¿Para qué? ¿Para verlo morir, tal y como vio morir a su padre en la noche

de su nacimiento? ¿O los dioses querían que lo encontrase en aquel lugar, para

compensar sus errores?

—Vayamos hasta allí —ordenó Terion con voz helada.

Hubieron de caminar unas horas más por el traicionero manto de hielo que cubría el flanco oeste de la montaña, y que continuaba hasta perderse de vista hacia el norte. Aunque en esa dirección el glaciar discurría como un liso manto

blanco, hacia el suroeste, en la dirección que ellos seguían, se volvía cada vez más irregular. Surgían crestas de hielo aquí y allá, hondonadas y pequeñas

grietas, que hacían que tuviesen que vigilar cada paso que daban. Al oeste, el glaciar estaba delimitado por dos picos rocosos, no tan altos como el *Fjäris dar*

Hullen, pero que se elevaban muy por encima del suelo helado. Terion sabía que al otro lado de aquellas montañas estaba Isgarad. Si conseguían llegar a la grieta

del sur y descender por ella, llegarían a un valle entre ambas montañas, donde nacía el río Caebliis.

—Esto no me gusta —murmuró Vaelmir, mientras cruzaban a través de un sorprendente arco helado de cincuenta pies de altura, una de las fabulosas formas

que el hielo había moldeado a lo largo de los siglos—. En este terreno nos es imposible ver si somos seguidos o no.

—Paciencia, Vael. Cuando llegemos a la grieta lo sabremos.

—Llevamos más de una semana en las condenadas montañas. ¿Cómo pretendes que tenga paciencia?

—Ahí está —intervino Dyan, con voz aliviada.

Como el sacerdote había anunciado, la grieta que cruzaba el glaciar de este a oeste se encontraba a menos de mil pies de ellos. La sima era ancha, quizá tendría unos ocho metros de un extremo a otro, y en sus bordes el hielo era de un

fantástico color azulado. Sin embargo, nada de eso impresionó a los tres

hombres. Lo que capturó su atención de inmediato fue ver como una figura

andaba cerca del lado opuesto de la grieta. Era un hombre alto, con una

capucha

de pieles puesta, que andaba a zancadas hacia el oeste, por lo que no podía verlos. El corazón de Terion dio un vuelco durante unos instantes y no pudo evitar que la esperanza lo embargase.

—¿Podría ser...? —empezó a decir.

—Esas no eran sus ropas —dijo Dyan con tristeza.

Terion comprendió que tenía razón, además, pronto vieron que aquel

desconocido llevaba una espada colgada a la espalda, a la manera de los nortehños

o la gente de Moradhair. Y, sin embargo, algo en su interior seguía diciéndole que era él.

—Vamos —apremió Terion a los demás—. Acerquémonos.

El hecho de que Vaelmir no objetase nada, ni sugiriese que tuviesen

precaución, le decía que él también esperaba que fuese Kirius. Se apresuraron a

acercarse al borde de la grieta mientras la figura seguía adelante, aún ajena a su

presencia. Pronto vieron que bajo el brazo llevaba un objeto metálico del que colgaba una cadena, pero a esta distancia era imposible saber qué era. Al llegar

junto al abismo, y mirar abajo, vieron que la grieta se estrechaba poco a poco, hasta no dejarles ver el fondo, pero era evidente que una caída sería mortal.

Cuando estuvieron casi en paralelo con la figura del otro lado, sin poder

resistirse por más tiempo, Terion se llevó las manos a los laterales de la boca y

gritó con todas sus fuerzas:

—¡Kirus!

La figura se detuvo y se volvió hacia ellos. Si alguna vez había dejado de creer en los dioses, Terion volvió a tener fe en ellos cuando vio que era el rostro

de Kirus el que aparecía, tras retirarse aquella figura la capucha. El muchacho se

detuvo observándolos casi inmóvil durante unos instantes, pero luego empezó a

agitar los brazos frenéticamente. Cuando escuchó el ruido de pasos presurosos a

su espalda, entendió el porqué de la reacción de Kirus.

—¡Por la sangre maldita de Alvir! —juró Vaelmir, volviéndose—. Hemos sido muy descuidados.

Terion desenvainó a Eldear antes de volverse y ver qué nuevo peligro les aguardaba a su espalda.

†† †† †† †† ††

—Es Myrkhonos... o lo que queda de él —le comentó Keilan a Caidhenn, levantando la antorcha para ver mejor el inmenso esqueleto de la bestia.

—Uno de los guardianes del Alma del Mundo, en efecto. No me gusta este sitio, capitán —le confesó el aguerrido guardián a su superior—. Los espíritus son poderosos aquí y no somos bienvenidos.

—Nos iremos una vez nos aseguremos de que el muchacho no está aquí.

Pronto comprobaron que, efectivamente, el chico ya no estaba allí. Lo cierto era que al entrar había notado que ya se había marchado, pero el rastro era muy

intenso en esa caverna. Lo suficiente para que Keilan hubiese querido perder un

tiempo precioso para registrarla a conciencia. Allí no había nada que respirase,

tan sólo un montón de viejos huesos de los locos que habían muerto intentando

acabar con el dragón, más de medio siglo atrás. Tampoco vio nada que le indicase por qué el rastro era más intenso en ese lugar. Al cabo de un rato, hizo

una seña a su compañero para comunicarle que ya habían acabado aquí.

—Estas armas y armaduras valen una pequeña fortuna —comentó Caidhenn mientras pasaban entre los muertos—. En otras circunstancias...

—No son nuestras circunstancias —le recordó Keilan—. Si no los encontramos pronto, no habrá oro que valga para salvar nuestros cuellos.

—No me importa el oro. Me refería a que, afortunadamente, no las han visto los hombres de Norvador. Ellos son débiles e impuros, y son tentados con facilidad por la codicia. No dudo de que el chico será encontrado —susurró el moradheano con los ojos brillando a la luz de las antorchas—, la propia Noche

me lo comunicó en mis sueños. Me dijo que la Mácula está pudriendo las

entrañas del chico, y está a punto de resurgir una vez más.

—Yo también lo soñé —le recordó Keilan—, pero está resultando más difícil acabar con él de lo que preveíamos.

Caidhenn era un excelente guardián de la luz y mucho mejor asesino. Su

frialdad y el fanatismo del que hacía gala, en muchas ocasiones, lo turbaban hasta a él. Claro que Keilan era un miembro reciente del Culto de la Noche y no

estaba loco, como su lugarteniente. Los otros pocos miembros que conocía se parecían a él, por desgracia. No obstante, en aquella logia no debía servir a otros,

ni lo trataban como a un criado. Tan sólo debía acatar las órdenes de la Noche

Inmemorial, el extraño ser que se comunicaba con ellos a través de sus sueños.

Mientras se ajustaba el broche de la capa, pensó que aún era mucho lo que

desconocía del culto. Él siempre había sido cauto, eso lo había mantenido con vida en el pasado, pero la primera vez que los ojos ciegos del Cuervo del Ocaso

se posaron en él y escuchó su voz en sueños, sus convicciones se vinieron abajo.

Entonces Keilan comprendió que estaba ante un poder real y terrible, no como los cuentos de los clérigos sobre los Tres o los rescoldos de magia que quedaban

en la isla de Varean. No dudó en aceptar unirse a aquella logia secreta y poco después Caidhenn se puso en contacto con él.

Tras ver al cuervo ciego en el desfiladero, supo que había hecho lo correcto.

Incluso el nigromante saradio se postraba ante aquel ser majestuoso.

«Gioreh —pensó Keilan, sobrecogido y, a la vez, pletórico—. Y yo soy su elegido».

—¿Al oeste, capitán? —preguntó Caidhenn cuando salieron a la luz del sol.

—Sí, ya estamos acercándonos.

Él era el único que podía rastrear al chico, debido a su afinidad con la magia.

Por ello la Noche Inmemorial había hecho que se encontrase con el nigromante

saradio, para que trabajasen juntos y pudiese aprender de él a rastrear la impronta que dejaban las energías oscuras de la nigromancia. Sentía el poder encerrado en el chico cada vez más cerca, si bien de forma vaga e imprecisa. No

cómo días atrás, en los que aquella energía había brillado como un faro en la lejanía. Un faro no de luz, sino de dolor y de locura. Desde luego no envidiaba al

muchacho, en ese sentido.

—El resto de los hombres sigue el rastro más arriba. Tendremos que darnos prisa para encontrarnos con ellos en el lugar convenido —prosiguió Caidhenn.

—Tienes razón. No podemos perderlos otra vez. Si entran en Isgarad, será mucho más difícil acercarnos a ellos.

Aunque el Culto tenía otros planes, si eso pasaba, Keilan no pensaba fallar.

Esa gente era muchísimo menos tolerante con los fracasos que los ya de por sí

estrictos riadeim. Ya se había equivocado en Jangvard, donde los había tenido a

su merced. Pensó que era la oportunidad de usar uno de los regalos de Targun,

una pócima de los alquimistas de Nazhar, que le hizo parecerse como dos gotas

de agua al idiota de Olaric, siempre que se concentrara en mantener el engaño.

Eso le dio ventaja para estudiar al grupo y aprender más cosas del chico. Antes

de asesinarlo debía asegurarse de que el poder en su interior había despertado, esas eran las órdenes. Además, tenía un trato con Targun para intentar sonsacarle

información al muchacho. El saradio tenía su propia agenda que mantenía oculta

y eso a Keilan no le gustaba lo más mínimo. Ir a ciegas era una receta segura para el desastre. Por desgracia, no pudo sacar nada en claro, excepto que el chico

parecía sincero cuando decía que no sabía nada. Además, a la hora de matarlo,

las cosas se habían torcido. Keilan se tocó el mentón, que aún le dolía a pesar del

tiempo transcurrido. Quizá Minedea tenía razón: era demasiado curioso para su propio bien.

Después se había internado en las montañas con veintidós hombres,

siguiendo el rastro del muchacho. Ahora sólo quedaban nueve, incluyéndolos a

ellos dos. La montaña y los vorgrorn se habían encargado de reducir su número.

Eso por no recordar a la bruja norteña, hija de mil demonios, que había hecho enloquecer a sus hombres para que se arrojaran ladera abajo, hasta que, ayudado

por Caidhenn, la había decapitado. El rastro de la Mácula lo había llevado hasta

ella, sólo para que esa abominación acabara con ocho de sus hombres.

Sin embargo, aquí estaban, al fin cerca de la presa. Mientras subían la

pendiente en dirección noroeste, Keilan se deleitaba pensando en que por fin podría llenar ese horrendo vacío que sintió desde que fue rechazado como

riadeim, doce años atrás. Por fin podría sentirse completo haciendo cambiar la realidad a su alrededor, perfeccionando lo que necesitaba mejorarse y

enderezando lo que estaba torcido. En eso consistía ser un mago... o un

nigromante. Le daba igual el medio y el precio a pagar. Gioreh se lo había prometido y hasta el momento había cumplido mucho más que los engañosos

riadeim.

—¿Nos enviarán al frente contra Moradhair? —preguntó Caidhenn, con sus

ojos brillando peligrosamente otra vez—. La guerra es la máxima expresión de

la debilidad humana y hay tantas oportunidades en ella... Sería una lástima desaprovecharlas.

Keilan supuso a qué oportunidades se refería su lugarteniente.

—En cuanto cumplamos la misión tengo órdenes de abandonar Balaeron.

¿Después de acabar con ellos? Se nos echará toda Isgarad encima y en la Torre

del Sol sabrán de nuestra traición, si no lo saben ya. No cuentes conmigo para jugar a los soldados. Durante la invasión habrá mil veces más oportunidades para... que expreses tu creatividad, Caidhenn.

—Desde luego, la sagrada invasión a Balaeron —dijo el soldado con una sonrisa que helaba la sangre—. Allí me mostraré digno de la Noche Inmemorial, cumpliendo su voluntad.

—Estoy seguro de ello, pero ahora tenemos trabajo que hacer.

A primera hora de la tarde llegaron al borde del glaciar, al lugar donde habían convenido con sus hombres. Por suerte, ya estaban allí esperándolos. Lo

informaron de que los tres que buscaban, sin el chico, se acababan de adentrar en

el glaciar. Keilan maldijo para sus adentros, preguntándose donde estaría el condenado muchacho. Desde que sintió que la Mácula de Kirius lo llamaba desde la cueva, mientras el rastro del grupo seguía por el paso elevado, supo que

debían de haberse separado. Sabía que andaba cerca, pero ahora apenas era capaz de sentirlo y no sabía por qué.

—Los seguiremos —ordenó, elevando la voz—, sin dejar que nos vean. En cuanto comprobemos que están los cuatro, atacaremos. Recordad, se os pagará lo convenido cuando mueran todos.

Los hombres maldijeron, sin molestarse en fingir entusiasmo. Los últimos días en las montañas habían hecho que su malestar creciese, pero Keilan no temía que intentasen abandonarlos o sublevarse. Le constaba que sus señores de

Norvador eran gente dura y poco dados a la clemencia. Además, esos hombres

eran conscientes de sus habilidades y de la locura de Caidhenn. Sabían que les

convenía obedecer. Keilan lideró la marcha, buscando la mejor ruta para cruzar

el hielo. No le resultaba complicado ocultar al grupo manipulando los flujos del

hielo, siempre que todos avanzasen en línea recta tras él. Aunque los riadeim no

lo hubiesen aceptado, él conservaba su modesto poder, aunque eso pronto cambiaría.

Un tiempo después llegaron a una zona donde el hielo formaba crestas y un terreno desigual. Keilan olvidó la prudencia y ordenó apresurarse a todo el grupo. Pesaba más en él la posibilidad de volver a perder a las presas que el hecho de que estas pudiesen advertir su presencia. Además, volvía a sentir el poder encerrado en el muchacho como lo había sentido en Jangvard; sin duda estaba ya muy cerca. Uno de los hombres resbaló y cayó con un grito ahogado.

Tenía una fea fractura abierta en la pierna. Le hizo un gesto a Caidhenn, que se

quedó atrás mientras los demás seguían. El frío moradheano se ocuparía de que

el herido no los retrasara, pero lejos de la mirada de sus compañeros de armas.

Cuando pasaron bajo un majestuoso arco natural hecho de hielo, llegaron a una

explanada en el glaciar que precedía a la gran grieta que lo cruzaba hacia el oeste.

Los tres que buscaban estaban allí. Se dirigían hacia el oeste cerca del borde

de la grieta, de espaldas a ellos. Al otro lado de la sima había una figura que caminaba solitaria, y ajena a todo esto. Era Kirius, supo de inmediato. La Mácula lo acompañaba, como un vórtice de oscuridad que giraba en contra de las leyes de la propia naturaleza, desafiándolas. Por tercera vez la contemplaba,

maravillado ante aquella manifestación de poder.

—Son ellos —dijo Keilan a sus hombres—. No os fieis del sacerdote, también es un buen luchador.

Mientras hablaba, sacó un pequeño frasco de cerámica del interior de sus prendas. Quitó el tapón con mucho cuidado y vertió el contenido en el filo de su

sable. Cayeron tres gotas de un líquido incoloro, que extendió con sumo cuidado

con el paño que solía usar para limpiar su arma, por el filo. Sus hombres le

miraron con curiosidad, mientras esperaban que diese la orden. Keilan tiró el frasco, otro de los regalos llegados de Tarkesia que le había dado Targun y sin duda el más mortífero. No era momento de dejar cabos sueltos, sería ahora o nunca.

—Ataquemos —ordenó sin alzar la voz, mientras veía como Caidhenn

volvía con el grupo, enfundando un largo cuchillo.

Se lanzaron a la carrera en pos de los tres hombres, que aún eran ajenos a su presencia. En ese momento, el príncipe de Isgarad gritaba el nombre de Kirius.

El chico se dio la vuelta, sólo para ver cómo estaban a punto de caer sobre sus

amigos. Empezó a hacer señas frenéticamente, para intentar advertirles. Keilan abrió su cuerpo a las energías del Eldantir, dejando que estas lo inundasen y lo

fortaleciesen. Mientras sus hombres se lanzaban, espada en mano, contra el príncipe de Isgarad y sus dos compañeros, él siguió corriendo hacia el borde de

la gran grieta. Por fortuna vio el movimiento de Vaelmir, con tiempo para desviar la daga que este le lanzó con la hoja de su sable. El movimiento casi lo

desestabilizó cuando llegó al borde de la grieta y saltó con todo el ímpetu que fue capaz.

La enorme grieta pasó bajo sus piernas extendidas y, durante unos instantes, temió no ser capaz de llegar al otro extremo. Finalmente, cayó al otro lado y rodó para absorber el fuerte impacto. Se levantó no muy lejos de Kirius que lo

miraba con asombro y temor. Al lado del muchacho la oscuridad giraba y rotaba

sobre sí misma, como una enloquecida nube hecha de sombras.

—Se acabó tu huida, Kirius —declaró Keilan con una fría sonrisa—. Esta

vez nadie vendrá en tu ayuda.

†† †† †† †† ††

Kirius miró al pelirrojo, sin poder creer que hubiese podido saltar esa inmensa distancia. De pronto recordó cómo Keilan había suplantado la identidad

de Olaric con medios sobrenaturales. Si pudo hacer eso, ¿por qué no iba a poder

saltar una distancia sobrehumana? La lógica le llevó a plantearse la siguiente pregunta, ¿qué posibilidades tenía de salir vivo de un combate singular contra este hombre?

Keilan lo atravesaba con la mirada, exhibiendo una curiosa expresión de fascinación, mientras se acercaba lentamente con su arma inclinada hacia el suelo. Kirius inspiró, intentando contener el miedo, dejó caer a Feinyss al suelo y

desenvainó la espada que había encontrado en la caverna de Myrkhonos. Los gritos y el estruendo de la batalla llegaban con claridad desde el otro lado de la

grieta. Allí, Terion luchaba de igual a igual con un alto guerrero de Moradhair, a

juzgar por su aspecto y tatuajes. El moradheano lo atacaba con un espadón, que

manejaba con soltura y maestría. Un poco más allá, Vaelmir era asediado por cuatro hombres. En ese momento, propinaba una patada en la entrepierna a uno

que hizo que se encogiese de dolor. Vael saltó ágilmente por su espalda, y

lanzó

un tajo con su alfanje a otro de los atacantes, seccionándole una arteria del muslo, que hizo que la sangre brotase a borbotones.

—¡Dyan, o nos ayudáis ahora o moriremos todos! —gritó el norvadoreano, mientras se agachaba para esquivar el arco mortal de un hacha.

El sacerdote mantenía a raya a sus enemigos, retrocediendo mientras les

mostraba su larga vara, pero no hacía ademán de luchar. Kirius sabía que el sacerdote odiaba la violencia, pero era evidente que si no actuaba lo más

probable es que Vaelmir estuviese en lo cierto. El chico volvió la mirada para mirar a Keilan, que ya estaba a unos pasos de distancia. Ambos levantaron sus

armas. El pelirrojo lo miró unos instantes, pero luego su mirada se desplazó a su

derecha. Cuando Kirius miró hacia allí, vio al Ausente, que había aparecido sin

que él lo notara. Su fantasmal acompañante le devolvió la mirada en silencio.

—Ah, la Mácula vuelve a resplandecer —dijo Keilan con voz casi

reverencial—. Me pregunto si sabes el poder que tienes al alcance de la mano.

Kirius lo miró sin saber qué decir. Lo que decía aquel hombre ya no tenía ningún sentido. Is´merid estaba muerta.

—¿Qué es esa Mácula de la que hablaba Targun y tú vuelves a mencionar?

—Es tan sólo uno de los muchos nombres que posee. Un poder que te supera y que, por algún motivo que no acierto a comprender, tienes encerrado en tu

interior. Es la esencia de la sangre y la decadencia. Ah, pero cuando tu caigas todo ese poder volverá a donde pertenece, para darnos el triunfo.

—Te equivocas. Is´merid ya no está, ha muerto. Ya no os sirvo de nada.

Keilan volvió a mirar hacia el Ausente y sonrió, divertido.

—Parece que conoces su verdadero nombre. A mí no puedes engañarme,

puedo verla a tu lado. No sé cómo has hecho hasta ahora para resistir su influencia, y más cuando Targun y el propio Gioreh te han tocado, para propiciar

que ella resurja. Tu sangre es más fuerte de lo que decían, pero de poco te va a

servir. Lo quieras o no, ella va a volver a este mundo, pero esta vez usará tu carne como su hogar.

Kirius miró al Ausente, desconcertado. Era evidente que Keilan lo percibía y creía que era la mujer sin rostro. Por un momento, una posibilidad terrorífica se

abrió paso en su mente.

—No te equivocaste al confiar en mí, Kirius —dijo el Ausente adivinando sus temores—. De alguna manera los que poseen afinidad con la nigromancia pueden sentirme, si bien no como tú. Creo que me convertí en lo que soy a causa

del choque de dos poderes opuestos. Uno de ellos era la energía oscura que alimenta a los nigromantes y ahora forma parte de mí. Ellos me confunden con Is´merid.

Kirius lo escuchó con el rostro desencajado, intentando comprender las

implicaciones de lo que decía. Si los nigromantes podían sentir al Ausente, y este siempre estaba a su lado, eso explicaba por qué el saradio o su secuaz siempre acababan por encontrarlo.

Luego se volvió hacia Keilan, intentando no mostrarle sus emociones. Era inútil intentar convencerlo de que Is´merid ya no existía. Había venido a acabar

con su vida y no se detendría ante nada.

—No creo nada de lo que dices —le espetó Kirius—. Viniste a por mí en el Palacio del Amanecer, junto a Minedea. Trabajas para los magos y, a la misma

vez, eres el secuaz de un nigromante saradio. ¿Qué dice eso de ti?

—Un hombre es igual de fuerte que los aliados con los que cuenta, y yo no me cierro a ninguna alianza. Si esa vieja arpía no se hubiera entrometido, ya estarías más que muerto. Pero, créeme, no tengo ninguna intención de mentirle a

alguien que está a punto de morir. ¿De qué me serviría? El poder que atesoras es

una manifestación divina y muy real. Is´merid es la hermana y consorte de mi señor Gioreh, y él la quiere a su lado ante lo que se avecina.

Kirius miró al Ausente, sin saber qué pensar de las palabras de Keilan. Sabía quién era Gioreh, el cuervo ciego que se había manifestado en Ishmer. El

Ausente le había advertido de su llegada e Is´merid lo había intentado sujetar para que el cuervo lo encontrase. ¿Pero qué demonios eran aquellos seres siniestros?

—Yo no he pedido cargar con este poder —dijo intentando ganar tiempo.

—Ni yo he pedido estar en las malditas Haldgeirr, con la mayor parte de mis hombres muertos —dijo tras echar un vistazo al otro lado de la grieta, donde la

encarnizada lucha proseguía. Luego volvió a sonreír mientras le apuntaba con su

sable—. Sin embargo, aquí estamos, cada uno cumpliendo su papel. Como te dije en el Tairngir, no es nada personal, pero tu muerte es necesaria para complacer a mi señor.

—Ten cuidado, Kirius. Este hombre es muy peligroso —le advirtió entonces el Ausente, de forma totalmente innecesaria.

—No eres más que un traidor, como Malken —le espetó Kirius.

Keilan rio ante sus palabras, con una larga carcajada. Cuando su risa se apagó, lo miró apretando los labios, y empezó a soltarse la pesada capa de viaje

que cayó tras él en el suelo helado. Kirius comprobó con desolación que el broche de la capa era un cuervo desplegando las alas. Recordó haberse fijado en

la joya en Almeron, cuando Keilan lo había abordado, pero sólo ahora cobraba

su verdadero y siniestro sentido.

—Lo soy —admitió de buen humor—, y tú un necio. Un necio a punto de morir.

Keilan se acercó, levantando su sable, y Kirius aprestó su espada para defenderse, nervioso por lo que acababa de ver. Tenía la sensación de que ese era

el cuervo contra el que lo había prevenido la reina. El pelirrojo no atacó de inmediato, sino que se movió a su alrededor, fingiendo ataques con su sable, para

probar las reacciones del muchacho. Kirius había aprendido con Terion que así

se tanteaba a un oponente, para comprobar su destreza y sus puntos débiles.

Tenía muy pocas posibilidades de vencer a un oponente como aquel, pero no

sabía qué hacer para equilibrar el combate. La frialdad que había sentido otras veces al entrar en combate no hacía acto de presencia. El Ausente miraba la lucha sin hacer ademán de ayudarlo. De todas formas, ¿cómo iba a poder

ayudarlo la sombra de alguien muerto largo tiempo atrás? No muy lejos, escuchó

el alarido de un hombre, algún herido en el combate que se desarrollaba al otro

lado de la sima.

Fue entonces cuando Keilan se decidió a atacar. Lanzó un tajo al lado

izquierdo de su cuello, en un golpe que sin duda lo decapitaría. Kirius lo bloqueó

con su espada, pero dejó desprotegido el pecho, donde Keilan le propinó una patada que lo lanzó hacia atrás. Cayó de espaldas, cerca del borde de la grieta, y

hubo de rodar para abalanzarse sobre su espada, que a punto estuvo de caer

por

el borde. Se levantó en el acto, esperando ver al pelirrojo caer sobre él para aprovechar su momento de debilidad, pero no lo vio en ningún sitio. Una intuición hizo que se abalanzase hacia delante, pero no lo suficientemente rápido. Un dolor intenso le recorrió la espalda, cerca del hombro izquierdo, allá

donde el sable de Keilan lo había herido. Kirius se levantó con una mueca de dolor, pero, por suerte, parecía ser un corte poco profundo.

Keilan esbozó una sonrisa triunfal, mirando la estrecha línea de sangre que bañaba parte del filo de su arma. Luego apoyó la hoja en el suelo helado, sin hacer ademán de atacar. Kirius lo miró con rabia, consciente de que su única oportunidad de vencerlo era herirlo mientras mantuviera la plenitud de sus fuerzas.

—Aún no estoy muerto —le gritó, lanzándose al ataque.

Los golpes de Kirius fueron parados o esquivados uno a uno. Keilan se limitaba a mover su sable a una velocidad endiablada, y a agacharse o rodar bajo

su espada, cuando le lanzaba golpes altos. En una de sus esquivas, Kirius consiguió lanzarle un golpe con su puño izquierdo que impactó en la cara de su

adversario. Keilan dio un paso atrás con el labio inferior sangrando y escupió la

sangre, irritado.

—No esperaba menos de quien logró herir a Targun —dijo con respeto—.

Ven y muéstrame de lo que eres capaz, Kiriús.

Kiriús se lanzó de nuevo al ataque. Sus golpes no encontraban la forma de traspasar la guardia de su enemigo, y pronto notó como sus brazos se cansaban.

La espada de la cueva de Myrkhonos, que tan ligera le había parecido en un principio, le empezaba a pesar. Notaba su corazón latiendo más y más despacio,

a pesar de que atacaba con toda la intensidad de la que era capaz. Sus golpes comenzaban a ser lentos y predecibles, y sus piernas menos ágiles.

—Vamos, ¿qué te pasa muchacho? ¿Ya estás cansado?

Kiriús intentó contestarle, pero tenía la lengua adormecida. Pronto el rostro de Keilan empezó a emborronarse, al igual que el resto del glaciar y el cielo sobre su cabeza. Todo parecía difuminarse, como si una oscura nube pasase ante

él. Se detuvo con la punta de la espada clavada en el hielo, para apoyarse en ella,

y comenzó a frotarse los ojos, pero su visión cada vez se hacía más borrosa. La

parecía oír como la sangre le subía a la cabeza con cada una de sus, cada vez más exiguas, pulsaciones.

—¿Qué...? —consiguió balbucir.

—¿Qué te he hecho? —completó Keilan por él—. No es magia y ni tan siquiera nigromancia, Kiriús. Sólo es veneno. Eso sí, se trata de uno muy especial.

La visión de Kiriús desaparecía en una bruma oscura. Era como si la oscuridad anegase sus ojos. Su mente y su cuerpo estaban embotados, envueltos

en una niebla como la que veían sus ojos. Escuchó los pasos de su enemigo acercarse hasta él, pero, al intentar levantar la espada, lo único que consiguió fue

caer de rodillas y perder su arma. Sintió como se le inflamaban las venas de todo

el cuerpo. Los último que fue capaz de distinguir fueron las venas de sus manos,

hinchándose y oscureciéndose en cuestión de segundos.

Sintió unas manos que lo levantaron, tomándolo del brazo y la nuca. El

hombre lo forzó a dar unos pasos, sosteniéndolo con fuerza. Lo sentía detrás de

él, respirando cerca de su oído y oliendo a sudor y a almizcle.

—¡Keilan! —gritó Terion. A pesar de no poder verlo, o quizá precisamente por ello, sintió el temor que impregnaba sus palabras—. No le hagas daño. Si me

quieres a mí, deja al chico y me someteré.

—¿Y para que quiero yo al príncipe de Isgarad? —respondió Keilan detrás de Kiriús—. No he venido a por ti, Therius, aunque contaba con que Caidhenn

acabaría con vosotros.

—¿Tu amigo de Moradhair? —intervino Vaelmir—. Me temo que está

muerto. De hecho, se meó encima al recibir el golpe mortal. ¿No quieres venir a

acabar su trabajo? ¿O prefieres quedarte a ese lado amenazando a un chico, como el puto cobarde que eres?

—Ah, eres muy considerado, Vaelmir, pero me temo que debo rechazar esa proposición. En cuanto al chico, no le estoy amenazando. En realidad, ya está muerto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Terion con verdadero miedo en la voz.

—El chico está envenenado. ¿Habéis oído hablar del veneno de ashal

dorado? ¿No? Es el veneno más raro, letal y doloroso conocido. Por eso lo usan

los mejores entre los *dayihsin*, en Azoria. Al principio te deja sin fuerzas y te arrebatata la vista. Luego empieza el dolor y hace que parezca que pierdes el conocimiento. Pero eso sólo es una ilusión, te mantiene en un estado

semiinconsciente durante largas horas de terrible dolor y sufrimiento, hasta que

llega la ansiada muerte. Y no hay remedio, magia o antídoto alguno en este mundo que pueda salvar a quien lo padece.

—Keilan, te juro que, si es verdad y le pasa algo a Kirius, te mataré. No voy a descansar hasta mandarte al infierno, no importa lo mucho que corras o lo bien

que te escondas —dijo Terion con voz helada—. ¡¿Me oyes?!

—Te oigo, pero si no recuerdo mal dijistes lo mismo de Malkius y tengo

entendido que sigue vivo, en el sur —replicó Keilan—. Os diré otra cosa: no me

gusta que me amenacen. Así que he decidido ser magnánimo con el chico, dado

que queréis evitar su sufrimiento. Pensaba dejarlo a este lado del glaciar, hasta que muriese, pero vuestras palabras me han hecho reflexionar. Lo lanzaré a la grieta ante vuestros ojos, para que veáis que no me gusta infligir dolor sin motivo alguno.

Kirius sintió como Keilan volvía a empujarlo, llevándolo casi a rastras hacia adelante. Comprendía que estaba a punto de morir, pero esa era una

preocupación lejana en comparación al sufrimiento que comenzaba a padecer. La

herida de la espalda emitía oleadas de un terrible dolor que iba en aumento, y que parecía alojarse en su cabeza y extremidades. Se sentía derrotado y más débil que nunca en su vida, infinitamente peor que cuando se encontraba perdido

y solo en las entrañas del *Fjärís dar Hullen*.

—¡Keilan, no lo hagas, maldito hijo de puta! —bramó Vaelmir desde el otro lado—. Si no le temes a Terion, deberías temerme a mí, porque yo sí que te encontraré, aunque sea lo último que haga. No te mataré, pero créeme, desearás

que lo haga. Te convertiré en un despojo que no pueda ni pronunciar su propio

nombre.

—Conozco la reputación de la Serpiente de Norvador —aseguró Keilan—,

pero dudo mucho que puedas encontrarme allá donde iré. Y si lo consigues, te estaré esperando. Por cierto, ¿qué tal está esa mano? Deberíais decirle a Terion

que no se moleste en correr. Hay un buen trecho de camino por este helado yermo, hasta llegar al punto en que la grieta puede ser cruzada. Para cuando llegue, el chico estará muerto y yo muy lejos.

Vaelmir no volvió a contestar. Del otro lado sólo llegaba un leve murmullo, que Kiriús identificó al cabo de unos momentos, como una plegaria en voz alta

de Dyan. Se alegró de escuchar la voz del sacerdote, había temido que no hubiese sobrevivido al combate. Sabía que la plegaria iba destinada a su alma, para que encontrase al sherim que había de llevarla hasta Aelys. Se preguntó cómo sería, si vería a sus padres, a sus antepasados y las partes más felices de su

vida, tal y como afirmaban los sacerdotes. Lo cierto era que ahora mismo se conformaba con una cosa: que en la otra vida no existiese el dolor. Este se hacía

cada vez más agudo e insoportable, hasta el punto en que abrió la boca en un ronco grito de agonía.

—¿Duele? —le susurró Keilan al oído izquierdo—. He escuchado historias terribles acerca de los efectos del veneno de ashal dorado. Gioreh ordenó que murieras sumido en el sufrimiento, ya que eso complacería a Is´merid y propiciaría su renacimiento. Creo que llevas sufriendo desde mucho antes que nos encontráramos, así que será suficiente. Te haré un favor acabando con tu agonía.

Keilan detuvo su marcha y Kiriús sintió, incluso sin poder verlo, el vacío delante de él. Lágrimas de impotencia acudieron a sus ojos y rodaron por sus mejillas. El mero hecho de derramarlas parecía causarle un dolor insoportable, al

igual que la presión de las manos del hombre que lo empujaba hasta la

muerte y

el mero roce de sus ropas en la piel. Incluso el aire que entraba en sus pulmones

le quemaba.

—Kirus, recuerda como lo he hecho yo —lo conminó la voz del Ausente, susurrando en su otro oído—. Recuerda los Dones y lo que es tener una espada

en tu mano.

Kirus miró hacia su derecha y, entre la bruma de dolor, lo vio. El Ausente estaba a su lado, resaltando sobre la oscuridad que velaba sus ojos abiertos.

Intentó contestarle que no podía, que era inútil y que, como había dicho Keilan,

el veneno lo mataría irremediablemente, pero su garganta era incapaz de articular otro sonido que no fuera un grito.

—No estás derrotado. Aún estás vivo y eso es todo lo que importa para seguir luchando. Él siempre luchó, incluso cuando sabía que no había esperanza.

Tienes su misma fortaleza —afirmó con una sonrisa triste. Su voz se metía en la

cabeza de Kirus y resonaba en ella como un eco—. ¡Vamos, Kirus!

¡Recuérdalo!

—¡Ah! —exclamó Keilan detrás de él—. La Mácula es más poderosa ahora.

Sin duda se prepara para la comunión cuando tu vida se extinga.

Kirius sintió como una gran frialdad se apoderaba de él, como ya le había sucedido en otras ocasiones. La fría determinación nació en su pecho y se extendió como el hielo, apagando sus preocupaciones, sus miedos y su dolor.

Cuando notó como Keilan hacía ademán de empujarlo otra vez, proyectó su codo hacia atrás hasta que chocó con algo que esperaba fuese su rostro, con un

desagradable crujido. El pelirrojo lo soltó, gritando con rabia, sorpresa y dolor,

momento que Kirius aprovechó para apartarse del borde de la grieta con pasos vacilantes. Seguía sumido en la oscuridad que lo cegaba, pero al menos la

frialdad parecía haber mitigado parte de su dolor y debilidad.

Oyó los vítores al otro lado de la grieta, pero se concentró en intentar

escuchar a su enemigo, apartando todo lo demás de su mente. Escuchó el sonido

del sable del eltario, al salir de su funda.

—Me equivoqué contigo —dijo Keilan, antes de escupir sangre—. Targun mencionó que eras fuerte, lo suficiente como para resistirte a ella durante años.

Pero ni siquiera eso te va a salvar del veneno. Tus ojos siguen sin ver, ¿verdad?

Kirius movió los brazos ante él, sabiendo que en cualquier momento podía recibir el golpe que acabaría con su vida. El Ausente ya no estaba a su lado.

Se

dijo que su vida no podía acabar de aquella forma, ciego y sin una espada para

poder defenderse. Si tenía que morir, que fuese con un arma en la mano.

—¡Ayúdame!

No supo cómo, pero consiguió gritar y lo más sorprendente fue que su voz surgió imperiosa y sin el menor atisbo de duda o debilidad. El Ausente apareció

de pronto, con el rostro expresando un mudo respeto. Le tendía su espada, sosteniéndola ante él con ambas manos. Kirius la tomó de la empuñadura, con esfuerzo, puesto que la debilidad parecía volver a él por momentos. Una vez la

cogió, desapareció, como si el estar en contacto con el Ausente fuese lo único que le había permitido verla. No obstante, sentía la reconfortante solidez de la empuñadura entre sus manos.

—¿Cómo demonios...? —decía Keilan, sorprendido, en algún lugar frente a él—. ¿Ella te obedece? Es imposible.

Keilan dejó de hablar. Kirius agudizó el oído, levantando la espada con un gran esfuerzo y blandiéndola ante sí a ciegas. El dolor volvía a él, extendiéndose

otra vez desde la herida hasta las extremidades. La espada volvía a pesar cinco

veces más, y no podía escuchar nada que le indicase donde estaba su enemigo.

Le llegaban los gritos del otro lado de la grieta, de Vaelmir y Dyan, pero apenas

entendía lo que decían. Se giró y blandió la espada a su espalda, pero era imposible que acertara a herir a Keilan de esa manera. El pelirrojo era rápido y

silencioso, un asesino nato, y Kirius sabía que cuando se decidiera a atacarle, no

podría detenerlo. Recordó como Keilan había logrado herirlo en el hombro, situándose a su espalda. Estaba seguro de que volvería a atacarlo por detrás, pero

¿cómo saber cuándo si no hacía ningún ruido?

El Ausente apareció repentinamente entre la bruma negra, mirando tras él.

—¡Cuidado! —advirtió, y fue todo lo que necesitó Kirius para saber que Keilan estaba a punto de atacar.

Levantó la espada con la empuñadura hacia arriba, gritando por el tremendo esfuerzo que tuvo que emplear para conseguirlo. Sin girarse, la empuñó con ambas manos en un movimiento hacia atrás, por debajo de su hombro derecho.

Notó como se hundía en la carne con un ruido blando y desagradable. Keilan emitió unos gorjeos ininteligibles, como si se estuviera ahogando en su propia sangre. Kirius oyó caer el sable de su enemigo al suelo, y pronto su dueño lo imitó, arrancando la espada de las débiles manos del chico.

El Ausente se movió hacia él, muy despacio. Sus tristes ojos azules

destacaban entre las sombras que lo velaban como la Llama contra el oscuro firmamento. Se colocó delante de él y alargó una mano para tocarlo. Cuando

lo

hizo, Kirus sintió como el vello se le erizó mientras un escalofrío lo recorría.

Los restos de la frialdad que había sentido terminaron por desaparecer del todo,

y el dolor volvió a ser insoportable. Las rodillas le fallaron y empezó a tambalearse, temblando como una hoja.

—Lo has hecho muy bien, pero la batalla que tienes por delante no puedes

ganarla. —Oyó que decía el Ausente, mientras sus piernas dejaban de sostenerlo

y caía hacia atrás—. Ven conmigo, te llevaré lejos de este lugar de sufrimiento y

dolor.

El golpe contra el suelo helado envió una oleada intolerable de dolor por

todo su cuerpo y su mente estalló en un fogonazo blanco de agonía. Lo último

que fue capaz de pensar fue que esperaba que el Ausente se refiriese a la muerte.

Lo prefería a ese espantoso tormento.

27. Otra clase de dolor

La casa era de madera y argamasa, coronada por un tejado a dos aguas repleto de

tejas oscuras de barro cocido. Estaba cerca de un río cuyas aguas eran de tonalidades verdes. No muy lejos se veían otros tejados similares, si bien el silencio, sólo perturbado por los cantos de las bulliciosas aves de la zona y el rumor del agua, daba a entender que se trataba de una aldea pequeña y

apartada.

El cielo estaba radiante, en uno de esos días tan apacibles y perezosos, que sólo

podían ocurrir en lo profundo del verano. Ante la casa, cerca de donde él estaba,

jugaba un niño pequeño apilando piedrecitas redondas y lisas, procedentes de la

ribera del río. El niño, de pelo castaño claro y ojos verdes, no debía tener más de

tres años.

Un movimiento le llamó la atención. Había un hombre, cercano a la vejez,

sentado en un banco de madera junto a la casa. Sostenía un grueso libro abierto

sobre las rodillas y lo leía ayudándose de unas lentes de concha que reposaban

sobre su nariz. Al verlas, empezó a recordar. Rememoró el enmarañado pelo que

ya blanqueaba casi por completo, la afilada nariz y el delgado rostro, que reflejaba una profunda concentración mientras leía. Ese hombre era Gaelon, o al

menos el Gaelon de muchos años atrás.

Olvídalo. No lo conoces. No es nadie. Observa.

El súbito sonido de los cascos de un caballo al trote hizo que el hombre levantara la cabeza con tanta brusquedad que las lentes estuvieron a punto de caérsele. El sonido se acercaba y Gaelon se incorporó, cerrando el libro.

—¡Kirus! Ven aquí —dijo con voz nerviosa.

Kirus intentó obedecerle, de forma inconsciente, pero su cuerpo no le respondió. No pudo hacer nada salvo mirar como el niño se levantaba en el acto,

provocando que la minúscula muralla de piedras que estaba construyendo cayese

al suelo.

—Sí, abuelo —contestó el niño.

Kirus lo miró, atónito. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Acaso estaba soñando? De improvviso, el mundo a su alrededor empezó a temblar, fluctuar y dar vueltas sobre sí mismo.

No intentes volver. No lo soportarías. Sólo existe este lugar.

La realidad volvió a recuperar la cordura y se estabilizó. El pequeño Kirus fue hacia Gaelon justo cuando el trote del caballo se hacía más fuerte y el animal, y su jinete, aparecía por un costado de la casa. Gaelon puso una mano protectora sobre el niño y lo colocó tras él, al amparo de su ancha túnica. El jinete, con el rostro cubierto con una capucha a pesar de lo agradable del día, los

vio. Se detuvo y desmontó con agilidad. Kirus vio como Gaelon sacaba un afilado cuchillo de su cinturón y lo ocultaba de la mirada del visitante, manteniéndolo a su espalda.

—¿Quién sois, extranjero? —preguntó Gaelon con voz tensa—. No me gusta recibir visitas y menos las que me importunan en mi propia casa.

—Nos presentaron una vez, Letrado —respondió el hombre mientras se descubría el rostro. Kiriús reconoció en él a un Vaelmir mucho más joven que el que él conocía. La nariz aguileña y los burlones ojos verdes no dejaban lugar a dudas—. ¿Me recordáis ya?

—Vaelmir —musitó Gaelon con el miedo bien patente en su voz—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—¿Acaso importa? Soy un hombre de recursos, demasiado testarudo para darse nunca por vencido —respondió mientras se acercaba al anciano.

—¡Marchaos! No quiero saber nada de vos ni de vuestro amigo —espetó Gaelon mostrándole el cuchillo de forma amenazadora—. ¿No es suficiente con que sus padres hayan muerto? ¡Dejad al niño en paz!

El pequeño Kiriús asomó la cabeza tras la túnica de Gaelon. A pesar de la tensión entre los adultos, en el rostro del niño se veía una ávida expresión de curiosidad. Vaelmir se detuvo y lo miró a los ojos un largo rato sin decir nada,

luego le sonrió hasta que el anciano hizo que el niño volviera a esconderse tras

él.

—Guardad ese cuchillo. No he venido a llevármelo ni a haceros daño, como teméis. Yo no sirvo al rey Bedius ni a ninguno de sus lameculos. He venido para

comprobar que estabais bien y para traeros una cosa.

Rebuscó entre sus ropajes, extrajo un rollo de pergamino con un sello intacto y se lo tendió a Gaelon.

—¿Qué es? —preguntó con desconfianza el anciano, mientras lo cogía.

—Palabras del príncipe Therius para vos. Supongo que habréis oído que ha renunciado a sus derechos como heredero y se ha exiliado.

—Lo he oído, pero no sabía si creerlo —confirmó Gaelon, poniéndose los anteojos que se había quitado, tras romper el sello del pergamino.

—Leedlo y veréis que vuestros miedos son infundados. Todos queremos lo mejor para el niño.

—Por supuesto —contestó Gaelon con una mueca desdeñosa, pero guardó el cuchillo en el cinturón y comenzó a leer.

Pasó un largo rato en el que el pequeño Kiriús se decidió a salir de su escondite y volver a observar, no sin cierta fascinación, a aquel extraño que había llegado a su hogar. Vaelmir se acuclilló y le sonrió.

—Ah, si supieras lo mucho que me ha costado encontrarte, pequeño —dijo, guiñándole un ojo—. Tú y yo deberíamos ser buenos amigos. ¿Eres feliz viviendo aquí con tu abuelo?

—Sí, señor. Los tres vivimos felices.

—¿Los tres? —le preguntó Vaelmir con extrañeza a Gaelon.

—No habléis con el niño —contestó Gaelon sin levantar la vista del

pergamino—. Hablad conmigo si lo deseáis, pero no con él. Kir —dijo después,

mirando al niño—, ve a jugar otra vez.

El niño obedeció y volvió a sentarse junto al montón de piedras. Vaelmir torció el gesto, en una mueca de desaprobación, pero no puso objeciones. Cruzó

los brazos sobre el pecho y esperó pacientemente a que el anciano acabase de leer. Al terminar su lectura, Gaelon se limpió los ojos, ahora húmedos y enrojecidos.

—No lo sabía —admitió el anciano—. No imaginaba que Therius fuese capaz de enfrentarse a su padre o de renunciar a todo para ir tras ese asesino.

—Las últimas palabras de Dalien le abrieron los ojos y le dieron el valor que necesitaba—explicó Vaelmir—, pero, como supondréis, no fue una decisión fácil.

—Lo imagino —murmuró Gaelon, de nuevo al borde de las lágrimas. El anciano suspiró, mirando al cielo, y se rehízo—. Fue tan duro tener que abandonar a Dalien, sabiendo que estaba condenado a morir...

—Y, sin embargo, gracias a eso vos y el niño estáis vivos, aunque sólo hace unos meses que lo supimos. Siguiendo vuestro rastro, me enteré de que os hirieron con el proyectil de una ballesta en el hombro. La seidkona que os atendió dijo que tanto vos como el bebé llegasteis hasta su tribu muy mal, cerca

de la muerte. Afirmaba que los espíritus os protegían, pues ambos conseguisteis

sobrevivir.

—¿Quién soy yo para llevarle la contraria a una mujer tan sabia? —

reflexionó Gaelon, con una sonrisa melancólica—. Los asgeir y su sacerdotisa le

salvaron la vida a un viejo que se desangraba y a un recién nacido que se moría

de hambre y frío.

—Y me he ocupado de recompensarlos, como hubiese hecho con el

mercader que os ayudó a llegar a Norvador meses después, pero supe que murió

el invierno pasado durante una expedición en busca de pieles. Si necesitáis algo,

Gaelon, sólo tenéis que...

—¡Guardaos vuestro oro! —exclamó el anciano, indignado—. No quiero

nada, excepto que os mantengáis lejos de mí y de Kirus. Él no necesita nada de

la gente de vuestra calaña.

—Sé que las cosas no han sido fáciles para vos, Gaelon —dijo Vaelmir, mostrándose comprensivo—, pero ¿creéis que esto es lo mejor para él?

—¡No volváis a decirme qué es mejor para el niño!

—Basta —dijo Kirus, con una voz que apenas recordaba a la de un niño.

Ambos hombres se volvieron hacia él, sorprendidos. El pequeño se levantó con expresión distraída, mirando a su costado, y asintió.

—Él no lo entiende —dijo, ahora sí, con su voz infantil—. Abuelo, el Señor Sombra dice que no le debes temer. Ese hombre viene a ayudar y lo necesitarás,

porque tú eres débil y jamás podrás defenderme de los que hicieron daño a mi familia.

El rostro del anciano palideció al escucharlo.

—¡Es increíble! —exclamó Vaelmir, abriendo mucho los ojos—. Es verdad lo que decían de ellos; tan joven y ya puede oír la voz.

—¡No hay ninguna voz! —gritó Gaelon, negando con la cabeza, fuera de sí—. ¿Qué haréis ahora? ¿Ir corriendo hasta Isgarad para contárselo al rey Bedius?

—Estáis muy equivocado si creéis que todo el mundo es vuestro enemigo —dijo Vaelmir, dando un paso atrás y levantando las manos, conciliador—.

¿Queréis que me marche? ¿Queréis ocuparos vos del niño sin ayuda de nadie?

Está bien, supongo que os lo habéis ganado. Pero yo seguiré a vuestro alrededor,

sin que me veáis, velando por él. Hasta que Therius vuelva del sur con la cabeza

de Malken y el rey Bedius entre en razón o muera. Hasta que sus enemigos desaparezcan.

El anciano no respondió y desvió la mirada hacia el niño, meditando.

Cuando volvió a hablar, su voz sonaba mucho más calmada.

—Está bien, ese será nuestro acuerdo. Hasta que yo muera o mueran sus enemigos. Pero hasta entonces, dejadme criarlo lejos de vuestro cruel mundo.

—Así se hará —prometió Vaelmir. Luego miró al pequeño Kirius que parloteaba, hablando con su invisible acompañante—, pero me temo que será un

error. El niño es quién es y no podréis cambiar eso, por mucho que lo intentéis.

Cuidad de él, Gaelon.

El joven conde dio media vuelta y montó en su caballo ruano. El niño lo observó mientras partía, con sus ojos verdes y dorados expresando tristeza. El Kirius adulto y observador quiso ir tras Vaelmir, pedirle que no se fuera y que lo

sacara de este extraño sueño, pero no consiguió moverse. En cambio, el mundo

empezó a dar vueltas a su alrededor.

Sigue conmigo. No conseguirás soportarlo. Quédate.

Kirius no hizo caso. ¿Por qué estaba aquí? ¿Había sucedido todo lo que acababa de ver en realidad o era un sueño extraño y vívido? Una imagen

atravesó su cabeza, como un rayo de luz. Era un paisaje blanco, helado. Vio una

grieta que lo cruzaba, extendiéndose hasta el horizonte. Cerca vio a un joven

caído en el hielo, con las venas del rostro inflamadas y oscuras, como si fuesen a

reventar. A su lado había un hombre pelirrojo que yacía con la garganta

destrozada, sobre un charco de sangre helada que destacaba sobre el blanco del

lugar. La imagen desapareció y entonces se acordó del dolor, del terrible e insoportable dolor, y pronto fue lo único en lo que pudo pensar, sentir o incluso

ser. Su propia esencia se rebelaba contra aquello que Keilan había introducido en

su cuerpo, en una lucha tan violenta como inútil.

El veneno lo estaba matando.

Tardó un buen rato en comprender que los gritos y gemidos desgarrados que escuchaba salían de su propia garganta. Su voz sonaba ronca, rota; como si llevara horas chillando.

—No lo soporto más —escuchó que decía un tiempo indeterminado después Terion, por encima de sus propios lamentos—. ¿Es que no hay nada que podamos hacer?

—No se me ocurre nada —respondió otra voz, la de Dyan—. Las hierbas que le he dado no lo alivian, ni hacen que duerma. Nunca había visto nada igual.

—Terion, sabes tan bien como yo lo que hace el veneno de ashal dorado.

Keilan no mentía cuando dijo que provoca el peor dolor que un hombre pueda experimentar. Por suerte, el cuerpo no suele soportarlo más de un día

antes de sucumbir. —La voz era la de Vaelmir. No sonaba tan joven y seguro de sí

mismo, como en el extraño sueño que acababa de tener. Ahora notaba un cansancio y pesar que no estaban allí antes—. ¿No crees que... lo más piadoso

sería...?

—¡No! ¡Ni lo menciones! —rechazó Terion, horrorizado—. Confiemos en él, en su fortaleza.

—Nadie ha sobrevivido a esta agonía —replicó Vaelmir con suavidad—. Yo también quiero pensar que puede lograrlo, pero...

—Pobrecillo —susurró Dyan a su lado. Kirius notó como le ponía un paño húmedo en la frente. El mero contacto de la tela fue como si le martillearan el cráneo—. No sé cómo lo soporta.

Kirius era consciente del inmenso dolor, que lo hacía retorcerse en un estado que no era ni de consciencia ni de sueño. Sin embargo, una pequeña parte suya

permanecía ajena al sufrimiento y era la que le permitía escuchar las

conversaciones o pensar con cierta claridad. Sus ojos estaban abiertos, pero seguía sin poder ver nada. Sentía vagamente el calor de un fuego en algún lugar

cercano.

—No ha pasado ni medio día desde que fue herido. Esperaremos —dijo

Terion con voz vacilante—. Necesito... dar un paseo. No soporto seguir

oyendo

como se muere.

—¿Adónde ha ido? —preguntó, un tiempo después, Dyan.

—A llorar —contestó un resignado Vaelmir—. Terion sigue siendo un Landaver, por mucho que renunciara a su apellido. Su orgullo hace que le cueste

mostrar sus sentimientos ante los demás, incluso ahora.

—Odio preguntaros esto, pero ¿cómo reaccionará cuando el chico muera?

—No podrá con ello —se lamentó Vaelmir—. Kiriús, y su promesa de cuidar de él, ha sido lo único que lo ha mantenido a flote estos años.

Kiriús quería decirles que estaba vivo y que no pensaba morir, pero lo único que salía de su boca eran desgarradores gritos y aullidos impregnados de sufrimiento. Concentrarse en escucharlos hizo que el dolor embargase su mente

por completo y dejase de ser consciente de cuanto lo rodeaba. Cada fibra de su

ser ardía con un dolor espantoso, como si el mero hecho de existir fuese una terrible penitencia.

Vuelve. No lo soportarás. Recordemos. Vive.

Estaba en un ancho camino, cerca de la muralla de una importante ciudad.

Los portones de la urbe estaban cerrados. Unos segundos le bastaron para reconocerla; era Rynad y se encontraba en la Puerta del Oeste. Por el camino

llegaba traqueteando un carro tirado por un percherón, el único movimiento que

se veía en todo el lugar. A lo lejos, más allá de los campos de labranza, se elevaban columnas de humo aquí y allá, como si se hubieran declarado una docena de incendios a la vez. El carro se detuvo no muy lejos de la puerta y un

anciano se apeó de él. No tardó mucho en reconocerlo, era Gaelon, unos años más mayor que en el anterior sueño.

Gaelon se acercó a la gran puerta, sorteando los cadáveres de una veintena de campesinos que se estaban pudriendo frente a ella. Nubes de moscas revoloteaban sobre los cuerpos y el anciano se cubrió la nariz con una mano al

pasar entre ellos. Golpeó las puertas con el bastón con el que se ayudaba a caminar, pero nadie respondió.

—¡Oídmeme! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Abrid la puerta!

Tres hombres vestidos con el uniforme de guardias de la ciudad aparecieron sobre la muralla. Uno de ellos tenía una flecha encordada en su arco.

—¡Da la vuelta, anciano! —ordenó uno de ellos—. La ciudad está cerrada hasta que desaparezca la epidemia. Nadie tiene permitido el acceso.

—No puedo irme. Mi nieto está muy enfermo y necesito ayuda.

—¿No me has oído? ¡Lárgate! No entrará nadie en Rynad y mucho menos si está enfermo.

—No pienso hacerlo. Sois escoria que condena a la gente a morir aquí fuera

—replicó Gaelon, agitando el bastón mientras señalaba a los cadáveres.

—Si no te vas ahora mismo te mataremos y no tendrás que preocuparte por la enfermedad ni por tu nieto —amenazó el que parecía un oficial.

Su compañero empezó a tensar el arco, apuntándole, para darle a entender que no tendrían reparos en hacerlo. Gaelon bajó los hombros, derrotado. Se dio

la vuelta, pero se detuvo tras dar unos pasos. Cuando se volvió, su rostro se había iluminado.

—Quiero hablar con el reverendo de la ciudad —exigió.

Los guardias estallaron en carcajadas. El del arco desencordó la flecha mientras reía.

—Y yo quisiera follarme a la reina Jelanie. ¿Sabes? Se rumorea que es muy hermosa. Debe de serlo, si el rey Gilvar se ha casado con una plebeya sin sangre

noble, por mucho que sus cortesanos digan que posee no sé qué parentesco con

el fallecido lord Caerill.

—Hablo en serio. Decidle al reverendo que Gaelon de Rynad, el Letrado, está aquí —dijo Gaelon con una voz que de repente sonaba autoritaria—. Si se

entera de que me habéis dejado morir como a un perro, sin ni siquiera

mencionarle mi nombre, creedme que le pedirá al Consejo de la ciudad que os mande a incinerar a todos los cadáveres que he visto en el camino desde el río

Medis hasta aquí.

Los guardias se miraron entre ellos, perdiendo su aplomo. El oficial mandó con un gesto a que uno de sus hombres se fuera.

—Si molesto al reverendo y dice que no te conoce... Haré que te arrepientas de hacernos perder el tiempo —amenazó el oficial.

Pasó un buen rato. Quizá minutos o quizá una hora, no sabría decirlo, pero finalmente se escuchó la voz de uno de los guardias llamando a Gaelon.

—¡Anciano! Ven a la poterna.

Efectivamente, en la zona de la muralla que daba al torreón a la derecha de las puertas, había una poterna cerrada con una puerta de barrotes de hierro.

Gaelon se acercó hasta allí, sólo para ver que lo esperaba un hombre unos años

más joven que él, vestido con una túnica ceremonial negra y granate. Dos guardias esperaban a su espalda. El reverendo le sonrió a través de los barrotes,

tras reconocerlo.

—Por los Tres, sí que eres tú, Gaelon —dijo con voz alegre—. Todos te daban por muerto. Decían que, tras huir de Isgarad, los cuatro habíais perecido

en el frío norte.

—No. Me hirieron de gravedad, pero soy demasiado tozudo para morir, ya

me conoces. Jerom... perdón, quiero decir eminencia, necesito que me dejéis entrar en la ciudad.

—Lo siento, viejo amigo. Mi corazón se alegra por ver que estás bien, pero me pides demasiado. La ciudad está cerrada. La enfermedad lleva meses azotando nuestras tierras y desde hace una quincena no se permite a nadie entrar

ni salir. Por mucho que me duela, no tengo poder para oponerme a una decisión

del Consejo, y mucho menos para favorecer a un amigo.

—No lo entendéis. ¡El chico está enfermo! Aunque está mejor que días atrás, temo que morirá si no encuentro un lugar tranquilo y a un sanador.

—¿De qué chico hablas? —preguntó el reverendo con súbito interés.

Gaelon miró tras su interlocutor, a los guardias que permanecían en silencio, escuchando. El reverendo entendió la muda petición de Gaelon y los despidió con un gesto.

—Del hijo de Elizheva y Dalien —dijo, cuando estuvieron solos.

—¿De su hijo? —replicó el reverendo, sorprendido—. El príncipe Therius contó en la corte, antes de exiliarse, que Elizheva había muerto durante el parto y

su hijo y tú a manos del Traidor.

—El príncipe creía que así había ocurrido —aseguró Gaelon, usando otro tono ahora que los guardias no estaban presentes—, y ahora que sabe la verdad

guardará el secreto. Sabes cómo acabó la familia de Elizheva, al igual que sabes

que en Isgarad el rey Bedius sería capaz de matarlo, aún hoy, ocho años después.

Ese hombre está tan enfermo de odio y de poder como el propio Traidor. El chico, Kiriús, necesita cuidados con urgencia. Apenas me reconoce ya y hace unos días ni siquiera era capaz de recordar su propio nombre.

—¿Kiriús? —repitió el reverendo. Una sonrisa asomó a sus labios y desapareció poco después—. Aun así, no puedo dejaros entrar...

—Vamos, Jerom, ¿no te das cuenta de lo que está en juego?

—No puedes pedirme eso. No seré yo quien ponga en riesgo a toda la ciudad por dejar entrar a un enfermo.

—Tonterías. No podéis cerrar la ciudad para siempre. Si esa epidemia, que llaman la Plaga, ha de entrar, lo hará tarde o temprano. ¿No dice eso la Iglesia?

¿Que todos tenemos un destino fijo e inmutable que cumplir, sin importar cuanto

hagamos para evitarlo? Sólo te pido una cosa. Sal y mira a los ojos a ese niño al

que tanta gente ha repudiado. Si después de eso decides que nos vayamos, no me

opondré. Me debes esa última dignidad.

El reverendo lo miró con gesto adusto, pero su expresión no tardó en mutar a una de divertida admiración.

—Gaelon, siempre fuiste un maldito embaucador —dijo sonriendo.

A su orden regresaron los guardias, que abrieron la puerta enrejada de la poterna. Todos se dirigieron al carro, después de que el reverendo y Gaelon se fundieran en un abrazo fraternal. Cuando llegaron al vehículo, Gaelon apartó unas mantas, descubriendo a Kirius. Tendría unos ocho o nueve años, y se

encontraba tumbado en un hueco entre los libros y otras pertenencias de su abuelo. Tenía el rostro muy pálido, tiritaba helado de frío y estaba bañado en sudor. Olía a sangre y vómito. El reverendo se acercó y le puso una mano en la

frente; el niño ardía de fiebre. Al notar el contacto, Kirius abrió los ojos y lo miró, sin mediar palabra. El contacto se prolongó un buen rato, mientras el religioso se mordía los labios, inquieto. Después le tocó una mejilla y se alejó del carro.

—¿Y bien? —preguntó Gaelon con temor.

—Abrid las puertas —le ordenó el reverendo a los guardias del adarve—, y dejadlos pasar.

—Pero, eminencia —objetó el oficial—, tenemos órdenes...

—Asumo toda la responsabilidad —dijo el religioso—. Yo hablaré con el

Consejo y con lord Baresil, si es necesario, pero mientras tanto serán mis invitados. Llevadlos al templo y dad órdenes de que se les proporcione todo lo

que necesitan. Luego mandad llamar a Ibros, el Sanador, para que atienda al niño.

—Sí, eminencia.

Gaelon tomó la mano de Kirius y le sonrió emocionado, mientras uno de los

guardias subía al pescante para hacer entrar el carro en la ciudad.

—Gracias —murmuró Gaelon entre lágrimas—. Gracias...

Kirius se observó a sí mismo mientras el carro pasaba a su lado para
traspasar las puertas de Rynad. Verse enfermo y débil le hizo preguntarse
cómo

debía de estar ahora en las Haldgeirr. ¿Seguía al cuidado de sus amigos, débil
y

moribundo? ¿O estaba muerto y esto era lo que sucedía cuando el alma iba a
Aelys? Las murallas de Rynad empezaron a dar vueltas a su alrededor, como
si

el mundo se hubiera vuelto loco.

No pienses. Volverás al dolor. No lo soportarás. Recuerda.

¿Pero era esto Aelys o era el infierno? ¿Estaba en el Myrkaul y lo que veía
era una especie de horrible representación de su vida? Necesitaba volver.

Necesitaba saber si podía volver a su cuerpo, si aún estaba vivo.

El dolor volvió a apoderarse de cada fibra de su ser. Poco a poco empezó a
ser consciente de lo que le rodeaba, aunque seguía sin poder ver nada. Estaba
tumbado encima de una superficie dura que se movía lentamente y
traqueteaba

con los baches del camino. Volvió a darse cuenta de que estaba gimiendo y
gritando por el dolor.

—Deteneos —pidió la voz de Dyan cerca de él—. Ha empeorado.

El movimiento se detuvo de inmediato, Arin resopló en algún lugar y se

oyeron los pasos de alguien que se acercaba.

—Esperaremos a que vuelva a calmarse antes de reanudar la marcha —dijo la voz del príncipe de Isgarad—. No sé si soportaría el movimiento, por mucho que esté sobre unas parihuelas.

—Recemos para que Vaelmir encuentre ayuda pronto. En el hospital de los Hermanos Ocultos, a las afueras de Melkaar, atenderán su súplica. Allí no le harán preguntas ni les importará quienes seamos.

—Ojalá. ¿Le daréis de nuevo jugo de almidera para que deje de sufrir?

—Terion... —empezó Dyan con voz dubitativa—. El chico no duerme por mis hierbas, que dudo que sean capaces de paliar un poco su sufrimiento.

Tampoco está inconsciente por el dolor. Aun así, es como si... en ocasiones su

mente, y quizá no sólo su mente, se alejasen de su cuerpo para no sentir el dolor.

—¿Qué queréis decir?

—No estoy seguro. Los Hermanos del Espino conseguíamos hacer en cierta medida lo que él hace. Acallábamos a nuestro yo interior para que no nos afectase tanto el dolor o el frío. Sin embargo, nunca vi nada igual a esto. Creo que Kiriús se va a alguna especie de refugio para poder soportar el dolor.

Terion guardó silencio durante unos instantes. Después se agachó al lado del muchacho y le cogió una mano entre las suyas.

—¿Creéis que eso le da alguna oportunidad de sobrevivir? —preguntó con

una voz que parecía debatirse entre la esperanza y la resignación.

—No lo sé, que los Tres me perdonen. Ayer os hubiera dicho que no, pero ya no sé qué responderos. Estoy seguro de haber visto los síntomas de la Plaga

en él, pero unos días después parecen haber desaparecido por completo.
Kirus

lucha por vivir con todas sus fuerzas.

El isgario asintió, muy despacio.

—Durante el Tercer Azote, los *dayihsin* consiguieron envenenar a algunos de los mandos de nuestras tropas —relató Terion, con voz desapasionada—. Vi

morir así a varios señores del Norte, como Nuon Cormyn, de Eltar. También a lord Ethan Badwin, de Aldair. No fueron los únicos, pero el que más me

impresionó fue el Preceptor Marcus Gair Dorial, padre de Malken y Alladius y, a

diferencia de ellos, un gran hombre. Un dardo envenenado lo alcanzó antes de que transcurriera un mes desde el comienzo del Azote, luchando en las calles de

Nazhar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Dyan ante el silencio de Terion.

—Marcus era un hombre formidable, alto y poderoso, a pesar de que

superaba los cincuenta años. El día que lo hirieron lo vi gritar y llorar de dolor

por primera vez. Sus hijos no quisieron quedarse a su lado, avergonzados por lo

que pensaban que era un acto de debilidad a la hora de afrontar la muerte. —
Terion suspiró, volviendo a apretar la mano de Kirius—. Marcus aguantó la
terrible agonía durante dos días, antes de perecer. Fue, con diferencia, el que
más
tiempo consiguió vivir.

—Kirius lleva también dos días soportándolo. ¡Son buenas noticias!

—Quizá sí —replicó Terion lentamente—, o quizá sólo significa que sufrirá
más.

Vuelve. Sueña. Sal de tu prisión. Tú ya no existes.

El viento era gélido y el plumizo cielo anunciaba una posible nevada. El sol,
si aún no se había puesto, no era visible por ningún lado. Tres personas
llegaban

en ese momento a las ruinas de un edificio, del que sólo quedaban columnas
y

algunas paredes de piedra blanquecina. Al otro lado del edificio había una
gran

fisura en la tierra, que se extendía durante kilómetros, hasta el punto de no
poder

ver su final. La anchura era también considerable, quizá tenía unos doscientos
metros de media. En el fondo de la grieta se veían ocasionales fogonazos
rojizos

aquí y allá, como si allí ardiese un fuego incandescente. La grieta le recordó a
otra que había visto en algún sitio helado. Un sitio que, sólo con pensar en él,
le

producía desazón y dolor.

No pienses. Observa. Quédate aquí. No vuelvas.

Se concentró en las personas que había visto llegar. Eran dos hombres y una mujer. El más joven ayudaba a la cansada mujer a sentarse entre las piedras derruidas de la vieja construcción. El otro era un hombre mayor, de nariz afilada

y barba gris. Cuando estuvo más cerca lo reconoció, era Gaelon. Un Gaelon no

tan delgado y con barba, pero era él, al fin y al cabo. El otro hombre y la mujer

eran jóvenes, ninguno superaría los veintitrés años.

El hombre tenía el pelo castaño encrespado, no muy largo y con rebeldes mechones, y parecía no haberse afeitado en días. Tenía los ojos azules siempre

pendientes de la mujer, de cada uno de sus movimientos. En ese momento dejaba

caer un fardo de madera seca, que llevaba bajo el brazo, y empezaba a colocar la

leña para hacer una fogata. La mujer era bella, hermosa y triste como un

atardecer. En su rostro era patente un gran cansancio y dolor. Tenía el cabello muy largo, de color rubio oscuro, y sus ojos eran de un verde intenso, con sus pupilas rodeadas por una aureola de un dorado no menos intenso.

«Tienes los mismos ojos que tu madre».

Súbitamente recordó esas palabras dichas por Terion, las primeras que le

dirigió cuando se conocieron en Rynad. Miró a la mujer que se recostaba sobre

unas mantas que ponía Gaelon para que apoyase la cabeza. Estaba embarazada.

¿Es que iba a asistir al momento de su nacimiento? El mundo a su alrededor empezó a dar vueltas.

Tú no existes. Observa. Aprende. Comprende.

Se esforzó en dejar de pensar y en dejar de ser Kiriús. No podía irse ahora que los estaba viendo. Dejó incluso de sentir que ellos eran sus padres. Haría lo

que fuera por seguir viéndolos.

Cuando volvió a fijar su atención en ellos, y el mundo se volvió nítido y estable, la mujer estaba de parto. El fuego estaba encendido y Gaelon atendía a

la mujer, que tenía las piernas abiertas y estaba bañada en sudor. En su rostro se

insinuaba una mezcla de emociones: sufrimiento, cansancio y alegría. El hombre

joven la tomaba de la mano y la besaba.

—Lo conseguirás, amor —le dijo sonriéndole—. Eres la mujer más fuerte que nunca he conocido y sé que puedes hacerlo.

—Dalien —dijo ella con voz débil—, cuida de él. Sabes que están cerca.

Hace ya tres noches que vimos las luces.

—Shhh. —La hizo callar él—. Cuidaremos los dos de él, ¿verdad, Gaelon?

Miró al anciano que con telas húmedas limpiaba los genitales de la mujer.

Un olor metálico impregnaba el ambiente. Gaelon no respondió, pero la preocupación de su mirada era evidente.

—Me da igual lo que me pase a mí. Gaelon, debes sacarlo, aunque tengas que desgarrarme el vientre. No sé si tengo fuerzas para traerlo a este mundo. Él

debe sobrevivir, Dalien. El Susurrante me avisó de que ahora es el último y Malkius lo matará también cuando venga a por mí. No debe saber que existe, aunque para ello tengas que arrojar mi cuerpo a la sima.

—No lo sabrá...

Ella torció la mirada hacia su otro costado y asintió, como si escuchara algo.

—Sí, se lo diré —dijo y después se volvió para mirar a su amado—. Debe

llamarse Kirius, promé... —La mujer se interrumpió para soltar un
prolongado

alarido de dolor—. Prométemelo, por favor.

—Se llamará Kirius, como es tu deseo.

—Sí, el círculo debe cerrarse con él, para bien o para mal. Debe ser así. —

Volvió a interrumpirse, pero esta vez para llorar desconsoladamente.

Kirius contempló, entre la fascinación y el horror, como la cabeza del bebe

aparecía entre las piernas de la mujer. En el suelo, un reguero de sangre
bajaba

por una ligera pendiente del suelo de grandes losas, para ir a parar a una
columna. Alrededor de la columna, se estaba formando una media luna

sangrienta. El rostro de Gaelon reflejaba un pánico terrible, intentando ayudar
al

niño a nacer mientras la hemorragia de la madre arreciaba. No podía ver eso.
No

podía quedarse allí a verla morir. Las ruinas volvieron a girar a su alrededor
cuando empezaba a escucharse el llanto desesperado de un bebe que
empezaba a

respirar y el grito desgarrador de una madre que sentía como se le escapaba la
vida.

No puedes irte. Quédate. Demasiado pronto.

—¡No quiero verlo! —gritó con voz alta y clara.

—¡Por los Tres! Ha hablado —dijo la voz de Dyan a su lado.

—Es un milagro, hermano Merion —dijo otra voz que no reconoció—, pero su situación sigue siendo de mucha gravedad. Iré a llamar a sus amigos para comunicarles la buena nueva.

Vuelve. No debes estar aquí. Observa. No caigas en el dolor.

Kirius se dejó llevar, una vez más. No quería volver a experimentar el dolor, aunque para ello tuviese que ser espectador del de sus padres. No el de sus padres, el de unos desconocidos. Ellos, y él, no eran nada.

Cuando el mundo dejó de girar y volvió a enfocarse, la mujer estaba inmóvil bajo unas pieles. Se oía un fuerte llanto, por encima de los lamentos de Gaelon.

El hombre joven sostenía al bebe envuelto en una manta de lino. Lo miraba con

una expresión agridulce en el rostro.

—Perdóname, Dalien —decía el viejo sabio con los ojos inundados en

lágrimas—. No pude salvarla a ella y al bebé. No supe que hacer. Sé algo de medicina, pero lo que aprendí de los partos fue lo poco que me enseñaron las mujeres norteñas, antes de huir del poblado. Oh dioses, ella no merecía esto.

—No, no lo merecía —replicó Dalien con rabia contenida—. Espero que algún día lo paguen, Gaelon, todos ellos. Ella era especial, mucho mejor que cualquiera de nosotros, y ellos la han matado; son tan responsables como si le hubiesen clavado una daga en el corazón. Pero tú no debes atormentarte.

Elizheva estaba débil y enferma desde hace días. Es asombroso que el niño esté

bien.

—Ah, Dalien, si no os hubiera dado la espalda... —prosiguió el anciano apesadumbrado.

—¡No! No quiero más lamentos. Eso no hubiese cambiado nada. Si cometiste algún error, lo subsanaste al avisarme de lo que tramaba el rey contra

mí y al ayudarnos a huir. Me salvaste la vida, maestro —le dijo con cariño.

—Eso no me consuela, querido. No borra la injusticia que os han hecho.

—La vida no es justa, me lo enseñaste tú —respondió Dalien, mirando hacia el lugar donde descansaba el cuerpo de su amada. Giró la cabeza al percibir que,

hacia el oeste, aparecían una veintena de luces que se acercaban poco a poco.

Luces de antorchas. Dalien suspiró, mirando al niño—. Espero que Elizheva tuviese razón y todo esto sirva para algo. Ojalá pudiese hacer que tus días fuesen

más pacíficos y felices que los nuestros.

Dalien le hizo un gesto a Gaelon para que se acercase. El anciano miraba a las lejanas antorchas con temor. El padre le dio un beso al bebe, que en ese momento se quedó en silencio, y luego se lo tendió a Gaelon.

—Llévatelo. Debes alejarlo de aquí y ponerlo a salvo.

—Pero ¿qué estás diciendo? —protestó Gaelon mientras tomaba al niño en brazos—. Vayámonos ahora, aún están a una hora de camino de aquí.

—No. Tanto si es Malkius, como si son hombres del rey, vienen a por Elizheva y a por mí. Si huyo con vosotros nos seguirán, pero si no saben de la existencia de mi hijo te dejarán en paz. Tú no les importas.

—Debe de haber otra forma. Te matarán. —En la mirada que le lanzó Dalien, era evidente que sabía y aceptaba ese destino—. No puedo cuidar de él.

Soy un erudito, un mentor, pero no sé criar niños.

—Aprenderás. Tienes que ser tú, no confío en nadie más para que se ocupe de él.

Gaelon respiró hondo y asintió varias veces.

—Lo haré, hijo mío, cuidaré de él y lo mantendré lejos de toda esta locura.

Iré al noreste, donde nadie me buscará. Allí viven las tribus de los asgeir, gente

pacífica a los que les gusta el saber y los buenos relatos. Podré tratar con ellos.

—Busca a alguna mujer que esté amamantando a sus hijos. Si antes de un día no come o si se enfría demasiado, no sobrevivirá.

—Dioses, oh dioses —gimió Gaelon y se puso a preparar un morral con provisiones y a envolver al bebe en pieles.

—Llévate esto —dijo al final Dalien, tendiéndole su espada dentro de la funda.

—No pienso llevarme tu espada, hijo. Ni hablar.

—Pero no es mi espada, Gaelon. Sabes que le pertenece a él.

—Me da igual. ¿Quién la necesita más ahora, tú o tu hijo recién nacido? No seas necio y quédatala. No tienes nada más con lo que defenderte y un caballero

siempre...

—Debe morir con su espada en la mano —terminó Dalien por él—. Olvidas que ya no soy caballero y, aunque así fuera, él debe heredarla...

Dalien se interrumpió al oír un ruido fuera, como si algo o alguien anduviera al acecho. Se acercó a Gaelon y al bebe en silencio y le susurró al oído del otro

hombre:

—Marchaos.

Gaelon le dio un beso en la mejilla, mientras las lágrimas le caían a raudales por las suyas, y dio media vuelta, saliendo de las ruinas por el extremo opuesto.

Dalien los siguió a cierta distancia para cerciorarse de que estaban bien, rogando

para que el bebé permaneciese en silencio. Desde su escondite en las ruinas, vio

como Gaelon corría en la oscuridad, iluminado por los frecuentes fulgores

rojizos provenientes de la cercana grieta. Cuando se daba media vuelta para volver a internarse en las ruinas, se escuchó el chasquido del mecanismo de

una

ballesta al ser disparada, y Gaelon tropezó y cayó sobre una rodilla.

—¡Nooo! —gritó Dalien.

Salió como una exhalación de su escondite y, tras unos segundos de búsqueda, vio al hombre que había disparado. La figura se adelantó unos pasos,

hasta llegar a ser visible en la semioscuridad de la noche. Era un hombre delgado

y demacrado, de extraño pelo blanquecino para su edad y mirada altiva.

—Malkius —siseó Dalien.

—Ahora soy Malken. Dicen que he cambiado mucho —dijo tocándose el pelo con una mano enguantada—, pero aún eres capaz de reconocerme, Dalien.

Como ves, ahora me gusta estar a la vanguardia y adelantarme a mis hombres.

—No puedo creer que ya no seas un traicionero cobarde de mierda —le espetó Dalien—. Me lo sigues pareciendo.

—Y tú sigues siendo un necio que habla demasiado. Ah, lástima, parece que no he acertado del todo —dijo, mirando a lo lejos. Gaelon había conseguido incorporarse y lanzarse a una desmañada carrera, justo cuando empezaban a caer

pequeños copos de nieve del cielo—. Tendré que afinar mi puntería. ¿Ese era Gaelon?

—Sí, pero él no te interesa, Malkius. Sólo es un pobre viejo asustado. Deja

esa ballesta en el suelo y ven a por mí con honor, si es que aún sabes lo que es

eso.

—Te equivocas. Vengo a por Elizheva, tú sólo eres una piedra en mi camino.

Me la llevaré conmigo de vuelta a Azoria y pronto te olvidará, cuando la colme

de riquezas y atenciones. ¿Dónde está?

—Ella nunca te podría querer, ni en un millar de años, porque no hay nada en ti que merezca ser amado. Incluso cuando todos pensaban que eras un hombre

honorable y digno heredero de tu padre, ella era capaz de ver la oscuridad en tu

corazón.

—Hay oscuridad en el corazón de todos los hombres y mujeres, menos en el suyo. —Su mirada se volvió más arrogante y su voz impaciente—. No hagas que

me repita, Dalien. ¿Dónde está ella? Si me lo dices, te haré un último favor. Te

mataré rápidamente y fuera de su vista. ¡¿Dónde está?!

—Muerta —dijo Dalien—. No ha soportado el viaje ni la persecución a la que nos habéis sometido. ¿Te sientes mejor ahora que lo sabes?

—Me sentiré mejor cuando te mate —dijo el hombre de pelo blanco, tirando la ballesta al suelo y sacando una espada de su costado.

La hoja de su extraña espada tenía un color entre verde y amarillo, eso y su pomo en forma de ojo sin pupila, le daban un aire siniestro e inquietante.

—Lo dudo —replicó Dalien, desenvainando su espada. La hoja relucía como si fuera un espejo a la lejana luz de la grieta—. Aunque me mates siempre

te odiarás, porque en el fondo sabes que ella ha muerto por tu culpa.

—Yo ya no siento culpa alguna —susurró el hombre de pelo blanco, lanzándose al ataque.

Kirius quiso desviar la mirada y no pudo. Se esforzó en recordar el dolor, en volver a ser él. No podía ver morir a su padre también. Ya no podía ver más.

Ahora este dolor le parecía más insoportable que el que atenazaba su cuerpo en

el mundo real. Cuando ambas armas chocaban con un estrépito colosal, la fría noche norteña empezó a dar vueltas y emborronarse. Deseó con todas sus fuerzas que los dioses dejaran de torturarlo enseñándole todo aquello.

Demasiado pronto. Debes quedarte. Observa. Aprende.

A diferencia de las otras veces, esta vez sintió como si despertase

lentamente. El dolor volvió a invadirlo poco a poco, pero esta vez lo soportaba

sin gritar. Notó que se movía e identificó el traqueteo de las ruedas de un carro

bajo él.

—Nos movemos con demasiada lentitud —dijo Terion en algún lugar cercano.

—Es una comitiva de los Hermanos Ocultos, no podéis pretender que vayan al galope —replicó Dyan.

—Dyan, no pretendo ser desagradecido —aclaró Terion—. Os estoy muy agradecido por vuestra ayuda. Sin vuestra mediación, nunca hubiesen consentido

en dejar que viajáramos con ellos hasta Derand, y más de ocultarnos entre sus filas.

—No hay de qué, pero no os confiéis. Se les permite entrar a la ciudad sin ser molestados, pero no así a la corte. Desde que asesinaron a vuestro padre...

—Lo sé, Vael me lo contó hace tiempo. Fueron asesinos azorios disfrazados de Hermanos Ocultos quienes lo hicieron —dijo Terion con voz impasible.

—O eso se rumorea, viejo amigo —explicó Vaelmir, también presente—.

Los detalles no están nada claros, pero la muerte de Bedius creó un miedo y una

paranoia entre los grandes señores de Balaeron que aún hoy se mantiene. Si les

gritas «asesino tarkesio» muy fuerte a su espalda, se siguen orinando en los pantalones. —Acabó entre sus propias risas y las de Dyan.

—Una vez estemos allí, ya pensaremos qué hacer —prosiguió Terion—. Las noticias del prior del monasterio de Caebli eran claras. Todos los señores

importantes de Isgarad están reuniendo a sus ejércitos y han sido llamados a la

capital. En una semana se celebrará el día de las Tres Victorias.

—Ah, os referís a cuando los ejércitos de Isgarad retomaron el castillo de Midel de manos tarkesias, levantaron el cerco de Alaen Taeris y hundieron la flota enemiga que pretendía conquistar Derand, todo en el mismo día —relató Dyan, entusiasmado como siempre que hablaba de historia—. Un buen motivo

para celebrar ese día, sin duda.

—Lo es, Dyan. Estoy seguro de que será el momento escogido por mi hermano para declarar la guerra a Moradhair. Debemos estar allí antes de que lo haga y ya no haya vuelta atrás.

—Espero que el chico esté recuperado, para cuando eso pase —dijo Dyan, esperanzado—. Ya no sufre como antes, pero tampoco es capaz de despertar.

—Tarde o temprano volverá con nosotros —dijo Terion con voz segura—. Dyan, ¿no cambiaréis de parecer? Nos vendría muy bien contar con vos en Derand.

—Me temo que no puedo. No tendré ningún tipo de influencia para poder ayudaros hasta que sea nombrado reverendo, y para eso tengo que ir a Midel. Además, se me espera en la ciudad desde hace días y sin duda ya estarán preocupados por mí.

—Casi lamento tener que decir esto, sacerdote, pero os echaremos de menos —confesó Vaelmir con voz seria—. Sin vos... él estaría muerto y nosotros

probablemente también.

—Os lo agradezco, Vaelmir, y a vos también, Terion. No nos estamos despidiendo. Estaré en Midel y, si mi intuición no me falla, pronto nos veremos

allí. ¿No es cierto?

—Si es la voluntad de los Tres, así será —respondió Terion.

Vuelve. Observa. Un último viaje. Sígueme. Aprende conmigo.

Kirius gimió y se revolvió, inquieto. No quería marcharse otra vez. El dolor lo embargaba, pero ahora era soportable. Mucho mejor que el dolor que sentía en

esos sueños a los que iba.

—Se ha movido —dijo Dyan—. Parece consciente, como si nos oyera.

—Kirius —sintió la voz de Terion a su lado—. ¿Puedes oírme?

Intentó contestarle, pero los músculos se negaban a obedecerlo y la voz no le salía. Con un gran esfuerzo movió su mano derecha y sintió como alguien la cogía.

—Tenéis razón —prosiguió Terion, emocionado—. Nos oye.

Vuelve. No te resistas. ¡Ven!

Estaba cruzando un magnífico puente de piedra situado sobre un extenso río de aguas rojas como la sangre. Quizá en verdad era un río formado por la sangre

de incontables víctimas, o quizá se limitaba a reflejar el color de un cielo

carmesí, rasgado de tanto en tanto por relámpagos negros. Cuando eso ocurría, la

oscuridad se apoderaba del mundo durante unos instantes.

¿Qué demonios era esto? ¿Qué extraña pesadilla estaba viviendo? Tenía que volver con Terion y los demás.

Espera. Observa. Aprende. Vive.

Kirius se esforzó en olvidarse de todo, hasta de su nombre. Observó lo que había más allá del puente. Allí se levantaba una ciudad negra y sin vida, situada

en una gran isla entre dos brazos del río. La ciudad tenía una poderosa muralla con secciones enteras arrancadas y caídas de dentro a afuera. Se veían altas torres, antaño orgullosas, y ahora fundidas y retorcidas, como la cera de una gran

vela negra. En el centro de la ciudad, sobre un peñasco, se erguía una fortaleza

en cuyo centro se elevaban tres altas torres, unidas en lo alto por puentes de piedra que llevaban a una especie de gran esfera situada entre ellas. A pesar de la

distancia que los separaba, le pareció que la esfera latía cada cierto tiempo y que

su color cambiaba con cada pulsación. Sobre ella el cielo rielaba, se retorcía y despedía una luz fantasmagórica al mismo compás. Lo que veía era un prodigio

que no provocaba otra cosa que escalofríos.

—Kaban Loir —dijo alguien a su lado. Era un hombre joven, rubio, de corta

barba y ojos verdes y dorados—. Dime, querido amigo, ¿crees que hemos llegado demasiado tarde?

Su sorpresa fue mayúscula cuando reparó en que el joven rubio le preguntaba a él, como si pudiera verlo. Esta vez no era invisible para los demás.

—Es evidente que sí, Kiran. Los hechiceros tarkesios ya han completado su ritual y ahora la ciudad es el bastión del mal en este mundo, pero eso ya lo sabíamos —contestó él con una voz distinta a la suya y, sin embargo, conocida

—. Me temo que no tenemos mucho tiempo, tal y como aseguró el Maquinador.

Espero que nuestros hombres estén preparados para los horrores que nos esperan.

—Cumplirán con su deber, Jariol, aunque les cueste la vida —respondió Kiran, sin alegría.

Jariol y Kiran. Kiriús se esforzó en no pensar en las implicaciones de lo que estaba presenciando. Mantuvo su mente en blanco para no volver a desvanecerse.

—Ojalá sólo tengamos que sacrificar eso, nuestra vida, esta noche —replicó él, con la voz que ahora reconocía como la del Ausente.

—Ambos hemos visto lo que va a pasar, pero ellos... —Kiran dejó de hablar y miró a los hombres y mujeres que los seguían—. No teníamos derecho a

decidir por ellos.

—Quizá no —dijo, nuevamente con la voz del Ausente—, pero la alternativa era mucho peor, amigo. Sabes que nunca quise este tipo de responsabilidad, pero cuando la asumí lo hice con todas las consecuencias. A veces algunos deben sufrir para procurar el bien de muchos.

El llamado Kiran asintió con gesto lúgubre y desenvainó su espada, levantándola sobre la cabeza. Al ver la hoja ancha que reflejaba la luz como un espejo, Kirius la reconoció como la espada que había blandido su padre, Dalien, contra Malken.

«¿Quién es Dalien? No lo conozco, no es nadie».

—¡Por Isgarad y Merethia! —gritó Kiran a sus hombres. Más de seis docenas les seguían por el puente, hombres con la cota de malla y la enseña de la Orden del Lirio, mezclados con hombres de túnicas rojas y blancas y un sol bordado en el pecho—. ¡Por Balaeron y el Norte! ¡Por un mañana para los hombres!

Se lanzaron a la carrera por el puente. En la ciudad comenzaron a vislumbrar movimiento, sombrías formas de pesadilla que se movían en el límite de la vista y de la cordura. Kirius sintió algo extraño, como si alguien tirase de él con brusquedad. El mundo volvió a emborronarse y girar, como en una danza

enloquecida.

Cuando todo dejó de dar vueltas, no estaba ni en aquella ciudad de locura y oscuridad, ni en el carro con sus amigos.

Estaba en un inmenso desierto, de arenas amarillentas y onduladas. El sol relucía, brillante y abrasador, en un cielo muy azul. Unas montañas rompían la

línea del horizonte, a lo lejos. Una de ellas, la más alta, echaba humo y rugía en

la lejanía. Sin duda, se trataba de un volcán. Sin embargo, lo que más le llamó la

atención fue el extraño hombre que estaba frente a él.

Tenía el rostro cubierto por una capucha, que lo sumía en sombras, a pesar de lo luminoso del día. Vestía con caros ropajes, pantalones, camisa de lazadas y

túnica abierta, de colores oscuros y granate. Tenía un cabello muy largo, ondulado y de color negro, que le caía por delante de los hombros, y se apoyaba

en una larga vara de ébano rematada por un rubí, la cual, a pesar de apoyar su peso en ella, no se hundía en las arenas del desierto.

—Otro sueño —murmuró Kiriús, dándose cuenta de lo onírico e irreal de la escena.

—Sí, otro sueño, Kiriús —dijo el hombre. Su voz sonaba suave, con un

acento extraño, aunque algunas sílabas vacilaban y se quebraban. No le sorprendió reconocer el dolor que se insinuaba tras sus palabras. El propio Kirius se estaba volviendo todo un experto en la materia—. Pero ya sabrás que es algo más que un sueño.

—¿Puedes verme? ¿Me conoces?

—Acabo de hacerlo, pero debo decir que no me ha sorprendido que tú y tu *acompañante* hayáis venido hasta mis dominios. Me pareció muy descortés dejar

que te fueras sin que me presentaras tus respetos, ¿no crees?

—¿De qué dominios y acompañante hablas? —preguntó Kirius, desconcertado.

Era evidente que este no era un sueño, recuerdo o lo que demonios fuera que había estado viviendo esos días, igual a los demás.

—¿Por qué me haces preguntas para las cuales ya conoces la respuesta? —replicó el hombre.

—Mi acompañante es... Ethan Jariol, ¿verdad? Él es el Ausente —dijo, más para sí mismo que para el hombre.

—Así es. Puedes llamarlo el Ausente, si así lo prefieres, aunque yo suelo llamarlo el Eterno. Supongo que, en cierto modo, él y yo tenemos algunas cosas

en común.

—Y tus dominios son...

—Kaban Loir, ahora conocida como Cabach. Soy quien la gobierna —Hizo un gesto circular con la mano—, incluso si se trata de recuerdos mostrados en un

mundo onírico. Puedes llamarme lord Aramir. Un título sin duda pretencioso, pero es el que ostento.

—Kaban Loir fue hacia donde se dirigieron Ethan Jariol y su amigo Kiran, junto con decenas de caballeros del Lirio y de riadeim. Allí se sacrificaron para

detener los planes de los tarkesios y los tratos de sus hechiceros con los demonios. Antes... lo he visto.

—¿Sacrificarse? —replicó lord Aramir—. Podría decirse así, pero para ser más justos diría que aceptaron su destino y punto. Y no fue un destino agradable

para ninguno de ellos, especialmente para tu compañero sombrío, el Ausente.

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Ves el volcán? —preguntó el hombre, obviando su pregunta—. ¿Sabes dónde estamos?

—Un hombre me habló de este sitio —respondió Kirius, mirando al horizonte—. Esto es el desierto de Alqejid y aquel monte debe de ser... el...

—Monte Ayrat —acabó lord Aramir por él—. Cuenta la leyenda que, tal y

como los primeros hombres descendieron por sus laderas, cuando el volcán despertase y comenzase a rugir, anunciaría el fin de la humanidad.

Kirius observó en silencio las lejanas montañas. Desde aquí le parecía sentir las vibraciones causadas por la furia del volcán, mientras la nube de humo y cenizas crecía en el radiante cielo.

—Debes ayudarme a impedir que eso ocurra. Te necesito para encontrar algo que me es vital para ello.

—¿Mi ayuda? ¿Por qué debo ser yo? —Kirius lo miró con suspicacia—. ¿Y por qué debería ayudarte, cuando ni siquiera puedo ver tu rostro?

—En cuanto a lo segundo... —El hombre se bajó la capucha con la mano izquierda. El rostro que dejó ver era el de un hombre de unos treinta y cinco años, barbilampiño y de labios finos que se curvaban en un rictus de dolor. Tenía

unos extraños ojos color índigo, rodeados por unas profundas y oscuras ojeras.

Su rostro estaba surcado de venas inflamadas y oscuras que de inmediato le resultaron familiares—. Como puedes ver, tenemos algo en común. Como tú, he tenido que ingeniármelas a lo largo de los años para poder soportar el dolor.

—¿Eso es...?

—¿Veneno de ashal dorado? Sí. —El hombre se cubrió otra vez con la capucha, para alivio de Kirius. Aquel rostro marcado por el veneno, y por el mismo sufrimiento que él estaba padeciendo, lo hacía sentirse incomodo—. En

cuanto a tus otras preguntas, sólo tú puedes ayudarme. Tienes acceso a un poder

que necesito para acabar con la amenaza que se cierne sobre el mundo entero.

—No sé de qué me estás hablando —negó Kirius, cada vez más reacio a colaborar con aquel extraño.

Nadie sobrevivía al veneno de ashal dorado, había escuchado a sus amigos comentarlo. ¿Y este hombre pretendía que creyera que llevaba años sufriendo el

veneno? Nada de aquello tenía el más mínimo sentido.

—Si no soy yo quien lo posea, serán los saradios, Gioreh o incluso los riadeim. Créeme, ninguno de ellos será tan amable como yo.

—No voy a darte nada, porque el poder que buscas ya no reside en mi interior —dijo Kirius—. No sé qué o quién eres, pero no me fío de ti.

—¡No entiendes nada! —bramó el hombre con una voz terrible. El rubí de su vara lanzó un fogonazo de luz carmesí—. Al'Talerian te espera, te guste o no.

Si no me ayudas por las buenas, haré que el dolor que sientes ahora te parezca un

recuerdo agradable.

—¡No! —gritó Kirius, levantando los brazos—. ¡Estoy harto! ¡Is'merid está muerta y ya no está en mi interior! Sólo quiero volver con mis amigos.

Sintió una sensación de ligereza, y pronto el desierto y el hombre

comenzaron a difuminarse y desaparecer.

—Viaja hasta la sombra del volcán —le dijo lord Aramir, con voz urgente y rota por el dolor. Sus palabras se le quedaron grabadas a fuego—. Ve hasta Euhm

y habla con el Profeta, él puede mostrarte que lo que digo es cierto.

El desierto desapareció y, esta vez, dio paso al bendito y ansiado olvido. Eso era todo lo que ansiaba, poder dormir sin soñar.

28. Luz encadenada

Arvand se estiró, aliviando la tensión y rigidez de sus músculos y articulaciones.

Se suponía que esta vigilia a solas y sumido en la meditación debía calmar su mente y facilitar lo que vendría a continuación, pero no estaba siendo así.

Este

iba a ser con toda probabilidad el día más importante de su vida y no se sentía nada preparado. Estaba seguro de que los otros tres no compartían sus dudas.

—En todo caso, Anoraul seguro que no lo hace —murmuró con voz pastosa

—. Eso es algo que siempre he admirado de los imbéciles como él: nunca dudan

de sí mismos.

Arvand calló, mirando a su alrededor con desconfianza, pero en la penumbra

reinante en la habitación era imposible distinguir nada. No le estaba permitido hablar durante su vigilia; ni comer, beber o siquiera tumbarse a descansar. Era un

jodido milagro que le permitiesen respirar y hacer sus necesidades en un cubo que habían dejado en una esquina de la habitación.

Se encontraba sentado sobre el frío suelo de aquella minúscula habitación, en lo más profundo de los sótanos de la Torre del Sol. Un frío húmedo hacía que

le castañearan los dientes. Quizá tenía algo que ver que lo hubiesen obligado a

llevar puesto tan sólo un taparrabos de lino. En algún lugar de la habitación caía

una gota de agua de forma continua, constante e inexorable. Las primeras horas

había soportado el ruido con estoicismo, pero ya hacía mucho que le había empezado a crisar los nervios. A pesar de sus esfuerzos para encontrar la fuente

del sonido, no lo había conseguido. Su boca seca y pastosa se crispó ante la idea

de toda esa agua derramándose en la oscuridad sin que él pudiera bebérsela. Con

toda probabilidad era otro de los trucos o, siendo más justos con la verdad, torturas, de los riadeim. Aquella maldita gota no existía, en realidad.

Su estómago rugió, de forma casi dolorosa. Una rabia sorda llevaba horas instalándose en él, de forma que estaba seguro de que en cuanto alguien abriese

aquella puerta para conducirlo ante los riadarian, le iba a romper la cabeza a golpes y alejarse de toda aquella locura.

«Nunca se me dio bien aguantar el hambre, la sed ni el estar encerrado como un criminal —pensó cambiando de postura entre calambres y dolores musculares

—. Apuesto a que en eso me parezco a la mayoría de los riadeim».

Riadeim. Ese era el problema. Leen prácticamente lo era ya desde hacía meses. En realidad, siempre le había dado esa impresión, desde que la había conocido. Enysa era una chica apocada y silenciosa, pero no era menos cierto que había demostrado ser inteligente y estudiosa. Anoraul... bien, Anoraul era un noble y ellos siempre conseguían lo que se proponían. De una forma u otra.

Todos eran magos probables. Él, en cambio, llevaba un año bloqueado, desconfiaba de sus superiores y, por encima de todo, a veces dudaba de que estuviese haciendo lo correcto.

La puerta se abrió, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Las antorchas iluminaban un largo pasillo que llevaba a la Primera Sala, donde se celebraría la

ceremonia. Colvir, con el rostro oculto parcialmente por una amplia capucha, le

esperaba en silencio junto a la puerta. Estaba vestido con una túnica de color crudo y una casulla de un blanco impoluto sobre esta. Una serie de símbolos la

recorrían tanto por delante como por la espalda. En su mano derecha sostenía el

cayado sobre el que se apoyaba al andar. Aunque no hubiese visto la tensión en

su boca y en la mandíbula, la ropa que portaba indicaba a las claras que hoy Colvir Medalym actuaba única y exclusivamente como riadarian de la Orden de

los Riadeim.

Se quedó mirándolo, sin saber qué hacer. Nada les habían dicho a los cuatro sobre qué iba a suceder, cómo afrontarlo o, siquiera, qué protocolo seguir durante la ceremonia. Tan sólo que tenían prohibido hablar del rito con nadie y

que todos lo realizarían en el mismo día, aunque por separado.

—Levanta, iniciado —ordenó Colvir, acabando con sus dudas—. Es la hora.

Arvand se incorporó, temblando. Se dijo que se debía al maldito frío del

lugar, pero lo cierto era que el frenético latido de su corazón lo desmentía. Salió

de aquel cuartucho oscuro y caminó tras el riadarian, quien, sin una palabra más,

empezó a andar cojeando por delante de él. Aquel pasillo, en los sótanos de la torre, estaba desierto, a pesar de que multitud de puertas daban a él. Unas largas

y mullidas alfombras se disponían en su recorrido, representando motivos

geométricos, y una serie de tapices colgaban de las paredes. La tensión le impidió fijarse en lo que representaban. Sólo tenía ojos para la alfombra y los talones de Colvir.

A mitad del recorrido su estómago volvió a rugir con tanta fuerza que debían

haberlo oído en la última planta. A pesar de que Colvir no dio muestras de haberse percatado de ello, Arvand estuvo a punto de soltar una risotada

histórica.

«Oh, joder, por los Tres. ¿Habrá fracasado alguien en la prueba incluso antes de empezarla? Quizá yo esté a punto de conseguirlo».

Cuando cruzaron el umbral de la Primera Sala, Arvand no supo si suspirar aliviado o llorar de pura impotencia. No hizo ninguna de esas cosas, sino que se

mordió la lengua y caminó con la cabeza gacha hasta donde le indicaba Colvir.

Arvand plantó los pies en una tarima de piedra pulida negra y blanca. La blanca

formaba un sol radiante que se representaba rodeado de oscuridad. Ante él, rodeándolo en un amplio semicírculo, había una escalinata coronada por nueve tribunas, cada una de ellas presidida por uno de los nueve riadarian, una vez que

Colvir llegó hasta la suya. Cada una de las tribunas tenía una banda de tela de un

color diferente.

Arvand hizo el gesto de tragar saliva, aunque no lo consiguió debido a la sequedad de su boca, sintiéndose el centro de atención de aquellos ojos. Todos vestían con las mismas vestiduras ceremoniales que Colvir, excepto que cada

uno llevaba el color propio que le representaba. Jamás había estado en presencia

de todos los riadarian tras aquella noche, y no se alegraba precisamente de volver a estarlo. Fijó la vista en un punto de la escalinata, cohibido, abrumado por aquellas personas que lo observaban en silencio, consciente de

su casi

desnudez, aterido de frío y vencido por el cansancio.

El silencio se alargó durante lo que a Arvand le parecieron siglos. La gran sala en la que se encontraban, de forma octogonal, estaba iluminada por brazos

de antorcha, braseros e incensarios que liberaban tenues hilos de humo. El olor

era intenso y poco a poco fue instalándose en su cabeza, haciéndolo sentir ligeramente aturdido.

—Iniciado —La voz de Colvir sonó tan repentina que Arvand levantó la vista hacia él con un respingo—, hoy se te juzga para discernir si eres digno de

dejar atrás tu niñez, tu ignorancia, tu misma mortalidad, y renacer como uno de

los nuestros, un mago, un sabio, una luz en el mundo.

—Se esperará de ti —comenzó otro riadarian— que personifiques los valores de nuestra orden hasta el fin de tus días: conocimiento, persistencia y guía.

Su voz y el color azul lo señalaban como Nathian de Aldair.

—El mundo está lleno de misterios y tu deber es desvelarlos —dijo la voz de Raxyl, el de verde—. El mundo está lleno de dolor y tu misión será aliviarlo.

El mundo está lleno de sombras y tú, junto a tus hermanos, te encargarás de iluminarlas.

—Irnon Dei no fue el primero de nosotros, pero si fue el que nos hizo resurgir con fuerza y evitar un destino que nos encaminaba a la desaparición. Frente a la tutela interesada de eliiir, reyes y emperadores, Irnon Dei nos dio las riendas de nuestro propio destino y nos fundó como la Orden de los Riadeim. La voz acerada de Minedea, de rojo, era inconfundible.

—Tu lealtad a la orden es lo primero, pues sin su abrigo y protección cada uno de nosotros queda expuesto a los caprichos y deseos de otros poderes — arengó Ostarys, de negro—. La orden es estabilidad para los nuestros.

—A pesar de todo recordamos y respetamos el compromiso firmado con sangre, cuando los balaerianos abrimos los ojos y aprendimos los misterios de la

magia. —En esta ocasión habló Dulric el Joven, un anciano que lucía el color de la plata—. Deberás honrar las Ocho Leyes de Lod siempre, pues son las leyes de

la magia.

—En esta madrugada, elévate y trasciende tu propio ser. —La voz de Vilienna sonó tan sensual como siempre, a pesar de la seriedad de su discurso —.

Álzate y observa la urdimbre del propio mundo. Yérguete y haz que tu voluntad

prevalezca. O falla y ocupa tu lugar entre la muchedumbre.

—Deshazte de la carne y de sus limitaciones, iniciado —exhortó con

vehemencia la voz habitualmente apagada de Alsora—. Hasta que no respondas

a una simple pregunta, tu cuerpo dejará de servirte. Sólo podrás hablar para darnos la respuesta o admitir tu ignorancia. Si abandonas, podrás marcharte sin

escarnio.

—Responde, iniciado. ¿Sabes el nombre de la morada de los Tres y sus siervos? Desvéalo y serás bienvenido a la orden como un hermano —dijo Benzel, de amarillo.

Arvand sintió una serie de emociones contradictorias que se sucedían a toda velocidad. Primero alivio, al constatar que la prueba a la que se le sometía era contestar a una simple pregunta. El nombre de Aelys surgió como un relámpago

en su mente y lo llenó de euforia. Se suponía que esa era la morada de los Tres.

¿O sólo era el lugar de descanso eterno de los balaerianos? Se maldijo en silencio por su falta de atención durante las ceremonias religiosas en Orthald y

por evitarlas por completo desde que llegó a Rynad. Inspiró, sintiéndose abrumado y notando con vergüenza las miradas de los nueve riadarian clavadas

en él.

Aquellas silenciosas figuras, apoyadas en sus tribunas como gárgolas en un tejado, no eran sacerdotes ni hablaban de religión. La respuesta no podía ser tan

evidente. Intentó moverse, sintiendo una creciente tensión en la base del cráneo,

pero no pudo hacerlo. Su cuerpo parecía clavado al aire, rígido y tembloroso.

Quiso chillar, espantado por la terrible sensación de no dominar sus

movimientos, pero ningún sonido brotó de su garganta. El miedo se apoderó de

él, haciéndolo respirar convulsivamente.

«¡Basta! —se dijo con determinación—. ¡Estúpido! No están aquí para

hacerte daño ni para ridiculizarte, eso lo estás consiguiendo tú solito. Te están probando y por el momento la estás cagando de una manera gloriosa.

Cálmate y

piensa un poco».

Su respiración se hizo más profunda y prolongada. Dejó de luchar contra la

sensación de impotencia y asumió que el control, tanto de su cuerpo como de la

situación, no estaba en sus manos. Lo único que podía hacer era obedecer e intentar averiguar el nombre del hogar de los dioses.

«Fácil. Se lo preguntaré a alguno de ellos la próxima vez que lo vea».

Respiró hondo, poniendo la mente en blanco. La ironía no le iba a servir de

nada. Era evidente que la respuesta no la iba a encontrar aquí, sino en el Eldantir,

si es que conseguía concordarse a él. Una de las teorías, de hecho la más extendida entre los riadeim, sobre el origen de la magia, era que la luz divina bañaba nuestro mundo y las sombras resultantes conformaban el Eldantir.

Otros

decían que era justo al revés, nuestro mundo estaba formado de las sombras que

proyectaba el otro. Sea como fuere, esa luz divina, si existía, debía provenir del

hogar de los Tres.

Arvand abrió su ojo interior, intentando alcanzar el primer nivel del Eldantir.

Faran llegó a él poco después, a la misma vez que lo embargaba la familiar sensación de euforia. La mayoría de los iniciados, y todos los riadeim, estaban concordados de forma permanente con Faran. En palabras de uno de sus

instructores, aquello no servía para nada excepto para poder acostumbrar su

cuerpo a los rigores de aquellas energías. En cualquier caso, que le costase alcanzar un nivel tan básico, había sido una preocupación y motivo de vergüenza

para Arvand.

No se detuvo ahí, sino que siguió profundizando, pero Uldis se le resistía. El

mundo se emborronaba y se aclaraba, sin que pudiera fijar la vista. Desde lo que

ocurriera con Brandyl en el día de su llegada a la Torre del Sol, sólo había sido

capaz de llegar a ese nivel con mucho esfuerzo y la ayuda de las hierbas adecuadas. Ahora no tenía nada de eso, y sí a los mismísimos riadarian

pendientes de él. Aquello no le ayudaba, precisamente. Sin embargo, unos

minutos después los familiares colores y auras aparecieron, anunciándole que lo

había conseguido.

Las auras alrededor de los riadarian eran mosaicos de colores que se movían con languidez, girando sobre sí mismos. En cada uno de ellos, en realidad en cada uno de los seres vivos, había un color dominante, dos o tres secundarios y, a

menudo, alguno circunstancial, dependiendo de las emociones del momento. No

se entretuvo en contemplarlos, sino que bajó la vista y siguió ahondando en el Eldantir, buscando el Uldis profundo. Las auras se fueron extendiendo y

apareciendo nuevas. Primero alrededor de los objetos como las tribunas y los braseros, luego en ondas a su alrededor. El mundo real iba perdiendo poco a poco claridad y los colores físicos se apagaban, como si el Eldantir ganase entidad a su costa.

Arvand miró a su alrededor, tanto como pudo debido a la rigidez de su cuerpo, pero no vio nada que le ayudase a descifrar el acertijo de los riadarian.

Colores fríos, azules y violetas, se elevaban a su alrededor formando ondas que

giraban con lentitud de derecha a izquierda. Aunque no supiese ya lo que significaban gracias a sus horas de estudio, la sensación de pesar, espiritualidad y poder eran evidentes.

Pero aquello no le ayudaba. Debía adentrarse más en el Eldantir y acceder a

Tarwiz, el siguiente nivel. Calmó su mente, obviando las dudas que le decían que

sin talina jamás iba a conseguir llegar tan adentro. Su propia respiración le atronaba en los oídos y notaba cada uno de los latidos de su corazón. Se

concentró en ellos durante un tiempo hasta que, por fin, dejó de oírlos. La Primera Sala perdió importancia, nitidez y color.

No obstante, tras un tiempo el mundo pareció estallar en una apabullante sinfonía de colores que se superponían, giraban y lo invadían todo. Tardó unos

segundos en procesarlo. No era la primera vez que lo veía, pero las otras veces lo

había hecho en entornos controlados donde el Eldantir era mucho menos abrumador. Miró asombrado los haces de colores fluctuantes. Algunos de ellos no existían en el mundo real, desconocidos para quienes no tenían el don de la

magia.

«Hay mucho amarillo. Lógico, es el color que simboliza a la mente y al pensamiento. Lavezil también, claro, todos los que tocamos el Eldantir lo poseemos. Pero ¿por qué hay tanto phaar y negro en este lugar?».

Un escalofrío lo recorrió al caer en la cuenta. Aquellos dos colores solían significar locura y desequilibrios mentales.

«Algunos fallan la prueba. ¿Qué esperabas?».

Un súbito sonido, más una vibración que otra cosa, lo hizo concentrarse en lo que tenía delante. Una esfera de luz violeta apareció frente a él, moviéndose y

destellando. Arvand la miró, comprendiendo que aquella esfera flotante era diferente a todo cuanto lo rodeaba; parecía ser algo vivo.

—Bienvenido, iniciado —dijo la luz violeta, confirmando sus temores.

—¿Quién...? ¿Qué eres?

No bien hubo formulado la pregunta, se maldijo por su torpeza. Era un espíritu del Eldantir, claro, y no solían responder preguntas sobre sí mismos. Al

menos, esa era la teoría que había aprendido sobre los seres que habitaban aquel

reino etéreo. Aún no podía creer que por fin estuviese frente a uno de ellos.

—Los tuyos me llaman Ópalo, pero no es esa la pregunta que necesitas hacerme.

Arvand lo miró desconcertado durante unos instantes hasta que cayó en la cuenta. Debía centrarse en averiguar lo que necesitaba saber o fracasaría en su prueba. Recordó que los riadeim decían que a tales seres había que tratarlos con

firmeza y resolución, intentando no exponer debilidades ni dudas. También recordó que los espíritus del Eldantir nunca, jamás, mentían, aunque a menudo

eran elusivos y evitaban responder.

—Mis necesidades las decido yo, Ópalo. Ahora contéstame, ¿cuál es el nombre secreto de la morada de los Tres y de sus servidores?

El ser permaneció en silencio. De hecho, su reacción fue contraerse sobre sí mismo y flamear como una cometa al viento. El color violeta de su cuerpo esférico se encendió en un tono más rojizo. Arvand tragó saliva.

«¡Estúpido! Has conseguido cabrear a un espíritu».

—Lo siento si te he ofendido —murmuró en voz baja.

Si los riadarian estaban observando sus patéticos esfuerzos, sin duda se lo debían estar pasando en grande.

—Mis disculpas —dijo el ser, al cabo de un rato, volviendo a su aspecto anterior—. Alguien me estaba comunicando un mensaje para ti. Su nombre es Brandyl y me ha pedido que te ayude a llegar a Hadhraz para que te reúnas con él.

Arvand se sobresaltó tanto que perdió la concentración y su mente volvió a la Primera Sala. Los riadarian habían abandonado sus tribunas y charlaban unos

con otros, sin prestarle la más mínima atención. Excepto por Colvir, que se mantenía en su lugar, sin dejar de observarle. Aquella escena lo enfureció y asustó a partes iguales. Demostraba una falta de interés tan grande en él y lo que

podría pasarle, que lo dejó sin habla. De cualquier manera, no podía pensar ahora en eso o corría el riesgo de perder su concordancia con el Eldantir. Con sus

antecedentes, no sabía si podría volver a él una vez lo perdiese.

Se forzó a centrarse en Tarwiz y la Sala volvió a desplazarse a un lugar casi irrelevante. El mundo parecía sangrar un millar de colores imposibles, como la

paleta de colores de un pintor demente. Ópalo seguía ahí, esperándolo.

—¿Puedes hablar con Brandyl? —dijo, tras meditarlo durante unos instantes.

—Estoy con él en Hadrhaz. ¿Cuál es tu decisión, iniciado?

Arvand suspiró, mordiéndose los labios. ¿Brandyl quería hablar con él?

¿Cómo era posible? La muerte era la muerte. Nadie podía hablar con los fallecidos. Los sherim se llevaban sus almas hasta Aelys, donde permanecerían

por toda la eternidad. Sin embargo, recordaba muy bien aquel extraño sueño en

el que Brandyl le había avisado de que debía buscarlo cuando llegase el

momento. Supo, sin ningún género de dudas, que se refería a este momento.

¿Aprobarían algo así los riadeim? ¿Se darían cuenta? No lo sabía, ni tampoco si

eso le haría fallar la prueba. Lo que sí sabía era que no podía seguir con aquella

incertidumbre. Necesitaba saber qué quería Brandyl de él y por qué le había pasado todo aquello. Y, sin embargo, saber le daba un miedo atroz.

—Llévame junto a él —oyó con asombro que decía su propia voz.

«¿Por qué he tenido que decir eso? ¿Es que no tengo ya suficientes

problemas?». Estuvo tentado de desdecirse, pero el ser empezó a fluctuar y a...

derretirse fue el mejor modo que encontró Arvand de describirlo. La esfera pareció licuarse, con una textura y velocidad parecida a la de la miel

resbalando

de una cuchara.

—No creo que pueda seguirte a Hadhraz. Eso está más allá de mis capacidades —añadió, arrugando el gesto ante aquella transformación—. De hecho... mejor olvida lo que te he dicho antes. No voy a ir a...

—Extiende ambas manos —interrumpió el espíritu.

Arvand vaciló, pero hizo lo que le pedía. Antes de que pudiera reaccionar, el espíritu avanzó hasta hacer que su mano izquierda se introdujese en su cuerpo ahora bulboso. Sintió un escalofrío tan fuerte que le cortó la respiración. Chilló,

asqueado y sorprendido, e intentó separar su mano izquierda de aquel contacto.

Le fue imposible, como si tuviese la mano metida en un cepo. Flexionó las rodillas, tirando hacia atrás ayudado del peso de su cuerpo, pero fue en vano.

Con la derecha le ocurrió otro tanto cuando probó a moverla, a pesar de que no

estaba en contacto con aquel ser.

Sintió una terrible sensación, más allá del miedo, como si le desgarraran el cerebro. Gritó, convencido de que no podría soportarlo ni un segundo más y entonces todo terminó. Abrió los ojos, los había cerrado involuntariamente debido al dolor, y casi se cae de espaldas al hacerlo. Ópalo estaba junto a él, pero

su aspecto era diferente. Tenía forma humanoide, refulgía con una suave luz violeta y se intuían, más que verse, los rasgos de su rostro a través de dicha

luz.

A su lado, sosteniendo la mano derecha de Arvand, había un joven de pelo oscuro y tristes ojos sin brillo.

Era Brandyl. El viejo Brandyl de los primeros tiempos en la academia.

Arvand se deshizo de su contacto con más brusquedad de la que pretendía.

Aún recordaba lo que el roce del muchacho era capaz de hacerle a un hombre.

«Pero ese no era Brandyl. Era... otra cosa, ¿verdad?».

—Soy yo, Arvand. Al menos, una parte del Brandyl que conociste —dijo el muchacho, como si adivinase sus dudas. Su voz sonaba átona.

—¿Una parte?

Su viejo amigo asintió, pero no añadió nada más. No hizo falta. Brandyl estaba muerto, eso era algo que Arvand sabía muy bien.

—Ven. Debemos ver a alguien y no tienes mucho tiempo.

Brandyl se encaminó hacia un lateral de la Primera Sala, donde unas escaleras de caracol, que antes no estaban ahí, subían hasta el techo y se perdían

en la oscuridad. De hecho, la Sala se veía ahora con mayor nitidez que antes, pero no había ya ni rastro de los riadeim ni de la confusión de colores que antes

la habían saturado. Los braseros despedían una fantasmagórica luz azulada y lanzaban al aire cristales de hielo y un vaho helado. Ante su atónita mirada,

las tribunas de los riadarian se inclinaron sobre la escalinata como si algo invisible

las empujara, y se quedaron suspendidas en el aire. Las bandas de colores de las

tribunas se agitaron y se lanzaron por el aire a la misma vez hacia él.

Arvand gritó y se agachó, protegiéndose. Las bandas convergieron sobre su cabeza y se quedaron allí, flameando sin ningún viento que las sustentase.

—No tengas miedo. Aquí hay pocas cosas que puedan dañarte —dijo

Brandyl con voz muerta—. Subamos.

Arvand se incorporó, faltar de respiración. Acababa de caer en la cuenta de que Brandyl no hacía ningún gesto, más allá de caminar y mirarlo. «¿Es eso lo

que significa estar muerto?».

—Inar Sheferél —dijo Ópalo cuando Arvand dio el primer paso.

—¿Qué? —exclamó Arvand, mirándolo.

—Es tu respuesta, iniciado. Sería una lástima que, después de todo, no supieses contestar a los tuyos cuando vuelvas.

Arvand lo miró de hito en hito, creyendo percibir un cierto tono jocoso en el espíritu. Lo cierto es que había llegado a olvidar por qué estaba aquí.

—Gracias —murmuró, enrojeciendo.

Después acudió junto a Brandyl y comenzaron a subir las escaleras.

—¿A quién debemos ver? —preguntó Arvand, sin rodeos. Ante el silencio de Brandy, volvió a la carga—: ¿Esto es Hadhraz? Parece una maldita pesadilla.

—Hadhraz es parte sueño, parte realidad y parte mundo espiritual — comentó Brandy, sin dejar de subir—. Por eso pudiste verme en tu sueño. «Sigo pensando que pesadilla es una descripción más adecuada».

—Nos enseñaron que este nivel del Eldantir es peligroso. Que sólo podemos acceder a él en forma espiritual y siempre debíamos hacerlo acompañados.

Algo lo conminó a mirar hacia la Primera Sala. Se veía abajo, empequeñecida, como si hubiera subido a lo alto de una montaña. Sobre la tarima donde había estado, ardían un montón de maderos que arrojaban una lluvia de chispas ardientes en el aire. Arvand gimió al verlo. Eran los restos de

una casa en llamas.

Su casa de Orthald.

De alguna manera se vio atraído hacia ella. La Primera Sala, y los restos de su hogar, se agrandaron de repente, como si se acercaran a él por propia voluntad. Algo tiró de él hacia atrás, y volvió a verse en la escalera de caracol con Brandy, que había puesto una mano sobre su hombro.

—No puedes irte todavía, Arvand. Debes ver a alguien antes.

—¿Quieres decir que... eso es mi forma de salir de Hadhraz? —preguntó

señalando a los restos del incendio.

—Tu cuerpo está ahí, sin consciencia alguna puesto que tu alma está aquí.

No sé qué es lo que ves allá abajo, pero sea lo que sea es la forma de volver al

mundo físico.

—Veo... —Sacudió la cabeza y se frotó los ojos—. Es algo que ojalá nunca más tuviese que contemplar.

—Algo que está muy dentro de ti. Sigamos y no te separes de mí.

Arvand suspiró. Ojalá Brandyl se equivocase y la tragedia de su familia no fuese algo que lo definiese, pero no podía negar que era así.

Siguieron subiendo por aquellas imposibles escaleras. Llegaron a otro piso que recordaba vagamente a la primera planta de la Torre del Sol, aunque

cambiado. Vio nuevos prodigios e incongruencias. Vio muebles situados en el

techo, cortinas hechas de luz y bibliotecas de libros que se agitaban como si tuviesen vida propia. Las escaleras no desembocaban en ningún lado, sino que seguían subiendo piso tras piso. En un determinado momento, una lluvia ligera

empezó a caer sobre ellos.

—Odio Hadhraz —gimió Arvand—. Este lugar es una maldita locura.

Brandyl le lanzó una mirada de soslayo que le provocó escalofríos.

—Hay lugares peores.

—¿A qué te refieres? ¿A lo que sucedió el día en que se desbordó el Faoral?

Brandyl lo miró con su rostro sin expresión y luego volvió a subir las escaleras en silencio. Arvand lo imitó, confundido. Al poco Brandyl le señaló tres enormes columnas que sustentaban el siguiente piso por el que pasaban. Una

de ellas parecía hecha de una piedra de tono azulado, otra rojiza y la tercera de

piedra amarilla.

—¿Qué son?

—Los Tres Pilares. Él dice que son lo que mantiene nuestra realidad y el Eldantir en su sitio, entre otras cosas. Atraviesan los cinco niveles, desde Faran

hasta Amidol, aunque sólo son visibles en los últimos.

Siguieron ascendiendo y en el siguiente piso vio las mismas columnas. Una de ellas, la amarilla, parecía estar más cerca y las otras más lejos. Al siguiente piso la tenían casi al lado, surgiendo de la oscuridad hacia las alturas. Una estrecha pasarela de piedra conducía hasta ella a través de un abismo que la lógica dictaba que no debería estar ahí. Sin embargo, parecía que la lógica no tenía cabida en este lugar.

—Es aquí —dijo Brandyl posando sus ojos en la columna—. Acércate a ella.

Arvand vaciló cuando comprendió que su antiguo amigo pretendía que fuese delante, caminando por aquel estrecho camino de piedra. Miró con temor a la oscuridad bajo él, pensando en qué pasaría si caía en él. «¿Llegaré al piso

inferior o caeré eternamente sin llegar a ningún lado? —pensó, mordiéndose los labios—. Joder, ¿de veras crees que el espíritu de tu amigo muerto se tomaría tantas molestias en traerte aquí para luego empujarte a un abismo?».

No llegó a ninguna conclusión satisfactoria, así que decidió avanzar con cautela. Cuando estaba a medio camino de la columna, captó un zumbido que

provenía de ella y que subía o menguaba de intensidad periódicamente. El pilar

parecía formado por un único bloque de algún tipo de piedra cristalina parecida

al cuarzo. Por lo demás, no tenía ninguna otra característica fuera de lo normal,

si es que una columna infinita y tan ancha como las torres de vigilancia de Rynad podía ser considerada como normal.

Sentía la silenciosa presencia de Brandyl tras él y casi le sorprendía que aún

no hubiese intentado lanzarlo al vacío. Cuando estaba a punto de volverse y preguntarle por qué lo había traído hasta aquí, captó un movimiento en la

columna. Ante sus atónitos ojos, aparecieron en la roca los rasgos de un rostro y

las palmas de unas manos. Era como si algo, o alguien, presionara desde dentro

de la columna. Las manos se movían y los ojos se agrandaban y achicaban, a pesar de que eran sólo piedra. Arvand dio un paso atrás, asustado.

—No es buena idea que lo hayas traído, Brandyl —dijo el ser de la columna, a pesar de que su boca no se abrió en ningún momento.

—Tú me lo pediste —contestó Brandyl.

—Sí, pero él no se opuso. Si no lo hizo es porque tiene algo en mente.

—¡Esperad! —interrumpió Arvand, sintiéndose abrumado—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Lodarynálcaeron, aunque los humanos preferíais llamarme Lod.

Arvand rio, con una carcajada nerviosa que acabó muriendo en su garganta.

—¿Lod? Imagino que no serás el mismo Lod que nos enseñó a usar la magia hace... —Arvand dudó, tanto porque desconocía con exactitud el dato, como porque todo aquello le resultaba absurdo e increíble—, casi un milenio.

—En realidad fue hace casi mil quinientos años. Conseguir que aprendierais a usar el Arte fue un proceso tan arduo, que no sabría decir cuando acabó exactamente.

Lod era un mito, una leyenda tan difuminada por las brumas del tiempo

como el propio Lirio Blanco arrancado por Sarad o el Legado que los dioses dieron al pueblo de Balaeron. Los espíritus del Eldantir no podían mentir,

decían, pero ¿podía fiarse de que esa norma se cumpliera siempre? ¿Era el ser que tenía ante él un espíritu?

—Si lo que dices es cierto, ¿por qué estás aquí? ¿Qué te pasó?

—No hay tiempo para esto. Él puede venir en cualquier momento.

Arvand miró a Brandy, buscando ayuda, pero el joven miraba a la columna con una expresión vacía e impasible.

—No. Si quieres que crea en ti, debes responderme —dijo Arvand, alzando

el tono.

—Olvidaba cómo sois los humanos. Seres ciegos y sordos que desconfían de aquello que no pueden tocar ni comprender y lo ven como una amenaza. No eres

capaz ni de ver una prisión cuando la tienes ante ti —dijo el llamado Lod con un

tono de desdén—. Si tanto deseas saberlo... Nos engañaron, capturaron y encadenaron a Doshieh, uno de los Tres Pilares. El Maquinador nos tendió una

trampa y nos entregó a los magos fundadores de tu orden que decidieron

encadenarnos aquí, al lugar de encuentro entre la que llamáis Torre del Sol y Doshieh. Mi cuerpo hace mucho que se marchitó, pero mi esencia está aquí

desde hace setecientos años.

Arvand se estremeció, pensando en cómo algo podía sobrevivir tanto

tiempo. Si es que podía llamársele vida a eso. En todo caso, Lod había sido un

eliir y ellos vivían mucho. Eternamente, decían algunos. Tenía cientos de

preguntas que quería hacerle a aquel ser que afirmaba ser el legendario Lod, pero

consiguió centrarse en una.

—¿Nos? ¿A ti y a quién más?

—No estaba solo cuando ocurrió. Un poderoso espíritu estaba en comunión conmigo y ambos fuimos atrapados.

—¿En comunión? ¿Pero...?

—¡Silencio! —bramó Lod, con sus facciones marcándose en la piedra como una máscara colérica—. Ahora vas a escucharme, Arvand. Yo quise destruirlos a

todos, empezando por aquellos a los que enseñé a usar el Arte. El Maquinador me engañó para que os instruyese diciendo que así os controlaríamos mejor. Era

mentira. Él siempre os protegió porque creía que sólo vosotros podríais evitar el

Trastorno que se avecina, pero yo pensaba que nos conduciríais otra vez al desastre. Si los tuyos no me hubieran detenido aquel día, no habría descansado

hasta borraros de la faz de la tierra. —El rostro se retrajo levemente y la voz bajó

en intensidad—. Ahora, sin embargo, he tenido tiempo para reflexionar y creo que él tenía razón. Por eso he querido que Brandy l te trajese ante mí, para que

sepas lo que está en juego si fracasáis.

—¿Pero por qué a mí? —se atrevió a preguntar Arvand.

—Porque Brandy l confiaba en ti —dijo y, de alguna manera, oír aquello lo reconfortó—, y porque me dijo que conoces al único que quizá pueda evitar el

Trastorno. El ente que se apoderó de Brandy l lo buscaba en Rynad, pero...

reconozco que se opuso a él lo suficiente para frustrar sus planes. No se puede

negar que los humanos no seáis tenaces. No obstante, estuvo muy cerca de atraparlo y te aseguro que hay más, muchos más. Me temo que no tardarán en manifestarse otra vez. Si tu amigo es quien creo, necesitará de tu ayuda.

Kirius, supo de inmediato. ¿Qué otro podía ser si no? Aquello explicaba en parte sus propios temores y dudas acerca de él.

—Debes hablarle a los riadeim acerca de él —continuó el que una vez había sido Lod—. Te usarán para acercarse a tu amigo y eso te permitirá estar a su lado. Si el Maquinador tenía razón, su sangre es fuerte, una aleación mucho más

poderosa que las partes que la componen. Estoy seguro de que el Maquinador, aunque haya muerto, pensó en alguna manera de guiarlo. Debes ayudarlo a

descubrirla y... —Las facciones en la roca se contrajeron repentinamente y guardaron silencio durante unos segundos—. ¡Vete! Él está llegando. ¡Márchate

y haz lo que te he dicho!

—Pero ¡no sé qué debo hacer! —protestó Arvand, notando como Brandyl tiraba de él, frenético—. ¿Está Kirius en peligro? ¿Quién es el Maquinador? ¿Qué es el Trastorno?

La pasarela de roca, bajo sus pies, comenzó a temblar y se escuchó un fragor que aumentaba a cada segundo. El rostro pétreo de Lod se estilizó, sus facciones

se endurecieron aún más, si eso era posible, y sus ojos ciegos brillaron con una

intensa luz dorada. La columna empezó a irradiar una luz pura y brillante mientras un miedo cerval se apoderaba de Arvand.

—TOCA LA COLUMNA —dijo aquel ser, y Arvand se tambaleó al oír aquella voz que sonaba como el tañer de mil campanas en su cabeza.

Aquel ser no pedía, ordenaba. Arvand fue incapaz de negarse a su orden, de hecho, no quería hacerlo, y dio un paso hacia él. Brandyl lo agarró desde atrás y tiró de él.

—No, Arvand. Lod me advirtió que, si algo con una conexión con el plano físico lo tocaba, podría escapar. Entraría en comunión contigo y se apoderaría de tu cuerpo y de tu voluntad. Te haría lo mismo que me hicieron a mí.

A Arvand todo aquello le traía sin cuidado; su mayor deseo era complacer a aquel ser majestuoso. Dio un paso hacia delante, luchando contra el abrazo de Brandyl, y extendió un brazo hacia la columna. Estaba a tan solo dos palmos de tocarla.

—¡TÚ! —bramó el ente de la columna, con su abrumadora mirada de oro puesta en Brandyl—. YO TE RETUVE EN HADHRAZ PARA QUE CUMPLIERAS MI VOLUNTAD. ESTAR MUERTO NO TE EXIME DE ELLO.

Pero, al parecer, así era, puesto que Brandyl no le hizo el menor caso y siguió

reteniéndole. Arvand no entendía cómo podía ser tan desagradecido e intentó sacudírselo de encima. El mundo se estremeció como si se hubiese desatado un terremoto cuando aquel ser bramó:

—SOY VUESTRO DIOS Y TODOS Y CADA UNO DE VOSOTROS PAGARÉIS POR LO QUE ME HABÉIS HECHO.

Su rostro emergió del cristal de roca, con facciones hieráticas y ojos dorados que estaban lejos de ser humanos. A la misma vez sus manos surgieron, crispadas y con los dedos extendidos, sujetas por unas cadenas hechas de luz blanca que surgían de sus muñecas. Arvand extendió su propia mano hacia ellas,

deseando tocar a aquel ser maravilloso. Ansioso por entrar en contacto con un dios.

De repente, sin saber cómo, se encontró cayendo cuando Brandyl lo arrojó por el borde de la pasarela. La mirada de ambos se cruzó durante un segundo cuando empezó a caer.

—Adiós —vio que musitaban sus labios.

Una mano surgida de la columna tocó a Brandyl y el muchacho lanzó un grito agónico. Su cuerpo se rasgó, literalmente en una docena de fragmentos que

se desvanecieron en una bruma blanquecina. Arvand cerró los ojos, con un pinchazo de desesperación embargándolo por dentro.

—DILE A ESOS PATÉTICOS HOMBRES QUE SE LLAMAN MAGOS

QUE ESPERARÉ. —La voz de aquel que se llamaba a sí mismo dios entró con

virulencia en su cabeza, como si la introdujera en ella a mazazos—. CUANDO

OLVIDEN YO RESURGIRÉ. CUANDO SEAN DÉBILES LOS ANIQUILARÉ

Y CONOCERÁN EL NOMBRE DE ETHALAEI.

Arvand gimió mientras caía en la oscuridad, sintiéndose como un náufrago

en mitad de un vasto océano. Sintiendo otra vez como un niño desvalido frente

a las ruinas humeantes de su casa. Abrió los ojos y vio acercarse el suelo de la

Primera Sala, con los restos ardientes de su hogar aún lanzando humo y chispas

en el aire. Se esforzó en llegar a ellos, cayendo a plomo. El suelo y los maderos

ennegrecidos se acercaron a toda velocidad y volvió a cerrar los ojos,

preparándose para el golpe.

Los abrió lentamente, sintiendo un dolor diferente al que había esperado

sentir. Era el dolor de respirar, de volver al mundo y recuperar la conciencia, no

el dolor agónico de los huesos rotos. Se levantó aturdido, al parecer se había desplomado en el suelo sobre la tarima, y levantó la mirada. Los riadarian volvían a estar en sus puestos, mirándolo. En Colvir vio una postura extraña, con

el cuerpo medio ladeado. Parecía a punto de echar a correr a su lado, pero se mantenía rígido.

—¿Cuál es tu respuesta, iniciado? —preguntó el mago, relajándose.

«Que sois unos cabrones, que mi amigo Brandyl ha muerto... de una forma que no estoy seguro de poder llegar a comprender nunca y que habéis

encarcelado al mismísimo Ethalael en esta torre. Y que nuestro propio dios es un maniaco homicida que nos odia y quiere destruirnos a todos. Que todo es una mierda».

—Inar Sheferél —dijo, en cambio, con voz pastosa.

—Bienvenido a la orden de los riadeim, hermano —proclamaron los nueve.

Algo en el interior de Arvand gimió con desolación al oír sus voces.

29. En el filo del precipicio

Esta vez sintió que despertaba de un verdadero y reparador sueño, y no de un loco mundo onírico. Abrió los ojos con miedo de no poder ver, pero cuando lo

hizo la bendita luz que entraba por un ventanal le acariciaba el rostro. Apoyó los

codos en el lecho y se incorporó con dificultad, mirando a su alrededor. Estaba

en una estancia desconocida, espartana, decorada por muebles rústicos y

sencillos. Por más que lo intentó, no consiguió identificarla y a través del ventanal sólo se veía el tejado de un edificio que tampoco pudo reconocer.

Su estómago empezó a rugir, recordándole lo hambriento que estaba. Parecía que hubiesen pasado siglos desde la última vez que había comido, aunque no

supiese precisar cuándo había sido. Estuvo tentado de levantarse y buscar algo que poder llevarse a la boca, pero la debilidad de sus piernas le hizo cambiar de

opinión. Se miró las manos y los brazos, y comprobó con desazón lo mucho que

había adelgazado.

En ese instante se abrió una puerta al fondo de la habitación y por ella aparecieron Vaelmir y Terion, charlando animadamente.

—No me negarás que es raro que Julius aún no haya llegado a la capi... — decía Vaelmir, pero enmudeció al verlo despierto.

—Bendito Shezarel —dijo Terion, entrando tras él, con sus ojos azules expresando una alegría irrefrenable.

—No sabéis cuanto me alegro de... —empezó a decir Kirius con una sonrisa, pero enmudeció cuando el isgario cruzó la habitación en dos zancadas y lo abrazó.

Kirius se aferró a él, intentando no llorar. Tenía la sensación de haber derramado las lágrimas de toda una vida durante sus sueños, y se dijo que ya eran suficientes. Luego Terion lo soltó secándose sus propias lágrimas, pero con

una sonrisa en el rostro. Vaelmir se acercó y le dio otro abrazo.

—Por un momento me habías preocupado, chico —le dijo con voz risueña

—. No vuelvas a darnos otro susto así, ¿de acuerdo?

Kirius rio sin poder decir nada, y sin necesitarlo. Recordó durante unos momentos al joven Vaelmir llevándole la misiva de Terion a Gaelon. Ahora sabía

que, aunque no hubiesen estado presentes, ambos hombres siempre habían sido

su familia. Los únicos que le quedaban, que se preocupaban por él y que le querían.

—¿Dónde estamos? —fue lo primero que dijo.

—En una posada, en Derand —dijo Terion—. Tenemos muchas cosas que contarte.

—Y yo, pero primero, ¿puede alguien traerme algo de comida decente?

Pensándolo bien, da igual que sea decente o no.

—Dalo por hecho —contestó Vaelmir con una carcajada.

Una hora después, Kirius había saciado su apetito. Comió en la propia habitación, pues no se sentía con fuerzas para caminar. Dio buena cuenta del cuenco de carne roja, queso, cebollas asadas y del pan. Sin ser ningún manjar, estaba seguro de que ninguna otra comida le había sabido tan bien en toda su vida. Una vez terminó, y tras asearse con un aguamanil y una palangana, se tumbó en el lecho sobre varios cojines, agotado.

Terion se sentó en un banco y Vaelmir en el suelo, con las piernas recogidas.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Terion.

—Muy cansado, pero vivo. Ya no siento dolor y tengo la vaga sensación de que hace días que es así.

—Y tienes razón —le informó Vaelmir—. Desde que llegamos a Derand,

hace dos días, dormías profundamente. Sabíamos que habías superado los efectos del veneno, pero tu cuerpo necesitaba recuperarse y decidimos no despertarte, excepto para darte un poco de agua y sopa.

—No lo recuerdo —dijo Kirius, intentando hacer memoria, pero tan sólo venían a su mente los sueños y unos pocos momentos de lucidez, cuando estaba agonizando.

—Es normal. Delirabas y en muchas ocasiones hablabas en sueños —le explicó Terion—. Mencionaste a tus padres, a Gaelon y a un río con aguas rojas como la sangre.

—Tuve unos sueños muy extraños. Ahora sé... —empezó Kirius, pero calló al ver como el Ausente aparecía en la habitación y caminaba hacia él, con sus ropas dejando una estela de oscuridad en la estancia.

—¿Y bien? —lo animó Terion, para que continuase.

—No debes contarles lo que has visto —le advirtió el Ausente.

—¿Por qué? —preguntó Kirius, ignorando la mirada que cruzaron sus amigos al ver que hablaba con la nada.

—Debes esperar antes de decidir si quieres abrir tu corazón ante ellos —contestó su fantasmal acompañante—. Confía en mí. Pronto sabrás a qué me refiero.

—No sé si debo confiar en ti —replicó él, acordándose de las palabras de Keilan—. Tú sabías que ellos podían sentirte, ¿por qué no me advertiste antes?

—Kirius... —empezó a decir Terion, pero el muchacho lo ignoró.

—No lo supe hasta que noté como Keilan me miraba y, además, apenas tuvimos tiempo de hablar. Debes comprender que, aunque no siempre sepas mis motivos y estos te puedan llevar a sufrir, yo sólo quiero lo mejor para ti.

—Kirius, ¿te encuentras bien? —volvió a preguntar Terion.

—Sí. Tan sólo hablaba conmigo mismo —respondió el muchacho con determinación—. Sin duda ya sabréis que lo hago a menudo.

—Lo sabemos. Con respecto a eso... —empezó Terion, pero enmudeció cuando el muchacho levantó una mano pidiéndole silencio.

—Ahora no —zanjó Kirius con voz tajante, a pesar de su cansancio—. No es el momento para discutirlo. Me conformo con que sepáis que no soy un lunático.

—Ninguno piensa eso —lo apoyó Vaelmir, evaluándolo con la mirada—. Cuando estés preparado para hablar de esa cuestión, te escucharemos.

—Gracias. Ahora decidme, ¿durante cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ya hace diecisiete días desde que te sacamos del glaciar —le informó

Terion, aún perplejo por la negativa del muchacho a hablar del Ausente.
Kirius

agitó la cabeza, incrédulo—. Sí, Kiriús, has estado muchos días entre la vida y la

muerte, sufriendo más de lo que nunca haya visto sufrir a nadie. Dyan creía que

de alguna forma conseguías evadirte del dolor.

Aunque Terion no formuló la pregunta, su silencio evidenciaba que esperaba que el muchacho le contase lo que había pasado.

—Soñaba, pero apenas si lo recuerdo —dijo Kiriús, mirando al Ausente, que asintió a sus palabras—. Recuerdo el dolor, no podré olvidarlo jamás, pero cuando soñaba no lo sentía. ¿Dyan se marchó a Midel? Lo escuché una de las veces que estuve consciente.

—Así es —respondió Terion, con la mirada seria—. Se despidió de nosotros poco antes de entrar en Derand.

Vaelmir se levantó sin decir palabra y sacó un fardo, que estaba envuelto en pieles a los pies del lecho. Cuando lo desató, tenía en sus manos la espada que

Kiriús había encontrado en la caverna de Myrkhonos.

—¿Y esta espada? —pregunto el norvadoreano—. ¿Dónde la encontraste?

Kiriús no tuvo más remedio que relatarles su periplo, cuando se había

perdido tras caer por las laderas del Gigante de Escarcha. Les contó cómo había

llegado a la cueva que llevaba a la tumba del dragón, cómo este lo había sanado

al tocarlo y cómo allí había encontrado la espada y la lámpara, que Vaelmir le dijo que también habían traído. Sin embargo, obvió las partes que hablaban del

Ausente o Is´merid. Confiaría su vida a Terion y Vaelmir, lo cierto es que ya lo

había hecho en más de una ocasión, pero sabía que el Ausente le había advertido

por alguna razón. Ambos lo escucharon, embelesados, mientras les contaba su

historia. Cuando acabó de hablar, en el rostro de Vaelmir apareció una sonrisa de

incredulidad que no se molestó en disimular.

—Esta espada pertenecía a una de las grandes familias de Isgarad, los Gariéd. La perdieron al perecer su portador durante el ataque a Myrkhonos —dijo el conde—. Ahora deberías descansar, Kirius. En tres días debemos presentarnos ante el rey Arvius, sea como sea. Cuando estés más fuerte, volveremos a hablar.

—En efecto —confirmó Terion—. Espero que entonces nos expliques más cosas.

Kirius asintió, sin saber qué decir. Vaelmir dejó la espada en el suelo y ambos abandonaron la habitación. El chico frunció el ceño, incómodo. Nunca le

había gustado mentir, pero hacerlo con ellos le desagradaba especialmente.

—Espero que tengas buenas razones para esto —dijo Kirius con frialdad.

—Nunca te pediría que hicieras algo sin un buen motivo —le aseguró el Ausente.

—Ah, ¿no? Pues muchas veces lo parece. A menudo me dices cosas contradictorias. ¿Cómo quieres que confíe en ti?

—Sabes que era ella la que me hacía decirlo, o su locura.

—¿Ella te obligaba a decir cosas?

—A veces, y yo a ella —respondió el Ausente—. Te dije que luchábamos por ti y a veces era ella la que tomaba el control.

Eso debía ser lo que sucedía cuando se quedaba en blanco, que Isímerid tomaba el control. Kirius suspiró, arrepentido de lo que había dicho. Él comprendía, mejor que nadie, por lo que había pasado el Ausente. El sufrimiento

de uno era el mismo que había padecido el otro.

—Dime, los sueños que viví... Lo hice gracias a ti, ¿verdad?

—Sí, yo ayudé a que tu esencia se refugiase en otro lugar. De no ser así no hubieses sobrevivido, ni siquiera después de tocar a Myrkhonos.

—Claro —comprendió Kirius—. Eso debió ayudarme a resistir el veneno.

—El veneno de ashal dorado es el más temido del mundo por una razón: que envenena a la vez cuerpo y espíritu. De ahí el dolor tan atroz y que sea imposible

contrarrestarlo. Hasta que tú lo has hecho.

—Pero mi último sueño fue interrumpido por alguien capaz de encontrarme en ese lugar a donde me llevabas. Él sabía quiénes éramos, ¿cómo es posible?

—No lo sé. Aún hay muchas cosas que no recuerdo, pero estoy seguro de que ese hombre no es una de ellas.

—Me daba escalofríos —afirmó Kirius, recordando al siniestro lord Aramir

—. Aseguró estar envenenado, como yo, y me habló de Euhm y de un profeta.

—El Profeta —puntualizó el Ausente, acercándose a él—, el cual lleva muerto siglos. Ese hombre usaba una magia onírica muy fuerte, no te fíes de él.

En todo caso, a pesar de su interrupción, el sueño bastó para que supieras quien soy. No es lo único que comprendiste, ¿verdad?

—No sé... qué quieres decir —respondió Kirius, demasiado abrumado ya por todo lo que había visto en sus sueños, como para querer hacer más conjeturas—. Ahora sé que Gaelon quería protegerme de la gente que hizo daño

y arruinó la vida a mis padres. Gente que vive aquí, en Isgarad.

—¿Y cómo te hace sentir eso? —preguntó el Ausente, con el rostro reflejando una tristeza insondable.

—No lo sé aún —contestó el muchacho, con el rostro pensativo—, pero sí sé que ya no tengo miedo.

Los siguientes dos días transcurrieron con lentitud, mientras Kirius se

centraba en recuperar fuerzas en el lecho. Vaelmir y Terion pasaban buena parte

del día en otra parte. Ambos hombres tenían otra habitación en la posada, pero

apenas si salían de ella por si eran reconocidos en la ciudad. El Ausente también

desapareció tras su conversación y no volvió a verlo ni oírlo. Al tercer día Kirius

ya se sentía capaz de caminar un buen trecho, y de abandonar el establecimiento.

Esa mañana, mientras se vestía, Terion fue a visitarlo a la habitación. Al parecer, Vaelmir había salido a ver a un amigo que tenía en Derand.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Terion, al ver al chico de pie.

—Todavía un poco débil, pero con fuerzas para caminar.

—Vayamos abajo a comer algo, te vendrá bien.

Ambos salieron de la habitación sin cruzar palabra. Mientras bajaban por una desvencijada escalera hasta la sala común de la posada, Kirius no pudo evitar notar cierta tensión entre ellos. Su impresión se vio confirmada una vez estuvieron sentados el uno frente al otro, en la casi desierta sala común del establecimiento. Era media mañana, así que, a excepción del posadero, sus camareras y dos clientes rezagados, no había apenas movimiento en el lugar.

Comieron casi en silencio y cuando hablaron fue sólo para comentar banalidades

acerca del tiempo o la comida. Mientras tanto, Terion no paraba de mirarlo de una manera que le incomodaba.

—¿Por qué me miras así? —preguntó tras apurar la última gota de vino de su vaso de cerámica.

—Has cambiado —contestó Terion con seriedad—. Supongo que ahora sí puedo decir que ya eres un hombre.

—No pareces muy contento al respecto.

—Quizá es porque ha sido un cambio brusco. Desde que has despertado estás más serio y distante.

—Lo siento —se disculpó el muchacho—. Si parezco distante, no es esa mi intención. Ninguna parte de este viaje ha sido fácil para mí, pero desde que subí al Gigante de Escarcha las cosas se volvieron mucho más difíciles.

—Soy yo quien debería disculparse por no haberte podido evitar tanto sufrimiento.

—No tienes que proteger a todo el mundo, Terion —replicó Kirius con suavidad—. No debes sentirte mal por ello.

—No quiero proteger a todo el mundo, tan sólo a los que me importan —se sinceró el isgario, ahora con una sonrisa melancólica.

—Estoy bien. Si conseguí acabar con Keilan, fue gracias a lo que tú me enseñaste.

—¿De veras? No sé cómo lo hiciste, Kirius. Yo corría en ese momento en dirección este, buscando la forma de cruzar la grieta para ayudarte —relató Terion con una extraña expresión en su rostro—. Mucho después, cuando

llegué

hasta ti, él estaba muerto y tú parecías inconsciente. Vael me dijo que tu espada

estaba unos metros fuera de tu alcance, cuando ya estabas cegado por el veneno.

Luego gritaste y la espada desapareció para reaparecer en tu mano.

¿Recuerdas

eso?

Kirius negó con la cabeza mientras recordaba como el Ausente le había

tendido la espada, salvándole así la vida. También recordaba la petición que le había hecho días atrás. Debía esperar antes de revelar su secreto a sus dos amigos. Kirius frunció el ceño, incómodo por tener que mentirle.

—Lo tengo todo muy borroso, aún.

—Claro —dijo Terion, suspirando—. Hablaremos de ello cuando estés preparado.

Kirius volvió a notar el tono herido y la tensión en su mirada. Observó a su alrededor, pero no había rastro del Ausente. No podía seguir ocultándole algo tan

importante. Necesitaba hablarlo con él. Quizá podía ayudarlo a encontrarle un sentido a las cosas que ahora sabía. Confiaba en el Ausente, sí, pero no más que

en Terion.

Justo entonces, Vaemir entró como una exhalación en la sala común de la posada y, al verlos, se acercó hasta su mesa.

—¿Qué ocurre? ¿Te han reconocido? —preguntó Terion en cuanto estuvo junto a ellos, notando en su rostro que algo iba mal.

—¿Qué? Por supuesto que no —replicó un ofendido Vaelmir—. Sin embargo, debemos irnos ya. Hay hombres armados preguntando por dos viajeros

y un chico en cada posada de Derand.

—¿Cómo es posible?! —preguntó Terion subiendo el tono de voz—. ¿Ha sido Julius?

—No alces el tono, amigo, si no quieres que el posadero salga corriendo a vender nuestros culos al primer guardia que pase por la calle —le instó Vaelmir a Terion en voz baja, mientras sonreía. Kirius lo miró con admiración, sin saber cómo era capaz de hablar así, sin apenas mover los labios—. Por lo que sé, Julius aún no ha regresado. No entiendo cómo saben que estamos en la capital.

—Ahora eso da igual, ¿verdad? —intervino Kirius—. Lo que importa es que nos buscan y que no podemos quedarnos.

—No podría estar más de acuerdo —coincidió Vaelmir—. Os recuerdo que no se me tiene mucho aprecio en Isgarad. Recojamos nuestras cosas y vayámonos de aquí.

No mucho después, los tres se marcharon en busca de Arin, que se encontraba en los establos de la posada. Mientras Terion preparaba a su montura,

Kirius permanecía frente al establecimiento, observando por primera vez las

calles de Derand y el cielo de su patria, Isgarad. El sol brillaba con fuerza por encima de los tejados de la ciudad, en un apacible día casi veraniego. La ciudad

le recordó a Corak, sólo variaban los colores, los olores y lo sinuoso de las calles. La vía donde estaban subía en una pronunciada pendiente en dirección sur. Desde la ventana de su habitación, Kirius ya había visto que en aquella dirección se levantaban las murallas y los torreones del imponente castillo de la

ciudad. Mientras observaba, un andrajoso mendigo se acercó hasta él, con la cabeza cubierta por una cofia de lino llena de mugre y la cara picada de viruelas.

—Por favor, mis señores, una limosna para celebrar el día de las Tres Victorias —dijo, tendiendo una mano que temblaba visiblemente.

—¿No está prohibido mendigar en Isgarad? —preguntó Vaelmir que permanecía cerca de Kirius.

—Sí... mi señor —respondió el desdichado, encogiéndose.

—Eso pensaba —dijo Vaelmir con una mueca antes de meter la mano en su bolsa y darle un buen puñado de monedas. El hombre aceptó la limosna y se quedó mirando el brillo del oro y la plata con una cómica expresión de incredulidad. Era evidente que jamás había visto el brillo del oro desde tan cerca

antes de ese día—. Vamos, desaparece antes de que cambie de opinión.

—Ah, Shezarel te sonrío por tu generoso corazón, buen señor —le agradeció el sonriente mendigo antes de dar media vuelta y alejarse a paso vivo.

—Y yo me cago en la sonrisa de Shezarel —murmuró Vaelmir.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Kirius.

—¿Y por qué no? —replicó su amigo, encogiéndose de hombros—. Lo más probable es que mañana esté en una mazmorra o muerto. Quería hacer una buena

acción, a ver si el Creador tiene a bien olvidarse de todas las mujeres que he hecho enviudar a lo largo de mi vida. Y ya de paso, de cómo consolé a muchas

de ellas luego de enterrar a sus maridos —añadió con una sonrisa socarrona.

—Vael...

—Lo digo en serio, muchacho. Mis esperanzas de salir bien parado de nuestra reunión con el rey han bajado en picado, tras enterarme que nos buscan

por toda la capital. Por lo visto, los sherims son muy estrictos en lo que respecta

a dejar que los muertos se lleven su oro a Aelys. Mejor repartir alegría, ahora que todavía estoy a tiempo.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué no dejas que Terion se ocupe?

—No pienso abandonaros —dijo el norvadoreano, por fin con una mueca de seriedad y preocupación en el rostro—. Terion me necesita, porque es demasiado

incauto para su propio bien. Al igual que tú, Kirius. Ya has visto como es el mundo, muy distinto de la seguridad que te brindaban Gaelon y Rynad. Y de todos los lugares en los que he estado, de todas las pocilgas que he tenido la mala suerte de tener que cruzar, Isgarad es quizá de las peores. Es un nido de ratas.

—Y, sin embargo, aquí estás a pesar de saber que te espera un juicio, si te encuentran.

—Aquí estoy. Para mí impedir esta guerra es incluso más importante que para Terion. Sería mi... redención —dijo al final con una sonrisa llena de incredulidad, como si apenas pudiese creer lo que acababa de decir.

—Lo entiendo —dijo Kirius con una sonrisa de ánimo—. Seguro que todo irá bien.

—Claro —replicó el señor de Aldremhem, sin poder evitar bajar la mirada a su mutilada mano derecha—. Sin duda este viaje ha sido más largo para ti que

para nosotros —dijo con una misteriosa sonrisa. Luego se giró al ver que Terion

se acercaba trayendo a Arin de las riendas—. Deberías preocuparte más por él que por mí. Él lo va a pasar mucho peor cuando vuelva a encontrarse con lo que

dejó atrás.

—Eso me temo.

—Creo que es algo que ya has aprendido por ti mismo, pero deberías recordar esto: el pasado y quienes fuimos carece de importancia si lo

comparamos con el presente y quienes somos ahora —dijo Vaelmir antes de que

Terion llegase a su lado, y luego le dio la espalda para ir al encuentro de su amigo.

—Vael, ¿puede tu misterioso amigo darnos cobijo en su hogar hasta la tarde?

—preguntó Terion en cuanto estuvieron juntos.

—No, pero no lo culpes. Si alguien supiese que me ha estado enviando información de lo que ocurre en Isgarad, acabaría en una mazmorra. Sin embargo, ha arreglado las cosas para que podamos ocultarnos en los sótanos de

una casa de vinos, en el Distrito de los Gentiles. Insiste en que sólo hablará conmigo.

—¿Nos ayudará a entrar al Distrito del Azor y al castillo? —insistió Terion.

—Aún lo estamos negociando, pero tenemos una posibilidad. Vayamos, no nos conviene estar en las calles más tiempo del necesario.

Los tres, junto a Arin que seguía sin silla de montar, se adentraron en el laberinto de estrechas y empinadas calles que era aquella parte de la ciudad. Se

movieron hacia el sur, por las cada vez más concurridas calles. Terion les recordó que hoy se celebraba el día de las Tres Victorias, una de las más importantes festividades en Isgarad. Familias enteras salían de sus casas y se dirigían al Distrito del Puerto, por lo que iban a contracorriente. En varias ocasiones debieron apartarse para abrir camino a una comitiva de varios

hombres que caminaban vestidos de negro y oro, y con máscaras de formas

horripilantes que ocultaban sus rostros. Todos ellos portaban antorchas

encendidas, a pesar de la hora del día. El resto del gentío se apartaba, dejándoles

un pasillo por el que pasar y les lanzaban ramas de olivo a su paso, mientras

los

jaleaban y vitoreaban.

No mucho después, llegaron a la casa de vinos, a poca distancia de la muralla sur de la ciudad. Dos altos torreones custodiaban la entrada al Distrito del Azor y al castillo de Elimor. Esta parte de la ciudad era más próspera que la

zona donde estaba ubicada la posada. Las casas eran más grandes y no estaban

tan arracimadas unas con otras. La casa de vinos era un edificio amplio, con cuatro columnas en su frontal, y multitud de toneles y barricas en su exterior.

Apenas llegaron ante ella, acudió a recibirles un niño de unos ocho años.

—¿Sois el Gato Negro? —le preguntó a Vaelmir, que se había adelantado al resto.

—Así me llaman.

—Vuestros acompañantes deben bajar a los sótanos y esperar allí. Vos debéis venir conmigo —recitó, con su rostro reflejando una profunda concentración, como si se lo hubiese aprendido de memoria.

Bajo las indicaciones del niño, Kiriús y Terion bajaron a las espaciosas bodegas del edificio, tras dejar atado a Arin en el exterior.

—Estaréis bien —les dijo Vaelmir antes de irse—. En cuanto llegue a un trato con nuestro benefactor, bajaré a veros.

El norvadoreano subió las escaleras, acompañado del niño, y cerraron sobre

ellos las puertas que daban al sótano. Kirius recordó, con desagrado, su cautividad en la torre de Jangvard. La bodega estaba repleta de toneles de roble

repartidos por las paredes. A juzgar por el polvo y las telarañas, algunos llevaban

mucho tiempo allí. En el centro del alargado sótano, había una mesa y dos sillas.

Alguien había dejado en ella una bandeja con comida, pan, queso, algunas piezas

de fruta y, por supuesto, una jarra de vino. Terion pronto se sentó en una de las sillas y Kirius lo imitó, cansado por el trayecto.

—¿Confías en ese amigo de Vael? —preguntó Kirius, rompiendo el silencio.

—No, y no es su amigo. Es más, Vael no sabe ni quién es la persona con la que trata. —Fue la sorprendente respuesta de Terion.

—¿Cómo es posible?

—Intriga y política. No olvides que Vael fue diplomático y espía en el pasado. Domina todas esas artes como nadie que conozca. Su *amigo* lleva dos años enviándole información de Isgarad a través de terceras personas, puesto que

Vael no podía arriesgarse a entrar al país. Luego él me daba esa información, a

menudo también a través de intermediarios.

—Parece todo innecesariamente complicado —comentó Kirius—. Sin embargo, si Vael se arriesga a confiar en su informador, nosotros también

deberíamos hacerlo.

—Desde luego, aunque ya sabes que Vael no se fía de nadie —sonrió Terion, pero luego su rostro se volvió serio—. No te quiero engañar, Kirius. Estamos caminando por el borde del precipicio aquí en Isgarad. Todos nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, a pesar de que lo sabía muy bien.

—No sé lo que puede ocurrir hoy —señaló Terion con voz cansada—. Me temo que las perspectivas no son buenas si, como parece, alguien sabe que estamos en Isgarad y se toma tantas molestias en buscarnos.

—Temes que sea tu hermano quien nos busca, ¿verdad? —preguntó Kirius.

—Así es.

—¿Cómo es él?

—No puedo decirte cómo es ahora, pero sí cómo era antes, hace diecisiete años —dijo Terion, con su rostro reflejando nuevamente amargura—. Verás, Arvius nació tres años después que yo y unos meses después murió nuestra madre. Ella nunca pudo recuperarse de un parto complicado. Nuestro padre siempre pareció culpar a mi hermano por ello y, aunque se volcó en atenciones

hacia mí, apartó a Arvius de su lado, dejando su educación y cuidado en manos

de sirvientes. A pesar de eso, o quizá a causa de ello, crecimos siendo mucho más que hermanos. Ante todo, éramos amigos. Teníamos una complicidad sin igual y él me admiraba, como sólo los hermanos pequeños pueden hacer con

los

mayores. Sin embargo, cuando decidí marcharme de Isgarad, no lo entendió.

Mi

padre insistió en que me llevara a Eldear, pues siempre creyó que mi renuncia a

la heredad, a mis títulos y ciudadanía era sólo una forma de dar más solemnidad

a mi juramento de acabar con Malken. Él creía que cuando lo matase volvería a

Isgarad, a recuperar todo aquello a lo que había renunciado.

—Tu hermano no lo veía así —afirmó Kirius.

—No. Él me conocía bien y sabía que me iría para siempre. Me dijo... que lo estaba abandonando. Cuando intenté darle a Eldear, la rechazó y me dijo que

debía ser yo, el verdadero heredero, quien la portase. Que él no era digno de tal

honor. —Terion suspiró con el rostro ensombrecido—. Cruzamos palabras muy

duras, antes de que me fuese. Cosas que quiero pensar que no sentíamos.

—El pasado no tiene por qué definir quiénes somos en el presente —dijo

Kirius, acordándose de las palabras que le había dicho Vaelmir ese mismo día.

—El pasado a menudo te pone unos grilletes de los que es imposible escapar

—replicó Terion con voz abatida.

Kirius permaneció en silencio. Había algo que Terion no quería contarle,

pero se afanaba en indicarle vagamente. No estaba seguro de qué era, pero sabía

que no quería descubrirlo y que, sin duda, le haría daño una vez lo supiera.

Las horas pasaron con lentitud en la fresca bodega. Nadie bajó a

importunarlos y, aunque les llegaban sonidos de la calle, en el edificio parecía no

haber actividad. Terion y él comieron cuando se les abrió el apetito y dejaron las

sobras sobre la mesa. Seguía sin aparecer nadie, y Kirius se levantó para estirar

las piernas y disimular el nerviosismo que empezaba a embargarlo. Además,

Terion llevaba un buen rato sumido en un hermético silencio. Cuando el

muchacho vio a una oscura figura, que venía hacia él desde las sombras de la bodega, dio un respingo antes de reconocer al Ausente. Se acercó sin decir palabra, y Kirius lo miró casi con temor, deseando que no estuviese allí para darle malas noticias, como era habitual.

—Estás preocupado, Kirius —dijo mientras sus ropajes dejaban estelas de oscuridad al moverse—. Notas que se acerca el momento.

—Lo ves, ¿verdad? —fue el sorprendente comentario de Terion.

—¿Qué es lo que veo?

—Acordamos no hablar de esto hasta que estuvieses preparado —le recordó

Terion—. Tan sólo quería que supieses que conozco tu... habilidad. Tu abuelo

también la tenía y... algunos lo sabíamos. Recuerda que el mundo real es más

importante que cualquier otra cosa que puedas percibir.

Kirius miró al Ausente, sorprendido por las palabras de Terion. ¿El Ausente había estado vinculado a su abuelo de la misma forma que lo estaba a él? El hombre sombrío asintió en silencio, confirmando lo que acababa de oír.

—Y si es así, ¿no pensaste que a lo mejor me hubiese venido bien que me lo explicases mucho antes? —espetó el muchacho sin acritud, pero con vehemencia.

—Quizá —concedió Terion, de nuevo con pesar en su voz—, o quizá no me correspondía a mí hablarte de eso. Preferí quedarme al margen.

—En este caso, tiene razón —dijo el Ausente, mirándolo sin simpatía—.

Nuestro vínculo no es de su incumbencia.

—Tú ya le conocías —afirmó Kirius con una súbita intuición—. Recuerdo que cuando lo vi por primera vez me advertiste contra él. ¿Por qué? ¿Qué hizo su

padre para que detestes a su familia así?

—Ahora sabes que siempre he estado vinculado a los de tu sangre. Pasé muchos años en Isgarad, hasta la huida de tus padres y, cómo ya te dije, aunque

no entiendas por qué hago las cosas, siempre busco tu bien.

«Un bien que no necesariamente es el que yo considero adecuado para mí».

Eso ya le había quedado claro. Terion lo miró preocupado, después de oírle hablar con el Ausente. Hizo ademán de decirle algo, pero acabó por alejarse

unos pasos y se mantuvo en silencio. Kirius suspiró, agobiado; estos días el Ausente y Terion le hacían sentirse como si uno fuera una espada y el otro la pared en la que se apoyaba. Daba igual quien fuera quien, tenía la sensación de

que, al final, alguno le acabaría haciendo mucho daño.

Sin previo aviso se abrió la puerta de la bodega y bajaron tres personas por las escaleras. El primero era Vaelmir, tarareando una vieja canción de taberna. El

segundo era el niño que les recibiera a su llegada a la casa de vinos, que ahora

portaba con visible esfuerzo un hatillo de ropajes de color oro y negros. El último en bajar era un hombre desconocido, al menos parecía un hombre, pues

vestía con ropajes negros, llevaba una capucha puesta y una máscara que ocultaba su rostro. La máscara representaba a algún tipo de ave monstruosa con

un pico ganchudo. Kirius respiró aliviado al ver que no era un cuervo.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir Terion.

—Tranquilo, amigo. Nuestro misterioso benefactor ha decidido ayudarnos, pero a cambio ha insistido en bajar a conoceros —le interrumpió Vaelmir, trastabillando cuando bajaba el último peldaño.

El conde se acercó a ellos con una estúpida sonrisa en la cara y entonces Kirius se dio cuenta de que estaba borracho. Muy borracho.

—¿Has perdido el maldito juicio, Vael? —replicó Terion, mirándolo con

frialdad.

—El señor Azor no quiere que os preocupéis, Terion —medió de improviso el niño, de nuevo hablando como si se hubiese aprendido sus palabras de memoria—. Vuestros secretos están a salvo con él. Sin embargo, necesitaba saber quiénes erais antes de arriesgarse a dejaros entrar al castillo.

—¿Sabéis ya quiénes somos? —le preguntó Terion al enmascarado, con la voz rezumando peligro mientras ponía su mano en la empuñadura de Eldear. El señor Azor hizo un gesto afirmativo, después se agachó al lado del niño y le susurró unas palabras al oído.

—Os ha reconocido —afirmó el niño—. Quiere que sepáis, antes de que hagáis alguna tontería, que no todo el mundo en Isgarad está en contra de vuestro regreso. Algunos desean que las cosas sean como antes de la traición de

Malken.

Terion miró al enmascarado largo rato y luego miró a los ojos a Kirius. Su mano soltó la empuñadura de la espada y se relajó visiblemente. El misterioso hombre volvió a susurrar unas palabras al oído del niño.

—El conde Vaelmir ya ha sido informado de cómo debéis entrar al Distrito del Azor. No olvidéis, Terion, que, sin la protección del rey, ahora no sois nadie

aquí en Isgarad. Debéis llegar hasta él antes de mostrar vuestra identidad y confiar en que os escuche. El señor Azor ruega para que los Tres os acompañen

en este día.

Dicho esto, ambos subieron por las escaleras, dejándolos a solas junto al Ausente, que permanecía callado cerca de Kirius. Vaelmir estalló en una repentina e hilarante carcajada.

—Ah, me temo que el señor titiritero de niños nos tiene cogidos por los huevos —dijo, mientras hacía un gesto gráfico para ilustrarlo—. ¿No has podido reconocerlo, Terion?

—No. Se ha cuidado bien de mostrarse o dejar que escuchase su voz. Es evidente que piensa que lo reconocería, a pesar de los años que he pasado lejos

de esta ciudad. Sin embargo, si hubiese querido arrestarme o cortarme el cuello,

ya lo podría haber hecho. ¿Crees que era un buen momento para emborracharte?

—Oh, sin duda el mejor momento y me hubiese ido a algún burdel, si hubiese tenido más tiempo. Son el tipo de cosas que luego te arrepientes de no

haber hecho, mientras el verdugo te pega en las rodillas para que las dobles y apoyes la cabeza en el...

—¡Vael! Eso no va a ocurrir —le espetó Terion.

—Ah, ¿no? ¿Kirius? ¿Qué opinas tú? —preguntó con sorna Vaelmir, ignorando a su amigo.

—No dejaremos que te ocurra nada malo —prometió Kirius—. Explícanos el plan de ese hombre y no dejemos que nos cojan antes de hablar con el rey. No

hemos recorrido media Balaeron para fracasar ahora.

—Pasas demasiado tiempo con Terion —respondió el norvadoreano con una risita—. Veamos, el plan es simple. Aprovechando el día de las Tres Victorias, que todo noble de Isgarad celebra como es debido, nos vestiremos como vasaris

y fingiremos ser nobles de Merethia bajo la hospitalidad de la corona de Isgarad.

Antes de que lo preguntes, Kirius, los vasaris eran los capitanes de los navíos de

Varagor que intentaron tomar Derand, durante la invasión tarkesia.

—¿Por qué las máscaras? —preguntó Kirius igualmente.

—Supongo que para ser más respetados por sus tripulaciones de esclavos y más temidos por sus enemigos —respondió Vaelmir, encogiéndose de hombros

—. Aquel día, hace más de trescientos años, una veintena de hombres de Isgarad

consiguió infiltrarse en las naves enemigas, que fondeaban frente a las costas al

norte de aquí. Se vestían como los vasaris y se cubrían los rostros con sus máscaras. Así pudieron incendiar los barcos desde sus bodegas, para poder morir

como héroes y salvar, de paso, a la ciudad. En todo caso, debemos dejar

nuestras

armas aquí y vestírnos con esos atavíos. Habrá una celebración en el Patio de los

Veteranos, donde estarán casi todos los señores de Isgarad. Eso nos dará la oportunidad de que Terion llegue hasta su hermano sin que nadie interfiera, para

que el rey pueda ordenar que nos corten la cabeza él mismo.

Terion lo miró con frialdad, pero no se avino a contestarle.

—Terminemos con esto cuanto antes —dijo mientras desataba el hatillo de ropajes con brusquedad—, y veamos si Vael tiene razón en estar tan asustado.

Terion empezó a desvestirse con brusquedad, siendo imitado al momento

por Vaelmir, que sonreía socarronamente. Kirius los miró con pena durante unos

instantes, antes de hacer lo propio. Nunca había visto tanta tensión entre sus amigos, pero no era ninguna sorpresa tampoco. Hacía tiempo que intuía que este

viaje a Isgarad no podía acabar bien. Había demasiadas incógnitas, y parecían tener demasiados enemigos, para que las cosas fuesen como habían proyectado

en la granja. Sin embargo, como le había dicho al Ausente, ya no tenía miedo.

Siempre y cuando ellos estuviesen con él, afrontaría lo que fuese que les esperaba en la zona alta de Derand.

Cuando se hubo vestido con las extrañas vestiduras de tafetán, tomó la

última máscara que quedaba, después de que Terion y Vaelmir hubiesen cogido

las suyas. Su máscara, de cuero tintado y tejido para proteger el rostro,

representaba el rostro de un varón triste, con la boca torcida hacia abajo y una lagrima roja cayendo por su mejilla. Al mirarla, Kiriús tuvo un súbito escalofrío,

pero se la colocó en el rostro, sujetándola con unas lazadas a su cabeza. La de Terion representaba a un rostro horrible, deforme y rojizo, una especie de

demonio. La de Vaelmir no podía ser más diferente de aquella y sin duda era la

más aparatosa de las tres. Unos largos cuernos sobresalían a los lados de la cabeza, sobre una máscara que representaba con bastante acierto el rostro de un

ciervo.

—Demonios, como pesan —se quejó Vaelmir, moviendo la testa y su recién adquirida cornamenta—. Iba a hacer un chiste acerca de nobles de Isgarad yendo

de cacería para abatir al más magnífico ciervo de Norvador, pero creo que Terion

no entendería la ironía.

—Entiendo que borracho no nos sirves de nada. Te quejas de que tu cabeza puede acabar en el tajo del verdugo, pero eres tú el que parece querer ponerla allí

—le espetó Terion con una voz siniestra, distorsionada por la máscara.

—No sigáis con esto —pidió Kiriús, que nunca los había visto tan alejados

el uno del otro—. Debemos confiar en que tu hermano será razonable.

—De acuerdo, me portaré bien —concedió Vaelmir con otra risita—. ¡Qué empiece la mascarada y salgan los actores a escena!

Ciertamente, parecía que estuviesen en una de las representaciones ambulantes que solían recorrer Balaeron. Aunque Kirius no había asistido a ninguna, pues eran escasas y muy caras, las máscaras, que tuviesen que fingir ser

otras personas y la tensión que vivían, parecían encajar con una de aquellas obras; sólo que ahora nada era fingido.

Subieron las escaleras y abandonaron el sótano. No había ni rastro del hombre enmascarado, pero el niño estaba esperándoles arriba. Recogió sus ropas

y armas, colocándolas en un aparador. Luego le entregó a Vaelmir un documento

sellado con un lacre azul.

—Es vuestro salvoconducto para entrar al Distrito del Azor —dijo con seriedad—. El señor Azor dice que debéis apresuraros, pues el rey tiene previsto

hacer un importante anuncio hoy, durante la celebración de la festividad.

Vaelmir tomó el documento y masculló unas palabras de despedida antes de abandonar el edificio. En el exterior empezaba a oscurecer. Se dirigieron con paso firme hacia la puerta de rastrillo, situada en la muralla, custodiada por un buen número de guardias. El Ausente había vuelto a desaparecer, sin que él hubiese reparado en ello. Aún no estaba seguro si cuando no lo veía

significaba

que no estaba con él o que estaba oculto a sus ojos, como antes de tocar los restos de Myrkhonos.

Vaelmir tomó la iniciativa y se adelantó para parlamentar con los guardias, enseñándoles su salvoconducto. Lo hacía con un aplomo encomiable, teniendo

en cuenta lo ridículo de su aspecto, con la cornamenta de ciervo asomando a ambos lados de su cabeza, y a que esos mismos guardias no dudarían en capturarlo, o algo peor, si sospechasen quién se ocultaba tras la máscara.

—Llegáis tarde a la celebración —declaró el capitán de la guardia en tono amistoso—, pero aún podéis disfrutar de bebida y un buen banquete en el Patio

de los Veteranos, ante el castillo.

—Espero que nos hayan dejado algo de buen vino. No he probado ni gota desde que abandonamos Ishmer, para llegar hasta Derand a tiempo de ofrecer nuestros saludos a la ilustre familia Landaver.

—Tendréis todo el vino que deseéis, apreciados sires —dijo el capitán con una mueca un tanto burlona, sin duda captando en la voz de Vaelmir el efecto del

alcohol—. Sería un honor volver a combatir junto a los valientes merecianos contra los malnacidos hombres del Dominio.

—Sin duda, un gran honor —dijo Vaelmir, con la voz en tensión.

—Vayamos a por ese vino —comentó Terion alegremente, mientras se

adelantaba y tomaba a Vaelmir del brazo—. Qué las Tres Victorias muestren al

mundo el valor de Isgarad.

—El mundo lo sabe —respondió el capitán, en una respuesta que parecía

casi ritual—. Veo que estáis versados en nuestras costumbres. Pasad y no os demoréis más.

Así lo hicieron. Al otro lado les esperaba una ancha escalera tallada en la roca que subía aún más por el promontorio donde estaba edificada la zona alta de

la ciudad. A su derecha, el mar rugía bajo un acantilado de rocas afiladas y gaviotas que planeaban siguiendo el viento. Detrás de ellos, en el puerto de la ciudad, se veían embarcaciones en llamas, sin duda otra parte de las

celebraciones de la jornada.

La escalinata acabó y llegaron a una zona de la ciudad más cuidada y, sin duda, opulenta. Las casas eran grandes y la mayoría poseía muralla y su propio

torreón. Había jardines y fuentes por doquier, y aquí y allá se veían guardias patrullando la zona. Siguieron avanzando cerca del acantilado, en dirección al castillo que se encontraba en la zona más elevada de la ciudad. Para cuando llegaron a las murallas interiores del castillo, ya había anochecido. Por suerte, la

puerta estaba levantada y, aunque había guardias frente a ella, no inspeccionaban

a nadie, dando por sentado que todos eran miembros de la nobleza de Isgarad o

invitados distinguidos.

Al cruzar al otro lado, se encontraron en un inmenso patio de tierra y

ladrillos de barro prensados. El patio estaba rodeado de diversos edificios, a cada

cual más majestuoso, pero destacaba, sin duda, el propio castillo. Era un edificio

de planta irregular, de varios pisos de altura, con una gran torre circular en su centro y cinco más pequeñas en otros puntos de la estructura. Multitud de

pendones y enseñas colgaban de sus muros y almenas, pero la oscuridad los

hacía irreconocibles. El patio, en cambio, estaba bien iluminado a causa de una

enorme fogata que ardía en su centro, además de otros fuegos menores en otros

puntos de la explanada. A su alrededor, a cierta distancia, habían colocado mesas

con un enorme festín. El lugar bullía con una intensa actividad de aves, bestias y

monstruos legendarios, que ocultaban los rostros de las personas que portaban las máscaras. Aquí y allá se formaban corrillos de personas hablando, cantando o

bailando. Por encima del murmullo de las voces se escuchaba el sonido de la flauta y el tambor, de la lira e incluso de algún trovador recitando sus versos. Era

difícil calcular con exactitud la cantidad de asistentes a la celebración, pero debían rondar el millar.

—En tiempos de tu padre, esta celebración solía ser bastante más aburrida

—mencionó Vaelmir.

—En efecto, así era. Él siempre pensó que las máscaras dejaban que la gente

se sometiera a sus instintos y cometiesen excesos —aclaró Terion mientras miraba la escena—. En todo caso, la de las Tres Victorias siempre ha sido la festividad más querida por mi pueblo.

—Las máscaras no embrutececen a la gente —apuntilló Vaelmir con una voz que volvía a sonar bastante lúcida—, tan sólo hacen que pierdan sus reparos a mostrar quienes son en realidad.

—En nuestro caso, son un medio para obtener un fin. No os separéis de mí entre la multitud. Recordad, buscamos al rey. Dudo que se haya disfrazado como los demás.

Ambos asintieron y fueron tras Terion. Pronto se internaron entre el gentío y el bullicio, que los envolvió en una cacofonía de animales y rostros inertes.

Kirius se preguntó si así se habían sentido sus padres en Isgarad, como si estuvieran en una mascarada entre una multitud de monstruos que fingían ser otra cosa, tras sus máscaras de humanos.

30. Las máscaras caen

Kirius se esforzó en caminar siguiendo la espalda y la cornamenta de Vaelmir, entre empujones y algún pisotón ocasional. Lo irreal de la situación hacía que casi hubiese perdido la noción de la importancia de la tarea que los había llevado

hasta aquí. «Sin duda —se decía—, en medio de esta celebración, nos escucharán y no tomarán represalias contra nosotros». Una esperanza vana e infantil, lo sabía, pero deseaba que fuera así.

Sus pensamientos se vieron cortados de raíz cuando notó como una mano

intentaba abrirse camino bajo sus pantalones. Se la sacudió y se volvió, intentando ver quien intentaba manosearlo de esa manera, pero a su alrededor sólo vio lo que parecía un perro, un buey, un caballo y otra máscara muy detallista, de lo que parecía una especie de calamar. Kiriús se apartó de aquel lugar, ruborizado y enfadado, deseando fervientemente que al menos hubiera sido una mujer la que lo había tocado, pero no había tenido esa impresión. Desde

luego que el anonimato y el vino parecían sacar los más bajos instintos de la gente, ya fuesen nobles o simples campesinos. Tras dar unos pasos, se dio cuenta

de que ya no veía ni a Vaelmir ni a Terion. Masculló una maldición y se introdujo entre el gentío con ímpetu para alcanzarlos.

Cuando vio la cornamenta de un ciervo, agradeció su buena suerte. Se

dirigió hacia su amigo, que estaba dándole la espalda cerca de una de las hogueras que iluminaban la noche. No muy lejos había una buena cantidad de manjares, bebidas y aperitivos, sobre unas mesas colocadas para la ocasión. Era

patente que la celebración estaba muy avanzada y ya se había dado buena cuenta

de parte de la comida. Kiriús se acercó a Vaelmir y, tomándolo del brazo, le dijo:

—Vaelmir, gracias a los Tres que te he...

Sus palabras murieron cuando el hombre se giró con una copa de bronce en las manos y vio que la máscara, aunque representaba a un ciervo, como la de su

amigo, tenía una confección muy diferente. Aquel hombre no era el conde de Aldremhem.

—¿Vaelmir? —preguntó el enmascarado con extrañeza—. Ese es un nombre de Norvador, no precisamente muy popular por estas tierras. ¿Es que acaso pretendías insultarme?

Kirius lo miró, sin saber qué decir. Iba vestido con los mismos ropajes color negro y oro que los demás, y bajo la máscara se veía un cabello largo y cobrizo.

No sabía quién podía ser, o qué títulos o cargos podía poseer en Isgarad, pero lo

cierto era que parecía saber quién era Vaelmir. Un paso en falso con este hombre y podía ser el fin.

—¿Y bien? —preguntó el hombre alzando el tono. Kirius se fijó en la

anchura de sus hombros y su gran altura. ¿Cómo era posible que no se hubiera

fijado antes en sus diferencias con Vaelmir? La maldita máscara no lo dejaba ver

bien—. Dadme vuestro nombre y el apellido de vuestra familia.

Kirius empezó a sudar bajo la máscara, sin saber cómo mentirle de forma

convinciente. ¿Debía decir Landaver o Dorial? Eran los únicos apellidos que le venían a la cabeza, pero sabía que eran las dos familias más importantes de Isgarad. Sin duda, descubriría su mentira con facilidad. Cuando estaba pensando

seriamente en echar a correr e internarse entre el gentío, llegó la ayuda que necesitaba. Una mujer, a juzgar por el vestido de tafetán negro y dorado,

enmascarada con el afilado rostro de un ave y plumas de halcón que caían a ambos lados de su máscara, se adelantó unos pasos y se puso a su lado. Kirius

comprendió que ella y el hombre debían de estar conversando, antes de que él los interrumpiera.

—Mi querido Anaricus —dijo con una voz joven y alegre—, ¿no vais a relajaros ni siquiera durante las Tres Victorias? Conozco al muchacho, es uno de

los sobrinos de Walmer Berenhard. Yo misma le di su disfraz esta tarde.

—Ah, uno de vuestros amigos —dijo el hombretón en tono jocosos—. Os dejaré para que habléis, entonces. Iré a buscarme compañía de mi edad.

Muchacho, no sé en el norte, en las tierras de tu tío, pero en Derand no te conviene gastar bromas con el nombre de Vaelmir.

—Sí, señor. Mis disculpas —dijo él con alivio mientras el hombretón se marchaba y se fundía con la multitud.

El alivio que sintió se esfumó al ver que la joven que lo había ayudado seguía de pie junto a él, observándole con interés bajo la máscara. Llevaba la capucha de su capa puesta, por lo que, de nuevo, no tenía ni idea de con quién podía estar tratando.

—Gracias —le dijo, rompiendo el incómodo silencio—, por ayudarme antes.

—No las merezco —respondió ella con voz divertida—. Eres, de lejos, lo más interesante de la noche, así que decidí tomarle el pelo a Anaricus.

—¿Puedo saber quién eres? —preguntó Kirius, dispuesto a arriesgarse a entablar conversación. Quizá hasta podría averiguar donde se encontraba el

rey.

—¿No lo sabes? —respondió ella en tono enigmático—. Puedes llamarme la Dama Halcón, si te gusta ese nombre. Esa es la magia de la velada de las Tres Victorias, no saber con quién estás hablando. Por supuesto, a la mayoría los reconozco con un simple vistazo o escuchando su voz. Tú, sin embargo, eres todo un misterio.

—Eso me complace. Así la velada no te resultará tan aburrida —le dijo él, con más confianza, y ella rio con una risa cristalina y contagiosa.

—Desde luego. ¿Cómo debo llamarte? ¿El Caballero Triste? ¿El Señor de las Lágrimas? —preguntó la joven, y Kiriús recordó la máscara que llevaba puesta; la de un hombre triste por cuya mejilla caía una lágrima roja.

—Me arriesgaré a decir que mi nombre es Kiriús —dijo siguiendo un impulso.

—¿Kiriús? Claro, como digas —dijo ella entre divertida e incrédula—. Por suerte no le has dado esa contestación a Anaricus, si no le hubiese dado una apoplejía. Es un crimen nombrar a los niños con cualquiera de los nombres de los siete héroes de Isgarad. Afortunadamente eres foráneo, un extranjero, así que

no avisaré a los tribunales.

—¿Qué te hace pensar que no soy de Isgarad? —preguntó, sin saber si ella hablaba en serio o en broma.

—Todo, es bastante evidente. No te preocupes, aún se permite que entren

foráneos en Isgarad. Siempre que sean amigos, claro.

—No soy del Dominio, si es a lo que te refieres —aclaró Kirius.

—Por fortuna para ti —replicó ella, por primera vez con su voz reflejando pesar—, porque Isgarad acaba de declararle la guerra a Moradhair.

—¿Qué? ¿Ya se ha declarado la guerra?

Kirius suspiró pensando en si eso significaba que todo el esfuerzo que

habían hecho no había servido de nada. No, no aceptaría que ya era demasiado

tarde. Sin duda hasta el día siguiente no comenzarían a movilizarse las tropas, por lo que aún se podía evitar la guerra. Aunque el rey ya había tomado una decisión, podría revocarla si su hermano lo convencía de lo contrario.

—Sí. Era cuestión de tiempo y hoy, con todos sus vasallos en la ciudad, el rey ha anunciado el comienzo de la contienda, e incluso ha enviado un emisario

a Moradhair, para llevar su mensaje ante los señores del Dominio.

—No parece que sea de tu agrado —dijo Kirius, adivinando por su voz que no le gustaba el conflicto.

—Acertaste, misterioso Kirius. Claro que yo sólo soy una mujer joven, a la que asustan la guerra y el derramamiento de sangre. ¿Tú que excusa tienes para

desaprobar la guerra?

—¿Yo? —replicó, aunque hubiese querido preguntar: «¿tanto se me

nota?»—. Creo que el rey se precipita y no sabe toda la historia. Debería esperar

a oír lo que tenemos que... —calló repentinamente, comprendiendo que se estaba metiendo en terreno pantanoso.

La joven parecía simpática y le caía bien, pero sin saber quién era, no debía revelar tanto si no quería meterse en mayores problemas de los que ya tenía.

—Ahora sí que empiezas a intrigarme de verdad —dijo ella con la voz risueña. Se acercó a él y lo miró a los ojos desde muy cerca. Kirius vio que sus

ojos eran de un azul pálido a la luz de las llamas—. Si no me detienes, voy a quitarte esa máscara.

Kirius se mantuvo inmóvil, pero en el último momento tomó la mano que ella levantaba hacia su rostro y la bajó con delicadeza.

—¿Qué hay del misterio de las Tres Victorias que mencionaste? —

argumentó sin soltarle la mano—. No deberíamos estropearlo, sin duda mañana

podremos vernos las caras.

—Algo me dice que mañana te esfumarás —dijo ella con fingida afectación, sin duda haciendo un mohín tras su máscara y llevando su mano al rostro de halcón—, sin embargo, se me ocurre que podríamos ir los dos a...

La joven halcón calló cuando se hizo el silencio entre la multitud y la gente comenzó a moverse hacia un lado. El silencio se fue extendiendo gradualmente y

entonces fue audible el atronar de los cascos de un buen número de caballos en

el patio.

—Es el embajador Julius, que vuelve por fin —escucharon que gritaba alguien delante de ellos, siendo imitado al instante por una decena de gargantas.

—Ven, vayamos a recibirlo —le pidió la joven tirando de su mano—. Hace más de una semana que debería haber vuelto y se rumoreaba que había sido emboscado en los Llanos de Eralian.

—De acuerdo —asintió Kirius, pero al poco soltó su mano y ella se perdió entre la multitud que iba al encuentro de los recién llegados.

Lo que menos deseaba en el mundo era ir a ver a Julius Gair Dorial, la única persona en Isgarad que podía reconocerlo. Se movió en dirección al castillo, intentando encontrar a sus amigos, pero era una tarea casi imposible. Masas de

gente se movían y él parecía ir a contracorriente, empujando y atravesando a la

multitud. Cuando quiso darse cuenta, vio que estaba acercándose a la gran

hoguera en la parte central del patio. Quizá Terion y Vael estuviesen esperándole

allí, pues ese fuego se veía desde cualquier punto del patio. Se dirigió hasta allí

cuando, de repente, la gente se apartó de su alrededor formando un ancho pasillo

que llevaba hasta los alrededores de la fogata. Allí vio a varios guardias ataviados con armaduras de pie tras unos hombres sentados en sillas de ancho respaldo. Kiriús vislumbró una corona dorada en la cabeza de uno de ellos, antes

de que otro hombre se interpusiera en su camino.

Al principio Kiriús creyó que era otro enmascarado, pero pronto reparó en que vestía con ropajes normales. Lo que le había confundido era una máscara de

bronce que el hombre llevaba en la mitad izquierda de su rostro. La máscara representaba el rostro adusto de un hombre, a juego con la otra mitad del rostro, que era igual de severa que aquella. Kiriús reparó en que la mano izquierda del

hombre tenía un extraño color rosado, como si hubiese sufrido una terrible quemadura, y cojeaba de la pierna de ese mismo costado. Su cráneo carecía de

pelo y cerca del final de la máscara, sobre la frente, se veían más cicatrices. El

hombre, un palmo más bajo, pero mucho más corpulento que él, le cerró el paso

mirándole a los ojos.

—Quítate la máscara —ordenó con una voz imperiosa que no admitía réplica.

Kiriús lo miró, indeciso. ¿Quién demonios era este hombre y por qué lo

intimidaba de esa manera? Decidió que lo mejor sería hacerle caso, al fin y al cabo, ese hombre no podía conocerlo a él ni a cada una de las personas que

estaban en la celebración. Sin otra opción, se quitó la máscara y la sostuvo en su

mano derecha mientras aquel hombre lo examinaba. La mitad derecha de su rostro mostró una gran sorpresa al mirarle, mientras su parte izquierda permanecía impasible, dándole un aspecto grotesco e inquietante. Antes de que

puudiese decir nada, una oscura figura se colocó a la izquierda de Kirius. Aunque,

en un primer momento, Kirius pensó que se trataba del Ausente, al girarse y ver

la cornamenta, comprendió que se trataba de Vaelmir.

—Alladius, os equivocáis de persona. El rostro que queréis ver es el mío —

dijo el conde de Aldremhem, mientras se quitaba la máscara y la dejaba caer al

suelo.

La expresión de Alladius volvió a mutar, esta vez a una de profundo odio. Se

llevó la mano a la cintura, sin duda buscando una espada que en ese momento no

llevaba.

—Vos —dijo con una voz terrible—, tenéis el valor de presentaros aquí,

maldito hijo de puta. Justamente el día que comienza otra guerra contra vuestros

amigos de Moradhair. No permitiré que nos engañéis de nuevo.

—No es a eso a lo que he venido, pero no malgastaré saliva con un fanático como vos, Alladius —dijo Vaelmir con una sonrisa burlona.

Kirius se encogió al oírle, su amigo se estaba jugando el cuello de una forma absurda. Cuando vio como un hombre con una máscara de demonio salía corriendo entre la multitud y se dirigía hacia el rey y sus guardias, comprendió lo que estaba haciendo Vael.

—¿Fanático? Aquel día asesinaron a mi esposa y a mí me destrozaron el cuerpo —siseó el hombre de la máscara de bronce, mientras se adelantaba y cerraba su mano derecha sobre el cuello del norvadoreano—. Pero hoy lo pagaréis.

Alladius levantó a Vaelmir del suelo con una sola mano, apretando tanto el cuello del hombre, que las venas se le marcaban en lo que se veía de su antebrazo, y su único ojo visible, de color azul, enrojecía por el esfuerzo. Tenía

una fuerza excepcional, para estar lisiado. La gente comenzó a arremolinarse a su alrededor, olvidando a los caballeros que acababan de llegar. Antes de que Kirius pudiese pensar en intervenir, Julius y dos caballeros se acercaron hasta ellos a pie. El joven rubio se adelantó cojeando ligeramente y miró la escena con

evidente sorpresa, desplazando su mirada de Kirius hasta Vaelmir y su padre.

Kirius miró desesperado detrás, sólo para ver como Terion se quitaba la máscara, pero era interceptado por dos de los guardias del rey, uno de los cuales

lo hacía caer de un golpe en el estómago. Muchos comenzaban a chillar y a correr, pensando que alguien intentaba atacar a su rey. Julius desenvainó la espada y apuntó con ella a Kirius.

—No muevas ni un músculo —le dijo con voz dura.

Vaelmir tenía el rostro cada vez más azulado mientras luchaba por zafarse y

poder respirar, pero el brazo de Alladius no cedía. El conde juntó ambas manos

por encima de su cabeza y las descargó con violencia sobre la máscara de

bronce. El hombre gritó de dolor y lo soltó, mientras comenzaba a gotear sangre

por la parte baja de su máscara. El Ausente apareció cerca de Kirius, mientras Julius se dirigía hacia Vaelmir levantando la espada. Entonces, el tiempo pareció

alargarse y volverse angustiosamente lento. Una intensa frialdad se apoderó de él, apagando todas sus preocupaciones y sus miedos.

—¡Padre! —gritaba Julius, disponiéndose a descargar su espada sobre el desarmado norvadoreano.

—Ayúdalo. Ahora ya sabes cómo hacerlo —espetó el Ausente.

Kirius, con Vaelmir de rodillas a su lado, tosiendo e intentando recuperar la

respiración, recordó como su amigo había hecho lo mismo por él mientras

cruzaban el Tairngir, semanas atrás. Sin dudar, levantó la mano y la interpuso

en la trayectoria de la espada, que ya bajaba en un tajo mortal. A tres palmos del

rostro de Vaelmir, detuvo la espada con su mano y cerró los dedos para que Julius no pudiese tirar de ella. No sintió dolor ni tenía herida alguna, pero de alguna manera supo que, aunque así hubiera sido, hubiese seguido sin sentir nada en ese momento.

Si Kirus se hubiese convertido en un dragón, la expresión de Julius hubiese sido la misma que tenía en ese instante. Soltó la espada con la incredulidad plasmada en su rostro.

—No puede ser —musitó, alejándose unos pasos.

—¡Los Dones! —gritó alguien a su espalda—. ¡Han vuelto los Dones!

—¡¿Cómo es posible?! —gritó otro.

—¿Es un caballero? ¿Quién demonios es?

—Es un truco de los hombres del Dominio.

Se levantó una algarabía de voces y gritos a su alrededor. La gente se empujaba unos a otros para intentar ver lo que sucedía, mientras los guardias que

acompañaban a Julius miraban la escena sin saber qué hacer. Pronto salieron de

su estupor, al recibir órdenes del hombre que llevaba medio rostro enmascarado.

—¡Julius, eres un inútil! Ya que él no puede, defended al rey vosotros dos.

¡Matadlos!

Los guardias desenvainaron las espadas y se adelantaron, dispuestos a usarlas, pero entonces una nueva voz los hizo detenerse.

—¡Deteneos! Todos vosotros. No quiero ver un arma fuera de su funda hasta que yo lo ordene —dijo una voz autoritaria tras Alladius, acercándose hasta ellos.

El que habló era un hombre muy similar a Terion, de pelo largo de su mismo color y rasgos parecidos, pero con algunas diferencias muy evidentes. Parecía más joven, lucía una barba más cuidada, sus ojos eran más grises que azules, era

algo más bajo que el príncipe y su rostro, en estos momentos, presentaba una determinación mayor que aquel. La corona de oro, decorada con esmeraldas y zafiros, era la mayor de las diferencias entre su hermano y él. Kirius supo que estaba ante Arvius Vain Landaver, rey de Isgarad y hermano de Terion.

Los guardias obedecieron y envainaron sus armas. Kirius dejó caer la espada de su mano sobre el suelo empedrado, provocando un estruendo metálico. La frialdad remitía, dejándolo exhausto y tembloroso. Levantó la mano, que temblaba visiblemente, y la inspeccionó. No tenía ni un rasguño. Uno de los guardias hizo mover a Terion delante del rey, que no le había dedicado ni un solo

vistazo, hasta llevarlo junto a ellos. Pronto llegaron más guardias que tomaron posiciones a su alrededor, creando una barrera protectora entre los enmascarados

y ellos.

—¿Alora? ¿Y mi hija? —preguntó el rey a los guardias a su alrededor—.

Buscadla y traédmela, y todos los demás desenmascaraos. No quisiera tener más

sorpresas durante esta noche.

—Estoy aquí, padre —replicó, adelantándose, una joven tras una máscara de un halcón emplumado. La misma chica que defendiera antes a Kirius.

Se quitó la máscara sólo para revelar a una chica de largo y ondulado cabello de un rubio ceniciento, tez pálida y unos vivos ojos azules, que pasaron de mirar

a su padre, a escrutar a Kirius y todos los demás. El rostro le resultaba familiar,

pero la tensión del momento le impidió concretar por qué. Era patente, por la expresión del rostro de la joven, que había presenciado todo cuanto acababa de

sucedir. Se situó al lado del rey, que le sonrió brevemente antes de observar a su

alrededor. Todo el mundo se estaba quitando las máscaras y se miraban unos a

otros, como para asegurarse de que quienes estaban a su alrededor eran rostros conocidos y no posibles enemigos infiltrados.

—Alladius, ¿qué demonios ha pasado? ¿Estáis herido? —preguntó el rey.

—No es nada, pero ya habéis visto como este hombre pretendía atacarnos.

Es Vaelmir de Aldrem... —espetó el Preceptor de los Caballeros del Lirio, pero

enmudeció cuando vio como uno de los guardias del rey se acercaba con Terion

y lo arrojaba al suelo ante el monarca. La mitad de carne y hueso de su rostro mudó su expresión a una llena de temor.

—¿Qué ocurre? —preguntó el monarca fijando su mirada en Terion.

—Arvius, soy yo —dijo Terion—. ¿Tanto he cambiado?

El rey lo miró a los ojos. Su semblante permaneció impasible; no hubo alegría, no hubo sorpresa y ni siquiera pareció haber reconocimiento.

—Therius —fue lo único que dijo durante unos interminables segundos. Se escucharon murmullos entre el gentío, pero nadie levantó la voz. No hubo vítores ni tampoco abucheos—. Has vuelto. Has vuelto a tu patria de noche, con

engaños y acompañando a ese hombre —dijo señalando a Vaelmir, que miraba la

escena con una expresión que mostraba resignación y derrota—. ¿Por qué?

—Era la única manera —dijo Terion incorporándose ante él—. Escúchame, tengo...

Terion calló cuando su hermano lo abofeteó, con un golpe seco y violento que fue audible en el opresivo silencio que inundó el patio. Todo el mundo escuchaba conteniendo la respiración. La hija del rey ahogó una exclamación, llevándose una mano a los labios. El príncipe se tocó el rostro con una mirada llena de incredulidad, pero guardó silencio.

—Vaelmir de Aldremhem es un hombre buscado por sus crímenes contra la corona y el reino de Isgarad —sentenció el rey con voz inflexible—. Se le encerrará en las mazmorras hasta que se lo someta a juicio. Si no fueras de mi sangre, correrías su misma suerte. ¡Guardias! ¡Apresad al conde!

Dos de los guardias se adelantaron con sus espadas desenvainadas hasta

Vaelmir, que los miraba apretando los labios. Kiriús recordó al joven Vael

llevando la misiva de Terion a Gaelon cuando él era un niño. El conde era inocente de todo cuanto se le achacaba. No podía dejar que se lo llevaran y lo condenasen a muerte. Bajó la mirada y vio que la espada que le había arrebatado

a Julius estaba en el suelo, a sus pies.

—Kirius —lo llamó Vael, mientras los guardias lo tomaban, uno de cada brazo. Kirius levantó la mirada y vio que el norvadoreano le sonreía, despreocupado—. No vale la pena. Recuerda mi lección a las afueras de Telbar,

te hará falta en este lugar. Ya nos veremos, chico.

Supo que le estaba mintiendo.

Los guardias lo empujaron con brusquedad y se abrieron camino con él a través de la multitud. La gente empezó a insultarlo, zarandearlo e incluso a golpearlo. Kirius apartó la mirada, mientras luchaba para no derramar las

lágrimas de impotencia que sentía que acudían a sus ojos. El rey hizo un gesto, y

otros dos guardias partieron para ayudar a los que se llevaban al prisionero, apartando a la gente sin contemplaciones.

—Majestad —dijo Alladius, acercándose al rey mientras cojeaba

ostensiblemente—, ¿qué hay de vuestro hermano? ¿Dejareis que ande con

libertad por nuestras calles? Vos mismo habéis dicho que ha llegado de noche y

con engaños a Derand, en compañía de un reconocido enemigo de Isgarad. ¿No

creéis que esa sea una actitud propia de conspiradores y asesinos?

—¿Lo es, Therius? —preguntó el rey—. ¿Eres otro traidor?

—No —respondió Terion con una mirada helada.

—Bien, ya habéis oído a mi hermano, Alladius.

—¿Os fiareis de su palabra y ya está?

—Me fiaré de su palabra, de momento —contestó el rey, haciéndole un gesto a Terion para que se acercase más a él—. Dime, hermano, ¿qué ha provocado tu vuelta a Isgarad?

—Advertirte de un peligro inminente, evitar que malgastes hombres y recursos en otra absurda guerra contra el Dominio y hacer un gran anuncio ante

toda Isgarad —contestó Terion, mirando al gentío a su alrededor.

Su hermano torció el gesto al escuchar sus palabras.

—¿Un gran anuncio? ¿Es que vienes a por esto? —dijo quitándose la corona para luego agitarla ante él con su mano derecha—. ¡No te pertenece! ¡Ahora ya

no! Padre me la dio porque no había nadie más. Créeme, hubiese preferido

dársela al más harapiento de los siervos antes que a mí. Pero tú te fuiste y, a pesar de todas sus plegarias, nunca regresaste. Las leyes le obligaban y a su muerte el trono fue mío. —Su voz era más dura que el pedernal—. No tienes derecho, así que pronuncia con mucho cuidado tus próximas palabras.

—No vengo a por la corona, Arvius. No la quiero —dijo Terion casi con

lástima—. Vengo a pedirte que abandones esta locura y detengas la guerra. Tu propia esposa es familiar de Teorann, *ardáin* de Moradhair, y tu hija tiene

sangre del Dominio corriendo por sus venas. ¿Es que eso no significa nada?

El rostro de Arvius se contrajo en una mueca de dolor, mientras su hija bajaba la mirada hacia el suelo.

—El rey no se deja llevar por sus sentimientos personales, si no por el bien de Isgarad —declaró desdeñosamente Alladius.

—Así es, hermano —confirmó Arvius, de nuevo con la corona sobre su cabeza como para enfatizar sus palabras—. No como tú. La guerra es lamentable, pero, en este caso, inevitable. Mi esposa lleva años enferma y ya no es capaz de entender lo que pasa a su alrededor, pero, aunque así fuera, como reina de Isgarad comprendería los motivos que nos llevan al conflicto.

—Arvius, no lo sabes todo aún. Estuve en el Sur buscando a Malken y vi como los tarkesios preparan un nuevo ataque al Norte. Por eso he vuelto, para contároslo.

El rey lo miró, frunciendo el ceño, y Alladius profirió una maldición. Julius se adelantó en ese momento, haciendo una reverencia ante el monarca.

—Majestad, es cierto. Me encontré con vuestro hermano en el palacio del rey Gilvar de Merethia, y allí nos contó lo mismo con muchos detalles. Parecía

sincero. Al ver que nos demoraban los grupos de proscritos y... otros sucesos en

los Llanos de Eralian, envié a un mensajero con las noticias hasta Derand, pero

por vuestras reacciones veo que nunca llegó.

—En efecto, el mensaje no llegó —confirmó Arvius con evidente disgusto, mirando al padre de Julius y buscando con la mirada a alguien más entre el gentío—. Therius, ¿qué nación de Tarkesia piensa atacarnos? ¿Azoria? ¿Essur?

—Todas —replicó Terion—. Las cuatro bajo el mando de Essur, como en la Guerra del Lirio y la Rosa. Y será una invasión bien organizada, no un simple ataque de castigo o un acto de pillaje.

La gente empezó a murmurar, asustada. Arvius meditó durante unos segundos mesándose la rubia barba mientras lo hacía, en un gesto familiar para Kirius. Terion solía hacerlo cuando cavilaba. Verlo hizo que, por primera vez en toda la noche, tuviera esperanza en que las cosas podían salir bien.

—Detendremos la marcha hacia Alveran —dijo finalmente el rey—.

Pospondremos los ataques y enviaremos un emisario con bandera blanca a parlamentar con Moradhair, para ganar tiempo. Antes de luchar, oiremos lo que mi hermano tiene que decir.

—¿Es sensato? —protestó Alladius con su medio rostro exhibiendo sus reticencias ante la decisión del soberano—. Si ellos atacan primero, mientras nosotros nos escondemos hablando y escuchando historias que no sabemos si son ciertas, podrían hacernos mucho daño.

—Si es así, se lo devolveremos con creces —argumentó el rey con una voz

que empezaba a irritarse—. ¿Preguntáis si es sensato? Mi padre dijo una vez que

era una actitud propia de hombres temerarios e ignorantes lanzarse a la batalla sin haber estudiado antes en profundidad al enemigo. ¿Pero contra quién nos enfrentamos aquí? ¿Contra Moradhair o contra Tarkesia? Quizá contra todos

ellos confabulados. Da igual, lo cierto es que hemos de saberlo de antemano.

Se levantaron voces que estaban de acuerdo. De entre el gentío salió un

gigante, debía de alcanzar los dos metros de altura y tenía el pecho de un toro, al

que los guardias dejaron pasar. Tenía el cabello cobrizo, un amplio mostacho y patillas, y en su mano llevaba una máscara de ciervo con una gran cornamenta.

—Anaricus —dijo el rey, aparentemente complacido—, me preguntaba donde estaríais. ¿Habéis visto a Raganis? Con él, estaríamos los cuatro.

—No, majestad. Ya sabéis lo que dicen del buen Raganis: que ni su propia sombra sabe dónde está su cuerpo. Llevo un rato escuchando entre los demás, pero he salido a mostraros mi apoyo. A pesar de que conocéis mi firme voluntad

de luchar contra las gentes del Dominio, que tanto daño han hecho a mi familia,

creo que las noticias que trae el prínci... vuestro hermano, deberían hacernos reflexionar. —El hombretón miró a Terion, como si aún no pudiese creer que estaba ante sus ojos.

—Bienhallado, Anaricus —dijo Terion con una sonrisa que parecía genuina.

—Therius, pensé que moriría sin volver a veros. —Fue el saludo de

Anaricus, enseñando los dientes en otra sonrisa. Luego se volvió hacia Kirius —.

Pero veo que estáis soslayando una cuestión que me preocupa, y mucho. Ese joven, ¿quién es? Es evidente que ha venido con vos y con Vaelmir. Antes me ha

parecido ver algo que confieso que es imposible que ocurriera. Si no fuera porque los demás también lo han visto, pensaría que el vino que he bebido me ha

jugado una mala pasada.

El rey miró a su alrededor, aparentemente sin saber a qué se refería. Cuando

Kirius había detenido la espada de Julius, el monarca no estaba cerca y no lo había visto. Se hizo un silencio incómodo, sólo roto cuando su propia hija se acercó y le susurró unas palabras al oído. El rostro de Arvius palideció.

—¿Quién es ese joven, Therius? ¿Por qué lo has traído contigo?

—Tú sabes quién es. Ven —pidió Terion haciéndole un gesto a Kirius—, adelántate.

El muchacho se acercó al rey, en medio de un tenso silencio. La gente

aguardaba expectante, deseosos de conocer su identidad. Cuando pasó al lado de

Alladius, el sudor le perlaba la frente y la calva. Julius le miraba con el rostro impassible, pero un tic nervioso en su ojo izquierdo lo traicionaba. Cuando llegó

hasta el rey, se detuvo y plantó una rodilla en tierra. Lo hizo de forma inconsciente, pero, al fin y al cabo, Arvius era su rey y le debía lealtad y respeto.

El Ausente apareció tras el rey, mirando a Kirius como si nadie más existiera.
El

rey le tomó la barbilla con una mano y le levantó el rostro, cuando lo miró a los

ojos su cara reflejó una sorpresa infinitamente mayor que al ver a su propio hermano.

—Dioses benditos, esos ojos... —fue cuanto dijo.

—Es imposible —dijo Anaricus, desplazando su mirada entre Kirius y

Terion—. Dijisteis que no había sobrevivido, que el Traidor lo había lanzado a la

Cicatriz Roja.

—Al principio pensé que así había ocurrido —dijo Terion con una voz de pronto emocionada e insegura—, luego supe que Malken nunca encontró a

Gaelon ni arrojó al niño al fuego; esa fue una más de sus muchas mentiras.

Decidí mantener en secreto su existencia durante todos estos años.

—¿Por qué no dijiste nada, hermano?

—¿Tengo que explicarlo? —replicó Terion, furioso. Kirius seguía postrado,

observando a aquellos hombres que le miraban como miraba él al Ausente: como

si fuera un fantasma—. Para protegerlo de Malken, de padre, de los

interventores, de su propia familia paterna y de todos cuantos se pusieron en contra de Elizheva y Dalien. Isgarad les volvió la espalda a sus padres y es evidente que también se la hubiera vuelto a él. No se merecía eso y fue voluntad

de sus padres que creciera lejos de aquí. Pero ahora que padre ha muerto y tú ocupas su lugar, confío en que sabrás hacer lo correcto, hermano.

Arvius lo miró en silencio, con su rostro transmitiendo una súbita inseguridad. La gente murmuraba a su alrededor, expectantes.

—Y, sin embargo, ha vuelto a Isgarad el mismo día que conocemos que se prepara una nueva invasión tarkesia. Si eso no es el destino, no sé qué otra cosa

puede ser. Muchacho, ¿cuál es tu nombre?

—Kirus, majestad —dijo y se levantó un murmullo aún mayor al escuchar su nombre.

—Está prohibido —susurró Alladius, escandalizado.

—Ah, qué gran mujer fue Elizheva —dijo con admiración Anaricus—. Al final se burló de nuestras leyes poniendo ese nombre a su hijo.

—Mi padre los despojó de la ciudadanía, así que estaban en su derecho —replicó el rey, recuperando su aplomo. Colocó una mano en cada hombro de Kirus y lo miró a los ojos—. Te devuelvo tus derechos como ciudadano de Isgarad. Levantad, Kirus, antes no erais nadie y ahora recuperáis vuestra herencia. A partir de este día seréis conocido como Kirus Liam Brinnair, y recibiréis los títulos y las posesiones que dejó vuestro abuelo al morir. Midel vuelve a ser vuestra. Isgarad agravió a vuestra familia, pero hoy yo repararé su

deuda; os lo debemos.

Kirius se levantó como en un sueño, mirando al rostro del rey, que permanecía impasible. A su lado, su hija, lo miró con una sonrisa radiante que hizo que empezara a tomar conciencia de lo que le estaba ocurriendo. Terion mostraba una expresión similar, una sonrisa le cruzaba el semblante, si bien era

una expresión que transmitía más tristeza que alegría. «Brinnair —pensó mientras miraba a los ojos al Ausente—, tiene sentido». Su madre le había querido poner el nombre del más grande de sus antepasados, Kiran Brinnair.

Comprendió que hacía ya tiempo que lo sospechaba, pero no había querido pensar en ello. No había querido aceptar que formaba parte de la misma nobleza

que había destruido a sus padres y contra la que Gaelon tanto le previniera.

—Gracias, majestad —respondió, aún aturcido.

Alladius lo miró al rostro y entonces su expresión cambió, mientras se acercaba a él.

—No lo sabíais —le dijo y luego se dirigió a Terion—. No se lo dijisteis, ¿verdad?

—Me explicó lo suficiente —intervino Kirius, que no estaba dispuesto a permitir que el Preceptor le hiciese más daño a Terion—. Me contó que mis padres fueron repudiados por todos y que les hicieron la vida imposible. Me relató como vuestro hermano, el Traidor, llegó de Tarkesia fingiendo haber escapado, para asesinar a mi abuelo y luego a mis padres.

—Y a todos los demás miembros de vuestra familia, pero ese que llamáis el

Traidor ya no es mi hermano —dijo Alladius con rabia, para luego sonreír despectivamente—. Creo saber por qué Therius no os contó cual era vuestra estirpe, ni otros detalles de la historia de vuestros padres.

—No te gustará lo que vas a oír, Kirius —le advirtió el Ausente.

—Lo sé —contestó él, sintiendo el cruel aguijón del miedo por primera vez desde que bajara del Gigante de Escarcha—. ¿Esto es contra lo que me advertiste?

El Ausente asintió en silencio. Todos a su alrededor le miraron con extrañeza.

—Es un Brinnair —escuchó que decía uno de los guardias—, no cabe duda. Terion hizo un gesto hacia Alladius, como si fuera a rogarle, pero luego bajó las manos, derrotado, y permaneció en silencio.

—¿Os contó Therius como su padre se oponía al matrimonio entre Elizheva y Dalien? —prosiguió el Preceptor, con voz implacable—. Era normal que así

fuese, porque el propio príncipe heredero de Isgarad, Therius Vain Landaver, pretendía casarse también con Elizheva Brinnair. Los Brinnair eran más queridos

y respetados por el pueblo que cualquier otra de las grandes familias, y ese matrimonio les convenía a los Landaver. Padre e hijo complotaron para separar a

Elizheva y Dalien.

Kirius miró a Terion, con su corazón volviéndose del revés. Tenía que ser mentira. Terion hablaba de su madre con cariño, como si le hubiese importado,

pero no podía ser uno de los que los habían repudiado. El príncipe de Isgarad le

aguantó la mirada, con sus ojos azules volviéndose vidriosos por momentos.

—Sí, el Traidor intentó matar a Dalien durante el Tercer Azote, pero cuando fue capturado, y Dalien volvió a Isgarad, el que acusó a tu padre de cobardía fue

Therius, no Malken. El que hizo que varios caballeros levantasen falso testimonio contra él, fue Therius, y el que quiso que lo expulsasen de la orden de

los caballeros fue, de nuevo, el príncipe. Aunque se escudase en su padre, era él

quien deseaba a toda costa apartar a Dalien de tu madre, para que ella fuera para

él.

Kirius vio reflejadas sus propias lágrimas, en las que caían por las mejillas

de Terion. Nunca lo había visto llorar como hoy, pero ahora deseaba que esas lágrimas se repitiesen cada día. ¿Cómo podía haber hecho algo así? ¿Cómo?

—Cuando vio que sus insidias no funcionaban, y Dalien no renunciaba al amor de Elizheva, Therius y el rey idearon un plan para asesinar a tu padre.

Hicieron que llegara a sus oídos la intención de someterlo a juicio formalmente,

por su supuesta cobardía durante el Tercer Azote. Sabían que Dalien huiría, pues

si era despojado de su apellido y ciudadanía, nunca podría casarse con Elizheva,

la heredera de Gadius Liam Brinnair. Aprovechando su huida, sería asesinado a

sangre fría para luego decir que, al intentar escapar, se había enfrentado a la guardia con fatales consecuencias. Sin embargo, Gaelon, el maestro mereciano

que inculcaba su saber en muchos de los caballeros de entonces, le avisó del complot en su contra. Así, Dalien, Elizheva y Gaelon, decidieron escapar al norte, evitando a la guardia y...

—¡Basta! —demandó el rey, viendo la expresión de Kirius—. Es suficiente, Alladius.

Kirius miró a su alrededor. La hija de Arvius lo miraba con lágrimas corriendo en su propio rostro, y los demás con evidente lástima y pena. No pudo

seguir soportándolo más. El rey intentó consolarlo, pero él se zafó de su mano y

se lanzó en medio de la multitud. Terion lo miraba desde un rostro que reflejaba

la desolación más absoluta. Los guardias, al ver su reacción con el rey, hicieron

ademán de seguirlo, pero el monarca los detuvo con un gesto.

—Dejadle. Yo también querría estar solo después de saber algo así.

Alladius asintió ante sus palabras. Su rostro no reflejaba pena ni burla alguna, tan sólo una evidente satisfacción.

Kirius empujó, golpeó y se abrió camino entre la gente, que al poco comenzó a apartarse y a hacerle un pasillo para que pasara. Muchos de ellos le miraban también con lástima, otros con orgullo y algunos lo tocaban al pasar.

—Queda un Brinnair.

—Loados sean los Tres.

—¡Sed fuerte!

Los ignoró a todos, con las entrañas doliéndole como si le hubiesen clavado un puñal en ellas. Por fin salió de entre el gentío y corrió por la plaza hacia las puertas que llevaban fuera del recinto del castillo. Los guardias lo dejaron pasar,

sin hacer ademán de detenerle. Siguió corriendo por el Distrito del Azor, sin saber a dónde iba, hasta que llegó al acantilado. Era una caída de más de cincuenta metros por una pared vertical de roca imposible de escalar. Se habían

colocado antorchas a intervalos regulares a lo largo del acantilado, para que, en

la oscuridad de la noche, nadie cayese en algún desafortunado accidente.

Kirius se acercó hasta el borde, oyendo como el mar rompía a gran distancia bajo él. Se acuclilló y rompió a llorar de forma desconsolada, sin poder parar.

Sería muy fácil dar un paso más y acabar con ese sufrimiento que parecía empeñado en formar parte de él. Nunca se había sentido tan herido y engañado

en toda su vida. Daría mil veces su maldito título y su nuevo apellido si pudiese

hacer que las cosas volvieran a ser como antes. Antes de perder a los que consideraba sus dos únicos amigos. Antes de perder a Arvand, a los hermanos y

a su abuelo, y por supuesto antes de llegar al país que había destruido la vida de

sus padres. Ahora estaba solo en este maldito lugar que odiaba con toda su alma.

Solo entre enemigos e hipócritas que no habían hecho nada para ayudar a sus padres. No podía mirarlos a los ojos. No quería verse obligado a tener que hacerlo.

Se volvió a incorporar, temblando como una hoja, y miró al frente, dispuesto a dejarse caer. Ese parecía ser su destino, caer, sucumbir, desaparecer. El Ausente apareció ante él, flotando en el aire y creando a su alrededor una oscuridad más densa que la propia noche.

—No —le dijo—. Superarás este dolor como has hecho antes. Eres más fuerte de lo que crees.

—No... esta vez no podré. Confiaba en él.

—Es un hombre que hizo cosas terribles cuando era joven, pero su arrepentimiento es sincero; tú lo sabes —dijo acercándose a él y tocándole el rostro.

Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza, pero, de alguna forma, eso le reconfortó.

—No puedo perdonarle —dijo Kirius entre sollozos—. No me pidas eso.

—Sólo te pido que vivas y luches un día más. Que vuelvas a dar dos pasos, pero no hacia ningún abismo —le pidió con voz suave—. Recuerda que unos pocos pasos pueden cambiarlo todo.

—¿Estarás a mi lado? —preguntó el muchacho, intentando rehacerse—. No me queda nadie y no creo que pueda afrontar nada de esto si estoy solo.

—Ahora sé que Kiran y yo fuimos inseparables hasta el día de nuestra muerte en Kaban Loir. Desde entonces siempre he estado al lado de sus descendientes. Tú nunca estarás solo, Kirius.

El muchacho asintió y se separó del acantilado, limpiándose las lágrimas que aún corrían por su rostro.

—Jariol —dijo, llamando por primera vez al Ausente por el que había sido su nombre, largo tiempo atrás—, ¿se ha acabado todo? ¿Podré descansar ahora

que la Plaga ha desaparecido y he vuelto a Isgarad?

El que había sido el mago más poderoso de Balaeron, muerto más de doscientos años atrás, caminó hacia él, dejando estelas de oscuridad que parecían

devorar a la propia noche. Kirius sintió como se apoderaba de él la tristeza que

reflejaban aquellos ojos azules.

—No, Kiriús. Ahora es precisamente cuando empieza tu tarea —susurró con una voz que transmitía una promesa de más dolor y sacrificios.

Epílogo

El prisionero volvió la cabeza en dirección al sonido de las pisadas, siguiéndolas.

Un saco de basta tela le cubría la cabeza y estaba encadenado casi de pies a cabeza, como si de una bestia se tratase. La luz de una antorcha le cegó su único

ojo cuando una mano retiró con brusquedad la capucha. Targun parpadeó,

aturdido y débil después de semanas de cautiverio. Su primer impulso fue el de

abalanzarse contra su captor, al que aún no podía distinguir tras aquella llama.

No lo hizo. Las cadenas se lo impedían, al igual que la mordaza en su boca descartaba el poder llamar a las energías del Laberinto en su ayuda.

Esperaría. Sus carceleros cometerían algún error, tarde o temprano.

El visitante colocó la antorcha en un soporte de una de las paredes

excavadas en la roca de la celda. Entonces comprendió que se había equivocado,

pues no era uno sino dos los hombres que lo visitaban. Uno era un joven vestido

con ricas ropas de seda, a la manera de la nobleza de las naciones del desierto. El

otro era un hombre pálido, de pelo blanco, aunque apenas superaba los cuarenta

años. Permanecía encorvado delante del joven con la mano puesta sobre la empuñadura en forma de ojo sin pupila de su espada. Fue él quien se acercó a Targun y le quitó la mordaza con un seco tirón.

—Malken —siseó Targun tras reconocerlo—. Pagarás por esto, hijo de Aeron. Voy a despellejarte vivo.

—Ahórrate las amenazas —dijo Malken con voz sibilante. Sacó unos centímetros la hoja de su espada y volvió a introducirla en la funda—. Ya sabes

lo que hace Lívida, así que no me hagas desenvainarla.

Targun bajó su ojo sano hasta la empuñadura y volvió a fijarlo en el rostro de su captor. Sabía lo peligroso que era ese hombre y no sólo por el hecho de portar esa espada oscura.

—Sikaash no te pertenece. No mereces la posición que tienes. No eres más que un norteño traicionero y mentiroso y he venido a desenmascararte ante él.

Malken agitó la cabeza, contrariado.

—¿Te sientes ofendido, Targun? Si estás aquí es porque tú y los tuyos tenéis prohibida la entrada en Azoria. La ley del amir debe cumplirse, siempre, y tú no

eres una excepción, pero mi señor está dispuesto a indultarte. Tú y yo tenemos

cosas que hacer.

—Estoy aquí porque quieres silenciarme, Caballero Pálido —intervino

Targun, con la voz llena de odio—. Hace poco supe que los Brinnair de Isgarad

tuvieron un descendiente, aunque tú contaste que estaban todos muertos. Eres débil y mentiroso, y dejaste vivir al hijo de la mujer que amabas. Sabes que si nuestro señor oye las noticias que traigo te destruirá de forma lenta y dolorosa.

Nadie engaña al Señor de la Mentira.

Malken rio con unas carcajadas roncadas y desagradables.

—La debilidad no se encuentra entre mis numerosos defectos. Él dijo que preferirías morir a aceptar mis órdenes. Últimamente los tarkesios os estáis volviendo obtusos y estrechos de miras. Si no vas a escucharme a mí, lo escucharás a él.

Malken le hizo un gesto con la cabeza al silencioso joven que permanecía tras él. El chico, un azorita joven, se adelantó y se arrodilló en el suelo frente a

Targun. Empezó a musitar una letanía y su expresión se volvió exultante.

—¿Quién demonios es? —preguntó Targun mirando hacia Malken.

— El joven hijo de un *khalid*, un ferviente devoto del Supremo —dijo Malken, con voz divertida.

No detectaba ningún poder en aquel joven. No era nadie. La paciencia de

Targun empezó a acabarse. Con ese joven entre él y Malken, podría ganar un valioso segundo para llamar a las energías del Laberinto antes de que el norteño

lo alcanzase. Valía la pena el riesgo.

De repente los ojos del chico estallaron en llamas. Targun se echó hacia

atrás, sorprendido. El fuego surgía a borbotones de la cuenca de sus ojos y se movía en varias direcciones, extendiéndose y retrayéndose como si tuviera vida

propia. De vez en cuando surgían destellos verdes en él. Targún reconoció el poder que tenía ante sí y bajó la cabeza, sobrecogido.

—Targun —dijo el joven de ojos llameantes con una voz inhumana que

parecía llegar desde una distancia insondable—. El Caballero Pálido habla con mi voz. Desobedecerle a él es desobedecerme a mí.

—No pretendía...

—¿Crees que no sabía que uno de la sangre de nuestros enemigos seguía con

vida? —El joven empezó a reír con unas carcajadas teñidas de un punto de

locura. Al acabar, una llama empezó a aparecer en su boca con cada una de sus

palabras, acompañándolas con un fogonazo de fuego—. Mi leal siervo hizo lo

que debía, tal y como harás tú.

Targun asintió, frenético. Sentía el calor que emanaba de las llamas en su rostro.

—Mi único deseo es servir a los verdaderos dioses.

—Y podrás demostrar tu valía. Las cadenas se romperán pronto —dijo

mientras hacía un gesto con una de sus manos. Los grilletes que sujetaban a Targun estallaron en llamas y cayeron al suelo, dejándole quemaduras en la piel

expuesta—. La invasión está cercana, pero debéis ocuparos de prepararla para que nuestro éxito esté asegurado. No me hagas volver a visitarte, Targun.

El saradio iba a contestar, pero súbitamente las llamas del muchacho

crepitaron y se apagaron, y este cayó al suelo como un fardo. Tenía el rostro ennegrecido y humeante y las cuencas de sus ojos estaban vacías. Malken, el Caballero Pálido, se adelantó y le tendió una mano enguantada con una mueca de burla en el rostro.

—Como decía, tú y yo tenemos cosas que hacer y asuntos pendientes en el Norte. Balaeron no se va a quemar sola; alguien tiene que prender la chispa, ¿no

crees?

Targun le miró con su único ojo, sintiendo como la rabia, y el dolor que aún le provocaba la cicatriz del rostro, lo embargaba. Estaba deseando encender la llama que destruiría a todos aquellos malditos norteños.

Él era todo un experto en quemar cosas.

Agradecimientos

Escribir este libro ha supuesto embarcarse en un viaje largo, incierto, lleno de alegrías y amarguras; casi como una vida paralela. Diecinueve años dan para mucho y no, antes de que te lo preguntes, no soy como George R. R. Martin.

Esta obra se pasó mucho tiempo en un rincón oscuro de mi ordenador y en

muchas notas manuscritas, esperando a que encontrase el tiempo, las ganas o los

conocimientos necesarios para acabarla. Ahora que el primer volumen ha visto la

luz, me comprometo a no tardar media vida en escribir esta saga. En

cualquier caso, tanto tiempo significa, entre otras muchas cosas, que debo agradecer a unas

cuantas personas sus aportaciones al mismo.

En primer lugar, a mi mujer. Ella ha sido la que más me ha animado a seguir escribiendo y a que confiara en mí mismo, por no hablar de las horas que le he

robado de su tiempo para que este proyecto saliera adelante. Después a mi familia, la de aquí y la de allá, por su apoyo y entusiasmo. No olvido que este libro nunca hubiese sido una realidad sin la ayuda de mis viejos amigos de Lanzarote: Oscar, Rubén, José y Eladio. Una tarde en que no nos apetecía

estudiar, en septiembre si no recuerdo mal, hicimos un *brainstorming* y creamos un microrrelato, el germen de lo que luego sería esta novela. A pesar de que la

vida nos ha llevado por caminos diferentes, gracias a ellos, y a nuestras interminables partidas de rol de los fines de semana, he podido escribir esto.

A Yuly, por su sensacional cubierta. Cuando vi sus obras pensé automáticamente en Luis Royo y creo que ese es el mejor halago que puedo hacerle. A todos aquellos que a lo largo de los años han leído mi obra, aunque fuesen fragmentos, y me dieron su opinión. A los autores que,

desinteresadamente o no, me han ayudado a mejorar y a escribir mejor. Por supuesto, a Monje, Haskoz, Ana Katzen, Capitán Nemo, Helkión y tantos otros

con quienes compartí (y desde luego, aprendí mucho) estancia en los difuntos

foros de fantasíaepica.com. Espero que a todos os vaya bien.

Me dejo lo más importante para el final. Gracias a ti, lector, por darle un voto de confianza a un autor *indie*. Espero que tus expectativas hayan quedado

satisfechas. Asumo, si estás leyendo estas líneas, que ya has leído *La primavera*

ausente y que probablemente te ha gustado, así que te pediré una última cosa.

Valora esta obra y, si te apetece, deja un comentario acerca de ella en su página

de Amazon. Para cualquier duda, sugerencia o comentario, tienes mi correo abajo. Gracias por tu tiempo.

Autor:

Correo: <mailto:info@rubenhernand.com>

Web: <http://www.rubenhernand.com/>

Twitter: [@Ruben_H_Ernand](#)

Ilustradora:

Correo: <mailto:info@yulyalejo.com>

Web: www.yulyalejo.com/es/

Document Outline

- [Prólogo](#)
- [PRIMERA PARTE: UNA VIEJA PROMESA](#)
 - [1. Nieblas del corazón](#)
 - [2. Sueños enterrados](#)
 - [3. La Puerta de la Revelación](#)
 - [4. Un nuevo comienzo](#)
 - [5. Las últimas nieves](#)
 - [6. Entre un millón de enemigos](#)
 - [7. Cambios](#)
 - [8. Un camino de cenizas](#)
 - [9. Uno de ellos](#)
 - [10. El extraño señor de Aldremhem](#)
 - [11. La tormenta sobre Balaeron](#)
- [SEGUNDA PARTE: EL SIGNO DEL CUERVO](#)
 - [12. Fuego furtivo](#)
 - [13. Sangre bajo la lluvia](#)
 - [14. Sombras en la Ciudad del Mediodía](#)
 - [15. Palabras como espadas](#)
 - [16. Sesenta días de paz](#)
 - [17. Donde moran los cuervos](#)
 - [18. El peso de la verdad](#)
 - [19. Cuando el mundo se tambalea](#)
 - [20. Decisiones](#)
- [TERCERA PARTE: SANGRE, SOMBRA Y HUESO](#)
 - [21. Hospitalidad](#)
 - [22. La cima del invierno](#)
 - [23. Lo que se rompe para siempre](#)
 - [24. Dos mitades](#)
 - [25. Invisible](#)
 - [26. Por donde cae toda esperanza](#)
 - [27. Otra clase de dolor](#)
 - [28. Luz encadenada](#)
 - [29. En el filo del precipicio](#)

- [30. Las máscaras caen](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)